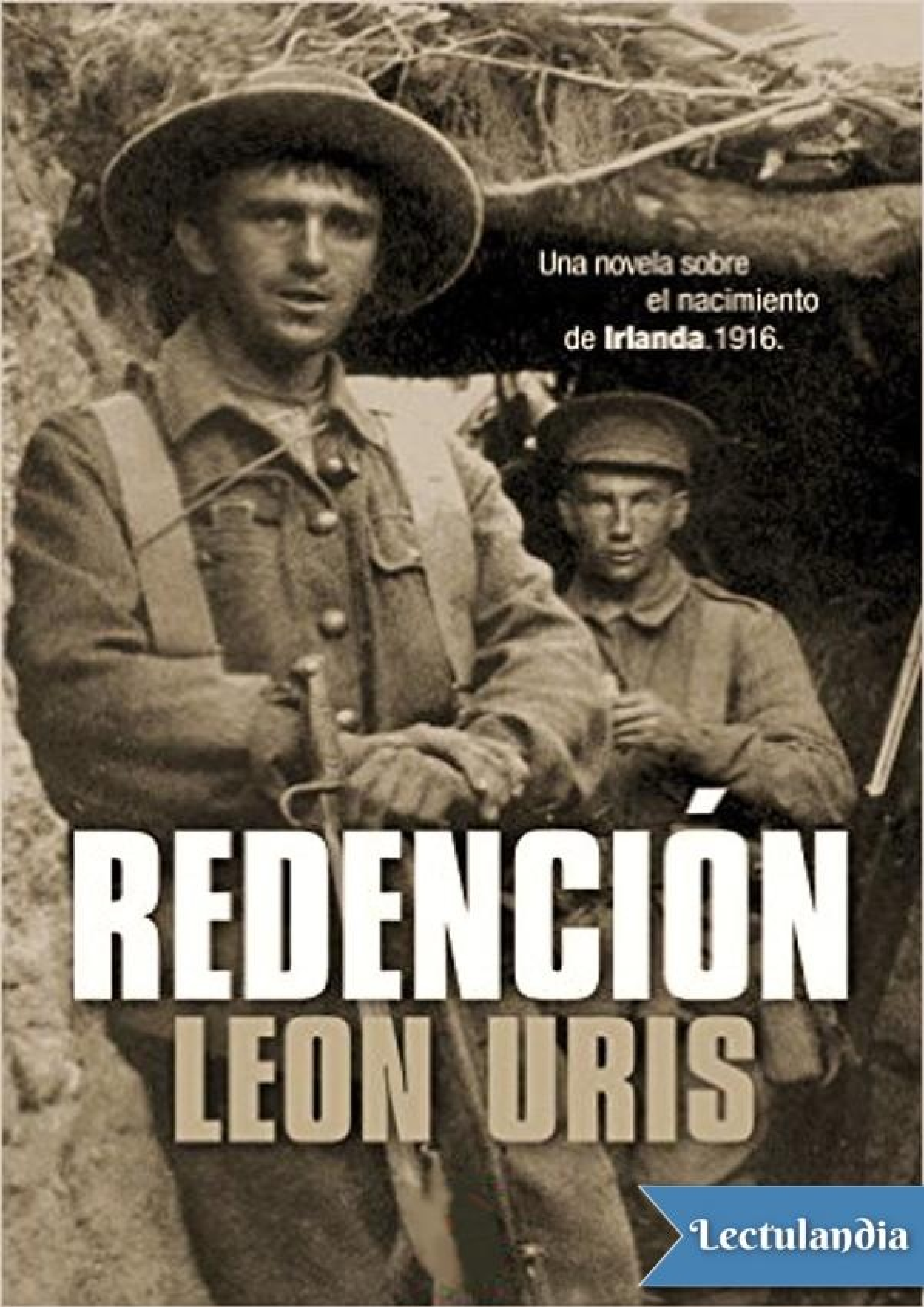

Una novela sobre
el nacimiento
de Irlanda. 1916.
REDENCIÓN
LEON URIS
Lectulandia

Veinte años después de su recordado bestseller *Trinidad*, Leon Uris retoma en esta nueva gran novela la historia de la épica lucha de Irlanda por su libertad.

Con el fragor de la Primera Guerra Mundial por telón de fondo, diversos personajes van tejiendo la intrincada trama: Liam Larkin, emigrado a Nueva Zelanda en 1895, ahora convertido en un próspero criador de ovejas; su hermano Conor, mártir de la causa revolucionaria; Rory, hijo mayor de Liam, que participa en el desastre militar de Gallipolli; el joven Winston Churchill, cuyo papel será central en el destino político de Irlanda.

De las agrestes montañas neozelandesas a los duros combates en las playas turcas, la bulliciosa El Cairo y las calles de Dublín en plena rebelión, la acción avanza y culmina en un clímax vertiginoso, cuando Rory Larkin llega por fin a su madre patria con una misión impostergable de venganza y redención.

Lectulandia

Leon Uris

Redención

ePub r1.0
German25 13.04.16

Título original: *Redemption*
Leon Uris, 1995
Traducción: Edith Zilli
Diseño de cubierta: Eduardo Ruiz

Editor digital: German25
ePub base r1.2

Para Rachsel y Conor Uris
con amor
Papá

Muchas gracias a mi asociada en investigación Jeanne Sillay Jacobson
y a mi asistenta especial Jeanne Randall

Parte uno

Pasos

Prólogo: Año 1894

Al aproximarme a la edad adulta, se me hace evidente que estoy destinado a causar un impacto memorable en la vida política de Gran Bretaña. Debo exhibir cualidades suficientes para asegurar a los súbditos de Inglaterra que tengo la pasión y el coraje necesarios para el liderazgo.

A la inversa, no debo parecer demasiado vanidoso. Puesto que mi apetito como escritor no es menos voraz que mi voluntad de ascender al poder, tomaré abundantes notas.

Obviamente, algunas de estas notas deben ser secretas y sólo para mi consumo. Si uno dice en todo momento lo que en verdad piensa, no podría avanzar en el duro juego de la política sino hasta guardia de la Cámara de los Comunes.

Por lo tanto, *Los archivos secretos de Winston Churchill* permanecerán bajo llave y candado, sólo para mi consumo e invisibles para amigos y enemigos por igual.

En mi Testamento he establecido que a mi (prematura) muerte *Los archivos secretos de Winston Churchill* sean conservados en fideicomiso por los Archivos Nacionales de Su Majestad hasta el Año del Señor 2050.

En esa fecha, cuando ya esté seguramente establecido (eso cabe esperar) entre mis compatriotas de siglos pasados, los historiadores y académicos podrán abrir estos archivos y, quizá, disponerse a una o dos sorpresas desagradables.

Winston S. Churchill

Capítulo 1

1895

Si la Tierra fuera plana, Nueva Zelanda se habría caído hace mucho tiempo, por lo lejos que está de Irlanda.

¿Puede haber hombre más afligido y desorientado que un inmigrante sin un centavo, llegado en tercera clase a una tierra tan apartada?

Los catres de lona de la bodega donde viajaban los pasajeros del vapor irregular *Nova Scotia* estaban tan apiñados que uno no podía darse vuelta ni dormir siquiera de costado. El calor del vecino cuarto de calderas con frecuencia lo impulsaba a la cubierta, cualquiera fuese el clima, para no desmayarse. Después de haber tragado a duras penas la sopa aguachenta que se le servía, como en un zoológico, la mayoría de las veces iba en busca de la barandilla.

Cuando aparecieron a la vista las colinas que se alzaban detrás de Lyttelton, noventa y dos días después de zarpar de Derry, Liam Lurkin se dejó caer de rodillas para agradecer a los primeros treinta o cuarenta santos que le vinieron a la memoria.

Bajó tambaleante por la planchada, una de las olvidadas minerías de Dios, y se presentó pálido y tembloroso ante su patrocinador, el terrateniente Bert Hargrove. Muchos de los monos desembarcaban flacos y trémulos por el largo viaje, pero al observar a Liam, Bert creyó haber hecho mal negocio. Cuanto menos, Liam Larkin y Bert Hargrove compartían un lenguaje básico como para poder entenderse… a duras penas.

Seguro de que le esperaban tres años de trabajar como los esclavos del Caribe, el nerviosismo disminuyó en Liam y lo dejó en un estado similar a la euforia.

Compartía un alojamiento limpio, de suelo de madera y estufa, con otros seis peones. Tres de ellos eran muchachos irlandeses como él, contratados por cuarenta meses de trabajo para pagar el pasaje. En realidad, Liam iba a reemplazar a uno que estaba a punto de probar suerte por su cuenta, de modo que, por Dios, tal vez aquello no fuera una esclavitud absoluta.

Sabía que lo harían trabajar mucho, pero nunca había conocido otra cosa que el trabajo duro. Bert Hargrove estaba contento: había hecho buen negocio.

Liam fue captando sutilmente algunos de los cambios: otros le cayeron violentamente encima. La vasta e increíble diferencia era que esa tierra no se alimentaba de ira… ni de miedo… ni de odio. «¿Existe un lugar así?», se preguntaba todas las noches.

La comida, por ejemplo. Por cierto, la casa del señor y el alojamiento de los peones recibían la comida de la misma cocina, servida a los hombres por las tres hijas de Hargrove. Y uno podía comer a reventar. Liam hacía memoria. Quizá seis veces, allá en su aldea irlandesa de Ballyutogue, se habría levantado de la mesa con el

vientre hinchado. Allí comía de ese modo todas las noches. La cocinera conocía catorce maneras distintas de preparar el cordero, algo muchísimo mejor que conocer catorce maneras de cocinar las papas. Y existían hortalizas que él nunca había oído siquiera nombrar.

Pero la comida era sólo un aspecto. Al principio Nueva Zelanda le hacía pensar en Irlanda, por lo verde y por las colinas; también allí el tiempo era lluvioso, estaba por llover o había llovido poco antes.

Las colinas eran más que colinas: eran maravillosas y viejas montañas de pelo blanco. Allí donde descendían hacia el mar caían a pico como fiordos, tan temibles que uno quedaba sin aliento. Ese suelo no era sólo más alto, sino que la capa de tierra negra era más profunda.

Los neozelandeses eran gente estoica, no muy diferentes de los agrios nativos de Ulster, en el condado de Donegal. Como éstos, allí se era leal a la Corona. Sin embargo, el tono del patriotismo neozelandés era plácido. ¿Sería posible no tener que oír nunca más el terrorífico repiquetear del tambor de Lembeg y las histéricas divagaciones de los orangistas y sus predicadores?

Como en el caso de Ulster, la unión de Nueva Zelanda con Gran Bretaña era el punto central de su existencia. Pero ¿cómo podían existir dos lugares, dos islas… verdes… con montañas y mar… tan diferentes en un mismo planeta? Allí no había postes para flagelar, árboles para la horca, angustias para los oprimidos, pequeños robos de ovejas, contrabandeos ni fábricas de licores ilegales; tampoco se veían desalojos, ni uno solo.

Hasta los maoríes nativos parecían haber sido sometidos sin gran dificultad, dejándoles su cultura y su dignidad. Al menos ésas eran las apariencias.

Sí, Nueva Zelanda era un país protestante, pero el hecho de que no estuviera prohibido cazar ni pescar en los generosos arroyos resultaba muy revelador.

Por suerte había allí suficientes familias, propietarios y mineros de la Verdadera Fe como para que se dijera misa dos veces al mes, en una de las tres tabernas de Methven, que por lo demás permanecían cerradas en domingo debido a las rígidas leyes de moralidad.

El padre Gionelli, de extracción italiana, ascendía desde Christchurch el segundo y el cuarto domingo de cada mes, con una caravana de tres asnos. Su llegada se parecía mucho a la de José y María.

Comenzaba por escuchar las confesiones, pero en los puestos montanos de la Isla Sur no había mucho con que pecar, descontando la borrachera de la noche anterior, los pensamientos impuros y una fornicación ocasional entre hombre y oveja, práctica que no tenía ningún atractivo para Liam.

Terminados la misa y los sacramentos, el padre Gionelli leía las cartas llegadas de la patria, escribía las respuestas, transfería fondos y consolaba a los nostálgicos. Su inglés entrecortado, como el inglés entrecortado de los fieles, adquiría una musicalidad propia.

Liam Larkin nunca llegó a sentir verdadera nostalgia, sólo dolor y cólera por el modo en que había sido expulsado de Ballyutogue y de Irlanda. Estar allí le gustaba a rabiar.

Las pasturas de la Isla Sur cedían con maravillosa suavidad bajo sus botas Wellington, en comparación con las agotadoras rocas, la frágil capa de humus y el tormento constante del viento, las leyes, el clima y el omnipresente odio a los opresores que permitían al agricultor de las colinas irlandesas su existencia marginal y una vida de sufrimientos.

Allá en Irlanda, en Ballyutogue, Liam cavaba en los altos brezales junto a su papá, Tomas Larkin, desde que era un chiquillo. Y cuando uno acarrea algas marinas desde el lago, para convertirlas en una costra de suelo fértil, tiene que saber muy bien lo que está haciendo.

Al principio Bert Hargrove tomó a Liam Larkin por un tonto de espaldas anchas. Contando con ese tipo de tierra y ese tipo de atmósfera, Liam Larkin, a su modo tranquilo, se fue ganando poco a poco la aceptación como agricultor y ovejero sumamente entendido. Sus observaciones sabias, sus agudas sugerencias de cambios lógicos aquí y allá, y la tendencia a las largas jornadas de trabajo llamaron la atención del terrateniente.

Al terminar la primera temporada, Liam fue nombrado asistente del capataz. Libre al fin de restricciones, el muchacho floreció: asumió responsabilidades, organizó un equipo y lo dirigió sin timideces. Las tijeras inclinadas que había inventado su hermano Conor, en la forja de la herrería, aceleraron la esquila en un diez por ciento.

Las cosas nunca se están quietas, ni siquiera en el paraíso.

Bert Hargrove era el más exitoso de los terratenientes católicos de los alrededores y había sido bendecido con dos estupendos hijos varones. En la columna negativa del registro cargaba con tres hijas. Como herederos, los varones eran adecuados. Como siempre, eran las mujeres las que presentaban los problemas que no lo dejaban dormir.

Las chicas Hargrove, muchachas bovinas, estaban dotadas de las recias virtudes necesarias para vivir en el futuro como esposas de agricultores y parecían tener excelentes posibilidades reproductivas. Edna, la esposa de Bert, tenía como motivo principal de su vida la colocación respetable y próxima de sus hijas. Estaba muy decidida a rodearse de una familia numerosa, para que la reconfortara en sus años de vejez.

Eso no era sencillo. No había entre los muchachos católicos suficientes buenos partidos que se adecuaran a sus planes. Por buen partido se entendía el heredero de una finca, un comerciante independiente de buen pasar y quizás un profesional: un médico o un abogado de Christchurch. Más allá de Christchurch no había que pensar.

Las niñas estaban prohibidas para los peones de la finca. La mente de Edna Hargrove, con la precisión de un mariscal prusiano, sabía a cada instante dónde

estaba cada uno de sus soldados. Una palmada en el trasero y uno se encontraba fuera de la Finca Hargrove, con la deuda por el pasaje vendida a otro terrateniente.

Como toda dama nacida en Inglaterra, Edna se enfrentaba al hecho de que casi todos los muchachos católicos de la región fueran peones irlandeses que trabajaban para pagarse el viaje o se ganaban penosamente la vida con quince hectáreas. Se veía obligada a recordarlo en la misa de cada segundo y cuarto domingo, cuando los irlandeses entraban tambaleantes, como sin piernas, trémulos por haber pasado la noche bebiendo y alborotando, mentirosos y haraganes como eran.

Ciertas fuerzas de la naturaleza son demasiado potentes, aun para el acero de Edna Hargrove: tan potentes como las aguas que desde los fiordos se lanzan a los estrechos de Milford.

Mildred, la hija mayor, no era lo que se puede llamar una doncella atractiva, pero sí agradable por dentro y, por lo demás, fuerte y buena. Era muy importante que Mildred se casara bien, para que sirviera de ejemplo a sus hermanas. Edna, con su vista de buitre, detectó las primeras miradas que intercambiaron Mildred y Liam Larkin. Una vez que se estaban mirando de un lado al otro del establo, Edna pasó entre ambos y pudo sentir las vibraciones que iban y venían.

Entonces sugirió a Bert que vendiera el contrato de Liam a otra finca, preferiblemente a alguna de la Isla Norte.

—Es demasiado valioso —replicó Bert. Y todavía nos debe mas de dos años y medio de trabajo. Habla con Mildred y explícale las cosas.

—Vengo explicándole esas cosas desde que tenía cuatro años, Bert. No podemos arriesgarnos a que un irlandés analfabeto nos destruya la vida a todos.

—Ese irlandés es una buena inversión, querida. A ti te corresponde cuidar que no se metan en el corral de cría.

—No seas vulgar, Bert. ¿Dos años y medio?

Era un poco demasiado. Los Hargrove decidieron hacer que Liam firmara un juramento de no fornicación. Aunque sabía escribir su nombre, no pudo leer una sola palabra del documento, pero Bert le explicó el significado con exactitud.

Edna Hargrove habría debido saber que una mera hoja de papel no detendría ciertas potentes fuerzas naturales. Le esperaba una difícil tarea.

Fue en la feria del distrito, durante el certamen de esquila, cuando lo aparente se hizo visible. Desnudo hasta la cintura, Liam Larkin representaba a la Finca Hargrove. Las apuestas contra él eran deliciosas. Ningún recién llegado tenía posibilidades, ni siquiera con la ayuda de los santos. Con veinte a uno en contra de él, Larkin estaba entre los últimos. Claro que la gente de Hargrove no había dicho una palabra sobre las nuevas tijeras diseñadas por Conor.

Mildred apenas pudo disimular su deleite al ver el torso de Liam. Las tijeras hicieron el resto. Después de la correspondiente deliberación entre los jueces, el anguloso y dentado instrumento de Liam fue declarado legal en sus manos, y el terrateniente y todos sus hombres volvieron a casa con el sombrero lleno de plata.

Al principio, mientras Edna lo eludía artificiosamente, Liam apenas podía creer que una muchacha de ascendencia inglesa, educada en un convento de Auckland, pudiera considerarlo digno. Liam no entendía mucho de mujeres. Lo que sabía era lo aprendido allá en Ballyutogue, acompañando a su hermano Conor.

¿Qué se podía decir de Conor? A Conor le bastaba silbar para conseguir una mujer. En esas ocasiones siempre buscaba a muchachas protestantes, para no verse seriamente comprometido después. Un par de veces, en las ferias del otro lado de Donegal o abajo, en Derry, Liam tuvo oportunidad de engancharse a la acompañante; no era tan torpe, siempre que Conor estuviera cerca. Probablemente, si se le presentara la ocasión, estaría a la altura de las circunstancias.

La ocasión se presentó durante los festejos por el cumpleaños de la Reina, nada menos, fecha que marcó también la primera vez que Liam pronunció los «prohibidos» versos de *Dios salve a la Reina*, rezando por que ciertos antepasados no estuvieran contemplándolo desde lo alto.

No pudo haber caído sobre Edna Hargrove catástrofe peor que el embarazo de Mildred, que destruyó media vida de delicadas manipulaciones. Bert se puso furioso porque tenía una nueva carga a sus espaldas y aún quedaba un saldo en las obligaciones de Liam. Cuando la tormenta de los Hargrove se hubo vaciado de ira, Liam y Mildred se vieron frente a un monstruoso ultimátum.

La pareja se rompería definitivamente. El compromiso laboral de Liam sería vendido a una finca de otra zona. Mildred sería subrepticiamente llevada a un convento de Australia. Puesto que el aborto era inconcebible, la criatura sería ofrecida en adopción en Australia.

La alternativa era aún más fea. Bert Hargrove tenía recursos legales, tanto por la deuda de Liam como por una cantidad de ofensas «sexuales» que podían valerle varios años de cárcel.

Liam y Mildred se habían dejado acorralar contra el borde de un precipicio; cuando no parecía haber más alternativa que someterse o arrojarse al vacío, la mano de la Providencia se extendió desde Irlanda bajo la forma de un telegrama. Fue abierto con manos temblorosas, pues un telegrama casi siempre anunciaba una muerte. Mildred se lo leyó:

QUERIDO LIAM STOP HE COBRADO UNA PEQUEÑA FORTUNA COMO ADELANTO POR RESTAURAR LA CANCELA DEL GRAN SALÓN DE HUBBLE MANOR STOP HE PAGADO TODO TU PASAJE STOP VA CERTIFICADO STOP TE TRANSFIERO NUEVOS FONDOS PARA INSTALAR CASA PROPIA STOP PAPÁ NO ENTERADO. TU HERMANO - CONOR.

Capítulo 2

Bueno, el telegrama de Conor cambió la forma de hacer las cosas. La pareja abandonó las hectáreas de Hargrove llevando sólo la maleta mutilada con que Liam llegara. Mildred lo dejó todo: hasta la última prenda, el ajuar, los caballos de exposición y sus pertenencias personales.

Sin embargo, desde los primeros años juveniles poseía una cuenta bancaria con sus ganancias. Gran parte de ese dinero había sido adquirido mediante astutas negociaciones en los diversos mercados agrícolas. Eso serviría como pago inicial para adquirir algo.

El padre Gionelli, que los había escuchado a ambos en confesión por algún tiempo, estaba esperándolos. Accedió a casarlos, siempre que invitaran a Bert y a Edna al bautismo. Ellos accedieron de mala gana. Los Hargrove, que se sentían un tercio traicionados, un tercio culpables y un tercio furiosos, rechazaron la invitación. Se había sembrado una semilla amarga.

Liam eligió para su hijo un nombre extraño y oblicuo: Rory. En la estirpe de los Larkin nadie se había llamado así. Dar al primogénito un nombre que no estuviera en la familia resultaba raro e inquietante. Liam recordaba que Rory había sido un gran rey irlandés y con eso le bastó.

Rory fue bautizado inmediatamente después de su nacimiento y apodado «el pequeñín», como para sugerir que probablemente había sido prematuro. Rory no tenía nada de «pequeñín»: era fuerte y muy hermoso. Casi parecía imposible que hubiera surgido de ellos dos. «El pequeñín Rory» había sido colgado de su cuello como un pendiente invisible, no porque hubiera nacido en desgracia, sino porque «un niño fuera de lo común debía tener un nombre fuera de lo común».

Bert Hargrove había dicho siempre que, si Mildred hubiera sido varón, habría sido el mejor ranchero de la Isla Sur, a tal punto contaba con las habilidades necesarias. Su partida fue otro golpe cruel para Bert, pues ella era quien llevaba los registros, las nóminas de pago, los impuestos y las escrituras de las tierras compradas, además de conocer profundamente el juego de compraventa en el mercado de lanas.

Con el cerebro de Mildred manejando la intuición de Liam y sus conocimientos de agricultura, en pocos años pasaron de ser humildes granjeros a importantes terratenientes. Por entonces, el gobierno de Nueva Zelanda estaba empeñado en construir una industria ganadera y lanera, capaz de comerciar con todo el mundo y de convertirse en una pieza importante de la maquinaria británica. El gobierno respaldaba condiciones privilegiadas para las tierras y los animales de cría; los Larkin supieron aprovechar ambas cosas.

También recibían apoyo de Conor Larkin, a quien le iba muy bien con la forja de Derry. La rápida mente de Mildred supo exactamente qué hacer con los fondos

recibidos de Conor, como maná del cielo. Una vez adquirida la última de las cuatrocientas hectáreas, libres de hipoteca, Liam colgó un letrero: FINCA BALLYUTOGUE, SEÑOR LIAM LARKIN, TERRATENIENTE.

—Señor Liam, fíjate: *un plebeyo importante que exige respeto por su éxito*.

Finca Ballyutogue… Señor Liam Larkin, terrateniente. ¿Cuántas veces lo repitió? Mildred sabía. Sabía lo que significaba ese «terrateniente» para él y cuánto lo apreciaba ella.

¿Por qué llamó a su finca Ballyutogue, como la aldea de Irlanda? La palabra en sí significaba «lugar de pesares» y sólo pesares había tenido allá. Dulce, dulce venganza. «Yo les mostraré a todos que Liam no era el tonto patochero de los Larkin. La Finca Ballyutogue que creé me hará recordar mi victoria cada vez que pase por sus portones».

Para un rebelde irlandés sin heredad, aquello era mucho más que ampliar las fronteras de sus tierras y mucho más que ser deseado y aceptado por un país. Era Mildred.

—Mi esposo no puede ser analfabeto —ordenó ella. Y le enseñó a leer y a escribir muy por encima de los requisitos comunes.

Después de resolver un difícil pasaje de la Biblia o una de las novelas de Mildred, él se decía: «¿Qué pensaría Conor ahora, si me viera?». Sí, recordaba bien a Conor, con la nariz siempre metida en un libro, recibiendo lecciones de su amiguito Seamus O'Neill. Algún día llegaría a leer tan bien como Conor.

¡Oh, Mildred, qué tesoro! Amaba cada una de sus curvas regordetas. Tal vez fueran poco atractivas y toscas, pero no había nada tosco en el amor que se tenían.

Mildred fue lo primero que le perteneció en la vida, sin contar el amor obligatorio de ciertos familiares. Mildred fue la primera y la única persona que lo amó por sí solo.

Liam fue la primera persona que amó a Mildred, la primera que le perteneció. Fueron los primeros en demostrarse mutua ternura. Se hundían el uno en el otro, gloriosamente; jamás se cruzaban sin tocarse para compensar una vida de caricias nunca dadas ni recibidas.

Tras un tercio de vida pasado en la miseria, tras cruzar medio mundo, se sentía salvado del purgatorio cada día que despertaba a la seguridad de que Nueva Zelanda existía de verdad.

A Edna Hargrove le duró el enojo sólo hasta el bautismo de Spring, el segundo vástago. Una verdadera madre inglesa sabe perdonar y, después de todo, Spring llevaba el nombre de su propia madre. Por cierto, al llamar así a la niña, Mildred le había enviado una señal de que buscaba su perdón. Cuanto menos era posible remezclar las cosas hasta que nadie supiera quién perdonaba a quién.

Bert resistió aun hasta el siguiente bebé: Madge.

A través de esta prueba de fuego, Liam comprendió que al vencedor se le otorgaba cierta exaltación no calculada. La constante bondad hacia quien nos ha

crucificado puede ser la más artística y deliciosa forma de venganza. Si él y Mildred se hubieran mostrado beligerantes, los Hargrove habrían encontrado justificación para su odiosa conducta.

Al aceptarlos con los brazos abiertos, Liam depositaba sobre los padres de Mildred una culpa y una vergüenza perennes. Aquello terrible que habían hecho era tema de muchas horas de conversación entre los Hargrove y el padre Gionelli, pero nunca pudieron borrarlo del todo. Un refrán australiano decía que el cazador malvado erraba a su presa y era castigado por su propio bumerán. La Biblia era un verdadero catálogo de «lo que se lanza vuelve».

De los otros varones Hargrove, King, el mayor, se convirtió en un tunante de primera, con tendencia a perder dinero en el juego y ese tipo de irresponsabilidad que, hasta entonces, Bert Hargrove sólo había atribuido a los irlandeses. Bert se alegró mucho de que King se quedara en Sudáfrica como buscador de oro, después de prestar servicio en la Guerra de los Bóers.

Gilbert, el hijo menor, era una buena persona, pero fue imposible disuadirlo de estudiar en Inglaterra, con aspiraciones a convertirse en ingeniero.

Para Liam Larkin hubo un momento divino: aquél en que Bert, de pie y con el sombrero en la mano, relató una letanía de fracasos, malas inversiones, problemas con sus hijos e imprevistas plagas en el ganado. Nada de todo de eso era culpa suya. La tierra le había sido fácil de conseguir y la codicia fue su perdición. Expandió en demasía, sin planificar reservas para el caso de que algo fallara.

Caramba, Liam sabía desde los diez años que nadie intenta arar cuatrocientas hectáreas sin tractor.

Sonrió, meneando la cabeza con simpatía, y no lo dijo en voz alta, pero Bert pudo leerlo en el silencio de su cara: «¿Qué darías por otro irlandés estúpido como yo, que desembarcara para sacarte de aprietos, pedazo de monstruo cara de culo?».

—Ah, caramba, Bert, deja que yo y Millie nos sentemos contigo para ver cómo te sacamos de ese pequeño pantano.

¡Por todos los diablos! La bondad de Liam estuvo a punto de matar a Bert Hargrove, pero las condiciones, bastante generosas dadas las circunstancias, salvaron a la finca, que ahora sería distribuida equitativamente entre las tres hijas.

En realidad, la bondad como venganza suprema había comenzado a evolucionar en la mente de Liam algunos años antes, mientras él, Millie y el bebé luchaban por pasar ese primer invierno en su primera casa, un miserable cobertizo de un solo ambiente, hecho de cartón prensado, lleno de filtraciones y castigado por el viento. Era como repetir toda la pesadilla de Irlanda, pero resistieron hasta la primavera y desde ese momento no volvieron a mirar atrás.

Tomas Larkin, su abrumado papá, lo había expulsado de Irlanda en vez de darle las abrumadas tierras de la familia, que eran suyas por derecho y que él ambicionaba.

Con la primavera llegó una carta de Tomas en la que suplicaba a Liam que regresara a Irlanda y se hiciera cargo de todo.

Tras el primer arrebato de alegría, Liam comprendió lo que se ocultaba tras la carta. Después de cuatro generaciones, las tierras de la familia no llevarían el apellido Larkin a menos que Liam retornara.

Conor había dejado la aldea de Ballyutogue para establecerse como gran herrero. Dary, el hermano menor, iba camino de cumplir el sueño de Finola, su madre, haciéndose sacerdote. Sólo quedaba Brigid, que había renunciado a su único amor porque no tenía tierras y estaba obligado a marcharse. Ahora Brigid tendría que casarse con algún solterón venido a menos porque ya había dejado atrás la edad de la juventud y el encanto, y difícilmente pudiera tener hijos.

«Te traté muy mal», suplicaba Tomas en su carta. «Pero vuelve a casa; la granja y todo cuanto tengo es tuyo».

Liam podía imaginar el tormento y la esperanza en la pluma de su padre. También imaginaba a Tomas en la taberna de Dooley McCloskey, agitando la respuesta de su muchacho Liam, que pronto estaría de nuevo en casa.

«Lástima grande, papá, lástima grande. Tendrás que seguir tú. Yo y Millie nunca estuvimos en los planes de nadie porque nadie nos amó nunca… salvo mis hermanos, Conor y Dary».

Liam no sabía aún lo suficiente para redactar una respuesta; tampoco quiso presentar a Mildred por medio del alboroto familiar. Recurrió al padre Gionelli y juntos redactaron una carta que derramaba compasión e inquietud. Entre la compasión y la inquietud dejó caer un poco de estiércol de ratón: «Conor ha saldado mi pasaje… Tengo un arrendamiento a largo plazo con opción de compra sobre doscientas cuarenta hectáreas… el gobierno me ayuda con mil ovejas… la tierra de Nueva Zelanda es rica y negra… Di a mamá que siempre rezo el rosario y el Angelus…».

Luego Liam acarició el cuello de su papá con el filo de una navaja de bondad. Escribió sobre Mildred, sin mencionar que ya estaban casados y con un hijo, pero… «Mildred es de familia inglesa y se educó en un convento; vamos a casarnos pronto y no volveré a Irlanda».

Mientras la carta no estuvo despachada, refrenó la lengua. Luego volvió nuevamente al sacerdote.

—Padre, no siento ira contra mi papá, pero debo confesar que la carta me llenó de felicidad, y sé que eso está mal porque sé lo mucho que lo hice sufrir. Conozco ese dolor porque así me hizo sufrir él. Me arrepiento de mi alegría, pero no puedo negarla.

—Te comprendo, Liam —respondió el padre Gionelli. Tu carta es la historia de mi propia infancia.

—¿He pecado?

—¿Pecado? ¿Qué es el pecado dentro de la dinámica de las relaciones familiares?

Es un misterio que se inicia con el hombre. Nadie puede resolverlo, salvo por medio de su propia y única experiencia. Lo que sientes es humano. Pero no creas que eso te dejará en paz. Nunca nos libramos de nuestra sangre.

Poco después de recibir la carta de Liam, Tomas Larkin sufrió un ataque de diabetes. Falleció mientras el sol trepaba lentamente por el horizonte de un nuevo siglo. Murió profundamente consternado por el modo en que había tratado a su hijo.

Capítulo 3

Enero de 1915

La benevolencia del terrateniente Larkin crecía junto con sus hectáreas. Construyó en Methven una iglesia para el padre Gionelli y la embelleció con vitrales consagrados a su padre y más adelante a su madre. Por casi seis meses reflexionó como nunca, pero al fin terminó llamando a la iglesia Santa Columba, el mismo nombre que llevaba la iglesia de su infancia en Ballyutogue.

Era benefactor del orfanato no sectario que el padre Gionelli tenía en Christchurch, lo cual le parecía una idea noble, digna de las actitudes de Nueva Zelanda.

Aunque no era lo mismo que ver llegar al sacerdote a Methven con su caravana de burros, Liam fue el principal contribuyente para la compra de un automóvil modelo T, traído desde Norteamérica, para que el padre subiera y bajara por la ruta de la montaña.

¡Y también colaboraba con su familia de Irlanda! Se aseguró de que Finola, su madre, viviera en la aldea como una reina. La cabaña de los Larkin tenía techo de pizarra, señal indicadora de que uno de la familia había triunfado a lo grande al otro lado del mar. Liam envió dinero para que se pusieran lápidas finas a todos los Larkin que hubieran pasado a mejor vida.

Para su hermano, el padre Dary Larkin, hubo un generoso fondo dedicado a sus buenas obras.

Por mucho que lo intentara, Liam no podía llevar a cabo sus filantropías sin que encerraran cierta dosis de venganza. Probablemente fuera un caso perdido. Tal como le había dicho el padre Gionelli, años antes: «Eso no desaparece. Nunca nos libramos de nuestra sangre».

Liam comprendió que sólo había un modo de entenderse con su infancia: asegurarse de que sus propios hijos no sufrieran por culpa suya.

El y Mildred solían expresar ideas avanzadas para la época. Las hijas, Spring y Madge, se aproximaban a la edad de merecer. Por desgracia ambas habían estado ausentes en el reparto de belleza. Pero no todo estaba perdido: las muchachas eran señoritas bien educadas, que no sólo habían heredado de su madre las amplias curvas, sino también su carácter simpático y su mente aguda.

Aunque (Dios no lo permitiera) jamás intervendrían en la vida de sus hijas ni tratarían de decidir por ellas, Millie estaba segura de que, con el fuerte apellido del terrateniente Larkin, resultarían atractivas más allá de la apariencia física. Liam y Mildred albergaban la incomparable idea de que no había nada malo en que las hijas mujeres heredaran la tierra. Aunque se casaran con hombres de diferentes apellidos, por sobre el arco de entrada estaría siempre el nombre de Finca Ballyutogue.

Liam iba aun un paso más allá. Si, (Dios no lo quisiera) Madge y Spring se enamoraran de protestantes que fueran hombres decentes, él los aceptaría por yernos. Claro que los nietos tendrían que educarse en la Verdadera Fe.

Bautizó a su otro hijo orgullosamente con el nombre de Tommy, en honor de su padre, Tomas Larkin. Por desgracia, el parecido con su padre no pasaba del nombre. Era un buen chico, sin duda, fuerte y recio. Tenía toda la torpeza y la lentitud de Liam, pero nada de su instinto campesino.

Como inconscientemente Liam le encontraba parecido consigo mismo y, conscientemente, sabía que era necesario poner sabiduría y conocimiento del campo en la cabeza del niño, los dos quedaron indisolublemente pegados. Muy en el fondo, Liam lloraba en silencio porque Tommy tenía su capacidad limitada a cuarenta hectáreas.

Tendría que prepararlo, prepararlo mucho. Habría que impulsarlo para que pudiera llevar una vida de calidad. Sería difícil. En el peor de los casos, siempre habría algo para él en la finca.

Conque allí estaban Madge y Spring, con buenos esposos que recibirían una parte de la finca. Mientras la propiedad fuera dirigida por un Larkin todo estaría en orden.

Sí, Mildred y Liam hablaban con frecuencia de eso. No manipularían la vida de sus hijos tal como ellos habían sido manipulados. No los enfrentarían entre sí por la tierra. Con sabiduría y orientación, todo saldría bien.

El terrateniente Larkin lo tenía todo dominado, salvo una pequeñez: por derecho, la explotación de la finca correspondía al hijo mayor, el pequeño Rory, que era un hombre digno de esa tarea.

Sin embargo, había ciertos problemas leves con Rory, por sus locuras con las muchachas, las riñas que provocaba y sus crecientes ansias de vagabundear. Ah, ya se calmaría. Amaba la tierra, por cierto, y desde la niñez hasta la edad adulta había sido el ganador de todos los premios de esquila, equitación, enlazado y crianza que podía ofrecer la Isla Sur.

Y por añadidura, héroe del rugby.

Caramba, a decir verdad, Liam había pasado muchas horas con el padre Gionelli, sumido en la preocupación por Rory. Y en el curso de un segundo la preocupación de Liam se convirtió en miedo.

En Europa había estallado la guerra. En ese instante cambió la remota y plácida Nueva Zelanda. Los muchachos de ese lejano país, aparentemente tranquilos, se vieron súbitamente cargados con la fiebre de la guerra y formaban filas de manzanas enteras frente a las oficinas de reclutamiento.

No tenía sentido. Nueva Zelanda no tenía nada contra los alemanes o los austríacos y nadie había visto nunca un turco. ¿Por qué, en nombre del cielo, tenían que correr a matarse por el Imperio Británico? ¿Qué hallarían allá afuera que pudiera compararse, siquiera remotamente, con la vida de Nueva Zelanda?

Los jóvenes, ahora inquietos y aventureros, se convencían de que la liberación de

Bélgica (que estaba en algún lugar de Europa) era la causa más noble después de las Cruzadas y estaban ansiosos de participar en ella.

Tenía sentido y Liam lo sabía. El Imperio Británico reclamaba el pago de sus deudas. Sin Gran Bretaña, Nueva Zelanda no habría existido. Sin Gran Bretaña bien podrían estar hablando en alemán y brindando por el Kaiser.

Entre los agricultores prósperos de la Isla Sur de Nueva Zelanda, la guerra había agregado palabras nuevas al lenguaje. El terrateniente Liam Larkin era ahora un «potentado ovejero». Todos los productos que los granjeros podían arrancar de ese suelo fértil eran cargados en barcos, a precios que no volverían a verse, y llevados a toda marcha para tratar de llenar el más grande de los pozos sin fondo: la guerra.

Los potentados ovejeros y sus auxiliares imprescindibles estaban exentos del servicio militar o de cualquier otro tipo. En la finca se necesitaban con desesperación todos los peones. Claro que Liam podía explotar la propiedad por sí solo, pero si Rory llegara a olfatear el mundo exterior, el futuro de todos estaría en peligro.

En verdad, Rory había heredado de su padre la tendencia a retener la ira muy dentro de sí. Lo cierto era que padre e hijo compartían un equitativo lenguaje agrícola en lo referido a ovejas, vacas y cosechas, pero por lo demás eran coléricos desconocidos.

Liam se había convencido de que Rory amaba demasiado la Finca Ballyutogue como para pensar en abandonarla, aunque ellos dos no fueran buenos compañeros.

Ahora se preguntaba si habría algún modo de recuperar el tiempo y revertir el pasado, aunque no sabía con certeza en qué se había equivocado. ¿Qué? ¿Cuándo? Rory parecía enojado casi desde su nacimiento. ¿Por qué?

—Ya sé cuándo comenzó esto —dijo Liam a Mildred, una noche. Comenzó hace diez años, cuando vino Conor a visitarnos. Desde ese momento el chico cambió.

Era otra batalla de silencio entre Rory y su padre. El muchacho había ido a Wellington para ver al equipo neozelandés de rugby, los All-Black, derrotar a los australianos. El partido terminó en una trifulca que fue la madre de todas las trifulcas.

Cuando se excitaba, Rory era un combatiente de feroces proporciones, capaz de abrirse paso a través de casi cualquier cosa a fuerza de puños, patadas, mordiscos o con cualquier arma disponible: sillas, lámparas o botellas de cerveza.

Hubo desagradables comentarios nacionalistas entre varios australianos borrachos. Fue desmantelado un burdel chino, permitido en esa tierra cristiana para servicio de los marineros solitarios. Liam viajó al norte para pagar la factura y sacar de la cárcel a su hijo. El resto fue silencio, silencio total.

En momentos como ese Liam iba a la parte más alta de su tierra, en una colina alta junto a un arroyo de truchas y allí se comunicaba consigo mismo, reviviendo su propia épica.

Liam había reclamado la victoria sobre Irlanda al convertir su emigración en un

éxito arrollador. A pesar de eso, nunca se libró de los fantasmas que lo rondaban, los hombres que habían creado la herencia Larkin. Cada uno, por varias generaciones, había sido el gran personaje de su época. Y él, Liam, seguía perdido y sin hacerse oír entre ellos. Cada vez que se consideraba libre, ellos salían de la tumba, allá en el sector familiar de Ballyutogue.

Su bisabuelo Ronen, azotado con el látigo de nueve colas en 1798, durante el alzamiento de Wolfe Tone, hasta que los huesos le asomaron por la carne. Su abuelo Kilty, el que los salvó de la gran hambruna combatiendo a puño limpio por centavos en los callejones de Londres, el que más adelante cabalgó con los rebeldes fenianos.

Y su papá Tomas, el guerrero silencioso, el hombre que partió a los orangistas como al Mar Rojo cuando trataron de bloquearle el paso a la primera votación concedida a los rebeldes católicos.

¡Conor! Conor era el Larkin por excelencia. Después de un trágico incendio en una fábrica de camisas de Derry, había partido de Irlanda para vagar por cinco años. Diez años antes se había detenido en Nueva Zelanda. Liam trató de que se quedara, pero él volvió a su vida de dudosas batallas.

Conor se incorporó a la Hermandad ilegal y organizó un plan para contrabandear armas; fue atrapado y puesto en prisión, escapó y ahora vivía huyendo.

«Caray», murmuró Liam para sus adentros. «Bajaré a hablar con Rory, esta vez sin enojarme. Esta vez llegaremos al fondo de lo que nos está haciendo sufrir. Oh, Dios, no me atrevo a pensarlo, pero si Rory se quedara en Nueva Zelanda por descubrir el cariño que me tiene, y tal vez por el que yo le tengo, yo podría quitarme esta maldita Trinidad de la espalda. Que Dios me ayude a sofrenar mi carácter con el muchacho».

En cuanto vio a Mildred notó que había ocurrido algo terrible.

—¿Rory?

—No, él está bien —le aseguró Mildred. En realidad, me ha estado farfullando sobre su condenado carácter. Se siente mal por ser tan travieso.

«¡Y bien que corresponde!», pensó Liam. «Esa última trastada me costó trescientas libras. ¡Trescientas libras! ¡Con eso se podría comprar medio condado de Donegal!».

—Bien —musitó Liam. ¿Y los otros chicos?

—Están bien. Todos te esperan en la sala.

Estaban reunidos alrededor del hogar, como solía hacerlo el terrateniente para orar y conversar un rato antes de la cena. Rory atizaba el fuego con la cabeza gacha.

«Bueno, alguien le dio una buena en las costillas», observó Liam. «Espero que le duela hasta el pito».

Cobró conciencia del silencio. Luego lo vio en la mesa. El sobre de un telegrama. «¡Qué diablos! Recibimos telegramas a montones. La Finca Ballyutogue de Nueva Zelanda debe de haber recibido veinte telegramas el año pasado». Lo recogió. Tenía una estrella negra, señal de fallecimiento.

—Estábamos esperando a que lo abrieras —dijo Mildred.

NUESTRO BIENAMADO HERMANO CONOR HA MUERTO STOP CAYÓ AL FRENTE DE UN GRUPO QUE DESTRUYÓ UN ARSENAL DE VOLUNTARIOS DE ULSTER EN EL CASTILLO DE LETTERSHAMBO STOP ESTAMOS NEGOCIANDO CON LOS BRITÁNICOS POR LA DEVOLUCIÓN DE SUS RESTOS STOP VA CARTA CON DETALLES STOP DIOS RECIBA SU ALMA Y TE ACOMPAÑE EN TU DOLOR STOP

DARY LARKIN

Capítulo 4

Liam se permitió echar una mirada rápida a esas caras afligidas; luego dejó que Millie se encargara del desastre.

Rory detuvo a su padre en la escalera, graznando:

—Papá.

«Qué diablos», pensó Liam. «A Conor lo amabas más que a mí».

—Necesito estar solo, muchacho —dijo.

Al abrir la puerta del dormitorio oyó sollozos de su familia en la sala, súbitamente marcados por un portazo, señal de Rory para indicar que iba directamente a emborracharse.

Mildred subió con pasos pesados al dormitorio donde Liam preparaba su equipo. Estaba muy en su papel, reprimiendo el dolor. Pensaba subir nuevamente a la pradera alta, por si le atacaba alguna reacción tardía. Puso una botella de whisky irlandés casero, una porquería de fabricación clandestina. Haciendo crujir los resortes de la cama, se puso un par de botas claveteadas.

—Necesito estar solo.

—Aquí hay otros que también tienen sus necesidades —le espetó ella.

—Yo no sirvo para estas cosas, Millie. Tendrás que hacerlo por mí.

—Deja que vaya contigo.

—No.

—Cuanto menos di algo a Rory.

—Caray, lo más probable es que esté ya camino a la taberna. Ese maldito muchacho puede beber más que mi viejo.

—Rory no se fue —insistió Millie. Está en el establo. Está llorando.

¿Rory llorando? Rara vez lloraba, salvo por un ataque de ira. ¡Claro que estaría llorando! Para él Conor lo era todo. Rory llevaba diez años tratando de seguir los pasos de Conor. ¡Justo lo que Irlanda necesitaba, otro mártir de la familia Larkin, qué joder!

—Rory nunca ha necesitado que yo lo consuele.

—¡Esta casa está destrozada, Liam! ¡Tócalo! Tócalo y dile que juntos saldremos de esto.

—No sirvo para eso, Millie.

—Una palabra bondadosa podría haber ahorrado muchas lágrimas.

—Yo… eh… Voy a intentarlo.

Liam entró tímidamente en el establo y encendió la lámpara, hipnotizado por los sollozos que llegaban desde el otro extremo. La luz vacilante mostró a Rory en una parva de heno, con lu cara entre las manos. Liam abrió un pesebre, hizo salir a su yegua y la ensilló; Rory lo observaba, atormentado.

«Conozco esa expresión», pensó Liam. «Yo debo de haber tenido la misma cara de angustiado. Bueno, ya nada podrá hacerme sufrir así. No, ni siquiera esta noticia. Bueno, ¿qué se supone que debo decir? Aquel condenado se largó sin ayuda nuestra. Papá siempre dijo que terminaría ahorcado en algún árbol, por una cosa o por otra. ¡Maldita Irlanda!».

Liam carraspeó. Los dos se miraron como venados sorprendidos por la luz de una antorcha. Liam carraspeó una vez más. «Sí, señor terrateniente, eres igual que tu papá», pensó. «El viejo Tomas no habría demostrado ningún sentimiento a un tipo como Liam». Bajó la mirada y salió del granero conduciendo a su caballo. Un momento después se oyó un relincho y el ruido de los cascos que se alejaban hacia las colinas.

El terrateniente Larkin no tardó en llegar a la parte más alta de sus tierras. Todo lo que estaba a la vista le pertenecía. Sopló el fuego hasta que alzó la llama y clavó los dientes en el frío; luego metió la mano en la tienda para buscar a tientas el whisky casero; después de echarse un buen trago, se respaldó contra el gran roble que tenía por altar personal y trono de su reino. El viento llevaba los débiles balidos y los campanilleos del rebaño en la dehesa del este. Las campanillas se fundieron en un tono que subía y bajaba sin cesar, como si los animales estuvieran conversando con el.

«¡La belleza de Irlanda yace asesinada! ¡Cómo han caído los poderosos! ¡Ah, montañas de Donegal, que no haya rocío, que no haya lluvia en ustedes! Porque el escudo del poderoso ha sido vilmente descartado. En vida fue encantador. Era más veloz que el águila. Era mas fuerte que el león ¡Cómo han caído los poderosos!

¡Tú, Conor, has sido asesinado en tu alto puesto! ¡Cómo han caído… los poderosos… Como ha caído… cómo ha caído… mi amado hermano!».

Liam cayó de rodillas

—¡Conor! —chilló. El eco volvió en los campanilleos: Conor… Conor… Conor… —¡Oh, Dios, cómo te amaba, hombre! —Se golpeó el pecho, arrastrándose y aullando en las convulsiones del dolor y la confusión. -Cayó sobre manos y rodillas, haciendo arcadas, vomitando, y se aferró del gran árbol, gimiendo cada vez más bajo, hasta el agotamiento.

Algún tiempo después lo atravesó un frío bestial. Liam despertó con el paso de una nube que cruzaba suavemente la cumbre de la colina. El fuego se había apagado. Entró de inmediato en la tienda y se envolvió en el pesado rollo de mantas, hasta que sus escalofríos se aquietaron en gruñidos rítmicos.

—Dios mío —susurró—, castígame por ese instante de regocijo que me invadió al leer el telegrama. Castígame, Dios mío, por favor. Te amaba, hermano Conor, y ésa es la verdad.

Capítulo 5

Así como Liam subió a las colinas, así Rory descendió hacia el mar por el sendero que su potro RumRunner y él conocían de memoria.

Ir a caballo lo reconfortaba, aun en momentos tan penosos como ése. Su recuerdo más hondo del afecto paterno, en su tercer cumpleaños, tenía la forma de su primer poni.

Cuando Rory tenía siete años y RumRunner cuatro, establecieron una sociedad para toda la vida. En poco tiempo Rory era un jinete cabal. Conducir a RumRunner en medio de un rebaño era como saltar a una nube, con un cielo de lana debajo de él y los collies dando vueltas alrededor, ladrando y lanzando mordiscos a las ancas.

Esa noche RumRunner notaba pesado a su amo. Cuando Rory sacó una botella de la alforja, el caballo estableció una marcha automática; cuatro horas y un quinto de whisky les llevarían a Christchurch.

En esos tiempos los chicos neozelandeses estaban ansiosos por vagabundear. Ahora tenían una justificación y una racionalización para gritar contra el encierro que limita a casi todos los jóvenes isleños. Si no hubiera existido esa guerra, probablemente habrían inventado una.

Desde los tiempos de la visita de Conor, Rory había satisfecho gran parte de su curiosidad con un desfile de libros que llegaban hasta él por intermedio del tío Wally. Se convirtió en un lector prolífico, pero lo extraño fue que su impulso por huir de Nueva Zelanda parecía pacificado.

La fiebre de la guerra no lo atacó, en parte porque no encontraba sentido en cruzar medio mundo para luchar por la libertad de Bélgica.

Uno hereda de sus padres esto, aquello y lo otro, a veces contra su voluntad. Él había recibido de ellos una sensación de paz; estaba seguro de que viajaría en alguna fecha futura, cuando estuviera completamente listo y decidido.

A los dieciséis años figuraba entre los mejores vaqueros y ovejeros de la Isla Sur; había convencido a su padre para que criaran venados domésticos, que se estaban convirtiendo en una empresa ventajosa. También importó de Chipre unas cuantas mulas, pero eso no resultó tan buen negocio.

Aunque las ansias de partir estaban allí, las ansias de quedarse también existían. Los miedos y las sospechas de Liam instaron a Rory a mirar el horizonte. Amaba la finca, el país, su vocación.

Hacía años y años que no tenía noticias de Conor. Sólo llegaban crípticas menciones de él en las cartas del otro tío, el padre Dary.

Pero en la noche de su muerte, el pasado volvió a ser presente y el presente adquirió una urgencia súbita. Debía seguir los pasos de Conor.

Aun ahora le encantaba cabalgar por la finca con su papá, que era callado y

curtido y sabía muchísimo de la tierra y el clima. Dicen que sólo los cerdos pueden ver el viento, pero Liam Larkin podía de seguro, tanta era su agudeza.

Si reprimir las propias emociones era virtud de reyes, su padre era un gran rey. Se había visto rechazado en sus primeros anhelos de entablar amistad con su papá, debido a la actitud constantemente taciturna que Liam le mostraba. Mamá y Tommy, de vez en cuando las chicas, recibían las pocas muestras de afecto de su padre.

Si ser taciturno era realmente la naturaleza básica de su papá, Rory creía poder encontrarle un ritmo, una manera limpia y buena de que dos hombres callados pudieran tratarse con respeto y cariño.

Cuando niño, Rory había tenido la impresión de que el silencio y, más adelante, la forma brusca con que lo trataba tenían algo de malo. Era un fastidio especial que su padre le expresaba, por alguna causa que debía de haber sucedido lejos y largo tiempo atrás.

La noche era oscura, pero RumRunner conocía el camino. Rory se adormeció en la montura, sabiendo que su caballo le avisaría si estaba a punto de caer. Una y otra vez despertó bruscamente e irguió la espalda. En cada oportunidad recordó su horror: ¡TÍO CONOR HA MUERTO!

«Rory, deja de jugar a este juego», se dijo. «Tienes un hueso atravesado en la garganta y tú lo sabes y tu padre también lo sabe». La distancia amarga entre ellos se había establecido hacía ya diez años, cuando Conor había ido a visitarlos.

Liam Larkin comprendía la inquietud de su hijo y no tenía la capacidad de ofrecerle una solución. Todo se reducía a una sola palabra: *Irlanda*.

Además, Rory había elevado a su tío a la categoría de dios. El temor de Liam era que la misma maldición endemoniada le quitara a su hijo.

Si hubiera pronunciado una palabra para tranquilizar a su padre sobre que el amor por Nueva Zelanda lo mantendría junto a los suyos, las cosas entre ellos habrían cambiado en un abrir y cerrar de ojos.

Liam se daba cuenta de que su hijo estaba cada vez más parecido a su hermano y se encontraba más allá de sus posibilidades hacer algo al respecto.

En lo que se refiere a Rory, nunca logró tranquilizar a su padre por Irlanda.

Así, la malicia y el cáncer se extendieron.

¡TÍO CONOR HA MUERTO!

Las lágrimas le escocieron en las mejillas. La garganta le dijo que la botella estaba vacía. La arrojó de sí y buscó las luces de Christchurch. Siempre parecían ascender como el sonido de un himno protestante. Si alguna vez Nueva Zelanda cayera de la Tierra, Christchurch sería la primera en desaparecer. Había nacido opaca y así seguía, sin curiosidad ni enojo, como un jardín ingles trasplantado, en perpetuos susurros y plegarias. Ésa era la Patria retirada, el viejo puesto de avanzada del imperio, leal y real, Eran las once y Christchurch dormitaba. Christchurch siempre dormitaba.

RumRunner trotó hasta el puerto de Lyttleton, donde un oasis de liviandad,

proveniente del mundo exterior, se había filtrado por las murallas cristianas.

La Compraventa para Ovejeros y Mineros de Wally Ferguson era el único refugio entre tanta bondad. Wally centraba hus operaciones en los corrales del muelle. Tenía allí alojamiento para dormir, depósito, un granero para remates y la taberna más activa de la Isla Sur. Su mayor bien era la capacidad de evaluar a los hombres: bueno, malo, veraz, mentiroso, luchador, cobarde… aquél se derrumbará en una sola temporada… ese otro saldrá adelante… éste es un verdadero triunfador.

En los comienzos, cuando Mildred y Liam fueron expulsados de la finca de Bert Hargrove, Wally hizo una astuta evaluación y dio alojamiento a la joven y asustada pareja. Qué comprar, cuándo hacerlo, cómo hacerlo, tierra buena, tierra mala, barcos seguros, barcos dañados, mercado en alza, mercado en baja, buen carnero, mal carnero: todo eso compartió con Liam Larkin, tanto más cuanto odiaba a Bert Hargrove, pero sobre todo porque sabía reconocer a un equipo ganador

Ese chico, Rory Larkin, se convirtió en una especie de *alter ego*; ganaba en todas las ferias, jugaba al rugby casi como para integrar los All-Black y era un luchador de proporciones devastadoras.

Rory sabía reprimir los sentimientos como Liam, su papá. El muchacho era siempre bastante solitario, descontando a las chicas que no podían quitarle las manos de encima ni mantener las piernas cruzadas.

También había muchas diferencias entre padre e hijo, pero la más grande era la capacidad de Liam de sofrenar su ira, pasara lo que pasase.

Rory sólo podía contenerse hasta cierto punto; cuando estallaba podía ser monumental y peligroso.

RumRunner se detuvo ante el portón del corral. Rory silbó. Glenn, el viejo mozo de cuadra, acudió renqueando desde el alojamiento de los peones y les dio entrada. Terminado el viaje, el whisky aplicó su demorado golpe. Rory necesitó una mano para desmontar y tuvo que apoyarse en la cerca, mareado.

—Vaya, vaya —dijo el viejo—; vete al alojamiento, que ya te instalaré en cuanto me haya ocupado de tu caballo.

La intensidad del dolor era más potente que los efectos del mero alcohol. Rory reaccionó de un modo confuso.

—Todavía no quiero dormir —dijo. La noche es joven y estoy perdiendo tiempo en vez de beber.

—Con lo que has bebido, toda la Cámara de los Lores estaría borracha por un mes.

—Anda, Glenn, atiende a mi caballo, qué joder.

—Está bien, pero ten cuidado con los modales. Adentro hay cuatro matones de la mina de cobre que se mueren por armar camorra. Y Wally quiere verte antes de que entres en el bar. Imaginó que vendrías por aquí.

Rory lanzó un suspiro para demostrar que estaba completamente sobrio y, después de dar las gracias a RumRunner, comenzó a cruzar el corral.

—Rory… Supimos lo de Conor Larkin. Lo siento, hijo.

Rory se detuvo por un momento, contemplando un paisaje de corrales desbordantes de ovejas y tres barcos amarrados. El bar estaría colmado. Una caja de yesca.

Golpeó a la puerta y, entrando en la oficina de Wally Ferguson, se dejó caer en la silla con la cabeza gacha. Las dos manos fuertes de Wally, apretándole los hombros, sirvieron de mucho.

—Dice Glenn que aquí ya lo saben. ¿Cómo se enteraron tan pronto?

—Creo que tu mamá retuvo el telegrama por un par de días. La llamé y le dije que estaba en el diario de hoy. Algún periodista republicano de Dublín debe de haberlo transmitido antes de que pudieran censurarlo.

Rory levantó la cabeza y vio un periódico en el escritorio. Cerró los ojos, mordiéndose el labio.

—Tendrás que leérmelo tú.

—«Se confirma que el arsenal de los Voluntarios de Ulster y las barracas del Castillo de Lettershambo, en el condado de Londonderry, fueron destruidos por un grupo de la Hermandad Republicana Irlandesa, desmintiendo un informe anterior del Portavoz de Su Majestad, según el cual la explosión fue accidental.

»Los detalles que ahora emergen parecen indicar que un pequeño grupo incursor cruzó el lago Foyle y logró entrar en el castillo mediante una serie de cuevas y túneles ocultos.

»La explosión, que se produjo a las 04:22, fue tan grande que se la pudo ver y oír desde Escocia hasta la ciudad de Londonderry. No se han brindado cifras de víctimas, pero fuentes informadas aseguran que más de cien oficiales y hombres de la guarnición permanecen desaparecidos. Los daños no se han dado a publicidad, pero por la potencia de la explosión se cree que entraron en ignición varias toneladas de dinamita almacenadas dentro del castillo, junto con decenas de miles de armas y millones de municiones.

»Sólo se han recobrado e identificado dos cuerpos del grupo incursor de la HRI. Uno es el de Daniel Hugh Sweeney, conocido como el Largo Dan, considerado comandante de la organización ilegal.

»El segundo cuerpo era el de Conor Larkin, antiguo operador de la Hermandad, cuyo paradero se desconocía desde que fugara de la prisión de Portlaoise, hace casi seis años. Por un tiempo apareció en Norteamérica, pero volvió a desaparecer. Larkin adquirió celebridad nacional por una anterior operación de tráfico de armas, que culminó con su captura en la conocida emboscada de Sixmilecross.

—Sweeney y Larkin fueron muertos cuando manejaban una ametralladora, al parecer para cubrir la retirada del grupo…», etcétera, etcétera —dijo Wally. Estoy seguro de que se fue a lo grande, Rory. Creo que podrías considerarme realista —continuó—, pero si fuera irlandés probablemente tendría otro punto de vista. Lo conocí cuando estuvo acá, hace diez años. Era un hombre bueno, incapaz de escapar a

la maldición con que nació.

—Gracias, Wally.

—¿Y qué me dices del terrateniente?

—Oh, Dios, mi papá ha de estar desquiciado. Nosotros… él y yo… somos como una de esas piezas de cristalería fina. ¿Has visto romperse alguna? No se rompen en pedazos y astillas, sino en un millón de escamitas que no se pueden reunir. Cuanto menos, nosotros dos no podemos.

—¿Has reunido coraje para quedarte en Nueva Zelanda?

—¿Quedarme? ¿No entiendes, Wally? Conor era tan alto que arrojaba su sombra al otro lado del mundo. Ahora se está asentando como una nube negra. Ballyutogue, Irlanda y tío Conor son temas que no se han mencionado en todos estos años, como no fuera con un dejo de miedo. Los fantasmas de Tomas, Kilty e Irlanda resuenan en cada rincón de nuestras tierras y en cada centímetro de nuestra casa. A veces, la presencia invisible de tío Conor llega casi a sofocarte.

—Tu papá es un buen hombre —afirmó Wally.

—También yo —respondió Rory. No te preocupes: entre el terrateniente y mamá Larkin, esa finca prosperará por toda la eternidad.

—Ah, Cristo —gimió Wally.

—Vamos a tomar un par de copas —dijo Rory, levantándose.

—Aquí adentro hay un grupo de bestias de la mina, incluido Roble Kelley.

—Bien —dijo Rory. Roble es lo que me hace falta.

—Espera. Voy contigo.

—De veras, Wally, créeme que estoy más sobrio que la Virgen.

—No es eso lo que me preocupa. Todavía no estás limpio de la última trifulca que armaste en Wellington. No quiero que tengas también un homicidio en el prontuario.

El salón del bar tenía cierta majestuosidad lasciva. Era recio y sus paredes relataban las glorias de caza y pesca de la Isla Sur, en cabezas y peces embalsamados en poses de pelea. Envanecido y rústico, apestaba encantadoramente, con una magnífica mezcla de cerveza, whisky, tabaco y diversos aromas de los corrales de afuera.

Wally hizo una señal al corpulento barman maorí para que estuviera atento. Por ocasiones como ésa era que Wally mantenía la sencillez del mobiliario. El descenso de todas las voces y el ingreso de tensión fueron automáticos cuando Rory buscó acomodo en el extremo del mostrador, con Wally algo más atrás, de pie.

Los cuatro matones de la mina de cobre se instalaron rápidamente a cada lado de Rory. El principal buscapleitos se apresuró a asumir su papel. Lo llamaban Roble y era el terror de los campamentos mineros. Roble ganaba casi todas las peleas sin lanzar un puñetazo, tan temible era su aspecto: cara picada de viruelas, barba roja y manazas como balas de cañón.

—Dicen que una mierdita llamada Conor Larkin atacó un fuerte británico de Ulster —dijo a modo de apertura.

—Es una verdadera vergüenza —apuntó un compañero—, con muchachos irlandeses en las trincheras de Francia, que haya sucios traidores apuñalándonos por la espalda.

—Brindo por el tipo que hizo volar las tripas de Larkin —dijo el tercero.

—Sí —añadió el cuarto, completando la alianza. Nosotros combatiendo en la guerra, nuestros chicos muriendo en Francia, y ese presidiario asesino cometiendo una traición.

—Si ya han dicho todo lo que querían —intervino Wally—, ¿les molestaría retirarse a una mesa para poder seguir con la conversación sin interrupciones?

—Quiero saber qué piensa del asunto este chico Larkin —dijo Roble.

—Estoy muy apenado —respondió Rory, con suavidad.

Con demasiada suavidad. Wally sabía. El maorí grandote bajó la mano y rodeó con ella una clava.

—Nos gustaría que salieras con nosotros para poder expresarte nuestro dolor —lo provocó Roble. Pero antes, ¿por qué no brindamos por nuestro amado Rey?

—Ah, vamos, caballeros —objetó Wally. Son cuatro contra uno. No me parece cosa de buen deportista, Roble.

—Sí —concordó Rory. Es una cobardía, en verdad. ¿Verdad que es cobardía? —gritó hacia el salón.

—Les propongo algo —dijo Wally, rápido. Voy a apostar veinte dólares por Rory, aquí presente, pero nada de cuatro contra uno.

—Entonces, ¿sólo tengo que pelear con dos a la vez? preguntó Rory.

—Eso sigue siendo cobardía, ¿no? —preguntó Wally al barman.

El gran maorí asintió.

—Propongo esto. Veinte por Rory Larkin, dos a uno a que tumba a los cuatro y, además, apuesto a que mandará a uno o más al hospital. Retiremos unas cuantas mesas para que haya lugar donde caer.

—Boludeces, Ferguson —rugió Roble. Y arrancó un puñetazo desde el borde de sus botas que alcanzó a Rory directamente entre los ojos. El muchacho cayó hacia atrás, sacudió la cabeza y miró fijo al gigante, que hizo un ademán de desconcierto.

—Si ése es tu mejor golpe, Roble ¡estás jodido! Los puños de Rory se clavaron como relámpagos en el minero y lo dejo aturdido por el tiempo suficiente para que un rodillazo en la entrepierna, un codazo en la nuez de Adán y un golpe dado en la nuca con el canto de la mano lo derribaran sin sentido, estremeciendo todo el salón.

—Caballeros —dijo Rory a los otros—, ¿quién desea tener el honor?

Hubo una total falta de entusiasmo entre los encargados de llevarse a la rastra la mole de Roble.

Rory golpeó el mostrador con el jarro y paseó a su alrededor una mirada fulminante.

—¡Me llamo Rory Larkin y soy neozelandes! ¡Amo a mi país! ¡Amaba a mi tío y creo que los británicos recibieron lo que tenían merecido!

Luego arrebató una botella del bar y salió disparado hacia la puerta. Wally lo alcanzó afuera y lo hizo girar en redondo

—Caray, cómo odio que pasen estas cosas en Nueva Zelanda. Dos irlandeses peleando entre sí. Éste no es buen lugar para eso, Rory. Ahora, Dios guarde a tu tío, pero tu país es éste.

Rory retrocedió, esforzándose por respirar, tratando de desenredar el torbellino de angustia para que las palabras pudieran, de algún modo, formarse en sus labios. Wally dio un paso atrás, con algo de miedo. Nunca había visto ojos tan relampagueantes ni a Rory temblando de pies a cabeza.

—¿No te das cuenta? —aulló el chico. Las venas se le hinchaban en el cuello y en la frente. —¡Me rondan los fantasmas, hombre!

—Por Dios, hijo, estás fuera de ti. Vamos, tranquilo. Estás conmigo, con Wally. Ven a mi oficina y emborráchate hasta que te duermas.

Wally alargó la mano, pero Rory lo rechazó con el brazo.

—Te doy miedo, ¿no, Wally?

—No.

Al rato Rory recuperó el dominio de sí y dijo a Wally que lo sentía de verdad. Luego giró para salir.

—¿Adónde diablos vas?

—Ya lo sabes —respondió Rory.

—Está bien. Quédate con ella hasta que estés dispuesto a salir.

Y cuando salgas, ven directamente a verme. ¿Trato hecho?

—Lo prometo.

Capítulo 6

Rory se descubrió vagando más allá de los muelles, por la base de Mount Pleasant, una colina que brindaba un triplo panorama: hacia el norte, Christchurch y sus omnidifusas lucen y susurrantes himnos; abajo, el puerto de Lyttleton y el Error de Taylor, en el cabo, instando a los barcos a estrellarse en la cala equivocada.

Rory cruzó la ruta y se sentó en el pasto, bebiendo de lo botella. ¿Quién era el almirante Taylor para que se arrojara semejante insulto contra él? ¿Cuántos barcos se amontonaban varados en esa ensenada traicionera y de poca profundidad?

«Eso está bien», pensó Rory. «Dios sabe cómo desconectarle a uno el cerebro cuando está demasiado deshecho como para enfrentarse a la tragedia. Cuando no soportas más, puedes pensar en cosas tontas, como el Error de Taylor. ¿Por qué estoy aquí, bebiendo en el pasto mojado, si allá abajo está la Compraventa de los Ovejeros? Ah, sí… por Roble Kelley. El hijo de puta me golpeó en el puño con la mandíbula».

—Oh, tío Conor —murmuró Rory. Desde que te fuiste no he querido de la vida otra cosa que volver a verte. ¡Dios, qué alegría tuve al saber que habías escapado de la cárcel! En tantos años, sólo algunas preciosas cartas, leídas hasta que las palabras casi desaparecieron del papel.

Se recostó y cayó en un estupor.

Un alba fea, gris, húmeda, ventosa y helada, ordenó a Rory que despertara si no quería morir congelado en el pasto. Ganaron, infalibles, su juventud y su fuerza. Puesto en cuatro patas, se levantó oscilando, como el alto palo mayor de un barco durante el huracán.

Oh, sí… eso era… Georgia. La enfermera Georgia Norman, caba de enfermeras del Hospital Presbiteriano de Christchurch. Varios meses antes Rory había sido llevado al hospital con un par de costillas fisuradas en una caída, durante el arreo. La guerra se había llevado al ejército a muchos médicos, incluido el doctor Calvin Norman, que estaba ahora en viaje desde algún sitio a algún otro.

En cinco meses de hostilidades, Rory Larkin había encontrado por pura casualidad una inesperada cosecha de esposas infieles. Aunque les brindaba tanto placer como a sí mismo, las desdeñaba. Se suponía que las esposas se acurrucaban por allí para esperar en abstinencia. Bueno, había que aceptar el destino. Existían dos clases de mujeres: las que estaban casadas y las que deseaban casarse. Las casadas no estaban en situación de quejarse demasiado por su falta de atenciones. Él podía ir y venir a voluntad y ellas le quedaban muy agradecidas.

Con excepción de Georgia Norman. Ella era más madura, con sus treinta años, mujer de logros y experiencia. Había nacido en Inglaterra, como la mamá de Rory, y era también un poco regordeta. Cuando joven estudió enfermería en el Cuerpo Médico del Ejército, donde pasó más de ocho años que incluyeron destacados

servicios durante la Guerra de los Bóers.

Al parecer, la guerra fue su perdición. Huyó al lugar más lejano que no estuviera bajo hielos perennes y allí conoció al doctor Norman, un médico que quizá se hubiera desempeñado mejor como escribiente de algún abogado. Georgia ambicionaba vivir en paz y carecía de una gran belleza. Calvin Norman era un aceptable trato con la vida. Sus deseos de ser madre descarrilaron pronto, al enterarse de los muy solícitos exámenes médicos que su esposo llevaba a cabo con las pacientes femeninas.

Luego llegó la guerra que tantos hombres neozelandeses consideraban una bendición. El doctor Norman la tomó como excelente oportunidad laboral, como un ascenso. La guerra sería breve, sin duda, y él volvería con el hombro lleno de insignias, dos hileras de medallas en el pecho, cuanto menos, y cualquier hospital o práctica que deseara a su disposición.

Georgia era distinta de todas las mujeres que Rory hubiera encontrado, aunque sus conquistas eran unas cuantas, pese a su tierna edad.

Nada de llantos, celos ni escenas de culpa. Su código con Rory era el humor y el amor físico. Tras haber pasado casi una década en compañía de militares y por ser una enfermera bien preparada, Georgia era una amante muy sapiente y creativa. No hacía preguntas ni establecía demandas. Lo que fácil viene, fácil se va. No tenía otros amantes, pero era sagaz y paciente. Rory siempre volvía a ella. Y ella le ocultaba su secreto.

Su cabaña tenía una salvaje vista del mar alrededor de la curva del Error de Taylor. Ella estaba contemplando el horizonte barrido por el viento cuando alguien llamó con fuerza a la puerta. Al abrir vio ante sí a un borracho empapado y maltrecho, de aliento agrio.

—¡Me cacho, qué divino estás! ¿Andas pidiendo limosna o quieres pasar?

Rory entró a tropezones, se encogió de hombros y sacudió varias veces la cabeza.

—Me enteré por los diarios —agregó ella.

—Por favor —exclamó él. Y le abrió la bata para sepultar la cara en su seno. Lentamente se deslizaron al suelo y ella lo abrazó, meciéndolo, con los pechos pronto salados por sus lágrimas. Hay necesidades que un hombre fuerte no puede mencionar. Nadie habría pensado que él pudiera necesitar algo así. Por primera vez en su memoria, se permitió derrumbarse por completo.

Cuando por fin se separó, su respiración seguía siendo fuerte y entrecortada; ella le pasó los dedos por el pelo.

—Estás empapado.

—No sabía que hubiera llovido. Mi papá está en las colinas. A él también le duele. Necesito beber algo, Georgia.

—Ni lo pienses —replicó ella. Lo que necesitas es acercar la cabeza al inodoro y meterte un dedo por la garganta. Anda, vamos.

Las fuertes manos de enfermera tiraron para levantarlo y él obedeció. Después ella lo remojó en una bañera caliente, lo secó y lo envolvió con la gran bata de lana

de su esposo. Té amargo y una gota de cognac le calmaron los calambres estomacales.

Tras haber sentido la gran oleada de compasión de aquella carne hacia la suya, quería desesperadamente más.

—Georgia —dijo, casi en un gemido—, por qué no te acuestas conmigo y me abrazas muy fuerte… nada más.

—Qué idea estupenda —dijo ella.

Capítulo 7

Liam despegó los ojos al imposible tatuaje que formaba el sol en la carpa. Metió la mano bajo el acolchado, buscando la botella de whisky casero. Había muerto y subido al cielo varias horas antes. Se regañó porque, en su prisa por abandonar la finca, no había pensado en traer más.

El gusto a basura en la boca y la necesidad de orinar vencieron su temor al frío de la mañana. El arroyo lo devolvió a la vida a las disparadas.

Liam sopló sobre las brasas de la fogata hasta que alzaron llama y, cuando el té estuvo listo, envolvió la taza con las manos para dejar que el calor se abriera paso por su piel curtida. El sol iba ganando la escaramuza matinal con los elementos.

—Gracias a Dios —dijo él.

Una vez que apaciguó el hambre, estiró automáticamente la caña de pescar y eligió una mosca adecuada entre las de su sombrero, con la esperanza de no pescar nada importante. Aún debía analizar, hacer el duelo, dejarse recorrer por los destellos de la memoria. Eso nunca podría hacerlo abajo, fuera de esa colina, porque allí había gente alrededor y cosas que hacer. Lo que deseaba cavilar no era para compartir, ni siquiera con Millie.

Liam inició una larga conversación consigo mismo. En ese tipo de discusiones era capaz de presentar su caso con total claridad y deslumbrar al adversario ausente con su lógica infalible. Eran discusiones que ganaba siempre. Y el que ocupaba el puesto de receptor era casi siempre Rory.

El maldito problema era que cuando Liam intentaba discutir el caso con Rory presente siempre lo echaba a perder. Rory nunca le daba las respuestas que él había previsto con tanta seguridad.

Después de un tiempo Liam dejó de sostener esas conversaciones con personas reales, sobre todo con Rory. Las sostenía consigo mismo en la colina, apoyado contra el roble. Era como si la vida entre Liam y su hijo se transformara en una larga estela de conversaciones que nunca se producían.

«Así era allá, en la vieja patria», pensó Liam. Si uno era lo bastante irlandés, podía pasarse la vida lleno de conversaciones que nunca se producían, como aquéllas entre él y Tomas, su propio padre.

Allí arriba, en la colina y junto al arroyo, Liam llegaba al extremo de permitirse un viaje hacia adentro, a suficiente profundidad para infligirse el dolor de Irlanda.

¿Cuántos alfilerazos debe soportar un hombre antes de perder la sensibilidad? Liam supo a corta edad que tenía establecido su lugar en la vida. Comprendió la inutilidad de tratar de conquistar a su padre o de tratar de cambiar su suerte. Poco tiempo después de nacido descubrió que era poca cosa en un campo de gigantes, ¡pero ya no! El terrateniente Liam Larkin ya no era poca cosa.

«Dios mío, ¿debo ir a la tumba sin que Rory pueda conocer, siquiera por una vez, mis verdaderos sentimientos? Todas nuestras conversaciones terminan en ruinas. Y al fin uno deja hasta de pensar en intentarlo, tan inútil resulta».

«¿De qué soy culpable, hijo? ¿De construir aquí esta vida magnífica? ¿En qué me equivoqué, Rory? ¿En salvarte de la aplastante miseria de Irlanda y del árbol de la horca? Gracias a mí jamás conocerás el terror de subir por una planchada y bajar a la segunda bodega de un vapor a la deriva, para un viaje por el purgatorio, con menos de una libra en el bolsillo. Yo te libré del miedo, hijo, de vomitar por sobre la barandilla, implorando a Dios que te dé fuerzas para arrojarte al mar».

A Liam se le arrugó la cara al recordar el feo incidente que se había producido entre ambos dos años antes. June MacPherson tenía dieciséis años y era hija de granjeros protestantes, dueños de una finca pequeña, pero decente: ciento veinte hectáreas con cultivos y algunos animales. June era una muchacha bonita, pero vivía en celo perpetuo y tenía fama de ser rápida con los calzones.

Rory se convirtió en la marmita de oro del extremo de su arco iris. Decidida a convertirse en la señora Larkin, lo sedujo sin escrúpulos en muchas ocasiones, utilizando métodos que, de haber sido ella un hombre, habrían pasado por violación. Rory se hizo responsable del embarazo.

La casa de los Larkin se inundó de amargos recuerdos. A diferencia de la dureza mostrada por los padres de Mildred, los Larkin decidieron portarse como verdaderos cristianos. Más aún: la querida Junie era lo que Liam había pedido en sus oraciones. Con esposa e hijo, los vagabundeos de Rory quedarían cortados de cuajo. ¡Ahora no podría moverse de Nueva Zelanda!

June y los cuatro progenitores parecían disfrutar con el plan, pero Rory les arruinó el juego. June le caía muy bien. Como a tantos otros muchachos. No era justamente la Virgen María, pero muchas jovencitas se habían casado después de tener aventuras con otros muchachos y llevaban bien el matrimonio. La cosa era simple, directa y sin trabas: él no la amaba. Esas cosas ocurrían con más frecuencia de lo que admitían los piadosos habitantes de la Isla Sur. Para ser exactos, algunos años antes la hermana de June se había encontrado en el mismo estado y no por eso se casó.

Rory parecía tener tres alternativas; huir, casarse o ir a prisión. No hizo ninguna de las tres cosas. Y así entró en juego lo inconcebible. June hizo un breve viaje a Wellington, tal como ya lo habían hecho otras dos chicas ese mismo año, y se hizo practicar un aborto.

Liam y Mildred habían consentido al más horrible de todos los crímenes y pecados. Ahora el terrateniente debía soportar la culpa adicional de la miserable conducta de su hijo.

Gracias a Dios, allí estaba su propia e impecable conducta para con Mildred, que le permitía presentarse como el más digno de los hombres, mientras que su hijo era un tunante. Liam eliminaba cómodamente el hecho de que él amaba a Mildred,

mientras que Rory y Junie no se tenían gran afecto mutuo.

Un año después June MacPherson volvió a quedar embarazada, esta vez de un hombre con menos carácter que Rory, que marchó apaciblemente hacia el altar.

«Sí, si no pude hacerme escuchar por Rory en un asunto de tanta magnitud moral, ¿cómo voy a conseguir que me escuche?», pensó, lanzando un suspiro.

«Ése es el giro amargo», pensó. «Si tuviéramos siquiera una sola conversación dorada, en la que él comprendiera todo lo que yo tuviera para decirle y, probablemente, yo tuviera que oír también unas cuantas cosas… Pero no: el silencio llega hasta el cementerio y el enterrador sepulta la verdad nunca escuchada. Y una nueva generación asume una vida de ira no expresada».

«Supongamos», pensó Liam, «que todos los de una familia fueran curas tres días por semana. Los lunes, miércoles y viernes, la mitad de la familia, como curas, se sentaría en el confesionario y la otra mitad de la familia tendría que confesarse. Los martes, jueves y sábados, los confesores serían los otros y recibirían las confesiones de los que antes fueron curas. Y en domingo todos irían juntos a misa».

«Apuesto a que hay grupos de debate sobre la familia irlandesa en el cielo, el infierno y el purgatorio, y los malentendidos se podrían discutir por siglos y siglos».

¿O sería quizá porque en Irlanda había siempre demasiados hijos y nunca tierra suficiente? ¿Porque los muchachos vivían temiendo que los casaran por la fuerza, emigraban o se casaban siendo ya solterones desdentados? ¿Acaso por la falta de una riqueza elegante o por la presencia de los condenados forasteros británicos? ¿Era la Santa Iglesia la que impartía el miedo del pecado como si fuera la leche materna?

«Todas esas malditas cosas por las que los irlandeses se destrozan unos a otros han causado pesares y más pesares; los hijos se van, clausuramos las muestras de compasión y afecto… Eso de nunca tocarnos… nos hizo grandes combatientes en ejércitos ajenos».

Y Liam se preguntaba si algo de todo eso podría haberse evitado con esa única y dorada conversación.

Imaginó dónde estaría Rory. Un muchacho de veinte años, que se acostaba con la mitad de las mujeres solitarias de Christchurch. Uno de esos días algún soldado llegaría inesperadamente a su casa, de licencia, y le volaría la cabeza. «Cristo», pensó Liam, «ese muchacho atrae a las mujeres como el imán a los clavos».

«Las atrae igual que Conor». La mitad de las chicas de Ballyutogue se habían quebrado el ala por lanzarse contra Conor. En la forja del señor Lambe, donde su hermano trabajó desde que era aprendiz, siempre había muchachas rondando, protestantes y católicas por igual: «Pasaba por casualidad…».

Rory no era muy diferente. Había acaparado toda la hermosura de la familia Larkin, dejando migajas para el resto. Se iba por el sendero, dormido a lomos de RumRunner, que conocía la ruta a lo de Wally mejor que muchos boyeros.

Caray, ese muchacho podía resistir todo un tanque de alcohol, como su abuelo Tomas. Ah, se podía contar con que Wally lo mantuviera tranquilo y lo arrojara a un

camastro cuando se le desbordara el tanque. ¡Ese bueno del viejo Wally! Él y Mildred le estaban agradecidos por haberlos recibido en un principio y por ayudarlos a comenzar. Wally era el único que Rory quería de verdad y podía evitar que el muchacho se metiera en problemas.

Liam cambió de imagen, mientras hurgaba con la mano en el equipo, con la esperanza de que algún hada le hubiera deslizado allí otra botella de whisky casero.

Sus pensamientos volaron a la casa, que ahora tenía catorce habitaciones, un camión grande, uno pequeño y un auto modelo T, como el que había comprado para el padre Gionelli. La joya de la Finca Ballyutogue era la capilla familiar, con sus imponentes candelabros de plata.

Tal vez lo que más dolía era que sus padres no hubieran visto nunca su Finca Ballyutogue. Cada vez que añadía tierras o cabezas de ganado, cada vez que extendía las cercas, Liam imaginaba una y otra vez que estaba mostrando la propiedad a Tomas. «Mira allí, papá: elegí esas cuarenta hectáreas por el contenido de fosfato, que es especial para cultivar papas y maíz americano». ¡Ja! Cuarenta hectáreas, apenas un rincón de su finca… pero más que todos los campos de los Larkin sumados. El viejo Tomas bizquearía al ver sus tierras y la herida sería profunda. Entonces comprendería lo mal que había estado. Y allí, el arroyo de las truchas, propiedad privada de Liam, como si fuera un gran señor, y electricidad en la casa y máquinas nuevas en los campos.

Probablemente la mayor parte de su duelo, cuando murió el padre, fue el hecho de que nunca hubiera visto la Finca Ballyutogue de Nueva Zelanda. Entonces se inició el intento de lograr que Finola, su mamá, hiciera el viaje a Nueva Zelanda, con muchas más comodidades que en su propia casa. Ella se desmayaría al ver aquello; cuando volviera a Irlanda se pasaría la vida jactándose del terrateniente Liam ante los respetuosos y sobrecogidos vecinos.

Hacer que Finola saliera de Ballyutogue, como no fuera para alguna feria rural o para el peregrinaje al monte Patrick, requirió varios años de insistencia. Cuando ella accedió a hacerles una visita estaba ya demasiado vieja y, como Tomas, no llegó a conocer la finca.

De algún modo, eso irritó a Liam más que ninguna otra cosa de su vida, casi más que la conducta de Rory.

Como dolía tanto, una vez más cambió esa imagen por la de Mildred, Madge y Spring arrodilladas en la capilla, lamentando la muerte de Conor ante su fotografía bañada por la luz de los cirios. Tommy estaba en cualquier parte, sin hacer nada. Tommy era como Liam en Irlanda: no hacía más que remendar arneses o embrear herraduras.

Pasado un día más las mujeres habrían agotado el primer cañonazo del dolor. Entonces bajaría. No tenía sentido bajar antes, ni siquiera por otra botella de whisky. Liam sabía que, junto a tres mujeres gemebundas, él era un cero a la izquierda.

Pensó en Millie.

—Qué horrible momento para imaginar a mi esposa desnuda en la cama —afirmó, ruborizado, en voz alta. Allá en Irlanda, cuando una muchacha se desgraciaba y el mozo culpable era vergonzosamente arrastrado al altar, eso marcaba el fin de sus sueños, la sentencia de muerte, el cerrar la puerta al mundo exterior, a las aventuras, al escozor del vagabundeo en los pies. La pasión que ponía fin a la soltería acarreaba consecuencias espantosas. «Gracias, Dios mío, por Millie», había dicho un millón de veces; gracias a Dios, ella había desafiado a sus padres para guiarlo, a través de turbulencias asesinas, a tener tierras, una casa, la aceptación entre los poderosos… Potentado ovejero. Caramba, en cierto modo era como ser de la aristocracia… Cualquier temor de no ser capaz, ya con la tierra, ya con su mujer, estaba definitivamente conquistado.

Si modificaron deliberadamente la fecha de nacimiento de Rory, haciéndolo varios meses menor, lo hicieron sobre todo para proteger el honor de Mildred. Había risitas burlonas y murmullos, que probablemente emanaban de Bert y Edna Hargrove, pero el tiempo se encargaría de eso.

¿O no?

Por mucho que se esforzara sentía un destello de culpabilidad cada vez que miraba al pequeñín Rory, tendencia que pareció prolongarse a lo largo de toda su infancia. La primera vez que vio al bebé prendido al pecho de Mildred sintió que el niño había invadido su amor. No tuvo el mismo problema para compartir a su mujer con Spring y con Madge, mucho menos con Tommy, cuando mamaban.

Rory era su hijo, sí, pero fue Tommy quien solidificó el apellido Larkin en Nueva Zelanda. Tommy llevaba el nombre de alguien nacido en la vieja patria. De un modo extraño, Tommy era más legítimo.

¡Qué diablos! ¡Rory no sabía nada, ni siquiera ahora! ¿O lo sabía y ocultaba su ira? En alguna ocasión, Mildred sugirió que debían revelar a Rory lo prematuro de su nacimiento, la horrible situación de esa época, pero Liam no quiso oír hablar de eso. Había demasiado honor en juego, la lujuria lo había inducido a dejar de lado voluntariamente muchas de sus más profundas creencias católicas.

Rory percibió la fricción desde el comienzo. Liam siempre se esmeraba en darle una palmadita paternal en el hombro y hasta en revolverle el pelo. En eso había siempre algo forzado.

Su afecto era principalmente para Mildred y en parte para las chicas. Un hombre hecho y derecho, como Rory, sólo necesitaba una palmada en la espalda y un «buen trabajo».

«Rory me usó», se dijo Liam. Corría al regazo de Mildred en busca de un abrazo, sólo para fastidiarlo. Esos malditos niños saben hacer que sus padres se enfrenten antes de aprender a caminar, y Rory era maestro en eso, porque las atenciones de mamá siempre provocaban una atención secundaria de Liam. Otra manera de llegar a su padre era mandonear a las hermanas. De ese modo Liam le dedicaba de inmediato una colérica atención.

Por fin llegó Tommy, el verdadero Larkin. Pero ¡ay! resultó evidente que Tommy no llegaría muy lejos. No tenía capacidad natural para la agricultura.

Liam necesitaba de Rory; saber que necesitaba de Rory intensificaba el humor rencoroso y árido entre ellos.

Llegó Conor, y cuando Conor se marchó el abismo era definitivo. El hijo de Liam se había convertido en su hermano. Liam volvía a competir con el gran Conor Larkin y aplicaba a Rory todos los miedos que atribuía a Tomas. Los recuerdos, tan cuidadosamente dominados, se te habían desmandado al retroceder en el tiempo.

De los cuatro chicos Larkin, allá en Irlanda, era a Conor a quien Tomas abrazaba con los brazos más dispuestos. Liam tenía que fastidiarlo a morir para obtener siquiera un pálido reconocimiento.

Cuando Conor fue a trabajar como aprendiz en la forja del señor Lambe, Liam creyó que los ángeles le sonreían. Ahora sería el único que acompañaría a papá a los sembrados todos los días, para carpir las sementeras perezosas, quitar las piedras, plantar, palear turba y cosechar a su lado.

Desde los nueve años trabajó sin quejarse, con buen o mal tiempo, hasta quedar agotado, esperando sólo ese grandioso momento en que Tomas te pondría una mano en el hombro, diciendo: «Buen chico», quizá revolviéndole el pelo.

Pero ese gesto de reconocimiento quedaba pronto sumergido bajo el amor que demostraba a Conor. Todos los días él y papá bajaban desde los campos hasta el cruce de rutas de la aldea, donde Conor esperaba con su delantal de cuero. Conor corría hacia Tomas, que lo alzaba en brazos y lo llevaba a casa montado sobre el hombro.

Brigid, la hermana mayor, y Dary, el bebé, no participaban de la competencia por el cariño de Tomas. Brigid, por ser la única hija mujer, pertenecía a su madre, que la educó religiosa y muy consciente de los pecados de la carne. De ese modo la muchacha pudo dominar esos momentos amorosos con su novio Myles McCracken. El pobre Myles tenía que rondar la casa, sin poder jamás cortejar debidamente a Brigid, porque había nacido con la peor de las maldiciones: no tenía tierras que heredar. Finola se bastó sola para mantener a Brigid medio loca de miedo hasta que Myles se vio obligado a abandonar Ballyutogue para buscar trabajo en Derry.

Todo el afecto que Brigid y Finola pudieron haber mostrado a Liam voló como el viento al nacer Dary. Las dos mujeres no dejaban respirar al bebé. La madre le enseñó a arrodillarse y a hacer la señal de la cruz aun antes de que supiera caminar bien, preparándolo para el sacerdocio desde el día en que lo arrojó al mundo.

Tomas tenía una sola obsesión, y ésa era retener a Conor en Ballyutogue para que, además de poseer la forja, heredara las hectáreas de los Larkin. Y rabiaba contra la equivalente obsesión de Conor, empecinado en leer y en soñar con el mundo que estaba más allá de la aldea.

El abuelo Kilty, héroe feniano, encantaba al joven Conor con los fuegos del republicanismo irlandés.

Conor quería partir y Liam no deseaba otra cosa que permanecer allí y heredar la

granja. Pero Liam no figuraba en los planes de nadie. Era sólo una boca más a la mesa.

La casa de los Larkin se dividió según la antigua tradición irlandesa. Conor amaba a todos y se enfrentaba a todos. Él defendió a Brigid y a Myles McCracken. Desafió a Finola por querer convertir a Dary en cura. Y además el profundo amor entre Conor y Tomas era tan apasionado como su interminable contienda.

Cuando se dio cuenta de la torpeza y los defectos de Liam, Conor se convirtió en el protector de su hermano. Le enseño cómo conducirse con las mujeres, a jugar al fútbol, a beber como un hombre y lo resguardó del injusto trato que le daban Finola y Tomas. Conor le enseñó cómo usar los puños. Y Liam estaba azorado por la forma en que su hermano se enfrentaba a todos y más azorado aún por lo brillante que era como estudiante.

—Ay, cómo me odiaba porque no era como tú —murmuró Liam en voz alta.

Todos los problemas anteriores con Rory habían sido enfrentamientos menores. Se convirtieron en una guerra el día en que Conor se marchó de Nueva Zelanda y Rory comenzó a transitar los pasos de su tío.

Capítulo 8

Rory despertó al recuerdo inmediato. Al conectar la cadena de hechos, su gemido llenó la habitación. La luz era gris. Detestaba la luz mortecina.

—Buen muchacho —susurró Georgia.

—Georgia. Gracias a Dios. Se incorporó en las sábanas húmedas de sudor y desgarradas por los zarpazos. Como le costaba mantener la cabeza erguida, la dejó caer en las manos como si fuera una piedra pesada. —Nunca sentí un dolor como éste.

—Se llama corazón destrozado, Rory.

Se sentó junto a él y le bajó la cabeza hasta su regazo, con la firme suavidad de las enfermeras.

—¿Qué va a ser de mí? No sé cuánto puedo soportar.

—Es casi imposible morir de pena, aunque lo desees mucho. Dios ha ideado una bienaventurada niebla que te va envolviendo. Dentro de un mes, cuando hayas aceptado la muerte de tu tío, la niebla empezará a levantarse, muy lentamente. Al comenzar cada día, junto con la punzada de dolor llegará una nueva hebra de luz. Una mañana, al despertar, verás que la vida sigue, que el dolor se ha vuelto manejable.

—No puedo olvidarlo.

—No, pero lo trasladarás a una cámara de la memoria. Por un tiempo él saldrá por la noche para invadir tus sueños. Después hasta tus sueños serán controlables. He visto a hombres que volvían del campo de batalla con toda la fuerza vital y a otros que venían sin ella. Tú no sucumbirás.

Georgia lo trasladó al sillón para poner sábanas limpias; luego le ordenó tenderse boca abajo y lo masajeó con alcohol.

—¡Buen Dios! Debería estar prohibido tener un cuerpo como el tuyo —dijo, dándole una palmada en el trasero. Y le ordenó que se diera vuelta. Luego dejó la botella, lo tomó en la mano y jugó con él hasta hacerlo responder.

—Estoy de luto riguroso. ¿Cómo se te ocurre excitarme en un momento así?

—Sólo quería ver si aún estás vivo y si tienes sentido del humor. El dolor transformado en lujuria no es algo que se pueda pasar por alto.

De pronto Rory abandonó la cama para dominar su creciente pasión y se envolvió en una toalla. Georgia preparó el té.

—¿Por dónde comenzamos? —preguntó.

—No sé qué decir. Cuando mi papá era chico deben de haberlo aplastado como a un bicho. Rara vez habla del pasado, como no sea para hacer algún comentario amargo. ¡Qué urgencia debe haber tenido para ser terrateniente y llamar Ballyutogue a nuestra finca! Fuerza poderosa, la ira… pero dentro de él, siempre adentro.

—Todos parecemos pasar la segunda mitad de la vida superando la primera

mitad. Eso es lo que ansian los triunfadores de este mundo: devolver los mamporros a sus padres —replicó Georgia.

—Mi papá no puede aceptar su propia victoria contra Irlanda y su padre. Es una suerte que sea un católico tan ferviente. Puede aventurarse en su propia mente sólo hasta cierto punto. Cuando empieza a doler demasiado, enciende una vela y toma la ruta del «misterio». Pese a lo religioso que es, hay una mancha que no puede quitarse.

—¿Qué mancha?

—Yo —respondió Rory. Cuando se casaron en secreto, mi madre estaba en el cuarto mes de embarazo. Me bautizaron inmediatamente y alteraron los registros para demostrar que, en realidad, nací nueve meses y dos segundos después de que intercambiaron los votos.

—¿Y eso qué importa? El ama a tu madre. Quería casarse con ella.

—Mis abuelos, los Hargrove, los cubrieron de maldiciones. No sé cómo decirlo, Georgia, pero siempre supe que en mí había algo malo.

—¿Tu padre nunca te lo ha dicho?

—No, por Dios. Antes sería capaz de encender un millón de velas.

—Y tú, ¿cómo lo descubriste? ¿Qué edad tenías?

—Me lo arrojó a la cara un supuesto amigo cuando yo tenía unos ocho años. Por el modo en que lo descubrí habría querido esconderme en un ropero. ¿Qué importa? Cuando tus padres perpetúan una mentira, de algún modo, en algún momento, se producirá un desliz. O quizá siempre lo supe, por una sensación innata. Desde el momento en que comprendí que él siempre me había mirado de otro modo: era el hijo que había deshonrado a su madre con el nacimiento y cuyo secreto debía ser ocultado a los de Irlanda a cualquier costo. Cuando nacieron mis hermanas comenzamos a llevarnos mejor, pero desde el momento en que supe la verdad todo entre nosotros tomó un doble significado.

»Papá trataba de hacer conmigo todo lo deportivo: adiestrar a los perros, pescar, montar a caballo. Por algún motivo, todo lo que hacíamos juntos se convertía en un certamen. Por Dios, Georgia, ¡si yo tenía que perder deliberadamente cuando jugaba con él al ajedrez! Bueno, cuando nació Tommy todo pareció mejorar por un tiempo. Había llegado el heredero legítimo, ¡aleluya! El pecado del nacimiento de Rory quedaba sepultado. Purgado no, pero sí sepultado.

La puerta mosquitera se golpeó con el viento. Georgia salió al porche, donde pasaba una brisa vigorizante.

—Ven afuera, Rory —llamó. Es una noche de las que hay pocas. Están saliendo las estrellas.

Encontraron las mecedoras. Rory apoyó los pies en la barandilla y pasó un rato escuchando el ruido del mar, contemplando las rompientes que arrojaban un chisporroteo fosforescente.

—Mi hermano Tommy no resolvió el problema. No hizo más que acentuarlo cuando mi papá cayó en la cuenta de que no servía para explotar más que una

sementera de papas.

—¿Y se vio obligado a volver a ti?

—Sufrió la maldición de tener que aceptarme. Me veía cada día más parecido a mi tío Conor… ¿Por qué eres tan buena conmigo, Georgia? —preguntó súbitamente.

—Tengo una larga experiencia en curar guerreros.

Rory le tomó las manos.

—Te amo de un modo muy fuerte. Haría cualquier cosa por ti. A veces querría que pudiéramos salir juntos a la luz del día y pasear por las colinas.

—Ah, no te gustaría verme a plena luz del día. Soy bastante mayor que tú.

—Eres mi bella amiga. Ojalá me sintiera más cómodo en esta situación.

—Esas amigas tuyas… ¿quieres que caigan enloquecidas a tus pies para pisotearlas, como si ajustaras cuentas con tus padres?

—Caray, Georgia, eres demasiado inteligente. En realidad, eres mejor que todas ellas juntas… Quiero hablar un poco más.

—Tanto como te haga falta.

—Mi papá tenía miedo de que Conor me contagiara lo de Irlanda, pero él evitó hablarme de eso. Me hablaba de los libros, de buscar el amor, de la belleza verdadera. Belleza como la tuya. Mira, deja que te explique… Al saber que mi tío era un hombre tan espléndido, comprendí que, si él estaba obsesionado por Irlanda, allá debía haber algo que explicara el misterio de la vida misma.

—¿Cuál fue la lección?

—Que a fin de ser el ser humano más completo posible, es preciso servir a algo que esté más allá de ti.

—Debe de haber sido también un hombre melancólico, si tenía a Irlanda por amante. Yo también sentí ese patriotismo en otros tiempos, Rory. La gloria es papel plateado. Cuando la banda deja de tocar se inicia el tiroteo. Jugar al soldado o al patriota es trabajo sucio y asqueroso, humillante, aburrido, mutilante e inhumano… Su voz se alejó hacia otro continente. —Durante la Guerra de los Bóers, Kitchener (yo estaba en su equipo) ordenó que se encerrara a miles de hombres y mujeres en Bloemfontein, entre alambrados de púas; dijo que era un campo de concentración. Y mientras incendiaba la campiña descuidó a incontables millares de madres con hijos y dejó que murieran de hambre y enfermedad.

—Lo mismo nos hicieron a nosotros en Irlanda.

—¿A nosotros? ¿Qué nosotros?

—Creo que dije nosotros, ¿no?

—Lo que te lleva a la guerra es lo mismo que me hizo huir de ella. Es fácil burlarse de un negro y tildarlo de inferior; que Dios me perdone, pero yo caí en eso. Creía en el imperio. Pero en el Transvaal, los afrikaaners eran cristianos blancos, a los que asesinaban otros cristianos blancos, los más civilizados del mundo.

—Lo mismo están haciendo en Irlanda. Por eso murió Conor.

—Tienes que ir allá, ¿verdad, Rory?

—Sí.

—¿Vas a enrolarte?

—Sí.

—¿Y tu padre? Todavía no eres mayor de edad. Si él te lo impide ahora, podría resultarte difícil enrolarte más adelante.

—Iré a la Isla Norte. Dicen que no hace falta siquiera probar la mayoría de edad. Y si allí no puedo me embarcaré hacia Australia. En los dos lugares se están formando regimientos de caballería ligera.

—Montando como lo haces terminarás coronel.

—Mientras eso me ponga rumbo a Irlanda… ¿Y tú, Georgia?

—Basta de guerras para mí. He visto a demasiados jóvenes que nunca llegaron a ser lo que prometían. ¿Cuántos grandes hombres se fueron sin conocer su grandeza? Basta de guerra para mí. Pero me alegro de que nos hayamos conocido.

—Conque te quedas esperando al doctor Norman. ¿O eso se acabó?

Georgia se puso pálida.

—Tú también eres demasiado sagaz, Rory.

—Cuando nos conocimos no eras feliz. No como ahora —observó él.

—Como ocurre con todos los lugares muy bellos, cuando ves la Isla Sur desde lejos te dices: «Aquí quiero estar». Es lo que dije yo. Aquí hay paz. Pero vistos de cerca todos tenemos granos en el trasero. Por debajo de los que cantan himnos y golpean los púlpitos en Christchurch hay varios salvajes santurrones. Llama a cualquier puerta… Pero tú ya lo sabes, Rory. En estos días has llamado a unas cuantas.

—No me digas que tu marido te era infiel. A ti… imposible, Georgia.

—Con la esposa de un pastor, entre otras.

—¡Por Dios! ¿Con la mujer de un predicador?

—Una mojigata que llevaba un tiesto con plantas en la cabeza. Cuando hablaba se le estremecía la punta de la nariz, como si allí tuviera una mosca.

—No entiendo. ¿A una mujer como tú, Georgia, que en cuestiones de amor has olvidado más de lo que sabe la mayoría? Eras demasiado para él, fue por eso.

—Nunca descubrió lo que yo podía darle. Y no era Rory Larkin. Una vez que me tuvo en mi sitio, amarlo fue como tratar de amar a un pavo real con todos sus pavoneos.

—Pero una mujer como tú…

—A los hombres como Calvin Norman sólo les interesa la cantidad. Los números halagan su vanidad. Cualquier conquista sirve para reafirmar la virilidad. ¿Tienes idea de cuántas mujeres desesperadas se arrojan en brazos del médico durante un examen íntimo? ¡Bueno, a quién se lo pregunto! Tú también has andado de cacería. A todos ustedes les gusta que una chica los invite a la cama. Pocos se niegan.

—Espera un momento. En general te soy fiel —barbotó Rory. No fue eso lo que quise decir. Es que si fueras mía yo no te haría eso. Pero no eres mía y casi parece

que quieres mandarme a buscar mujeres, para que no te crea celosa. ¿No es cierto, amor?

—Nunca te presionaría. No puedo, porque soy casada. Y no quiero, porque te pondría en fuga.

Rory alargó una mano hacia ella, pero Georgia se puso fuera del alcance y las mecedoras se detuvieron.

—De cualquier modo —prosiguió ella—, el hombre gozaba de sus emociones baratas con la esposa de un pastor. Después usaba toda el agua caliente para tratar de quitarse con baños el escozor de la piel.

—¿Quieres que vuelva?

—Cuando estalló la guerra le concedí una amnistía —mintió, casi revelando el secreto. Surcir a hombres con las tripas colgando y amputar brazos y piernas podría hacerle ver las cosas que realmente importan.

—Si tu esposo te hubiera sido fiel, ¿habría pasado algo entre nosotros?

—No —respondió ella. Ya he visto muchos cuerpos estupendos. Hubo un muchacho al que amé desesperadamente, pero murió en la Guerra de los Bóers. Los otros amantes que tuve antes de conocer a Calvin fueron parte de la vida en el servicio colonial. Nunca he sido cínica. Los quise a todos. Pasó lo que pasó, pero nunca he mentido ni engañado.

—¿Todos fueron malos al final?

—Eran militares. Y yo, enfermera. Y los muchachos siempre son muchachos. Pero en realidad era yo quien deseaba ser libre. Me decidí por Calvin porque formaba parte de la ilusión de la Isla Sur.

—¿Podrías haberte enamorado de mí? —preguntó Rory, de pronto.

—No seas tonto. No formamos una buena pareja.

—Tampoco tan mala —observó Rory. ¿Podrías haberte enamorado de mí?

Georgia se encogió de hombros.

—Esa pregunta no tiene respuesta. No tenemos complicaciones. Así quiero que sea.

—He estado pensando en las tres cosas que más echaré de menos: la Finca Ballyutogue, a RumRunner y a ti.

—-Estoy en buena compañía —comentó ella. Ahora vete a tus guerras.

De súbito Rory la alzó en brazos, aunque no era justamente liviana. Abrió la puerta mosquitera con la punta del pie, luego con el trasero, y la llevó al dormitorio. Georgia no dejó de gritar, reír y golpearle los hombros hasta que la dejó caer en la cama.

Luego se envolvió a ella para aquietarla, como si fuera un ternero recién enlazado; se aferraron del pelo y estallaron en una nueva forma de hacer el amor, con furia, reveladora de que ambos habían reprimido palabras, pensamientos, compromisos. La cruda carrera de hombre y mujer lo respondía todo.

Parte dos

La visita

Capítulo 9

Condado de Galway, Irlanda, 1881

A la entrada del arrendatario habían puesto un aviso de cólera. Mientras Jack Murphy empujaba tímidamente la puerta prohibida, Atty le apretaba la mano con tanta fuerza que dolía. Atty tenía siete años. Jack Murphy, el hijo del capataz, catorce.

Sus ojos recorrieron una miseria. Cuatro niños, todos menores de diez años, yacían gimiendo o ya sin fuerzas para gemir, en un aturdido y luego comatoso arrastrarse hacia la muerte. El único e inútil fragmento de esperanza era la débil voz de la madre, en una plegaria desesperada.

Toda la aldea estaba atacada, como gran parte de la región. La plegaria de la madre se interrumpió por la fuerte tos de la tuberculosis. Atty se arrodilló ante los niños, acostados ante el fuego en un colchón de turba del pantano.

—Dios nos ha abandonado —dijo la esposa del agricultor. Haces mal en traerla aquí, a los brezales.

Atty se liberó de Jack para tocar la cara a los niños. Luego sonrió al más pequeño, que se las compuso para devolverle el gesto. Ella le sostuvo la mano hasta que murió. Entonces se levantó para salir, con la boca apretada como una morsa ante el sonido de los sollozos y los gemidos, mezclados con plegarias y preparativos para otro velorio y un entierro más.

Jack estaba por decir que era conveniente irse, pero quedó mudo de estupefacción ante la expresión increíblemente feroz que vio en los ojos de Atty. Nunca había visto algo así. Las hogueras encendidas en la niña arderían con furor durante toda su vida, como tormentas solares que se dispararan hacia el espacio.

En pocos años fue evidente que Atty sería la única heredera de la baronía de Lago Clara, una institución familiar terrateniente del condado de Galway que se remontaba a casi tres siglos.

También era evidente que amaba a Jack Murphy y que jamás amaría a otro. Por ser hijo del capataz, Jack contaba con una posición social privilegiada entre los católicos de la enorme propiedad. El había ido en busca del médico al nacer Atty y desde entonces cuidaba de ella.

Lord Charles Royce-Moore no se desconsoló ante su imposibilidad de producir un heredero masculino adecuado. Atty era tan capaz como cualquier hombre y su fuerza de voluntad era de las que levantan imperios. Ella manejaría muy bien Lago Clara.

Sus sentimientos por Atty eran más profundos que cualquier esfuerzo frenético por lograr la continuidad. En realidad, eran más o menos lo contrario. Le preocupaba la cuenta final de las generaciones familiares nacidas en Irlanda: después de tres siglos aún eran extranjeros en una tierra extraña.

El hecho definitorio de su propia vida había sido la hambruna de las papas, a fines de la década de 1840 y principios de la siguiente. Durante los primeros años de cosechas fracasadas fue testigo del modo en que la móvil guadaña de la muerte sembraba los campos de cadáveres dejados por la inanición, con la boca verde por haber comido pasto; luego vinieron el tifus, la tuberculosis y las huidas en masa, muchas en infames barcos de muerte.

Como todo esto era demasiado penoso para un joven de la nobleza rural, él y la mayor parte de su familia pasaron la hambruna en la atmósfera de Inglaterra, más hospitalaria. A fin de salvar la baronía, el padre de lord Charles embarcó todas las cabezas de ganado hacia Inglaterra, antes que llevar adelante un plan para compartir los alimentos con los campesinos.

Con el correr del tiempo Charles volvió a Lago Clara, pero tenía las entrañas demasiado blandas para seguir aplicando mano dura cuando ascendió a barón y señor de la casa solariega.

El barón Royce-Moore hizo lo mismo que la mayoría de la nobleza terrateniente de origen inglés: dejó que su propiedad se convirtiera en una finca descuidada y sin dirección. Aunque muchos de su clase sucumbieron, él fue lo bastante hábil como para mantener un estilo de vida grandioso y una buena provisión de cognac en la casa solariega, sobre todo gracias a la cría de caballos. Al mismo tiempo enviaba sus ahorros a Londres, para poder radicarse en esa ciudad cuando se retirara y pasar el resto de sus días en el cómodo sillón de cuero de algún buen club.

Su astuta consolidación de la baronía brindaría a Atty un buen nivel de vida y la continuación de la aristocracia por otra generación, cuanto menos. Cuando Atty se hiciera cargo, él ya habría desaparecido y, en verdad, le importaba un comino lo que ocurriera entonces. Ella podía volver a aplicar los feos edictos necesarios para obtener una gran ganancia o, simplemente, deshacerse de la propiedad, según quisiera.

En 1884, a los diez años, Atty fue enviada primero a las escuelas de Suiza y luego a las de Londres; después hubo considerables viajes por el continente y el «pulido» correspondiente a una señorita educada, con frecuencia en compañía de su madre. Ocasionalmente volvían a Lago Clara, pero sólo en verano. Al principio Atty no protestó, pero cada vez que retornaba volvía a enamorarse de Jack Murphy. Jack reconocía cada vez más el furor de las tormentas solares que se desataban en su colérica estrella, pero no se le ocurrió que una parte de esa pasión estuviera dirigida a él. Como Atty era muy joven y debido a la sustancial diferencia de edades entre ambos, las relaciones se parecían a la de un hermano mayor con su hermanita. Hacían largas excursiones a caballo por el paisaje lunar de Conamarra y a lo largo del mar.

Pero en eso había algo más que el mero divertirse juntos. Lo que ella veía pareció pronto más profundo y más importante que conquistar el amor de Jack: la pobreza absoluta de los campesinos. Sí: su furia por la insondable agonía llegó a ser más fuerte que cualquier sentimiento personal por otro ser humano.

Atty pareció saltar por encima de los incómodos años en que los dientes suelen necesitar corrección y el cutis se llena de granos. Partió de Lago Clara siendo una niña de diez años y retornó convertida en una señorita de trece, erguida, de cuerpo pleno y glorioso y rostro de gélida belleza. No probó nunca los juegos de la coquetería, pues no le interesaban esas tonterías; tampoco tenía tiempo para las frivolidades con que se entretenían la madre y su círculo. Ellas se ocupaban de la cacería de hombres, los chismes o el próximo baile. La muchacha era un bicho raro, demasiado seria y decidida. «¿Con qué fin?», se preguntaba la madre.

Atty degollaba a su desfile de pretendientes con una rápida mirada despectiva. Más aún: era tan alta como el común de los hombres y un espécimen capaz de intimidarlos. Llegó a sentirse a gusto con su habilidad para mantener a los ansiosos muchachos en vereda y ejercitaba ese poder sin piedad. Con ella no habría palmaditas en el trasero ni pellizcos furtivos.

El modo de escapar a los fútiles entretenimientos de la madre era huir a la cabaña de Jack Murphy. El padre de Jack, por ser capataz de la finca, había podido dar una buena instrucción a todos sus hijos. Jack se había educado con los Hermanos Cristianos de Galway y respondió con un fuerte amor por los clásicos. Leía para Atty, le tocaba la guitarra con dedos alados y cantaba versos a los que ponía su propia música. Era un joven muy elegante, sin duda, al que nunca le faltaba compañía femenina. El las amaba un poco a todas, pero nunca demasiado, nunca al punto de caer en la trampa casamentera irlandesa. Ninguna muchacha pudo colgarle el cascabel del cuello.

Para Atty eso era satisfactorio. Le daría tiempo para desarrollarse hasta que él la viera como algo más que una amiguita. Entonces pondría fin al largo silencio para expresar lo que sentía. En su decimosexto verano, después de estudiarse en el espejo, se declaró lista. Rara vez pedía, pero con frecuencia ordenaba. En el caso de Jack Murphy, en cambio, comprendió que debía actuar con astucia. Él era un hombre hecho y derecho, de veintitrés años, que se encaminaba hacia la decisión de su vida.

Con el correr de los años se había desarrollado entre ambos cierta relación física de camaradas; siempre estaban dispuestos a un poco de juego rudo y a un combate «inocente». Atty siempre lo interrumpía para retirarse antes de que la denunciaran los suspiros y los francos jadeos de pasión. Ahora, a los dieciséis años, estaba segura de poder provocar en él las mismas sensaciones. Eligió el escenario con cuidado y, después de un galope, saltó sobre él en el henar del granero.

—¡Todavía te domino! —rugió él.

Ella abrió las piernas e hizo rotar la pelvis, buscando lo que le despertaba una gran curiosidad. Al encontrarlo se meció hacia atrás y hacia adelante. Fue inútil que Jack tratara de ocultarlo: empezaba a crecer y a buscarla. Atty montada sobre él, se desprendió los botones de la blusa. Jack la apartó de sí y se alejó a gatas.

—Caramba —dijo—, creo que estás demasiado crecida para que sigamos con estos juegos de niños.

Cuando se levantó, Atty le asió la mano.

—O quizá ya estoy lo bastante crecida como para que probemos con un juego de verdad.

Jack sabía que Atty era siempre directa y había aprendido a no dejarse desconcertar. Pero eso era diferente. Alargó una mano para detenerla y se sentó a su lado.

—En los veranos pasados, cuando nos revolcábamos era sólo por deporte. Nunca quise llevarte a la tentación.

—Al diablo con todo eso, Jack. Dejemos que actúen nuestros sentimientos.

—No podemos, tesoro.

—Yo puedo hacer lo que quiera —replicó ella.

—Ya eres una mujer y en ti se agitan muchas sensaciones nuevas. Somos muy buenos amigos, los mejores del mundo y yo te resulto familiar. Por eso te sientes cómoda conmigo. Sin embargo no soy el muchacho con el que debes experimentar. No te costará encontrar al joven con el que te corresponda hacer estas cosas.

—Ninguno me gusta, Jack. Lo sabes. Los odio a casi todos y detesto lo que sus padres y el mío han hecho con este lugar.

—Bueno, no porque odies a alguien dejará de ser el tipo adecuado. Además, Atty, algunos de esos pretendientes son buenos muchachos. El problema es que tú nos les das la menor oportunidad. Cuando les congelas la sangre con esa mirada que sabes echar, los veo achicarse como mosquitos ante mis ojos.

Atty hizo un mohín.

—Cuando llegue el momento podrás elegir entre ellos.

La chica se abrió la blusa. Jack, enrojeciendo, se la cerró.

—No soy tu hombre, sólo una fantasía de niñita que se ha desmandado. No vamos a analizar las razones por las que esto no puede ser. Sólo tengo un traje, Atty: me lo pasó mi padre y probablemente yo se lo pasaré a mi hijo.

—Eso no es cierto —le espetó ella. Formamos la pareja perfecta. Está en cada verso que escribes y en cada una de tus canciones, Jack. Tú y yo podemos hacer algo para solucionar toda esta miseria.

—Para mí serás siempre como una hermana.

—No pienso salir virgen de este granero —dijo ella, casi como una orden.

—La única manera en que vas a perder la virginidad aquí es por una buena paliza.

Con el correr del verano Atty evaluó la situación. ¿Coquetear? ¿Fingirse lesionada tras caer del caballo cuando estuviera con él en las colinas? ¿Rabiar y hacer pucheros?

Llegó a la conclusión de que Jack hablaba en serio y decidió que continuar con una cariñosa amistad era preferible a nada.

Al terminar el verano ella regresó a Londres y él abordó un barco que zarpaba de Galway; otro hijo de Irlanda debía buscarse la vida lejos de su país.

Capítulo 10

Ballyutogue, Condado de Donegal, Irlanda, 1885

—La carreta ya está cargada, señor Lambe —dijo Conor.

Josiah Lambe, el herrero de Ballyutogue, que era a un tiempo la aldea alta de los católicos y la baja de los protestantes, revisó el carro cargado por su aprendiz.

—Esa caja de carbón, ¿está bien asegurada?

—Sí. ¿Por qué llevamos nuestro propio carbón?

—Porque el que usan en Hubble Manor no serviría ni para encender una pipa.

El carro se inclinaba a un lado, hundiendo una rueda en el lodo.

—Caramba —dijo Conor—, parece que hemos cargado toda la fragua.

—Es que pasaremos diez días trabajando en la casa grande.

—Espero que no se nos rompa un eje.

El señor Lambe estudió la situación, lanzó un gruñido de asentimiento y sacó algunas cosas para aligerar la carga. Ese aprendiz era un regalo del cielo. ¡Y qué mano tenía para torcer el hierro en el yunque!

—Engancha la yunta de burros, Conor. ¿Avisaste a tu mamá que no volverás a casa hasta después del oscurecer?

—Sí, se lo dije.

El señor Lambe clavó una nota a la puerta principal:

TRABAJANDO EN LA CASA GRANDE. DEJE SU ENCARGO O UNA NOTA ADENTRO. ABRIREMOS MAÑANA A LAS CINCO POR SI ALGÚN CABALLO NECESITA HERRADURAS.

—Quítense esas botas mugrientas —ordenó la segunda asistente del ama de llaves, con toda la autoridad que le había sido conferida. Los condujo al salón grande de Hubble Manor, una enorme habitación que superaba los treinta metros de longitud y los quince de altura. El lugar reverberaba de actividad: sirvientes que lavaban los vitrales, pintores, lustradores, albañiles y carpinteros en un organizado frenesí por preparar esa especie de nave catedralicia precromwelliana para algún acontecimiento importante.

La segunda asistente del ama de llaves los llevó hacia un grupo de personas, todas las cuales rivalizaban por la atención de la mujer que ocupaba el centro.

Con sus doce años y medio, Conor Larkin clavó poderosamente los ojos en ella. No era alta ni baja, pero sí muy erguida, aunque no con el aire tieso de los aristócratas: era flexible, como una muchacha muy hermosa que balanceara con facilidad un cántaro de leche en la cabeza. Su pelo era la melena dorada más brillante y sedosa que él hubiera visto nunca; volaba así, a media velocidad, cuando ella giraba la cabeza. ¡Y la parte superior de su vestido, por Dios! En la aldea no había nada como eso. Estaba todo abierto y mostraba partes redondeadas de esos objetos preciosos, acomodados bajo un forro de encaje… y el suave olor que emanaba lo dejó

casi en trance.

—Disculpe, señora —dijo la segunda asistente, con la humildad que correspondía a su puesto. Ha llegado el señor Lambe.

—¿Qué señor Lambe?

—El herrero.

—Ah, sí, ¿cómo está, señor Lambe?

Él se inclinó en una reverencia a medias y dio un codazo a Conor, para que hiciera otro tanto en vez de mirarla con la boca abierta.

—Mi ayudante, el joven Conor Larkin.

—Me mira usted mucho, maese Larkin.

—Es que usted es muy hermosa.

El señor Lambe, con un gruñido gemebundo, ordenó a Conor que descargara el carro.

—Discúlpelo, condesa. El chico es católico, ¿sabe? Allá en los brezos no suelen aprender muy buenos modales.

—En realidad me pareció de un encanto conmovedor. ¿No es muy joven para aprendiz?

—Los hacen comenzar jóvenes. No tienen más remedio. Este chico tiene la magia de las hadas para la forja.

—Bien, veamos, señor Lambe. Lord Hubble y yo tuvimos que interrumpir súbitamente nuestra luna de miel por un llamado, nada menos.

—Oh, caramba, qué lástima.

—Es preciso acostumbrarse a las costumbres del oeste. Al parecer, acá la política tiene la prioridad… después de haber tenido un heredero. Pero como Su Señoría y yo no hemos tenido tiempo para eso, se trata de la política con P mayúscula.

El señor Lambe la encontraba simpática. No era presumida. Iba al grano y era agradable: una mujer inteligente por la que uno se rompería el trasero trabajando.

—Debimos regresar del paraíso porque, al parecer, la victoria de Charles Stewart Parnell en las elecciones ha causado el pánico. Lord Randolph Churchill está por desembarcar en Larne, donde quizá se encuentra ya en este momento, para reunir a nuestras leales fuerzas protestantes contra la inminente Ley de Autonomía Irlandesa. La reunión definitiva se llevará a cabo aquí, en el salón grande. La gran cancela está muy poco firme y mi herrero está falto de recursos.

Según pensaba el señor Lambe, el herrero de la casa solariega, cierto señor Leland, había nacido falto de recursos.

—Confío en que usted pueda ayudar a afirmarla bien, para que no ofrezca peligro —agregó *lady* Caroline.

El herrero la estudió. En otros tiempos había sido, probablemente, la mejor obra de hierro forjado de toda Irlanda, si no del mundo entero. Los incendios, las explosiones y todas esas cosas que acompañan a las insurrecciones habían cobrado su precio. Después de estudiarla con el señor Leland, calculó que se la podía asegurar en

unas pocas semanas.

—Bien, ése es el tiempo que tardará lord Churchill en cruzar Ulster a fuerza de discursos.

Todas las noches, cuando los obreros se retiraban, *lady* Caroline inspeccionaba el trabajo del día. Con mucha frecuencia encontraba allí al aprendiz del señor Lambe, ese Harkin, O’Leary o como se llamara, con la vista clavada en la cancela. La inspeccionaba desde pocos centímetros de distancia, deslizando los dedos por las partes más complejas y hablando para sus adentros. Obviamente la pieza lo tenía embobado.

Pasó una quincena sin que menguara la fascinación del muchacho.

—Maese Harkin —dijo ella cierta noche, ya tarde.

—Larkin, señora: Conor Larkin.

—Tú pareces ser siempre el último en retirarte.

—Espero que no le moleste, señora. El señor Lambe me deja uno de sus caballos para que vuelva a mi casa.

—¿Qué es lo que tanto respeto te causa en esta maraña de hierro?

—Fue la obra maestra de Jean Tijou, el más grande de los hombres que hayan aplicado jamás el martillo a un trozo de hierro al rojo.

—¿Sabes algo de esta cancela? ¿Conoces su historia?

—Sí. Es una leyenda. Es decir, en realidad las leyendas son viejos relatos de narradores. Nuestro narrador, Daddo Friel, ya está casi ciego… Pero me ha hablado de esta cancela por horas enteras.

—Qué fascinante. ¿Por qué no compartes tus secretos conmigo?

—Oh, bueno, usted sabe… Casi todo lo que cuentan los narradores es descabellado. Le arrojan a uno sus cuentos como si fueran cometas. Son sólo viejas historias.

—Insisto.

—No, señora.

—Insisto.

—Pero tal vez no le guste.

—Insisto.

—Es una total paradoja —dijo Conor— que la obra más bella de su especie pudiera ser utilizada para la más cruel de…

—Continúa. Nací en Belfast. Conozco la historia irlandesa.

—Durante la insurrección de 1715, un alzamiento local, el conde de esa época aprisionó a trescientos cincuenta mujeres y niños tras esa cancela, reteniéndolos como rehenes. El resto no importa demasiado.

—¿Murieron?

—Algo así. Probablemente sea un cuento de hadas.

—Sí —replicó ella, con bastante aspereza. Los narradores populares suelen ser tremendos mentirosos. De cualquier modo, Londonderry parece estar llena de cuentos

con los que debo ponerme al día.

Conor se puso carmesí. «¡Daddo Friel no miente!», pensó, furioso. «Y esto no se llama Londonderry. Se llama Derry».

—Bueno, quizás algún día futuro, cuando seas mayor y hayas obtenido tu certificado de maestro herrero, podrás trabajar en una restauración completa de la cancela.

—Sí, señora —respondió él, sin entusiasmo.

—Por el momento, asegúrate de que no le caiga a lord Churchill en la cabeza.

«Oh, si cayera y aplastara a Randolph Churchill como a un bicho», pensó Conor.

—Porque lord Churchill —agregó ella, retrocediendo un poquito— es una persona muy importante.

—Sé quién es. No quiere nada a Charles Stewart Parnell.

Después de eso, Conor y *lady* Caroline no tuvieron nada que decirse. Sin embargo, una o dos veces al día, a veces más, intercambiaban una mirada directa, que en ocasiones se prolongaba por varios segundos.

Seamus O'Neill, el mejor amigo de Conor Larkin, había nacido como ocurrencia tardía: los restos de la cacerola. Como la familia tenía suficientes varones para labrar los campos, el joven Seamus gozó de una niñez excepcionalmente ociosa. Para una madre irlandesa no hay en la vida mayor placer que el de malcriar al hijo menor. Es preciso reconocer que Seamus no dedicaba su tiempo a hacer travesuras, sino a enriquecer la eterna, profunda y monumental amistad con Conor… que también era su héroe, por estar destinado a convertirse en un gran luchador republicano, como todos los hombres de su familia y, en especial, como su abuelo Kilty, que Dios tuviera en su gloria.

Cuando se abrió en Ballyutogue la nueva escuela nacional para las aldeas cercanas, Seamus convenció a sus padres de que le permitieran inscribirse. Ser uno de tres católicos en un aula llena de protestantes y el pequeñín de la camada tenía sus desventajas.

Aunque el maestro Andrew Ingram era un escocés presbiteriano, se trataba de un hombre esclarecido, que no toleraba prejuicios ante sus ojos. El señor Ingram notó rápidamente que Seamus era su mejor alumno y suministró al niño algunos libros que, de otro modo, le habrían resultado inaccesibles. Más aún: satisfizo con lecciones particulares las ansias de Seamus de ser escritor.

Fuera de la escuela, Seamus podía contar con protección si llegaba a la cercana forja del señor Lambe. Cuando lo perseguían trotaba a buscar la ayuda de su eterno amigo Conor.

Por fin los chicos hicieron un pacto: Seamus le enseñaría a leer y escribir, a cambio de que Conor le enseñara a pelear. En un principio fue difícil para ambos, pero cuando Seamus arrancó sangre de un puñetazo al matón de la escuela y Conor conquistó su primera cartilla, la batalla quedó ganada.

Ahora Conor tenía acceso a los libros, y éstos hablaban de mundos que él no

soñaba con conocer. Se abría un planeta mágico. Todos los días de escuela Seamus corría a la forja y, cuando Conor la cerraba, los dos iban a un lugar secreto, cerca del antiguo fuerte normando, para explorar ese mundo nuevo que estaba más allá de Ballyutogue.

No leían sólo sobre cosas y lugares, sino también sobre grandes ideas. El señor Ingram los puso en contacto con Thomas Paine y les aseguró que todos los firmantes de la Declaración Norteamericana de Independencia eran presbiterianos. Seamus se dijo que, con toda seguridad, eran muy diferentes de los presbiterianos de Ulster.

Conor era un mago: pronto alcanzó y pasó a Seamus. De pronto algo se desmandó en él. Después de haber estado arreglando la cancela de Hubble Manor con el señor Lambe, súbitamente pareció perder interés por los libros y por casi todo lo demás. Su mente se alejó de los asuntos republicanos, lo cual desconcertó mucho a Seamus. Al cabo de una semana, el amigo se rebeló.

—Tu cara parece la papa deshecha que queda en el fondo de la olla, Conor. ¿Qué te pasa?

—Nada.

—¿Tu mamá está otra vez embarazada?

—No, por Dios, gracias a la Virgen.

—Y entonces. ¿Qué te pasa?

—Eh… no importa.

—¡Miércoles, qué incordio eres, Conor!

—Si tanto se nota, será mejor que te lo cuente. Pero esto es todavía más sagrado que el secreto de confesión, ¿entiendes? Si llegas a decir una palabra de lo que voy a contarte, te mato.

—¿Cuándo he traicionado tu confianza? —protestó Seamus. ¡Dime una sola vez!

—Bueno, levanta la mano derecha.

Seamus lo hizo, orgulloso.

—¿Juras por tu honor de republicano que este secreto quedará eternamente entre tú y yo?

—Sí, juro. ¿Has matado a alguien?

—No, hombre. Estoy enamorado de Caroline Hubble.

—¡De Caroline Hubble! Con ideas así no vivirás hasta la próxima cosecha. Por esta vez será mejor que vayas al confesionario.

—Es el último lugar donde contaría esto.

—Pero ¿enamorado de verdad?

—Sí, profundamente, con ardor, con ternura. Pienso constantemente en ella y me recorren unas sensaciones estupendas. Pienso en ella antes de dormirme y ya sabes lo que pasa allí abajo.

—¡Cristo!

—Voy a decirte algo: ella también me mira. No digo que esté enamorada de mí ni nada de eso, pero sé que quiere decirme algo. ¡Estoy seguro!

—No tienes nada que ella esté buscando.

—Sí, ya sé que es una locura —reconoció Conor. Tendré que olvidarme del asunto.

—Y cuanto antes. Supon que ocurriera lo peor. En un trance provocado por las hadas, ella se enamora de ti, pese a la gran diferencia de edades. Y supon que te lleva a una habitación secreta para hacer lo que ya sabes. Y mientras lo están haciendo, entra el vizconde y los ve. ¡Ay, hombre! ¡Los protestantes armarían escándalos en todo el mundo! A ella la llevarían hasta la plaza de Derry para hacerla subir al cadalso, como a Ana Bolena, y le cortarían la cabeza, o quizá la quemarían en la hoguera como a Juana de Arco. Y a ti, irlandesito, te descuartizarían con cuatro caballos y después clavarían tu cabeza en una pica, para que vinieran todos los protestantes de varios kilómetros a la redonda sólo para escupirle. Y el fantasma de esa mujer rondaría por Hubble Manor, con la cabeza metida bajo el brazo, y en los sembrados se volverían a podrir todas las papas y habría otra hambruna por culpa de tu maldita lujuria.

—Está bien, está bien. ¡Ya la olvidé!

—Júralo.

—Sí, lo juro. Ya la olvidé.

Seamus lanzó un suspiro de alivio por haber apartado a su mejor amigo de una destrucción segura.

—No te creo —agregó después.

Capítulo 11

ARCHIVOS SECRETOS DE WINSTON CHURCHILL SOBRE 1885

Recuerdos generales de Irlanda

Recuerdo con total claridad mi introducción en Irlanda, por la época en que tenía alrededor de doce años. Es difícil olvidar el momento en que uno se entera de que estuvo a punto de nacer fuera del matrimonio. Con frecuencia me he preguntado si la eterna frialdad que existía entre mi padre y yo estaba relacionada con las aventuras que él tuvo con mi madre antes del casamiento. Y con sus aventuras con otras mujeres después de casados, hasta su prematura muerte por la sífilis.

El trauma de descubrir mi nacimiento «prematuro» se produjo al mismo tiempo que mi viaje a Irlanda, cerca de mi duodécimo cumpleaños. Irlanda era la bastarda de Inglaterra y yo ocupaba un puesto similar en mi propia familia.

El viaje de lord Randolph por el Mar de Irlanda hasta Ulster se debió a su implacable necesidad de ser primer ministro. Mi padre tenía un tema de gran urgencia y popularidad que explotar, a saber: estaba decidido a impedir la legislación de la Autonomía Irlandesa que había sido presentada en la Cámara de los Comunes por Charles Stewart Parnell y su nuevo Partido Irlandés.

Yo debía acompañarlo. Sospecho que era un buen partiquino, porque la unidad familiar de los protestantes de Ulster se consideraba una bendición, contrariamente al dicho popular de que «la unidad familiar católica era una maldición».

Si mi padre lograba generar en Ulster apoyo suficiente para rechazar la Autonomía Irlandesa, creía poder provocar la caída del gobierno de Gladstone. Esto lo pondría en línea para un ministerio de alto rango en el nuevo gobierno, además de convertirlo en líder de los Comunes. De ese modo sería el primero entre los próximos candidatos a primer ministro.

Nos esperaban en Larne, con un estandarte y una banda, la Orden Orangista, logia protestante fanática y el Partido Unionista de Ulster, aliado de mi padre. Debíamos atravesar Ulster en el tren particular del principal entre los industriales de la provincia: *sir* Frederick Weed, tipo falsamente autoritario, pero bastante simpático.

Allá íbamos, traqueteando sobre nuestra provincia leal: Portadown… Armagh… Dungannon… hablando ante multitudes cada vez más numerosas de hombres tocados con sombreros hongo y bandas anaranjadas, generalmente en estado de frenesí. Fue en Lurgan donde lord Randolph les acicateó el coraje con el grito de batalla: «Ulster luchará y Ulster estará en lo cierto».

El acto final fue en un gran salón de una casa majestuosa, en las afueras de Londonderry, que pertenecía al Conde de Foyle y a su hijo Roger Hubble, el

Vizconde de Coleraine. Londonderry era la ciudad sagrada de los protestantes: Roma, la Meca y Jerusalén, todo en una sola.

En Hubble Manor mi padre se superó: «Ustedes, gallardos camaradas de Ulster occidental, ocupan el baluarte de avanzada de nuestra gran aventura imperial, por lo que no deben vacilar. Los desafío a defender estas murallas como las defendieron sus antepasados hace tres siglos. En el espíritu, en la religión y en la realidad, hay dos Irlandas. La Irlanda leal a la Corona debe permanecer en el Imperio». Y luego, lo último de Rudyard Kipling: «Navega, oh barco del estado, navega, oh Unión Grande. ¿Ha de separarse Ulster de Bretaña? Por el Dios que nos creó, ¡jamás!».

Recordaré este discurso por cosas más suaves. Roger Hubble era también yerno de *sir* Frederick Weed, por haberse casado recientemente con su hija Caroline. Pese a mi corta edad, mis pantalones cortos y la gorra escolar, tuve entonces mi primera vislumbre de la pasión viril. Nunca había visto mujer tan exquisita.

Por mi parte, a la edad de doce años tenía mi primer contacto con los diálogos privados y las estrategias de los hombres influyentes. Oír las palabras de mi padre, ver su efecto en la multitud, observarlo jugar con la cadencia y las frases claves fue una lección por mucho tiempo recordada.

Tal fue mi introducción en el uso público y privado del poder.

Aunque amaba a mi padre pasábamos poco tiempo juntos. Ese viaje a Ulster, donde él jugó su famosa «carta orangista», sería nuestra visita más larga. Él era un aristócrata extraño y errático, impulsado por la búsqueda del poder. Las ocasiones que compartíámos como padre e hijo eran, en su mayoría, pequeñas y estrafalarias giras por el comercio carnal de Londres, donde él parecía gozar de tortuosas emociones mirando espectáculos monstruosos, muchos de extraño contenido sexual.

Durante nuestro viaje nocturno entre Belfast e Inglaterra sintió un fuerte deseo de venir a mi camarote y explicarme lo que significaba Irlanda en la vida de Inglaterra. Yo estaba jugando con mis soldados de juguete, que siempre me acompañaban, y armaba un ejercicio táctico; mientras tanto, lord Randolph terminaba su whisky en la postura habitual.

«El pueblo inglés ha dejado en la humanidad la marca de un gran pueblo. Por medio de la exploración, la conquista, la instalación de súbditos leales en las colonias, el comercio y la difusión de nuestros beneficios culturales y nuestra superioridad legal, nos hemos convertido en la nación más grande de la historia humana».

A los doce años no encontraba en eso nada con que no estuviera de acuerdo.

«Inglaterra es una isla», continuó él. «A fin de conservar nuestra grandeza dependemos de nuestro poder marino, tanto en lo comercial como en lo militar. Nuestras rutas marítimas son nuestros vasos sanguíneos».

Me preguntó si comprendía; dicho de ese modo me resultaba bastante claro.

«Irlanda es una masa de rocas desamparadas. Su única importancia radica en estar cara a cara con Inglaterra. Pues bien, no podemos permitir que un pueblo de menor

importancia amenace nuestra posición en el mundo».

«Winston, los irlandeses son un pueblo retrasado, que no tiene derecho a privar a Inglaterra de su destino», agregó sin rodeos. «Inglaterra tiene el derecho y el deber de proteger sus intereses vitales y para eso debemos gobernar Irlanda, por nuestra propia protección».

Prosiguió diciendo que instalar en Ulster una población leal protegía los intereses de la Corona. Como ese tema nunca dejaba de excitarlo, aun después de cincuenta discursos pronunciados en la provincia de Ulster, se puso de pie.

«Nos enfrentamos al hecho de que los irlandeses son un pueblo hostil, que ha rechazado todas las propuestas de unión con nosotros, como lo han hecho Escocia y Gales. El único motivo que Irlanda tiene para autogobernarse es arrojarnos al desastre, cosa que no podemos permitir».

Lo agitado del mar hizo que mi padre volviera a la litera, vaciando su botella y murmurando algo sobre el busto de la condesa Caroline Hubble.

Yo volví a mis soldados de juguete, compartiendo los pensamientos de mi padre.

Capítulo 12

1890

Una muchacha de menos carácter que Atty habría tomado como rechazo personal la emigración de Jack Murphy. Ella se negó a sentirse humillada. Tomaba sus decisiones sólo después de mucho análisis y reflexión. Una vez que las tomaba, las mantenía. Sus emociones, moldeadas por sus propias verdades, estaban amuradas en cemento.

A la edad de dieciséis años Atty tomó dos decisiones vitales. Detestaba la injusticia del gobierno británico y amaba a Jack Murphy. Ambas decisiones le parecían lógicas e inseparables.

Jack alivió un poco su partida con amables cartas que llegaban de lugares raros y exóticos: Tampico, Bora Bora, Christchurch, Monrovia, Montevideo…

«Te amo, Atty», escribía Jack Murphy, «pero no como para formar pareja. Aunque tuviera el derecho de amarte pensando en la pasión física, aun así no sería posible. Llegamos al mundo con demasiadas cosas que han desgastado nuestro tapiz desde el principio. Lo mismo daría haber nacido tú en la India y yo en la Argentina, tantas son las diferencias que hay entre nosotros».

«Para ser completamente franco, la verdadera diferencia está en ti, Atty. Eres muy suave y bella a la vista, pero dura y atemorizante cuando se te conoce. Eres rencorosa, Atty, y estás decidida a malgastar la vida cambiando un mundo que no se puede cambiar. Los obstáculos a los que te enfrentas para alcanzar tus metas son insuperables. Aunque adoro tu coraje y tu decisión, no adoro tanto los míos. Sé que jamás podría ser un compañero adecuado para ti en semejante aventura. Yo pido mucho menos a la vida. Eres demasiado fuerte para mí, Atty, y me atrevo a decir que lo eres para casi cualquier hombre, pues tu compañero ha de estar dispuesto a someterse a tu empuje insaciable».

«Por ahora sólo yo veo esa cólera interior en ti, pero pronto la conocerá toda Irlanda. No: el mundo entero. ¿Encuentras sentido a lo que digo? Ahora cierro esta carta como la comencé: te amo, pero no de ese modo».

¿Era Jack Murphy demasiado débil para ella o, simplemente, demasiado sabio? Conocía sus verdades y decía no poder igualarlas. Era un rechazo elegante. Decía ser de los que renuncian. Aun así Atty sintió cólera junto con su dolor. ¿Por qué no podía él resistir? O acaso era sólo una manera de decir que en verdad no la amaba.

Después de cumplir los diecisiete años, Atty anunció a sus padres que no volvería a Londres para continuar sus estudios. En cambio iría a Dublín.

—¿Esto es un aviso o una consulta? —preguntó su padre.

—Estoy decidida, padre. Busca las justificaciones que necesites.

Charles Royce-Moore llegó a la conclusión de que no serviría de nada amenazar con desheredarla. Ya era un pequeño milagro haber podido retenerla por diecisiete

años.

—Supongo —dijo— que piensas unirte a ese motín gaélico que se ha desatado en Dublín.

—No estoy tan segura.

—Bueno, desde lo de Parnell —aseguró él, tratando de no sonar burlón— los clanes se están reuniendo para expulsar a los tunantes anglicanos con un renacimiento del antiguo tribalismo celta. Deportes gaélicos, literatura gaélica y esos malditos artículos periodísticos. ¿Cómo diablos es posible que hayan surgido tantos escritores en un lugar tan pequeño? Crecen como hongos cerca de un pantano mohoso.

—Quizá sea porque ustedes han hecho de Irlanda un pantano mohoso —replicó ella.

—¿No podemos negociar? —preguntó el padre, sincero.

—Es imposible negociar con los ingleses sin que te joroben —respondió ella, bromeando sólo a medias.

—Hace años que te veo vagar entre los leprosos. He tenido mis momentos de gran consternación. Más de una vez me pregunté qué diablos hacíamos aquí. Bueno, pues acá nací y acá tengo mis propiedades. Las cosas se han hecho de cierto modo durante siglos enteros y, pese a algún remordimiento de conciencia de vez en cuando, siempre supe que no podía cambiar las cosas.

—Es una agradable excusa para seguir picoteando el cadáver de Irlanda de una manera horrible. Los de tu clase…

—Nuestra clase, Atty.

—Los de tu clase —repitió ella— han reducido a este pueblo a ser el más mísero de la civilización occidental. Su alacena está vacía.

—Eso es un hecho. La época de las fincas está llegando a su fin. Aunque todo eso está fuera de mi alcance, es preciso cambiar las ideas por otras nuevas, como las que tú tienes. Mira esto: mi cuello de terciopelo tiene brillo. No pienso seguir adelante con la farsa y sé que tú tampoco lo harás. Esta casa se está viniendo abajo, cada vez más.

—Reconozco, padre, que has sido mejor que otros.

—No voy a volverme contra mi clase, Atty. No entiendo los actos radicales de Dublín, pero veo venir una época en que habremos desaparecido por completo del panorama. Supongo que pocos irlandeses derramarán una lágrima cuando nos vayamos. Ahora bien: ¿quieres escuchar mi propuesta o no?

Atty amaba a su padre casi tanto como despreciaba a su clase. ¿No era acaso peor tener conciencia del mal y no hacer nada por remediarlo? La mayoría de sus camaradas aceptaban las afortunadas circunstancias heredadas sin una pizca de culpa. Al burlarse de los irlandeses inferiores justificaban la explotación. Cuanto menos su padre no lo hacía.

—He aquí mi propuesta. Como sabes por haber estudiado los libros de la finca, he transferido a Londres una suma decente para que tu madre y yo podamos terminar

decorosamente nuestros días. Por mi parte soy bastante provinciano y estoy encariñado con Irlanda. Pero no soporto la idea de pasar mis últimos años en una casa urbana de Dublín. Es una ciudad miserable. Unas pocas fachadas de piedra que disimulan a duras penas una aldea de sucuchos, llena de tabernas y malos poetas. Quiero vivir mi retiro entre las comodidades de Londres. Ya he puesto mis peores pecados en la mesa: la lealtad a mi clase y mi incapacidad de cambiar el mundo.

»La finca está bastante en orden —continuó. Murphy y mis agentes inmobiliarios han hecho un trabajo admirable, dentro de los límites en que se les ha permitido operar. Hemos tratado de no hacer sufrir demasiado a nuestros arrendatarios. He depositado un pequeño fondo en fideicomiso para que termines esa educación que ahora rechazas. Bien, vete a Dublín y usa ese dinero para mantenerte. Sólo te pido que, de vez en cuando, des el gusto a tu madre y le permitas organizar alguna fiesta al año, para que examines y guillotines su nueva colección de buenos partidos.

—No, papá, tú quieres algo más. ¿Qué es?

—Para tus diecisiete años eres un monstruo, Atty. Bueno, es cierto. Cuando cumplas los veintiún años la baronía será tuya, esté yo vivo o no. Debes prometerme que mantendrás las cosas en equilibrio con Murphy. Una vez que tu madre y yo nos hayamos ido podrás hacer lo que quieras con la propiedad.

—¿Por qué esperar, padre?

—Porque quiero vivir en Londres como miembro retirado de la nobleza rural, no como una especie de traidor.

La respuesta de Atty sería rápida; en el plazo de cinco años podría hacer de Lago Clara lo que soñaba desde niña.

—Mientras tanto, participa de ese maldito levantamiento —concluyó él.

—Estoy de acuerdo, padre, Lago Clara seguirá luciendo el escudo familiar mientras mamá y tú vivan. Espero que eso sea por muchos años. Pero quiero que entiendas lo que estoy haciendo en Dublín.

-—Oh, diablos, todos lo sabemos. Mira, Atty: siempre supe lo que soy y no puedo ser otra cosa, ni siquiera fingirlo. La hambruna de la papa me convirtió en un pelmazo y no en un cruzado. Me alegré de que me llamaran a prestar el servicio naval. No quería volver a Lago Clara, pero volví. Y no hice nada nuevo, nada deslumbrante: sólo lo que se esperaba de mí. Soy inglés, con todo lo que eso implica, lo bueno y lo malo. Me haré a un lado para dejarte paso. Déjame siquiera la dignidad.

Un beso tierno de Atty era algo difícil de conseguir. Ése fue algo que atesorar.

—Y ahora, mi terca, maravillosa, sabia y colérica Atty, deja que te dé un solo consejo.

—Por supuesto, padre.

—Olvídate de Jack Murphy.

—No puedo ni quiero.

—Eres demasiado fuerte para él. Perdóname por decir esto, Atty, pero eres demasiado fuerte para todos los hombres que conozco. Jack Murphy no se dejará

aplastar y, a menos que puedas llegar a un acuerdo con él, como acabas de hacerlo conmigo, lo aplastarás.

—¿Y si no vuelve? ¿Nadie más me querrá?

—Nadie más puede retenerte, Atty. A menos que… y esto me parece muy improbable… a menos que te enamores desesperadamente, al punto de perder la cabeza por completo.

—¿Qué crees tú?

—Ya te lo dije. Busca un acuerdo con Jack o con alguien, un modo de vivir los dos sin una gran pasión ni un gran deseo que los lleve a destruirse mutuamente. Mira, hija: no existe un hombre por el que mi Atty pueda perder la cabeza. En este caso, sé británica: busca un acuerdo.

Capítulo 13

1890

Había llegado lord Randolph Churchill. El gran salón de Hubble Manor estaba atestado. Allí estaban todos los aristócratas y los nobles terratenientes que vivían al oeste de Westport y al norte de Athlone. Más todos los prelados herederos de la Reforma. Más los más leales de los leales, los grandes maestres orangistas. Y los veteranos condecorados de los regimientos de Ulster. Y sus mujeres.

Estremecidos por la aplastante victoria de Charles Stewart Parnell y temiendo por la supervivencia en el aislado Londonderry, escucharon al archiconservador de Inglaterra, que jugaba su carta orangista. Su voz, adiestrada para llegar más allá de la pared y para cruzar el mar hasta el Parlamento, apuntó directamente a la intimidación del Partido Liberal.

Su joven hijo Winston lo absorbió para usarlo como referencia futura. Su padre había diseminado al desprevenido enemigo, quebrando sus filas y dejándolo aturdido.

Era también la primera aventura exitosa de la asociación entre Ulster occidental, defendida por Roger Hubble, y el establishment de Belfast, controlado por *sir* Frederick Weed. Entre ambos tenían en sus manos la dirección política de la provincia. Esa relación quedaba consumada por el casamiento de Caroline Weed y Roger Hubble. La presencia de Churchill en el salón grande sería uno de los hechos con más consecuencias en la historia de Ulster. El momento era la culminación para dos hombres diferentes, con carreras diferentes, súbita y audazmente fundidas.

Weed era el matón escocés, empresario en una era de empresarios británicos, el magnate que había surgido de la nada y cuya poderosa planta industrial revestía ahora los cascos para barcos de hasta diez mil toneladas; rey de los ferrocarriles, con su locomotora Red Hand Express y su tren particular, envidia de todos los dictadores sudamericanos y los maharajaes indios. El metal de sus acerías hilaba los rieles por los que circulaba el ochenta por ciento de los trenes de Irlanda. Él lo había logrado todo, por Dios, con su gran audacia.

Por desgracia, su bastión de Belfast era el único lugar donde los británicos habían hecho inversiones sustanciosas. Seguía siendo el único en un panorama irlandés desprovisto de fábricas. Belfast, poblada por trabajadores protestantes leales, era un solitario enclave empresario.

Afuera, en el campo, los días de las grandes fincas llegaban a su fin. Desde la hambruna de la papa, la nobleza rural había quedado reducida a cortinas raídas y murmuraba por rutina sus declaraciones de lealtad a la Corona.

El vizconde Roger Hubble, actual Conde de Foyle, resultaba ser la excepción. Arrebató el condado al torpe de su padre, le asignó una pensión para que viviera con su amante y no se limitó a sobrevivir, sino que creó un nuevo capítulo para agregar a

los horrores de la Revolución Industrial.

Roger Hubble era un maestro consumado en el arte de crear una fuerza laboral desde la cuna a la tumba, a la que mantenía siempre endeudada. En el campo, sus arrendatarios cultivaban la materia prima que él necesitaba, a cambio de contar con la tierra suficiente donde cultivar alimentos para sostener una existencia marginal. Hubble retiró con cuidado a los granjeros más débiles, desalojó a los arrendatarios, y dedicó la tierra a la cría de ganado, principal producto de exportación a Inglaterra.

Fijaba el precio de las semillas a plantar y aceptaba la deuda del campesino, que la pagaba en la cosecha siguiente con intereses obscenos. Luego fijaba el precio del lino cosechado. La conversión del lino en telas de hilo era un trabajo sucio, generalmente efectuado por los hijos menores de los campesinos, con frecuencia para poder ir saldando las deudas.

Los desalojos en el campo aseguraban que a Londonderry y el mísero vecindario de Bogside llegara un flujo constante de gente desesperada y sin trabajo. De ese modo contaba siempre con un exceso de mano de obra barata. Entre los hombres el desempleo rondaba el cincuenta por ciento; los que trabajaban lo hacían en empleos serviles.

Las grandes ganancias provenían de su fábrica de camisas, la más grande de las Islas Británicas, que utilizaba el lino cosechado por sus campesinos.

El control que Roger Hubble tenía sobre toda la producción, desde la semilla hasta la mercadería terminada, su poder sobre la maquinaria política y la fuerza laboral representaban todo lo que se juzgaba glorioso en la colonización y el imperialismo.

Los puestos decentes de la municipalidad, el astillero y de las escuelas, así como los mercantiles, estaban reservados para quienes juraran lealtad a la Corona. Eso era el ulsterismo.

Charles Stewart Parnell y su Partido Irlandés mellaron el sistema y lanzaron su propia salva por la Autonomía Irlandesa. Tanto histórica como geográficamente, Londonderry pertenecía al condado de Donegal, que estaba fuera de las fronteras de Ulster. Por una vergonzosa deformación de las fronteras, Roger Hubble se las compuso para meter el municipio en Ulster.

Al comenzar la nueva era política *sir* Frederick Weed y los industriales de Belfast querían deshacerse de Londonderry, por considerarlo un lastre. Roger Hubble y más adelante Randolph Churchill amenazaron con la guerra civil si se abandonaba a los católicos la sagrada ciudad protestante. El casamiento de Roger y Caroline grabó esa alianza en piedra.

Caroline era una dama excitante, cuyo pasado reciente incluía un matrimonio con cierto conde italiano que resultó ser un vividor sin un centavo. Su objetivo principal era enfurecer a su padre, cosa que logró. Con muchos miles de libras esterlinas diseminadas por el Vaticano, al fin se consiguió una anulación.

La embriagadora dama destrozó una *suite* de hotel llena de invaluables

antigüedades, huyó de Roma y arremetió contra París. Allí compartió una buhardilla con un sacrificado artista, sumamente talentoso, que pintaba en el nuevo estilo impresionista. Cuando el ajo, la gota y la subida hasta la buhardilla dejaron de hacerlo atractivo, Caroline retornó a Ulster, convertida en un modelo de decoro y una reina de la cultura y la caridad, dedicada a esperar su destino, que apareció bajo la forma de Roger Hubble.

Ambos captaron el poder de esa unión. Excitado por los rumores sobre el pasado de Caroline, Roger desenterró su sexualidad, activada a tal punto que llegó a ser un estupendo amante. La adoraba.

Caroline le dio dos hijos varones: uno para el condado y otro para Astilleros y Acerías Weed. Lord Jeremy, el primogénito y heredero, se parecía atávicamente al padre de Roger, el holgazán de Arthur Hubble; era demasiado frívolo y no tenía agallas para usar la mano dura.

Por suerte Christopher, el hijo menor, presentaba todo el hielo de su padre. Mejor así. Jeremy sería el conde ceremonial y Christopher sería preparado para que gobernara la maquinaria.

¡Caroline! ¡Caroline, la magnífica! Ella convirtió a Londonderry, un borrón cultural, en apeadero obligatorio para todas las compañías shakespearianas de gira, para cualquier compañía secundaria de ópera italiana, conferenciante, poeta, músico u orquesta que desembarcaran en Irlanda. Casi todos llegaban traídos por su fundación cultural. Caroline era la *grande dame* de Ulster occidental.

Para Roger Hubble la vida estaba completa, exceptuando cierta irritante costumbre de su esposa: jamás terminaba de remodelar. Hubble Manor era una monstruosidad histórica, con decenas de cuartos para pesca, armas y cuchillos, frigoríficos, gallineros, establos, una cocina como para el Palacio de Buckingham, cocinas secundarias, despensa de aves, veinte armarios para la ropa blanca y talleres para los cortineros, reparadores de alfombras, tapiceros, pintores, vidrieros y jardineros, más una guardería para botes sobre el lago Foyle y mayordomos, mucamas, cocheros y lacayos, los doscientos de horrible uniforme verde menta con espantosos vivos color Limon.

Cuando llegaban las facturas Roger representaba el papel de triste esposo herido, pero la seducción de Caroline le mantenía el apetito sexual lo bastante abierto como para que el matrimonio funcionara. Por suerte, a la hora de pagar las cuentas ella contaba con un papá sumamente rico y con fondos propios.

El sitio obligatorio para cualquier gran acontecimiento (para que cantara Caruso, para una colección mundial de eruditos o la visita oficial de la Reina) era siempre el salón grande, que podía albergar a casi mil personas para una cena formal y más aún para un concierto.

Tras haber sido reparada, remodelada, reconstruida y ampliada en incesante actividad durante una década, Hubble Manor dejó de ser una casa miserable, cubierta de hierbas y asolada por fantasmas para transformarse en un palacio de legendaria

grandeza, epítome de lo que el colmo del colonizador podía hacer con su apetito imperial.

Otro colmo era la fábrica de camisas de lord Hubble. Adentro las condiciones eran la mugre, un frío entumecedor en el invierno, oscuridad y calor sofocante en el verano, carencia de instalaciones humanas y toda una página de miserias, remanentes directos de los más negros días de la Revolución Industrial.

Dado el nuevo liberalismo que reinaba en el aire, Roger Hubble temía que la reforma industrial y laboral pudiera abrirse paso hasta Londonderry y, en especial, hasta la fábrica de camisas, principal sustento para los excesos de *lady* Caroline. Para empeorar las cosas, un abogado defensor de los derechos de campesinos y obreros católicos había ganado una banca en la Cámara de los Comunes.

Tras haber rehecho todo lo que se podía rehacer, Caroline se dedicó al gran proyecto final: la restauración de la gran cancela del salón grande. Medía doce metros de ancho y otros doce de altura, conformando un majestuoso portón de entrada. Bien habría podido ser una copia de los portones del cielo, inspirada por el Todopoderoso.

Según la tradición, la cancela era obra de Jean Tijou, gran herrero francés que había sido llevado a Inglaterra siglos antes, durante el reinado de Guillermo y María. Gran parte de su historia, así como su retorcido tormento, permanecía oculto tras la leyenda.

Como era obvio, *lady* Hubble buscó al mejor de los maestros herreros vivientes: cierto Joaquim Schmidt, el alemán. Schmidt pasó dos años trabajando en lo que se había convertido en enigma. Como todo buen alemán, *Herr* Schmidt estaba convencido de que las cosas se harían si daba órdenes a gritos. Por fin sus gritos se redujeron a un desorientado balbuceo y se fue.

Entonces Caroline hizo venir al italiano Tustini. Al principio el hombre hizo algunos progresos, pero acabó por desgarrarse en un dilema emocional entre la cancela y varias mucamas y criadas. El clima de Ulster le provocaba largas depresiones, seguidas por un excesivo consumo de vino; cubrió sollozando todo el trayecto a Cork, para tomar el barco que lo llevaría de nuevo a Italia.

El fracaso carcomía a Caroline cada vez que se celebraba un acontecimiento en el salón grande, pues la gran cancela permanecía laxa y desorientada.

Capítulo 14

1895

Lady Atty Brooke Royce-Moore, Baronesa de Lago Clara, irrumpió en el escenario del renacimiento gaélico como si ella y Dublín se hubieran esperado mutuamente por todo un siglo.

La primera medida, que la congració con los dublineses nativos, fue despojar de guión y aristocracia su apellido y sus títulos reduciéndolos a un simple «señorita Atty Moore».

La generosa pensión anual le permitió comprar una casa de cuatro pisos entre medianeras, de estilo georgiano, en el número 34 de la avenida Garville, en el suburbio de Rathgar. No era una mansión de aristócrata ni una vivienda de pobres. La amplia sala albergaba a la mayoría de quienes se identificaban con el renacimiento gaélico y formaban su punta de lanza. Allí resonaban jugosas conversaciones de escritores, periodistas, panfleteros, republicanos, actores, dramaturgos y una nueva raza de políticos.

Atty se identificaba básicamente con Arthur Griffith, cuyo periódico, *United Irishman*, era una fuerza en ascenso. Griffith había formado también un nuevo partido político llamado Sinn Fein, cuya traducción es «Nosotros Solos». El Sinn Fein nació para reemplazar al Partido Irlandés, cuyo espíritu había muerto con Parnell. Tras haber sido una fuerza decidida, los miembros del Partido Irlandés se convirtieron en lacayos del Parlamento Británico, incapaces de impulsar la Autonomía Irlandesa.

Atty mantenía su edad en secreto. Cuando llegó a Dublín, como un mito celta que cabalgara desde el oeste, tenía diecisiete años. Su estatura física, su mente aguda y su fuerza de voluntad revelaban una personalidad superior a sus años. Se sentía más que a gusto en ese momento de renacimiento gaélico. Hablaba ese antiguo idioma a la perfección y pronto descubrió el estrado para oradores en las reuniones callejeras, donde denunciaba los males del imperialismo.

Todo eso era eufórico: los resonantes gritos de libertad de los panfleteros, el círculo de intelectuales, los viejos juegos de los gaélicos en el campo de deportes, el fértil terreno del despertar.

Poco después de su llegada, tres de sus amigos más íntimos, lady Gregory, Edward Martyn y William Butler Yeats declararon el comienzo de un Teatro Nacional Irlandés.

> *Nos proponemos representar en Dublín, en la primavera de cada año, ciertas obras célticas e irlandesas que, cualquiera sea su grado de excelencia, serán escritas con elevada ambición y, de ese modo, edificarán una escuela celta e irlandesa de literatura dramática… Demostraremos que Irlanda no es la sede de la bufonería y del sentimentalismo fácil, como se la ha representado, sino el hogar de un antiguo*

idealismo. Contamos con el apoyo de todo el pueblo irlandés, que está cansado de ser mal representado, para llevar a cabo una obra que está más allá de todas las cuestiones políticas que nos dividen.

Bueno, eso era el matrimonio ideal que esperaba Atty Moore. En el reconstruido Teatro de los Mecánicos, de la calle Abbey, encontró su hogar permanente. Atty llevó al escenario su estatura física y su imponente presencia. Al principio su estampa era tan poderosa que le bastaba salir y mirar al público para dejarlo petrificado.

Era una estrella, pero existía un problema. Su entusiasmo y su capacidad como actriz no estaban en la misma página. Con un atronador grito desde el muelle o muriendo de tisis por el polvo de las hilanderías, la sobreactuación hacía lagrimear a cualquier irlandés.

Como todo libreto aceptado por ella aseguraba al dramaturgo su producción, los aspirantes la cortejaban densamente. Hubo uno que despertó su fantasía; era un joven periodista de Donegal.

Atty percibió desde el comienzo que, pese a su poder, Seamus O'Neill no parecía tan sobrecogido ante ella como los de su corte.

Seamus había escrito dos lecturas de diez minutos, ese tipo de prosa lírica que cualquier actriz querría como parte del repertorio. Atty tuvo la impresión de que no lo hacía feliz verla tomar simplemente esa obra para sí, cuando de hecho esperaba que Seamus se desmayara ante tanto honor.

Se dedicaron al trabajo codo a codo, pero ella se hartó de verlo poner los ojos en blanco. Al suelo voló el libreto y la actriz se retiró a grandes pasos. Seamus recogió las páginas y se retiró a una taberna siempre accesible.

—¿Y bien? —dijo ella veinte minutos después, deslizándose a su lado ante el mostrador.-

—Usted no es Josué —señaló Seamus. No tiene que derribar las murallas del Castillo de Dublín haciendo sonar una trompeta.

Atty pasó por varias etapas de furia. Bueno, ella le había pedido su opinión y el pequeño cerdo tenía derecho a darla. Lo que más dolía era que hubiera dado en el blanco. Atty no iría a ninguna parte, como no fuera en el papel de gran trompeta.

—¿Debo salir a comprar un arpa?

—Mantenga a Atty fuera del escenario —dijo Seamus. Ponga allí a la mujer que el dramaturgo describió. De lo contrario acabará como el perro que sabe una sola prueba: resolviendo sus papeles a gritos. Usted no confía en las palabras.

—No sé si escupirlo o pedirle ayuda —confesó ella.

—Éste es un nuevo tipo de teatro. Yo no soy director. Todavía no hay ninguno en Irlanda.

—Debo actuar —dijo Atty, más fiera que nunca. Eso es lo que puedo hacer como republicana y no conozco otra experiencia tan tremenda, excitante y poderosa como estar allí arriba.

—Lo mismo dicen coroneles, jugadores de rugby y parturientas. Tiene que mirar hacia adentro y preguntar a Dios si puede representar a alguien que no sea Atty.

—¿Puede darme una mano, señor?

—¿Con qué profundidad puede mirar dentro de los dolores y alegrías ajenos, sin asustarse al punto de dejar todo eso afuera?

—Quiero averiguarlo, Seamus, y usted va a ayudarme.

Seamus escribió para ella cinco o seis lecturas breves, cada una de las cuales le exigía sondear una emoción diferente. Con frecuencia la hacía representar alguien a quien ella temía u odiaba… ser cruel, prejuiciosa, antipática o carente de principios. El juego consistía en transformarse, de modo convincente, en la anti Atty.

Para acompañar a su dinámica estatura y a su imponente voz, Atty agregó matices, dimensiones, variedad y el dominio de los momentos y los gestos sutiles. Todo eso para aprovechar al máximo su talento.

Seamus había hecho maravillas y Atty estaba complacida. Sin embargo, ambos comprendieron que ella tenía una capacidad limitada. Siempre le era preciso retener la posibilidad de ser nuevamente Atty, en un abrir y cerrar de ojos.

Era buena actriz, ya despreocupada, ya humorística, ya llena de confianza… pero siempre en dominio de sí. Adoraba lo que hacía como la vida misma. Adoraba la adoración que la acompañaba y el punto focal que ocupaba en el mundo.

Sin embargo existía dentro de ella una bóveda cerrada que contenía todos sus demonios; allí temía entrar, en el escenario o fuera de él. Quizá nunca pudiera abrir la puerta de esa bóveda. Sólo si se arriesgaba podría ascender a la inmortalidad en el teatro. Y era la única audacia que la acobardaba.

Darby Murphy, el padre de Jack, mantenía las cosas muy en orden, ayudado por las constantes visitas de Atty. Un competente abogado de Galway hacía que las operaciones continuaran siendo provechosas. Lord Charles y lady Royce-Moore se sintieron lo bastante seguros como para efectuar la tan deseada mudanza a Londres.

Apenas Su Señoría se hundió en el mullido sillón del Standard Club londinense, se quedó dormido y no volvió a despertar. En el mismo instante, también Darby Murphy moría de un ataque cardíaco.

Cuando el dolor y el alboroto de esa doble muerte se hubieron aliviado, Atty tuvo que tomar decisiones. Lago Clara no sería suya por tres años más; tratar de modernizarla sin desalojar a los arrendatarios era asunto peliagudo. Para eso debía pasar mucho tiempo lejos de Dublín.

Cerró la casa solariega y se mudó a la encantadora cabaña de Darby Murphy, edificada en un raro robledal, cerca de los establos y el sector de adiestramiento para los caballos. No perjudicaba a nadie: toda la familia Murphy había desaparecido de Lago Clara para siempre y la cabaña era mucho más de su agrado que la casa grande.

La hizo cómoda y deliciosa para utilizarla como oficina «del oeste», donde leer hasta entrada la noche, recibir a los republicanos que pasaban y mantener la finca sobre una base firme, arreglando las cosas de modo que pudiera viajar a Dublín con

frecuencia.

A los seis meses de esa nueva rutina, el cartero le entregó un telegrama junto con la correspondencia diaria. Al desgarrar el sobre vio la firma, Jack Murphy, y se sintió debilitada de pies a cabeza por un atronador arrebato de pasión.

MI FAMILIA ME HA ESCOGIDO PARA LIQUIDAR LOS ASUNTOS DE MI PADRE STOP RETORNO A IRLANDA CUANTO ANTES STOP PODRÍAMOS REUNIRNOS EN LAGO CLARA 24 FEBRERO STOP POR FAVOR TELEGRAFÍA CONFIRMACIÓN STOP ANSÍO VERTE STOP CARIÑOS JACK MURPHY

Todo lo que ella había logrado reprimir tan meticulosa y decididamente ya no podía ser reprimido. El telegrama le hizo comprender que nada había cambiado en sus sentimientos por él. «Caramba, Atty», se desafió. «No puedes arrojarte a sus brazos».

De cualquier modo Atty puso los puntos sobre las íes para preparar las cosas y hacerlo todo casi perfecto. Ahora Jack tenía veinticinco años. ¿Qué aspecto tendría? Casi deseaba, sin desearlo al mismo tiempo, que el verlo no la excitara en absoluto.

Se estudió a sí misma con tanta intensidad como la que aplicaban los enamorados de su público para estudiarla en el escenario. «¿Cómo va a rechazarme?».

¿Y si estaba desesperadamente enamorado de otra? ¡Buen Dios! Atty cayó en la cuenta de que la abrumaba una sensación totalmente nueva. Era miedo.

La imponente reina del escenario dublinés se roía las uñas y lagrimeaba por nada varias veces al día… y cada día era uno menos. Se mostraba distraída en las reuniones con el abogado y el administrador. Chillaba sin necesidad a los actores o al director, agregando después kilos de disculpas.

Llegó el día. Sí, el barco llegó a Galway. Ella logró mantenerse calma mientras lo veía descender por la planchada. El sonrió, dejó la valija y le dio un abrazo al viejo estilo Jack y Atty. Luego la retuvo a la distancia de sus brazos.

—Por Dios, mujer, sólo necesitas un gran poeta para que te inmortalice. Sin duda alguna, eres la persona más gloriosa de Irlanda.

—Oh, Jack, si hubieras tardado un día más me habría mojado la bombacha —exclamó ella, aliviada.

La cabaña mostraba la huella de un nuevo habitante, una conversión a la seriedad y la decisión. Las naderías domésticas habían sido reemplazadas por papeles y cosas prácticas. El ambiente emanaba ahora pensamientos y conversaciones importantes; ya no era un lugar para travesuras de niños y holgazanes, sino para el estudio y la futura rebelión. Aun así, en honor de la visita, ella lo había suavizado con flores, una fogata refulgente en el hogar y el mejor de los vinos y el whisky. Por su parte, aunque hiciera pocos esfuerzos formales era una encantadora obra de arte.

Jack Murphy maduraba bien. Ya no era el muchacho irresistible de sus recuerdos, sino alguien sereno, apasionado y muy dueño de sí. Las aprensiones de Atty se derritieron. Cuando él volviera a Canadá iría a Toronto, para trabajar como corrector literario del mayor periódico del país y, ocasionalmente, como crítico de arte y

música.

—Ah, Dublín es el lugar para un periodista —apuntó Atty.

—Esto es demasiado feroz para mí —replicó él.

—¡Vamos, Jack! ¿No hay en Toronto un grupo orangista mutado? ¿No se pelean británicos y franceses todo el tiempo?

—Sí, pero es una guerra a cañonazos de budín. La política irlandesa es como la religión islámica: un modo de vida que lo consume todo. En Dublín, la cultura, los deportes, la religión y la política son una misma cosa. En Canadá nos interesamos por otras cosas, aparte de la guerra perpetua.

Mientras Jack hablaba de sus viajes y de su contento por vivir en Canadá, Atty comprendió finalmente lo que siempre había sabido, aunque jamás lo admitiera: que Jack no quería batallas. ¿Era por eso menos hombre?

Hacia el final de la velada habían revisado ya los principales aspectos de la propiedad de Murphy. Atty haría que su abogado preparara los documentos necesarios. Al caer la noche en el lago, mientras el hogar ardía con un embriagador aroma de hierba, llegó el tiempo de sentirse incómodos.

Atty expresó su extrañeza por la amplia biblioteca de los Murphy. Le dijo que eligiera cuantos libros deseara tener y ella se los enviaría a Canadá.

El reconoció que eso sería estupendo. ¿Y qué pensaba hacer ella con la finca? Difícil decidirse, respondió Atty, pues no sería legalmente suya hasta dentro de tres años. La cría de caballos siempre había sido provechosa; quizá se concentrara en eso. ¿Se quedaría Jack por el tiempo suficiente para entrevistar a un par de aspirantes al puesto?

—¿Conozco a alguno de ellos?

Atty enumeró una lista de candidatos.

—Ninguno como Darby Murphy.

—Déjame pensarlo un poco —sugirió él. Bueno, amor mío, a Canadá ha llegado la noticia de que en el escenario dublinés está naciendo una gran estrella.

—¿De veras, Jack? Soy alta y bastante maciza. Tengo profundidad para presentar mi caso, pronuncio con claridad, grito con justiciera protesta y, en general, constituyo la imagen ideal de la madre Irlanda. Un viejo cura, maravillado por mi escote, me miró directamente el seno y me dijo que yo podría haber alimentado a toda una aldea durante la hambruna. La madre Irlanda, sí; gran actriz, difícilmente. Pero es algo que me encanta. Los británicos tienen las armas y nosotros, las palabras; ahora también tenemos un escenario desde el cual gritarlas.

Jack vio un estuche de guitarra en el banco de la ventana salediza. Allí se instaló para dar al instrumento una afinación razonable. Atty lo observaba, hipnotizada.

Sus dedos no tropezaban ni le temblaba la voz. Tenía buena práctica. ¿A quién cantaría ahora sus canciones?

—¿Piensas mucho en mí? —preguntó, con una brusquedad muy suya.

—Sí.

—¿Cuánto?

—Siempre.

—¿Nunca pensaste que podrías haberte equivocado conmigo?

—Constantemente.

—Pero no lo suficiente para amarme… amarme… ¡amarme!

—Tal vez, pero conozco bastante a Jack Murphy y sé que eso no me haría ningún bien. Cuando pienso en ti nunca dejo que eso arraigue. Estás donde debes estar y haces lo que debes hacer, Atty: en la ciudad de Dublín, en el alba de la insurrección.

—Siempre te has reprimido mucho conmigo, Jack. ¿No puedes soltarte? Puede que hasta te guste. ¡Oh, Jack, en Dublín me siento muy frustrada! Te necesito como pareja. Juntos podríamos hacer muchas cosas.

—¿Qué? ¿Cabalgar en una tigresa que acecha constantemente a su víctima?

—¿Tienes mucha vida sexual, Jack?

—Me interesa más la calidad que la cantidad.

—¿Eso quiere decir que estás enamorado… de una canadiense?

—¿La verdad?

—No sé si quiero saber la verdad. Bueno ¿sí o no?

—Sí, estoy enamorado.

—¿Locamente? ¿Con desesperación?

—Profundamente, con entrega.

—¿Estás casado?

—No, pero ella sí y tiene dos hijos.

—Oh, miércoles, siempre pasa lo mismo, ¿no? ¿Vive en Toronto?

—Cerca.

—Qué triste para ti.

—No es triste en absoluto. Es muy jubiloso.

—¿Cómo puede ser jubiloso? Puede haber amor, tal vez, pero amor jubiloso, en esas condiciones…

—Nosotros ponemos el júbilo. Sentimos más gratitud por el tiempo que pasamos juntos que tristeza por el que pasamos separados.

—Supongo que entiendo.

—No, Atty, no entiendes. Tú eres de las que poseen al hombre o lo despiden con viento fresco. En el tema del amor hay un millón de variaciones, querida.

—Como las sutilezas que no tengo —replicó ella, volviéndole la espalda.

Jack la sujetó con suavidad para hacerla girar. Ella habría deseado que la asiera con fuerza y la impulsara violentamente contra sí. Pero Jack, jamás.

—Mi pequeña y querida Atty —empezó.

—No soy tan pequeña.

—Mi pequeña y bienamada Atty. Tu gran romance en la vida es tu afición a la tragedia. En lo que se refiere a la tragedia, aquí en Irlanda has hallado el cofre del tesoro y te sienta muy bien. Aquí no hace falta buscar mucho: camino abajo, en la

aldea vecina… o en los distritos feudales de Dublín, con sus cloacas a cielo abierto. La muerte por cólera. Hasta tu pobre papá encontró finalmente su buen sillón y se sentó a morir en él. La tragedia está siempre a mano; abres una carta y te la encuentras… o tal vez te cae desde el cielo, como un rayo. O estás en el cruce de dos rutas y aparece un mensajero para decirte que uno de tus seres amados está grave, que se está incendiando tu casa o que un barco se ha hundido en medio del océano. La tragedia, sobre la cual no tenemos absolutamente ningún control, nunca está muy lejos. Y es el lugar donde has elegido vivir.

Ella se tapó los oídos. El le bajó las manos.

—Pero la alegría es otra cosa. Podemos crearla en cualquier momento, en cualquier lugar. La alegría viene desde adentro y es nuestra, siempre que tengamos la voluntad de buscarla. La tragedia es para los humanos un legado. La alegría es una creación.

—¿Tan lúgubre soy?

—Tanto como para haber encerrado tu alegría tras una puerta de acero, para que no pueda escapar.

—Yo nunca he sentido un júbilo así —susurró ella.

—Lo sé.

—Te divertirá saber que he hecho el amor varias veces —dijo ella, de súbito.

—Me extrañaría que no fuera así.

—Al estar en el teatro, con todos esos actores y escritores locos… Se mueren por mi cuerpo. Bueno, en realidad lo hice cuatro veces… cinco, si vale hacerlo dos con el mismo hombre. No fue tan estupendo, Jack. En realidad, fue una porquería. Pero me gustan los hombres, ¿sabes? Parece haber un punto en el que no concordamos.

—¿No será que no puedes memorizar los parlamentos de una obra nueva, dirigir una huelga de inquilinos, escribir un editorial y hacer el amor, todo al mismo tiempo entre comidas o entre dos actos de una representación?

—Preferiría que me gritaras, Jack, en vez de hacerme tajadas con esa delicadísima navaja.

—Lo siento, Atty, pero…

—¿Pero qué?

—Tus magníficos pechos y todo lo demás pueden inhibir seriamente al pobre tipo que lo esté haciendo a la voz de mando, probablemente demasiado petrificado para desempeñarse decentemente.

—¡Detesto que me hables de ese modo tan sucio, Jack! —chilló Atty.

—Entonces no me preguntes sobre sexo. Fuiste tú la que sacó el tema.

—¡Ni siquiera sabes decir palabrotas! ¡Enfurécete!

—Atty, querida, los dos sabíamos que iba a surgir esta conversación. Terminémosla y así podremos disfrutar de estos pocos días que tenemos para estar juntos.

Ese condenado de Jack Murphy siempre manejaba las cosas así. ¡Sin alterarse!

¡Reflexivo! ¿Por qué no se marchitaba como los otros? Nada de tartamudeos, nada de bajar los ojos y no saber dónde poner los pies. Sólo una respuesta directa y un «si no te gusta, pequeña, lárgate de aquí». ¡Maldito Jack Murphy!

Se encontró hundida en el gran sillón del viejo Darby, sintiéndose despojada.

—Jack —susurró—, me siento siempre tan sola…

—Lo sé, querida.

—¿Por qué no puedo crear alegría? ¿Por qué no puedo sentirla? ¿Crees que me gusta ser así? Por Dios, Jack, ¿qué me pasa?

El se arrodilló para tomarle las manos.

—Cargas con la maldición de ser una gran persona, Atty Moore. Desde que te conozco marchas directamente hacia la tormenta y no tienes alternativa. Son muy pocos los que pueden caminar a tu lado y seguirte el paso. Sigues avanzando, mientras la tempestad te empapa; el pelo te cuelga como a las hadas de la muerte y el paño del vestido se te pega al cuerpo, pero tú sigues gritando de ira, violenta de cólera cada vez que se te obliga a dar medio paso atrás. No puedes evitarlo. Eres Atty. Y Atty es así.

Ella se deslizó del sillón, dejando que él la abrazara y la meciera. Y lloró. ¿Atty llorando? Oh, qué penoso espectáculo.

Jack buscó la guitarra y tocó por encima de ella.

Lacerada en las crueles piedras de Connemara,
por el pobre campesino lloró.
Al diablo el inglés
en su hermoso castillo.
A la noche y la pena de Irlanda
yo le pondré final.

Tiró de ella para levantarla y vio lágrimas, muy extrañas en esa cara magnífica.

—Tengo miedo de algo, Jack. Tengo miedo de llegar a la tumba sin haber conocido la alegría de que me hablas. Y ahora que la he oído de ti con tanta claridad, tengo aún más miedo, porque no hay nada que pueda hacer para cambiar.

—Ya la encontrarás —mintió él.

—¿Sabías, Jack, que cuando mientes te aparece un pequeño tic en la mejilla derecha? Lo sé desde que tenía diez años. Deploro mi soledad casi tanto como deploro haber invitado a esos hombres.

—Allá afuera hay alguien para cada persona.

—Para mí no. No sé darme y no puedo ser tomada.

Se obligó a erguir el cuerpo y cortó sin más los lloriqueos.

—Tengo otro miedo, Jack. Quiero que me muestres cómo son las cosas fuera de la prisión en la que vivo. Sólo quiero un breve momento de tu tiempo y te dejaré seguir camino. No quiero vivir cincuenta años más sin saber cómo era, tan sólo por un momento, Jack. Me aterroriza que ahora me vuelvas la espalda y me abandones.

Los labios de Jack Murphy le besaron la cara. Atty bajó la mirada como nunca la

había bajado y se dejó atraer, sintiendo algo ultraterreno en la envoltura de esos brazos.

—En realidad, no sé qué hacer —dijo con suavidad. Supongo que no sirvo para esto.

—Jack y Atty —expresó él— se van a acostar juntos. Cuando el sol muera y la noche vaya creciendo, nos levantaremos de la cama por un momento para que yo pueda desvestirte, y tú a mí, y nos miraremos. Luego volveremos a acostarnos y pasaremos la noche sin hacer otra cosa que recorrernos mutuamente con los dedos y los labios, por todas partes. Por ahora no habrá nada más, hasta que cada uno conozca todos los senderos cálidos y suaves que le gustan al otro y cada lugar que lo hace estremecer. Por la mañana prepararé dos alforjas; montaremos a caballo para subir hasta el albergue de pescadores y allí volveremos a empezar de la misma forma. Y después haremos el amor. Todo tu fuego caerá bajo intenso control. Haremos el amor suavemente, quizá muchas veces, hasta que acabemos por volvernos mutuamente locos, y entonces soltaremos amarras, enojados e insultantes. Después dormiremos para volver a empezar hasta que estemos demasiado exhaustos para seguir. Y nos quedaremos allí tendidos, en el contacto más suave y más tierno, hasta que tú digas que puedo irme.

—Oh, Dios, te estaba esperando, hombre. ¿Funciona realmente así?

—Ya lo descubriremos. Sí, funciona, siempre que no perdamos el control. En realidad, la lujuria desatada y los orgasmos pueden destruir un buen acto sexual.

—¡Cerdo! Estoy temblando de pies a cabeza.

¿Cuántos días? ¿A quién podía importarle? Ahora estaba segura de no llegar a la tumba sin haber conocido aquello. Ahora formaba parte de ella, la seguridad de que era capaz, de que siempre podría recordarlo… con alegría.

Atty estaba vuelta hacia el otro lado y Jack se maravilló una vez más por la magnificencia de esa línea: desde el hombro hasta la suave y perfecta espalda, sin un hueso que asomara para arruinarla, y luego columna abajo, hasta el contorno de la cadera.

—Jack Murphy… vete ya —dijo.

—Sí, pequeña.

—¿Qué puedo decirte, hombre?

—Bueno, eres cualquier cosa menos un pajarito estéril. Puedes tenerlo dormido en ti, pero ya sabrás qué hacer cuando llegue el momento.

—Por Dios, qué feliz soy. ¿Jack?

—Sí.

—¿Eso puede seguir creciendo en un lugar como éste?

—Sí, nunca termina… Y él está allí afuera, Atty. Ya verás que lo encuentras.

Capítulo 15

Ballyutogue, agosto de 1885

En el tercer día de ese hermoso mes, Mairead O’Neill, la partera de Ballyutogue, dio vida con una palmada al primogénito de los Larkin, sus vecinos más inmediatos. El pequeño Conor estaba adormecido; según relatos, llegó al mundo como soñador y jamás cambió su modo de ser.

Un año más tarde, casi hora por hora, Finola Larkin le devolvió el cumplido ayudando al nacimiento de Seamus O’Neill, que hizo su ingreso sin necesidad de palmadas, con flamígero pelo rojo y temperamento haciendo juego.

Seamus O’Neill y Conor Larkin habrían podido ser gemelos, por lo unidos que crecieron. Cada uno de ellos pasaba tanto tiempo en la cocina del otro como en la propia, mientras sus padres trabajaban codo a codo en los brezales, cultivando sus renuentes hectáreas.

Seamus O’Neill nació pequeño y así continuaría. Colm, el mayor de sus hermanos, era el heredero designado para las catorce hectáreas de la familia. El hijo del medio, Eamonn, emigró a Norteamérica y se hizo bombero de Baltimore.

Seamus fue malcriado por su mamá y por sus hermanas, hasta que éstas abandonaron la casa paterna al casarse; su curiosidad intelectual pronto sobrepasó la capacidad que sus padres y el cura de la aldea tenían para satisfacerla. Fue por su profunda y sólida amistad con Conor Larkin, cuya curiosidad era también ilimitada, que se mantuvo en la búsqueda del conocimiento. Una tercera persona, cierto maestro escocés llamado Andrew Ingram, llegó a Ballyutogue al abrirse la nueva Escuela Nacional; a Seamus se le permitió asistir.

Conor Larkin no tuvo tanta suerte. Los hombres de su familia eran de una veta diferente: jefes de tribu que se remontaban hasta el Alzamiento de Wolfe Tone contra la Corona, en 1798.

El abuelo Kilty era toda una leyenda. De los veintitantos Larkin que formaban las tres ramas familiares de Ballyutogue en 1846, cuando la cosecha de papas fracasó por quinto año consecutivo, sólo sobrevivieron Kilty y Tomas, el hijo mayor.

Una de las familias murió en un barco de la muerte, en viaje hacia Canadá. Otro de los Larkin fue muerto por los británicos que llegaron a derrumbar su cabaña y desalojarlo; su esposa y sus niños perecieron en los asilos de trabajo forzado.

Mientras Kilty peleaba a puño limpio en los callejones londinenses, en busca de centavos y apuestas, el joven Tomas sepultó a su madre y sus hermanos; cuando Kilty volvió, ya había cavado su propia tumba.

Más adelante Kilty se unió a los fenianos y, como pago por sus esfuerzos, fue huésped de la Corona en la cárcel de Strangeways, donde lo obligaron a comer en cuatro patas, como un perro. Por convocar a la primera huelga de hambre y por otras

cosas se inmortalizó ante todo el oeste de Irlanda.

Tomas Larkin era un jefe de diferente color, el maestro de lo posible, en contraste con Kilty, que persiguió hasta la muerte una loca fantasía irlandesa.

Tomas, con todo su sentido común, su ingenio y su captación de las situaciones, se enfrentó cara a cara con la más temible de todas las decisiones. En 1885 los campesinos católicos, por primera vez en cinco o seis siglos de gobierno británico, habían obtenido el derecho a votar.

Kevin O'Garvey, abogado católico de la Liga de Tierras, decidió postularse para una banca en el Parlamento contra el candidato del Conde de Foyle.

Después de que el hombre del conde hubo pronunciado todas las amenazas reales o imaginarias posibles, la cosa quedó reducida a Tomas Larkin. Si él votaba, los irlandeses rebeldes de la península lo seguirían. Si Tomas se mantenía lejos de las urnas, el significado era claro.

Entre una densa nube de miedo, Tomas recibió dos mensajes. Si se mantenía lejos de las urnas tendría el pan asegurado por toda la vida, gracias a un soborno concebido con astucia. Si intentaba votar, se enfrentaría a una salvaje represalia que desalojaría a docenas enteras de vecinos suyos. Él no quería acercarse a los centros de votación; sobre eso no caben dudas. Fue su hijo Conor quien, siendo casi un niño, persuadió a su padre, medio por vergüenza, y caminó en medio de una muchedumbre de orangistas, de la mano de Tomas.

Kevin O'Garvey ganó las elecciones. Tomas se convirtió en renuente jefe de tribu y Conor Larkin, obviamente, en el verdadero jefe.

Cualquiera diría que dos hombres que se amaran tan ferozmente como Conor y Tomas habrían compartido toda una vida de mutua admiración. Antes bien, eran como dos cometas en curso de colisión.

Todo comenzó el año en que falló la cosecha de lino. Una mala siembra y una cosecha aun peor significaban meterse en deudas. Al parecer, Conor rondaba la forja del señor Lambe desde los cinco o seis años. El herrero, aunque presbiteriano y orangista, era querido por todos los irlandeses rebeldes.

Los Larkin necesitaban desesperadamente los jornales de Conor, de modo que Tomas le permitió ingresar como aprendiz. Liam, el hijo del medio, era agricultor y se sentía absolutamente feliz cuando subía a los brezales con su papá, para trabajar a su lado. Esa decisión, como todas las decisiones que se tomaban en la zona, provocadas por el exceso de hijos varones, la escasez de tierras y lo hostil del suelo, abrió paso a la intriga familiar y la conspiración de los Larkin.

Mientras Conor demostraba claramente un talento fuera de lo común para la forja, Tomas comenzaba a mentirse a sí mismo. Conor debía heredar la tierra y cesar en esos intentos de estudiar cosas en un todo ajenas a Ballyutogue. Liam salía sobrando y estaba condenado a emigrar.

Los amigos de la infancia, Conor y Seamus, tenían sus propias conspiraciones. Todos los días, al salir de la escuela y en cuanto Conor cerraba la forja, los dos se retiraban a un sitio secreto, donde Seamus enseñaba a su amigo a leer y escribir.

La conspiración se amplió cuando Conor conoció al maestro Andrew Ingram; aunque presbiteriano, éste era del tipo del señor Lambe.

La conspiración volvió a ensancharse. Seamus escribió a su hermano Eamonn, el de Baltimore, y le confesó lo mucho que deseaba ciertos libros imposibles de conseguir. Eamonn, que era soltero y amaba mucho a su hermano menor, comenzó a hacerle llegar los libros prohibidos, por intermedio del señor Ingram.

Tomas Larkin estaba muy alerta, por cierto, cuando se repartió la inteligencia. Ahora eran los libros, libros con nuevas ideas, libros sobre lugares que incitarían a su hijo a buscar el horizonte.

Súbitamente sentenció a Conor a pasar el verano cuidando el rebaño en una pradera alta y aislada, sin contacto alguno con la aldea por casi tres meses.

Seamus O'Neill halló el modo de convertir el desastre en buena suerte. Convenció a sus padres para que le permitieran pasar el verano con Conor, en el refugio de pastores. Como ellos aceptaron, los muchachos planearon esconder dos docenas de libros entre las provisiones, para pasar las noches leyendo gracias al sol de la canícula.

Tomas descubrió los libros y amenazó con destruirlos. Cuando Conor juró que escaparía, el padre le asestó un golpe que lo acompañaría hasta la muerte, pero él no se echó atrás. Tomas se vio obligado a ceder. Las líneas de batalla ya estaban trazadas.

Ese verano, en las praderas altas, se forjó un vínculo potente entre los niños y Andrew Ingram. El maestro subía al refugio de pastores con su novia, la señorita Enid Lockwood, que también era maestra y enseñaba en otra aldea. Los códigos de la época difícilmente podían aceptar el tipo de relaciones íntimas que el señor Ingram mantenía con la señorita Enid. Sin embargo estaba seguro de que sus dos rebeldes eruditos le guardarían el secreto. Y en verdad así fue. Eran como cuatro maravillosos y locos estudiantes, solos en la cumbre de una montaña, tratando de resolver los enigmas de la raza humana.

Andrew Ingram había sido descubierto por Caroline Hubble, que le encargó la primera enseñanza de sus hijos, Jeremy y Christopher. Su intelecto y su erudición la impresionaron tanto que dio en patrocinarlo; tras el casamiento de Ingram con Enid Lockwood, lo apoyó para que obtuviera la rectoría de una escuela en un distrito grande, que incluía a Londonderry. Su alejamiento de Ballyutogue afectó mucho a los niños.

Ya no existían el amor y el gozo que antes caracterizaban a la familia Larkin. Tomas y Finola habían disfrutado de una estupenda vida sexual, pero debido a las enfermedades que ella sufría después de los alumbramientos, la Iglesia los obligó a vivir como hermanos, antes que permitirles hacer el amor en días no fértiles.

El joven Dary, el último de los Larkin, era propiedad de su madre, que lo había destinado al sacerdocio.

Liam se convirtió en un niño triste; sólo el amor de Conor le impedía hacerse trizas.

Brigid, víctima de manipulaciones, tuvo que romper con Myles McCracken, el muchacho que amaba, porque él no heredaría tierra alguna.

Eamonn O'Neill, el primer proveedor de libros prohibidos que tuvieron Seamus y Conor, murió en un incendio y dejó una pequeña póliza de seguro con la indicación de que se la aplicara a los estudios de Seamus. Éste se mudó a Derry, donde Enid y Andrew Ingram le dieron clases particulares para que pudiera rendir los exámenes de ingreso en el Queens College de Belfast. De ese modo Seamus O'Neill se convirtió en el primer católico universitario de la larga y angustiosa historia de Ballyutogue.

Conor se alegró mucho por Seamus, pero fue una alegría sofocada por su propia y terrible soledad. La intensidad de la silenciosa guerra que se libraba bajo el techo de los Larkin hizo cortocircuito cuando Conor obtuvo el certificado de maestro herrero. Su hambre por el mundo exterior estaba a punto de consumirlo.

Llegaron la hora, el momento, el segundo. Por intermedio de Kevin O'Garvey, que ya era miembro del Parlamento, Liam consiguió pasaje a Nueva Zelanda. Al enterarse de eso, Conor cayó en un frenesí de miedo, ya que temía que la partida de Liam lo encadenara a Ballyutogue. Suplicó a su padre que permitiera a Liam heredar la tierra. Tomas se negó. Los dos hijos varones abandonaron Ballyutogue esa misma noche; Liam se iba para siempre a Nueva Zelanda; Conor descendía al Bogside, en Derry.

Capítulo 16

Dublín, 1895

Dublín era un mundo de machos: tabernas nuevas donde se hacía cola ante el mostrador de a tres en fondo, los deportes y la nueva y volátil política gaélica del Partido Sinn Fein de Griffith. Las damas de la aristocracia anglicana, nacidas en Inglaterra pero ascendiendo en la sociedad irlandesa, tenían sus salones, sus exposiciones florales y el teatro. Las chicas católicas, en su mayoría, aprendían el catecismo, tenían bebés y se mantenían dóciles con respecto a los asuntos mundanales que estallaban a su alrededor.

No obstante, el renacimiento gaélico estaba dando a luz una cantidad de mujeres extraordinarias, cortadas de otro paño. Entre las líderes figuraba un grupo de angloprotestantes, con varias generaciones nacidas en Irlanda, que por fin llegaban a un vuelco de conciencia con respecto al mal gobierno británico.

No había entre ellas ninguna más deslumbrante o atrevida que Atty Moore; apenas salida de la adolescencia, estaba convirtiéndose rápidamente en una Juana de Arco irlandesa.

Al cumplir los veintiún años Atty heredó la baronía de Lago Clara. En cuanto se hubo secado la tinta en los documentos, renunció al título y dio por canceladas las deudas de los arrendatarios. Después vendió a un general británico retirado la casa solariega y unas cuantas hectáreas circundantes.

Atty conservó la cabaña de Darby Murphy y los terrenos dedicados a la cría de caballos, que era siempre provechosa.

El resto de la baronía fue entregada a los campesinos, junto con un equipo de expertos agrónomos para que los ayudaran a modernizar las operaciones e incrementar el rendimiento.

Ella gastó la mayor parte de su patrimonio en otorgar becas entre los campesinos y los aldeanos para que los dignos de erudición pudieran estudiar en el Trinity College; también estableció una escuela para niñas en Galway, única en su género, donde se enseñaban oficios hasta entonces inalcanzables para las mujeres.

La última asignación importante fue para que se investigara la plaga de la tuberculosis en el oeste de Irlanda.

Atty estaba siempre en actividad. Si se había declarado una huelga de alquileres en Waterford, allí estaba. Si se declaraba una epidemia en Cork, allá iba. Si se producían desalojos injustificados, allí hacía su aparición. Estaba también en los sucios adoquines de los municipios de Dublín para ayudar a calmar el hambre.

Cada vez desafiaba más a la Corona, hablando en actos públicos donde la paciencia era escasa y la ira grande. Finalmente la encarcelaron, pero eso causó tal conmoción que la dejaron inmediatamente en libertad… sólo para que encabezara

otra marcha no autorizada y volviera a ser encarcelada.

Cada vez que cruzaba las puertas de la prisión lo hacía con aire desafiante, como si tuviera la intención de ser huésped de la Corona en todas las prisiones de Irlanda.

Después de varios meses de escaramuzas sin pausa o de un período en la cárcel, Atty desaparecía de la escena y se retiraba a la cabaña de Lago Clara. Por un tiempo se desprendía del renacimiento gaélico para cabalgar por las colinas y las montañas, pero el movimiento pronto venía en su busca.

En la cabaña, con frecuencia sola, se permitía recordar a Jack Murphy y releer la correspondencia. Jack había podido casarse con su dama, ya divorciada, y se ganó el puesto de corrector de su periódico y una columna diaria. A veces escribía sobre Atty, pues su fama había cruzado las aguas. Así continuó la relación hasta su fin. Jack se unió a un grupo de exploradores para una expedición por el noroeste de Canadá, que terminó en un desastre cuando una inesperada ventisca de primavera se desató por sobre el Círculo Ártico. Todos murieron. Aunque Atty estaba separada de Jack por todo un océano, en él tenía una red de seguridad. Su contacto más íntimo, su único amante verdadero, ya no existía para sus sueños. Perdida esa ilusión, Atty se sintió implacablemente sola.

Dublín era una ciudad provinciana. El círculo interior del renacimiento se reducía a unas pocas decenas que se codeaban constantemente en reuniones y salones.

Así había conocido Atty a Desmond Fitzpatrick, un formidable abogado que trabajaba mucho en Londres. Sólo tuvieron oportunidad de pasar más tiempo juntos cuando él se mudó definitivamente a Dublín, para tomar una serie de casos, y ella aceptó el papel protagónico de una obra que se representaría por mucho tiempo.

Desmond Fitzpatrick, antes seguidor de Parnell, tenía unos veintiocho años y era vástago de una antigua familia católica normanda, de las que habían conquistado a Irlanda para los ingleses en el siglo XII. Después de un tiempo los normandos se integraron, volviéndose «más irlandeses que los irlandeses». Los Fitzgerald, los Barry, Roche, Burke, Joyce y Plunkett se convirtieron en los poderosos condes de Irlanda, antes de ser ellos también triturados por el talón cromwelliano. Habían tenido más suerte que sus pobres correligionarios gaélicos, los irlandeses rebeldes.

En el siglo XIX, cuando los católicos emergieron de varias generaciones de oscuridad, los de estirpe normanda constituían una gran parte de las clases católicas alta y media.

Desmond era un tipo alto, que se aproximaba al metro noventa; bromeando, comentó que Atty y él debían tratarse más, pues eran los dos únicos que podían verse en un salón por sobre las cabezas de todos los irlandeses.

Lo conmovió profundamente la actuación de la joven en su nueva obra, *Elvira, la cardadora*. El drama denunciaba los horrores de las hilanderías de Belfast. Atty iba de una rebelde gallarda y animosa a una borracha consumida por la tuberculosis que

empeoraba con el polvo del hilo y los suelos mojados de las hilanderías, donde las obreras trabajaban descalzas.

Atty se adueñaba de la obra y del público. Era dominante a tal punto que nada de lo que hubiera en el escenario podía apartar la atención de ella. Esa noche Desmond Fitzpatrick se levantó de un salto, encabezando el coro de «¡Bravo!», mientras Atty se inclinaba profundamente, al tiempo que el telón caía hasta el suelo del escenario.

Desmond también se consideraba un poco actor, como la mayoría de los abogados. Fuera del escenario, ambos se equilibraban mutuamente de una manera estupenda. Atty tenía la cólera y el poder en bruto de un guerrero; Desmond Fitzpatrick, el ingenio y la astucia de un conspirador shakespeariano.

En los comienzos de su carrera había sido abogado de la Liga de Tierras y defendía a los agricultores arrendatarios con notable éxito. Aun cuando perdía un caso no dejaba de agitar el ambiente.

Luego vino un período en el Parlamento, como miembro de la «Brass Band del Papa». Cuando volvió a Dublín y al renacimiento pasó años trabajando como enlace político del Partido Irlandés, hasta que éste acabó por estancarse.

Y en Dublín estaba ahora. Desmond creía poder arrancar algunos mordiscos a la acerada telaraña de enredos legales con que los británicos dominaban a los irlandeses.

Aplicaba una teoría llamada «Validación del Victorioso», según la cual ninguna nación podía ser propietaria de otra, fuera bajo la Ley de Dios o, más apropiadamente, bajo el Derecho Consuetudinario británico. Su uso de los antecedentes y los casos ejemplares de ese Derecho Consuetudinario contra los británicos mismos era una pesadilla para los jueces. Cada vez que Desmond ganaba un argumento debilitaba la posición legal inglesa siquiera un poquito, pero mientras tanto establecía un monumental trabajo de base, no sólo para los irlandeses, sino para todos los pueblos colonizados.

Para devolver la visita de Desmond al teatro y apaciguar su propia curiosidad, Atty fue a las Cuatro Cortes, donde vio su desempeño en un caso pequeño, pero de largo alcance.

Utilizando la toga como un toreador, torcida la peluca, Desmond jugó al gato y el ratón con el juez lord Barwell, hasta obligarlo a discutir con ese joven abogado los fundamentos básicos del Derecho Consuetudinario.

—El Derecho Consuetudinario —se encrespó Barwell— no estuvo en vigencia ni fue reconocido como ley de la tierra sino siglos después de efectuada la anexión de Irlanda. Me importa un bledo, señor Fitzpatrick, que la conquista de un pueblo vecino sea siquiera discutible. La unión de Inglaterra e Irlanda fue efectuada antes de la aceptación del Derecho Consuetudinario como ley de la tierra. Punto.

—Pero, milord —replicó Desmond, como si estuviera observando a Atty Moore con los ojos de la nuca—, la conquista de Irlanda era ilegal antes del Derecho Consuetudinario.

—Tonterías —contraatacó el juez, agraviado por haber caído en la discusión.

Irlanda fue cedida a Inglaterra por el Vaticano. Su Vaticano, abogado.

—Por cierto, milord —disparó Desmond, antes de que Barwell pudiera cerrar el tema—, la historia registra que Nicholas Breakspear, hijo de un sacerdote, llegó a convertirse en el único papa inglés de la historia. Adoptó el nombre de Adriano IV y, en 1159, otorgó el país de Irlanda a Ricardo II con el fin de amasar reinos para sus hijos varones.

—No me interesa quién diablos haya dado Irlanda a Inglaterra; por lo que a mí respecta, pudo haberlo hecho para pagar sus deudas de juego. Pero una bula papal firmada por Adriano, fuera inglés o mongol, legitimiza nuestra presencia aquí siglos antes de que se adoptara el Derecho Consuetudinario.

—Es exactamente lo que digo, milord.

—¿Qué es lo que dice?

—Que Adriano no podía dar Irlanda a Inglaterra porque no era propiedad suya.

—Aprecio su intento de revisar la historia, señor Fitzpatrick, pero estamos malgastando el tiempo y la paciencia de esta corte. Los papas han estado regalando tierras desde tiempos inmemoriales. Y a lo hecho, pecho.

—Estoy de acuerdo, milord —replicó Desmond, rápido y tenaz. Pero se ha probado… probado, he dicho… que todas las concesiones de tierras efectuadas durante el papado de Adriano IV, incluida la concesión de Irlanda, eran falsificaciones. Estas concesiones siempre han sido impugnadas y el Vaticano mismo, el *Vaticano*, las había declarado falsificaciones y, por lo tanto, inválidas. ¿Puedo continuar, milord? Lo hizo sin esperar respuesta. —En 1440, el asistente papal Lorenzo Valla demostró sin lugar a dudas que el documento por el que se concedía Irlanda a Inglaterra era una falsificación.

El juez se echó a reír.

—¿De dónde sacó usted esa asombrosa información, señor Fitzpatrick? ¿Tal vez de un editorial de Griffith en el *United Irishman*? ¿O de alguna bóveda escondida bajo la Catedral de San Pedro?

—No, milord: de la Biblioteca Pública de Londres. Ya ve usted: se puede llegar legalmente a la conclusión de que Inglaterra nunca fue dueña de Irlanda y de que la conquistó basándose en un documento falso; Por lo tanto, son ilegales todas las leyes promulgadas contra los irlandeses, así como todos los intentos de forzar una unión con el pueblo irlandés.

—El precedente histórico, nuestros siglos de presencia aquí, pesa más que cualquiera de los argumentos presentados. Puede usted creer en sus fantasías, pero no en mi tribunal.

—Pero, milord, una vez que la ciencia resuelve un misterio, un misterio antiguo, deja de ser un misterio antiguo para ser una nueva verdad.

—La religión no es una ley científica, sino una fuerza subjetiva. No se la puede revisar —concluyó Barwell. Muy bien, señor Fitzpatrick, sus argumentos no logran probar nada de peso en el caso que nos ocupa. El reo asesinó a uno de los cobradores

de impuestos de Su Majestad. En su petitorio usted reconoce que el reo, este señor Fogarty, es en verdad culpable del delito mencionado.

—Sí, milord. El señor Fogarty se ha negado a usar la ropa carcelaria y a respetar las reglas que la prisión impone a los criminales comunes. Es un soldado y, por lo tanto, un prisionero de guerra. El señor Fogarty se alzó en armas contra ese cobrador de impuestos porque no reconoce el imperio inglés sobre esta tierra; por lo tanto, empuñó las armas como soldado de su patria contra la de usted y tiene derecho a…

—Eso será todo, señor Fitzpatrick.

—Señor: solicito un dictamen sobre el principio de la Validación del Victorioso, es decir que ustedes no tienen derecho alguno sobre Irlanda, salvo el que han impuesto por el uso de las armas.

—¡Bravo! —gritó Atty, desde atrás.

—Que se retire a ese personaje —ordenó el juez, sin levantar la vista. Resonó el martillo. —Se deniega el petitorio del señor Fogarty. Es un asesino común.

Desmond Fitzpatrick volvió a su mesa para recoger un grueso fajo de papeles.

—Tengo petitorios similares de veinte clientes que cumplen ahora sentencias de prisión. Ninguno de estos prisioneros cometió un asesinato, pero no desean usar el atuendo carcelario. Solicito un dictamen por el cual se restrinja el uso del atuendo carcelario exclusivamente a los asesinos.

¡Pum!, resonó el martillo.

—Lo espero en mi despacho, señor Fitzpatrick.

—Todos de pie —gritó el alguacil, mientras el juez Barwell se retiraba bramando. Los abogados de la Corona hacían lo posible por evitar a Fitzpatrick en los tribunales y, con frecuencia, preferían acordar los asuntos civiles en su favor fuera de la corte.

Mientras los poderes militar, político, gubernamental e industrial de Inglaterra se defendían contra los irlandeses, algunos jóvenes brillantes, como Desmond Fitzpatrick, abrían camino mediante el uso de la ley.

Hubo un estallido de aplausos cuando Desmond y Atty entraron en el comedor del Jurado; caminaron entre apretones de manos y felicitaciones hasta encerrarse en una cabina de la parte trasera.

Des despachó apresuradamente una doble medida de whisky irlandés y esperó que se aquietara el rumor de la batalla. Atty no había comprendido, antes de verlo con sus propios ojos, lo brillante que era ese hombre. Por Dios, enredar al pobre Barwell con sutilezas sobre una falsa bula papal, para luego disparar al corazón del asunto: los uniformes de la cárcel.

—¿Por qué es tan vital esta lucha por los uniformes carcelarios, Des?

—Porque estamos estableciendo que el criminal común es una persona diferente del irlandés que lucha por la independencia de Irlanda como nación única, aparte de Inglaterra. Al reconocer a un republicano la condición de prisionero de guerra, los

ingleses estarían aceptando que los irlandeses tienen derecho a rechazar su presencia en este país.

Liquidada una segunda copa, Des se entusiasmó con el tema.

—La gran estrategia que emerge es que el renacimiento del antiguo idioma, los antiguos deportes, los discursos y las obras nos definen como pueblo diferente del británico. Nuestra primera línea de ataque es que los irlandeses son irlandeses y sólo irlandeses.

”El segundo flanco del ataque es el Partido Irlandés en la Cámara de los Comunes, lo cual dice también que los irlandeses somos un pueblo aparte. Mientras tanto —dijo, apuntando al cielo con un dedo— atacamos en las cortes. Y lo hacemos volviendo contra ellos sus propias leyes.

—No los echaremos de Irlanda a fuerza de hablar, Des.

—No, pero por el momento nuestras únicas municiones son las palabras. Si hemos podido impedir que nos destruyeran como irlandeses fue gracias a nuestra destreza con las palabras para despreciarlos y reírnos de nosotros mismos. Pero como ya sabemos, con palos y piedras podemos romperles los huesos; con las palabras, en cambio, no les haremos daño. Pronto tendrá que agregarse la tercera línea de nuestro ataque, Atty: la acción militar.

—La Hermandad Republicana Irlandesa —apuntó ella.

—La Hermandad, sí. Guerra armada. Mira, si logramos establecer que los irlandeses somos diferentes, entonces tenemos derecho a nuestro propio ejército. La Hermandad será ese ejército o cuanto menos se pondrá a su cabeza. Desmond se volvió hacia el menú que tenía en la mano y levantó la vista hacia Atty, diciendo: —Aquí no hay nada que parezca rico, pero vamos a comer, de cualquier modo. A menos que… me dejes comer tu cobertura de azúcar. Luces magnífica.

Y así continuaron, dos revolucionarios en una cabina cerrada por cortinas. Los dos apasionados y hermosos, con fuego en el vientre y coraje de sobra. Uno macho, la otra hembra. Y en ese instante reconocieron esa diferencia, tal como Inglaterra era diferente de Irlanda, por comparar.

—¿No deberíamos formar pareja? —preguntó Des, sin rodeos. Es decir: detesto las mujeres bajas, sobre todo si gustan de maltratar a los hombres altos. ¿Y tú? Te he visto incinerar muchachos como si los hubiese alcanzado un rayo.

—Bueno, siempre pensé que, cuando llegara el hombre de mi vida, tendría que venir por algo más que mi estatura —comentó ella.

—Tenemos en común mucho más que la estatura. Tenemos a Irlanda.

—Por Dios, qué romántico eres, Des. ¿Qué chica no se estremecería con tus palabras?

Des le tomó suavemente la mano.

—No creí que te interesaran las naderías sentimentales.

Des le besó la mano e inclinó la cabeza para mirarla a los ojos, no directamente, sino de soslayo.

—Yo estoy demolido. Estoy demolido por la poda que apliqué hoy a Su Señoría. Y también por estos cuatro whiskies divinos. Y ¡caramba!, me demuele verte, Atty. Eres más arrebatadora de lo que uno podría fantasear. Además, en todas las ramas del movimiento la gente piensa que hacemos una pareja estupenda. ¿Qué me dices?

—Caray, Des —arrulló Atty—, dame tiempo para pensarlo.

—¿Cuánto tiempo? Estoy muy ocupado.

—Con eso basta.

—De acuerdo. Entonces somos pareja o algo así.

—Sí, creo que así se dice.

—Muy bien, esto exige champagne.

—¿Y si lo cambiamos por un beso?

—¿Por qué no las dos cosas?

Hubo un beso, un beso bueno y leal. De irlandés a irlandesa. En días posteriores harían el amor, entre irlandés e irlandesa.

Desde la partida de Jack Murphy, Atty había invitado ocasionalmente a algún muchacho, siempre dejando abierta la puerta del dormitorio. Sabía que no era justo comparar a un nuevo amante con esos cuatro días pasados con Jack en el albergue de pescadores. Sin embargo, la experiencia le indicaba lo que era alcanzable. Tenía variedad, sustancia y audacia; con eso trataba de aprovechar lo mejor posible al hombre con quien debía trabajar. Estaba convencida de que nadie volvería a poseerla como Jack Murphy, ni siquiera Desmond Fitzpatrick.

Atty se preguntaba por qué dos personas, por lo demás tan inteligentes y atractivas, podían quedar reducidas a dos torpes cuando se trataba de hacer el amor. ¿Era acaso como decían las chanzas de taberna, que un muchacho irlandés era capaz de gatear por encima de diez mujeres para alcanzar una botella de Guinness? ¿Y los inteligentes? ¿Cómo era posible que Desmond Fitzpatrick, tan profundo en los tribunales, tan ilustrado y mundano, se conformara en el dormitorio con una actuación somera y superficial? ¿Cómo se explicaba que este aspecto de la vida fuera tan horriblemente mal manejado por toda una sociedad?

Atty también reflexionaba sobre sí misma. Tal vez sólo excitaba lo superficial. ¿Habría respirado en demasía el humo religioso del pecado? ¿Cuáles eran las fuerzas que combatían a la naturaleza misma, haciendo que un hombre y una mujer enamorados se tornaran extraños en ese momento?

Desmond y Atty formaban una pareja deslumbrante. La aparente carencia de una vida sexual salvaje y maravillosa parecía compensada por lo que realmente ambicionaban, la carga eléctrica con que se afectaban mutuamente, acicateando su resolución al lanzarse a la batalla como guerreros celtas.

Eran dos gladiadores que se bastaban solos, dos gallos de riña, siempre listos. No querían dejarse sorprender sin espadas, escudos, armadura y casco… ni siquiera en la

cama. Salvo de vez en cuando.

Si Irlanda no hubiera desdeñado todo lo relacionado con la realeza, Desmond y Atty Fitzpatrick habrían sido seguramente coronados rey y reina de los republicanos.

Tenían un santuario privado en el tercer piso de una casa georgiana, en el número 34 de la avenida Garville; era una biblioteca con estufa de turba, abrigada y hasta sensual, donde pasaban un tiempo interminable, con frecuencia hasta el amanecer, discutiendo las tácticas del día siguiente y las estrategias a largo plazo.

Había, por cierto, pequeñas muestras de afecto: palmaditas en las manos, una conducta perfecta en público y, ocasionalmente, una mirada de adoración. Y la cama. De algún modo la cama era el lugar para ordenar debidamente todos los pensamientos antes de la caída. A él no le gustaba abrazarla y ella nunca se fundía contra él. Des se despatarraba; ella se envolvía como una momia. Cuando se encontraban, el contacto era amable y automático, pero como si se produjera entre dos planetas lejanos. Cada uno llegaba casi a oír los pensamientos del otro concentrados en el mañana; a veces era casi posible percibir el olor a humo de las mentes rechinantes.

En ocasiones Des necesitaba de su consuelo, su mente, sus palabras. El consuelo no incluía su hermoso cuerpo, rico y redondeado.

Sin duda alguna había algo de lujuria, rápida y plena; pero una vez que terminaba no se volvía a hablar de eso. Era una pausa para liberar todos esos misteriosos sentimientos acumulados. Una vez satisfecha la compulsión, se reagrupaban para la huelga de inquilinos de Cork o Kerry y para la justa en las Cuatro Cortes.

Parecían satisfechos. Sus largas conversaciones en la biblioteca constituían la médula de lo que importaba de verdad. Si acaso sentían la falta de algo, no parecían muy preocupados. Cada uno encontraba la gloria en los triunfos del otro, compartía sus dolores, disfrutaba de su deslumbrante hermosura y apoyaba el centro combinado que daba valor a la vida en común.

Atty nunca había conocido a otro como Des. El recuerdo de Jack Murphy se mantenía vívido; con frecuencia surgía en el momento y en el lugar más inesperados. Tal vez, se decía, lo de Jack Murphy no había sucedido siquiera. Según el paso del tiempo desactivaba la realidad, sus recuerdos se tornaban más brumosos. Comprendía que la sencilla experiencia con Jack no volvería a repetirse. Ahora la vida estaba casi completa, exceptuando ese único vacío, superado por el celo de la misión. Y bien sabía Dios que Atty adoraba a Desmond Fitzpatrick.

Capítulo 17

Tal como en Derry y Donegal había personas legendarias y también otras legendarias y mitológicas, así las madres de Ballyutogue, la península de Inishowen y los condados circundantes tenían un dicho que repetían a sus hijos varones: «Cuando tengas edad de criar barba quizá llegues a ser la mitad de hombre que Kevin O'Garvey».

Durante la hambruna el padre había sido sorprendido robando comida; lo ahorcaron y derribaron la cabaña de los O'Garvey. La madre de Kevin y sus cinco hijos, de los que él era el mayor, trataron de entrar en el asilo para trabajadores de Derry, aunque ese lugar los aterrorizaba. Tras cuatro cosechas de papa perdidas, ni siquiera en el asilo para trabajadores había alojamiento.

Toda la familia, salvo Kevin O'Garvey, murió en los campos con la boca verde por haber comido pasto; él quedó huérfano. Se decía, no del todo en broma, que se podían contar con los veinte dedos los huérfanos que habían sobrevivido a la gran hambruna, y todavía sobrarían tres dedos de una mano y otro de un pie.

Quiso la suerte que, cuando Kevin O'Garvey tenía doce años, los agentes del Conde de Foyle lo llevaran a una granja para pobres, junto con otros varones huérfanos, para integrarlos en el gran proyecto.

El gran proyecto, del que nunca se hablaba, era transformar la hambruna en un medio de ralear la población católica mediante la emigración, las enfermedades y el hambre. Cada vez que se desalojaba a una familia se destruía su cabaña, mediante un tiro de ocho caballos que pasaban por ella un enorme tronco de árbol.

Los chicos de la granja para pobres estaban encargados de retirar las piedras y preparar los viejos sembradíos para pasturas. Durante lo peor de la hambruna, las grandes fincas enviaron fuera de Irlanda al ganado y a muchas de las cosechas.

A los niños de la granja se les daba a oler éter para que pudieran trabajar largas horas en estado de euforia. Hacia los catorce años Kevin O'Garvey estaba familiarizado también con el sabor del whisky clandestino y era un experto del robo y el contrabando.

Al terminar la hambruna O'Garvey escapó a la miseria del Bogside de Derry, donde se convirtió en hábil carterista, como un personaje de Dickens.

Estuvo varias veces en el reformatorio y acabó por comprender que su vida tendría pronto fin si no estudiaba para salir de problemas.

Entre los abogados y procuradores que debían turnarse para representar a los delincuentes juveniles católicos figuraba el señor Henry, un sagaz protestante a quien Kevin impresionó con su conocimiento de las leyes y su mente aguda. Siguiendo una corazonada, el señor Henry convenció a la corte de que le permitiera tomar a O'Garvey como aprendiz.

Fue una movida brillante, pues la magia de Kevin lo alivió de trabajo. Por otra parte, el señor Henry llegó a lamentar que su aprendiz fuera tan talentoso. Con el tiempo O'Garvey se convirtió en uno de los pocos procuradores católicos de la región y en una pustulenta espina bajo la uña de la Corona.

Kevin O'Garvey se convirtió en incansable batallador por los derechos católicos, tanto en el campo como en la ciudad. Llegó a encabezar la Liga de Tierras en esa parte de Ulster y resultó decisivo para demorar los desalojos indiscriminados y algunas de las indignantes prácticas contra los campesinos irlandeses: ciento por ciento de interés sobre los préstamos, la incautación del ganado de los deudores, los altos precios de la semilla para plantar. Sí: los campesinos eran presa de todo un catálogo de injusticias refinadas a lo largo de seis siglos.

Trabajando para la Liga de Tierras, O'Garvey salvó Dios sabe cuántas granjas. Llamó la atención de Charles Stewart Parnell, que estaba a la cabeza del nuevo y emergente Partido Irlandés, decidido a divorciar a Irlanda de Inglaterra.

O'Garvey tenía su base urbana en el Bogside de Derry, atestado por el torrente de los que huían del campo, pero sin la fuerza necesaria para emigrar. Los grandes propietarios anglicanos tenían porquerizas más decentes que el Bogside.

El distrito, lleno a reventar de desempleados, alimentaba las fábricas de camisas con mano de obra femenina muy barata. Entre esos infiernos no había ninguno más terrible que Witherspoon & McNab, propiedad del condado de Foyle. Ese lugar y las hilanderías de Belfast eran las cloacas de la Revolución Industrial.

En 1885 se produjo el gran avance, cuando se concedió por primera vez el voto a los agricultores católicos; a instancias de Parnell, O'Garvey se postuló a una banca en la Cámara de los Comunes. Fueron días muy peligrosos, pues Kilty Larkin, el viejo jefe tribal de los agricultores de la península, espichó justo antes de las elecciones. En una decisión de último momento, Tomas Larkin acudió a las urnas acompañado por su hijo Conor y dio la victoria a O'Garvey.

En los años siguientes Kevin continuó con su estupendo trabajo, desde un Salón Celta venido a menos, pero lleno de orgullo, donde apuntaba el brote de un renacimiento gaélico. Mientras aumentaba su poder en el Parlamento Británico, Kevin O'Garvey vivía sólo para el instante en que lo nombraran presidente de la selecta comisión que investigaría la fábrica de camisas Witherspoon & McNab, esparciendo su hedor por sobre las Islas Británicas.

Al otro lado de la ciudad, Andrew Ingram también ascendía de manera impresionante; por fin llegó a dirigir un distrito escolar, desde Strabane a Dungiven, que incluía a Londonderry.

Para el *establishment*, Ingram era un incordio, por su liberalismo presbiteriano escocés. Su audaz selección de materias y textos mantenía a los predicadores en escandalizado aturdimiento y a los orangistas rechinando los dientes. Ingram contaba

con los ingredientes necesarios para neutralizar ese ruido: era valeroso, honrado, brillante y tenía a la condesa Caroline Hubble como apoyo principal. En cuestiones de cultura y educación, Caroline Hubble era una fuerza importante en el oeste. En esos asuntos eran muchas las veces en que se imponía simplemente a Roger Hubble, su esposo.

Lo que abrió los ojos a Andrew Ingram fue, nada menos, un pacto con el obispo Nugent, eclesiástico ultraconservador que estaba a cargo de la diócesis de Derry. En la protección de su monopolio sobre la educación católica, el obispo parecía hecho de cemento. Tampoco sentía mucho aprecio por Kevin O’Garvey. No obstante, la mutua supervivencia hacía necesario entenderse con gente de ideas distintas.

Con el apoyo de O’Garvey y Caroline Hubble, Ingram persuadió al obispo para que ofreciera una mejor educación a los estudiantes católicos más brillantes. En un difuso futuro esperaban poder fundar en la región una universidad pública, que llenarían con tantos católicos como protestantes. La idea era tan pasmosa que Nugent hundió el dedo gordo en el agua y decidió hacer la prueba. Fue el primer acto viable para brindar ventajas iguales a las niñas y para retener a los niños del Bogside en la escuela, antes de que se convirtieran en mano de obra infantil para las fábricas. Pronto Andrew Ingram tuvo a cuarenta de los jovencitos más brillantes del Bogside preparándose para la universidad.

Los presupuestos escolares y una serie de intereses compartidos crearon entre Andrew Ingram y Kevin O’Garvey una relación íntima y esclarecida, que ambos disfrutaban inmensamente.

Cuando Conor Larkin abandonó Ballyutogue, terminó en Derry; allí fue recibido por Kevin, que entre otras cosas era su padrino. Cuando las feas realidades de Derry se tornaron evidentes y Conor habló de mudarse, Kevin O’Garvey, desesperado, fue en busca de Andrew Ingram.

Capítulo 18

1895

El Salón Municipal de Londonderry, edificio neogótico con apariencia de torta azucarada, existía entre dos mundos. Se levantaba entre el río Foyle y la calle del mismo nombre. Desde su oficina, por la ventana que daba al sur, Andrew Ingram podía ver dos de las principales empresas del Conde de Foyle: una destilería y la infame fábrica de camisas Witherspoon & McNab. Por la ventana trasera veía el control que el conde tenía sobre la construcción y reparación de buques: el astillero Caw & Train.

Por sobre la calle Foyle, desde el Salón Municipal, se veía la Puerta del Muelle, que daba a la ciudad vieja: el ejemplo más perfecto existente en las Islas Británicas de una ciudad medieval fortificada. La muralla se mantenía bellamente intacta, con su doble bastión y, en él, el antiguo cañón llamado Meg la Rugiente. El camino de ronda, en lo alto de la muralla, era una verdadera Vía Dolorosa de la Reforma, con plataformas desde las que se podían arrojar monedas a los católicos del Bogside.

El problema de Roger Hubble era que las empresas Foyle, como la ciudad misma, tenían una mayoría católica y estaban en el condado de Donegal.

Ulster comenzaba al otro lado del río, en el Waterside protestante. Roger Hubble se encontraba frente a un acuciante problema político: meter a la ciudad dentro de Ulster, por astucia o por la fuerza, y para conseguirlo debía crear unos límites totalmente ridículos.

Así se hacían las cosas en las colonias. La majestuosa ciudad amurallada, por geografía y por población, pertenecía a un distrito, cuando el colonizador la quería en otro.

Tales eran las tensiones de tira y afloje que imperaban sobre todas las facetas de la vida, en la protestante Londonderry o en la católica Derry, que eran una misma cosa.

Andrew Ingram recibió a Kevin O'Garvey en una oficina que se combaba por el peso de las bibliotecas cargadas. Los dos se alzaron en humo: Ingram, llenando la pipa con una mezcla meliflua cuyo aroma monogramaba su despacho; O'Garvey, con el recio cigarro que caracterizaba a todo político irlandés.

Andrew comprendió de inmediato que Kevin venía por algo serio. Él mismo se traicionaba. En actitud relajada y jovial, hacía girar lentamente el cigarro con la mano derecha, en el sentido del reloj; cuando enfrentaba algo serio, su pulgar invertía la dirección. Kevin trató de expresar cautelosamente sus ideas al cordial adversario.

—Conor quiere salir de Derry —barbotó, con una súbita ausencia de astucia.

Andrew asintió con un suspiro.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí? ¿Seis meses, siete? No nos hemos visto mucho

desde que vino, sobre todo por un orgullo feroz. Le ofrecí un cuarto y todo lo que quisiera. Es natural que prefiriera alojarse contigo, por supuesto. Yo sigo siendo un elemento extraño en su vida; tú eres su padrino.

—Tienes una poderosa influencia sobre él, Andrew —dijo Kevin, desabrochando algunos botones del chaleco para que su panza pudiera expandirse un poco. O'Garvey vestía como un dandi, pero de la variedad desharrapada: el cuello estaba raído y las prendas arrugadas no le sentaban del todo bien.

—La primera vez entró en mi aula al terminar la clase, con el delantal de cuero que usaba en la forja. Yo nunca había visto ni he vuelto a ver esa infinita sed de conocimiento con que miró los libros, sin poder leerlos. Era la sed de quinientos años de inanición espiritual irlandesa, decidida a liberarse —recordó Andrew.

—Cuando se produjo el enfrentamiento con Tomas, Conor vagó por la campiña con la mente nublada; sólo vino a Derry cuando el barco de Liam estaba por zarpar —agregó Kevin. Empujó a su hermano por la planchada, exclamando: «No eres el primer irlandés que sube a un barco», y miró a su alrededor, muriéndose por ver a Tomas acercarse para salvar la situación. Luego pasó la noche en mi establo. Y entonces se produjo una experiencia extraña: poco a poco se introdujo en el Bogside y comenzó a cambiar la vida del distrito, pese a la indignidad de tener que limitarse a fabricar aros para toneles y herraduras para caballos. Empezó a enseñar el idioma gaélico en el Salón Celta; después de misa, los niños corrían a escucharlo contar nuestras antiguas leyendas. Hipnotizaba a todos con relatos de nuestra historia y nuestros mártires, repitiendo de memoria todos los discursos pronunciados en los muelles. Con frecuencia hablaba en habitaciones iluminadas a vela, con los postigos cerrados y guardias afuera. Luego se aficionó a la cancha de fútbol… Esa parte ya la conoces: los viejos lo comparaban con Ducey Malone, el más grande de los futbolistas gaélicos en toda la historia de Derry.

Kevin golpeó el escritorio con el puño, cubriéndose la pechera de cenizas.

—Mira, Andrew, ese muchacho es una luz. Ahora me voy al Parlamento sin temer que en mi ausencia pueda ocurrir algo espantoso… porque aquí está Conor. Mira, en vida de Parnell esto era lo que más nos afligía: tener que renunciar siempre a nuestros jóvenes más inteligentes y vitales. Es una maldición de Irlanda, peor que el whisky. Cada vez que veo a un chico inteligente, hombre o mujer, comienzo a contar los días que tardan en irse. Con Conor tengo que trazar un límite, Andrew.

—Lo sabes tan bien como yo —adujo Ingram—: si trata de vagar por el mundo jamás se alejará mucho de Irlanda. Está condenado a una vida de dudosa batalla; los dos lo sabemos. El problema, Kevin, es que Conor es un gran maestro en su oficio. Dentro de Irlanda, ¿adónde podría ir?

—Sé un par de cosas por mis visitas a Inglaterra, Andrew, y tú también lo sabes. Cuando Conor estaba en Ballyutogue, en esa pequeña forja de aldea, los anglicanos de dos o tres condados circundantes iban a buscarlo para que les hiciera trabajos de herrería. En Derry vendrán de medio país.

—Estás soñando por pura desesperación. Lo siento por ti, Kevin, y lo siento por mí mismo. Pero Conor no puede crecer aquí, en el Bogside, sin toparse de cabeza con Roger Hubble y su Caw & Train.

Salió a relucir la botella guardada en el último cajón; dos vasos se llenaron hasta la mitad con sus gorgoteos y se entrechocaron en un brindis, pues Andrew sabía que O'Garvey estaba llegando al asunto que lo traía.

—No podemos perderlo, Andrew —dijo Kevin, con los ojos acuosos por el whisky y la sinceridad. Estoy harto y bien harto de esta agonía del Bogside. Estoy acabado, hombre. No soporto a los chicos que juegan en los arroyos, todos cubiertos de llagas; a los maridos golpeando a sus mujeres; a los viejos que se mueren de frío en el invierno, porque al obispo se le acabaron los fondos para el combustible; y los borrachos, desempleados desde que nacen hasta que mueren, calentándose las manos en una fogata encendida al pie del muro, y sobre todo las muchachas de las fábricas, que vuelven a casa arrastrando los pies, tan cansadas que no pueden reír, mucho menos hacer el amor. Su voz se redujo a un jadeo cansado. —Mira, Andrew: Conor tiene cualidades etéreas. A veces brilla en él una luz, como si fuera el Espíritu Santo en persona. Tú tienes mucha influencia sobre él.

—¿Y quieres que lo persuada para que se quede? ¿No sería manipularlo igual que Tomas? —preguntó Andrew.

—No, qué joder. Ésa fue una familia llena de amor hasta que las piedras, las deudas y las privaciones los demolieron. ¿Qué pasa si un Conor Larkin se ve obligado a abandonar Irlanda? Quiero brindarle un lugar para que siga su destino y su sueño. Kevin alzó la mano, pidiendo tiempo para dominarse, y tomó otro gran sorbo con mano temblorosa. —Como sabes, Andrew, soy miembro del Parlamento y se me han ofrecido oportunidades, en el curso natural de los acontecimientos… pero estoy limpio. Entro en componendas, pero sólo por el bien del Bogside. Hemos urdido cinco o seis planes para tratar de instalar allí alguna empresa y dar ocupación a los hombres, para crear un poco de dignidad. Por un motivo u otro, nada ha llegado a cuajar. En estos últimos meses he entrado en conversaciones con un grupo de norteamericanos irlandeses que han hecho fortuna, gente de mucho peso. Los he convencido para que establezcan un fondo con el que podríamos empezar a cambiar las cosas. Necesitamos de todo: un establo decente, una escuela para formar secretarias, todo tipo de tiendas, una granja propia. Podría reunir dinero para instalar a Conor con una forja y una fundición de primera.

Andrew Ingram se roía el índice izquierdo, el dedo de pensar.

—Tengo veinte empresas en la mente y aún más: los fondos para solventar a cincuenta aprendices. Necesito que Conor dé el ejemplo con una forja. Si él no lo consigue, nadie lo hará.

—¿Y qué dirá Roger Hubble de todo esto?

Kevin vació la copa y se inclinó hacia el escritorio.

—Después de todo, Andrew, en la Cámara represento también al Conde de Foyle.

Nos debemos mutuamente unos cuantos favores. Y en realidad, no vendría mal que tú dijeras una palabra a Caroline Hubble. Es decir: creo que podría arreglar las cosas con Hubble para que nos dejara en paz.

—Ese dinero norteamericano…

—Está en un Banco de Inglaterra.

—Quiero ver los nombres de los contribuyentes —contraatacó Andrew.

—No puedo dártelos. Me dieron el dinero sólo a condición de mantener el anonimato. De lo contrario todos los miembros del Partido Irlandés se lanzarán detrás de esos tipos para que hagan lo mismo por todas las aldeas de Irlanda. Logré convencerlos de que el Bogside era el lugar en situación más desesperada… y ése es nuestro pacto.

—¿Eso es todo? —preguntó Andrew.

—No: también hay algo para ti. Cuento con los votos necesarios para promulgar una ley por la que se instalará otra universidad pública en tu distrito.

Entonces fue Andrew Ingram quien perdió su glacial compostura. ¡Una nueva universidad! ¡Dios Todopoderoso! ¡Qué joya para la Corona!

—Te estás engañando, Kevin. A Roger Hubble le bastará con hacer un gesto para que la Cámara de los Lores vete el proyecto.

—No, si tú convences a lady Caroline para que consiga el apoyo de su esposo.

Sucedió que Conor Larkin abrió en el Bogside una excelente forja y fundición. Su pronto éxito hizo que arraigaran varias empresas nuevas; a eso siguió la adquisición de numerosos puestos para aprendices, en varios oficios que hasta entonces eran inalcanzables para los católicos.

Conor no había tardado en comprender que Caw & Train, además de monopolizar todo el trabajo de herrería de la región, presentaba al municipio licitaciones corruptamente infladas. Con el atrevimiento que sólo bendice a los ignorantes, el joven participó en una licitación contra la compañía del conde. Poco después su forja fue incendiada.

Los hechos se encadenaron uno tras otro. Conor reconstruyó y, tiempo después, fue subcontratado por Caw & Train para trabajar en la restauración del Castillo de Lettershambo, al otro lado del río.

Parte de la reconstrucción de Lettershambo requería la instalación de una nueva caldera para calefacción central. *Sir* Frederick Weed había enviado desde Belfast un tipo de caldera que usaba en sus barcos más grandes. Los ingenieros se dedicaron a instalarla, pero existía un problema: los tubos eran pequeños, ideados para calentar el pequeño espacio de los camarotes, que se construían según planos meticulosos. Esas estrechas tuberías no podían calefaccionar las grandes salas de piedra de Lettershambo. El proyecto se tambaleó hasta que Caw & Train, en su desesperación, recurrió a Conor.

El joven conocía los elementos de la hojalatería, que usa metales más livianos. Al abrir su forja había cubierto rápidamente un mercado vacío, fabricando ollas, cacerolas y una variedad de herramientas livianas para cien propósitos distintos.

Conor resolvió el problema de Lettershambo haciendo grandes tuberías de metales delgados, más adaptables a las irregularidades de esos muros, y los revistió de asbestos. Así calentaban diez veces más que los pequeños tubos de los barcos.

Ahora estaba en buenos términos laborales con el *establishment*, pero seguía ignorando, no sólo las maniobras secretas que se habían producido, sino también que se lo estaba integrando deliberadamente en el sistema de Roger Hubble, donde éste controlaba a sus competidores.

Capítulo 19

Conor Larkin había obtenido el éxito por el que O'Garvey rezaba. Sus productos, desde los martillos de carpintero hasta las espumaderas, eran de una calidad y un diseño tan superiores que los minoristas protestantes de la región marchaban de mala gana hasta el Bogside para hacer sus pedidos. De igual modo, varios predicadores protestantes llegaron a la conclusión de que el Señor no tomaba partido cuando se trataba de magníficas piezas de hierro forjado, por lo que de sus iglesias llegaban pequeños encargos. La forja sobrevivió a su primera crisis, un incendio, cuando Conor se presentó a una licitación compitiendo con Caw & Train. Cuando hubo reconstruido, Caw & Train lo llamó para ciertas consultas y lo subcontrató con tanta frecuencia que acabó aceptado por el *establishment* protestante, como una especie de miembro izquierdista.

A Conor no le interesaban mucho las comodidades; continuaba viviendo en un pequeño y pulcro departamento encima de la forja, donde tenía espacio suficiente para recibir a cinco o seis hombres con los cuales beber, acostarse con una muchacha bien dispuesta o pasar la noche gozando de la lectura. Se encargaba de cubrir las necesidades de su familia y, especialmente, de su hermano Liam, el que estaba en Nueva Zelanda.

No se podría decir que Conor no amara a los Ingram; simplemente, no quería ni podía acercarse a ellos mientras no fuera en un pie de cierta igualdad. Recuperar esa estrecha relación fue una gloria.

Conor era en sí el Bogside. Sus otros hogares eran el Salón Celta y la cancha de fútbol. También rellenaba unos cuantos trajes elegantes y se aventuraba en la nueva vida cultural de la ciudad. Favorecido con un tipo apuesto y juguetón, que atraía a las señoritas por bandadas, siempre llevaba del brazo a una belleza, aunque nunca se lo tomaba en serio. Había creado en su fructífera imaginación a una dama perfecta y, mientras no encontrara en la realidad a alguien capaz de derribarla de su pedestal y enamorarlo perdidamente… Bueno, se mostraba siempre amable y gentil. Enid Ingram, que no podía soportar a un soltero tan espléndido y feliz, puso en carrera a una candidata: una encantadora maestra a quien Conor quería mucho, pero no lo suficiente.

Mientras él prosperaba y crecía en importancia, Andrew Ingram se descubría súbitamente en una primera etapa de descontento, tras haber aceptado la idea de Garvey para retener al muchacho en Derry.

Conor no tenía idea de que se habían producido maniobras a sus espaldas para ponerlo en carrera. Al principio, como todas las mentiras, aquélla pareció pequeña y sin importancia. Después de todo, el engaño había dado resultados: Conor no se había visto expulsado de Derry y su éxito abría el camino para que otros triunfaran.

Después de otro período de descontento, un breve anuncio publicado en el diario abrió la mente a Andrew Ingram con una sensación de horror.

El artículo anunciaba que la comisión parlamentaria presidida por Kevin O’Garvey se veía obligada a postergar la tan prometida investigación sobre la fábrica de camisas de Witherspoon & McNab.

Siguiendo la línea lógica, Andrew comenzó a tener dudas sobre ese anónimo grupo de norteamericanos que financiaban las empresas del Bogside. Tratar de calar a un maestro de la política como O’Garvey se parecía a apresar en la mano un puñado de mercurio.

¿Estaría interpretando mal el hecho de que se postergara esa investigación? Interrogó a Kevin, quien le ofreció una insatisfactoria explicación sobre el laberinto parlamentario y el doble juego de dos miembros de la comisión.

«Bueno», se dijo Andrew, «sólo hay un modo de llegar al fondo de esto». Exigiría saber quiénes eran los financistas. Con eso pondría fin a todas las dudas. Kevin había compartido muchos otros secretos con él; tendría que poner esa carta en la mesa.

Acordaron una reunión, pero la noche anterior Andrew Ingram se descubrió vagando por el paseo, a lo largo del río Foyle, alterado y aturdido. La simple exigencia que iba a plantear no era simple en absoluto. Le extrañaba la pasividad de Roger Hubble ante los progresos del Bogside. Exceptuando el incendio de la forja, lo había aceptado todo… casi como si lo respaldara.

Eso concordaba con la estrategia general de Roger Hubble. Cuando se le presentaba un desafío, Hubble calculaba la energía que necesitaba para aplastarlo y en qué cambiarían las cosas si el desafío lograba éxito. En la mayoría de los casos, era más fácil permitir que el competidor se afirmara para luego dominarlo. ¿Qué mejor que controlar a la competencia?

La forja de Larkin sería un ejemplo perfecto, ¿no? Después de permitir los esfuerzos de Conor por establecerse, Caw & Train lo atraería sin bulla, arrojándole un hueso.

Lo que Andrew Ingram estaba descubriendo era tan demoledor que, por primera vez, no hizo confidencias a su esposa sino cuando ya era demasiado tarde.

Iba emergiendo una verdad: que en aquello no participaba ningún norteamericano. ¡El dinero provenía de Roger Hubble mismo! ¡Buen Dios! ¿Qué le habría dado Kevin O’Garvey a cambio?

Esa primavera del descontento se hundió en un otoño y un invierno sombríos; por fin llegó la noticia de que la comisión había decidido una segunda postergación.

Kevin O’Garvey había cancelado la investigación de la fábrica Witherspoon & McNab, a cambio de que Hubble financiara las nuevas empresas y los puestos de aprendiz.

Roger Hubble sabía que quizá se produjeran unos cuantos éxitos, pero al fin habría un fracaso tras otro y el Bogside seguiría siendo el Bogside.

O’Garvey ya no soportaba la miseria del distrito ni los fracasos de los agricultores

en el campo. Había intentado un acto de desesperación para dar algo de luz y esperanza a su pueblo, pero ése era un trato digno de Fausto.

«Sin embargo, será mejor que lo pienses bien antes de enfrentarte a Kevin O'Garvey, hombre», se dijo Andrew. El político había recurrido primero a él para hacerlo entrar en la maniobra sin que él lo supiera, utilizando como cebo a Conor Larkin. Tras haber agregado su voz para que Conor se quedara en Derry, Andrew estaba atrapado, lo supiera o no.

Y ahora, ¿qué pasaría si develaba el plan? Esa mentira, el secreto, el engaño dejarían devastado a Conor Larkin. Ingram, su mentor, y su padrino O'Garvey, que tanto luchaba por el pueblo, habían repartido bendiciones permitiendo que la fábrica de camisas continuara explotando como esclavos a mujeres y niños.

Esos encumbrados vuelos de idealismo que había hecho con Conor Larkin y Seamus O'Neill… todo inútil. Ingram, el amado maestro, no era sino otro político barato, tragado por el sistema. O'Garvey le había gritado: «Ellos siempre te encuentran el sitio que más te duele y allí trazan sus acuerdos». Sí, el Bogside era lo que más dolía y Roger Hubble sabía proteger la máquina de hacer dinero que era Witherspoon & McNab.

Andrew Ingram empezó a cambiar. Cerraba el postigo en la ventana de su oficina que daba a la fábrica. Ya no podía oír el silbato sin rechinar los dientes y cerrar los ojos, apretándose los oídos con las manos.

En el Bogside lo recibían como a un amigo. Había hecho más por los estudiantes católicos que trescientos años de aristocracia anglicana. Estaba a punto de abrir una universidad… ¿Para qué, para qué? Para que la parte más indecente del sistema continuara incólume.

Andrew Ingram dejó de ir al Bogside.

Había sido un maestro progresista y esclarecido, que no temía a los predicadores, a la ignorancia orangista ni a la arrogancia anglicana.

Pero cierto Kevin O'Garvey, político dedicado, hacedor de eventos que trataban de infiltrar la negrura del Bogside, tenía mucho más que arriesgar. Como los generales del ejército, Kevin O'Garvey debía arriesgar la vida ajena. Involucrar a Ingram era una parte sagaz de su táctica.

Andrew Ingram siempre había detestado a sus colegas académicos, que protestaban desde el seguro refugio de una universidad. Allí las ideas no ofrecían riesgos, hasta el momento en que Kevin O'Garvey te hacía socio de una mentira.

El educador evalúa su vida por los logros de unos pocos estudiantes brillantes. Los de Andrew eran Seamus O'Neill y el etéreo Conor Larkin.

¿Habría sobrevaluado a Conor? Tenía sus defectos. ¿Acaso no se estaba alejando de los tormentos del Bogside? Para comenzar, unas pocas horas menos en el Salón Celta. ¿No era Conor ahora un Lotario, un astuto seductor de mujeres, algunas de las cuales eran casadas insatisfechas o aventureras al acecho?

Al fin de cuentas, la simple y total verdad era que Andrew Ingram no podía

enfrentar el momento de decir a su alumno prodigio que había renunciado a su idealismo por un trato sucio.

Enid, una potencia como esposa solidaria, se asustó al ver cómo se arruinaba su marido. En la oscuridad de otra noche sin sueño, Andrew cedió y le contó todo.

—En cuanto Kevin entró supe que yo iba deliberadamente hacia un trato, convirtiéndome en guardián de una mentira. Había traicionado a Conor al no exigir la verdad inmediatamente. Es curioso que un ideal, tan noblemente urdido al sol de una alta pradera, pueda convertirse en la realidad en una telaraña totalmente enredada. ¿Y qué hará Conor? ¿Tratar de difundir la pestilencia de ese trato? ¿Destruirse pensando en que no puede volver a creer en los hombres que más ama, pues pueden deshonrarlo?

Mi querida lady Caroline:

Escribo esta nota con inmenso pesar. Después de atormentarme por horas enteras investigando en mi conciencia y con el apoyo de mi amada Enid, he llegado a la decisión de renunciar a mi puesto. El anuncio se hará al terminar el período actual y nos permitirá poner en orden lo relativo a la posibilidad de abrir una nueva universidad.

He aceptado el cargo de rector de Kirkmoor, una escuela privada pequeña, pero excelente, que está cerca de Edimburgo.

Temo que la decisión es irrevocable y, por el momento, absolutamente confidencial.

Su devoto amigo,

Andrew Ingram

Capítulo 20

—¡Al diablo! —exclamó Caroline, haciendo un bollo con la nota de Andrew Ingram. «¿Dónde he estado?», se preguntó. Una decisión así no se tomaba de la noche a la mañana. Caroline mantenía una relación terriblemente estrecha con los Ingram, tanto en cuestiones civiles como en lo social, y se reprochó por no haber detectado su compulsión.

Pero ¡qué diablos, si era casi imposible saber si Andrew estaba más o menos sombrío detrás de esa máscara escocesa!

Para Andrew Ingram había otras cosas a tener en cuenta, además de Conor. También Seamus O'Neill quedaría con el corazón destrozado. Y un escándalo cuyo resumen fuera «Nada de tocar la fábrica de camisas» acabaría asimismo con Kevin O'Garvey. Y por mucho que Andrew lo intentara, no podía culpar del todo a Kevin por haber hecho lo que hizo.

¿Y Caroline? Ella tenía conciencia de que tanto su padre como su marido eran dos pillos, pero no tenía modo de saber lo de la fábrica de camisas. Y si ahora se enteraba, ¿qué pasaría con su matrimonio?

Caroline vio la palidez de Andrew en cuanto entró en el estudio. Después de hacerla pasar, Enid se disculpó para retirarse. Ella tomó asiento, incómoda, y luego cometió la obvia tontería de tratar de sobornarlo con un dulce. Desenrolló en el escritorio un mapa del distrito.

—Tengo a Roger casi persuadido para que done ciento veinte hectáreas de tierra para la universidad, en esta zona. O'Garvey dice que, en cuanto Roger dé su visto bueno, él presentará la ley en la Cámara de los Comunes.

Ingram echó un vistazo al mapa.

—Encantadora ubicación: en la orilla protestante del río, dentro de Ulster, con las barracas del ejército a tres kilómetros y al otro lado Lettershambo, el arsenal más grande de Irlanda occidental.

—Primero edifiquemos esto; después nos preocuparemos por los disturbios estudiantiles.

—De eso tendrán que encargarse usted y mi sucesor.

—Como presidenta de la junta y amiga suya, Andrew, tengo derecho a saber. Sin usted no hay en Londonderry bosques ni selvas de aprendizaje: sólo un páramo vacío, lleno de rocas y barrido por el viento.

Los ojos de Andrew se empañaron.

—Siempre me disgustó que mis colegas de toga y birrete respaldaran las ideas de los bravos, pero desde una posición en la que no corrían peligro. Por eso abandoné la universidad. He inculcado en unos pocos alumnos extraordinarios la lucha requerida para conquistar un gran ideal contra el mal. Sin embargo, cuando llegué a mi propio

Rubicón me escabullí como un cobarde.

—¿Hasta cuándo piensa hablar con vaguedades, Andrew?

—He permitido a conciencia que alguien me enredara en un juego de componendas, mentiras y compromisos, fingiendo para mis adentros que había hecho lo correcto sin renunciar a nada sagrado. Semejante mendacidad me ha llevado a la conclusión de que he traicionado cinco décadas de idealismo.

—Tengo ante mí a un hombre encantador que soñaba con ser perfecto en un mundo perfecto, pero acaba de enfrentarse a la realidad de que esa perfección no existía.

—Tomé parte en una componenda, Caroline. El precio fue mentirme a mí mismo, tratando de creer que no habría precio a pagar. No hay mentira que no se pague. Si me quedo en Derry, esos jóvenes volverán ácidamente la espalda al idealismo para convertirse en cínicos, pues los he traicionado. Es mejor que su querido mentor desaparezca sin más en los brezales escoceses.

—¿Quién diablos es usted para vivir su vida sin hacer tratos con el diablo? Lo miró como si lo hiciera por primera vez. —¿Qué piensa que fue mi casamiento?

Andrew apartó la cara, herido por esa puñalada.

—Cuando era pequeño —susurró—, mi familia era escocesa y pobre, lo cual es casi tan malo como ser irlandés y pobre. Lo único que teníamos era el cálido hogar encendido por la noche, alrededor del cual nos reunía mi padre para leer la Biblia. Todos la conocíamos tan bien que sólo fingíamos leer, porque en realidad podíamos recitarla de memoria. Entonces seguí con los escritos de Burke sobre la Revolución Francesa, con los *Viajes de Gulliver* y Oliver Goldsmith, Thomas Jefferson, Platón, Mendoza y los grandes filósofos de Oriente. Yo era una fortaleza, Caroline, una fortaleza que nadie podía conquistar. En mis años de educador ningún hombre, ningún ejército pudo invadir mi fortaleza. ¿Se imagina mi júbilo cuando pude pasar secretamente mis libros e ideas más apasionados a un par de muchachitos que ansiaban saber, campesinos de los brezales?

—Usted me ha dicho que la redención es la mas grande de todas las cualidades humanas —insistió ella.

Así es. Yo debo redimirme en Escocia, mujer, pues aquí derribare las murallas.

Por un instante estudió la posibilidad de revelarlo todo. Si satisfacía la curiosidad de Caroline le cambiaría la vida para siempre, Ella estaba condenada a permanecer en Derry con una existencia predeterminada.

Enid llamó a la puerta y entró con una bandeja de té, cognac y whisky irlandés. El whisky calmó el entumecimiento de Caroline. Enid también se había puesto pálida y Andrew tenía los ojos muy cansados.

—¿Por qué se exilia a una ignota escuela de pupilos, Andrew?

—No quiero tratar con profesores universitarios por los motivos que ya he dicho. En cuanto a los estudiantes, llegan a un punto en el que tienen la certeza de ser infalibles y la doble certeza de saber más que el profesor Nadie es menos sabio ni

más estúpido que un estudiante universitario Tampoco mas estridente con sus creencias. Y nadie tiene mejores soluciones. No, Caroline: quiero muchachitos de cara fresca a los que pueda llenar de idealismo antes de que se vean obligados a hacer su primer pacto con el diablo.

Al secarse los ojos, Caroline clavó la vista en una pieza de hierro forjado como nunca había visto otra: seis hojas profundas, delicadamente rizadas, cada una de las cuales constituía el recipiente de una flor fresca. Había hilos de hierro tan finos que costaba distinguirlos entre las hojas, y sostenían abejas y pájaros de hierro forjado, de modo tal que la brisa más ligera los moviera como si estuvieran sobrevolando las flores. Entre dos de la hojas se veía una telaraña tan fina que no podía ser de hierro pero lo era. El pie tenía un balance increíble. Los dedos de Caroline susurraron en torno de la pieza.

—Nunca he visto nada así —comento.

—Nos lo regaló uno de los alumnos de Andrew dijo Enid.

El maestro sorbió su whisky; parecía mesmerizado por el múltiple florero.

—¿Uno de esos alumnos tan apreciados?

—Sí —respondió él.

El momento tenía una cualidad extraña. Caroline supo, sin decirlo ni preguntar, que esa obra magnífica tenía algo que ver con toda la situación. Andrew estaba incómodo, como si no quisiera compartir eso con ella.

—Es la obra de un maestro, ¿no? —apuntó Caroline.

—Sí —dijo Enid.

—¿Quién es él?

—Se llama Conor Larkin. Tiene una forja en el Bogside.

Caroline fue impulsada por una ola de entusiasmo.

—Ustedes saben lo desesperada que estoy por hacer restaurar la gran cancela. ¿Por qué no me hablaron de este muchacho?

—Porque el sistema no funciona así, Caroline.

—Al diablo con todo. Deberían habérmelo presentado. ¿Sabe lo de la cancela?

—Trabajó en ella como obrero, tanto para el maestro italiano como para el alemán, Caroline. Se presentó a licitación contra Caw & Train y le incendiaron la forja. El Salón Celta es su segundo hogar. No es como los artesanos de casas solariegas.

De pronto Andrew se dejó traicionar por la voz y más aún por las palabras. —Está a la búsqueda del Santo Grial.

—Y es el motivo por el que usted se va. Porque cree haberlo traicionado.

—¡No se lo diga! —exclamó Enid. Andrew se moriría.

—Oh, no. Los quiero mucho a los dos, muchísimo —aseguró Caroline. No se me escapará una palabra.

—Es extraño que una pequeña mentira pueda echar brazos, piernas, alas y cabezas. De cualquier modo, Caroline, tenga mucho cuidado. Veo brillar el fuego en

sus ojos —advirtió Andrew. Y continuó: —Conor Larkin es inocente de todas las componendas que se han tejido a su alrededor. Es ardiente en sus convicciones sobre Irlanda. Sé que usted va a verlo, pero le advierto que esa gran cancela del salón grande es un símbolo de la opresión para todos los católicos. Se la usó como prisión para mujeres y niños; tras ella murieron, por la tortura y el hambre, casi quinientas personas.

—Eso ocurrió en un pasado lejano.

—En Irlanda no hay pasados lejanos.

—Es una gran obra de arte. No fue creada para oficiar de prisión.

—Voy a ser brutalmente directo, Caroline —dijo Andrew. Usted está coqueteando con el único hombre del mundo que no puedo manejar. Es mejor que lo sepa antes de meterse.

En ese instante Andrew supo que había dicho exactamente lo opuesto de lo que deseaba decir.

Capítulo 21

De pie ante la gran cancela del salón grande, con los brazos en jarras, Caroline pensaba en el enorme significado que estaba adquiriendo. Cada vez que pensaba en la inminente partida de los Ingram se renovaba el dolor. Andrew era una especie de joya en cualquier rincón del mundo en que se lo encontrara. Pocos de su clase pasaban por Londonderry. Dios, qué desierto quedaría todo.

Llegó a comprender que, si Andrew y Enid no le confiaban el secreto, no era por falta de confianza, sino por su propio bien. Generalmente Caroline conseguía lo que deseaba, pero no había modo de retener a los Ingram en Derry. Su entusiasmo por el proyecto de la universidad estaba casi en punto muerto. En vez de tratar con un aliado ingenioso y lleno de recursos, tendría que hacerlo con esos inamovibles bloques de concreto que eran los burócratas y —«Satanás nos salve», pensó— con el obispo Nugent.

Caroline era una mujer positiva y segura, cuya mano suave movía esa gran casa con ligereza y daba a Londonderry un regusto a espiritualidad creativa. En ese momento se sentía muy desalentada con respecto a sí misma, cosa que no podría rectificar ni siquiera con un viaje de grandes compras a París.

Sobre ella se cernían la cancela y su perplejidad de una década. Podía arrojarse a otro intento de restauración, pero con eso no lograría más que condenarse a una caída.

Como la componenda de su casamiento con Roger, la gran cancela era otro aspecto de su vida que nunca vería íntegro ni libre.

¿Qué extraña emoción era la que la inundaba al ver el florero de hierro en el escritorio de Andrew, como si fuera el mensaje de un mensajero desconocido?

Al cerrar la puerta tras de sí, ¿Andrew Ingram no la habría abierto inadvertidamente a otra cosa? Admitía para sus adentros que experimentaba una curiosidad de colegiala sobre ese herrero del Bogside, en suave coqueteo consigo misma. Había llegado a la edad madura reemplazando por encanto su belleza deslumbrante; ya era una mujer mayor, Buen Dios, qué tontería.

Hasta entonces nunca había sentido el furtivo acercarse de la vejez. ¿No era ridículo atreverse siquiera a pensar que ese individuo podía restaurar la gran cancela?

¿No era muy extraño que una cosa pareciera llevar hacia la otra? Mientras estudiaba la cancela, recordando su relación con ella, las imágenes iban hacia atrás como por un telescopio… Ahogando una exclamación, tocó la campanilla para llamar a Adam, el jefe de mayordomos, que servía allí desde hacía tres décadas.

—¿Llamó la condesa? —preguntó Adam.

—Adam, ¿cuántas veces se hizo amurar esta cancela antes de que yo viniera a la casa?

—Oh, no es fácil decirlo con exactitud, milady. Una o dos veces por año se desprendían algunas tuercas de las vigas altas. El herrero de la casa siempre le hacía un mantenimiento a fecha fija. Y una vez al año se limpiaban las partes que se podían atender.

—¿Me equivoco al recordar que la cancela se movía y estaba inclinada de un modo bastante ominoso?

—Oh, milady, qué memoria increíble. Sí, hace catorce años se torció de una manera peligrosa.

—Lord Roger y yo estábamos en viaje de bodas. Mi padre nos hizo volver porque Randolph Churchill se presentaría en el salón grande para jugar su famosa carta orangista. Empleamos a alguien de afuera para arreglar la cancela, ¿verdad?

—Es asombroso que usted se acuerde, entre tanto alboroto y habiendo tenido que interrumpir la luna de miel. Nuestro difunto herrero, el señor Leland, que Dios lo tenga en su gloria, tenía una capacidad bastante limitada. Generalmente recurría al señor Lambe, un herrero muy talentoso que atendía la zona de Ballyutogue. El viejo vive todavía.

—Y ese tal Lambe vino a amurar la cancela.

—En efecto, señora; terminó justo a tiempo para el discurso de lord Churchill.

—Sé que esto es abusar de su memoria, Adam, pero ¿el señor Lambe traía consigo a un niño aprendiz?

Adam rompió en una rara sonrisa.

—¡No me diga que lo conoce, Adam!

Sería muy difícil olvidarse de Conor Larkin. Es católico, pero de una familia católica muy… cómo diríamos… especial. Bastante famoso como rugbier. Gracias a él Donegal ganó un campeonato regional.

—¡No me diga!

—Gané algo de dinero apostando por él. Ahora tiene una forja propia en Londonderry y está bien considerado.

—Muchísimas gracias, Adam.

«Bueno, así es Ulster, ¿no?», pensó Caroline. Todo el mundo se mezclaba con todo el mundo. Un niño de doce o trece años la había mirado fijo, comentando que era muy hermosa y, a continuación, le había espetado el nombre prohibido de Charles Stewart Parnell.

—¿Algo más, milady?

—Sí. Hágame preparar un carruaje. De inmediato.

Tras haberse preparado, en una década y media de sueños, para ver desarrollarse su cuento de hadas, cuando el carruaje de la condesa se detuvo en la cenagosa callejuela del Bogside, ante su taller, Conor Larkin se mostró tan fresco como una brisa otoñal venida del lago.

Se había reunido una pequeña multitud. No todos los días se veía por allí una yunta de caballos blancos con cochero y lacayo como no fuera en la carroza fúnebre o en el coche de patrulla.

Caroline entró con audacia. El juego es más excitante cuando ambos jugadores tienen una gran capacidad de fingir exteriormente que no hay juego alguno, para luego realizar una ficción sutil y cortés, llena de dobles sentidos, ejecutándolo todo con un semblante perfecto, casi con indiferencia.

Conor dejó ver que estaba enterado de que ella lo buscaba como último recurso, tras una década y media de frustraciones con los maestros europeos y los expertos de Oxford. Tras haber establecido simpáticamente un pequeño desquite, lo justificó haciéndole saber que la gran cancela no era para él un gran misterio.

Andrew y Enid la habían advertido bien: el irlandés era un espécimen asombroso, elocuente al hablar, ingenioso y seguro de sí. La quintaesencia del irlandés.

Desde el punto de vista de Conor, ella había madurado con encanto. Mientras mantuviera el corazón libre, no encontraba daño alguno en los sentimientos místicos que le despertaba. Sólo Seamus, su amigo, conocía las desgarradoras fantasías que habían comenzado cuando era niño. De vez en cuando la veía en la ópera y nunca dejaba de emocionarse.

Cuando se apaciguaron sus sofocados deseos, ambos centraron la atención en la cancela. Como el despacho de Conor era demasiado pequeño para que cupieran ambos, él sacó varios libros, dibujos y planos, con los que se acomodaron en un apartado trasero de la cantina de Nick Blaney.

El relato de los narradores, ampliamente aceptado hasta que la condesa consultó con los eruditos, era que la cancela original había sido destruida durante la conquista de Irlanda efectuada por Cromwell. En una guerra posterior, que estableció el gobierno protestante, el rey Guillermo de Orange, ya convertido en monarca británico, quiso agradecer al Conde de Foyle su lealtad en las armas.

Jean Tijou, protestante francés, había llegado a la corte de Guillermo y María para ejecutar en Inglaterra una cantidad de obras sobresalientes. Según la leyenda, Tijou fue enviado por el Rey a Ulster para hacer una cancela nueva, como regalo para el tercer Conde de Foyle. Con el correr de las generaciones y los siglos la cancela se torció y quedó parcialmente arruinada por la obra del fuego y las insurrecciones. Sólo quedaba algo más de un tercio de la cancela original.

Para refaccionar la casa solariega, Caroline Hubble reunió a los mejores historiadores de los diversos períodos y encargó a Oxford estudios de investigación. Con respecto a la gran cancela, el informo principal declaraba que el mito de Jean Tijou era sólo eso: un mito. Aseguraban que Tijou, aunque favorito del rey Guillermo y la reina María, nunca había viajado a Irlanda; probablemente, las porciones originales de la obra habían sido hechas setenta años antes de que el francés naciera. Su creador era un misterio. Los años de remiendos aplicados a la cancela marcaban una senda retorcida e imposible de seguir.

Para sorpresa de Caroline, Conor Larkin estaba familiarizado con todas esas investigaciones y las desechó de inmediato, tildándolas de cháchara académica, teorías creadas en sitios lejanos por hombres totalmente enamorados de sus propias conclusiones.

Ahora le correspondía a él demostrar que se equivocaban y justificar sus propias creencias. Los dos abandonaron el coqueteo para adoptar una postura profesional, en tanto Conor empezaba a arrebatarla con su deslumbrante reconstrucción de la historia. A un tiempo cautivada y confundida, Caroline se aconsejó estar alerta contra la enorme labia de ese irlandés increíblemente encantador.

¿Picaro o erudito brillante? La condesa aguzó la atención, en tanto él desplegaba su historia.

La primera fuente de pruebas no había sido descubierta por los investigadores y era la más convincente, a saber: los registros parroquiales de la iglesia de Santa Columba, en Ballyutogue, que lo remontaban a los comienzos del siglo XV.

Las anotaciones referidas a la gran cancela estaban en gaélico y habían sido traducidas por Conor años atrás. Entre 1697 y 1701 se describía la llegada del «francés» y la construcción de «una grandiosa obra de hierro forjado en el castillo Hubble». Había una lista de los aldeanos que habían trabajado en ella en diversas oportunidades, incluyendo a los antepasados de su querido amigo y vecino, Seamus O'Neill. Se contaban detalles íntimos de la vida cotidiana que sólo podía haber sabido quien hubiera vivido en la aldea doscientos años antes.

Más aún: Conor podía citar varias obras sobre la historia de Ulster, publicadas por historiadores británicos, que coincidían exactamente con los registros de Santa Columba, aunque ninguno de esos eruditos los había visto.

—A ver, ¿qué tenemos aquí? —preguntó Caroline, mirando la palma abierta de Conor, que sostenía una pequeña masa negra y herrumbrosa.

—Toque esto.

Ella lo hizo.

—¿Cómo es al tacto?

—Muy satinada. ¿Qué es?

Conor le ofreció la manga de su camisa para que se limpiara las manos. Tras un momento de vacilación, ella lo hizo.

—Hace años, al señor Lambe y a mí nos llamó la atención la textura del hierro de esta cancela. Él tomó algunas muestras y las hizo analizar en las oficinas reales de Londres. Yo también tomé algunas muestras cuando vine por primera vez con usted. Se las analizó en Belfast.

—¿En qué lugar de Belfast?

—En Astilleros y Acerías Weed. La mejor analizadora de metales de Irlanda,

—¿Adónde quiere llegar, señor Larkin?

—El señor Lambe tardó mucho tiempo en descubrir su origen. Todo el hierro utilizado en la obra original proviene de la mina Clanconcardy, en el norte de Gales. Una vez que Tijou descubrió ese metal se convirtió en su elegido. Todas las obras posteriores están hechas sobre la misma base…

—Bueno, ¿y qué demuestra eso?

—Esta cancela es la única obra de toda Irlanda hecha con hierro de Clanconcardy.

—¿Y por qué es tan especial ese hierro?

—A los otros se los puede golpear brutalmente para darles forma. Su maestro italiano, ese Tustini, tenía un toque delicado y bello, pero la cancela lo venció en vez de ser a la inversa. Si hubiera descubierto y usado el Clanconcardy, esto se parecería más a esto —concluyó, señalando.

—¿Y qué significa este metal para usted?

—Es algo angelical: en verdad, me cuesta expresar mis sentimientos sin ofenderla —respondió Conor.

—Continúe, por favor.

—Sí, ¿cómo decirlo? Trabajo con este hierro cada vez que puedo darme el lujo de adquirir unos pocos kilos para encargos muy especiales. Es… eh…

—Haga de cuenta que está hablando en el taller con uno de sus muchachos, señor Larkin.

—Este metal es como la carne de una mujer que cede en éxtasis ante su amante. Magia pura. Se apresuró a cambiar de tema. —En realidad, la mina se cerró hace décadas por falta de rendimiento. Hay unos pocos veteranos que van a sacar un poco, pero con grandes gastos. Sería muy difícil conseguir veinte toneladas de esto.

«Bueno», pensó Caroline, «por fin este muchacho astuto ha operado la trampa. Una fortuna a cambio de lo que podría o no ser la solución de este gran acertijo».

—Perdone mi temeridad, Lady Caroline, pero usted aún tiene graves dudas sobre lo de Tijou.

—Reconozco que usted presenta un caso muy convincente.

—Caramba, señora —estalló Conor. El caso de Tijou está aquí mismo, delante de sus ojos: aquí, aquí, aquí y aquí. Antes de Tijou no hubo nadie, y muy pocos después, capaces de crear hojas de nenúfares flotando sobre gasa. Esta voluta… sólo hizo una igual más adelante, en Versalles. Y aquí, la flauta de este ángel. ¡Caramba, pero si ha dejado sus huellas en toda esta cancela! Sus investigadores de Oxford no pueden estar en lo cierto. Los chapuceros de setenta años antes no soñaban siquiera que se pudieran hacer estas cosas con el hierro.

Conor estaba rozando la impertinencia, pero Caroline trataba com muchos artistas y artesanos. No ignoraba que, si valían algo, exigían un poco de rienda libre. Tomó una decisión abrupta.

—¿Por qué no comenzamos con un sector pequeño?

—Oh, no señora. Creo que milady me ha entendido mal. Las falsificaciones del italiano y el alemán son un chillido de horror y deben ser quitadas. Se puede hacer algún trabajo con la cancela original, pero la tercera parte de un Tijou vale por mil Conor Larkin.

—¿Debo interpretar que usted no quiere restaurar esto?

—A veces creo que Dios ordenó dejar en paz ciertas cosas.

Roger y Caroline tenían la cómoda costumbre de liquidar las cuentas juntos, en la salita de la señora, sentados frente a frente en un escritorio doble. El asunto de la cancela era algo irritante; habían gastado en ella decenas de miles, siempre sin resultados.

—Después de tantos viajes e investigaciones, puede que tengamos un maestro del hierro forjado en nuestro propio vecindario. Es cierto Conor Larkin, que vive en el Bogside.

Roger sabía muy bien de quién se trataba, pero fingió una memoria tartamudeante. Larkin había sido la empresa preferida de O'Garvey; aunque era bastante bueno, hubo que incendiarle la forja cuando entró en una licitación contra Caw & Train. Más adelante fue asimilado por el sistema general y, por cierto, hizo algunas obras estupendas en Lettershambo.

—Hum —dijo por fin. Ah, Larkin, sí. La familia vive aquí desde hace un siglo, siempre mezclada en algún tipo de desobediencia. Su abuelo estuvo en la cárcel.

—¿Hay que descartarlo por eso?

—En realidad, no. Hemos logrado seguir adelante con los negocios gracias a que aprendimos a vivir y tratar con esta gente. En realidad, siempre es bueno para los católicos que uno de ellos se destaque en una cosa o en otra. Pero recuerda que suelen ser grandes mentirosos y muy ágiles de lengua.

—¿Por qué no echas un vistazo a sus credenciales y a este informe que ha preparado? Después me darás tu opinión —propuso ella deslizándole una carpeta.

—Por cierto, querida. El problema que veo desde el principio es esa restauración requerirá varios años. Ya sabes lo irresponsable que son. Probablemente sería capaz de vender a su madre por conseguir este encargo, pero acabará por dejar las cosas peor de lo que están.

—Larkin no quiere hacer una restauración.

—¿De veras?

—No; Sólo va a quitar la obra de nuestros supuestos maestros y a hacer un poco de limpieza.

—Puede ser una manera astuta de meter el pie en la puerta. ¿No te parece, Caroline?

—Cuando haya terminado con ese trabajo tendremos una buena manera de juzgar si es adecuado o no.

—Bien pensado, querida. Voy a estudiar esto en seguida.

—En esta carpeta se hacen muchas referencias a la cancela. Te he dejado todo en la mesa del refectorio del salón grande. Allí encontrarás las traducciones de Santa Columba, sus propios dibujos, referencias históricas… todo.

Roger estaba atrapado. Bueno, probablemente el informe estaría lleno de agujeros. Era mejor buscarlos. Bien sabía Dios lo mucho que Caroline quería hacer esa restauración, pero le sería difícil digerir otro desencanto.

La mañana encontró a Roger Hubble con los ojos enrojecidos por haber pasado la noche leyendo. En cierto sentido, completar la cancela equivaldría a terminar simbólicamente con los monstruosos gastos de su esposa en la casa solariega. La mansión estaba ahora en un pie de igualdad con las más grandes de Inglaterra. En verdad, la gran cancela sería un gesto adecuado, aunque ridículo, para afirmar su existencia imperial.

—¿Estabas aquí, Roger? —dijo Caroline, entrando con un sirviente que traía una bandeja.

—Fascinante —dijo él. Esta parte me intriga de verdad. Hizo varias páginas de dibujos sobre algunos pequeños detalles de la cancela y los mismos en otros proyectos de Inglaterra. Bueno, supongo que Tijou tenía derecho a copiar a Tijou.

—Sobre todo si era el único que podía ejecutarlo.

—¿Y Larkin cree poder copiarlos?

—Tardaremos meses en llegar a eso; antes debe quitar las partes falsificadas.

—Esto también es muy interesante —dijo Roger, mostrando los dibujos de obras maestras previas a la época de Tijou. Por comparación parecían toscas. Se notaba que Tijou había elevado el oficio.

—¿Le permitimos hacer la prueba? —preguntó ella.

—Si, pero con un par de precauciones. Me gustaría pedir otra serie de traducciones para verificar la autenticidad de estos registros gaélicos. Además, pediré a Swan que lo haga investigar por si hubiera actividades anarquistas, ya me entiendes. Hay otra cosa que me preocupa. ¿Es necesario conseguirle ese hierro de Clanconcardy? —preguntó señalando con la cabeza un plato con raspaduras.

—Tócalas. ¿Qué opinas?

—Hum… parece manteca… o seda.

Caroline sonrió para sus adentros. «O piel de mujer», pensó. Sus ojos ya no veían una maraña confusa, sino una cancela totalmente restaurada, que se alzaba a gran altura, arremolinada y entretejida, con una grandeza sin igual. Veía un gran telón de terciopelo, grande como la vela mayor del navío más grande. Un grupo de sirvientes levantaban ese telón con un par de guinches. ¡Allá iba! Y allí estaba la gran cancela, con todo su esplendor.

Ella y su padre solían desear algunas cosas por sobre todo lo demás

Capítulo 22

1897

Tomas Larkin aceptaba los designios del destino, uno tras otro.

Aceptaba que a Dary le fuera bien en el seminario y que, con el correr del tiempo, se convirtiera en un buen sacerdote, si acaso existía algo así.

Aceptaba que Brigid quedaría solterona o se casaría con algún especimen marchito que tuviera algunas hectáreas. Su único amor, Myles McCracken, había huido de Ballyutogue. Myles trabajaba para Conor en la forja y estaba enamorado de una obrera llamada Maud Tully.

Tomas aceptaba que la Madre Iglesia siempre acababa por ganar. Había armado un tremendo escándalo en el velorio de Kilty al saber que su padre había pedido la absolución.

Al pensarlo mejor, poco a poco terminó por conceder a Dios el beneficio de la duda. El padre Lynch, un verdadero incordio, se había vuelto teológicamente aceptable. ¿Podía ser que él debiera la absolución a su esposa? ¿La debía a sus vecinos? Si los dejaba convencidos de que había visto la luz, ellos tendrían algo a que aferrarse cuando él se hubiera ido.

Por lo tanto, Tomas pidió la absolución, tal como se lo ordenaba el destino.

Lo que Tomas Larkin no podía aceptar era que su amado Conor no retornaría. El señor Lambe había llegado a la edad de dejar la forja y ya no podía entrenar a otro aprendiz. El anciano viajó a Derry para tratar de convencer a Conor de que se hiciera cargo de la herrería, pero volvió con las manos vacías y el corazón destrozado.

Aun así Tomas no estaba dispuesto a aceptar ese dictamen del destino. Sólo cedió cuando un joven herrero, recién llegado de Escocia, compró el establecimiento.

Mes tras mes despertaba con un nudo en la garganta, sabiendo ya que Conor no volvería. Sólo cuando aceptó finalmente ese hecho fue que el terrible mal que había cometido contra Liam se le infiltró en la mente, y allí creció hasta empezar a poseerlo. Entonces escribió a Liam para que volviera a la patria y se hiciera cargo de la finca Larkin.

Ultimamente no se sentía bien. No necesitó consultar al médico para saber lo que le pasaba. Era diabetes. La conocía demasiado. Ahora contaba los días faltantes para recibir noticias de Liam.

Por fin llegó la respuesta, que su hijo había hecho escribir por un sacerdote. Liam iba ya camino a convertirse en terrateniente y no pensaba retornar a Irlanda. En el momento en que Tomas recibió la noticia, dejó de luchar contra su enfermedad y se derrumbó en los sembrados. Poco después estaba en su lecho de muerte.

La potencia del mutuo amor se impuso contra la terquedad del orgullo y Conor acudió a la cabecera de su padre. Tomas había quedado ciego, pero en la oncuridad de

la habitación pudo fingir que aun veía.

Ya al final de la cuerda, Tomas podía reflexionar, con cierta medida de buen humor, sobre sus tontos errores. En general estaba relativamente en paz, pues sus tres hijos varones estaban bien encaminados. La pobre Brigid se había condenado al no mudarse a Derry con Myles.

En cuanto al fin del apellido Larkin en esas tierras, lo que más le preocupaba era lo que deberían soportar sus vecinos al desaparecer el último de los jefes tribales. Su Señoría estaba probando en los campos ciertas máquinas de vapor, capaces de hacer el trabajo de veinte, de cincuenta hombres. Probablemente esas máquinas acabarían por hacer lo que no habían hecho los británicos y la hambruna sumados: expulsarlos de su país.

Cuando Conor se apartó de la cama por un rato, Tomas bebió una fatal botella de whisky clandestino que había escondido bajo la almohada y pronto cayó en coma.

Por dieciséis días con sus noches la familia veló su agonía, mientras la gente arrodillada ante la cabaña decía las plegarias, tan espesas de miedo que el viento no lograba levantarlas.

En el decimoséptimo día cayó el gigante.

A la muerte de su padre siguió pronto la partida de Andrew Ingram. El prolongado duelo de Conor empeoró debido a la extraña conducta de Kevin O'Garvey, que se mostraba irritable y colérico. También las horas que pasaba en el Salón Celta cayeron en el letargo.

Lo que le levantaba el ánimo era volcar la energía en la gran cancela. Cada vez que pensaba profundamente en ella, cada vez que la tocaba, sus penas parecían esfumarse por un momento.

En las semanas siguientes a la muerte de Tomas, Conor trabajó en una especie de trance, cada vez más dedicado al misterio de Jean Tijou. Sus sueños no distinguían el día de la noche.

—¿Por qué se me ha llamado al cielo? —preguntaba.

—Bueno, querido Conor, mira estos portones. Hace cinco mil años que quiero repararlos.

—¿Por qué yo, San Pedro? Soy sólo un campesino de los brezales irlandeses. Ya sabes cómo funciona el sistema.

—Ah, claro —replicaba San Pedro. Pero aquí arriba, gracias al Gran Fulano, hemos instalado un sistema diferente. Te encargo reparar los portones del cielo en nombre de todos los irlandeses a quienes los británicos jodieron.

—No puedo representar a tanta gente.

—Arréglalos, hijo, arréglalos. Quiero que estos portones sean irlandeses…

Con frecuencia, en esos días, el alba encontraba a Conor Larkin caminando a lo

largo del muelle Foyle, atronadoramente concentrado, tras haber sido arrancado a su sueño por la solución a uno de los misterios de Tijou. Como los buenos actores, se estaba metiendo cada vez más profundamente en su papel. Mientras conversaba en murmullos con Tijou se le fue revelando una increíble verdad. Esa gran cancela estaba más allá de la mera artesanía. Era una pura obra de arte, digna de estar junto a las estatuas griegas y a la colección de impresionistas de *lady* Caroline… y junto a la gran música. La cancela era en sí una obra maestra.

A cierta altura de su trabajo, Tijou había caído en la cuenta de que estaba en cierto estado de creación divina, navegando en un mar que nadie hasta entonces había recorrido; a conciencia o sin saberlo, instaló trampas en toda la cancela para que jamás pudiera ser duplicada.

Conor halló una de esas sobrecogedoras respuestas durante cierta visita que hizo a Seamus O'Neill en Belfast, donde asistieron a un concierto que terminó con la Quinta Sinfonía de Beethoven. Mientras escuchaba Conor se comparó con el director de orquesta, que intentaba interpretar lo que el compositor quería decir. Esta obra era asombrosa: clara y tan perfecta que quien la escuchara no necesitaba de otro maestro que sus oídos.

Lo que estaba escuchando era, probablemente, la obra musical más grande jamás compuesta. Y estaba bien tocada por los músicos, completamente atrapados por su majestad y alzando raudo vuelo juntos.

Lo que Conor Larkin descubrió esa noche fue que el arte, fuera una pieza musical, una magnífica obra literaria, una gran pintura, una escultura, seguía una línea de lógica absoluta. Y ninguna obra musical compuesta antes de Beethoven era tan lógica como su Quinta Sinfonía.

El gran artista comienza con una línea sobre la tela.

El gran escritor comienza con una línea en el papel.

El gran músico comienza con una frase a menudo sencilla, como las cuatro notas de Beethoven… y alza un vuelo de lógica hasta su conclusión ultramundana.

Pero ¿qué decir de los impresionistas que *lady* Caroline tenía en su museo? La línea de lógica aún estaba allí, sólo que esfumada por la luz o exagerada por el tono y la expresión.

Existían muchas obras de arte, música y literatura, ocasionalmente, donde la línea de lógica se quebraba o no existía; entonces las palabras, los sonidos o las imágenes que llegaban a la tela no eran arte, sino un antiarte de distorsión. Conor sospechaba que, en esos casos, los casi artistas eran hombres de talento menor, sin capacidad, destreza, paciencia (o genio) para asumir la desquiciante, abrumadora tarea de seguir la lógica hasta su conclusión. Van Gogh, hombre de genio, se mantenía lógico mientras pintaba, aun en la demencia.

Los que no podían aplicar esa línea simple terminaban haciendo sonidos cacofónicos o una lógica patéticamente distorsionada en la creación del antiarte.

Estos autoproclamados artistas, que vivían a la sombra de los pocos poderosos,

vendían su discordancia, su confusión, sus líneas distorsionadas, a los elementos críticos, que también eran gente menor. Éstos, a su vez, creaban un lenguaje ilógico para describir el arte y la música ilógicos.

Los herreros, los albañiles, los hombres que tallaban las paredes de las cuevas, eran tipos sencillos, con ponderosas herramientas de metal. El primitivo artesano del hierro forjado era tosco, pero todo comenzaba con una línea lógica, porque eso era honrado.

Un Jean Tijou viene y eleva la línea y la lógica hasta una Quinta Sinfonía del hierro, majestuosa marcha hacia la cima de la montaña y luego más allá, epítome del genio humano.

Al regresar de Belfast, Conor encontró esas líneas simples y sencillas y las siguió por la cancela hasta sus exquisitas cascadas. El misterio se tornaba cada vez menos amenazante.

Dos veces por semana Conor llegaba a caballo hasta la casa solariega, antes de que rayara el día. Habían instalado un andamiaje y una forja dentro de un hogar. Poco después de que la gran casa entrara en su jornada, la condesa hacía su aparición matutina y ambos conversaban sobre el trabajo por hacer.

El tiempo que pasaban juntos adquiría mucha expectativa en tanto él desenrollaba sus dibujos, probaba la potencia de diferentes pinceles y toxinas para limpiar y explicaba lo que veían sus increíbles ojos.

Siendo muy niña, Caroline quería que su papá la llevara al astillero. Tras la muerte de mamá, al quedarse sola con su padre, esa esperanza se renovó. No tuvo éxito. Entonces se dedicó a la música y al arte. Todo lo que hacía era bastante pasable. Tocaba decentemente a Chopin, escribía bien y sus pinturas eran agradables, aunque carentes del don de Dios. Ni su padre podía comprar el don ni ella podía crearlo.

Esto, más la maldición de su sexo, la impulsaron finalmente a París, donde se regodeó en el fulgor de los genios creativos, les sirvió de modelo, amó a uno y recolectó fragmentos de esa creatividad. Era la compañía que adoraba. Habría podido quedarse en París, pero Freddie no quería casarse de nuevo para buscar un heredero masculino. Al final, el amor por su padre la llevó de nuevo a Belfast y al comienzo del exilio en las colonias.

Por un tiempo, mientras restauraba Hubble Manor, pudo codearse con los artesanos importados y compartir el mismo ambiente; pero ellos terminaban y se iban. Ahora su única satisfacción era la pálida infusión de drama y música que había traído a Londonderry.

Pero allí estaba ese joven campesino irlandés; pronto le resultó evidente que tenía bajo su patrocinio a un hombre de talento descomunal. Mientras él retiraba a Tustini y a Schmidt de la gran cancela, el proyecto llevaba a Caroline hacia atrás, hacia los sueños más intensos de su vida: prestar testimonio, inspirar, captar las vibraciones chispeantes, vivir en el esplendor de la creatividad.

Tanto Conor como ella comprendían que era preciso encerrar, cada uno en su propio cuarto secreto, la imaginación desbocada. Se comportaban como artesano y protectora, con encantador decoro, íntimos en las cuestiones relacionadas con la cancela y en libertad de reír mucho juntos. Cuando era necesario tocarse, ya para mostrar planos o trepar por los andamios, lo hacían de modo tal que nadie tuviera nada que murmurar en una casa llena de rumores.

Décadas enteras de herrumbre caían ante los constantes experimentos de Conor con compuestos, ácidos y abrasivos suaves. La vejez, las manos poco hábiles, el fuego y los cañonazos habían dejado manojos de hierro que parecían algas marinas retorcidas. Las vigas arriba y los cimientos abajo estaban en condiciones dudosas. Había magníficas filigranas de hojas, vegetación, animales y nenúfares mutiladas o faltantes.

Poco a poco se fueron quitando las falsificaciones. Desaparecieron las secciones de Joaquina Schmidt, implacablemente pesadas e inspiradas en el Valhalla. Se desprendieron los estallidos estelares del confundido y abrumado maestro italiano.

Los sectores originales fueron luego estudiados con vidrio de aumento, centímetro por centímetro, y comenzaron a crecer nuevamente en un renacimiento de belleza. Con cada sesión, a medida que Conor ganaba confianza en sí mismo, se elevaba el nivel de su arte. Y cada vez que se elevaba Caroline lo sabía sin palabras. La silenciosa comunicación era un flujo del maestro a la cancela, de la cancela a la patrocinadora.

Se estaba produciendo algo bueno, que podía sentirse en toda la casa solariega. Roger, al percibirlo, se permitió largas visitas, sumamente impresionado por Conor, que le explicaba la lógica de sus movidas.

Descontando a Caroline Hubble y a sus propios ayudantes, Conor se mantenía aparte del parloteo vital de la mansión. Si el tiempo era bueno almorzaba afuera, bajo un roble inglés centenario. En el principio se lo dejó en soledad, para que pudiera meter la nariz en un libro, pero pronto esa muralla fue franqueada por Jeremy Hubble.

El adolescente lord Jeremy, Vizconde de Coleraine y futuro heredero del condado, estaba totalmente deslumbrado por su primer héroe legítimo, el gran rugbier gaélico. Jeremy (más adelante con sus compañeros de las familias aristocráticas) zumbaba alrededor de Conor y lo importunaba para que pateara y pasara la pelota irlandesa, de extraña forma, u organizara pequeños partidos de práctica.

Conor trató de ahuyentar a Jeremy, pero sin éxito. En caso de mal tiempo (del que había más de lo justo), Jeremy daba por sentado que el salón grande podía servir como cancha cubierta.

Cuando Conor volvía al trabajo, Jeremy continuaba rondándolo y mostrándose inútilmente útil. Al principio llevaba y traía cosas por el andamiaje. Más adelante logró que Conor lo ayudara con sus lecciones escolares.

Un día enfermó el aprendiz de Conor. El Vizconde de Coleraine saltó al

andamiaje y operó los fuelles, desnudo hasta la cintura y disfrutando del sucio trabajo. De ese modo demostró que no se dejaba vencer por la exigencia de los fuelles y pronto se hizo útil con sus pequeños trabajos.

«¿Habrá en Jeremy algo que no sea simpático?», se preguntaba Conor. Era grato pensar que un niño pudiera crecer en tanta abundancia y mantener un buen entendimiento con el personal, con quien hablaba como con su madre. El abuelo siempre había sido un rufián, pero adoraba a Jeremy. «Es casi como un niño irlandés normal», pensaba Conor.

Se aconsejó no permitir que arraigara una amistad demasiado profunda. La separación era inevitable y, una vez que él terminara, los contactos serían escasos. No quería dejar al niño con el corazón destrozado.

Al cabo de cinco meses Conor había terminado lo que se proponía hacer. El ambiente cambió de modo notable mientras él se preparaba para retirar sus cosas. Una noche antes de la partida, Caroline se presentó con una botella de whisky en la mano, sirvió dos sin agua y lo invitó a sentarse en la «oficina», es decir: ante la mesa de refectorio.

—Quiero que se quede y haga una restauración completa —dijo sin rodeos. Si no puede hacerlo usted, nadie podrá. Y con esto expreso también los deseos de lord Hubble; Jeremy está de acuerdo, por cierto.

—Estoy bastante conforme con lo que hemos hecho, pero en verdad sólo ha sido un trabajo de reparación.

—Su modestia sólo se puede comparar con los deslumbrantes argumentos que piensa presentar. Que cómo hacemos para conseguir veinte toneladas de hierro Clanconcardy. Que debe atender su forja de Londonde… eh… de Derry. Que será preciso destruir veinte moldes para hallar el adecuado, etcétera, etcétera, etcétera. El destino lo quiere así, señor Larkin —agregó con entonación irlandesa. Ahora bien, he aquí mi problema. Nos acercamos al fin del siglo. Quiero organizar aquí una serie de celebraciones como esta parte de Irlanda no las ha visto nunca…

—Y usted siempre consigue lo que desea y desea esto más que nada en el mundo… *milady* —completó Conor, con astucia. Todo esto asumiría otro cariz. Para terminar antes del fin de siglo tendría que emplear a mucha gente, hasta doce hombres, más otro maestro para que ejecutara mi plan básico y yo mismo para terminarlo.

—Oh, veo que lo ha estado pensando.

—Por supuesto que lo he estado pensando. Lo suficiente como para saber que es hora de retirarme.

—Es hora de continuar. He leído sus poemas, como bien sabe, y sé que tiene ciertos reparos sobre el simbolismo de la cancela; además, yo lo he alejado del Salón Celta. ¿Tiene miedo de vivir entre dos mundos?

—Sé bien lo que quiero ser cuando crezca —replicó Conor.

—Por trabajar tres años aquí no se haría viejo, hombre. Aún le quedaría toda la

insurrección por delante. ¿O tiene miedo? ¿Lo suyo se agotó con estas reparaciones?

—*Lady* Caroline…

—Esta restauración le dará renombre. Bien sabe que no se le volverá a presentar otra posibilidad de trabajar en algo como esto. Si abandona ahora, lo lamentará toda su vida. Probablemente conoce a Tijou mejor de lo que él se conocía a sí mismo. ¿Qué sería del pobre Mozart si los músicos futuros no se animaran a tocar sus sinfonías?

—¿Quiere callarse por un minuto, mujer? Caroline obedeció, mientras él enrojecía ante su propio arrebato. —Escúcheme con mucha atención, por favor.

—Escucho.

—Téngame paciencia, porque esto es muy difícil de expresar. Tijou debe de haberse enamorado locamente de Irlanda. Tal vez fue por una mujer. Según los registros de la Iglesia era muy, pero muy travieso con… bueno, con su herramienta. Tal vez ejecutó esto en medio de una fiebre religiosa. Porque no lo hizo en el Castillo de Windsor… ni en el Vaticano… sino en un remoto rincón de un país remoto. No le importaba que vinieran multitudes a rendirle homenaje. No le importaba que nadie lo viera jamás. Esta cancela fue algo entre Tijou y Dios. Quizá no le gustaría que yo pisoteara su tumba.

—Creo que Tijou daría su aprobación. Es más: le encantaría.

—Veo que usted no está captando mi mensaje —barbotó Conor. Veamos cómo puedo expresarlo. Casi todas las grandes obras religiosas, y ésta lo es, han sido hechas desde el punto de vista de Dios, que mira hacia abajo, con aprobación o desaprobación. Dios desafía al hombre. Pero en la Quinta Sinfonía de Beethoven el punto de vista era el del hombre expresando a Dios la gloria del hombre. Esta cancela es el hombre levantando la vista hacia Dios para decirle lo gloriosa que es la humanidad. Aquí no está Dios mirando hacia abajo para juzgar.

«Oh, este mágico muchacho», se dijo Caroline, mientras Conor se paseaba de un lado a otro.

—Pero Dios es un tipo sagaz. No permite que el hombre lo imite en el plano más alto, a menos que descubra a un Beethoven o a un Miguel Ángel; entonces les permite jugar a ser Dios.

—¿Y cómo lo hace, Conor?

—En unas pocas personas de las que honran esta tierra Dios ha infiltrado el Espíritu Santo; en algunas, por un momento fugaz, en otras, por un momento shakespeareano. Mientras hacía esta cancela, Jean Tijou estaba en trascendencia; conocía momentos de sublime pasión y de locura total. ¿Quién diablos puede saber qué pasa en la cabeza de un hombre así?

—Oh, señor Larkin, querido Conor, daría la mitad de mi vida por ser testigo silencioso de tanta creatividad.

—Ese hombre suyo, Cézanne, era uno de esos maestros trascendentes, pero ¿podría copiar a Renoir sin desviarse en su propia dirección?

—Como he posado para los dos, diría que su análisis es ingenioso. Claro que yo era un poco más delgada en esos tiempos.

La sincera exposición de Conor fue interrumpida por las carcajadas de ambos. Ella lo tenía arrinconado.

—Una vez usted dijo que la tercera parte de un Tijou arruinado valía por mil Conor Larkin. Por desgracia, en el proceso he descubierto que no sólo es demasiado modesto, sino que, si no es la reencarnación de Tijou, posiblemente lo haya superado.

—Oh, vamos…

—No deje pasar esta ocasión, Conor. Siga tras su sueño, porque no volverá a presentarse.

—Me está pidiendo que salte del borde del mundo a lo desconocido.

—Sí, hombre. ¿O no tiene agallas?

—No sé.

—Bueno, averigüelo. Móntese en la escoba de una bruja, aúlle al viento, rompa los vidrios, aspire éter o emborráchese. Yo me encargaré de levantarlo. Pero por el amor de Dios, entienda que su destino es hacer este trabajo.

Allí estaba, pues: el guante arrojado a la cara, el desafío final.

—Este fin de semana vendrá a Derry un amigo mío —dijo Conor, con bastante suavidad. No puedo decir que estemos de acuerdo en todo, pero no recuerdo que hayamos estado nunca en desacuerdo.

Capítulo 23

El silbato del árbitro señaló el fin del partido, gracias a Dios. La cancha parecía un campo de batalla. Conor Larkin se había agotado acicateando a sus compañeros para que alcanzaran y superaran a un equipo de Sligo, decididamente inferior.

Estaba boca abajo y apenas podía moverse, por lo denso del lodo. Sintió que varios brazos fuertes lo aferraban y se metían debajo de él para incorporarlo de rodillas. Mientras intentaba limpiarse la sangre de la nariz y despegar los ojos volvió a caer en el barro, bajo los cuerpos lanzados de sus compañeros, en una revolcada de victoria. La muchedumbre se precipitó desde las gradas bamboleantes y las plateas para alzar en hombros a sus lodosos guerreros.

En la cantina de Nick Blaney, el médico del Bogside se dedicó a remendar a los muchachos, aplicando un whisky antiséptico a las heridas, mientras corría la cerveza por sobre ellos.

El dinero apostado cambió de manos. Los perdedores de Sligo recibieron consuelo con el espíritu de la hermandad, que reinaría cuanto menos hasta que sonara el primer insulto, seguido por la primera trompada; era cuestión de tiempo.

Conor exhibía orgullosamente a su amigo Seamus O'Neill, ya todo un periodista del *Belfast Telegraph*, periódico del establishment. En su tiempo libre Seamus pergeñaba ensayos republicanos y poemas, además de probar la mano con las obras teatrales.

Era la primera vez que se reunían desde la desaparición de Tomas Larkin. Tal como Seamus había previsto, su propio padre, que había trabajado junto a Tomas desde la niñez, también partiría muy pronto.

El dolor del partido empezaba a infiltrarse en el entumecimiento. La celebración se había reducido a cantar baladas irlandesas. Los muchachos estaban demasiado cansados para hacer bulla. Conor y Seamus se escabulleron.

Ya en la forja, Seamus llenó la bañera de agua caliente, mientras Conor se frotaba entre gruñidos, pues parecía llevar encima la mitad del barro del Bogside; luego subió renqueando hasta su cómodo departamento del piso alto y se dejó caer en la poltrona, mientras Seamus se instalaba junto a la botella de whisky.

—Duro, el combate —comentó Seamus.

—Esos brutos juegan sucio. Tienen demasiados orangistas en ese equipo. Mira, ¿qué te parece esto? Marcas de mordidas en la pierna. Y tengo otra en el culo.

—Cualquiera diría que eso era el estadio de Dublín en las finales de Irlanda.

Conor se puso varios almohadones detrás de la espalda y uno bajo el brazo para elevarlo con cuidado.

—Esa botella no es un regalo de Navidad.

Seamus se la pasó.

—Conque ahora eres un gran periodista.

—En el periódico no puedo publicar nada de tipo republicano. Por el momento me limito a las bodas y a los funerales; también cubro el flanco católico de las noticias policiales.

—¿Y cómo te va con las mujeres? ¿Encontraste alguna bastante petisa, como para ti?

—Ser periodista, aunque sea principiante, tiene sus privilegios. Siempre tengo a una linda muchacha prendida del brazo. Y me gustan altas, para tener los ojos a la altura de las tetas. Te aseguro, Conor, que últimamente me parece haber llegado al cielo. Durante cuatro años los O'Neill y Belfast se turnaron para darme alojamiento y comida, a veces de a tres por cama. Por suerte soy bajito; gracias a eso podía acostarme cuando tenía un armario propio; de lo contrario habría tenido que dormir de pie. ¿Te imaginas? Ahora tengo departamento propio, con heladera y bomba de agua en la cocina, y el excusado a un paso de la puerta. El problema es que debo seguir rotando a las chicas, sobre todo a las católicas. En cuanto recibes a una en tu casa empiezan a cambiar las cosas de lugar, pretenden que te vistas como un figurín, te exhiben en la iglesia y ¡Cristo, cuántos parientes tienen! Así que prefiero retozar en aguas protestantes. Ya estoy harto de llantos, avemarias y confesiones. ¿Y qué me cuentas de ti?

—Aquí ando, a la deriva —dijo Conor.

—¿Extrañas a tu papá?

Conor sacudió la cabeza y los ojos se le llegaron de lágrimas. Los dos amigos guardaron silencio por un rato.

—Estuve en Ballyutogue. Nunca esperé que mi papá pudiera seguir andando mucho sin Tomas. Fergus no lo dice, pero se le nota en la voz: está solo. Sesenta años, siempre juntos, los dos. Ballyutogue está realmente hundida en la pena.

Y volvieron a callar. Seamus hizo un gesto hacia el atril, donde estaba su primera obra.

—El diálogo es estupendo —dijo Conor. Los personajes se mueven bien, solos e interactuando.

—Entonces, ¿dónde está el problema? —interpeló Seamus.

—Por Dios, hombre, no soy crítico.

—¿Qué cuernos pasa con esa obra? —insistió Seamus.

Con un gruñido gemebundo, Conor cambió de posición. A Seamus se le iluminó la cara, como cuando estaban en el refugio de la pradera alta y su amigo iniciaba una disertación.

—Casi todas las obras y las novelas se inician con una idea de todos los diablos —comenzó Conor.

—Sí.

—Digamos que la obra es el viaje que vas a iniciar y Dublín es el Primer Acto. El Segundo Acto representa la mitad del viaje, en el medio del Mar de Irlanda. Ése es

siempre el problema.

—¿Qué problema?

—Al salir de Dublín no sabías si ibas a Londres, a París o a Amsterdam, de modo que seguiste viajando en círculos y nunca llegaste a destino, porque no sabías cuál era ese destino al salir de Dublín. Tienes que conocer la frase final, Seamus. Tienes que trazar una línea desde Dublín a París; de ese modo la obra se torna lógica. Aunque te desvíes del curso, si sabes que vas a París, al final llegarás allí.

—Conocer la frase final, conocer la frase final, conocer la frase final —se regañó Seamus. Por supuesto.

—No te lo tomes muy a pecho. No imaginas cuántas obras y novelas se hunden en mitad. Hasta Shakespeare tenía problemas con eso. A veces se sublevaba y mataba a todos en el escenario.

—¿Cómo no me di cuenta?

—Lo que dices en el Segundo Acto, antes de hundirte… ¿de veras crees que habrá un levantamiento contra los británicos en nuestra generación?

—Sí, Conor, estoy seguro. Está brotando de las cortes y del Parlamento, en una corriente inconfundible. Y el avance es hacia las armas.

—Hace demasiado tiempo que el pueblo irlandés vive subyugado —dijo Conor. Acepta la miseria. Hay un renacer, pero es muy lento. Es preciso que desaparezca una generación vieja para que otra nueva pueda activar algo.

—Creo que esa generación es la nuestra —insistió Seamus.

—Andrew Ingram, ¿leyó la obra?

Seamus sacudió la cabeza.

—Mira, yo quería que mi mentor la leyera cuando estuviese próxima a la perfección. Cuando me pareció que estaba cayendo en un agujero preferí que tú le echaras el primer vistazo. Y cuando levanté la cabeza Andrew se había ido. Fue un verdadero golpe.

—Un golpe terrible —reconoció Conor—, algo profundo, que no deja en paz. Algo extraño, como la conducta de O’Garvey en estos últimos tiempos. De algún modo Kevin y Andrew están vinculados. Me gustaría saber qué pasó.

—Tal vez sea mejor que no lo sepas. Tarde o temprano te lo arrojarán todo en el umbral. Oye, hoy vi que Crawford, el de los Boilermakers de Belfast, te estaba observando. ¿Hay algo en vista?

—Todos los años, por esta época, viene al oeste en busca de posibles jugadores. Me ha ofrecido probarme cuando yo quiera.

—El equipo de rugby de Frederick Weed —gruñó Seamus. El chico que estaba en el banco del Bogside, ¿no era el de la Condesa de Foyle?

—Sí; somos el único equipo de Irlanda que tiene a un vizconde como aguatero.

—Te estás poniendo incestuoso con esa gente.

—¿Sabes por qué te pedí que vinieras? —preguntó Conor.

—Déjame adivinar.

—Ella me ha pedido que complete la gran cancela. Tomas y yo nunca llegamos a hablar de eso, pero él lo olfateó y me hizo llegar un mensaje desde la tumba, por medio de Dary. Dary me advirtió que estaba coqueteando con quinientos años de aceite y agua imposibles de mezclar y que, por haber pasado tanto tiempo en Hubble Manor, empezaba a verle rostro humano al enemigo. Tomas ordenó: «Di a mi muchacho Conor que no condene su propia alma ante sus propios ojos».

—Estás enamorado de ella desde los doce años. ¿Vas a decirme que ustedes dos seguirán sin tocarse por tres años más?

—¿Quieres escucharme? —replicó Conor, enojado.

—Para eso vine, para escucharte. Para dedicar tres años a algo como la gran cancela se requiere pasión —dijo Seamus. Es como escribir tres obras.

—¿Para eso te sirvieron cuatro años de estudios en Queens? ¿Para expresar ese pensamiento tan profundo?

—Bueno, ve a la casa solariega y sigue torturándote. Y cuanto más cómodo te sientas entre ellos, mayor será tu tortura.

—¿Te parece que eso tiene sentido?

—Sí, me parece. Te torturarás porque no podrás olvidar quién eres, de dónde vienes ni lo que quieres hacer de tu vida. Cada día que pases con ellos te alejarás más de nosotros. Y ése será un tormento infernal.

—No quieres escucharme —dijo Conor.

—Te estoy escuchando con toda atención.

—Mira, esto se relaciona con el principio de una reconciliación.

—¿Con Roger Hubble?

—¡Seamus, por favor! Se trata de… de que… Jean Tijou no creó esa cancela como prisión. La mitad de mi ser está en el metal forjado. Y esa mitad mía me empuja a Hubble Manor. En este momento, mi vida consiste en tener ese trozo de metal caliente en la mano.

—Y la otra mano en el trasero de Caroline Hubble. Supongamos que la gran cancela estuviese en Cork y que no existiera Caroline Hubble…

—¡Miércoles!

—¿Puedes separar a esa mujer de la cancela?

Conor lanzó el quejido del hombre descubierto.

—Quizá la cancela exprese lo que siento por ella. Quizá la única manera de expresar mis sentimientos sea a través de la cancela. Pero sé que ha entrado en mí una energía, un espíritu… un deseo, si lo prefieres así, que sólo estará satisfecho cuando haya terminado con esa restauración. No puedo dominar lo que me impulsa, Seamus.

—En ese caso, estoy de acuerdo —manifestó Seamus. Y voy a decirte con qué estoy de acuerdo. Estoy de acuerdo con que pases tres años caminando por una cuerda tensa estirada por sobre un caldero de lujuria hirviendo.

—Bueno —susurró Conor—, eso requerirá un poco de esfuerzo, ¿no?

—Sí. Y si ustedes dos no se dejan mutuamente en paz, pueden prender fuego a la

mitad de Ulster.

Capítulo 24

1899

La restauración tomó un rumbo totalmente distinto. Ya no era dominio exclusivo de Conor Larkin y Caroline Hubble. Se importó de Inglaterra a otro maestro herrero y se entrenó a un equipo completo, para gran deleite de las mucamas.

No bastaba con acordar la gran estrategia, sino también el enfoque táctico día por día. Harían la cancela por partes; el trabajo menos delicado estaría a cargo del segundo maestro y el equipo; luego sería instalado por medio de un aparejo de poleas. Conor, por sí solo, se ocuparía de ensamblar las partes y de la terminación.

A medida que, entre pruebas y errores, se iban hallando los moldes adecuados, el equipo adquiría confianza en los maestros y éstos, confianza en ellos mismos. Hacían un descubrimiento tras otro. La cancela crecía, casi inmensurablemente, pero en perfecta armonía con el original.

El centro de la pieza se acercaba mucho a ser una creación de Larkin, porque no había quedado nada del original. Además de crear, Conor debía hacerlo conformando y con respeto.

Llegó a ser evidente que Tijou había tenido en la mente una presentación grandiosa; su descubrimiento evolucionaba y era tan importante como el hierro de Clanconcardy.

A lo largo, el salón grande daba al este y al oeste. El lado sur del salón permitía la entrada del sol por la mañana y al atardecer, por medio de una serie de claraboyas abiertas en la parte más alta.

Una vez reconstruido, el salón grande se iluminaba por medio de cuatro arañas gigantescas, una en cada esquina, en simetría perfecta. Cada una sostenía diez docenas de velas. Conor hizo bajar las arañas por medio de poleas y, después de llenarlas con velas flotantes, las elevó hasta su sitio. Pasó varias noches sentado allí, estudiando la luz. Algo estaba fuera de lugar.

Durante el día el ambiente se llenaba de una luz azulada, diluida, encantadora, que entraba por las ventanas de claraboya. Por la noche, ya encendidas las velas, el salón y la cancela se esfumaban. Conor maldecía a Tijou, ese destructor de maestros. La luz nocturna era demasiado intensa. La luz del amanecer, al reemplazarla, entraba como los fantasmas a través de la niebla. El salón grande perdía la potencia nocturna de los hombres cubiertos de armaduras resonantes, para asumir un drapeado diurno de sedas y gasas, que manaban del artesonado oscuro y llevaban la vista hacia la cancela… siempre a la cancela. Era como la transformación de salir de una mazmorra nocturna a una tentadora nube celeste.

Conor se paseó a quince metros del suelo, por las vigas originales que aún existían. Poco a poco fue captando la lógica de Tijou al descubrir ciertos agujeros

para roscas que estaban obturados. Dedujo que eran para alojar varios candelabros más pequeños, dispuestos en línea curva y a alturas vertiginosas, que imitaban la luz natural del día.

Como casi todos los problemas desconcertantes, tenía una solución muy sencilla, que los había estado mirando a la cara desde el principio. Al efectuar las reparaciones de la parte original, Conor no había tocado la pintura negra ni el semidorado. Ahora ordenó que se quitara todo hasta dejar el hierro desnudo; el toque final lo aplicarla con su propia mano.

Lo que emergió fue el metal azul acero de Clanconcardy, que no sólo emocionaba al tacto, sino también a la vista. El hierro forjado había sido cubierto con pintura y sobredorado para darle un aspecto llamativo y monárquico, además de evitar la herrumbre. Obviamente, la pintura había sido aplicada mucho después de la muerte de Tijou. El francés quería la cancela al natural, con unos pocos colores de realce aplicados a pincel.

¡Gloria! ¡Gloria! ¡Gloria! ¡Gloria!

Respetando el acuerdo mutuo, Caroline y Roger no pusieron objeciones cuando Conor redujo su equipo al mínimo y clausuró la entrada del salón grande, exceptuando a sus hombres. La prohibición de entrada incluía a todos los de la casa, incluidos Jeremy y los condes mismos.

Consumido por el fervor de su secreto descubrimiento, Conor hizo fabricar en su forja cierto número de esos candeleros simples, a la quinta parte del tamaño original.

Durante los cuatro meses siguientes Conor trabajó por la noche, a solas. Durante el día, sus mejores hombres lijaban meticulosamente y retiraban la pintura con toxinas. Todos los días Conor hacía trasladar los diez o doce candeleros un poco más aquí, un poquito más allá.

Algunos de los más pequeños fueron instalados detrás de la cancela, en el extremo angosto de la nave, para que la luz llegara desde ambas direcciones.

La vieja casa solariega tenía un par de motivos para chismorrear, pues había un loco que se encerraba por la noche para pasearse como un lobo y sólo dormía de a ratos, durante el día, con la barba enmarañada y las mejillas hundidas bajo las ojeras. Los pocos que lo veían aseguraban que estaba completamente ajeno a todo.

Roger estaba en Belfast cuando Adam entregó una nota a Caroline.

> Estimados Lord y Lady Hubble:
>
> Les agradezco que soportaran mis tonterías. La cancela estará lista esta noche después del oscurecer, para su debida presentación.
>
> Conor Larkin

Ya era hora. Por muy artesano que fuera, Caroline estaba llegando al fin de su paciencia.

Al abrir la puerta encontró todas las luces eléctricas apagadas y el salón bañado por la luz de mil quinientas velas, instaladas en una docena de candelabros que se

tambaleaban curiosamente.

—Buen Dios —susurró Caroline—, buen Dios.

Conor, desde un nicho, miraba fijo, aturdido y sudoroso.

—¿Está usted allí, señor Larkin?

—Aquí… Venga a verla desde aquí.

Conque eso era. El sudor de Conor y el perfume que ella siempre se ponía para esos encuentros tardíos flotaron hasta juntarse. Ella sabía lo que iba bien con su piel y él le había dicho sin palabras que deseaba ese premio vespertino. Hasta ese instante ninguno de los dos había notado que el sudor de Conor tornaba aún más dulce ese perfume.

El salón grande oscilaba en un parpadear de ondas… un barco navegando en un mar de luz azul cobalto, reflejada en la cancela. Una fuerza irresistible la obligó a levantar la vista por la pieza de hierro forjado, más y más arriba… de hombre a Dios.

—Esos toscos candeleros son sólo temporarios. Haré otros decentes —murmuró él. Vea cómo asciende todo…

Por ser irlandés y tenor de inclinaciones irlandesas, Conor infló sus pulmones y lo abrió todo en un estallido.

—¡Ésa es la nueva obra de Puccini! —exclamó ella.

—¡Sí, sí, sí!

Ese dúo mediocre se enmarcaba en terciopelo azul, lanzado despreocupadamente a todo volumen, demasiado inexperto para semejante momento; pero ellos nada oían, nada sentían, nada veían que no creara el éxtasis. Por fin se interrumpieron, mirando fijo, jadeantes. Ya no se oía otro sonido que el de sus jadeos. Conor rompió en sollozos. Ella rompió en sollozos.

Tuvieron que tomarse de las manos, separados por la longitud de los brazos. Ella giró en redondo, mareada por el impulso de arrojarse contra él.

—Estoy tan cansado que apenas puedo mantenerme en pie —dijo él, dejándose caer en una silla.

—Eres tan grande como Jean Tijou… y más —dijo ella.

Y salió del salón a toda prisa.

Capítulo 25

A la terminación de la gran cancela siguieron extraños días de nerviosismo y noches desapacibles, para Conor en el Bogside y para la condesa en la casa solariega. Parecía natural verse arrojado de un lado a otro al interrumpir súbitamente una intensa rutina, prolongada por tres años.

Caroline, siempre simpática y señorial, se tornó irritable. Con toda prudencia, anunció a Roger que estaba exhausta y fue a pasar unas cuantas semanas con su padre, que retozaba en Montecarlo.

Conor, al retornar al movimiento republicano del Salón Celta y a las damas que lo esperaban, no halló satisfacción en esas causas. A la luz suave de su departamento, buscó en los libros palabras que pudieran consolarlo, pero conocía la causa de su mal. Estaba exhausto, liquidado, no sólo por la tarea cumplida, sino también por la represión que había ejercido sobre sí mismo durante los mil y un días de ver la piel de Caroline, el fluir de sus líneas, su pelo, su esencia y su voz, que había dominado en su compañía el arte de hablar con doble sentido.

En la forja cometía errores que no habría permitido en un niño aprendiz. En la cancha de rugby ya no era un terror. Su concentración estaba hecha añicos.

Después de un segundo mes, Conor recibió una nota entregada en persona, donde se le pedía que acudiera a la casa solariega para inspeccionar la cancela. Parecía requerir algún toque sin importancia.

Las puertas del salón grande estaban abiertas. Entraron en un ambiente que ahora poseía un aura exuberante: la que corresponde a las creaciones poderosas. El encaje de hierro estallaba suavemente, obligándolos al silencio.

—¿En verdad fui yo quien hizo eso? —preguntó él, por fin.

—Supongo que lo extraña terriblemente.

—Es como una amputación. Ahora siento mucho respeto por el escritor que pasa tres años trabajando en una novela.

—Yo debería haber previsto que esto sería una gran pérdida. Considérese con derecho a visitar este salón cuando guste.

—No conté con quedar tan exhausto. Ahora cualquier inútil me pasea de un lado a otro de la cancha.

Conor efectuó los retoques.

—La humedad de Ulster es terrible —murmuró—, pero esto debería durar unos cuantos siglos.

—Siempre que no haya insurrecciones —adujo ella.

—Voy a enseñar a uno o dos de sus sirvientes a mantenerlo pulido y, sobre todo, a quitar cualquier mancha de herrumbre. También le haré una inspección regular. Con tanta humedad, tantos tornillos y sectores entretejidos, el peso tiene que provocar

movimientos. Esas partes tendrán que aprender a convivir.

—Yo estoy teniendo el mismo problema —comentó Caroline. Es decir: aquí la rutina ha cambiado drásticamente.

—También la mía.

—Sir Frederick ha repetido el ofrecimiento que le hizo por mi intermedio, Conor. Está absolutamente convencido de que debe patrocinarlo. Le gusta la idea de ser un Medici. Tiene algunos encargos en la mente y bien sabe Dios que en Belfast hace falta un trabajador como usted. También reviste cascos de grandes transatlánticos y cree que usted podría hacer maravillas en los camarotes de lujo.

—Hace mucho tiempo, cuando salí de Ballyutogue, pensaba dedicarme a vagabundear por un tiempo. Por algún motivo, ahora me resulta difícil ver más allá de Derry.

—Hay otro motivo —dijo ella.

—¿Cuál podría ser?

—Como usted sabe, los Boilermakers le pertenecen. Ha hecho observar los partidos en que usted juega. Y todos creen que usted sería un gran jugador.

Conor se encogió de hombros con una sonrisa. «Así son: se apoderan de uno», pensó. Sentía algún remordimiento por haber descuidado a su gente del Bogside. En realidad, había visitado a Dary para confesarle que se sentía muy avergonzado.

—Sé lo que está pensando —dijo ella. Está pensando que no es nuestro irlandés domesticado.

—¿Dónde está Jeremy? —preguntó Conor, para cambiar de conversación. La semana pasada no fue a la práctica. Quería darle personalmente la noticia de que lo han aceptado en el equipo juvenil del Bogside.

—¿Es una broma?

—Es veloz, muy veloz, y le encanta estrellarse contra la gente.

—Eso hará temblar esta vieja casa hasta los cimientos —afirmó ella, riendo. Jeremy está en Kinsale, con su padre y Christopher, navegando un poco y pescando tiburones.

—Qué chico afortunado.

—Detesta ambos deportes, pero ya se sabe: padre e hijo y mantener la dignidad. Pero él lo extraña, Conor. Que usted le haya puesto la mano en el hombro es una de las mejores cosas que le hayan sucedido.

—Seguiremos siendo buenos amigos. Es un chico muy abierto.

—A diferencia de Christopher y lord Hubble. Jeremy jamás dirigirá Astilleros y Acerías Weed. Christopher, en cambio, está hecho a medida para ese trabajo. Jeremy será un conde ceremonial bajo supervisión estrecha, porque es demasiado cordial y sencillo, ¿verdad? Roger está convencido de que lo tuve para hacer feliz a mi padre —aseguró Caroline, áspera.

—¿Por qué me cuenta todo esto?

—Porque usted se ha convertido en un amigo querido y no quiero que mi hijo lo

pierda.

—Podríamos terminar haciéndonos daño y usted lo sabe.

—Bueno, es uno de los riesgos a correr si vamos a cambiar las cosas en esta provincia descabellada. Usted se ha ganado el respeto y el afecto de mi hijo. Si ustedes dos no pueden ser amigos, ¿quién lo será?

Con tantas enseñanzas republicanas como atestaban sus años, Conor no había oído decir ni creía que la aristocracia hiciera nunca un intento de adaptación. Sin embargo, Caroline y Jeremy lo hacían con él. ¿Era otra puerta que abrir… o una manera de ser tragado por el sistema? Sin duda, Caroline tenía buenas intenciones, pero ¿serviría de algo con Roger Hubble y los de su clase?

—Si le pedí que viniera fue también por otro motivo —prosiguió Caroline. Hay un pequeño trabajo que quiero encargarle. Tenemos un albergue en las colinas Urris. A caballo se llega en una hora.

—Oh, he visto la casa desde lejos. Cuando era niño. En el verano, mientras llevaba a pastar las ovejas en las praderas altas, mi amigo Seamus y yo veíamos ese albergue.

—Necesito rejas en las ventanas y una cerca con un portón más resistente. ¿Está dispuesto a hacer el viaje?

Conor galopaba tras ella, repasando el sueño de su niñez. Ella montaba bien. No como las mejores de su clase, pero sí de manera pasable. Lo suelto de su blusa, el pelo al viento y el hecho de que montara a horcajadas en vez de usar silla lateral, todo aumentaba la fuerza de su presencia. Mientras corrían por los bosques y cruzaban el arroyo, ella se abrió.

¡Estallaba el flanco salvaje de Caroline! Ésa era la mujer oculta que rompía con las restricciones. Conor se negó a escuchar sus propias campanas de alarma. Envuelto por el llamado de la sirena, aflojó las riendas a su montura.

El albergue era pequeño, pero perfecto, con la elegancia de los condes estampada en cada cosa. Una vez adentro Conor cayó en la cuenta de que era dominio privado de Caroline. Las cabezas de animales habían desaparecido; aquello no era ya un lugar masculino para matar venados, sino algo sensual.

Caroline sabía que no era gran artista, pero allí podía liberarse de su frustración. Sus pinturas no tenían buen dibujo, pero estallaban con inconfundible erotismo. La biblioteca, pequeña pero bien escogida, hablaba de dioses que hacían el amor, de hombres y mujeres que imitaban a los dioses en todo sentido. Había sedas que suavizaban el cuarto y en el suelo, pieles tentadoras.

Mientras recorría el ambiente con la vista, Conor se puso algo nervioso. Nunca se había comentado que Caroline tuviera aventuras viles ni que fuera infiel. Ese lugar era algo salvaje. No sólo él sabía jugar con luces y sombras. Era obvio que ella había estado allí con su esposo. Súbitamente la idea lo perturbó.

—Bueno, ¿usted quiere poner rejas en estas ventanas para impedir que entren los cazadores furtivos o para que no puedan salir?

—He prohibido la caza en las vecindades de este albergue. En cuanto a los salmones, poco me importa que los incursores dejen los arroyos vacíos. Pero quiero estar aquí en paz, tan loca como estabas tú hace tres meses. Sí, Roger viene y a veces desatamos algunos relámpagos por un instante. Pero siempre me voy desconforme. ¿Alguna pregunta?

—El día en que salí de Hubble Manor me sentía muy orgulloso de mí mismo —dijo Conor. Creía haber salido libre de todo eso. Había practicado la abstinencia de los santos. Pero todas las noches, cuando subo a mi departamento y apago la lámpara, me aferró a los barrotes de la cama y tiemblo. Sigo estando prisionero, como lo he estado desde los doce años. Estos dos últimos meses han sido peores que los doce años sumados. Por tres años ha sido como si me calmara con sólo verte.

—Bueno, irlandesito, no tienes por qué seguir esperando.

Sus cuerpos se ajustaron como si hubieran sido moldeados en el taller de un maestro: a la perfección. Él la estrechó como a un ave preciosa, sin estrujarla y sin dejarla ir. Se mecieron suavemente, se mecieron, suspiraron y volvieron a suspirar, estrechándose un poco más.

—Los martes siempre trabajabas hasta tarde —dijo ella. Yo sabía que por la noche estarías solo y esperaba todo el día con el corazón en la boca, hasta que tu gente se retiraba. Entonces salía al balcón para observarte cuando te lavaras y te pusieras la camisa.

—Sabía que me estabas observando —confesó él.

—Y yo sabía que tú sabías. No te dabas ninguna prisa.

Toda la fiereza surgió en los besos y las exploraciones más suaves. El hambre era enorme y era preciso darle alimento poco a poco. Los brazos de Conor eran el acero y el terciopelo de la cancela: potencia y ternura. No se parecía al romano enamorado de sí mismo ni al parisino autoflagelante. Conor Larkin era algo completamente nuevo.

Era la misteriosa Irlanda, tan llena de deseos, tan necesitada de compasión. Pero ese muchacho no la ahogaba en la bebida: la dejaba surgir en las palabras dulces y brumosas de su poesía, esos poemas que ella nunca había leído.

Se deslizaron hacia un fácil fundirse, moldearse, probándose y provocándose.

«Vamos, irlandesito; yo también tengo algunas cosas que mostrarte… y lo voy a hacer».

Retrocedió.

«Ven a buscarlas», pensó, «lentamente… hasta el borde…».

Se volvió para caminar hasta que el hogar la detuvo; entonces lo enfrentó, abriéndose la blusa y ofreciéndole los pechos a la mirada. Aún eran magníficos, casi como los de una muchachita.

«Ven a tomarlos, Conor; no habrá regalo más glorioso. No tienes más que estibar la mano… y tomarlos. Están suplicando que los toques, Conor».

—Estamos en ascuas desde el momento en que entraste en mi forja. Me desmayo de pasión, Caroline. No deberíamos haber deseado que pasara esto.

—¡Nada de arrepentimientos de católicos, ahora! —Le tomó las manos para llevarlas a su cuerpo. Los pulgares y los índices de Conor susurraron sobre sus pezones, haciéndolos estallar. Él se inclinó para degustarlos como si fueran los pechos más preciosos, los de una estatua perfecta.

La recorrió una sensación exquisita, que sintió en los dientes y en los muslos. Ahora era su propia mano, curiosa y hábil, la que lo buscaba. Se tironearon del pelo, mordiéndose mutuamente los nudillos.

—Oh, eres grande, muchacho —jadeó Caroline. Eres grande, sí.

—Él estaba tratando suavemente de liberarse, de retroceder. —No, no, no, no… Jugó con las uñas por su espalda, dejándolo indefenso. Le abrió la camisa para lamer los hermosos músculos del cuello y los hombros.

Conor cayó de rodillas.

Ella aflojó el abrazo, rondando por sobre él.

—Bien, querido Conor, vete si puedes. Ahora tienes a tu princesa. Tócame: estoy completamente mojada. Estallo por dentro, una y otra vez, y otra más, con sólo verte y tocarte.

Él se dobló en dos, temblando.

—¡Qué quieres de mí, por Dios! —aulló.

Caroline se dejó caer de rodillas junto a él y le apartó las manos de los ojos. El alargó suavemente las manos y trató de cerrarle la blusa.

—¡Tienes miedo!

—Es poco lo que puedo perder, Caroline, pero tengo miedo del desastre que provocaremos. Si cruzamos esta línea, estaremos en un camino sin regreso hacia el infierno. Si sólo estuviéramos tú y yo, la cruzaría. Pero esto podría acabar con la muerte de cientos de personas que ni siquiera conocemos. ¿Qué me dices de tus hijos? ¿Y de tu padre?

—¡No me importa lo que pase!

—Sólo podemos estar juntos en espíritu, Caroline. La pena es que lo nuestro nació bajo una mala estrella.

—Las experiencias más intensas de mi vida han sido los nacimientos de mis hijos. He sentido la misma intensidad contigo, por tres años, con sólo mirarte. No somos la primera pareja que se arriesga. ¡Al diablo con lo que pase! ¡Te deseo, hombre!

—Y tú siempre obtienes lo que deseas.

Caroline se puso de pie.

—¿Sí? ¿Lo obtengo? ¿Crees que yo deseaba el acuerdo entre, Roger y mi padre y estos catorce años de fidelidad? ¿Crees que deseo ser la reina de arcilla del oeste? Oh, sí, me dejan jugar con cortinados, banquetes y conciertos, para mantener viva esa sucia alianza entre ellos, y yo me lleno de asco por hacer lo que ellos quieren. Una

sola vez, Conor… ahora… ahora…

—Eres egoísta, Caroline. Esa mentira no desaparecerá jamás.

—Conor…

—¿Nunca piensas en nadie aparte de ti misma?

La lujuria había sido herida y atemperada; se instalaban la confusión y la futilidad. Conor se dejó caer pesadamente en el sofá; ella se arrodilló al lado, con la cabeza apoyada en su regazo. Él le acarició el pelo con dulzura.

—Soy más culpable de esto que tú —dijo. Quería que te enamoraras locamente de mí por los peores motivos: para infligir el dolor más terrible a Roger Hubble y a toda su raza. Pero ya ves, Caroline: fracasé porque te amo con desesperación. Mírame.

Ella se las compuso para obedecer.

—Lo gracioso del caso —susurró— es que siempre me bastó armar una rabieta para conseguir lo que deseaba, aunque no lo deseara mucho. Tú eres el único hombre que he querido de verdad.

—Gracias a Dios, la fantasía es perfecta. La fantasía es pura. La realidad entre tú y yo equivale al desastre.

Mientras Conor se levantaba para cerrar la caja de herramientas, ella hizo lo mismo y se quitó la falda. Después de desnudarse se hundió en una gruesa alfombra cubierta de almohadones de seda, llamándolo con el cuerpo. Él la miró por única vez, para que la imagen lo acompañara por toda la vida. Luego volvió a arrodillarse a su lado.

—No puede ser —le dijo con firmeza, cubriéndola con una manta.

Caroline le sujetó el brazo.

—Conor —imploró.

Firme, seguro, él se liberó de esa mano.

—¡Lárgate, irlandesito! —exclamó ella, abofeteándolo. Luego se enterró entre los almohadones.

Él retrocedió, buscando la puerta.

—¡Conor! ¡No te vayas!

Caroline oyó que la puerta se cerraba suavemente y levantó la vista. Él se había ido.

—¡Vuelve, Conor! —aulló. ¿Me oyes? ¡Conor! ¡Vuelve aquí, maldita sea…!

Capítulo 26

Cambio de siglo

En pleno embarazo, Atty Fitzpatrick era la representación más aproximada de la Madre Irlanda que podía ofrecer un mortal. Llevar a un niño en su vientre y darlo a luz resultaba mucho más sencillo que cargarlos en la cadera durante una manifestación o mecer la cuna con la mano izquierda mientras sostenía con la derecha el libreto a leer.

A Theobald, el primero, siguió Rachael con dieciocho meses de diferencia. Eran la familia «real» de los republicanos.

Mientras hubiera un soldado británico en su territorio, a Irlanda jamás le faltaría un asunto que llevar a litigio. Desmond estaba lleno de casos, pero los aranceles legales por defender causas republicanas eran escasos, si por ventura existían. Sin embargo, Des parecía ignorar que fuera necesario cobrarlos. A Atty le tocaba mantener provista la alacena familiar, mediante las actuaciones y los ingresos de la herencia.

En esos tiempos él trabajaba desesperadamente para impedir que se hundiera el Partido Irlandés, tras la crucifixión que de Charles Stewart Parnell habían hecho sus enemigos políticos, con toda la ayuda de los obispos irlandeses. Parnell tenía la temeridad de convivir y tener hijos con su bienamada Kitty O'Shea, quien no podía divorciarse de su pérfido esposo.

Continuaba luchando por una Ley de Autonomía que liberara al país, siquiera en parte. Des fue una de las fuerzas que respaldaron el boicot del Partido Irlandés contra el Jubileo de Diamante de la reina Victoria.

La afrenta de los irlandeses contra la vieja Reina, que aún dormía bajo el retrato de su difunto esposo y le hacía preparar la ropa, treinta y cinco años después de su muerte, habría debido ser una nota de atención para Inglaterra. El mensaje era obvio: la primera colonia de Inglaterra no estaba integrada ni apaciguada, tras más de tres siglos de ocupación, cientos de leyes antisubversivas, forzados actos de unión con la isla madre, una hambruna y medidas muy duras, reservadas sólo para los irlandeses.

Lejos de Irlanda, en el Transvaal de Sudáfrica, sonaba un disparo de advertencia aun mayor. Cecil Rhodes era el epítome del hombre imperial. En un descarado manotazo a las minas auríferas del Transvaal, trató de incorporar dos territorios habitados por bóers holandeses a una «unión» ya aceptada con Gran Bretaña. Los bóers se resistieron por las armas.

Los británicos cayeron entonces en la cuenta de que llevaban casi un siglo, desde los tiempos de Napoleón, sin trabarse en lucha con un ejército moderno; se vieron

obligados a convocar unidades de todo el imperio, hasta reunir medio millón de hombres.

Aunque el ejército local bóer equivalía a una fracción de las fuerzas británicas, su estrategia de emboscadas y golpes rápidos obligó a lord Kitchener a someterlos de la manera más brutal, aplicando tácticas de tierra quemada. Ordenó encerrar a numerosos bóers, en su mayoría mujeres y niños, en lo que él denominó «campos de concentración», donde las condiciones eran tan deplorables que el hambre y las enfermedades los mataron por millares.

Las penurias de los bóers despertaron en Irlanda vividos recuerdos de la hambruna. En Dublín, Atty Fitzpatrick encabezaba la antibritánica Comisión del Transvaal.

Aunque había buenas brigadas imperiales irlandesas combatiendo por la Corona, también existía del otro lado la habitual banda de voluntarios irlandeses.

Seamus O'Neill, el amigo periodista de Atty, viajó al Transvaal, por cuenta de una asociación mundial de semanarios y revistas irlandeses. Allí ganó celebridad al exponer los horrores del campo de concentración de Bloomfontein.

Entonces Atty recibió una noticia inesperada: el anuncio de otro embarazo. Le faltaría una cadera para cargar a su familia. Theo y Rachael aprendieron a llevar pancartas en cuanto supieron caminar; sus primeras palabras no se refirieron a mamá y papá, sino a los mártires irlandeses. Todo había funcionado bien antes de que Emma hiciera su aparición.

Con tres hijos y todo, Atty no tenía tiempo de aminorar la marcha, pues el renacimiento gaélico estaba en pleno florecer con el apoyo a la nueva causa de los bóers. De sus escenarios llovían palabras, la más dinámica, penetrante, sarcástica y condenatoria de todas las armas irlandesas; saltaban de las ocasionales columnas que Atty publicaba y desde el estrado de los oradores en las manifestaciones iluminadas por antorchas.

Cuando los británicos agregaron el Transvaal a su Imperio, el regreso de los compatriotas reavivó la lucha de la propia Irlanda contra los británicos.

Un periodista llamado Arthur Griffith formó un nuevo y agresivo partido político, llamado Sinn Fein, que significa «Nosotros Solos»; era un primer paso para desautorizar al inepto Partido Irlandés. Su grito de batalla fue: «¡autonomía!».

Desmond Fitzpatrick y la batalla legal habían sido la primera pinza del ataque irlandés. Arthur Griffith y el Partido Sinn Fein fueron la segunda.

La tercera pinza, la insurrección armada, llegó bajo la forma de Dan Sweeney, subrepticiamente reingresado en el país. Era un héroe tradicional secundario, reliquia de los desastrosos alzamientos fenianos y residente de cinco o seis prisiones británicas, donde sufrió todo tipo de humillaciones.

Sweeney había trabajado en cualquier parte del mundo donde se reuniera un puñado de irlandeses de credo combativo. Él mantenía avivadas las llamas de la rebelión, por débiles que fueran. Era la imagen viva del eterno revolucionario, hecha

de ácido. Carecía de lemas y de amores. Había sido estigmatizado por la Iglesia, pero siempre colgaba un crucifijo sobre el camastro donde pasara la noche.

Con las cortes ya en guerra con los británicos, la palabra política y las armas de los rebeldes habían vuelto a Irlanda bajo la forma de Arthur Griffith y el largo Dan Sweeney.

En este escenario reingresó Seamus O'Neill, con una buena reputación ganada en la Guerra de los Bóers. De inmediato fue empleado por el *Dublin Journal*, gran diario que se inclinaba por el punto de vista republicano, pero cuyo mayor interés era el handicap de los caballos.

Seamus ocupó un departamento en los límites del municipio, con la destilería Guinness a un lado y el Castillo de Dublín, sede del gobierno, por el otro. Fue un inmediato y bien recibido agregado al renacimiento; Des y Atty Fitzpatrick reanudaron los primeros contactos que habían establecido con él a través de la Comisión del Transvaal.

Por supuesto, el Seamus O'Neill de Ballyutogue, raro católico becario de la Universidad de Queens, periodista y héroe de una guerra, espadachín con las palabras, no tardó en ser un verdadero elegante de Dublín.

Además de hacer su trabajo para el *Journal*, pergeñaba ensayos para los periódicos irlandeses de Norteamérica; también anunció a Atty Fitzpatrick que estaba escribiendo una obra.

Seamus O'Neill, el que estaba a sus anchas en las cantinas, la pista de carreras y el teatro, vivía también otra existencia. En cuanto pudo estableció contacto con el largo Dan Sweeney y se convirtió en miembro secreto de la ilegal Hermandad Republicana Irlandesa.

Desmond entró en el comedor para saludar rápidamente a la familia y se llevó el plato a la biblioteca. Era parte de la rutina de los Fitzpatrick. Atty dedicó a los niños media hora más de lo acostumbrado; luego los envió arriba, para que Des les diera las buenas noches con una revolcada, y finalmente se reunió con él, agradeciendo que esa noche no hubiera función en el teatro.

La actividad no era siempre tan febril. La pareja hacía lo posible para reconfortar a sus hijos y brindarles compañerismo. Habían fijado un programa de lecturas y discutían lo que pasaba, para crear intimidad entre ellos.

Theobald, con sus doce años, ya hacía trabajos de aprendiz para su padre y sabía manejar la biblioteca de leyes.

Rachael pasó toda la niñez usando a Emma como muñeca viviente; también pasaba ricas horas en el guardarropa teatral de su madre. Mostraba poca inclinación por ser otra cosa que una niñita muy satisfecha de ser una niñita.

Eran bien educados y se movían con desenvoltura en una multitud de adultos, en

los salones de discusión, debates y lecturas poéticas.

Los momentos supremos eran las excursiones familiares a Lago Clara, que siempre se planificaban por anticipado: pasear a caballo con mamá, pescar con papá y volver a conocerse mutuamente junto al fuego.

Cuando Des llegaba escaso de tiempo, como esa noche, los niños siempre temían una súbita cancelación del viaje a Lago Clara. Theo subió a la biblioteca para alimentarles la estufa de turba. En esos días las cosas parecían precarias. Por la tensión que los padres emitían, la celeridad de sus frases y lo poco que les duraba la tolerancia, Theo comprendió que algo andaba mal.

Cuando Rachael entró precediendo a sus hermanos, los padres les dieron un beso apresurado, mientras Des devoraba el contenido de su plato, puntuándolo con sorbos de un whisky fuerte.

—¿Vamos a suspender el viaje a Lago Clara, la semana que viene? —preguntó Theo, desde la puerta.

—Por mí, sigue en pie —dijo Des, para alivio de su hijo.

—Iremos —aseguró Atty.

Ya cerrada la puerta, aliviaron la obvia tensión con otro ataque a la botella.

—¿Crees que tu juicio se superpondrá con nuestras vacaciones?

—Oh, últimamente en las Cuatro Cortes parece reinar un clima conciliatorio. La Ley de Autonomía está lista para ser presentada nuevamente a los Comunes. Eso siempre los pone corteses. Sospecho que puede haber componenda en puerta. —Des se quitó las gafas para frotarse los ojos. Estaba exhausto.

—Necesitas mucho pasar esos días en Lago Clara —apuntó ella. Si el juicio se prolonga, retiraremos a los niños de la escuela y llevaremos a un preceptor.

—Eso podría ser algo difícil para Emma —señaló Des—, que apenas está tomándole la mano a la escuela.

—Hasta ahora nunca tuvimos problemas —contestó Atty. Theo y Rachael son los chicos más inteligentes de Dublín.

Des miró el montón de escritos que tenía frente a sí.

Atty parecía ceñuda.

—¿Qué pasa? —preguntó él, sin rodeos.

—Hoy vi a Seamus O’Neill —respondió.

—¿Cómo marcha su obra?

—No era por la obra.

—¿Conque eres tú, no yo, quien reniega de Lago Clara?

—Vete al diablo, Des. Déjame llegar al tema a mi modo.

Había logrado la atención completa de su marido.

—¿Sería demasiado horrible, Des, si llevaras a los chicos con una niñera y un preceptor? Quizá pueda pasar un fin de semana largo con ustedes.

—A mí no me gusta y a los chicos, tampoco.

—Tampoco a mí, obviamente. Pero aquí, en Dublín, hay algo que requiere una

decisión.

—¿Sí?

—Seamus O'Neill es ahora el enlace personal de Arthur Griffith para algunos asuntos muy delicados del Sinn Fein.

—Qué, ¿Arthur ya no habla con sus amigos?

—En relación con ciertos asuntos especiales considera que es preferible tener un enlace.

Des lo olfateó de inmediato.

—¿La Hermandad Republicana Irlandesa, por casualidad?

—La HRI, sí.

—Entonces, ¿es cierto que el largo Dan Sweeney está de nuevo en Irlanda?

—Sí. Naturalmente, Arthur y el Sinn Fein no pueden involucrarse directamente con una organización ilegal, pero necesita mantener contactos diarios con ella.

Des comprendía perfectamente.

—El Sinn Fein y la Hermandad deben coordinar las políticas básicas con mucha discreción. Seamus O'Neill forma parte del Consejo Supremo de la Hermandad. Será el intermediario entre Arthur y Dan Sweeney.

Des, sabiendo hacia dónde se encaminaba Atty, se mostró cauteloso. Cuando la Hermandad entrara en acción, el círculo interior tendría que ser muy cerrado, confiable y ultracauteloso; de lo contrario serían aplastados por los británicos en cuanto dieran los primeros pasos.

—La Hermandad cree haber aprendido mucho de las tácticas bóers y considera que se puede idear un nuevo tipo de guerrilla urbana, de modo tal que unas pocas decenas de hombres bien ubicados puedan obligar a los británicos a inmovilizar cientos de soldados, si no millares.

—Caramba, Atty, eso es pura bravuconería republicana.

—Dan Sweeney dice que en una ciudad hay demasiados puntos vulnerables, a menos que estén bien custodiados: muelles, edificios de gobierno, usinas eléctricas, puentes… Sobre todo, sus brigadas tienen mil y una casas donde esconder las armas y ocultarse.

—¿Qué parte de la población apoyará esto?

—La suficiente.

—Bueno, si hay alguien que lo puede hacer, ése es Sweeney.

—Yo también lo creo —dijo Atty. Con el impulso que el renacimiento está acumulando en las cortes, a través del Sinn Fein y usando a los muchachos entrenados en la Guerra de los Bóers, la Hermandad puede adelantar sus planes.

—No te entusiasmes tanto. ¿De dónde sacarán armas, los de la Hermandad? ¿Dónde adiestrarán a sus hombres?

—Lord Louis —explicó ella, refiriéndose a un excéntrico aristócrata de tendencias republicanas— ha ofrecido parte de su baronía para los entrenamientos. Como sabes, esa propiedad está tan escondida en las colinas de Connemara que hasta

el viento entra y sale de allí con dificultad.

—¡Bueno, qué sorpresa! Creía que Louis de Lacy era sólo un aficionado de salón.

—Mira, Des: hay dos mil rifles de la Guerra de los Bóers escondidos en una mina de carbón, cerca de Bradford. Sweeney va a idear un plan para traerlos a Irlanda.

—¡Virgen Santa! ¿Estás bromeando, Atty?

—Dos mil rifles de la Guerra de los Bóers, limpiamente hurtados.

—¿Quieres decirme qué papel tienen reservado a mi joven esposa los señores Sweeney, O'Neill y Griffith?

—Tanto Arthur como Dan quieren que me una a la Hermandad como miembro del Consejo Supremo.

—Bueno, esto merece una copa.

A Des le zumbaba el cerebro. En último término tendrían que hacer la guerra a los británicos. El largo Dan Sweeney era, por cierto, el hombre adecuado para poner nuevamente de pie a la Hermandad. Arthur Griffith tenía que coordinar estrechamente, pero sin permitir que el partido legal, el Sinn Fein, fuera sorprendido en la cama con la Hermandad ilegal. Seamus O'Neill era el enlace perfecto…

Y luego venía la parte dolorosa de esta lógica. Poner a Atty Fitzpatrick en el Consejo Supremo de la Hermandad Republicana Irlandesa era un verdadero golpe de genio.

—¿Qué puedo decirte? —preguntó Des, con desacostumbrada debilidad. Lo que yo he estado haciendo en el terreno legal y con la legislación, lo que han hecho todo los oradores y escritores, es sólo un juego de niños, un entretenimiento. Nadie sale herido. ¡En cambio la Hermandad! Ha llegado el momento, querida Irlanda, de verter un poco de sangre. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que el papel de mi esposa en toda esta retórica termina con un saludo en el Teatro de los Mecánicos? Ha sido un éxito, muchachos, pero con mi esposa no se puede. ¿Qué argumentos quieres que te dé, Atty? Bastante hemos cagado a nuestros hijos sin que la madre vaya a parar a la horca. Sugiéreme un argumento, por favor.

—Por Dios, Des, ¿quieres que me sienta como una traidora?

—¿Cuándo diremos «basta»? ¿Tenemos que dar también esto al movimiento?

—Bueno, di que no.,

—Preferiría ofrecerte motivos familiares puros y limpios para que te negaras.

—Nunca te creí cobarde, Des.

—Basta. El problema es que los irlandeses nos hemos entusiasmado en exceso con nuestra manera de comenzar el siglo. Pero esto no será como la Guerra de los Bóers. Esos cerdos británicos nos tienen en su poder desde hace siete siglos y no será la primera vez que hayamos tratado de solucionarlo combatiendo. Cada vez que organizamos un alzamiento, todo acaba en desastre. ¿Por qué piensas que esta vez será diferente? El país está infestado de ingleses fanáticos y aún más infestado de irlandeses sin agallas, que seguirán haciendo el trabajo sucio de los ingleses a cambio de una libra esterlina y un empleo público.

—Gracias, Des, muchísimas gracias. No sabes cómo necesitaba que me dieras ese impulso. Ya me había olvidado.

—Atty —graznó él—, ten misericordia. Hasta ahora, con todas nuestras locuras, hemos podido vivir día a día sin miedo. En cuanto pones la mano sobre la Biblia y la pistola se instala el miedo. Miedo por Theo, por Emma, por Rachael. Miedo de cualquiera que esté mirando la casa desde el otro lado de la ruta. Miedo de que puedan estar acechándonos.

—En ese caso di que no, Des.

—¿No a qué? Allá van los Fitzpatrick, los mejores marineros de agua dulce que haya tenido Irlanda. En cuanto tratamos de esconder unas cuantas pistolas en el corpiño de Atty, salen corriendo y se mudan a Londres o algo así, ¿no?

—Deja de torturarte. Tú y yo vamos hacia esto desde el día en que nacimos.

—Espera… piensa. Todo se reduce a una sola cosa: ¿vale la pena sacrificar a nuestros tres hijos?

—¿Quieres que los despierte para preguntarles?

—¿Y por qué te molestas en preguntarme a mí, si ya estás decidida?

Atty estalló en lágrimas, extraño espectáculo. Des la dejó en paz y comenzó a pasearse.

—La Hermandad Republicana Irlandesa —gimió. Bueno, qué ocupado me tendrán elaborando defensas legales para esa gente. Se detuvo, aferrado a las gruesas cortinas de terciopelo, cuya textura felina solía calmarlo durante sus tormentas. —Dos mil rifles en una mina de Bradford. Buen Dios, conque a eso hemos llegado. ¡Y las ilusiones que yo me hacía, pavoneándome en los tribunales y escupiendo palabras perfumadas a la cicuta contra esos payasos de peluca! Uno casi podía persuadirse de que podríamos expulsar a los británicos de Irlanda sin derramamiento de sangre.

Atty dejó abruptamente de llorar.

—¿Y bien?

—Si yo fuera Dan Sweeney, puedes estar segura de que te querría en el Consejo Supremo de la Hermandad. No lo dudes.

—¿Me das tu bendición?

—Por supuesto —respondió él, en voz baja. Pero tengo dudas y miedos nuevos.

—Yo también. Te diré lo que creo, Des. Si más adelante los chicos supieran que rechacé la Hermandad por ellos, no me lo perdonarían jamás. Les hemos enseñado a defender una causa.

—Sí, es cierto —reconoció Des. Luego se zambulló lúgubremente en la pila de escritos. Atty se retiró con una disculpa.

Tendida en la cama, torturada, contaba los minutos y escuchaba a Des, que murmuraba en el cuarto contiguo, garabateando en el bloc de apuntes. Deseaba con todas sus fuerzas que él se deslizara a su lado, la rodeara con los brazos, la mimara un poco y le dijera que todo saldría a pedir de boca. ¡Dios, cuánto necesitaba un abrazo!

Pero Des y Atty no eran así. Él trabajó hasta quedar agotado, se llenó de whisky a

desbordar y se arrojó a la cama. Atty alargó la mano, pero él ya le había vuelto la espalda y, un momento después, dormía como un tronco.

Capítulo 27

Cuando Conor llegó a Derry, al venir de Ballyutogue, se encariñó con Maud Tully. La familia de Maudie pertenecía al Bogside desde hacía varias generaciones, pero ella estaba decidida a escapar de la «condena perpetua» en la fábrica de camisas que había consumido a sus parientes y amigos.

Fue una de las primeras hijas del renacimiento gaélico; estudiaba el idioma antiguo y reservaba horas de su escaso tiempo para pasar en el vivificante ambiente del Salón Celta.

El salón era, desde hacía mucho, la oficina de Kevin O'Garvey, líder de la Liga de Tierras, abogado del pueblo, miembro del Parlamento y curandero político de una interminable serie de peticionantes empobrecidos. Pese a todos sus títulos, a Kevin nunca le sobraba una libra. Si tenía dos peniques en el bolsillo siempre encontraba a alguien que los necesitara más.

Después del trabajo en la fábrica y de una comida apresurada, Maudie ayudaba a Kevin sin cobrar sueldo, como asistente, secretaria o en cualquier servicio que pudiera prestarle.

Como el resto del Bogside, estaba encantada con Conor Larkin, convertido en ángel sin alas. El muchacho era estupendo jugando al rugby, daba lecciones e infundía esperanzas a los niños del vecindario.

Conor y Maudie llegaron a quererse mucho, pero él no hacía sino probar las aguas y ella estaba muy dedicada a su plan de huir del Bogside. Por eso apartaron los fervores románticos y siguieron siendo «como hermanos».

Muy distinto fue que Maudie pusiera sus ojos en el apuesto Myles McCracken, que tenía voz de ave cantora y era gentil y honorable. Myles había seguido a Conor desde la aldea de Ballyutogue y trabajaba en su forja como aprendiz. La muchacha decidió que con él podría cumplir su sueño de huir de allí. A la leal pareja llegaron el amor, el casamiento y un embarazo, no necesariamente en ese orden.

Ella continuó trabajando en la fábrica de camisas, pues debían ahorrar hasta el último centavo para poder comprar una forja dentro de algunos años. A fin de ahorrar alquiler, se mudaron a una casita ya atestada; dormían en colchonetas tendidas en el suelo de la antecocina.

Brigid Larkin llegó demasiado tarde para reclamar a Myles.

Myles era un gran amigo, pero era Maud quien estaba junto a Conor cuando él más lo necesitaba: Maud, con la sagacidad de los nacidos en el Bogside y esa compasión que la impulsaba a trabajar para Kevin. Maudie lo ayudó a superar la muerte de Tomas Larkin. También estuvo allí cuando la súbita partida de Andrew Ingram, el héroe de su niñez, lo dejó desconcertado y dolido. Allí estuvo cuando, en una furia de desafío, Conor ingresó con su pequeña forja en una licitación contra

Caw & Train, por una serie de trabajos de herrería en todo el país. Caw & Train pertenecía al Conde de Foyle; la forja de Conor Larkin fue incendiada.

El incendio, sí. Ése fue el momento de desafío y decisión. Pero ocurrió algo extraño. La forja fue reconstruida instantáneamente con «fondos secretos de Norteamérica» y, más extraño aún, Caw & Train comenzó a ofrecerle subcontratos.

Maudie contaba los minutos, esperando que Conor quisiera saber algo sobre las oscuras cosas que ocurrían a sus espaldas… pero Conor nunca preguntó.

En cambio se dedicó de pleno a la restauración de la gran cancela de Hubble Manor. Entonces empezó a surgir un Conor Larkin distinto.

Seguía presentándose en la cancha de rugby, bebía en la cantina de Nick Blaney con los muchachos y tenía a un vizconde como aguatero del equipo, pero se notaba un decidido alejamiento con respecto a la historia, los ideales y las ideas que emanaban del Salón Celta. De vez en cuando se quejaba de que la gran cancela lo consumía al punto de incapacitarle la mente para todo lo demás. Sin embargo cortejó y sedujo a varias mujeres, todas sin fuerza ni posibilidades de conquistarlo.

Maudie se preguntaba si Conor Larkin estaría destinado a ser siempre un soñador, si acaso la mujer adecuada aún no había aparecido o… si estaba allí, en Hubble Manor.

Cuando la gran cancela quedó terminada y Conor retornó a la vida del Bogside las cosas no volvieron a ser como antes. Maudie notaba que él pasaba menos tiempo en el Salón Celta, que se mostraba irritable con Kevin O'Garvey y, en general, desasosegado y molesto consigo mismo. ¿Acaso Derry se le había hecho demasiado pequeña? ¿Qué le restaba por hacer allí?

Entonces llegó el golpe que los horrorizó a todos. Kevin O'Garvey postergó indefinidamente la investigación parlamentaria en la fábrica de camisas de Witherspoon & McNab, que era una caja de yesca.

Maudie estaba en el octavo mes de embarazo y pensaba dejar la fábrica una o dos semanas después. Al trabajar en la gran cancela, Myles había acelerado tanto su aprendizaje que Conor lo consideraba listo para tener su propia herrería. Había una que pronto saldría a la venta.

Una noche, mientras Maudie ordenaba la oficina de Kevin en el Salón Celta, llegó Conor y se estacionó ante el escritorio de O'Garvey.

—Tenemos que hablar, linda —dijo.

—Sí, por cierto —replicó ella. Después de echar llave a la puerta y bajar la cortinilla, tomó asiento. —La respuesta a tu pregunta, antes de que la hagas, es que no sé por qué posterga Kevin la investigación en la fábrica de camisas.

—Bueno, trata de pensar un motivo —sugirió Conor. Hay cuestiones que debería haberme planteado hace meses… no: años enteros. Pero escondí mi conciencia en un rincón oscuro y le dije: «Quédate allí, conciencia, que mis cosas marchan demasiado

bien. No quiero que me rondes hasta que yo esté dispuesto a volver por ti». Pero mi condenada conciencia no prestaba atención. Se rehusaba a permanecer allí escondida.

—Bendito sea Dios. Me alegra saberlo, Conor. Ya me preguntaba si no te sentirías demasiado cómodo en la casa grande.

Sin prestar atención a la pulla, Conor atacó la pregunta que había estado evitando.

—¿Cómo puede ser que yo haya podido reconstruir tan pronto después del incendio? ¿A qué se debe que Su Señoría comenzara a enviarme más trabajo del que mi forja puede hacer?

—Bueno, según se cuenta fue porque *milady* ya te había identificado como el hombre que podía reconstruirle la cancela y decidió absorberte en el sistema.

—Ésa es una gran mentira, Maudie. ¿De dónde sacó Kevin O'Garvey ese dinero? ¿Y el que puso en diez o doce empresas del Bogside? ¿Quiénes son los norteamericanos que lo patrocinan? ¿Por qué no han venido, aunque fuera discretamente, para ver los resultados de sus buenas obras?

—No sé.

—Bueno, Kevin lo sabe y va a decírmelo en cuanto regrese de Londres. Yo habría debido preguntar todo esto desde el primer día, en vez de permitir conspiraciones a mis espaldas.

—¿Tan inocente eres, hijo?

—Puede ser.

—Sí, sí —reconoció ella—, en cierto modo lo eres. En el campo había sangre y corazones destrozados hasta que Kevin organizó la Liga de Tierras, pero tú sólo la veías en función del alzamiento feniano, el árbol de la horca y las glorias del pasado. Sí, hasta la hambruna tenía sus aspectos románticos. Y aquí en el Bogside, mi querido Conor, vamos al Salón Celta y purgamos nuestro dolor con leyendas de Wolfe Tone y Emmet. Tú eres un soñador, caramba… nos ves tras el velo de las palabras republicanas por las que hay que morir, en vez de tocar el dolor con tus propias manos…

»Y cuando por fin te involucraste, Hubble te ofreció un respiro y te encontraste con algo realmente celestial, etéreo, para ayudarte a esconder el republicanismo en un rincón de fantasías.

—¿Tan ingenuo soy?

—Bien puede ser ése tu mayor encanto, Conor.

—Si no has torneado hierro —exclamó él— no puedes entender lo que significa, para un obrero del yunque como yo, que se ha hecho solo, tener la oportunidad de crear algo de mayor gloria. Me consumió, Maudie, me consumió.

—Y querías a Caroline Hubble, pura y simplemente.

Quedó sin aliento. Maudie lo miraba con poca simpatía. No había modo de ocultar nada a esa chica.

—Sí, por el trabajo que hacíamos juntos. No le hice el amor.

—Pero la amabas. Y usaste la grandiosidad de tu encargo para alejarte aún más

del mundo real.

—Sí.

—Bienvenido al Bogside, Conor. No sé qué hizo Kevin y me importa un bledo. En Irlanda todo es componenda. Nuestros políticos tienen una reputación monumental por sus componendas. Tú hiciste tus propias componendas al no preguntar, aunque sospechabas, porque preferías seguir soñando con Caroline Hubble y con esa cancela.

—¿Por eso postergó Kevin la investigación de la fábrica? ¿Roger Hubble le pagó para que instalara mi forja y otras empresas? ¿Es así?

—No sé —graznó ella.

—Puedes decir lo que quieras, pero Kevin O'Garvey me ha traicionado. Probablemente Andrew Ingram también. Bien, no pienso seguir el camino de ellos. En cuanto Kevin vuelva de Londres tendrá que decirme si hizo ese trato con Roger Hubble. Vamos a cerrar esa maldita fábrica. En cuanto a ti, Maudie, renuncia de una vez. No vayas a trabajar allí un solo día más. ¡Estoy completamente harto de Conor Larkin!

Sintió que ella le apoyaba la mano en la cabeza inclinada.

—Ellos lo hacen así, hombre. En cuanto un hombre de oro, como tú o Garvey, demuestra que está decidido a vencerlos, ellos se limitan a incluirlos en su sistema.

—Maudie, Maudie… no vuelvas a esa fábrica.

—Pronto, Conor, pronto.

Capítulo 28

¿Qué fuerza, qué combinación de fuerzas pudo generar potencia suficiente para empujar a Conor Larkin fuera de Irlanda?

¿Fue el incendio en la fábrica de camisas Witherspoon & McNab?

Lo que habría debido suceder mucho tiempo antes acabó por suceder. En las poblaciones mineras y en alta mar, cuando la sirena que anuncia el desastre lanza su feo alarido uno queda atónito de miedo. La alarma suena una y otra vez, hasta que uno entra en desesperada acción, gravitando a la carrera hacia el problema, rezando en jadeos, con el corazón a punto de reventar, consumido por el más vil de los temores.

Las primeras espirales de humo se abrían paso por las hendijas, saliendo al aire. Luego sonaron las explosiones, como cañonazos, y en un radio de un kilómetro y medio los vidrios destrozados cayeron sobre quienes corrían, tapándose los oídos. Cien lenguas de fuego saltaban ya desde las ventanas de la fábrica.

¡Allí, en el tejado! Mujeres y niños, aullando de terror, caían de rodillas para rezar.

¡Campanas de incendio! ¡Caballos que relinchaban lanzando espuma!

Ni las escalerillas ni las mangueras llegaban al tejado.

—¡Están saltando!

Conor y sus compañeros inmovilizaron a Myles McCracken contra el suelo cuando Maud saltó. Conor corrió a levantarla. Ella se quebró por la mitad. El niño por nacer se estrelló como un huevo roto contra los adoquines.

Una bola azul y anaranjada se henchía en los pisos superiores, en un infierno que todo lo consumía. Dentro del edificio, las columnas huecas de hierro moldeado se quebraron hasta reventar. La fábrica cedió rápidamente, derrumbándose.

Mientras los cadáveres fracturados yacían en la morgue de la calle lateral, los bomberos vertieron agua hora tras hora, drenando el río Foyle a fuerza de bombas, hasta que pudieron entrar de a poco.

Fragmentos humanos, cráneos, una trenza de pelo, un rosario chamuscado, un zapato, pedazos, trocitos, dientes, vidrios, anillos. Cuarenta niños menores de trece años… sesenta mujeres embarazadas… ciento cincuenta y cuatro, tal vez más, tal vez algunos menos.

Ave María…

Muy pocas identificaciones positivas. Una fosa común. Quizá Dios los reconociera.

¿Qué pudo empujar a Conor Larkin fuera de Irlanda? ¿Fue la súbita e inexplicable desaparición de Kevin O’Garvey?

¿Adóónde fue Kevin? ¿Por qué? ¿Qué sabía él? ¿Lo liquidaron? ¿Huyó?

Necesitamos a Kevin O’Garvey; sin él no hay justicia posible en el Bogside… si acaso alguna vez la hubo. Kevin, ¿dónde estás, hombre?

¿Habrá sido el asco por el encubrimiento lo que empujó a Conor Larkin fuera de Irlanda?

Un vagabundo llamado Martin Mulligan fue detenido por incendio intencional. Años antes Mulligan había trabajado en los establos de la fábrica y, tras su despido, juró que se vengaría.

Mulligan firmó una confesión, reconocida durante la audiencia por varios policías católicos. A la mañana siguiente apareció ahorcado en su celda. Se lo consideró suicidio.

En la misma audiencia, veinte testigos declararon haber oído a Mulligan hacer esas amenazas. Lo que nunca se dijo fue que era analfabeto y que, por lo tanto, no pudo leer ni firmar la confesión.

Otros veinticuatro o veinticinco testigos (inspectores municipales, arquitectos, propietarios de la fábrica) declararon que el edificio era seguro.

Nadie mencionó los inodoros que llevaban años sin funcionar, las ventanas atascadas por la mugre, los baldes de arena desfondados por la herrumbre, las mangas de incendio que no funcionaban desde hacía una década ni el hecho de que no se hubiera efectuado ninguna práctica de emergencias en diez años, porque en las escaleras y los descansillos se amontonaban los rollos de tela y era imposible pasar. El diseño mismo del edificio era prácticamente una garantía de desastre.

Conque el Conde de Foyle prosiguió alegremente, después de arrojar unas pocas libras a las dolientes familias.

¡Así es! Myles McCracken fue internado en el asilo para dementes y se mató. Eso pudo haber empujado a Conor Larkin fuera de Irlanda.

¿O fue aquella noche, al terminar sus rondas para tratar de atender a los quebrados hombres del Bogside?

Conor subió a su departamento, conteniendo parcialmente el dolor con una oleada de profundos suspiros. Habían pasado cuatro meses, pero aún caía una lluvia de cenizas después de cada golpe de viento y, al parecer, el olor de los cadáveres podridos se las componía para salir de entre los escombros. De inmediato percibió una presencia.

—¿Quién está aquí? —preguntó, ronco.

—Caroline.

Al encender la lámpara la vio acurrucada en la poltrona, envuelta en un capote de monje, como para no llamar la atención. A primera vista notó el alto precio que había pagado Conor. El se dejó caer en el sillón de lectura.

—Te he escrito diez o doce cartas —dijo ella.

—No las recibí.

—Es que nunca las despaché. Las rompí todas. No servían para expresarte mis sentimientos. No me siento muy a gusto conmigo misma —agregó, con voz trémula. Tengo la abrumadora necesidad de enfrentarme contigo.

—¿Por qué?

—Pienso de nosotros algo horrible que me atormenta.

—Hay mucha confusión y mucha culpa por lo que ocurrió, Caroline. Esa fábrica no se incendió porque tú y yo nos enamoramos.

—Si se incendió fue, en parte, porque yo soy la Condesa de Foyle, parte del *establishment* que permitió ese desastre.

—¡Por Dios, Caroline! Si alguna vez hubo acá un aristócrata que hiciera algo por mejorar las cosas, ésa fuiste tú. No podías saber nada.

—No sabía nada porque no quería saber. No sabía nada porque nunca pasé de la planta baja de ese maldito lugar. Había una conspiración en el ambiente y yo me ocupé de no descubrirla.

Todo había llegado demasiado lejos como para esos juegos.

—Yo tampoco —dijo Conor, expresando lo que había callado hasta ese momento. Es cierto: percibí algo raro la primera vez que Kevin O'Garvey postergó la investigación. La meta de su vida era poner al conde ante su comisión y divulgar lo de esa fábrica. Cuando lo postergó no le hice preguntas porque… ¡yo tampoco quería saber! No quería tener que enfrentarme a mi héroe y obligarlo a confesarme que había entrado en componendas. Era fácil imaginar en qué consistía el trato, ¿no? Yo tenía mi forja. Estaba en marcha. Tampoco dije una palabra cuando se produjo la segunda postergación. Y después —graznó— nadie iba a apartarme de esa gran cancela. Y nadie podía entenderlo, salvo tú. Por eso no dijimos nada y, con nuestro silencio, nos unimos a la conspiración.

—Escúchame, Conor. No puedo racionalizar esto, pero nuestra conducta tiene un motivo. Nadie ha encarado nunca una gran obra de arte sin pagar un precio terrible y causar grandes sufrimientos a los que más ama. Pero nada, nada, nada habría podido impedir que ese edificio se derrumbara, después del trato que hizo mi esposo con Kevin, fuera cual fuese.

—Insisto en tratar de creer eso.

—Aférrate a la idea —dijo ella. Los dos caímos en la trampa del sistema. He venido a suplicar que me perdones por mi parte y a implorarte que no me odies.

—Te creo. Yo tampoco fui nunca más allá de la planta baja. Por Dios, mujer, jamás podría odiarte.

Ella se levantó para acercarse, le revolvió el pelo y le dio un beso en la frente.

—Cuídate —susurró.

—Sí.

Y Caroline desapareció entre una nevada de cenizas.

¿Qué fue lo que empujó a Conor Larkin fuera de Irlanda? ¿Fue el letargo terminal de los hombres del Bogside? Estaban peor que muertos, porque eran muertos vivientes, sin espíritu de cólera, sin siquiera el instinto de supervivencia.

Habían aceptado el sistema de desempleo, de pobreza y humillación de la cuna a la tumba.

¿Dónde, en el nombre de Dios, estaban los Kilty Larkin?

Conor pasó un año y un día por las rutas de Irlanda, en busca de los antiguos fenianos: hombres que habían librado combate, guerreros gaélicos de antaño. Los halló. Uno o dos, en pequeñas aldeas, sentados en el borde de un taburete de bar. Las leyendas vivientes eran borrachos de ojos vidriosos, que repetían una vez más, por una copa más, sus imaginarias proezas de valor.

Los pocos irlandeses dignos de un alzamiento estaban lejos, en Sudáfrica, luchando contra los británicos. Entre ellos, Seamus O'Neill. Se habían ido todos: Tomas, Kilty, Seamus, Andrew Ingram y Kevin O'Garvey. Y en el sentido más penoso de todos, también Caroline Hubble.

La difícil tarea de cuidar a Conor Larkin cayó sobre Dary, su hermano menor, que era novicio en un seminario. Dary consiguió que lo trasladaran a la diócesis de Derry en servicio temporario, para colaborar en la tragedia del Bogside. El pequeño Dary se convirtió en roca, curandero y hombre de Dios en el sentido supremo. Y fue el guardián de su hermano.

Una estruendosa borrachera más, otra monumental resaca. Conor, aturdido, estaba sentado en el medio de su forja, que no veía el resplandor del fuego desde hacía más de un año.

—Tengo que regresar al seminario y a mis estudios —anunció Dary, abruptamente.

Conor se angustió.

—¿Qué haré sin ti, pequeño Dary?

—Falta muy poco para la primavera —observó Dary. He visto algunas margaritas abriéndose paso entre los escombros. Ha pasado el tiempo suficiente, Conor. Ahora tú y yo debemos enfrentar las cosas.

—Ah, ¿qué quieres de mí, Dary? Me he prosternado ante tu trono. ¡Me ahogo en culpa! Conoces mi negro secreto. Tal vez el Señor se vengó de mí por enamorarme de Caroline Hubble.

—No digas más tonterías. Estás lleno de lástima por ti mismo.

—¿Quieres que me encierre en un monasterio a discutir esto con Jesús?

—¿Sabes lo que quiero, Conor? Quiero que abordes el primer barco que salga de Irlanda.

Conor hizo una mueca de cólera y trató de llorar, todo al mismo tiempo. Pero había gastado todas sus lágrimas mucho antes, por el pobre y querido Myles, y no

lloraba desde entonces.

—Váyase al diablo, padre Dary.

—Muy bien —insistió Dary—, tienes algunas opciones. Ya has pasado un año y un día buscando inútilmente a tus guerreros de recio corazón. Puedes enfrentarte a los británicos tú solo o tomar un atajo por medio de Roger Hubble, arrancándole la nuez de Adán a mano limpia.

—Eres un niño y hablas como los jesuítas. Di lo que piensas, pero piensa lo que dices.

—Yo también soy Larkin —señaló Dary. Tengo una o dos gotas de sangre republicana en las venas, pero no tomo el camino de las armas. También soy irlandés. Pero por sobre todas las cosas, ahora soy tu hermano. Te conozco mejor de lo que te conoces tú mismo. Estás muy confundido. Por mi parte, lo que veo claramente es un hombre cada vez más peligroso para su propia integridad.

Conor dejó de pelear con su hermano por el tiempo suficiente para captar sus palabras.

—¿De veras me quieres fuera de Irlanda, Dary?

—De veras, sí, hasta que puedas reconciliarte contigo mismo.

Dary siempre desconcertaba a Conor. Cuando jovencito le gustaban las faldas y los pechos como a cualquiera. Si se hubiera opuesto al sacerdocio, Finola no habría podido obligarlo. Tenía voluntad propia, pero escogió el sacerdocio, con la decisión voluntaria de que en el mundo había algo mejor que cuanto veía. ¿Quién podía discutirle? Entre los Larkin, sólo él estaba en paz consigo mismo.

—Dary…

—En el punto en que estás, sólo te falta sentarte al pie de la muralla del Bogside a arrojar peniques, borracho por el resto de tu vida. O hacerte asesino. Eres una promesa que jamás se cumplirá. Mira esta forja: está desolada. Myles y Maud no volverán y tú solo no puedes expulsar a los británicos de Irlanda.

»Vete a recorrer los mares, Conor —prosiguió Dary. Pon en vereda esos recuerdos de Caroline Hubble. En alguna parte hay una mujer que quiere acercarse a ti, pero jamás podrá llegar si Caroline sigue bloqueándole el paso. Lo que necesitas es espacio. Cuando llegue el momento de volver, tú lo sabrás.

—Lo que sé es que debo luchar.

—Debes luchar, sí. No puedo detenerte. Pero lucha cuando tengas la cabeza y la mente bien claras, hombre. Lo que buscas ahora es venganza, venganza por la venganza misma. Y no puedes vengarte de un solo hombre. Si matas a Roger Hubble, las miserias de Irlanda seguirán existiendo. No desperdicies tu vida. Hazla valer.

Los dos hermanos cruzaron el Bogside hasta el muelle y la oficina de la compañía naviera. En una semana más zarparía un barco adecuado.

Conor enganchó sus caballos al carrito y salió al campo; más allá del puente de Burntollet se abrían los portones del seminario. Por algún motivo aún le dolía ver a su hermano desaparecer tras el muro. Dary sonrió.

—Estoy listo —dijo.
—Yo también —respondió Conor.
Dary desapareció muy pronto de su vista.

Capítulo 29

1904

Conor Larkin cerró suavemente la puerta de la timonera y puso junto al timón una taza de té para Bojo. Luego sorbió la propia, mientras su compañero le daba las indicaciones para su turno.

El S. S. *Famagusta* avanzaba en línea recta a doce nudos, en una rasa mesa de agua sin viento y bajo el gran espectáculo que se desarrollaba en el cielo.

—Mañana, Christchurch —dijo Bojo. Allí tienes un hermano, ¿verdad?

—Sí. Tiene una finca en el medio de la isla, por las colinas.

—¿Grande?

—Unas mil hectáreas, más o menos.

—Es una buena finca. ¿Piensas quedarte un tiempo allí?

—Un tiempo.

—¿Cuánto hace que andas vagando, Larkin?

—Hace unos cinco años que salí de Irlanda.

—Bueno, te voy a extrañar tanto como se puede extrañar a un irlandés. ¿Cuánto hace que te embarcaste, allá en Australia?

—Un año.

—¿Tanto ya? Sí, te voy a extrañar.

Conor tomó el timón y adaptó la vista. Era una noche estupenda. Bojo sorbió ruidosamente su té.

—Cinco años. Bastante tiempo, sí. ¿Una mujer?

—¿No es siempre por una mujer?

Bojo gorgoteó de risa y se limpió la boca con el dorso de la mano. Había olvidado que siempre era por una mujer… o por dos.

—Esta Nueva Zelanda es un hermoso país. Si algún día abandono el mar, lo voy a tener muy en cuenta.

En las sienes de Conor habían aparecido algunas vetas grises, a partir del momento en que cruzó la barrera de los treinta.

Bojo se alegraba de abandonar la guardia.

—Detesto estar aquí arriba por la noche —dijo al retirarse.

Todos detestaban la guardia nocturna. Durante las horas de luz siempre había alguien moviéndose por ahí, alguien con quien conversar.

Había noches y días feos en que uno se lo pasaba peleando con el timón o se sacudía hasta quedar idiota en el puesto del vigía; en esos casos uno sólo pensaba en terminar la guardia y echarse un trago de ron a la panza.

Los marineros odiaban las noches serenas como ésa. Había sólo una astilla de luna y el cielo estaba tan lleno de estrellas y malicia que la guardia se hacía dolorosa.

Había tiempo para reflexionar sobre todo lo que habían dejado atrás, todo lo que jamás encontrarían, todo ese vagar inútil. Sufrían por esa mujer: la que habían abandonado, la que había muerto, la que esperaba, la infiel. Ansiaban tener bajo los pies algo que no se meciera, algo largo y verde, cubierto de flores primaverales. Todo lo que ya no tenían, lo que no volverían a ver. En las guardias nocturnas, con el mar en calma, los acosaba todo aquello que jamás conocerían.

A Conor, en cambio, le encantaba estar al timón en noches como ésa. Eran las noches para compartir con Caroline. Puerto nuevo, mujer nueva. Algunas de esas muchachas eran criaturas encantadoras. Al cabo de un tiempo lo miraban a los ojos y sentían miedo. Él las miraba como si no existieran y ellas nunca lograban ver a mucha profundidad. Las asustaba la posibilidad de perderlo, porque él exigía un poder de amor que ellas no poseían. Algunas lo amaban de verdad, pero no podían interponerse entre él y esa espada siempre en ristre, cargando contra algún enemigo desconocido, ni entre él y un amor que había rozado una vez, mucho tiempo atrás.

Entonces Conor buscaba otro barco. Veía los agujeros de desagüe, negros, pardos, amarillos o blancos, haciendo como que vivían en la humildad de la colonización.

Veía Bogsides de irlandeses esparcidos por el mundo.

Conor pasó casi todo un año en Australia. En realidad, era un lugar estupendo. Hubo una chica y un momento por los que creyó poner fin a su viaje de la nada a la nada. Se empleó como capataz de una acería y jugó un poco al rugby en el plano profesional.

Pero las malditas fogatas de turba de Ballyutogue le llegaban a la nariz desde quince mil kilómetros de distancia, y las bellas voces que cantaban en la taberna de Dooley McCloskey, y olfateaba las praderas frescas por sobre el brezal y la niebla y el viento que llegaban desde el lago Foyle… ¡Y al Bogside!

«Piensa, Conor. Fue entonces cuando elegiste la guardia nocturna. De esa manera no te despertarías de una pesadilla viendo el incendio».

¿Por qué zarpó Conor de Australia, pues? No lo sabía con certeza. La chica era encantadora. Llegó a descubrir que Irlanda le susurraba, alargaba las manos hacia él. Conor estaba indefenso. Cuando murió su madre cayó en un período negro… y volvió al mar una vez más.

Al cabo de un tiempo pudo controlar las visiones del incendio, de Myles colgado de una viga, de Maud en la acera. Al cabo de un tiempo pudo pasar tres, cuatro y hasta cinco noches… luego una semana entera, hasta un mes sin la pesadilla. Pero nunca desapareció del todo.

Caroline misma se había vuelto más vaga. Cuando él entablaba relaciones serias con otra mujer, tarde o temprano su espíritu aparecía en el escenario. Él guardaba una imagen de perfección. Después se esfumaba, como Dary había predicho.

Por fin se encontró en un barco que iba a Nueva Zelanda, donde estaba el terrateniente Liam Larkin y toda una familia Larkin que él no conocía. Ahora Conor se alegró de acercarse a Christchurch. En cinco años de vagabundeos había purgado

lo que necesitaba purgar. Tenía la mente clara. Reía otra vez. Se dijo que estaba bien dispuesto para con Nueva Zelanda. Tal vez hasta lo creyó.

Con la ayuda de Dios, quizás encontrara allí la paz y el amor que su hermano Liam había encontrado.

Mañana…

Cuando por la planchada desembarcaban italianos, judíos o griegos, caminando hacia los parientes que esperaban, siempre había muchos abrazos, gritos, lágrimas. Los rusos se daban fuertes palmadas y gemían. Los británicos intercambiaban besitos formales, grandes sonrisas y recios apretones de manos.

Por mucho que sea el tiempo transcurrido o largo el viaje, un terrateniente irlandés y su vagabundo hermano se mostrarán probablemente quejosos y tiesos, como si los reencuentros explosivos no fueran naturales. En la vieja patria los parientes no se tocaban mucho. Los Larkin tenían fama de ser más afectuosos que la mayoría… hasta que se instaló el frío.

Conor y Liam se estuvieron inmóviles por un largo instante, dos, tres, como si debieran dejar pasar la vida antes de intercambiar un trémulo apretón de manos.

«¡Al diablo!», se dijo Conor, «¡al diablo!». Y abrazó a Liam como nadie lo había abrazado desde que ganaron el campeonato de Donegal. El terrateniente, perdido el aliento y con una ancha sonrisa en vez de su aire sombrío, presentó a su familia: Mildred, Spring, Madge, Tommy y Rory.

Cada uno recibió un atronador abrazo y un beso. Y se alejaron charlando como italianos o judíos.

La incomodidad que sentían los hermanos pasó en un momento. Los cuatro chicos querían ver un *rough-up*, oír canciones de marineros, embobarse con sus relatos, pues Conor era el mejor tío del mundo.

Había dolores que Liam y su hermano debían elaborar: la muerte de los padres, el suicidio de Myles, el incendio, la soltería de Brigid, la hermana.

Recordaron los tiempos felices. Había más de los que Liam guardaba en la memoria. Mirar a las chicas durante la temporada de recoger algas marinas, con las faldas atadas a la cintura, los miembros desnudos y las blusas mojadas adheridas a los pechos. Y las ferias, donde trataban de ganar en los juegos de apuestas, y el velorio de Kilty. Oh, cuántas cosas que eran jubilosas y esenciales para el ser mismo.

Sin embargo, Liam se aferraba a cierta consternación. En realidad debía a Conor su posición de terrateniente, pues él le había pagado el pasaje y ayudado a comprar tierras. Empero el monstruo de la juventud le devolvía el miedo de vivir bajo la imponente sombra de Conor.

Mildred observaba todo eso con cuidado, guiando a su esposo con inteligencia: esas tierras eran de Liam; allí había librado su batalla y era el vencedor. Conor jamás

le robaría a sus hijos ni se haría más importante para ellos que el papá. A medida que dejaba de ver en Conor una amenaza, él iba perdiendo la tensión.

En realidad, tal como Mildred le hacía ver en la santidad de su cama, él ya no necesitaba de Conor. Era Conor quien necesitaba ahora de Liam, profundamente.

En la Finca Ballyutogue se instaló la misma liviandad que se había aposentado en la casa solariega. De Hubble Manor… bueno, la restauración era un período memorable, pero nada se dijo de Caroline ni de la intriga entre Kevin O'Garvey y Andrew Ingram.

De la aprensión inicial, con su trono intacto, Liam pasó a la idea de retener a su hermano en Nueva Zelanda. Con el correr de las semanas la ocurrencia se fue desarrollando. Conor estaba allí tan en su ambiente que Liam empezó a preguntarse cómo sería la vida cuando él se fuera. ¡Qué vacío! ¡Qué vacío absoluto! Esa aura de belleza que siempre rodeaba a Conor era ahora de ellos y toda la familia la percibía.

Liam llegó a la conclusión de que amar a su hermano no ofrecía peligro. Con su penetración actual, comprendía el misterio y la melancolía de Conor, el hombre que podía emitir la luz del sol, pero retenía para sí la oscuridad.

Cuando salieron a la venta ciento veinte hectáreas de la tierra más magnífica, fértil y abonada de los Alpes meridionales, Liam y Mildred hicieron discretas averiguaciones y pagaron una seña, esperando el momento adecuado para ofrecerlas. En cuanto a la forja, dijo Liam a su esposa, vendrían por él de todo el país.

Las damas de las fincas y las aldeas cercanas a Christchurch comenzaron a rondar la fogata, mientras Mildred Larkin les oficiaba de intermediaria.

Ahora que había hecho las paces consigo mismo, Liam se vio forzado a admitir ciertas cosas que sabía de su hermano. Conor era de una raza diferente y tenía aspiraciones distintas de la mayoría. Riquezas y posición social no tenían importancia para él. Siempre había buscado algo que Liam no podía ver, tocar ni describir.

Eso agrió un poco el ambiente. ¿Por ventura Rory no se parecía mucho a su hermano? Sí, él y Conor estaban por el momento en paz, pero ¿qué poder tenía sobre Rory? Así comenzó la desconfianza.

Conor y Rory formaron equipo sin esfuerzo. El tío había pasado la vida trabajando con caballos pero ninguno como los que poblaban esa finca. Aunque su sobrino sólo tenía once años, montaba su potro RumRunner con la destreza de quien ha pasado treinta a caballo.

Liam cayó en el antiguo juego. Rory adoraba a su tío y él temía que, si Conor se iba, su hijo ardería por seguirlo. Rory se había encariñado con él como con nadie antes.

Y Liam reflexionaba. ¿Cuántas cosas de Irlanda le habría metido Conor en la cabeza? ¿Lo habría alimentado con mártires irlandeses y arengas de los muelles?

Liam se convenció de que la partida de Conor aseguraría, con el tiempo, la partida de Rory. Y él necesitaba a Rory para que no desapareciera la Finca Ballyutogue. Entonces ideó un nuevo plan: fomentaría las relaciones entre tío y

sobrino. Si Conor llegaba a amar a Rory y comprendía además lo que el chico representaba para la finca, tal vez decidiera quedarse.

«¡Cristo!», pensó Liam. Él, Conor y Rory podrían construir juntos una propiedad como nunca se había visto otra en la Isla Sur. Acabaría teniendo más tierras que el Conde de Foyle. Por otra parte, tal vez a los inadvertidos socios del terrateniente eso les importara un bledo.

—No te rompas la cabeza, Liam —advertía Mildred. Tu padre hizo sus planes. Mi padre hizo sus planes. Y nosotros no les prestamos mucha atención, tesoro.

—¿Qué voy a hacer, Millie?

Coqueteaban con las soluciones… con todo tipo de soluciones posibles, salvo la correcta: demostrar a Rory que lo amaban.

Con Rory cabalgando a su lado, Conor perdió gran parte de la melancolía y por un momento se sintió en la forja, torneando hierro y lleno de gozo por dentro. ¡Qué estupendo, pasear a caballo por las hectáreas de su hermano, arreando corderos y vacas!

Cuando había una cerca que componer o una hora libre, Rory y Conor iban hacia la sombra y se convertían en dos compañeros, en el total sentido de la palabra. Conor estaba maravillado y feliz de poder abrir la mente al niño.

Veía el mundo con los ojos del viajero, un mundo que Rory desconocía. Cuando su tío se aventuraba más allá del horizonte, sus palabras palpitaban en los sueños del niño…

… sobre un barco que rodeaba el Cabo…

… sobre una redada…

… sobre los olores y el peligro de los puertos…

… sobre la cancha de rugby…

… y mucha conversación masculina sobre las mujeres.

Al principio tío Conor siempre traía un par de libros guardados en la alforja, pero las incesantes preguntas de Rory tornaban casi imposible la pausa para leer. Además, Conor prefería dialogar con su sobrino.

Existía un segundo y callado motivo para que Conor dejara los libros a un lado. Al parecer, la curiosidad de Rory por lo que había en esas páginas había provocado en Liam una reacción agria. Aunque no decía nada, se la percibía. A Liam no le gustaban los libros de Conor más de lo que le habían gustado a su padre.

Se desarrollaba el viejo tema familiar, con un nuevo personaje. Los libros habían llegado a manos de Conor, cuando niño, de manos de un comprensivo maestro protestante y de su amigo más íntimo, Seamus O'Neill. Liam recordaba amargamente una escena repetida casi todas las noches, cuando Conor llevaba subrepticiamente los libros a la cabaña y los escondía fuera de la vista antes de que Tomas llegara.

—¿Para qué lees todos esos libros? —lo provocaba Liam, fastidiado. ¡Si sólo vas

a ser herrero! Además, es Dary el que necesita leer, porque va a ser cura.

Finola agregaba, rápida y automáticamente:

—Guarda esos libros donde no los vea tu papá, Conor. Ya sabes que no le gusta verte pasar toda la noche con la nariz metida entre las páginas.

¡Claro que Conor lo sabía! Eso llevó a la explosión más fiera de su juventud. Para castigar a Conor y alejarlo de la forja, devolviéndolo a los campos, Tomas lo exilió al albergue de pastores de las praderas altas, donde debía pasar el verano cuidando del rebaño. Conor y su amigo Seamus escondieron material de lectura para todo el verano en el fondo de la bolsa de provisiones, pero Tomas lo descubrió. En la cólera siguiente, Conor desafió a su padre jurando que, si se le quitaban los libros, escaparía. Tomas cedió.

Todo eso era desconcertante para Liam, que no sabía leer. ¿Qué misterios alimentaban el insaciable impulso de su hermano? Llegó a saber que las páginas contenían ideas y que Tomas temía a las ideas, porque por seguir tras ellas su bienamado Conor podía alejarse de Ballyutogue.

Durante todo el viaje a Nueva Zelanda, Liam ansió poseer el conocimiento encerrado en los libros, para que calmaran su miedo al mañana. ¡Como si Conor hubiera sabido siempre algo que él ignoraba!

Cuando Mildred se encargó de él y le enseñó a leer, eso fue una maravilla sólo comparable a la maravilla que era Mildred misma. Liam podía llenar formularios oficiales, se informaba sobre las enfermedades de los animales y, ocasionalmente, disfrutaba de un cuento sobre mares rugientes o sobre la astucia de los detectives.

Para el alma sólo se necesitaba un libro: la Biblia. No hacía falta agregar ningún otro dato sobre la condición humana. Después de todo, en su finca estaba cómodo y poco le importaba ese jorobado mundo de allá afuera, con todas sus miserias.

Cuando Conor llegó a Nueva Zelanda, Liam puso en práctica algo que había ensayado mil veces en la mente: abrió un libro y leyó para su hermano. Conor derramó lágrimas de felicidad.

Eso habría sido estupendo, por cierto, si hubiera quedado allí. Pero ahora Rory tenía curiosidad por los libros. Liam se contenía por no desempeñar con Rory el furioso papel que Tomas había representado con Conor.

Conor no tardó en percibir la incomodidad de su hermano y apartó sus libros. También acalló las conversaciones sobre la épica irlandesa. No sería él quien causara problemas a su hermano. ¿Sería posible calmar el ansioso encantamiento de Rory por los conocimientos de su tío? En su adoración, el muchachito se le adhería.

—Echa un vistazo al casco delantero izquierdo de RumRunner.

—Yo lo veo bien.

—Me pareció verle una pequeña grieta.

—No.

—Siempre me gustó esta parte de la finca —comentó Rory. Mi papá tiene su rincón en la cima, junto a su bendito arroyo de truchas. A mí me gustan los bosques y el olor de aquí.

—A mí también —reconoció Conor. En la vieja patria no teníamos muchos bosques.

—¿Por qué?

—Los británicos los talaron para construir una flota con que defenderse contra la Armada Española y para todos los otros usos que tiene la madera.

—No lo sabía. ¿Por qué ya no traes libros en tu alforja?

—Sabes muy bien por qué, Rory.

—¿Quieres que te enseñe a usar el látigo largo para reunir el ganado? Lo haces muy mal.

—Es que tengo demasiados años. Todos los caballos que monté en mi vida tenían mal aliento por la vejez y el lomo arqueado por falta de cruzas decentes. Aunque los caballos que se crían en Irlanda son de los mejores del mundo. Una vez estuve en la exposición de Dublín, trabajando como herrero…

Y se cortó en seco. Esa conversación estaba fuera de los límites.

—Quiero saber más de Irlanda… sobre Ballyutogue…

—Es poner el dedo en la llaga de tu papá. Allá sufrió muchísima miseria.

—No es por su miseria —adujo Rory, abrupto—, sino porque tiene miedo de que yo sepa. Es el mismo miedo que tiene a los libros. Todos los años se celebra aquí el día de San Patricio y es muy divertido… pero papá aspira hondo por la mañana y no suelta el aire durante todo el día. Lo detesta.

—Es tu padre. Yo soy sólo tu tío.

—Pero tú desafiaste a tu papá —insistió Rory.

Era demasiado evidente que Liam trataba de que su hijo viviera al vacío, aislado de Irlanda en lo físico y ahora en lo espiritual.

—¿Y qué hay de mí? —exclamó Rory, súbitamente.

—Hablemos de ti —respondió Conor. Tienes al mundo sujeto por las bolas y marchas cuesta abajo, Rory. Vagabundeas porque sufres. No necesitas romperte el cráneo para descubrir que el mundo es sucio. Tu papá ha tenido que luchar por las cosas que tú tienes desde que naciste. Esta propiedad es una verdadera finca y dentro de algunos años será un gigantesco criadero de ovejas. ¿De qué sirve que quieras escapar, sólo para descubrir que Nueva Zelanda es una de las creaciones perfectas de Dios?

—Si no me gusta ir a la cumbre de la colina, adonde va mi papá, es porque desde allí se ve el océano. El agua es un carcelero maligno.

—O el foso más seguro del mundo, Rory. Los sabios descubren eso antes de tener que sufrirlo.

—¿Los sabios… o los tontos? —preguntó el niño. Aquí hay demasiada paz, tanta que muchos se vuelcan hacia la religión y la bebida.

—Es muy extraño, hijo. A Irlanda se la abandona por obligación, con dolor. De aquí te vas sin ningún motivo, salvo una curiosidad mal entendida.

—Eso no es cierto. Tus libros me dicen que hay algo más de lo que podemos encontrar aquí.

—Oh, te irás, Rory, porque debes hacerlo. Pero no pierdas nunca de vista este lugar y agradece a tus padres, que te lo dieron.

—Lo haría, si mi papá me amara.

A Conor se le secó la garganta. No había modo de esquivar a ese chico. Conor-Rory… Rory-Conor y el pobre Liam, confundido, sin saber quién era quién ni por qué. «Creo que hice mal en venir», pensó Conor. «Pero ¿por qué? Hice por mi hermano lo que pude. Corregí el daño que le había causado. Cinco años en el mar me llevaron a una desesperación de soledad. ¿No tengo derecho a buscar el apoyo de mi hermano? Sin embargo, ¿no ha provocado mi llegada otro ciclo de la locura de los Larkin?».

—Tu papá te ama, por supuesto —dijo, por fin. Sólo que no tiene facilidad de palabra.

—Tiene mucha facilidad para las palabras mordaces —replicó Rory.

—Te ama, pero dentro de él las cosas se mueven con lentitud. A ti te corresponde darle tiempo para que lo resuelva.

—Nací casi bastardo —le espetó Rory.

—Bueno, es algo que le pasa a medio mundo. Es normal y natural. Después de todo, se sentaron contigo a decírtelo. Eso es amor.

—Ellos nunca me lo dijeron. Alguien me lo arrojó a la cara como mierda, en el patio de la escuela.

«¡Oh, Liam, qué tonto hijo de puta!», pensó Conor. «Dejar que tu hijo sufriera el dolor de los no queridos». Rodeó los hombros de Rory con un brazo y el niño apoyó la cabeza sobre su pecho. Nunca se había sentido tan protegido, tan cuidado, tan invencible como en ese momento.

—Aunque tienes sólo once años, en muchos aspectos eres más sabio que tus padres. Debes seguir siendo comprensivo y paciente.

—Lo intento, tío Conor. Me callo hasta que me da el ataque, pero entonces no puedo contenerme. Entonces tengo que romper cosas. Pasa una y otra vez y seguirá pasando hasta que me separe de ellos.

—¿Y adónde irás, hijo?

—A Irlanda.

—Caramba, Rory…

—Esta granja es Irlanda, tío Conor, de la mañana a la noche. Su nombre es irlandés; su propietario, irlandés. Estas hectáreas están fuera de lugar en Nueva Zelanda. Cada hora que tú y yo pasamos sin hablar de Irlanda, ella está ahí, sentada en la rama de ese árbol, mirándonos y riéndose de nosotros. ¿Por qué? Porque Irlanda tiene a mi tío Conor en un puño de hierro. No puedes huir de ella; lo has intentado y

fracasaste. Irlanda es dueña de todo el que lleve el apellido Larkin. Y yo necesito tener mi parte.

«Oh, Señor», gimió Conor para sus adentros. «¿En cuántas cantinas irlandesas de cuántos puertos de cuántos continentes se han reunido los irlandeses para llorar dentro de su cerveza, penando por esa roca sucia, las privaciones y las porquerías que nos hacen los británicos? ¿Qué poder tiene sobre los hombres, la maldita? Los recuerdos son tan amargos que, cuando uno escapa, debería querer borrarlos. Pero no: van a buscarte cuando montas guardia en el silencio del puesto de vigía. Qué diablos es lo que echas de menos… ni siquiera lo sabes… ni lo entiendes».

«Y aquí tenemos a un niño que la ve a través de la bruma. Y la anhela de un modo aun peor, porque le es negada por un hombre amargado. Es cierto que la mayoría de los hombres comunes pierden las ganas de vagar por miedo a lo desconocido, pero Rory no será un hombre común. Él tendrá que ir en su busca».

«Y yo, ¿qué debo hacer?», se preguntó Conor. «Será mejor salir de Nueva Zelanda antes de que esta familia estalle como un volcán. Viniendo aquí he volcado sal en la herida abierta de Liam».

—Quiero que me hables de las borregas —dijo Rory, desviando el tema hacia algo más compatible.

—¿De las mujeres? ¡Si apenas tienes once años! Ni hablar de eso hasta que tengas… doce o trece, cuanto menos.

—Vamos, tío Conor, que me he pasado la vida viendo fornicar a los carneros y a los toros. Yo mismo he metido el pito de RumRunner en una yegua.

—Muy bien, hablaremos, pero sólo de las generalidades.

Rory se recostó hacia atrás para mirar el cielo, mientras su tío hablaba.

—Todo lo que la vida tiene de sublime, por sobre todas las cosas, se reduce a una simple proposición: una cama o un sitio cualquiera donde el hombre y la mujer puedan hacer el amor.

Rory comenzó a preparar el millón de preguntas que tenía para hacer sobre ese tema tan sublime.

—Lo que debes recordar de las mujeres es que son como tener en la mano un pajarito precioso. Si aprietas demasiado, lo trituras. Si dejas la mano demasiado floja, se te vuela. Lo que las mujeres desean es paciencia. Debes aprender a tenerla, Rory. RumRunner no puede dominarse. Por eso es un caballo. Cuanto más puedas mantener el tiempo en suspenso, más alto será el vuelo. Busca ese encantador equilibrio entre usar brazos fuertes por un lado y dedos de terciopelo por el otro.

«Eh», pensó Rory. Eso era algo diferente de lo que él esperaba, pero sin duda tío Conor sabía de mujeres más que nadie, siendo tan apuesto. —Regla número uno. Es siempre la mujer quien decide si lo hace o no lo hace. Tú te ofreces con todo tu encanto, sin tratar nunca de imponerte, y dejas que ella te evalúe. Cuando esté dispuesta te lo hará saber.

—Por lo que parece, hay que ser astuto como un zorro.

—Así es. El zorro y los galgos. Cuanto más indiferente te muestras, más les interesas. Y cuando una te da el sí, hazla sentir como una reina… antes, durante y después. Eso se llama ternura.

—¿Alguna vez te enamoraste?

—Por supuesto —respondió Conor—, en cierto modo.

—¿Desesperadamente?

—Sí, una vez.

—¿De una reina?

—Era sólo una condesa.

Mientras Conor se dejaba llevar por un relato de su amor frustrado, descubrió que le era muy fácil hablar de esas cosas con el niño. Nunca había hablado con nadie de su amor por lady Caroline, como no fuera con Seamus O'Neill. El recuerdo le parecía tan melancólico y adorable que quiso compartirlo con Rory.

Mientras paseaban a caballo, luchaban y boxeaban a mano abierta, Conor vio posibilidades de perfeccionamiento. Después de todo, él había enseñado a Liam las sutilezas del pugilismo y su mejor alumno había sido Seamus O'Neill.

—El hecho de ser zurdo te da una clara ventaja. Ahora ponte en pose… gira siempre hacia la derecha, porque así te alejas de mi mano derecha… así… así… a la derecha. Yo disparo un golpe corto de izquierda… Agáchate para esquivarlo y luego me apuntas un derechazo atronador a las costillas… eso, así es… después del golpe corto, lanza ese derechazo al cuerpo… Bien, hijo. Ahora apártate y gira hacia la derecha.

”Después de cinco o seis puñetazos a las costillas, tu indigno adversario empezará a lanzar manotazos, temiendo que vuelvas a golpearle el cuerpo. Cuando empieza a hacerlo, tú le das en la cara. El pobre tipo no durará mucho.

”Cuanto más se enfurece él, más sereno estás tú. Ya tienes un blanco, porque las costillas se le están poniendo rojas… muévete a la derecha… esquiva por abajo… lanza, aléjate… Temible, realmente temible.

—¿Y nunca uso la izquierda, tío Conor?

—A su debido tiempo, hijo, a su debido tiempo.

Hablaban de hierro forjado y de Shakespeare.

Hablaban de un tipo de sonido que Rory no conocía: el de la música tocada por grandes orquestas, de ochenta o noventa hombres, y de óperas cantadas por mujeres que tenían la voz de un ruiseñor.

Hablaban de las maravillas del nuevo siglo: la energía eléctrica, el cinematógrafo y otra película mágica, que podía ver dentro del cuerpo humano.

Hablaban de grandes boxeadores, de artistas, de hombres que pintaban los cielos rasos de las catedrales.

Y de lugares con nombres mágicos: Damasco, Calgary, Ponte Vecchio… y

Montenegro.

Pero nunca mencionaron a Irlanda ni al libro *Los derechos del hombre*, de Thomas Paine. Rory ansiaba conocer los pensamientos que se ocultaban tras el silencio de Conor. Los Bogside amarillos, pardos y negros de todo el mundo, tristes creaciones de los colonizadores.

Aquello de lo que hablaban y aquello de lo que no hablaban era todo lo que había sido negado a ese muchacho de la Isla Sur de Nueva Zelanda. El catálogo de anhelos de Rory crecía de modo tan obvio que Conor consideró mejor alejarse.

Capítulo 30

Una noche Conor anunció a Liam y a Millie que bajaría a Christchurch y tal vez hasta Wellington, para averiguar si había algún puesto disponible en un barco. Siempre se necesitaban herreros, de modo que no tardaría en presentarse alguna oportunidad adecuada.

Tras un suspiro de alivio, Liam se vio súbitamente sacudido por la otra cara de la moneda. Recordó el momento en que, doce años atrás, en Ballyutogue, había anunciado a su hermano su propia emigración. Conor cayó entonces en el pánico. El peor recuerdo de Liam era la fea escena familiar que él había provocado con sus inútiles intentos de retenerlo en Irlanda.

Después del alivio inicial, Liam quedó preso del miedo. Conor había llenado la cabeza a Rory con tentadoras ideas del mundo exterior. El chico había puesto su marca a la Finca Ballyutogue. Rory tenía que mantener la continuidad.

Manipulación. Sí, ése era el juego. Se lo practicaba en la familia, en la tribu y en el orden de las naciones desde que el hombre bajó de los árboles para pasar a las cuevas.

Pocos lo practicaban con más precisión que esos queridos compatriotas irlandeses. Allí se manipula por cosas tan infinitamente pequeñas… dos hectáreas de tierra, medio penique más por el precio del lino, el miedo al sexo. En el plano familiar, la manipulación era un arte irlandés que estaba a la altura de su poesía.

El terrateniente Liam tenía mucho más en juego: Irlanda contra Nueva Zelanda; quería mantener a Rory en el país, para asegurar la continuidad y una nueva generación de manipuladores.

Después de todo, Liam no era como Tomas, su padre, que había tratado de atar a Conor a sus tierras. Conor, que nunca había tenido necesidades de riqueza o de poder, ¿habría tenido súbitamente la encantadora idea de que los dos hermanos podían aumentar sus propiedades hasta que llegaran a ser más grandes que un condado?

Tal vez la promesa de paz pudiera retener a Conor. Había gozado tan poco de ella… Si retornaba a Irlanda, sólo se aseguraría una vida en guerra.

Paz, abundancia, familia.

Allí estaba esa magnífica parcela. Si Conor aceptaba la nueva granja y agregaba tierras hacia la Finca Ballyutogue, cuando las dos se unieran serían la propiedad más grande de la Isla Sur.

Sin embargo, aun al hacer su proposición Liam comprendió que Conor debía partir. Su hermano estaba averiguando por un barco. Él maldijo a esa Irlanda que no le había dado sino angustia. Abogó por Nueva Zelanda, que ofrecía libertad y dignidad.

—Es curioso —fue la respuesta de Conor—, pero todo el mundo ama a los

irlandeses una vez que emigran.

Seamus O'Neill había enviado a Liam una carta, para que la entregara a Conor en el caso de que apareciera por Nueva Zelanda. Al entregársela, Liam comprendió que no había modo de retener a su hermano.

La carta hablaba de agitaciones, un renacimiento de la cultura y más: el probable renacimiento de la Hermandad Republicana Irlandesa, con el retorno de aquel viejo feniano, el largo Dan Sweeney.

—Qué hemos ganado con todo eso, sino latigazos —repitió Liam, como si hablara en un salón vacío.

Conor trató de consolar a su afectado hermano.

—Haces mal en sufrir. Podría parecer que lo mejor, para mí, sería permanecer en Nueva Zelanda, pero el enigma nos seguiría hasta aquí; en realidad, ya ha ocurrido. Pronto te hartarías de tener aquí a tu hermano mayor. El obvio cariño que siento por Rory nos metería en una fea competencia, para complicarlo todo. Hay más, por supuesto. Ojalá pudiera explicarte qué es este desconocido que llevo sentado en el hombro; él no me dejará en paz hasta que regrese. No puedo desprenderme de él, Liam. En cinco años de vagabundeos no he podido desprenderme de él.

Bueno, aquí viene el resumen. ¿Cómo resultaron esas confusas manipulaciones? Liam quería que su hermano se quedara y se fuera, todo al mismo tiempo. ¿Por qué, entonces, sintió alivio cuando Conor anunció su partida? ¿Acaso se encontraba otra vez bajo su sombra gigantesca?

¿Qué pasaría cuando Conor se fuera? Rory adoraba a su tío, con la fiebre que sólo puede aplicar un niño de once años, adoración inalterable del héroe. La partida de Conor parecía asegurar que el niño lo siguiera. Pero Liam disponía ahora de algunos años para lograr que Rory cambiara de idea. La cuestión era cómo hacerlo. Liam pensó en todo… salvo en el amor.

Las manipulaciones dieron paso a un total desorden.

—Creo que lamento haber venido —susurró Conor a su hermano.

Liam estuvo a punto de derrumbarse.

—Oh, Conor, hombre, sólo tú me apoyaste. Saldaste mi pasaje. Me diste dinero para comprar las primeras tierras. Estoy en deuda contigo y quiero compensarte. Olvídate de mis juegos. No quiero verte sufrir más.

—Yo diría que nunca hemos estado tan mano a mano —repuso Conor. Siento mucho el dolor que te causé en Irlanda. Habría debido ser mejor hermano.

Liam estaba a punto de gritar: «te amo, hombre, y eso es todo, te amo». Pero las palabras murieron en algún lugar, antes de brotar, y nunca fueron pronunciadas ni oídas.

—Bueno, ser hermanos es pedir perdón a cada rato, ¿eh? —dijo Conor. Vas camino a convertirte en un hombre poderoso, irreversiblemente, y tienes una familia

estupenda.

—Descontando al muchacho que va a seguir tus pasos —objetó Liam, amargamente.

—Bueno, Liam, ya eres un hombre grande y podemos hablar claro. Intenta tratar a Rory con un poco de amor y de franqueza. Cometiste un gran error al tratar de hacerle vivir una mentira. Ya sabes lo que uno siente cuando no lo aman. ¿Por qué te esfuerzas tanto en repetir la equivocación de papá? Después de lo que pasaste, ¿cómo puedes hacer eso a tu propio hijo?

Liam retrocedió, demudado.

—Te escucho —dijo finalmente, con voz ahogada.

—He tratado desesperadamente de evitar lo inevitable, Liam. No puedes encerrar a tu hijo en un cuarto oscuro y cerrar la puerta. Rory es un chico sagaz, con la mente de un mago y un corazón lleno de vida y curiosidad. Tienes que entenderlo: aunque yo no hubiera llegado a Nueva Zelanda, no habrías podido convertirlo en un vegetal pastor. Él va a abrirse camino por su cuenta. No trates de detenerlo. Sólo volverá a este lugar si le haces ver que lo amas.

Bueno, los hermanos suelen remendar las cosas cuando uno de ellos se encuentra frente a frente con una planchada. Liam quería llorar en brazos de Conor, pero cada vez que sentía el impulso se lo impedía una oleada de terquedad aún más fuerte. La despedida fue muy correcta, a la manera irlandesa. Siluetas empequeñecidas por los muelles. Los niños y su mamá, llorando. Liam, rígido como una vara de acero.

Rory estaba en la cubierta con su tío. Conor le deslizó un sobre.

—¿Qué es esto?

—Una lista de libros que cuentan todas las cosas de las que no llegamos a hablar. Todos dicen más o menos lo mismo. Una de las verdades humanas es que el hombre jamás aceptará no ser libre.

—¿Y alguno de estos libros habla de Irlanda?

—Sí.

—¿De qué sirve? —preguntó Rory. No tengo manera de conseguirlos.

—Claro que sí. Yo los enviaré a tu amigo, el tío Wally Ferguson. Lamento hacer esto a tu padre, pero qué diablos… se lo hice a mi propio papá.

—¿Me escribirás? ¿Puedo escribirte?

—Sí, pero recuerda que podría ser un verdadero problema, Rory.

—¿La Hermandad Republicana Irlandesa?

—Sí. Si no tienes noticias mías no será porque yo lo decida, sino por necesidad.

—Comprendo.

—Y recuerda que te amo mucho, Rory.

Mientras Rory bajaba por la planchaba, Liam agitó la mano en alto. Comprendió

que su hermano se llevaba el corazón de su hijo a Irlanda y que algún día el muchacho iría a buscarlo.

Parte tres

Morador del umbral

Capítulo 31

Dublín, 1906

Ah, Rory, hijo mío.

Ya está hecho el largo camino a casa.

Puesto que todos debemos aprender de cada viaje, he hecho descubrimientos de la mayor importancia. Mis ideas distan de ser originales, pero el trayecto fue nuevo para mí. Ir hacia la patria, por muchos recuerdos trágicos que guardes, es un viaje diferente a cualquier otro que el hombre pueda hacer.

En cierto sentido, Irlanda no se diferencia de cualquier otro lugar, salvo por unas cuantas penas más y unas cuantas alegrías menos; pero Irlanda es mi propia vida, mis propias alegrías, mis propias penas.

¿Por qué ocurre esto, Rory? ¿Cuál es la terrible belleza de la patria? Los sembradíos siguen plagados de piedras, sus ciudades empobrecidas, sus hospitales llenos de cólera y tuberculosis, la justicia de los señores es una burla… Pero mis pies, al pisar este suelo, dicen que yo e Irlanda somos uno.

Mi querido periodista, Seamus O’Neill en persona, retornó de la Guerra de los Bóers y estaba aquí para recibirme. Es un cronista famoso y sigue aspirando a escribir obras de teatro, además de pasearse por Dublín como un verdadero dandi.

Descubrí que ahora podía hablar del incendio en la fábrica de camisas sin quedar medio destrozado. Luego vino el mayor de mis miedos: el viaje a Ballyutogue. Nunca podemos divorciar nuestro yo de la patria, y la niñez es su alma. Recorrí la vieja cabaña, los campos y la forja en un estado de gran emotividad; me demoré varias horas ante las tumbas de la familia.

La querida Brigid se ha convertido en la guardiana de nuestras cenizas. Tu tía ha perdido el encanto. Por muchos años mi madre quiso unir sus tierras con las de nuestros vecinos más cercanos, los O’Neill. Ahora parece que Brigid va a contraer un enlace sin amor con el hermano mayor de Seamus, una peste de hombre llamado Colm; así tendrán tierras de las que puedan alardear. Él es un idiota que vive con un perro viejo y maloliente a sus pies, una pipa vieja y maloliente en la boca y el eterno olor a bebida que le sale de las entrañas. Aunque Brigid aún está a tiempo, estoy seguro de que su lecho conyugal será estéril.

Mi hermano Dary estudia ahora en el gran seminario de Maynooth. Será un sacerdote popular y amado, porque razonará en vez de oprimir. Ruego a Dios que haya lugar para él dentro de la Iglesia.

Dary, Seamus y yo retomamos nuestra vida con un sabor agridulce. Han pasado cuatro décadas de la hambruna, pero aún pende como una sombra sobre Ballyutogue.

Sí, la gran hambruna ha dejado una marca eterna en nuestro pueblo, destruyendo sueños, despojándonos de la virilidad, dispersando nuestra simiente. Al partir de Irlanda vi a un pueblo quebrado, despojado de la voluntad de protestar, subyugado, un pueblo de irlandeses desanimados.

Pero ahora en Dublín estalla el renacimiento gaélico. A la causa se han unido nuevos partidos políticos, que representan verdaderamente los anhelos irlandeses.

Los más aterrorizantes de mis miedos ya han encontrado reposo. Temía pasarme la vida viendo a Irlanda ir de la nada a la nada, junto con las palabras no escritas.

Mira, Rory: de lo que no puedo hablarte es de mi escalofriante encuentro con el largo Dan Sweeney, que ha retornado para revivir la Hermandad Republicana Irlandesa, de la que ahora soy miembro secreto.

Ah, Rory, ¡Dan es la revolución hecha y derecha! Su vieja cara es como cera de vela: la piel tiene una palidez enfermiza y está llena de surcos y grietas, como las que hace en el hombre el exceso de vida. El tiempo y la justicia británica lo han vapuleado hasta hacer de él un cínico excéntrico.

Ardo por contarte lo que no puedo contarte. Hay dos mil armas escondidas en Inglaterra y… ¡sí, tu tío Conor ha aceptado la misión de traerlas subrepticiamente a Irlanda!

La primera docena de libros ya está en camino. Llénate de ellos.

No olvides nunca los dos grandes puntos de mi visita, a saber: cuando tu adversario empieza a dar manotazos con la izquierda, entras por abajo y le asestas un derechazo a las costillas; luego esquivas, siempre girando hacia la derecha.

Segundo, sé tierno con las mujeres. Has que se sientan siempre como reinas, sobre todo después de hacerles el amor. Tu afectuoso tío,

Capítulo 32

Si Atty estaba representando una obra, la matiné del miércoles le dejaba la noche libre. La noche del miércoles quedó reservada a la familia: cenar temprano en el hotel Russell, un rato en la biblioteca Trinity y un paseo por la plaza St. Stephen, mirando vidrieras en el trayecto.

Ese miércoles Atty tenía ensayo, un tenso ensayo. Esa obra era el producto más ambicioso que hubiera encarado el Teatro de la Abadía hasta entonces y, al acercarse la noche de estreno, todo el mundo parecía nervioso.

Entró Rachael con Emma a la rastra; después de saludar a su madre con la mano, buscó asientos. Ella se instaló cerca del vestíbulo, donde podía sumergirse en sus deberes escolares. Emma se sentó en la tercera fila, para no perderse una sílaba.

En el escenario había reyertas. El director señaló, con palabras cuidadosamente escogidas, que Atty había estado insoportable todo el día, con lo que el primer actor estuvo de acuerdo. Además de mostrarse antipática de varias maneras, confundía los parlamentos sin cesar. Probablemente estaba por menstruar, estaba menstruando o saliendo de esa etapa.

Ella se reanimó al ver a sus niñas y dio al primer actor un amistoso codazo en las costillas, que era su manera de pedir disculpas. Luego el director los llamó a ocupar sus sitios.

Otra vez el parlamento equivocado. El director la llevó aparte.

—No te reconozco, Atty —señaló. ¿Qué te pasa, querida?

—No sé —susurró ella. Es como si anoche hubiera visto un fantasma. Alguien ha muerto… No sé.

—¿Quieres que suspendamos por hoy?

—No, por Dios. Dame cinco minutos.

—Cómo no.

Ella ocupó una silla, limpiándose un súbito golpe de sudor en la frente, y aceptó el vaso de agua que le traía un auxiliar. Estaba seca. El agua, al bajar, le hizo bien.

«Vamos, Atty», se acicateó. «Estás actuando como una puta vieja».

Se puso de pie, pero le fallaban las rodillas. En ese instante irrumpió Theo en el teatro, jadeando, desmelenado por la carrera desde las Cuatro Cortes.

—¡Es papá! —gritó, corriendo al escenario. ¡Es papá!

Desmond Fitzpatrick se había derrumbado en la sala de tribunales con un fuerte ataque cardíaco. Cuando la familia llegó al hospital ya se lo había declarado muerto. Pocos días después hubiera cumplido los treinta y nueve años.

Los súbitos cambios de humor que desgarraban a Atty Fitzpatrick se solidificaron

en un silencio de labios apretados. Breves susurros a los amigos, breves palabras a sus hijos. Nunca se había mostrado tan alta y erguida como ante la tumba, en compañía de sus hijos y de cinco mil irlandeses aturdidos.

La oratoria gemía como las antiguas gaitas gaélicas. Cuando un héroe cae, la pérdida súbita desconcierta y asusta. En el número 34 de la avenida Garville se realizó el silencioso velatorio. Atty permanecía casi muda ante el torrente de solidaridad.

Cuando todo hubo pasado, se encerró bajo llave en la biblioteca del último piso, donde sólo recibía á Theo, Rachael y Emma. Dos semanas después del entierro volvió al escenario de la Abadía, para llevar a cabo una representación que provocó lágrimas de admiración en toda Irlanda. Había enfrentado el momento sin falsas valentías.

Luego se vino abajo y se retiró con los niños a Lago Clara.

«¿Valió la pena, Des?», preguntó, implorante.

Y él respondió lo que tantas veces había respondido: «Tú y yo somos víctimas inocentes de vastas compulsiones. Bajo nosotros se mueven fuerzas insaciables. Sí: todos los hombres y todas las mujeres combaten contra las fuerzas que crean el mal, la pereza, la vanidad, el deseo de conquistar, la codicia de poseer, el daño a otros. Y todos, salvo tú y yo, encuentran un acomodo con sus propias compulsiones, llegan a dominarlas y tratan de vivir como personas normales. Des y Atty, en cambio, se consumen en una mala ferocidad por ganar o morir en el intento. No conocemos otra cosa. ¿Hicimos lo correcto al poner hijos inocentes en nuestro maniático reino?».

Con la elegancia de una reina doliente, se sentó junto al hogar y la magia vino a ella. Theo, Emma y Rachael no retrocedieron asustados: se lanzaron inmediatamente, llenos de fuerza, demostrando la reciedumbre y el idealismo de su crianza. Y Atty se lanzó con ellos.

Theo ya había marchado un poco tras los pasos de su padre; tenía la misma garra y el cerebro para las leyes. Gesticulaba como Des y fustigaba con su mordaz ingenio. Hizo saber a Atty que, si bien ella era una mujer fuerte, aún había en la casa un hombre, aunque fuera joven. Desde la muerte de Des, la madre comprendió que pronto tendría una nueva alma gemela.

La pequeña Rachael era de tamaño normal, pero su cuerpo menudo y cimbreante parecía pequeño cuando se la veía junto a su escultural madre. En el momento del dolor, Rachael buscó el regazo de su madre, no para que la abrazara, sino para consolarla. Pronto se hicieron muy buenas amigas; Rachael fue, en verdad, la amiga que Atty nunca había tenido.

De los tres hijos, el eslabón más débil era Emma. Nunca mostró el acero de los otros cuatro, aunque les seguía el juego, buscando siempre el último plano de su poderosa familia. Emma gustaba de las muñecas y las cosas femeninas. Fue quien más sufrió con la muerte de Des, pues sentía por su padre una adoración descomunal. Mamá siempre había estado fuera de su comprensión. Emma no se atrevía a

acercársele mucho por miedo a desviarla de sus resueltas decisiones. Siempre sintió que estaba después del movimiento y que no formaba parte de él.

La madre de Atty, *lady* Charlotte Royce-Moore, no había tenido una niñita para mimar desde que Atty descubrió Dublín, en su adolescencia. Inmediatamente viajó a Lago Clara para oficiar de potencia amorosa y tranquilizadora, aunque era preciso pasar por alto su mentalidad inglesa.

Lady Charlotte se sentía desesperadamente sola desde la muerte de su esposo. Al apreciar por sí misma la alineación familiar, sugirió a Atty que Emma y su abuela podían dar una recorrida al continente, con la idea de que la niña contemplara la posibilidad de estudiar en Londres.

¿La realidad? Emma era sapo de otro pozo. ¿No serían mayores los beneficios de estar con su abuela que los sufrimientos por perder a sus hermanos y a su madre? Atty resolvió que la idea era buena, puesto que su hija también la apoyaba.

Sí, Atty sabía que Charlotte le daría lo que ella jamás podía darle. Con toda probabilidad era lo que la niña ansiaba. No le costaba imaginar a Emma convertida en una señorita primorosa y educada, en el escenario social que más le convenía.

En cuanto a ella, Theo y Rachael, no tardaron en reagruparse. Atty se zambulló en su trabajo, ahora con una potente y devota unidad familiar; todos silbaban la misma melodía.

Capítulo 33

Finca Ballyutogue
Empalme Kowi
Christchurch, Isla Sur
Nueva Zelanda

Querido tío Conor:

Tu trágica partida transformó la Finca Ballyutogue en un cementerio de muertos vivientes. En las primeras semanas nadie sonreía, ni hablar de reír. Luego comenzaron a llegar tus tarjetas postales, desde diversos puertos.

El terrateniente es el que ha pasado la peor parte; murmura que debería haberse esforzado más por retenerte, pero al mismo tiempo rezonga que no te habrías quedado por nada. Cinco o seis veces al día le oigo decir por lo bajo: «Maldita Irlanda».

Aunque sólo tengo doce años, papá me mira como si fuera a abordar el primer barco que zarpe de Nueva Zelanda. Sin hablar, sus ojos me dicen: «Amas a tu tío Conor más que a mí».

¿Cómo puedo explicarle que nadie puede amar a nadie más que a sus padres? A ti te amo más de lo que creía posible, y lo digo sin vergüenza, porque me enseñaste lo grandioso de decir a alguien que lo amas. Sin embargo, no puedo amarte más que a mi propio padre, aunque fuera un asesino encarnizado. ¿Cómo es posible que no se dé cuenta de eso?

Hace quince días fui a Christchurch y tío Wally me dio esa increíble caja de libros que me enviaste. Me los pasó en secreto, tal como el señor Ingram te los pasaba a ti. El terrateniente no se dejará engañar, pero tampoco se atreverá a quitármelos. Nunca imaginé lo que se podía sentir en la boca del estómago con sólo abrir la cubierta de un libro. Tal como sugerías, comencé con *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Huckleberry Finn*. ¡Qué tipazo, ese Mark Twain! Al principio me costaba leer una página, pero casi como por magia mis ojos empezaron a captar con mayor velocidad las palabras, que me retenían sin soltarme, hasta que me dormía leyendo.

Lo estupendo del señor Twain es lo mucho que sabe de mí y de lo que estoy pensando, aunque nunca se haya acercado a Nueva Zelanda. Es como si escribiera sobre mi propia familia y, en especial, sobre el terrateniente. Me dijo lo mismo que tú: «Si te ves en un libro, ya no estás solo».

Seguí tu plan de batalla con un tipo que era el matón de la escuela. Parece que siempre debo defender a los pobres, como Robin Hood. Bueno, él ha dejado de ser el matón de la escuela. Con tres golpes a las costillas dejó el mentón bien descubierto. Fue una gloria.

Pensaba iniciar la actividad sexual después de mi próximo cumpleaños, porque soy grande para mi edad y las tínicas mayores de la escuela saben más de lo que sus padres creen. Pero después de tus advertencias he decidido demorar un tiempo las cosas. De cualquier modo el escozor no me abandona.

Cariños,

Rory

Tampoco Rory podía escribir:

Trato de leer entre las líneas de tu carta y me pregunto a qué actos heroicos estás dedicado. Francamente, pienso mucho en el día en que me encuentre en Irlanda y pueda jurar fidelidad a la Hermandad Republicana Irlandesa.

Mi querido Rory:

Me reconforta el corazón saber que estás leyendo el noveno libro.

En mis visitas a antiguos conocidos, me alentaron a tratar de ingresar en el equipo de rugby Boilermaker, de Belfast. Gracias al año que pasé jugando en Australia, tu viejo tío todavía tiene buenas piernas. Ocupo el puesto de lateral delantero.

Eso significa tener un buen puesto en Astilleros y Acerías Weed, además de una serie de coincidencias. Jeremy Hubble trabaja en el astillero de su abuelo y también está tratando de ingresar en el equipo. Se

mueve con mucha celeridad y tiene agallas.

Parece que está atrasado en sus estudios y tendrá dificultades para ingresar en el Trinity College de Dublín. Así que tengo a un vizconde como alumno particular durante la gira de rugby por el centro de Inglaterra. Siempre he tenido cariño a este muchacho y tenerlo bajo el ala es, a veces, como tenerte conmigo.

Sí, he visto a Caroline. Su madurez es encantadora.

No se puede negar que aún existe el amor entre nosotros y existirá siempre. Pero ese amor siempre ha sido, para los dos, como la materia de los sueños: místico, intocable, frágil y peligroso.

No puedo hablar por ella, porque las mujeres son capaces de pasar toda la vida en un desborde de amor.

Ella era algo etéreo; mientras estuve bajo su hechizo nunca pude adecuarme a una mujer real, de carne y hueso.

En cuanto la vi, Rory, comprendí que por primera vez en mi vida estaba en libertad de buscar, de volar, de abrazar sin que ella me rondara.

Ah, creo que llevé mi niñez al extremo, pero ya no sueño tanto. Se ha impuesto el realismo… un total realismo, pues ahora mi vida lo exige. Y gracias a Dios, con él puedo amar a una mujer de verdad.

Sé que estás leyendo entre líneas, querido Rory. Yo mismo fabriqué todas esas coincidencias para ingresar en Astilleros y Acerías Weed y usar el tren particular de sir Frederick Weed, en el que viaja su equipo de rugby por el centro de Inglaterra y que podría terminar trayendo a Irlanda las armas de la Hermandad.

¡Realismo! Soy un cerdo, porque utilizo a Caroline y a Jeremy. ¡Realismo! Como pertenezco a la Hermandad Republicana Irlandesa, la decisión fue automática. Se redujo a una simple lógica: no puedo seguir amando de ese modo a Caroline si soy miembro de la Hermandad.

Muchos de los viejos sueños cambiaron el día que presté mi juramento. Ahora estamos en un juego duro, pero tal como dijo Dan Sweeney: «Nada de lo que hagamos por obtener nuestra libertad podrá ser tan malo como quienes nos han negado esa libertad».

Querido tío Conor:

Por suerte me explicaste que la masturbación es un paso natural y adecuado hacia la virilidad, porque ahora lo hago con bastante frecuencia. Si no me lo hubieras dicho, estaría nadando en culpas y confesándome a cada rato, aunque no haya nada que confesar. Me alegro mucho porque el padre Gionelli me espetó el peor sermón de mi vida sobre el pecado y el abuso de uno mismo. Con respecto a este asunto, cuando tenga un hijo le daré el mismo consejo que me diste tú.

Como dices, la historia siempre vuelve para asediarnos. El terrateniente encontró mis libros. No hizo más que fulminarme a miradas y más miradas. Después montó su yegua para ir a su condenada colina, donde habla quién sabe con quién. El caso es que al bajar de la condenada colina, tío Conor, pasó tres semanas sin decirme una sola palabra.

¿Y sabes qué hago ahora? A la noche bajo a la sala con un libro y me pongo a leer delante de sus narices. Pero no sirve de nada. Todos se ponen muy tensos. Además, prefiero leer en mi cuarto.

Ya que estamos hablando de libros, creo que estoy listo para dejar atrás a Jack London y Robert Louis Stevenson, por aventureros que sean. Tal vez pueda probar ya con Dickens.

Me pongo tan nervioso… ¡Si al menos pudiera hablar sin rodeos con el terrateniente! Si leo no es para enfurecerlo.

El caso es que voy acumulando toda esa frustración y a veces peleo con algún chico sin estar realmente enojado. Generalmente busco a los más grandes, usando mi creciente habilidad con la izquierda. Creo que me estoy haciendo una mala reputación. Parece que sólo puedo calmarme con una buena pelea; después la finca me ayuda a tranquilizarme.

Algún día el terrateniente y yo tendremos que hablar a fondo, con serenidad. Por lo demás las cosas marchan bien, bastante bien.

Cariños,

¡Cuánto ansiaba Rory escribir lo que no podía!

Me muero por volver a verte, tío Conor. ¡Qué envidia me da lord Jeremy Hubble! Ojo: no estoy celoso. Pero qué vida, viajar contigo como preceptor e instructor de rugby. En cierto sentido, me alegra que tengas a un muchachito al lado, para que nunca me olvides.

Y esas «coincidencias» de las que hablas, ¡caramba, tío Conor! Parece que estás viviendo una gran aventura.

Capítulo 34

ARCHIVOS SECRETOS DE WINSTON CHURCHILL

Por la época en que renuncié al Partido Conservador había llegado a detestar… o mejor, a odiar a sus hombres, métodos, palabras y hechos. Esos tories, según pienso, son una confederación de hombres corruptos que utilizan la agresión en el exterior como mano de obra barata para los millonarios ingleses. Pese a haber nacido en esa clase y a mi ilimitada admiración por mi difunto padre, no puedo ni quiero continuar siendo un sapo de clase alta.

En el curso del año siguiente los liberales, bajo la dirección de Campbell-Bannerman, llegábamos rápidamente al Parlamento y yo aceptaba mi primer puesto en el gabinete como Subsecretario de las Colonias.

Los rumores sobre mi compromiso con la hija de Louis Botha, el Primer Ministro de Sudáfrica, fueron muy exagerados. No existían en mí sentimientos reales por esa dama.

A mí me correspondía hallar un nuevo distrito para permanecer en el Parlamento. Elegí Manchester, en el que gané con bastante facilidad.

Durante la campaña electoral tuve ocasión de hospedarme en casa de sir Frederick Weed, hombre de Ulster, bastante gruñón y autoritario, que paseaba su equipo de rugby por la zona central de Inglaterra. Pese a su severa política unionista, el fulano me resultó bastante simpático y sospeché que en el futuro nos trataríamos mucho. Recordamos nuestro primer encuentro en Hubble Manor, Londonderry, cuando yo era niño y mi padre jugó su ya famosa «carta orangista».

Me desvío aquí del tema para apuntar que sus brutos del Boilermaker acabaron por llevarse a Irlanda nuestra codiciada Copa del Almirante, pero no antes de desmantelar un burdel de Bradford en su camino. El nieto de Weed, Vizconde de Coleraine, se ganó una enorme y afectuosa reputación por su papel en el alboroto. Si hubiera más ejemplares como Weed y lord Jeremy Hubble, esa clase sería más pasable, por cierto. En cambio el yerno, Roger Hubble, Conde de Foyle, representa todo lo que aborrezco.

En mi nuevo cargo he viajado mucho por las colonias y estoy bastante complacido con la amistad que desarrollé con Eddie Marsh, mi secretario privado.

Por otra parte he señalado para la extinción política a sir Frederick Hopwood, de quien llegó a mis manos un informe dirigido a mi jefe, el secretario colonial lord Elgin entre otros detestables comentarios, dice, refiriéndose a mí: «Es muy fatigoso tratar con él y temo que pueda causar problemas (como su padre los causó) en cualquier puesto para el que se lo designe. Su incansable energía, su indominable deseo de notoriedad y su falta de percepción moral hacen de él un motivo de

inquietud, por cierto».

¡Por cierto, por cierto! Ya veremos.

Winston Churchill

¡Ah, sí! Ese partido de rugby entre Ulster y Bradford es más memorable por el hecho de haberme sentado junto a la condesa Hubble, quien se las ha compuesto para retener su encanto, pese a tener un esposo tan desagradable. Ese día usaba un perfume divino.

WSC

Capítulo 35

¡Rory, oh Rory!

¿Cómo contarte esto? He hallado la otra mitad de mi existencia vivida a medias. Ella no es como yo esperaba. Desafina al cantar, lo cual es un insulto para mi agudo oído musical; no es lo bastante pelirroja, definitivamente, y reza sentada, si es que acaso reza. Sin embargo, pese a sus numerosos defectos y a mi propia perfección, me he enamorado locamente de ella.

Se llama Shelley. Es una muchacha protestante, del distrito Shankill de Belfast, lugar que ha conocido el hambre, el cólera y una prolongada miseria. En la actualidad viven allí los trabajadores de los astilleros, en su mayoría en pequeñas casas de medianeras.

Su hermano es capitán de los Boilermakers; su padre, un veterano de Astilleros y Acerías Weed. Pese a nuestra diferencia de credos, su familia vio la felicidad en los ojos de Shelley y me aceptó como hijo y hermano.

Haber esperado tanto tiene sus recompensas especiales. ¿Cuántas veces he mirado dentro de ojos estériles, de estériles corazones? ¡Qué escasas han sido las posibilidades! Ahora, al mirar, vi algo diferente: una compañera rica a la voz, al contacto, a la vista… tan rica que no llego a saciarme de sus riquezas ni a creer que sean mías.

Mi amor por Shelley no ha sido fácil. Tuve que enfrentarme a la prueba más difícil de mi vida cuando me enteré, de sus propios labios, de que había sido por tres años amante de un hombre casado. Sentí que de mí surgía un monstruo llamado celos. Este monstruo supera las posibilidades del razonamiento. Te consume.

Bueno, muchacho, como ya he vagado bastante, me senté a explorarme. Tuve que descartar mi orgullo de campesino irlandés y superar los años de adoración por la Virgen inculcados en mi cerebro. Shelley me dijo, antes de hacer el amor, que no podía comenzar con una mentira y que, de ese modo, yo sabría siempre que de su boca escucharía siempre la verdad.

Era una muchacha pobre, que luchó para obtener una posición decente en la vida, con todo en contra de ella. Al fin de cuentas, no había nada que perdonar u olvidar. ¿Qué hay de malo en que dos personas hayan encontrado el amor mutuo para escapar de la miseria de Belfast, como lo hizo ella? De modo que crecí muy deprisa, Rory; la idea de perderla era tan aplastante que no quise infligírmela y ahora soy el más afortunado de los hombres vivientes.

Pasamos la noche entrelazados. Nos es penoso separarnos durante el día y nos sentimos bienaventurados cuando volvemos a vernos, después del trabajo. Siempre nos rodea la felicidad cuando estamos cada uno en el aura del otro.

Ahora sé que Irlanda sólo puede poseer una parte de mí. El misterio es cómo lucharemos con eso.

Tenemos plena conciencia de que podemos estar condenados desde el principio. ¿Puedo vivir con un pie en la Hermandad y el otro en la ficción de una vida normal con ella? Los fanáticos orangistas ¿nos dejarán en paz? Por primera vez pongo también en duda mi inalterable marcha desde la niñez hasta el juego del patriota. ¿Puedo albergar dos amores semejantes?

Llegará un momento en que deba pasar a la clandestinidad y vivir huyendo. ¿Puedo condenarla a desesperados encuentros en deprimentes escondrijos, con colchones por donde asoman los resortes y chinches que se hagan un festín con nuestro pellejo? ¿Puedo pedir a una mujer que viva con miedo cada vez que alguien llame a la puerta?

Bueno, mi querido Rory, estoy de gira por el centro de Inglaterra, pero eso es apenas la mitad. He destinado el tren y la locomotora particulares de sir Frederick Weed para contrabandear armas a Irlanda. Una vez que la gira haya terminado y

que la primera partida salga de Bradford, habré cerrado la puerta a toda posibilidad de vivir fuera de la Hermandad.

Encontrar a Shelley ya tan avanzado el juego ha clavado un serio aguijón en mi compromiso. Me golpea el pensamiento de que, si antes de conocerla no podía vivir lejos de Irlanda, ahora que la tengo a mi lado podría vivir en cualquier lugar del mundo. Esto me asedia día y noche.

Desde la Zona Central

¡Querido Rory!

Por primera vez en la larga y atormentada historia de Irlanda, hemos ganado la Copa del Almirante. Sí: los Boilermakers de Belfast liquidaron equipo tras equipo de rugbiers feos y peludos. Tu viejo tío te hizo quedar bien. Ahora sólo falta que vayamos «allá abajo» para barrer con los All-Blacks. ¡Espero que ese día tú estés en el equipo!

Por Dios, en todas las ciudades cayeron ante nosotros como árboles de poca raíz en medio de un ciclón tropical.

Voy a contarte algo que te reconfortará el corazón. Mi compañero de cuarto era Robin MacLeod, hermano de Shelley y capitán del equipo; entre los dos vigilábamos a Jeremy, que estaba en el cuarto contiguo. Como ya sabes, yo estaba preparando al muchacho para que rindiera los exámenes de ingreso en el Trinity College de Dublín. Jugó sumamente bien y fue un factor decisivo para que ganáramos la copa. No tiene un pelo de presuntuoso. Se portó como si fuera hijo de minero y se ganó la admiración de todas las bestias que tiene por compañeros de equipo.

Sir Frederick Weed, su abuelo y propietario del equipo, nos acompañaba de vez en cuando, aunque en alojamientos mucho más finos. Yo dejaba que Jeremy pasara algunas noches con su abuelo, pero el pequeño demonio terminó tratando con prostitutas y creyó estar enamorado de una.

Cuando eso estuvo aclarado lo encerré bajo llave. Pero cuando ganamos la copa organizamos la fiesta de las fiestas. Jeremy se me escapó, rellenando la cama con almohadas y bajando tres pisos por la tubería de desagüe. Mientras yo dormía, el equipo acabó en un burdel. Allí los encontró el equipo perdedor, los Bulls de Bradford. Alguien lanzó un agrio insulto nacionalista y estalló una gresca monumental.

Lord Jeremy fue encarcelado con la mayoría de los Boilermakers; la prensa trató el tema como si fuera el segundo fallecimiento de la reina Victoria.

Después del furor inicial, Caroline captó el lado humorístico de la situación; en cuanto a sir Frederick, se mostró bastante orgulloso de que su nieto ingresara en Trinity como un héroe. Lord Roger, en cambio, no lo vio de ese modo y, en su cólera, abofeteó al muchacho, humillándolo más de lo razonable. Mi propio padre me golpeó una vez por los libros, como ya sabes. Eso ocurrió hace un cuarto de siglo y todavía siento el golpe.

Como ves, muchacho, parece que padres e hijos tienen sus enfrentamientos, cualesquiera sean las circunstancias de nacimiento, fortuna o posición social. Christopher, el hermano menor, es un pequeño engreído, pero el padre lo tiene como la luz de sus ojos.

La relación con nuestros padres es el eterno demonio de la especie humana. No hay manera de que la nueva generación pueda aprender de la vieja. Cada joven debe hacer su propio viaje, único y desconcertante, hacia una relación que termina con su propia y única solución. Y con frecuencia pasamos la segunda mitad de la vida tratando de superar la primera mitad.

Cada vez que veo a Jeremy Hubble imagino que también estoy con mi sobrino Rory, con seis años más, revolcando a unos cuantos en el bar, evitando que trate con prostitutas y quitándole el barro y la sangre tras un partido de rugby.

Conque aquí estamos, querido Rory. La Copa del Almirante y lord Jeremy fueron la parte alegre. Shelley vino a pasar unas vacaciones; cuando ella se vaya comenzará el contrabando de armas. Ella no sabe del plan. Y ahora, el dilema. Amo a esta mujer con tanta desesperación que me estoy volviendo casi loco al pensar que podría vivir en paz con ella, lejos de Irlanda. Antes de Shelley nunca pude pensar en la vida sin acabar pensando en la Hermandad.

En cuanto Shelley MacLeod olfateó esa loca idea de huir de Irlanda, tuvo un instante de euforia y accedió. A la luz del día recobró el sentido común. Si escapaban, el Conor Larkin que ella amaba dejaría de existir. Se convertiría en la cáscara vacía de sí mismo y no tardaría en dejarse abrumar por el odio contra sí mismo. A la luz del día ella comprendió que el mundo era demasiado pequeño para esconderlos. Ni siquiera la maravilla de ese amor podía interponerse entre un irlandés y su sueño.

Lo que era amor se tornaría rancio en uno o dos años de no mencionar jamás a Irlanda. Ella tendría que verlo morir en pedazos.

Conor se negaba a condenarla a los sufrimientos y la existencia sin salida que sobrellevaban las mujeres de los rebeldes. Regresaron a Belfast por separado, llenos de angustia.

Los envíos de cartas y libros a Rory se hicieron menos frecuentes. El sobrino, que casi podía sentir a Conor desde el otro lado del mundo, era tan perspicaz que llegó a suponer lo que debía de haber ocurrido.

Capítulo 36

1908

El contrabando de armas se desarrollaba impecablemente, registrando viaje tras viaje entre Belfast y Liverpool sin un solo error. En muchos cementerios de aldea se estaban sepultando cosas que no eran almas ausentes.

Tras haber establecido la ruta, el lado inglés del plan ya no requería la presencia de Conor. Aduciendo su edad y sus lesiones, él renunció al equipo de los Boilermakers.

Al principio *sir* Frederick no quiso saber nada, pero por fin cedió. En verdad, sabía que los Boilermakers no volverían a ganar la Copa del Almirante por muchos años. Más aún: Jeremy estaba ya en el Trinity College y no podía seguir jugando.

La forja que Conor manejaba dentro de Astilleros y Acerías Weed se convirtió en una fuente de información para la Hermandad; casi todos los datos eran preocupantes. Al parecer, Weed y los orangistas estaban contrabandeando cien armas por cada una de las que conseguía la Hermandad. Y no sólo eso: había oficiales británicos adiestrando a los Voluntarios de Ulster, mientras el gobierno hacía la vista gorda.

Aunque era un período bastante cómodo, el largo Dan Sweeney no podía quitarse cierto escozor de encima: una especie de distancia rencorosa se había establecido entre él y Conor, que ahora parecía vivir en un estado de melancolía permanente.

Enterado de que Conor ya no salía con Shelley MacLeod, Dan se preguntaba cómo era posible que el amor atacara a un hombre tan profundamente. Para Dan nada llegaba a las entrañas, salvo el movimiento. Un poco de sufrimiento estaba bien. Pero un republicano como Larkin, cultivado por su abuelo y su bisabuelo, no podía caer como cualquier tonto. ¿Por qué diablos no podía quitarse eso de encima?

Dan fomentó los viajes al norte de Seamus O’Neill, que era el único confidente de Conor. En cada oportunidad Seamus regresaba de Belfast con el mismo informe general.

—Tu amigo Larkin parece haber contraído un caso grave de idiotez —gruñó Dan a Seamus, en un escondrijo de las colinas Wicklow, al sur de Dublín. Ya no tengo muchas ganas de verlo en Belfast.

—Le diré que debe tratarte con el respeto debido a los comandantes. Ya sabes, Dan: como si fueras un coronel británico del Sudán.

—Algo le pasa. Antes me hacía morir de risa.

—¿Por qué no se lo preguntas?

—Porque ya lo sé, qué diablos. Es porque rompió con esa chica. Volvieron de Inglaterra por separado y desde entonces él está hecho un trapo, ¿no es cierto, Seamus? ¿Verdad que es eso?

—Yo no hablo de mis amigos.

—A mí no se me pueden ocultar secretos —exigió Dan.

Seamus, encogiéndose de hombros, sirvió el té.

—Realmente, Dan, eres muy fácil de encontrar. Basta con seguir el rastro de tazas sucias de té. El hecho de ser un revolucionario no te impide lavar las tazas. Dejas tazas sucias en todos los escondrijos que usas.

Dan se calmó ante su inflexible soldado.

—Oye, hijo, he cometido un error básico con Larkin. Dejé que el sentimiento me nublara el juicio. Indudablemente, me he encariñado con ese hombre: ahí está el error. Una vez me encariñé con un hombre, un tal Richie Leary. Resultó ser un informante. Yo mismo tuve que dispararle en las dos rótulas. Con Conor no pasará nada de eso, por supuesto. Pero uno no debe encariñarse.

—A veces es inevitable, ¿no, Dan?

—No hablemos más de esas malditas cosas personales. Necesito a Conor Larkin. Y tú también lo necesitarás cuando yo me vaya. Veo en él a nuestro futuro jefe de personal. No podemos estar tan avinagrados.

—Cuando estaba en Blackpool rompió con esa mujer —dijo Seamus.

—Estuvo a punto de no volver a Irlanda, ¿no es cierto, Seamus? Conozco el comportamiento de los que planean huir.

—Pero volvió, ¿cierto?

—Volvió la mitad de él. Y yo lo necesito entero.

—No siempre es tan fácil. Trata de entender. Conor tiene el corazón destrozado.

—Hace treinta años que lo entendí, Seamus. El movimiento es siempre como nadar aguas arribas, contra corrientes traicioneras y sin llegar jamás a destino. No puedes llevar a remolque a otra persona; acabas por arrastrarla al fondo contigo. He visto a cien muchachos inteligentes que creyeron poder trabajar para la Hermandad sin abandonar su propia vida fuera de ella. Yo se lo advertí, Seamus. Caramba, pero si la chica no es siquiera católica. No tiene una gota del movimiento en la sangre. Es de Shankill; el viejo y el hermano son orangistas furiosos. Qué diablos, si hasta le ofrecí la opción de dejar la Hermandad en paz. Fue él quien decidió quedarse.

Dan estaba sumido en sus reminiscencias. Había cien como Conor y Shelley quizá ciento uno.

—¿Lo de Conor te recuerda algo de tu propio pasado, Dan?

Reaccionó como si le hubieran pegado. Sus viejos ojos se llenaron de lágrimas; era una escena extraña.

—Se llamaba Aileen. Aileen O’Dunne. No recuerdo exactamente cómo era, pero nunca olvidaré lo que sentía. Los británicos me encarcelaron por primera vez cuando tenía dieciséis años. La conocí justo cuando salí, ya con veintitantos. Todos recorremos ese camino de mierda: llorar ante la tumba de O’Connell, pronunciar discursos desde los muelles… y hasta escribir mala poesía. Mira, hombre, todos recorremos ese camino de mierda.

—Qué raza extraña somos, ¿no, Dan?

—Si amas a una mujer, no puedes condenarla a vivir temiendo cuándo te volarán la cabeza… y a escurrirse por los callejones hasta un aguantadero que huele a humedad. ¡Y las lágrimas que debes tragarte hasta la gloria del próximo encuentro! No, aquello no funcionó y ahora tampoco funciona. Es una decisión a la que todos debemos llegar. Cuanto más tardas, más te desesperas. Con un compromiso como el que Conor Larkin ha asumido, retener a una mujer tan querida es ir sin rodeos ni salidas hacia una tragedia.

—¿Qué quieres que te diga, Dan? Ya rompió con ella.

—¿Y cuándo diablos va a superarlo? Todos tenemos que superarlo, ¿sabes?

A Seamus le tocó entones sentir la pena.

—Tratándose de Conor, deberías saber con qué bueyes estás arando —dijo con suavidad.

—¿Quién es este Larkin, Cristo?

—No es ningún Cristo. Ha utilizado a los Hubble y es capaz de apretar el gatillo cuando haga falta. Su fibra está fuera de toda duda.

—¿Y entonces? Esos poemas que escriben los irlandeses a sus amadas es pura mierda. Un montón de sentimentalismo podrido, eso es.

—Deberías saber con qué bueyes aras —repitió Seamus.

—Obviamente, hay algo que no entiendo. ¿Quieres explicármelo, Seamus?

—Conor y yo nos conocemos desde siempre —dijo Seamus. Y nunca hubo una cosa bella que escapara a su vista. Una hoja, un sonido, una gota de lluvia, una palabra dulce, un aroma… Él encuentra belleza en los truenos y los mares embravecidos. Nunca vio o tocó a una mujer sin encontrarle algo bello. Junto con esa desmesurada ansia de conocimiento y su furia contra la injusticia, este hombre ha cosechado belleza con más plenitud que nadie, hasta donde tengo noticia. Sí, en ese aspecto podría compararse con Cristo.

»Y se ha pasado la vida reteniendo esa belleza, dando una parte a todo el mundo, pero sin encontrar la mujer en quien pudiera derrocharla.

»Shelley MacLeod es, por sí misma, una maravilla. Tiene capacidad para contener a este hombre. Supongo que los dos descubrieron algo más allá de nuestro universo de comprensión. Y te aseguro, Dan, que daría diez años de mi vida por conocer diez minutos de lo que ellos se ofrecieron mutuamente. Era tan intenso que no sé cómo no se hicieron trizas los dos, como un vidrio. El hecho de que él haya vuelto a nosotros es suficiente prueba de su lealtad para con el movimiento.

—¿Es posible amar tanto? —reflexionó Dan.

—Para Conor Larkin, sí. Yo preferiría verlos hacer un voto de muerte y pasar juntos el tiempo que les quede antes que matarse mutuamente de este modo.

—¿Crees que ese muchacho no volverá nunca del todo?

—Del todo, no. Ni siquiera en parte, mientras no aparezca algo que llene parcialmente ese vacío.

«Es extraña», pensó Seamus, «la delicadeza con que el largo Dan sostiene la taza

de té cuando piensa intensamente. ¡Si hasta curva el meñique!».

—¿Te parece que es hora de presentarle a Atty?

—En realidad —reconoció Seamus—, en eso estaba pensando. Atty Fitzpatrick jamás podrá reemplazar a Shelley. Pero tiene tanto poder como él y quizá, si la Virgen lo quiere, encontrará la posibilidad de recibir amor. Con Des nunca lo tuvo, ¿sabes?

—Eso me parecía.

—Aunque el vacío de Conor… y el de Atty se pueda llenar en parte, quizá sea algo sobrecogedor.

—Nunca he servido para esas cosas —dijo Dan—, pero necesitamos algo así. Y si no funciona, lo perderemos. Ni siquiera tu Conor, con Cristo o sin Cristo, puede seguir de ese modo.

Capítulo 37

Para la gran ocasión de su vida, Brigid Larkin se atavió con cosas compradas en Derry que probablemente no volverían a salir del ropero. Brigid y lo que llevaba puesto eran extraños que no se ofrecían mutuamente ningún consuelo. Tras cruzar el puente entre la ciudad vieja y la estación de trenes, llegó renqueando por lo apretados que le calzaban los zapatos nuevos.

Sería su primer viaje en tren. La simple idea de bajar hasta Dublín bastaba para estremecer hasta al más educado de los pasajeros.

Preguntó dos veces por la llegada de su tren y luego, una tercera para asegurarse bien. Era obvio que el jefe de estación era protestante, pero se mostró comprensivo, pues con el correr de los años había visto a muchos que bajaban por primera vez de las colinas.

—Éste es su primer viaje, ¿verdad?

—Sí —respondió ella, con timidez.

—Yo me ocuparé de instalarla a bordo, señorita —aseguró el hombre.

—Muy amable de su parte.

—¿Hasta dónde va?

—Hasta Dublín.

—Ah, una buena distancia.

—En realidad, voy a Maynooth para la ordenación de mi hermano, este domingo.

«Justo lo que necesita este maldito país», pensó el jefe de estación, «otro curita católico».

—Ah, qué gran momento para usted. El Great Northern llegará dentro de quince minutos. En Londonderry siempre es puntual.

Brigid se sentó tímidamente sobre la valija de auténtico cuero de imitación que le había prestado la viuda Dougherty. Pasaron quince minutos. Se anunció que el Great Northern a Dublín llegaría con media hora de atraso, poco más o menos.

Desde el andén de la orilla protestante se veía, por sobre el río Foyle, la católica Derry y su ribera, donde se alineaban los muelles y las fábricas de camisas.

La vieja Witherspoon & McNab, destruida en el incendio, había dejado en el horizonte un hueco feo, como el de un diente arrancado.

Brigid había hecho dos viajes anteriores a Derry. El primero, cuando fracasó la cosecha de lino y cientos de muchachas campesinas tuvieron que emplearse como domésticas para ganar dos centavos. Amontonadas como ganado en la plaza Guildhall, dejaban que los posibles empleadores les tocaran los músculos y les examinaran los dientes, tal como si fueran caballos.

—Esperamos que trabajes tus buenas catorce horas por día, Brigid. No robas, ¿verdad, Brigid? Y nada de fornicar con el personal de servicio, Brigid.

El Bogside era el sitio donde todos los sueños perdían su brillo.

Tras toda una vida de tramoyas, la madre había logrado que rompiera con Myles McCracken, su único amor verdadero. En verdad, parte de la ruptura se debió a que Brigid tenía miedo de abandonar Ballyutogue para acompañarlo a Derry.

Tal como le dijo ese día pesaroso: «Una vez que los muchachos se van de Ballyutogue no regresan jamás». Myles pertenecía a una familia tan pobre que no podían dar ni el polvo que se les juntaba en el cuello, porque lo necesitaban para cultivar. El chico no tenía tierras y eso no estaba en los planes que Finola tenía para su hija.

Myles podría haberse quedado, porque los tres hermanos varones de Brigid ya se habían ido. Pero su papá se aferraba a la fantasía de que Conor podía volver para que la granja siguiera llevando el apellido Larkin.

Myles fue a Derry tras Conor y más adelante trabajó con él en la forja. Cuando papá cayó enfermo, Brigid fue en busca de su hermano.

Por un instante apartó la vista del panorama portuario. Recordaba los pensamientos impuros que le habían entrado en la cabeza al llegar a Derry. Si papá moría y Myles se casaba con ella para embarazarla en seguida, Finola tendría que aceptarlos, porque no quedaba ningún Larkin que se hiciera cargo de la granja. Dary estaba ya en el seminario; Conor, en su forja de Derry; Liam, muy lejos, en Nueva Zelanda.

Brigid empezó a respirar con agitación al abrirse bruscamente la puerta de la memoria. Había llegado demasiado tarde en busca de Myles McCracken. Él ya estaba casado y en vías de ser padre. Allá, al otro lado del río, se veía el agujero abierto donde antes estaba la fábrica. Fue allí donde Maud, la mujer de Myles, saltó desde el tejado en llamas; madre e hijo por nacer reventaron contra los adoquines.

Myles degeneró entonces en un borracho más del Bogside; más adelante Conor tuvo que internarlo en el asilo. En un momento de cordura, al recordar claramente a Maud saltando desde el tejado, Myles se ahorcó…

El jefe de estación levantó la valija de auténtico cuero de imitación y condujo a Brigid hasta un compartimiento mucho más lujoso del que correspondía a su pasaje. Luego le deslizó otro cupón.

—Como éste es su primer viaje, conviene que pueda mirar por la ventanilla todo el trayecto, señorita. —Y le puso la valija en el portaequipajes de arriba.

—Bendito sea, señor.

Cada sonido, cada movimiento era nuevo, en tanto el Great Northern salía de la estación, eructando y gruñendo, para asumir un parejo *clicti-clac… clicti-clac…*

Diez o doce suspiros profundos le calmaron el desasosiego. Entonces se dejó hipnotizar por el bamboleo del tren y el veloz paso de sembrados y cabañas. Sola en el compartimiento, Brigid se atrevió a abrir el cesto de mimbre para sacar una tajada

de pan y mordisquearla.

Ya muerto Myles McCracken, la cruzada de su madre estaba medio cumplida. Había salvado a Brigid de un casamiento paupérrimo con un muchacho sin tierras. No viviría lo suficiente para ver la segunda parte de su conspiración para que la hija se casara con un propietario, aunque fuera un viudo con hijos o, preferentemente, Colm O'Neill, el de la granja vecina.

En Finola se fue infiltrando un profundo sentido del pecado. Tras el nacimiento de Dary ella quedó demasiado arruinada como para seguir teniendo hijos. Entonces obedeció al sacerdote, que le aconsejaba vivir con Tomas «como hermanos», sin más fornicación. La trágica muerte de Myles McCracken volvió a despertar ese sentido del pecado. Disimulaba su culpabilidad ante Brigid y sólo al final la confesó al sacerdote, pero el resto de su vida fue un intento por purgar el pecado de haber alejado a Myles. Finola siguió aferrada a su secreto hasta soltar el último aliento, con los ojos clavados en los de su hija.

Clicti-clac… clicti-clac… clicti-clac…

La puerta del compartimiento se abrió de par en par.

—¡Strabane! —anunció el guarda.

Brigid observó con interés a una familia que estaba en el andén. Obviamente, eran padre y madre tratando de despedirse de un torpe muchacho. Se parecía un poco a Liam. Los tres se mostraban incómodos. Papá estaba rígido. Mamá contenía las lágrimas. El gandul frotaba los pies contra el piso; por fin, un buen apretón de manos y un fugaz picotazo en la mejilla de hijo a madre.

Dos nuevos pasajeros invadieron el compartimiento, disminuyendo su espacio. Uno de ellos era el gandul, que parecía tener ganas de llorar y no saber bien cómo hacerlo. Hundió torpemente su valija en la red de arriba, junto a la de ella. «Espero que no me arruine el vestido para la ordenación», gruñó Brigid para sus adentros. Lo había cosido con devoción en honor de Dary.

El tren arrancó con una sacudida, arrojando al gandul contra ella.

—Perdone —dijo él.

—No es nada —respondió ella. Y más tarde: —Voy a Maynooth. Mi hermano va a tomar los hábitos.

El gandul era católico y conocía la importancia de esas cosas. Él también tenía un hermano sacerdote. Fue todo lo que dijeron en las horas siguientes.

—Boletos, boletos… Próxima parada, Omagh.

«¡Por Dios, mira esa tierra!», pensó Brigid. Tan suave y amplia. Tan protestante. Caramba, era tan distinta de la que tenían en las colinas de Ballyutogue como si una estuviera en el otro extremo del mundo. Probablemente así eran las tierras de Liam. «Ojalá no se me arrugue el vestido», pensó. «Pero ¿importa mucho eso?».

Brigid nunca fue una belleza, pero sí lo bastante Larkin como para mostrarse a

veces muy bonita. Y tenía cierta chispa, mientras Myles estuvo cerca. Cuando él se fue, la muchacha aplicó el amor que le restaba en Dary, el hermanito menor. Pero Dary también se fue, como casi todos los hombres. Al quedar sola con Finola en la cabaña se derrumbó su vida carente de amor. Cayó poco a poco en el desaliño. Se odiaba por entretener la persistente e importuna idea de que la vida sería mucho mejor si a la madre se le ocurriera morir. Brigid lo confesaba una y otra vez, pero tras cada confesión se acentuaba su rencor contra la madre.

El ciclo de desear la muerte de su madre, la culpa, la confesión y la penitencia se convirtieron en el camino trillado de su existencia.

Clicti-clac… clicti-clac… clicti-clac…

—¡Omagh! ¡Próxima parada, Omagh!

El gandul fue reemplazado por una madre con dos niños chillones y una vieja monja sonriente. Cada vez que Brigid veía a una monja se le cruzaba la idea de que quizás había equivocado la vocación. Pero así nunca habría sentido lo que Myles le hacía sentir… aunque siempre se detuvieran antes de la fornicación total y absoluta.

Después de un tiempo se le fue haciendo más difícil recordar siquiera cómo era Myles. Casi olvidó las dulces sensaciones que la invadían cuando volaba por el puente a sus brazos, en el lugar donde se encontraban en secreto, junto al fuerte normando. Con el correr de los años llegó a ser como si Myles nunca hubiera existido, porque el dolor de su pérdida también desapareció. Y al esfumarse Myles, se esfumó también el odio contra su madre.

Brigid Larkin se resignó a ser una solterona, incapaz ya de amar y de odiar con alguna pasión.

En ese momento sintió una punzada al recordar que Dary sería ordenado ese mismo domingo.

Desde su nacimiento, hacer de él un cura había sido el punto focal en la vida de su madre. Y ahora Finola se perdería el gran momento. ¿Sería ésa la venganza de Dios? Brigid ocuparía el lugar de su madre y ella la miraría desde arriba, llena de amarga envidia.

A doce kilómetros de Derry, donde el puente cruza el río Burntollet, se abría una ruta lateral que serpenteaba hasta la cima boscosa, donde se alzaba un amurallado recinto: el seminario del Sagrado Corazón de la Santa Orden de los Padres de Santa Columba.

—Es tan pequeño —había comentado Finola entre sollozos—, tan pequeño y frágil…

Dary Larkin era uno de los ocho novicios que cruzaban los portones prohibidos. Casi todos tenían suaves las mejillas y las manos, señal de que habían sido dominados por sus amorosas madres. Algunos, como Dary, llegaban ansiosos por iniciar los doce años de marcha hacia el sacerdocio.

Dary entregó todas sus pertenencias, salvo el rosario; se le asignó una celda de dos metros y medio por tres treinta, en un edificio aislado que albergaba a otros veinte novicios. Sería su hogar durante los cuatro años siguientes: suelo de piedras y olor a moho; como únicos compañeros, el crucifijo de la pared y una desteñida imagen del Sagrado Corazón.

En el primer día se les presentó a los hermanos consagrados que actuaban como maestros enviados por la Orden de los Hermanos Cristianos. Se les dio una seca orden de genuflexión, pues el viejo y marchito monseñor estaba entrando en el salón de reuniones. Con voz monótona y poco inspirada, les explicó por qué estaban allí y qué se esperaba de ellos, sin ver realmente aquellas caras, elevadas en augusto esplendor o petrificadas de aprensión. Se les impartieron los dogmas de pobreza, castidad y obediencia, igualmente desprovistos de pasión, se espetaron las rígidas normas y todo acabó con una crónica de largas horas y total devoción.

La maquinaria que movía el seminario funcionaba con pocas palabras expresas y éstas, siempre en tonos apagados. Un gesto de la cabeza o de llamado daba a todos los movimientos del sitio una sensación de flotar.

Se recitaba el rosario con fervientes eyaculaciones; el menú variaba según las estaciones, no mucho, siempre malo; las horas de instrucción clásica eran una batalla de resistencia y humildad. Se convocaba a Dios en estado de postración descalza, con plegarias sin límite.

Los jóvenes tenientes de Cristo eran exquisitamente reproducidos y afinados según la tradición antigua. Mientras se les vertían los conocimientos tradicionales, aceptados y nunca puestos en tela de juicio, se quitaba al mismo tiempo el deseo de inquirir más allá de las enseñanzas eclesiásticas. Cuando la mente estaba completamente sometida a la obediencia dentro del marco de las enseñanzas, ya clausurada la curiosidad que excediera ese marco, se comenzaba a crear la imagen del sacerdote.

Los malos pensamientos no son menos pecaminosos que los malos actos. El buen sacerdote debe conocer el límite en que el dogma prohíbe el cuestionamiento, para no cruzarlo jamás. Al acercarse a esa línea, la mente debe desconectarse automáticamente para no ir más allá. El dominio del pensamiento, impuesto a tal punto que cada uno domine sus propios pensamientos. Sí, en eso consiste el juego.

Al principio la pequeñez de Dary Larkin hizo que tanto los novicios como los hermanos trataran de intimidarlo. Pero el muchacho tenía el acero de los Larkin y pronto fue identificado como el más fuerte del grupo.

Dary había dicho a Conor que jamás podría ser como él, pasarse la vida batallando por la causa republicana. Sin embargo era un verdadero Larkin y debía hallar el camino para aliviar la miseria del pueblo con su propio tipo de fuerza.

«¿Por qué, cuando uno ingresa en el sacerdocio, siempre hay una parte de la familia que lo considera una tragedia?», se preguntaba Dary.

—Las puertas del seminario no tienen candado —había dicho a Conor. Estoy allí

porque quiero. Estoy en paz.

Dijo apasionadamente a su querido hermano que ardía tanto como él por las injusticias de Irlanda y que, a su modo, pensaba hacer algo al respecto. Y Conor bramó:

—Algún día, Dary, te llevaré a caminar por el Bogside. Entonces comprenderás.

—Algún día, si Dios quiere —respondió Dary—, seré un cura del Bogside.

Clicti-clac… clicti-clac… clicti-clac…

Afuera el sol desmayaba. En Irlanda siempre estaba en combate, pero generalmente perdía. Las neblinas, las sombras y el rocío enmarcaban el paisaje como telarañas. La locomotora del Great Northern fue aminorando la marcha, entre siseos y chirridos; luego entró poco a poco en un desvío y allí se detuvo.

Más allá del desvío había una iglesia de aldea con su cementerio. Brigid quedó traspasada al ver las lápidas. Allí no había nada que se comparara con el sector que los Larkin tenían en la Santa Columba de Ballyutogue, siempre con flores frescas y coronado de magníficas lápidas, bien pulidas, que ella había comprado con el dinero enviado por Liam y Conor. Caramba, todo el mundo decía que el sector familiar de Brigid era el mejor de Donegal.

Por años enteros, Brigid y Finola invocaron en la cabaña un horrible vacío; cada una se sentaba en su propio rincón, como si hubieran hecho monásticos votos de silencio. Más adelante vino Rinty Doyle para trabajar de peón; dormía en el establo y hacía lo posible por no llamar la atención.

El corazón de Brigid palpitó ante la súbita arremetida de un tren que iba hacia el oeste, aterrorizándola con su abrupta aparición. Pasaron caras borrosas en las ventanillas. Luego pasó, tan rápido como había venido, y dejó ver otra vez el cementerio aldeano.

El Great Northern salió poco a poco del desvío. Las lápidas parecieron permanecer reflejadas en la ventanilla.

De los varones Larkin, sólo Dary estaba en Irlanda cuando murió la madre; él viajó desde el Seminario de Maynooth para el entierro.

Con el túmulo ya sobre la tumba, la última oración entonada y desvanecido el último gemido de la gaita, Brigid se detuvo ante la puerta de la cabaña. Tardó una eternidad en abrirla, con mucha lentitud. Ahora todo era suyo. La granja era suya. Después de tantas manipulaciones, infiernos y guerras, era suya: cada cubrecama de encaje, cada olla reluciente, los colchones de plumas, las jarras, los arneses y hasta los recuerdos.

Sus ojos recorrieron la habitación. Ahora ocuparía el asiento más cercano al fuego y fregaría todas las cacerolas, hasta que brillaran como nunca. Los bancos, el gancho suspendido en el hogar, el mortero y el telar, todo era suyo. Al día siguiente caminaría por los campos, contando todo lo que le pertenecía.

Brigid fue de cuarto en cuarto para tocar y acariciar sus posesiones: esponjó los acolchados, sacudió motas de polvo, quitó las pelusas.

Al llegar al dormitorio de sus padres se detuvo a los pies de la cama donde habían nacido ella y sus hermanos; luego se acercó poco a poco y se dejó caer en la blandura del gran edredón, cerrando los ojos llenos de lágrimas.

—Oh, Myles —susurró—, si hubieras esperado un poco…

—¡Dublín! ¡Próxima parada, Dublín, estación de la calle Aimens! Despierte, señorita.

—¡Qué!

—Llegamos a Dublín, querida. En un abrir y cerrar de ojos estaremos en la estación.

Capítulo 38

La imponente capilla de San Patricio, en Maynooth, era un himno a la grandeza del catolicismo romano, creada por miles de manos a lo largo de medio siglo. El órgano Stahluhut hacía vibrar el suelo al anunciar el desfile de jóvenes vestidos con cegadoras túnicas blancas y las quinientas voces del coro se elevaban en un crescendo para anunciar la omnipotencia del Todopoderoso. El obispo entronado pidió que el diácono llamara a los candidatos.

Brigid retorció el pañuelo, ya empapado; se sentía incómoda tan lejos de Ballyutogue e insignificante en la majestad de cuanto la rodeaba, pero también llena de una euforia que nunca había conocido, ni siquiera con Myles McCracken. Había viajado mucho para ese paseo en el esplendor de Dios; ese día no le pasó por la cabeza la idea de vengarse de su madre.

Seamus O'Neill, aunque periodista republicano y miembro secreto de la Hermandad, no era cínico. La familia O'Neill no había sufrido las iras de la Iglesia, como los hombres Larkin.

Seamus tenía una visión despreocupada de la Iglesia, pero seguía esclavo de la rutina y las supersticiones aprendidas en la infancia: «Para mayor seguridad, no hay que tomar a Dios a la ligera».

Pese a sus amargas opiniones, Seamus respetaba esas cosas. La voz de su madre, fallecida mucho tiempo atrás, continuaba mandándole ir a la misa dominical más de lo que él estaba dispuesto a admitir.

Aunque ese momento en nada reflejaba la sencillez y la humildad de Jesús, un rabino del pueblo, Conor aceptaba la grandiosidad como fiesta necesaria para alegrar la vida opaca de las parroquias irlandesas. La catedral estaba mal y era de mal gusto para esa empobrecida Irlanda, pero los irlandeses, por algún motivo, pocas veces se resentían por ella.

Conor estaba ya convencido de que Dary asumía el sacerdocio por propia decisión y de que lo habría hecho aun sin la obsesión de su madre. Y el padre Dary sería lo mejor que el sacerdocio podía ofrecer: pese a su gentil y atractivo encanto, tenía adentro el acero de los Larkin.

Ante el altar, los curas nombraron monótonamente a los santos, de la A a la Z; Conor se sintió satisfecho de que Dary hubiera hallado en la vida un valor más alto. En un momento como ése, bien podía hasta envidiarlo.

Por su parte, el separarse de Shelley lo había reducido casi a polvo.

Su hermano fue llamado a adelantarse y se le preguntó si estaba listo. Mientras Dary se prosternaba, Conor sintió algo agridulce, pero no encontró motivos para rabiar contra esa ocasión.

Brigid lloraba. Conor reflexionaba con extrañeza. ¿Y Seamus? Bueno, había

curas buenos y curas no tan buenos. Seamus esperaba que la Iglesia conociera el valor del hombre que estaba pronunciando sus votos.

Desde el retorno de Conor y su ingreso en la Hermandad, las cosas habían sido difíciles entre Dary y él. A partir de los primeros días de seminario, el menor se mostraba sagaz, pero cauteloso, cuando trataba de apartar a su hermano del republicanismo activo: no porque eso fuera bueno o malo, sino porque no quería verlo revivir la miseria de los Larkin ni terminar colgado de una horca británica.

Cuando Conor retornó a Irlanda, Dary ya se había destacado durante cinco años como aspirante muy especial. En los primeros tiempos optó por una orden misionera; viviría entre los leprosos, en lugares a los que sólo un cura irlandés aceptaba ir. Era uno de cinco o seis candidatos elegidos para realizar estudios especiales en África, bajo la dirección de un sacerdote brillante: el padre George Mooney, que había perdido la salud en los trópicos.

El padre Mooney fue súbitamente nombrado obispo de Derry. Su predecesor había sido instalado allí una década antes, para sofocar un surgimiento liberalista entre los curas de Derry, pero tras el incendio de la fábrica de camisas el distrito continuaba sumido en la desesperación. Ahora se creía que un poco de liberalismo controlado podría servir para devolver la fe a Derry y al Bogside.

La pérdida del padre Mooney fue un duro golpe para Dary Larkin. Dolía perder a un maestro como él. El muchacho estuvo mohíno mucho tiempo y descargaba su frustración contra Conor, cada vez que éste lo visitaba. En la última visita, algunos meses antes de la ordenación, los hermanos se enfrentaron con palabras altisonantes por primera vez en la vida.

—¿De qué han servido ochocientos años de revoluciones y derramamiento de sangre? —acusó Dary.

—¿Y de qué han servido ochocientos años de plegarias? —contraatacó el hermano. No te permito criticar la vida que he escogido, así como yo no critico la tuya, Dary.

—Si continúas en la Hermandad y tomas el camino de las armas, no me encontrarás cuando me busques —aclaró Dary, atónito ante su propia ira.

—Bien —fue la respuesta de Conor—, ahí tienes una buena familia irlandesa.

La gélida Misa de Ordenación había terminado. Brigid salió para conocer Dublín con Seamus O'Neill. Conor se había sentido algo desconcertado durante toda la ceremonia; ahora su aprensión era evidente.

Inclinó la silla hacia atrás, mientras Dary llenaba las valijas en silencio. No podía faltar la descolorida foto de la madre, tomada en alguna feria del condado que habían olvidado hacía mucho tiempo.

—Hoy se la extrañó mucho —comentó Conor.

—Estaba allí —fue la respuesta de Dary.

—Sí, es cierto.

Los dos apretaron los dientes. Nunca habían existido fricciones entre ellos, como entre las otras facciones de la familia. Siempre estaban fuertemente unidos. No dejaban diálogos sin mantener, pues cada uno conocía los secretos más íntimos del otro y hablaban sinceramente de sus diferencias.

Y ahora estaba por asentarse entre ellos el frío del rencor familiar irlandés, a menos que pudieran ahuyentarlo.

—¿Cuándo irás a Inglaterra para cursar el doctorado?

—No iré a Inglaterra —respondió Dary.

—Pero ¿y tus estudios africanos?

—Todo eso ha cambiado.

—¿Desde cuándo?

—Desde que George Mooney fue nombrado obispo de Derry no le costó mucho convencerme de que en el Bogside había suficiente miseria, sin necesidad de buscarla en el otro lado del mundo.

—Sí, a no dudarlo. Pero ¿por qué ese cambio tan brusco?

—Quizá no fue tan brusco como parece. Todos volvemos a Irlanda, ¿verdad, Conor? ¿Qué sentido tiene partir si acabaré volviendo? El obispo Mooney me necesita mucho.

—Hace mucho tiempo me dijiste que te preparabas para ser cura en el Bogside.

—Reverencio a ese hombre, obviamente. El pobre viejo está muy mal de salud. Y de cualquier modo, Derry sigue mal desde el incendio. Sobre ese lugar ha caído una especie de maldición eterna.

La novedad impresionó a Conor como un súbito rumor de truenos en el horizonte.

—Si estás pensando en cambiar las cosas —dijo con cautela, meneando la cabeza —, te espera una amarga experiencia. El obispo Mooney tendrá un reinado muy breve si alberga ese tipo de ideas.

—El Bogside y Derry han tocado fondo. Momentáneamente hace falta poner allí a alguien liberal. La Iglesia sabe que Mooney, en su estado de salud, no puede durar mucho.

—¿Aun sabiendo eso estás dispuesto a ir?

—Hablemos, Conor —dijo Dary, súbitamente. Y lo decía con toda intención. Sus ojos no eran los de un joven novicio ansioso de que lo flagelaran allí afuera. El padre Dary era un hombre adelantado varios años a su tiempo.

—Estaba pidiendo a Dios que acabáramos con este distanciamiento, Dary.

—Mi gran problema fue tener un hermano mayor tan deseoso de llenarse la mente que llegó a ser muy independiente. Yo me preguntaba siempre qué estarías leyendo, dónde escondías los libros. Pero también sabía que el camino tenía una bifurcación para nosotros y no quería tentarme.

»Los cuatro primeros años de seminario se aplicaron con diligencia a la creación

del robot. Pero cuando vine a Maynooth ya había caído en la cuenta de que, según adquiría más y más disciplina, en mí se iba formando un vacío enorme. Nosotros efectuamos una transición entre el niño que está seguro de no equivocarse nunca y el joven aplicado a la obediencia ciega. Y después… entramos en una adultez inquisitiva. Este momento es peligroso para la Iglesia y el cura por igual. Tenemos un umbral en el que vive un morador, y ese morador quiere saber. ¿Es un demonio, un monstruo o sólo un buen tipo? Y aquí chocamos con la más poderosa de las potencias: nuestros maestros, que vigilan al morador de cada estudiante, para cuidar de que no cruce el umbral.

—¿Por qué?

—Algo parece haberse perdido en la comunicación entre los labios de Dios y los oídos del Papa. Hay cosas que la Iglesia sabe, pero no quiere decirnos. Si nuestra fe es tan débil que no se nos puede confiar el conocimiento, seremos curas débiles. Yo creo ser lo bastante fuerte como para conocer cualquier verdad y convertirme en un cura mejor.

—Por Dios, Dary, si apenas hoy te han ordenado.

—Sí, Conor, sí. Debo seguir las preguntas no respondidas hasta su solución. Eso no hará sino fortalecerme.

—¿No sabes que no se puede derrotar al sistema? —adujo Conor.

—Bien estás tú para decirme eso —replicó Dary. Conozco el código moral que Dios ideó para el hombre. También sé que, entre las cosas impuestas para adecuarse a las políticas humanas, algunas no tienen nada que ver con la moralidad de Dios.

—¿Eso te lo enseñó Mooney?

—Mooney me enseñó que, cuando vamos al Africa como misioneros, debemos abandonar la idea de ser extranjeros que les imponemos nuestra civilización. Mira lo que han tratado de hacernos los británicos: destruir nuestra interpretación céltica del catolicismo y superponerle su propia versión. Cada sociedad católica (negra, amarilla, parda o blanca) tiene su propia versión del catolicismo, a veces con una descarada mezcla de lo cristiano y lo pagano. Eso no es absoluto, porque cambia y cede a lo largo de la historia, contra un Vaticano atrincherado en mantener el *statu quo*.

—¡*Statu quo*! —exclamó Conor riendo. Ahí tienes una frase que usaba papá para describir los planes de los británicos para Irlanda. ¿Y qué piensas hacer tú al respecto, mi pequeño Dary?

—Oh, Roma es el juego más grande, más antiguo y más poderoso de los que el mundo conoce. Mi presencia no será recordada, pero mi pueblo me amará por ser un sacerdote sabio y compasivo.

—En otros tiempos estabas muy seguro de que el dogma era infalible. ¿Qué te hizo cambiar, Dary?

—Tú me cambiaste, Conor. Cuanto más me adentraba en el sacerdocio, más alto me sonaban tus palabras. El incendio en la fábrica de camisas también me cambió. Después de la carnicería fui a Derry para ayudar, siendo novicio, y vi los infiernos

particulares de la gente, pero no pude hacer nada. Hace dos años que me pregunto una y otra vez: ¿Cómo puedo renunciar a las cosas terrenales sin saber siquiera qué son? ¿Qué es eso a lo que estoy renunciando? Necesito ser capaz de enfrentar las cosas terrenales al otro lado del umbral. ¿No es eso, en realidad, lo que Dios quiere de mí?

Conor se preguntó adonde lo llevaría ese despertar. ¿Acabaría por convertirse en un parangón entre sus compañeros o en un paria que expulsar? Una vez que el cura toma la bifurcación prohibida le resulta casi imposible volver sobre sus pasos. Y pocos lo hacen.

—No olvides jamás, Conor, que soy sacerdote y no voy a enredarme en asuntos republicanos. Una vez te dije que, si no abandonabas la Hermandad, no me encontrarías cuando me necesitaras. Desde entonces nunca he podido descansar en paz. Soy Larkin, soy irlandés y soy tu hermano. Allí estaré cuando me necesites.

—No sabes lo importante que es eso para mí.

—Tengo fe, sí. Nuestro padre y nuestro abuelo necesitaron acercarse a Dios cuando llegó el final. De ti no estoy seguro. Pero tampoco lo descarto.

—Comprendo —dijo Conor. En ese momento amaba a su hermano más profundamente que nunca.

—Bueno —continuó Dary—, ¿qué me dices de ti? Esa chica Shelley todavía te tiene hechizado, ¿no?

—Con cada día que pasa la olvido un poquito.

—No digas idioteces. Si vieras la cara que pones… Durante la hambruna se vieron papas con mejor aspecto.

Conor se levantó de un salto, hundiendo las manos en los bolsillos, y comenzó a pasearse, girando abruptamente en los confínes del cuartito, como si fuera una jaula. Dary comprendió que su hermano estaba a punto de estallar.

—Tú y yo nos parecemos mucho, qué diablos. Los dos hemos pronunciado votos sagrados ante instituciones inflexibles, donde las órdenes deben ser obedecidas. No podemos llevar una vida normal, con aspiraciones normales. Siempre estaremos en cuartitos yermos, como éste, tratando de infundir una chispa de esperanza en los desesperados. Y los dos viajaremos más lejos y más deprisa sin llevar equipaje humano. Es casi como si la Hermandad Republicana Irlandesa también requiriera un ejército de célibes.

—Parece que la decisión fue tuya, no de ella.

—¿Y qué otra decisión podía tomar? ¿Obligarla a seguirme a la muerte?

—¿Y si eso fuera todo lo que ella deseara de la vida? A juzgar por tu aspecto, la vida no tiene infierno peor que estar separado de esa mujer. Si ella está tan angustiada como tú, y sospecho que así es, los dos morirán antes de tiempo a fuerza de extrañarse. Es mejor tomar lo que haya de placentero y abrazarse mutuamente mientras eso dure.

Conor se detuvo en seco. Por primera vez se sintió como el hermano menor,

necesitado de la fuerte mano del padre Dary.

—Si coqueteas así con la idea podría ocurrirte a ti, Dary.

—No, nada de eso —respondió el otro, con firmeza. Me atrevo a aventurarme porque estoy decidido a conocer la diferencia entre lo que Dios quiere decir y lo que el hombre distorsiona. De eso estoy completamente convencido. Pero el celibato es una de las verdades de la Iglesia. No puedo servir a una mujer y dividir mi compromiso para con Dios. Eso lo sé.

—Lo sabes, sí, y eres lo bastante fuerte como para detener esa tentación en el umbral.

Capítulo 39

La gran noche de Seamus O’Neill llegó y pasó. Su obra, *La noche del peregrino*, no sólo había llegado al Teatro de la Abadía, sino que marcaba el regreso de Atty Fitzpatrick al escenario tras la viudez.

La obra no era buena ni mala, pero tenía algunos momentos intensos, incluido el conmovedor soliloquio antes del telón final: un discurso desde el muelle, nada menos, que nunca dejaba de humedecer los ojos a todos los espectadores irlandeses.

No menos conmovedor era el regreso de Atty, pasado el luto por Des. En ese tiempo Seamus había tenido oportunidad de elaborar el libreto con ella y de verla en las reuniones del Consejo de la Hermandad.

En cada reunión se informaba de otro triunfal ingreso de armas en Irlanda. Atty no podía evitar la curiosidad ante la destreza y la audacia de ese Conor Larkin, ahora misterioso.

La noche del peregrino se podía mejorar; Seamus y Atty dedicaban todos sus momentos libres a trabajar con el papel femenino. Después de guardar las notas de la reunión, él encendió un cigarro largo y fino.

—¿Conque ahora te has aficionado a la hierba del demonio?

—Se me ocurrió que con un cigarro parecería algo más largo —respondió él. A propósito: Conor Larkin está en Dublín. Lo invité a ver la representación del jueves.

—El hombre misterioso en persona —dijo ella, con inconfundible interés.

—Verás que merece su reputación.

—Ah, Seamus, cuando se trata de tu amigo no eres nada objetivo.

—Ya juzgarás por ti misma. Me tomé la libertad de invitarlo a tomar un par de copas con nosotros dos, después de la función.

—¿No temes poner nervioso a Dan? No le gusta mucho que su gente se conozca.

—Eh…, Dan…, bueno, Dan piensa que Conor y tú pueden trabajar juntos en algo, dentro de poco tiempo.

—¿De veras? Todavía me siento bastante incómoda, ¿sabes?

—El luto ya duró lo suficiente, Atty.

—¿Y por qué crees que estoy dispuesta a abandonarlo?

Atty estaba tratando de intimidarlo. Tuvo tan poco éxito como Dan Sweeney.

—Te he visto luchar por salir del dolor. Te he oído venerar a Desmond al punto de arrancar lágrimas.

—¿Qué quieres decir, Seamus?

—Demasiada veneración. Eres muy buena actriz, Atty.

«Este pequeño cerdo me conoce demasiado», pensó ella. «Los dramaturgos penetran hasta el fondo de la gente. Por eso son dramaturgos. Ah, con Seamus es mejor ser directa. Es demasiado sagaz».

—¿Conor ha vuelto con esa mujer de Belfast?

—No.

Rachael entró a la carrera y Atty se mostró impaciente ante su cháchara, como si quisiera continuar con el otro tema.

—En la heladera hay un flan —la sobornó.

Rachael comprendió que había interrumpido algo y se esfumó.

—¿Es recio? —preguntó ella.

—Sumamente gentil.

—¿Qué le pasó con la chica de Belfast?

—Es de Shankill. Resulta fácil imaginarlo, ¿no?

—¿La amaba mucho?

—Todos deberíamos ser amados así en algún momento de la vida.

Atty sintió un vacío en el estómago. ¡Despertares! ¡Caramba!

—¿No hubo algo entre él y la condesa Hubble, hace mucho tiempo?

—Oh, muchacha, ¿por qué preguntas esas cosas a este pobrecito?

—¿El jueves, dijiste?

—El jueves.

—Bueno, trataré de recordar mis parlamentos.

—Sí, tus parlamentos son gloriosos —la provocó Seamus. No los arruines.

El jueves Atty Fitzpatrick trascendió los parlamentos de Seamus O'Neill, su personaje y la obra misma, con un súbito arrebato de virtuosismo de los que toda actriz sueña con tener alguna vez, sin saber cuándo llegará el momento de gloria, si acaso llega. El teatro estaba en suspenso. Seamus O'Neill, mediocre dramaturgo irlandés, sonaba esa noche como Shakespeare mismo.

Cuando Atty oyó el toque a la puerta de su camarín, de su pasado saltaron dos palabras: Jack Murphy.

—Caramba, Atty —dijo Seamus entre lágrimas—, me has inmortalizado. ¡Oh, Dios, estuviste grandiosa!

El hombre que lo seguía era alto; le llevaba toda una cabeza. Seamus se volvió.

—Mi amigo, Conor Larkin. Te presento a Atty Fitzpatrick.

Un segundo después de esa presentación Atty supo, sin vacilar, cuál sería su parte en esa relación. Conor no llegaba como cualquier desconocido. Su nombre tenía una propia mística dentro del Consejo de la Hermandad. Sus proezas en la cancha de rugby, así como la estupenda restauración de Hubble Manor, habían sido cubiertas por la prensa.

El era el esperado retorno de Jack Murphy y algo más. Su actitud era tan modesta y compasiva que otra mujer habría podido desmayarse.

Atty era una viuda respetada, apenas salida del luto, y Conor llevaba mucho tiempo sin la muchacha de Belfast. Por lo tanto Seamus, bendito muchacho, recordó súbitamente que debía cubrir una noticia de último momento y dijo que se reuniría con ellos más tarde.

Esas dos personas, aunque vivían entre multitudes, estaban desoladoramente solas y muy heridas; de inmediato comprendieron la necesidad de conocerse. El hecho de compartir infiernos similares hacía que desearan discutir ciertas cosas que ocultaban al mundo exterior.

A la noche siguiente no había función. Atty lo invitó a cenar en su casa. Su identificación con el proletariado cesaba en el umbral de la puerta. La casa era una mansión georgiana de tres plantas y media, edificada entre medianeras, el uniforme del dublinense acomodado. La puerta de vivos colores, con cristalera semicircular y vidrios centelleantes, decía: «Soy dublinense». Era una casa encantadora, llena de gracia. Los hijos, Theo y Rachael, mostraban la encantadora madurez de carácter necesaria para entenderse con la fama de su madre y el movimiento.

«Qué muchachita estupenda, esta Rachael», pensó Conor. «El papá debe de haberla idolatrado». Bueno, no tanto. Desmond Fitzpatrick podría haberla idolatrado si ella hubiera sido un raro libro de leyes. Conor observó encantado el modo en que Rachael vigilaba a su madre. No tardó en notar que era como la hermana mayor de Atty.

Y allí estaba el joven Theo, con la cara fruncida, listo para asestar una palabra inmortal al papel, muy en posición de leguleyo ante el escritorio de la sala. «Oh, caramba, será el terror de los tribunales», pensó Conor.

—¿Qué estás reflexionando con tanta concentración? —le preguntó.

—Nada —respondió Theo.

—Esa nada parece estar consumiendo gran parte de tu energía, muchacho.

—Así debe ser. La nada requiere una total dedicación, como lo demuestra mi ensayo.

—Me parece que me estás tomando el pelo, Theo.

El muchacho dejó la pluma.

—Mamá gasta mucho dinero para hacerme educar por los Hermanos Cristianos. Sin embargo lo que ellos saben es nada. Por lo tanto me he vuelto experto en nada, sobre nada, acerca de nada, por nada. Como verá usted, la primera página del ensayo está en blanco. Comienza con nada.

—Me desconciertas.

—Si mi ensayo es lo bastante Anticristo, puede ser que los Hermanos Cristianos me saquen a patadas de la escuela. Entonces podré recibir una instrucción adecuada de los duendecillos del bosque.

Conor tomó las páginas. En verdad la primera estaba en blanco. Leyó:

«Mi tema es la Nada porque constituye la cosa más antigua de cuantas existen. Nada estaba allí antes de que el universo fuera creado y Nada es más grande que la Nada, porque Nada es absolutamente perfecto».

«Por mucho tiempo he pensado seriamente en Nada; Nada leo. ¿Quién puede discutir que estoy perfectamente capacitado para discurrir con inteligencia sobre Nada? A Nada otorgo un alto valor».

«En fecha reciente, dos caballeros disputaron una carrera hasta el Polo Norte, pero al llegar allí lo que encontraron fue Nada. De igual modo, Nada es lo que encuentra generalmente quien busca. Nada hay en la cabeza de los políticos».

«Debemos tratar de entender a los filósofos, casi siempre incomprendidos, que Nada hacen, en Nada piensan y Nada dicen, pues el que Nada hace, en Nada puede equivocarse. El que en Nada piensa noche y día no siembra el mal y la Nada a nadie ofende».

—En caso de que necesite un abogado, quiero que me defiendas tú —dijo Conor.

—¿De qué lo acusan? —preguntó Theo.

—De nada.

—Lo sacaré en un abrir y cerrar de ojos.

—La sopa se está enfriando —anunció Rachael.

Como si le hubieran dado el pie, Atty hizo su aparición, ataviada con tanta elegancia, tan escotada y seguida por un perfume tan divino que Theo pensó: «Este Conor es algo más que Nada».

Mamá había estado nerviosa todo el día. Los chicos comprendieron, muy esperanzados, que ese nuevo conocido la había arrancado a un año de hibernación. Y a la segunda mirada notaron que Conor era un espécimen bastante bueno.

Después de la cena, que fue alegre (buena comida, niños brillantes y una familia segura en sí misma) Theo y Rachael desaparecieron, como si supieran que mamá y el desconocido debían tratar asuntos republicanos. Y tal vez algunos otros. La audacia del vestido desmentía la cara de sota que mostraba Atty.

—Ven —invitó, desechando el salón formal de los grandes debates, la poesía y la cultura. Hay un ambiente más cálido que éste.

Condujo a Conor al último piso y abrió la puerta del cuarto que daba a la calle. Era una combinación de sala íntima, biblioteca y oficina. De ser el retiro privado de su difunto esposo había pasado a ser un cuarto de recuerdos, colmado de sus escritos, sus libros de leyes, fotografías y otros vestigios de la vida que habían llevado en el movimiento. Por un tiempo, tras la muerte de Desmond, Atty apenas salió de ese cuarto mientras estaba en la casa. Desde que lo hizo no había vuelto a entrar hasta ahora.

—Tus hijos son maravillosos —comentó Conor.

—Sí —concordó ella. Tenía muchos remordimientos porque temía… no haberlos descuidado, exactamente, sino estar llevándolos en exceso por mi propio itinerario en la vida. Me preguntaba si les estaba ofreciendo el clima adecuado para vivir. La más difícil de mis decisiones fue la de unirme a la Hermandad.

—Son lo que quieren ser, Atty. Oyen bien la canción que les has cantado. ¿Y la otra niña?

—Emma no tiene una pizca de republicana. Está muy bien en Londres, con su abuela. Lo extraño es que de ese modo se ha acercado más a nosotros, porque aquí era sapo de otro pozo. Ahora, cuando nos visitamos, la relación es muy intensa. Va a

ser una damisela encantadora.

—Como su madre —dijo Conor, admirando la manera en que Atty había manejado esa parte de su vida.

—Quería presentarte a los chicos porque, si volvemos a vernos, no deberá ser aquí. No quiero que sepan quiénes forman parte de la Hermandad. Dios no permita que alguna vez los interroguen.

—Será una pena no verlos —dijo Conor.

—Para ellos también. ¿Quieres encender el fuego?

—Me gustaría.

Conor acomodó la turba en la pequeña rejilla, bajo la repisa de mármol. El olor lo hizo retroceder en el tiempo. Luego se sintió atraído por los libros y dejó estupefacta a Atty con su disección de Keats y Shelley.

—¿Dónde aprendiste todo eso? —preguntó ella.

—Me hice autodidacto a la luz de una vela.

—¿Como Abraham Lincoln?

—Bueno, la familia Lincoln era del condado de Donegal.

—¿Lincoln era irlandés?

—No te lo podría jurar, Atty. Me lo dijo un amigo cuya opinión rara vez pongo en duda. En realidad, fue Seamus O'Neill quien me enseñó a leer y a escribir.

—Bueno, tenemos algo en común. Adoro a ese tipo. Parece ser el único con quien todavía puedo hablar de verdad. Pero eso no ocurre con mucha frecuencia. Como estamos en el Consejo Supremo no conviene que me visite con mucha frecuencia. A veces Des y yo pasábamos la noche entera aquí, conversando, y quedábamos atónitos cuando nos alcanzaba la luz del día, ¿sabes?

Y conversó con él. No como había conversado con Des. Ni siquiera como lo hacía con Seamus. Sólo con una persona había hablado así, mucho tiempo antes: con Jack Murphy. Lo de Conor era aun mejor. Al fin de cuentas era preciso reconocer que Jack era un hombre débil en busca de un puerto seguro, fuera de la línea de fuego.

Cuanto más suaves eran las palabras de Conor Larkin, más poderoso parecía. Viéndolo admirar algunos de sus libros, ella le ofreció prestarle los que quisiera.

—No sería prudente —objetó él. Todos tienen tus etiquetas. Los matones de Maxwell Swan me revisan el departamento con bastante frecuencia. Es mejor que no puedan vincularnos.

—¿Te es difícil quitártelos de encima? —preguntó ella.

—No, no mucho. Son muy torpes. La última vez que me siguieron fui al museo y pasé quince minutos ante cada cuadro. Poco les faltaba para gruñir.

El reloj de la repisa dio la hora, era tarde. Conor dijo que debía volver a Dublín para tomar el tren matutino a Belfast.

—El tren tiene parada en Rathmines —sugirió Atty. Yo te llevaré hasta allí por la mañana. Puedes ocupar uno de los cuartos libres. Anda, pon otro bloque en el fuego.

Sus mentes ansiosas aprovecharon la oportunidad para una buena conversación,

aligerada por un buen cognac. Las personas inteligentes y solitarias tienen mucho de que hablar. Mientras lo hacían se evaluaban mutuamente.

Lo que Conor descubrió fue que Atty Fitzpatrick era un ser humano extraordinariamente fuerte, como lo decía su reputación, y que estaba encantada con su propia fuerza. Por su fe en sí misma lo superaría todo. Sí, levantaba murallas interiores de protección… contra el sufrimiento, para desalentar el cortejo… para conseguir lo que deseaba contra todos los obstáculos.

Esa oficina era reveladora. Revelaba al Desmond Fitzpatrick vanidoso y totalmente seguro de sí, el matador de los tribunales. «Oh, con toda seguridad hicieron el amor en este cuarto», pensó, «pero no entre sí: hicieron el amor con Irlanda».

Pese a toda su fama de mujer bella, Atty se sentía incómoda como mujer. Conor percibió que Des y ella se necesitaban como pareja, pero no eran hombre y mujer, sino compatriotas.

El encanto de Conor la atraía. Parecía estar desvistiéndola con esa hipnótica manera de ser. Por pequeños fragmentos de la conversación, parecía estar enterado de que ella y Des se usaban mutuamente a manera de muletas. ¿Y qué pasaría con ese hombrón que estaba ante ella, atizando el fuego?

Conor Larkin daba miedo, en verdad. Ella sabía por Seamus que había pasado la vida esperando un amor, hasta encontrarlo en esa Shelley. Sólo él podía brillar en los ojos de su mujer. «Por Dios», pensó Atty, «el dolor que siente por la pérdida de Shelley es tan profundo como el mío por haber perdido a mi esposo, tras dieciséis años y tres hijos».

En otros tiempos Jack Murphy había sido su dueño, pero sólo por un momento fugaz. Cuando pidió a Jack que le mostrara el lado oculto de sí misma, ella sabía que lo perdería pronto. Con Conor eso no ocurriría.

En una decisión súbita, inocente y curiosa, Atty lo invitó a su cama. Nunca antes la habían envuelto brazos tan potentes como esos potentes brazos de herrero.

Conor la rechazó de un modo encantador. Aún amaba a Shelley. Él y Atty compartirían una larga vida dentro del movimiento y ella no era mujer que se pudiera tomar a la ligera.

Una parte de Atty se puso furiosa. Sobre todo, furiosa por su propia desvergüenza. También quedó pasmada por su franqueza, pero percibió que él decía la verdad al hablarle de su respeto. Eso le gustó, le gustó mucho. Pese al rechazo, sólo le inspiraba buenos sentimientos. No quería verlo sufrir y hasta le habría gustado que se reencontrara con Shelley. Como nunca había albergado emociones parecidas, se sintió muy satisfecha de sí misma. Si él no quería tomarla a la ligera, ella estaba bien segura de no poder hacerlo.

Conor la retuvo en un suave abrazo; en ese silencio Atty tuvo un momento de extraña revelación. Ambos vivían al borde del abismo, en una existencia llena de extraños desvíos. Estaban juntos como camaradas de armas y tarde o temprano

trabajarían en estrecho contacto.

Algún día Conor Larkin sería libre. Y cuando llegara ese momento, sería de ella.

—Vuelvo a Dublín —dijo él, finalmente. Si me quedo no dormiré en toda la noche. Estás loca si crees que no deseo tus pechos. Atty… si Irlanda tuviera una reina, su nombre sería Atty. Eres demasiada mujer para usarte como algo trivial.

—Gracias, Conor —susurró ella. Gracias, amor. A dos cuadras, calle abajo, hay una parada de taxis. Vete antes de que te viole.

Capítulo 40

¡Ratatat-tatat-tatat!

Tratándose de inculcar miedo en el corazón del enemigo, real o imaginario, el tambor Lembeg era inigualable. Así repiqueteaba durante la «temporada de marchas», cuando el Ulster protestante celebraba su renacimiento anual. A partir del 4 de julio, fecha elegida para ennoblecerse ante sus primos norteamericanos, se iniciaba un mes entero de desfiles y manifestaciones, en las que canciones y sermones recordaban antiguas victorias contra los papistas. Multitud de estandartes, de preferencia anaranjados, flameaban glorificando al Rey, al Imperio, a la Reforma y, sobre todas las cosas, la eterna, sagrada e indivisible lealtad de Ulster a los británicos.

Los de la Logia Orangista, acicalados con los sombreros hongo y los paraguas negros cerrados, marchaban de aquí para allá, de un lado a otro y dando vueltas y vueltas.

Oh, es antiguo pero es hermoso,
y los colores son perfectos.
Eran Derry, Augrim,
Enniskillen y el Boyne.
Mi padre lo usaba cuando joven,
en días que no volverán.
Y el 12 me gusta vestir
el sayo que mi padre usó.

El día 12 de agosto los manifestantes convergían en su sagrada ciudad de Londonderry, donde marchaban una vez más sobre las murallas de Derry, para un último hurra en recuerdo del sitio ganado en 1690.

Sin duda soy un hombre de Ulster.
De la isla de Erin vengo
a ver a mis hermanos británicos,
todo honor y fama,
para contarles de mis antepasados,
que pelearon en tiempos pasados
y por eso tengo derecho a vestir
el sayo que mi padre usó.

Después de lanzar una lluvia de peniques contra el católico Bogside, a fin de humillar nuevamente a los infortunados vencidos, se encaminaban hacia la plaza de la ciudad para la exaltación final del salvador, Oliver Cromwell…

Y no olvidemos otro combate, la batalla del Boyne, no menos importante que Waterloo y Trafalgar, donde el bienamado Guillermo de Orange, a lomos de su corcel de alabastro, herido en la mano derecha, enarboló el sable con la izquierda para

encabezar la carga. El rey papista Jacobo, acobardado y trémulo en un caballo de otro color, huyó con el rabo entre las piernas, liberando así a Ulster de la venalidad vaticana. ¡Por siempre, siempre jamás!

Oremos.

Para los industriales y otros gobernantes de la provincia, ésa era la época del año en que sus mensajeros religiosos y políticos lograban introducir temas nuevos, además de reiterar antiguos temores.

Atontados a fuerza de marchas y arengas, los justicieros eran fáciles de inducir a disturbios anticatólicos con sed de sangre y fuego.

Ese año, sir Frederick Weed estaba dedicado a sabotear los sindicatos. Teniendo una turba cautiva dentro de su astillero, los azuzó para que incendiaran el taller de cobreado, donde trabajaba la mayoría de los católicos. Después de todo, las instalaciones eran obsoletas y estaban bien aseguradas por Lloyd.

Conor Larkin se enteró de lo que iba a ocurrir y pudo sacar a los católicos del astillero, pero regresó para salvar a Duffy O'Hurley, el maquinista del tren privado de Weed, hombre esencial para el contrabando de las armas.

La multitud sorprendió a Conor y estuvo a punto de matarlo a golpes. Sólo la intervención de Robin MacLeod, en el último instante, pudo salvarle la vida.

Morgan MacLeod sentía un profundo afecto por Conor Larkin; en los primeros tiempos de su relación con Shelley los apoyó sin retaceos.

Morgan era un hombre a tener en cuenta: líder de la tribu Shankill, diácono de su iglesia, capataz del muelle seco más grande de Weed y gran maestre de la Logia Orangista. Su hijo había capitaneado el único equipo irlandés ganador de la Copa del Almirante.

A ningún vecino de Shankill le importó que Shelley se convirtiera en amante de un hombre casado. Después de todo, David Kimberly era de la clase alta inglesa y diplomático de carrera. A decir verdad, Kimberly era una buena presa para cualquier chica de Shankill.

Lo de Conor Larkin era otra cosa. Era católico, pero contaba con la protección de *sir* Frederick en persona y, por añadidura, era miembro de los Boilermakers de Belfast. Bueno, digamos que Larkin era uno de los buenos.

Aunque Conor y Shelley representaban una especie de tregua, Belfast era una de las cloacas de la Revolución Industrial que no se mostraba generosa con sus tiernas mercedes. Cuando Conor y Shelley, tras la ruptura, volvieron de Inglaterra por separado, Morgan McLeod no pudo evitar un suspiro de alivio; Dios quisiera que su hija se enamorara de un buen muchacho, decente y protestante. Pero vio que su bienamada Shelley palidecía y desmejoraba.

Conor renunció al equipo de rugby. Morgan tenía información de que Larkin estaba como muerto. Temió entonces que algo impulsara a la pareja a buscarse; si eso

ocurría, no estaba seguro de poder mantener la paz allí.

Los temores de Morgan se hicieron realidad cuando, tras la paliza recibida por Conor en los disturbios, Shelley se instaló abiertamente con él para cuidarlo y devolverle la salud, desafiando al mismo tiempo la ley natural de las tribus de Belfast.

En la historia violenta y atormentada de la ciudad, los pobres de credo protestante dieron origen a una raza de astutos predicadores, cuyas artes eran el histrionismo vestido de Reforma y la habilidad para infundir a sus rebaños el miedo al Vaticano. Los más astutos solían ascender raudamente, pasando de predicar en una carpa a gozar de gran poder.

Uno de éstos era el reverendo Oliver Cromwell Maclvor, que poseía escuelas propias, seminario, iglesias, periódicos y un ejército armado casi particular, conocido bajo el nombre de Caballeros de Cristo, con auxiliares femeninas apodadas Ángeles de Cristo.

La prostituida conducta de Shelley MacLeod era una ocasión dorada para Maclvor y, sobre todo, para sus Ángeles de Cristo. Hacía tiempo ya que Maclvor necesitaba una buena victoria sobre Morgan MacLeod, el único hombre del Shankill que podía hacerle frente. Muy pronto se dedicó a envenenar las reuniones de los Ángeles, todos los miércoles, mostrándoles visiones donde la carne papista devoraba la de ellas y la de sus dulces, inocentes, queridas hijas.

Tras la reconciliación con Conor, Morgan había prohibido que su familia tratara con Shelley o pronunciara su nombre en la casa. Ahora sólo tenía que subir al púlpito para renegar de ella. De ese modo Maclvor se mostraría misericordioso y el vecindario quedaría purificado de su estigma, nuevamente íntegro y cristiano.

Morgan MacLeod se rehusó. ¡Cuánto amaba a esa extraña criatura, retraída cuando niña, la de los tristes ojos verdes! La decidida Shelley había aprendido a hablar sin rastros del confuso acento de Belfast; caminaba erguida y exhibía modales muy correctos. Su padre se sintió morir cuando ella, a los quince años, huyó de Belfast y se empleó como criada en una casa solariega de Inglaterra, a fin de escapar a la creciente locura de su madre.

Ahora la familia MacLeod probaba todos los días el fruto del odio: basura arrojada en el umbral, una paliza al hijo de Robin, el ostracismo en la cantina y en la verdulería, letanías de odio desde el púlpito de Maclvor.

A medida que Conor sanaba, él y Shelley intercambiaron almas. Cualquier peligro, cualquier privación que soportaran juntos era preferible a continuar con la intolerable separación. Sabían que eso podía representar una tácita condena a muerte, pero también comprendían que la peor de las tragedias habría sido vivir sin conocerse.

La pena de Morgan se tornó inmensa. Cuando alguien de la familia visitaba a Shelley a sus espaldas, él lo sabía, pero no preguntaba nada, no decía nada ni daba su bendición. Todos los días entraba en el cuarto de su hija para echar un vistazo; a

veces se sentaba en el taburete, ante el espejo, para contemplar las fotografías insertadas en el marco.

Por la noche hojeaba la Biblia, buscando palabras que pudieran darle alguna esperanza. Al cabo de un tiempo empezó a buscar pasajes sobre la muerte.

Un día, presa de un terrible dolor en el pecho y sin poder respirar, Morgan cayó desde el andamiaje del muelle seco, a seis metros de altura, y se quebró la espalda contra el pavimento.

—¡Robin! ¡Tu papá! Se ha caído del Gran Mabel.

Capítulo 41

El contrabando de armas continuaba; eran unos pocos cientos de rifles por vez. Pero comenzaban a surgir pequeñas filtraciones y advertencias.

Duffy O'Hurley, el maquinista del Red Hand, estaba poniéndose muy, pero muy nervioso. Comenzó a beber en demasía y de vez en cuando dejaba caer en los bares comentarios de doble filo. Conor lo hizo vigilar, salvo cuando conducía el tren.

A medida que se iban enterrando las armas en la campiña, cada vez era más la gente involucrada. Con cada hombre o mujer enterados aumentaban los riesgos.

Durante las operaciones de carga en Inglaterra y descarga en los desvíos irlandeses se presentaban más y más inconvenientes no previstos: un policía que pasaba por casualidad, señales erróneas para concretar un encuentro, súbitos allanamientos en los escondites.

Dan Sweeney y Atty querían clausurar la operación y buscar un nuevo modo de traer las armas. Por desgracia, eso significaba dejar mil rifles en Inglaterra. Ese millar de armas permitiría a la Hermandad acelerar el reclutamiento de hombres y formar unidades hasta dos años antes de lo planeado previamente.

Entonces Conor propuso la loca idea de alterar el tren de sir Frederick, desde la máquina hasta el vagón de cola, y hacer un último viaje trayendo los mil rifles. Era llevar las cosas al borde del abismo, pero Conor se impuso.

Después de poner soportes bajo todos los vagones, agregar pisos y techos falsos y utilizar más espacio en la carbonera, el millar de armas fue cargado en Liverpool y trasladado a Irlanda.

¡Entonces comenzó el terror! Duffy O'Hurley no podía llevar el tren hacia ningún desvío. Estaba paseando las armas por toda Irlanda, imposibilitado de descargarlas y enloqueciendo poco a poco.

Por fin se produjo la llamada. Duffy estaba en Hubble Manor, Derry, y volvería sin carga a Belfast y Dublín. Podía dejar las armas en una parada llamada Sixmilecross, a medio camino.

Conor mismo había estado a punto de detener el embarque en Inglaterra, pero una vez que estuvo en Irlanda, la Hermandad tenía que descargarlo. Aunque no se lo dijo a nadie, cuando llegó la llamada de Duffy comenzaba a sospechar que sólo un milagro le permitiría entregar los rifles.

Pasó la última noche en vela, abrazado a Shelley. No pensaba en Sixmilecross ni en la noche siguiente: trataba de recordar cada vez que le había hecho el amor y el milagro que siempre los transportaba a un sitio nuevo y diferente. Poco importaba que el tiempo compartido con ella hubiera sido o no suficiente, porque cien años no le habrían bastado.

«Shelley, Shelley, Shelley, no cometas tonterías. Por favor, no cometas tonterías.

Si tú no estás con vida no quiero volver de Sixmilecross. Y en Belfast hay quienes odian nuestro amor a tal punto que, si te quedas, te quitarán la vida».

«Ya es insoportable pensar que quizá no vuelva a abrazarte por cinco años, por diez, jamás. Pero si murieras… oh, Dios…».

«¡No llegues nunca, aurora, no llegues nunca!».

«No debo siquiera pensar que tal vez jamás vuelva a verlo», pensaba Shelley. «Tengo que disimular por él. Conor, amado mío, comprende que nací sólo para una cosa: los momentos que he pasado contigo. El resto no importa dos cominos. ¿Qué más podría pedir?».

«¿No comprendes, Conor Larkin? Tu mujer está satisfecha y no tiene miedo».

Conocían implícitamente el poder de la aurora y no les hizo falta mencionarlo. Unas pocas instrucciones: lleva la pistola, úsala si tu vida corre peligro, vete inmediatamente a Dublín, quédate allí. De nada servía decir el resto, ¿verdad?

CONTRABANDO DE ARMAS PARA LA HERMANDAD REPUBLICANA IRLANDESA DESARTICULADO POR EMBOSCADA EN SIXMILECROSS. UN MUERTO, CUATRO HERIDOS, SIETE DETENIDOS, MIL RIFLES SECUESTRADOS EN TREN PARTICULAR DEL INDUSTRIAL SIR FREDERICK WEED. CABECILLA CAPTURADO.

DUBLÍN, AGOSTO 10, REUTERS. Actuando por una información interna, tropas de las barracas de Londonderry abordaron el Red Hand Express, famoso tren privado de sir Frederick Weed, magnate de las acerías y los astilleros de Belfast.

El tren, con un cargamento de rifles contrabandeados, se dirigía a un encuentro concertado en la tranquila parada de Sixmilecross, condado de Tyrone, en el centro de Ulster.

A su llegada, tres minutos después de la medianoche, sorprendieron a una partida de ocho miembros de la Hermandad Republicana Irlandesa que lo esperaban allí.

El tren estaba lleno de fusiles correspondientes al 22.º Regimiento de West Anglicans. Por añadidura, la zona estaba rodeada por fuerzas de la milicia y la policía de Ulster. Los contrabandistas, superados en número, sólo ofrecieron una leve resistencia.

D. E. Dunkerlee, vocero de Su Majestad en el Castillo de Dublín, ofreció la siguiente declaración:

«Otros miembros de la banda han sido arrestados en Inglaterra. Están detenidos Owen O'Sullivan y sus hijos Brian y Barry, propietarios de las Fundiciones O'Sullivan de Merseyside, Liverpool. También se arrestó al señor Dudley Callaghan, dueño de una casa funeraria de Bradford. Se sabe que Callaghan se encargaba de trasladar a difuntos irlandeses para su inhumación en su lugar de origen».

Aunque el Castillo de Dublín retacea detalles, todo indica que las armas son Enfield estándar del Ejército Británico, originarias de Inglaterra y probablemente

embarcadas en el Red Hand Express para su traslado a Belfast.

«Obviamente, esto es obra de una brigada altamente especializada de la Hermandad Republicana Irlandesa que, a juzgar por las apariencias, está en operaciones desde hace varios meses», concluyó Dunkerlee.

EL CASTILLO DE DUBLÍN NIEGA QUE LOS CONTRABANDISTAS DE ARMAS FUERAN DE LA HRI. SU CABECILLA, CONOR LARKIN, ES RENOMBRADO ÍDOLO DEL RUGBY. SIR FREDERICK WEED, FURIOSO.

DUBLÍN, AGOSTO 11, REUTERS, ASSOCIATED PRESS. El Castillo de Dublín desmintió hoy el comunicado de ayer, según el cual la banda de Sixmilecross era «una brigada altamente especializada de la Hermandad Republicana Irlandesa».

D. E. Dunkerlee, vocero de la Oficina de Prensa de Su Majestad en el Castillo de Dublín, informó esta mañana a los periodistas, en una conferencia de prensa organizada con apresuramiento: «Los informes de ayer con respecto a la participación de la Hermandad Irlandesa fueron prematuros. No existe ninguna prueba de que existan este tipo de brigadas ni de ninguna actividad organizada de la Hermandad en Irlanda. Esto fue obra de una banda de delincuentes comunes».

Esta retractación coincide con el hecho de que el Castillo de Dublín se haya negado, en los tres últimos años, a admitir la existencia de la HRI.

Conor Larkin, que ya ha sido identificado como cabecilla de la operación, está detenido sin que se conozca su destino, mientras otros miembros de la banda han sido trasladados a la prisión de Mountjoy. (En recuadro, los antecedentes del señor Larkin y su larga asociación con las familias Weed y Hubble, de Belfast y Londonderry).

En una breve declaración efectuada antes de recluirse, sir Frederick Weed se mostró lívido de ira. «La perfidia de Conor Larkin, al utilizarnos a mi familia y a mí como víctimas inocentes, equivale a la traición más venal que yo haya conocido. Esta conducta para con sus confiados protectores ilustra audazmente el despreciable carácter de su raza. Espero verlo un día en la horca y a sus secuaces, aplastados».

Aunque humillado por el fracaso de las considerables fuentes informativas de sir Frederick, el humor irlandés sobre el incidente de Sixmilecross ha provocado muchas risas en las tabernas, los salones, las páginas editoriales y el hombre común. El descaro y la audacia de Larkin parecen captar esa extraña ironía del temperamento irlandés.

EL CASTILLO DE DUBLÍN ADMITE: BANDA DE SIXMILECROSS MIEMBROS DE LA HERMANDAD REPUBLICANA IRLANDESA.

DUBLÍN, AGOSTO 12, REUTERS, ASSOCIATED PRESS, UNITED PRESS INTERNATIONAL, NEWS SERVICE, EUROPA PRESS. Contradiciéndose por tercera vez en tres días, el Castillo de Dublín admitió hoy la existencia de la HRI, y la hizo directamente responsable del

contrabando de armas.

Sir Frederick Weed permanece recluido.

En todo el país se están formando comisiones que exigen justicia para Conor Larkin y la banda de Sixmilecross.

A las cuatro de la tarde, D. E. Dunkerlee, vocero de la Oficina de Prensa de Su Majestad, emitió el siguiente comunicado:

> *A través de nuevas investigaciones sobre el incidente de Sixmilecross, el gobierno de Su Majestad ha llegado a la conclusión de que la Hermandad Republicana Irlandesa está en actividad desde hace varios meses y hasta por años, posiblemente, y que es directamente responsable del contrabando de armas que se llevaba a cabo utilizando el tren de sir Frederick Weed.*
>
> *Expertos de Scotland Yard y de la Inteligencia del Ejército afirman que semejante operación no sería posible sin un considerable sistema de apoyo.*
>
> *Los rifles han sido rastreados hasta su origen en el cuartel de Dunby, Ciudad del Cabo, Sudáfrica; al parecer fueron embarcados en 1901 para uso de las tropas que combatían en la Guerra de los Bóers. Los expertos están tratando de determinar si fueron devueltos a Inglaterra sin embalar, una vez terminado el conflicto.*

Mientras tanto el país sigue alterado por la fiebre de Sixmilecross. Fuentes informadas aseguran que, en toda Irlanda, hay cientos y hasta millares de hombres que buscan a la HRI para enrolarse.

«Al denominar a la HRI como una entidad "inexistente" y autora del contrabando de armas, los británicos se han convertido en nuestra mayor agencia de reclutamiento. Por nuestra sola cuenta no habríamos podido hacer este tipo de publicidad ni en diez años. "Agradecemos al Castillo de Dublín la colaboración prestada", dijo un miembro de alto rango de la Hermandad, con la condición de permanecer anónimo».

Capítulo 42

Atty reconoció a Shelley McLeod en cuanto la vio bajar del tren. No parecía acobardada ni perdida. De pie en el andén, con la mano sobre la frente para evitar el sol, parecía casi traslúcida, etérea. Atty comprendió entonces por qué Conor la amaba tan profundamente.

Se sintió frustrada, pues estaba dispuesta a que la chica no le gustara, pero resultaba imposible tenerle antipatía. Shelley seguía mirando a su alrededor; llevaba una cinta de satén purpúreo atada al cuello para identificarse.

—Hola, Shelley. Soy Atty Fitzpatrick.

—Gracias por venir, señora Fitzpatrick.

—Dime Atty, por favor.

—¿Hay alguna noticia?

—No, salvo que Conor está con vida. ¿Y tú? ¿Cómo estás pasando esto?

—Bien, estoy bien. ¿Es seguro que él sobrevivió?

—De eso, al menos, estamos seguros.

Quedaron calladas, mirándose con curiosidad y sin saber cómo continuar con esa conversación. Luego, con toda naturalidad y gentileza, se abrazaron, las dos temblando. Al sentir los brazos de Atty que la rodeaban, Shelley dejó escapar unos sollozos convulsos.

—Disculpa —murmuró.

—No me explico cómo no estamos las dos locas de miedo. Por Dios, Shelley, eres una chica fuerte. Me alegra que estés aquí, en Dublín. Nosotros cuidaremos de ti.

Dicho eso, Atty también cedió y las dos volvieron a abrazarse, llorando.

Así las encontró Seamus O’Neill al acercarse.

—Veo que ya se han encontrado —dijo.

—Usted debe de ser Seamus —adivinó Shelley.

—Es fácil pasarme por alto, sobre todo si no se me está buscando.

—¿Alguna novedad? —preguntó Atty.

Seamus sacudió la cabeza.

—¿Hay más equipaje?

—No. Conor me dijo que dejara todo.

—Sí —dijo él. Bueno, él está con vida. Ya es un comienzo. Tenemos a todo el mundo buscando información, pero los británicos tienen todo bien tapado. Están tratando de entender algo. Se encuentran muy confundidos.

—Eso se nota en los diarios.

Echaron a andar por el andén.

—Yo quería hospedarte en mi casa —dijo Atty—, pero decidimos que, por el momento, será mejor alojarte en un escondrijo y ponerte un guardia.

—Sólo por precaución —agregó Seamus, de inmediato. Es difícil que los británicos te estén vigilando. En cuanto las cosas se calmen podrás andar libremente sin problemas. Ahora recuerda que estás entre amigos y que en Dublín no correrás ningún peligro.

Shelley se dominó hasta que estuvo sana y salva en un pequeño departamento, a pocas cuadras de la casa de Atty. Sólo entonces se permitió el lujo de desmayarse.

En las semanas siguientes quedó a la vista que el Castillo de Dublín no se interesaba por Shelley MacLeod. Virtualmente nadie en Dublín conocía su papel en la vida de Conor Larkin, por lo que la chica no ofrecía amenaza alguna a los ingleses.

No obstante, los de la Hermandad seguían custodiándola, por si algún fanático de Belfast viajara para intentar algo contra ella. Por lo demás, podía ir y venir a su antojo por la ciudad.

Shelley se adaptó en seguida al ritmo vigoroso de Dublín. En Belfast se había destacado trabajando para la única modista de la clase alta, por lo que pudo emplearse en un buen salón de Dublín.

Su vida giraba alrededor de Atty Fitzpatrick, el joven Theobald y Rachael, chicos encantadores que parecían saber quién era quién y qué era qué sin que nadie les explicara. Rachael observaba el modo en que su madre se iba enterneciendo con respecto a Shelley, contra su naturaleza básica. No hacían falta ruidosos anuncios para percibir que Conor Larkin ejercía una gran influencia sobre las dos.

Atty se preguntaba por qué estaba encariñándose con Shelley MacLeod contra su voluntad. Acabó por comprender que la muchacha había abierto en ella una puerta hasta entonces cerrada con candado. Atty Fitzpatrick nunca se había creído capaz de abandonar el egoísmo, ni siquiera con sus hijos. Rachael y Theo estaban allí porque se ajustaban a sus planes. Emma, que no cabía en ellos, fue dejada en otras manos.

Atty se interrogaba sobre su arrebato pasional con Conor Larkin. No se había arrojado nunca a los brazos de nadie, salvo a los de Jack Murphy, y eso sólo para una aventura limitada con la que satisfacer su curiosidad.

Continuaba deseando enérgicamente a Conor, pese a su amable rechazo, y lo amaría siempre aunque él ordenara lo contrario. Sin rencor alguno, comprendía que Shelley MacLeod era la mujer adecuada para él: Shelley, no ella. Atty, como tal, era incapaz de ser lo que Shelley era.

Aquello se convirtió en una experiencia trascendente: saber que era capaz de un gran amor y aceptar la posibilidad de no ser correspondida. Era un amor que llevaría consigo en silencio, pues Conor Larkin la hacía sentir satisfecha de sí misma sólo por comprender eso.

Una vez que eso quedó en claro le fue fácil amar a Shelley como a una hermana. Al principio eso parecía material para una obra mala: el gastado tema de las dos hermanas enloquecidas por el mismo hombre.

Para que todo fuera aún más sereno y aterciopelado, Shelley comprendió lo mucho que Atty Fitzpatrick amaba a su pareja. Sentía una gran empatia con ella, además de un gran respeto por su dignidad.

«¡Qué triángulo de locos!», pensaba Atty. «Los amo a ambos y quiero que sigan juntos. ¡Debo de estar perdiendo la chaveta!». Al descubrir que le era imposible sentir antipatía por Shelley MacLeod, percibió que había llegado a una nueva capacidad de amar. Si podía hacerlo con tanta falta de egoísmo, en algún lugar, en algún momento, quizás hubiera un amor para ella.

Una vez casada con Des, Atty se convenció de que la intensidad conocida con Jack Murphy la eludiría por toda su vida. Hasta que puso los ojos en Conor Larkin. «Ahora puedo amar sin reservas», se dijo, y eso le brindó un sendero nuevo y encantador, que podría explorar alguna vez.

A Rachael no se la podía envolver con frases para niños. Como Shelley no tenía hermanas, ella y la niña se colmaban mutuamente de risas y abrazos.

El pobre Theo sufría la carga de sus dieciséis años. Como cabía esperar, se enamoró en secreto de Shelley, desesperada y eternamente. Sólo podía mascullar su frustración y esforzarse por demostrar constantemente su encanto y su ingenio.

—Tengo una nueva tesis —comenzó una noche. Todos estamos de acuerdo en que Dios trasciende a todas las criaturas, las plantas, los animales y los objetos inanimados. Dios puede ser lo que le dé la gana: una montaña, un tiburón, diez árboles, un globo más liviano que el aire. Dios no lo permita, pero Dios podría ser hasta un cura. Lo único que Dios no puede hacer es transformarse en hembra. Sólo Dios sabe por qué, pero tiene que ser hombre y, por cierto, un hombre de nuestro color. Ahora bien: sólo a manera de hipótesis, supongamos que Dios decidiera ser trucha (trucha macho, naturalmente) y, en su infinita sabiduría, hiciera saber a la Iglesia y a las masas por igual que, en adelante, no se lo debe invocar con el nombre de Dios, sino con el de Trucha. Eso crearía un gran cambio en nuestra vida.

Rachael, acostumbrada a esos galimatías, apartó la vista del escritorio y de sus deberes.

—No podríamos volver a comer truchas —señaló.

—La cosa va mucho más allá de eso, Rachael. Fíjate en el himno inglés: «Trucha salve a nuestro noble Rey, Trucha salve a nuestro noble rey, Trucha salve al Rey».

—Por el amor de Trucha, Theo, no seas ridículo —regañó Shelley.

—Mis ojos han visto la gloria del advenimiento de la Trucha —bramó Theo.

—Lo que Trucha ha unido, no lo separe el hombre.

—Trucha te confunda, Rachael Fitzpatrick. Trucha sabe que he tratado de ser un hermano bondadoso y comprensivo, pero en el nombre de Trucha, cada vez me resulta más difícil.

—¡Trucha Todopoderosa! Theo, tengo a Trucha de mi lado.

—No, Trucha está de parte de los protestantes.

—¡Cuidaos de la ira de Trucha, vosotros dos! —proclamó Shelley, dejándose

llevar contra su voluntad.

—Este asunto está en las manos de Trucha… es decir, en sus aletas.

Atty vino desde la cocina para anunciar la cena.

—¿Qué hay de comer, mamá? —preguntó Rachael.

—Dios. ¿Lo quieres con espinas o sin espinas?

Según pasaban los días sin noticias de Conor, las dos entablaron una relación muy íntima y de mutua dependencia. Shelley dejó a Atty en libertad de obedecer a su vocación; esa vocación era ahora alzar la voz en cualquier reunión multitudinaria en favor de los hombres de Sixmilecross.

Terminada la jornada, las dos se retiraban a la biblioteca y encendían una hoguera de turba, para conversar por horas enteras, usando palabras que arraigaban en un vivo cariño.

Capítulo 43

«¡Libertad a Conor Larkin! ¡Libertad a Conor Larkin!».

Un grupo pequeño, pero bullicioso, marchaba con antorchas y pancartas bajo la ventana del departamento que lord Jeremy Hubble tenía frente a la plaza Merrion. Eran estudiantes del Trinity College y el centro de Dublín que se estaban reuniendo para una manifestación en la plaza St. Stephen.

No era habitual que los estudiantes del Trinity College participaran, pues la universidad era el bastión de la nobleza rural anglicana desde la época de la reina Isabel. Lo de Sixmilecross había provocado en más de cien jóvenes y cinco o seis profesores una nueva conciencia pública de que eran cuanto menos irlandeses, si no precisamente republicanos.

Jeremy dejó caer contra el vidrio la gruesa cortina de terciopelo, amortiguando el ruido de la calle.

—Cualquiera esperaría que lo ahorcaran por traidor —murmuró—, en vez de tratarlo como a un héroe nacional. Seguramente la Fitzpatrick ha de estar en esa plaza, gritando a todo pulmón. ¡Y qué boca tiene!

Molly O’Rafferty guardó un triste silencio, tal como venía tratando de hacer desde lo de Sixmilecross. Jeremy pasaba de un bando al otro. Daba vueltas en la cama y despertaba sudando. Maldecía a Conor Larkin por haberlo traicionado y hecho quedar como un tonto. Y no obstante amaba a Conor, confusamente.

—El latín suele dar vuelta las mentalidades antiguas —dijo Molly. Vuelve a tus estudios y sigue adelante.

Jeremy regresó a su escritorio, preguntándose una vez más para qué servía el latín.

—Imagínate: cuando hayas dominado a César podrás pasar a Cicerón.

—Preferiría comerme todo un balde de gusanos.

Gracias a Dios, Molly estaba decidida a servirle de profesora. Gracias a Dios existía Molly. Los gruñidos de Jeremy se apagaron, en tanto ella lo calmaba con los acordes de su guitarra. Le echó un vistazo y volvió a enamorarse de ella, como cada vez que la tocaba o la tenía entre los brazos.

Así había sido desde el primer contacto visual. Él y sus compañeros fueron a Lord Sarsfield, una cantina para estudiantes en el muelle del río Liffey; los sábados por la noche Molly cantaba allí baladas tradicionales. La voz que llegó a él era más pura que el tintineo de los cristales y las campanillas de plata de Hubble Manor.

Espiaba a una bella damisela, más bella que ninguna.
Sus mejillas eran como una rosa roja incomparable;
su piel, como las azucenas que crecen en el valle.
Ella es mi bella Annie, mi muchachita de la fábrica.

Así fue, ahora y para siempre, compañero Jeremy. Molly O'Rafferty, que apenas había cumplido los dieciséis años, recién salida de la escuela de monjas y aprendiz de maestra.

Los manifestantes ya habían pasado y Jeremy volvió a su latín con diligencia. Cuando lo vio cansado, Molly dejó la guitarra para acercarse a revisar el trabajo, siempre manteniendo suficiente distancia para retirar las faldas de la mano que la buscaba constantemente.

Entonces irrumpió Mal Palmer. Un toque a la puerta y ¡adentro! Mal volvió a descompaginar la atmósfera de serenidad.

—¡Oh, Si Napoleón hubiera tenido el busto de esa Atty Fitzpatrick! Seguramente habría sido el vencedor de Waterloo.

—Por Dios, Mal —le espetó Jeremy.

—Sólo quería saber qué decían los vengadores fenianos. Mal tocó el distintivo de Sixmilecross que tenía en la solapa. —Oh, oh— dijo, guardándolo rápidamente en el bolsillo.

No había modo de insultar a Mal ni de reprenderlo. Era ininsultable e irreprensible; además, no tenía ninguna sensibilidad para con la situación de Jeremy. De alguna manera seguían siendo amigos. Jugaba bien al rugby y solía ser muy humorístico; por lo demás, era inútil.

—Bueno, al fin y al cabo es sábado por la noche. ¿Vamos a Lord Sarsfield para escuchar la voz angelical de nuestra Molly?

—Lleva tú a Molly —sugirió Jeremy. Yo los alcanzaré después.

—Te reservaba una sorpresa, Jeremy —dijo Molly. Esta noche me reemplaza Nell McCaffery.

—Eso sí que es una lástima —se lamentó Mal. Espero que Nell sepa algunas canciones verdes, para armonizar con su voz de sapo. Oye, Jeremy, me duele pedirte esto, pero ¿no puedes prestarme cinco libras? Esa maldita mensualidad todavía no me ha llegado.

—Haces mal en jugar por dinero, Mal; no sirves para eso —dijo Jeremy.

—Bueno, necesito esas cinco libras, así que ¡adelante con el sermón!

Jeremy le dio el dinero y Mal, después de decir que los amaba a ambos, salió a la plaza en busca de otros compañeros que pudieran prestarle.

—Pobre Mal —comentó Molly—, qué juego feo el que tiene con su padre. Deliberadamente se llena de deudas de juego para que el padre las pague, furioso. De ese modo se convence de que su papá lo ama, aunque en verdad lo desprecie.

—Trinity College es el fondo del tacho de basura para los muchachos anglicanos de buena familia. Aquí venimos a parar cuando desilusionamos a papá por no lograr el ingreso en Oxford.

—Ya basta por hoy de latín, de Mal y de las manifestaciones —dijo Molly,

cerrándole los libros.

—No me dijiste que esta noche no cantarías en la cantina.

—Quería darte la sorpresa, pero él se entrometió. Esta noche quiero ofrecerle una función privada, milord. Puedo quedarme toda la noche y todo el día de mañana.

—¡Oh, estupendo! ¿Cómo lo conseguiste?

—Dije a mis padres que tenía un compromiso para cantar en la escuela para señoritas de Dun Laoghaire y que pasaría la noche con una amiga.

En un abrir y cerrar de ojos él abandonó la silla para abrazarla.

—Nada de obscenidades antes de la cena —pudo objetar ella, entre besos y mientras él luchaba con sus botones. ¿Quieres que nos muramos de hambre? Una vez que empezamos… y todo eso… ya sabes.

—Oh, Molly, Molly, Molly.

De pie, cara a cara y jadeando, sus ojos se perdieron entre sueños.

—¿Tienes hambre?

—En realidad, no.

—Yo tampoco.

—¿Y las traducciones?

—Mañana.

Tump, tump, tump, tump. ¡Uno de esos malditos tambores, afuera! Un borroso mensaje de los manifestantes: «¡Libertad a Conor Larkin! ¡Libertad a Conor Larkin!».

Jeremy cayó en un escalofrío de puños y dientes apretados, casi sin aliento.

—¡Amo tanto a Conor! —barbotó, contra su voluntad. Debemos haber hecho algo terrible, Molly, para que un hombre como él se volviera contra nosotros. ¡Fue por el incendio de esa maldita fábrica!

Molly le volvió la espalda, frustrada. Todo el mundo le había advertido que sus amores con el Vizconde de Coleraine estaban condenados antes de comenzar. Año tras año, los aristocráticos estudiantes de la universidad se enamoraban desesperadamente de chicas agradables como ella, lejos de la mirada de sus padres. Un buen día terminaban los estudios y desaparecían.

Pero entre ella y Jeremy, ¿no había acaso algo más grande? De algún modo, algún día, las diversas clases de Irlanda tendrían que empezar a entenderse. Y los casos que hicieran la vanguardia tendrían que ser fuertes, como ella y Jeremy. Si dos personas que se amaban tanto no eran capaces de conseguirlo, el país entero sería incapaz.

Jeremy rabiaba ahora contra Conor y la Hermandad. Molly cerró los ojos y salió de su campo visual. Habría querido gritarle: «¡Deberías enterarte de lo que fue la hambruna de la papa, Jeremy, y antes de ella las leyes penales, y antes todavía la muerte a manos de Oliver Cromwell!».

¿Por qué el amor entre dos personas decentes tenía que ser siempre un desafío a la historia? Al fin de cuentas, Jeremy era un muchacho como todos: había jugado en un equipo irlandés y su héroe era un católico rebelde. Pero alguien criado en Hubble

Manor, por muy liberal que fuera la condesa, tenía los privilegios como derecho divino; por debajo de cierta línea de compasión, Jeremy no podía entender el sufrimiento, la humillación y la esclavitud.

Jeremy era como los propietarios de esclavos «decentes»: sólo podía profundizar hasta cierto punto en los negros antes de que se impusiera su orden de superioridad «natural». La excepción era el amor que le inspiraba Conor. Su amor por Molly aún estaba por resolver.

Andaba alegremente por la vida, pensando que todos eran buenas personas. Eso preocupaba mucho a su padre y a su abuelo, que lo preparaban para desempeñar un papel ceremonial en la vida. Para que resultara el plan de los Weed y de Hubble, los católicos y los protestantes de Ulster debían vivir enfrentados.

Muchas mañanas Molly O'Rafferty despertaba asustada, sabiendo que el trágico pasado de Irlanda había pasado junto a Jeremy como una brisa. Si sentía profundamente la injusticia, tendría que hacer algo al respecto, pero no tenía agallas para enfrentarse a su padre.

Su madre nunca fue más allá de la planta baja de la fábrica, porque no deseaba saber de la miseria imperante más arriba. Con respecto a Conor, Jeremy tenía un dilema similar. En realidad no quería saber por qué Conor formaba parte de la Hermandad.

Molly, la dulce Molly, ¿en qué se había metido? Amaba a ese muchacho como sólo puede amar una virgen inconmovible después de entregar su tesoro.

—Tendrás que ponerte en contacto con Conor Larkin. Bien sabes que te dejarán entrar en la prisión. Tienes que hacer las paces con él. Quizá Conor te haga comprender las aguas traicioneras en las que estamos tú y yo.

—Mi madre estará de nuestro lado.

—No se trata sólo de eso, Jeremy.

—No voy a dejar que nada se interponga entre nosotros.

—Estamos en Irlanda, Jeremy, y tú vienes de Ulster, con unas credenciales doradas de las que estoy excluida. Si quieres que superemos esto juntos, tendrás que comenzar a tomar algunas decisiones enérgicas.

Mientras lo abrazaba, Molly comprendió que no era buen momento para mencionar la posibilidad de que estuviera embarazada.

Capítulo 44

La casa descendió hacia la tristeza, pero con la sensación de que algo majestuoso había venido a ellos, junto con la tragedia: una oleada de maravilla y de dignidad, tan potentes como el miedo a morir.

Cuando sólo quedaron en el estudio Shelley y Atty, se sentaron en silencio, tomadas de la mano, bajando el nivel de la botella de whisky.

—Mañana viajo a Belfast —anunció Shelley, quebrando el silencio.

—Por favor —rogó Atty. Te necesito, Shelley.

—Más me necesita mi padre. Me ha mandado llamar. Quiere verme. Ahora mi lugar está a su lado. Tendremos que hacer las paces.

—¿Qué ha pasado?

—Robin llamó por teléfono. Morgan se ha quebrado la espalda y sufre mucho. No hace más que llamarme.

—¿Nos permitirás que te demos protección?

-—Sí, por cierto. Y estaré la mayor parte del tiempo con Robin. Es un muchacho muy fuerte. ¡Vamos, vamos, que los MacLeod no somos una familia débil ni extraños entre nosotros!

—¿No tienes miedo?

—Claro que sí —dijo Shelley. También Conor tenía miedo. Pero si queremos que la vida tenga algún sentido hay ciertas cosas que no podemos evitar. ¿Y a ti te lo digo, Atty Fitzpatrick? Tú me contaste que unirte a la Hermandad te daba un miedo terrible, pero eso no te demoró ni por cinco minutos, ¿verdad?

—Toma el último tren de la tarde, Shelley. Necesito la mañana para tomar algunas medidas de seguridad.

—Es lo que pensaba hacer. Quiero levantarme temprano para despedirme de Rachael y Theo antes de que salgan hacia la escuela.

—A Theo se le quebrará el corazón —dijo Atty.

—Tu poder está en Rachael —señaló Shelley.

—¿Te has dado cuenta? Hace años que cuida de mí. Parece que, con esta vocación nuestra, todos llegamos a un difícil callejón sin salida. ¿Qué debo hacer con esos chicos?

—Lo mismo que has hecho hasta ahora. Ellos tomarán sus propias decisiones. Por mucho que trates de guiarlos, harán lo que les venga en gana.

—¿Como tú?

—Sí. Robin siguió a su papá. Yo hice lo que me pareció. Dublín es una buena ciudad. Me gusta. Quiero volver en cuanto haya sacado a mi padre de esto.

—Vuelve, por favor —pidió Atty, derrumbándose otra vez. Y se levantó para salir corriendo de la habitación.

Shelley echó una última mirada a ese viejo estudio, tan cálido, que había compartido con la única amiga de verdad que había tenido en toda su vida. Al cerrar la puerta tras de sí oyó débiles sollozos en el cuarto de Atty. La puerta cedió. Sentada en el borde de la cama, acarició el pelo de su amiga. Atty, sin hacer esfuerzo alguno por sofocar el llanto, aceptó sus rítmicas caricias.

Entre las dos había conversaciones mudas. Shelley no creía justo tentar a Atty hablándole de su profundo amor por Conor ni de los momentos que había pasado con él. Habría sido muy injusto, pues era obvio que ella también lo amaba profundamente. A veces compartía pequeños detalles con Seamus, pero eso era diferente.

Y ahora las palabras no dichas surgían con tanto vigor que no hacía falta pronunciarlas: iban de fibra a fibra.

—Córrete, mujer —dijo Shelley. Se acostó junto a Atty y la hizo girar para encerrarla entre sus brazos, como a una criatura. «Si no vuelvo», fue lo que no dijo, «sé que tú cuidarás de él. Y eso me alegra».

Capítulo 45

Jeremy siempre recibía las reprimendas de su padre en la opulenta biblioteca de la casa solariega. En esa habitación abovedada, con millares de volúmenes encuadernados que miraban ceñudamente desde lo alto, se habían tomado las grandes decisiones del condado. Era allí donde el abuelo Morris, «Conde de la Hambruna», había firmado más órdenes de desalojo que ningún terrateniente de Irlanda. Resultaba el ambiente adecuado para que Roger descargara en su hijo su desdén cínico, mordaz y disimulado.

En esta oportunidad el punto de reunión se había trasladado deliberadamente a Dublín, lejos de la mirada y la protección de Caroline. El elenco reunido en la sala de Jeremy se había ampliado considerablemente, para incluir al general Maxwell Swan, ante quien el muchacho sentía siempre escalofríos. También estaban allí Christopher, su hermano menor, llegado desde Oxford, y uno de los detectives de Swan, cierto cetrino W. W. Herd, que permanecía entre sombras.

Jeremy se retorcía de nerviosismo al ver pasearse a su padre. Roger recogió el informe y lo hojeó por vigésima vez.

—Una vez más —dijo— es evidente que no se puede confiar en ti, Jeremy. Despediste a Donaldson, el criado que te asigné personalmente para que cuidara de ti en esta universidad de campesinos.

—Despedí a Donaldson porque tenía la sensación de que me espiaba, padre.

—Si no vigilara tus actividades, dadas tus aventuras previas con prostitutas, no sería un padre responsable, ¿verdad?

«¿Alguna vez irá al grano?», se preguntó Jeremy.

—¡Bueno, respóndeme! ¿Sería un padre responsable si actuara así?

—No, señor. Digo: sí, señor. Comprendo que se me tuviera bajo vigilancia.

—Y aun así convertiste este departamento en un burdel.

—Nada de eso, padre

Roger estudió una página.

—¿Es cierto o no que organizabas frecuentes fiestas mixtas, durante las cuales se consumían enormes cantidades de whisky?

—Sí, señor; organizábamos fiestas después de los partidos de rugby y para festejar cumpleaños…

—Sin duda todos adoraban al anfitrión, el bueno de Jeremy. ¿Cómo no, si tenían a todas las rameras de Dublín bailando entre las sábanas de los dormitorios?

—Nunca invité a prostitutas, padre. Las mujeres eran… amigas… amigas de verdad, en su mayoría de grandes familias. Tres de los muchachos estaban casados en secreto y…

—¿Y qué?

—Necesitaban un lugar… p-p-p-padre.

—¡No tartamudees, Jeremy! ¡Por amor a Dios, no tartamudees!

Y se desataron las ráfagas de aire helado, mientras Roger relataba una vez más la historia de su propio padre, el pobre tartamudo de Arthur Hubble. El abuelo de Jeremy, que había visto a su propio padre, el Conde de la Hambruna, firmar las órdenes de desalojo, quedó demasiado débil para administrar debidamente el condado. Curioso (decía Roger) que siempre hubiera un salto de generación. Roger tuvo la fortaleza de entrañas que hacía falta para apartar a su vacilante padre y manejar la propiedad cuando era apenas un muchacho. Jeremy era la recurrente maldición de los Hubble. Jeremy era Arthur, el tartamudo, y Arthur era Jeremy, el tartamudo.

—Estos informes, ¿son correctos o no? —inquirió Roger, plantando las páginas bajo la nariz de su hijo.

Jeremy vio una lista de las fechas en que sus amigos habían retozado en el departamento.

—Supongo que sí. Ignoraba que pagaras a las criadas para que llevaran la cuenta de las sábanas sucias.

Roger arrojó el informe al escritorio.

—Cohabitación con cierta Molly O’Rafferty, callejera analfabeta de los barrios pobres.

—Estudió con las monjas, es maestra novicia y cantante folclórica de renombre.

—Canta en un bar, Jeremy. ¿Es o no es católica romana?

—¡Por Dios! —estalló el hermano Christopher. ¿Cómo pudiste hacerle esto a la familia? Has profanado todo lo que consideramos sagrado. Has echado por tierra doscientos cincuenta años de honorables servicios a la Corona.

—¡Doce generaciones de condes de Foyle —continuó Roger— puestas en peligro por una cualquiera!

Jeremy se levantó de un salto.

—¡Te exijo que la respetes!

—¿Que la respete por qué, Jeremy, por qué?

Jeremy volvió a caer en la silla. Su padre y su hermano rondaban sobre él. Un paso más atrás veía los crueles ojos cristalinos de Swan, que relumbraban de odio. W. W. Herd, entre las sombras, lanzó una risita burlona, como suelen hacerlo los detectives cuando han atrapado a su presa.

—No voy a renunciar a ella —graznó Jeremy.

—Está embarazada —le espetó Roger.

Era lo que Jeremy sospechaba, pero ¿cómo podían saberlo ellos?

—¿Molly? —gimió.

—Molly, sí. Molly O’Rafferty, la cantante católica.

—¿Cómo lo averiguaste, padre?

Hubo un largo silencio.

—No te creo —afirmó Jeremy, reencontrando un fragmento de su opacado enojo.

—Nos lo dijo su sacerdote —explicó Herd.

—¡Su sacerdote no puede decir esas cosas!

—Oh, vamos, Jeremy. Todos están dispuestos a que les unten la mano. Además, no vamos a permitir que unas ridiculas normas del Vaticano nos impidan saber la verdad.

Jeremy se levantó.

—Voy a verla -—dijo.

—Te sientas allí y escuchas el resto.

Roger hizo una señal a Herd para que abriera la puerta. Dos recios de Belfast, miembros de la brigada que Swan dirigía en el astillero, hicieron pasar a sus compañeros Mal Palmer y Cliff Coleman. Jeremy quedó mudo, mareado y pálido. Sentía el estómago revuelto.

—Repítale lo que nos dijo a nosotros, señor Palmer.

—Lo siento mucho, Jeremy, pero Molly anda con medio mundo desde que te metiste con ella —dijo Mal.

—¡Mentiroso!

—Lo siento, Jeremy… lo siento de verdad —dijo Mal, trémulo.

—-¡Mentiroso!

Los dos matones cerraron el paso a Jeremy y lo empujaron hacia atrás.

—Continúe, señor Palmer.

—Conmigo estuvo varias veces. Muchas. Yo le daba tus horarios de clase y veníamos a tu departamento cuando no estabas para…

—¿Señor Coleman? —indicó Swan.

—Conmigo, lo mismo, Jeremy. En mi departamento. La mitad del equipo se ha acostado con ella.

—Has sido el hazmerreír de todos —apuntó el hermano.

Cuando Cliff Coleman entró en detalles, Jeremy fue en busca del cesto para papeles y vomitó hasta que le gotearon los ojos y la nariz, tosiendo hilos de moco.

Mientras se llevaban a los compañeros de estudios, Roger y Christopher se ensañaron con él, redoblando la indignación y la ira. Jeremy se puso histérico; cuando se derrumbó lo arrastraron a la cama y siguieron hasta reducirlo a gemidos trémulos.

—Sobrevivirás —dijo Roger—, pero ya estoy harto de tu conducta infantil y desastrosa. Ahora voy a hacerme cargo de ti, Jeremy. ¿Comprendes?

—Sí… p-p-padre.

—Christopher vuelve a Oxford para terminar este año. En cuanto a ti, he traído a Donaldson para que prepare tu equipaje. Desde ahora en adelante se acabó Dublín. No veo el objeto de seguir pagándote los estudios. Cuando Christopher termine el semestre, los dos irán a prestar servicio en el regimiento de la familia. Christopher volverá a Oxford en cuanto alcance un buen rango. En cuanto a ti, seguirás en el servicio hasta que yo decida ló contrario. ¿Nos entendemos?

—¿Qué quieres de mí, padre?

—¡Hijos varones!

—Yo me encargaré de todo, padre —dijo Christopher.

—Ya lo sé, hijo, ya lo sé. Tú, Jeremy, estarás bajo el mando de tu hermano. Vuelvo a la casa solariega para ver a tu madre. A fin de evitar el escándalo, arreglaremos debidamente las cosas con la señorita O'Rafferty. En realidad creo que somos bastante generosos, después de lo que te ha hecho. No volverás a verla. ¿Has entendido, Jeremy?

El muchacho, atormentado, se retorció en la cama.

—¿Has entendido, Jeremy?

Capítulo 46

Frederick Weed estaba ante la mesa de dibujo, en un extremo de su oficina. Era un placer verlo nuevamente allí. El Almirantazgo lo presionaba para que desarrollara una embarcación subacuática comparable a los submarinos alemanes y había mucho trabajo que poner al día.

Entró su secretario.

—El *Red Hand* acaba de pasar por Portadown, sir Frederick. Debería llegar al astillero en menos de una hora.

—Baje a esperar el tren y traiga a lady Caroline directamente a mi oficina.

—Muy bien, señor.

Weed abandonó la mesa de dibujo para volver al escritorio. También con Caroline tenía mucho que poner al día. Tras la emboscada de Sixmilecross habían brotado malas semillas. La humillación causada por el hecho de que la Hermandad Republicana Irlandesa contrabandeara armas en su propio tren lo acompañaría hasta la tumba.

Como consecuencia del alboroto, sir Frederick había sufrido un leve ataque. Teniendo en cuenta lo avanzado de su edad y su duro estilo de vida, se recobró de una manera asombrosa. Lo que más le dolía, más que el acoso periodístico y las risas en las cantinas, era la conducta ambivalente de Caroline y Jeremy.

Se habían dejado usar alegremente por ese Larkin, cuyo maquiavélico engaño constituía la más baja de las traiciones. ¡Los había utilizado! Y en vez de aliarse con Weed, esos dos guardaban silencio. A veces Weed pensaba que Larkin les había echado un encantamiento maligno. Oh, claro que mencionaban su traición, de vez en cuando, pero nunca de modo muy convincente.

Le vino a la memoria que cierta vez Jeremy había tratado de ver a Larkin en la prisión. ¡Él se encargó de poner fin a la cosa, por supuesto! Pero sospechaba que Caroline podía haber tenido alguna relación sentimental con ese Larkin.

Lo que siguió fue un extraño distanciamiento familiar. Había volúmenes enteros de pensamientos sepultados en volúmenes enteros de palabras no dichas. ¿Era posible que ellos perdonaran la detestable conducta de Larkin? Sir Frederick se resistía a preguntárselo directamente. Por primera vez en su vida tenía miedo de conocer la respuesta.

Por eso fue que tuvo un discreto ataque. Caroline y Jeremy emparcharon la relación con él, pero ahora faltaba el gran entusiasmo del cariño entre ellos. De las bulliciosas risas por el desatino de Jeremy en el burdel de Inglaterra, todo había pasado a una relación cortés y formal con el patriarca de la familia.

¡Dios del Cielo, qué solo se sentía Freddie! Las dos personas que él más quería, enviándole notitas decorosas. ¡Mierda!

Weed se levantó con un gruñido y consultó su reloj de bolsillo; justo entonces sonó el silbato de las cinco. Pronto sus legiones marcharon bajo su ventana hacia el portón, poniéndose las gorras al pasar.

¿Cuándo llegaría ese condenado tren?

—Hola, Freddie. Tienes buen semblante.

—Hola, Caroline. Estoy hecho un horror y tú también.

—¿No te hace mal fumar y beber?

—Con este cognac no hago otra cosa que olfatearlo y hacerlo girar con elegancia. En cuanto al cigarro, lo palpo y nada más.

Esas palabras los conmovieron a ambos. Uno de los placeres de la vida era que Caroline arrancara de un mordisco la punta del cigarro para encendérselo.

—¿Y Jeremy? —-preguntó ella.

—Está en el departamento de Rathweed Hall. Se ha encerrado bajo llave. Nos hemos dicho escasamente diez o doce palabras. ¿Qué me dices de ti?

—Entre Roger y yo las cosas están muy delicadas. Es probable que nos separemos.

—Oh, querida…

—Por fin Roger ha logrado doblegar al chico. Sólo Dios sabe lo que pasó en Dublín, pero él tiene lo que quería: un inútil obediente por hijo.

Weed no pudo soportar el desdén que veía en los ojos de Caroline y bajó la mirada.

—Tú y yo hemos pasado horas enteras hablando de Jeremy. Sabemos que su capacidad es limitada. En el nombre de Dios, ¿cómo pudiste participar en una componenda tan bárbara? —interpeló ella.

—Caroline…

—¿Cómo pudiste permitir que sucediera esto?

Weed cerró los ojos y levantó las manos, como suplicándole que lo escuchara.

—No voy a aducir virginidad en este asunto —comenzó—, pero pongámoslo en el marco adecuado. Tú sabes cuántas empresas manejamos juntos, Roger y yo. No es nada fuera de lo común, en absoluto, que él me pida al general Swan diez o doce veces por año, para investigar esto o aquello. Dada la conducta de Jeremy en Inglaterra y lo distanciado que lo siento desde ese… incidente, cuando me dijeron que estaba enredado con una católica que cantaba por las tabernas (así me lo dijeron) estuve de acuerdo en que se lo vigilara. Te lo juro: no tenía idea de la profundidad de esas relaciones ni de la verdadera personalidad de esa jovencita. Creí sinceramente que era otra de las ridiculas aventuras de Jeremy. Soy culpable. Presté el general a Roger y no averigüé más.

Caroline no se conmovió demasiado.

—Es una jovencita encantadora y está gestando a mi nieto. En esto pienso

mantenerme firme.

—¿Casamiento?

—Por supuesto.

—Comprendo.

—Será mejor que comprendas de verdad, Freddie —dijo ella. Dejó la silla para caminar hacia el lado opuesto, secándose los ojos y tratando de dominar sus estremecimientos.

—Bueno… yo… supongo que no será difícil convertirla discretamente a la religión anglicana. Pero ¿cómo hará Jeremy para enfrentarse a Roger si ustedes van a separarse?

—Volveré con ellos a Hubble Manor. Esto puede requerir un año o más, pero Roger tendrá que abandonar esa mentalidad reformista medieval. Los chicos tendrán a su hijo en Hubble Manor antes de que él pueda empujar a Christopher hacia el altar para producir un heredero.

—¿Eso no es seguirle el juego?

—¡No, caramba! ¡Éste es el juego de Caroline! ¡Mi hijo va a heredar el condado y hará algo para mejorar las deplorables condiciones que imperan allí!

Sir Frederick Weed contuvo todas sus muecas y gruñidos. No podía oponerse sin perder a Caroline. Ella ya tenía un pie afuera. ¿Qué le quedaría entonces? ¿Christopher? Christopher era sólo algo menos despreciable que Roger, y eso sólo porque aún no había tenido tiempo de adquirir toda su mugre.

¿Roger, Christopher y sir Frederick? A eso se reducía todo: esos dos listos para avanzar y retirarlo a la primera señal de un nuevo ataque.

—Caroline —dijo, trémulo.

—Sí, papá.

—Tenemos mucho que enmendar, ¿no? Estoy de tu parte. Es un comienzo.

—¿Sabes dónde está Molly O’Rafferty? —preguntó Caroline.

—Sí. Se ha ido de la casa y vive en… el barrio pobre… con unos amigos.

—¿Vamos a hablar con Jeremy? —propuso ella.

—Sería mejor que lo hicieras tú sola. Y dile que estoy muy afligido.

Caroline golpeó y volvió a golpear, con fuerza.

—¿Quién es?

—Tu madre.

Se descorrió un cerrojo y la puerta se abrió una hendija. Caroline entró en la sala de Jeremy, clausurada por una gris oscuridad. El muchacho estaba ojeroso, con la barba crecida y patéticamente avergonzado.

—Eh… no sabía dónde estaba ni qué me pasó en la… cabeza. Pero al terminar la semana desperté con la mente despejada y caí en la cuenta de lo que había pasado. Donaldson tenía todo listo para volver a Hubble Manor. Yo… eh… escapé. No me

costó mucho seguir el rastro a Mal.

—¿Y qué averiguaste?

—Lo que habría debido saber desde el comienzo. Mal mintió. Tenía una deuda por juegos de más de cien libras; el padre dijo que no la pagaría… Estaba desesperado. El general Swan le dio doscientas y otro tanto a Cliff Coleman. Se les pagó para que mintieran sobre Molly. La busqué… Se había ido… Entonces vine aquí.

—No sé hasta qué punto amas a Molly.

—La amo, mamá. ¡La amo!

—Eso ayudará. En todo caso tienes una responsabilidad para con esa chica. Sabemos donde está, Jeremy.

—¿Adonde, mamá, adonde?

—Vive en Dublín con unos amigos, pero en su situación podría dejar el país en cualquier momento.

—¡Dime dónde está!

—Espera un momento y escúchame, Jeremy. En primer lugar, en este caso tu abuelo sólo es culpable de ignorancia.

—¡Pero si él mandó a Swan!

—Freddie no conocía la verdadera naturaleza de las cosas.

—Miente.

—A mí no me miente, Jeremy. Está dispuesto a apoyarnos. Queda por ver si tú estás dispuesto a hacer lo que corresponde.

—Dime, madre.

—Buscarás a Molly para pedirle perdón. Le pedirás que se convierta discretamente a nuestra religión y te casarás con ella. Tu padre no puede hacer absolutamente nada por impedirlo. Caroline siguió hablando, con mucha lentitud y deliberación. —Eres el Vizconde de Coleraine, heredero indiscutido e innegable del condado de Foyle. Tu padre no puede desheredarte. Volverás a Hubble Manor con Molly. Yo estaré allí con ustedes.

—Tengo miedo, mamá.

—No es para menos. Pero tienes todo de tu parte, incluidos yo y tu abuelo.

La fe y el terror chocaban dentro de él.

—Jeremy —dijo su madre con suavidad—: si fracasas, perderás a Molly y me perderás a mí. Lo que obtendrás es una existencia manejada por tu padre y por tu hermano, en Hubble Manor. Ésa es tu opción.

—Lo haré, mamá —dijo Jeremy, con firmeza.

—No soy tu entrenador para alentarte en el entretiempo. Esto va a requerir coraje.

Él aspiró hondo para reconfortarse.

—Ya verás —prometió.

Capítulo 47

El acuerdo que Maxwell Swan había propuesto a Molly O'Rafferty requería que ella viajara inmediatamente a una clínica de Suiza que se especializaba en hijos ilegítimos de la aristocracia. Molly podía practicarse un aborto, después del cual recibiría un «consuelo» monetario bajo la forma de trescientas libras anuales durante cinco años, siempre que no se supiera más de ella. Era una suma enorme, que le permitiría establecerse fuera de las Islas Británicas.

Si insistía en tener a su hijo por motivos religiosos, permanecería recluida en la clínica. Se acordaría una adopción a ciegas y ella entregaría a la criatura en cuanto naciera. En ese caso se le entregaría el dinero más un pasaje en barco a cualquier parte del mundo.

Con sólo verla, Jeremy, abrumado de remordimientos y pesar, le suplicó perdón por haber creído las feas mentiras de sus compañeros. La chica, que aún no tenía diecisiete años, lo despachó con viento fresco. No tenía la menor intención de conspirar con Jeremy para casarse sin la venia de Roger Hubble y luego hacerle frente. La asqueaba tanto la perspectiva como el estilo de vida del condado. No quería compartir el techo con el hombre que le ofrecía dinero para aniquilar a su propio nieto.

Ella había deshonrado a su propia familia y a su credo. Tendría a su hijo fuera de Irlanda y lo mantendría con su trabajo de maestra y de baladista, sin aceptar jamás un centavo de los Hubble.

Pero ¿y Jeremy? Era presa de la confusión. Molly pedía lo inconcebible. Para huir con ella tendría que renunciar a su título y dejarse caer en un mundo de hombres y mujeres trabajadores. Eso lo aterrorizaba por completo.

Si al menos hubiera podido pedir consejo a Conor… Si Conor hubiera estado allí para sacudirlo e imponerle coraje… Si Conor…

¿Vivir con un bebé en un departamento sin agua caliente? ¿Qué podía hacer? En realidad… todas las cosas a las que estaba habituado… Sin duda, él había jugado con su padre al darle a entender que jamás serviría para asumir responsabilidades, porque le gustaba seguir como hasta ahora. Nadie podía quitarle la vida que conocía. Había nacido al tope de la escalera y eso no se lo podían quitar.

Molly se mostró obstinada. Odiaba a la familia de su novio, pura y simplemente. No era ella la de clase baja, sino los Hubble.

Y dejó allí a Jeremy: un niño que trataba de ser hombre, pero en vano. Él se las arregló para convencerse de que había hecho lo correcto. No había venido al mundo para formar parte de una masa sin rostro que vivía luchando. Tenía una obligación de generaciones, de siglos enteros, ¡y eso era más importante!

Caroline y sir Frederick esperaron, conteniendo el aliento, mientras Jeremy bajaba a Dublín para cumplir con su misión. En cuanto lo vieron regresar solo a Rathweed Hall comprendieron lo que había pasado.

Jeremy estaba firme, sí. Había tomado una decisión, obligándose a creer que la tomaba por cuestiones de honor.

—Preferiría hablar con mamá a solas —dijo, al encontrarlos en la sala de billares.

—Yo no —replicó Caroline. Tu abuelo te adora desde que naciste.

—Este asunto corresponde a la familia más íntima —insistió Jeremy, inflando su propio sentido de la corrección.

—No —le espetó inmediatamente su madre.

—Es mucho lo que me he jugado por ti, Jeremy —agregó el abuelo.

—Muy bien. He tomado una decisión. Estoy de acuerdo con papá.

—¿Qué quieres decir? —inquirió sir Frederick, con una voz que su nieto nunca le había oído.

El muchacho enrojeció. Tenía que dominar el miedo, humedecer la sequedad de su boca y dominar los temblores.

—Molly se mostró cínica e insultante para con nuestra familia y… nuestro estilo de vida. Rehusó vivir en Hubble Manor. Nos pintó de una manera bastante desagradable.

—Bueno, bien por ella -—exclamó Caroline. Al parecer, los irlandeses pobres son los únicos que tienen sentido del honor en este bienamado país.

Echó a su padre una mirada desafiante. Frederick habría querido saltar de indignación, pero se limitó a enrojecer. Si decía una palabra equivocada, perdería a Caroline y su vida acabaría en el desastre. «Cuidado con el genio», se recomendó. «Cuidado con el genio. Estás sudando, Freddie. No permitas que te dé otro ataque».

—¿La dejaste ir? —preguntó Caroline.

—Ella se negó, madre. Yo no tenía alternativa.

—Esa chica lleva en el vientre a tu hijo, concebido por amor.

—¿La amas?

—Sí, pero mi deber es más grande que mi locura.

—¡Por Dios, estás hablando como Christopher! ¡Eres un idiota, Jeremy! ¿Qué clase de hombre tengo por hijo? Deberías haberte ido con ella a cualquier parte. ¡A cualquier parte!

—¡Caroline! —intercedió el abuelo.

—Tú te callas, Freddie. Deberías haber huido con ella, Jeremy. ¿No te das cuenta de lo magnífica que es?

—¡Espera un momento, mamá! —protestó Jeremy. ¡No te pongas tan moralista, qué embromar! ¡Tú estabas enamorada de Conor Larkin! Lo amabas, ¿verdad?

Esas palabras, que nunca debieron ser pronunciadas, habían salido de su jaula a un ambiente que enloquecía. Después de la caída… después del silencio… Caroline miró a su padre, vacilante y ceniciento.

—Yo amaba a Conor Larkin —dijo.

Freddie se volvió, vencido.

—¿Y por qué no huiste con él? Porque no es tan fácil, ¿cierto, mamá?

—Lo amaba —repitió ella—, pero él fue demasiado decente para hacerme el amor. No me dejó embarazada. Ya ves que hay una diferencia, hijo mío.

—¿Te parece, madre? No huiste con él porque no querías abdicar a tu trono y vivir en fuga. Por eso. Es la misma causa por la que me condenas a mí.

—El argumento es razonable, Caroline —apuntó el abuelo, con aspereza.

—Yo lo hubiera seguido a cualquier parte —aseguró ella.

—¡Pero no lo hiciste! —gritó Jeremy.

—Conor no me aceptó porque le importaban otras cosas, aparte de sí mismo. No quería tener en las manos la sangre de los inocentes que morirían en los disturbios. Porque tu padre y tu abuelo habrían convertido esta provincia en una pira.

De pronto Frederick Weed emitió una risa. Al principio fue grave; después, bastante dura.

—Bien, ahora cada uno ha dicho lo suyo —apuntó. Tu madre está en lo cierto, probablemente. ¿Y bien, Jeremy?

—¡Pobrecito el querido Jeremy! —aulló el muchacho. ¡Pobrecito el debilucho y tartamudo de Arthur! ¡Qué miserable, ese Jeremy de mierda!

—¡Ve a buscar a Molly O'Rafferty, Jeremy!

—¡Adonde voy es a Hubble Manor! ¡Y pronto entraré en el regimiento de la familia!

—Eres un despreciable cobarde —dijo Caroline, con mucha suavidad y firmeza. Me avergüenzo de que seas hijo mío. Ahora sal de mi vista.

—¡Abuelo!

—Recoge tus cosas y vete, Jeremy —concluyó Frederick Weed.

Frederick Weed entró en las habitaciones de Caroline seguido por un par de sirvientes; uno llevaba una bandeja de comida; el otro, un par de candelabros.

—¿Caroline?

—Aquí estoy, Freddie. Despierta.

Dispusieron en una mesa la comida y la luz suave. Caroline se quitó la manta del regazo y abandonó el diván.

—Se ha ido —dijo su padre.

—Lo sé.

—Bueno. —Freddie hizo girar el cigarro apagado entre los dedos.

—¡Qué día hemos tenido! Creo que los dos nos engañamos con respecto a Jeremy desde el día en que nació.

—No es cierto. ¡Yo estaba tan feliz cuando llegó! Desde el primer minuto Roger supo que Jeremy te pertenecía. Pues bien, el amigo Roger se sale con la suya. Ahora

no tiene sólo a uno, sino a dos lindos muchachos para que le sirvan de sementales.

—Y nosotros volvemos a cero —afirmó él, riendo. ¡Al diablo con todo! Voy a encender este maldito cigarro.

—Te hace mal, Freddie… A ver, dámelo.

Caroline ejecutó el viejo rito de ablandarlo, arrancar la punta con los dientes y aplicarle la llama; luego se lo puso en la boca.

—Oye, Caroline —musitó él, contemplativo—, ese maldito ataque me puso cara a cara con el mito de mi invencibilidad. En esos casos uno empieza a hacer cuentas. Soy un empresario, producto de mi época. La época requería hombres recios. En el trayecto, Ulster se ha convertido en una especie de mutación. Es demasiado tarde para que yo cambie. Tengo que irme por el camino que conozco.

—Comprendo, pero no te veo actuar como si fueras cosa del pasado, Freddie.

—En Roger tenemos al desafío más grave de mi vida. Es intrínsecamente malo. Y tiene a esos dos muchachos en un puño. Ellos son su carta orangista, tal como lo fue en otros tiempos Londonderry. Pero yo todavía tengo el as en la manga. Todavía te tengo a ti, Caroline. Tomó la mano de su hija y se la llevó a los labios; por las mejillas le corrían inesperadas lágrimas. —La peor equivocación de mi vida fue inducirte a ese casamiento con Roger Hubble. Te he amado más que a nadie, Caroline, incluida tu querida madre.

—Freddie…

—Debería haber comprendido que una hija como tú valía por cinco o seis hijos varones. Pero aún estamos a tiempo. Tú puedes manejar mis negocios con los ojos vendados.

—¿Estás seguro, Freddie?

—Sí.

—Entonces cuenta conmigo.

—Pienso quedarme todavía un tiempo más. Pero desde el ataque me obsesiona el miedo de que Roger se apodere de Astilleros y Acerías Weed. Su condado es una nimiedad al lado de lo que yo controlo. Gran parte de su prosperidad proviene de las empresas en las que yo le he dado participación. En cuanto yo decaiga, él se lanzará sobre nosotros.

La luz de las velas dejaba en sombras el pelo de Caroline, que pendía suelto como cuando era pequeña. La alcoba estaba perfumada y decorada con retratos de ellos, hechos por sus amigos impresionistas. Freddie tomó un pequeño sorbo del prohibido cognac.

—He reunido un brillante equipo de ingenieros, arquitectos, científicos, capataces y trabajadores, que no tiene igual en Gran Bretaña. El directorio está completamente limpio, exceptuando a Roger. Hasta ahora siempre he usado yo mismo tu voto, pero quiero que aprendas y tomes participación activa. El equipo me es leal y será leal a ti.

—No eliminaremos a Roger con tanta facilidad, Freddie.

—Escúchame un minuto sin interrumpirme —dijo él. Roger y yo hemos

participado en muchos negocios sucios. Tengo sobre él un libro de informes que abulta quince centímetros. Dejémoslo entre los límites de su condado y ni un palmo más.

—Esos informes, Freddie, ¿no te involucran a ti también?

—Ya soy viejo, Caroline, y tengo abogados muy capaces de resguardarme con artimañas por el resto de mis días. Jamás llegaré a los tribunales. Para Roger, en cambio, esto será la muerte. No podrá sobrevivir al escándalo.

—Antes, hace mucho tiempo, yo quería a Maxwell Swan. He llegado a odiarlo.

—Max comprende que lo prudente es jubilarse a tiempo. Fue él quien apretó el gatillo en muchos asuntos sucios. ¿Por qué me miras así, Caroline?

Ella lo interrogó sobre el incendio de la fábrica; Freddie reconoció que Roger se había dedicado a taparlo todo antes de que se apagaran las llamas. Era cierto que O’Garvey había suspendido la investigación a cambio de que Roger aportara dinero para el Bogside.

Al incendiarse el edificio temieron que O’Garvey lo denunciara, por lo que Swan lo hizo asesinar.

Por un rato muy largo guardaron silencio.

—Si no tienes estómago, no te metas —le aconsejó el padre. Hay algunas otras cosas desagradables. La primera es la peor. ¿Me odias?

—¿Me odias tú por lo de Conor Larkin?

—Yo traté de hacerlo ahorcar, por supuesto —replicó él. Con el tiempo todo eso me pareció más bien divertido. Un tipo brillante, ¿no? Lástima que no jugara en nuestro bando. Bueno, digamos que le veo el atractivo, por cierto. No puedo odiarte.

—Y yo te amo, Freddie. Ésa ha sido siempre la verdad.

Tendida entre las sábanas de satén, Caroline se encontró sensual a su propio contacto. Estaba atónita ante su capacidad de entrar en los cuartos prohibidos de Hubble Manor con tan consumada facilidad… aun con sus secretos turbios y su juego sucio. Podía mejorar muchas cosas y estaba dispuesta a hacerlo, pero por el momento gozaría de la asombrosa sensación de adquirir poder. Era sobrecogedora. ¡La hija de Frederick Weed, la que valía por cinco o seis hijos varones!

«¡He ganado! Pero ¿qué gané? Un padre moribundo, la admisión de un matrimonio deshecho que se llevó la mitad de mi vida, la pérdida de mis hijos, la deserción de Andrew Ingram, una muerte en vida impuesta a Maxwell Swan, el héroe de mi infancia… y los medios para destruir a mi esposo».

También en la cara se disfrutaba del satén. Lo envolvió con los brazos. Qué no habría dado por tenerlo…

—Oh, Conor mío —sollozó—, ¿dónde estás?

Los años faltantes

POR SEAMUS O’NEILL

Interludio I

Lo que estaba a la vista estaba a la vista, es decir: que mi propio camino hacia la gloria, en esta vida, me exigía enganchar mi carro a una estrella errante y que la vida de Conor Larkin iba a ser algo digno de escribirse. Su espíritu estaba ya en mis primeras divagaciones en el centro de estudiantes y en el escenario de los debates de la universidad. Su pasión por la libertad figuraba en mis despachos sobre la Guerra de los Bóers. Él era el fantasma que pedía justicia a gritos en mis obras.

He reunido copiosas notas de nuestra niñez, la vida en Ballyutogue y nuestras aventuras en las altas praderas, sobre los Larkin, el señor Andrew Ingram, Josiah Lambe y el don de Conor para la forja.

Todo lo demás fue recopilado cuando Conor retornó de sus vagabundeos: sus años en Derry, la gran cancela, Caroline Hubble y su gran renombre en la cancha de rugby. El horrendo incendio de la fábrica, los años que Conor pasó en el mar y su profundo amor por Rory. Ese amor por Rory tenía un dejo melancólico; era como si Conor supiera que jamás tendría hijos propios y necesitara dejarle su legado. Los últimos pensamientos que me expresó, antes de partir hacia el gran ataque, fueron sobre Rory y su velada esperanza de que el muchacho lo siguiera a Irlanda.

Parece que jamás llegaré a escribir su historia. Dejaré todas mis notas en manos de Atty Fitzpatrick, quien sin duda me sucederá por varias décadas. Ella buscará un escritor capaz de hacerle justicia.

En Sixmilecross Conor recibió tres heridas de bala: dos en la espalda y una en el muslo. Se lo retuvo por semanas enteras sin divulgar adonde y allí fue torturado por métodos ingeniosos, que no dejarían marcas visibles.

Por ejemplo: se lo obligaba a tomar medio litro de aceite de castor. Lo obligaban a permanecer de pie contra una pared, descalzo y con las piernas abiertas; a su alrededor disponían trozos de vidrio, de modo tal que lo cortaran con que sólo se moviera un centímetro. Estando así le ponían una capucha y hacían sonar fuertes sirenas y silbatos en sus oídos, entre un interrogatorio y otro.

Conor me dijo que, de todos los grandes logros de su vida, ninguno fue tan grande como el de cagar estando de pie.

Lo que sucedió después de Sixmilecross no figuraba en los planes de nadie. A la Hermandad le cayó en el regazo un inesperado regalo de extraña naturaleza. En realidad, lo de Sixmilecross fue otro de los famosos disparates irlandeses, una de esas gloriosas leyendas de derrotas que tanto abundan en nuestra historia, pero cuya grandeza crece de cantina en cantina.

La audacia de Conor Larkin al usar el tren particular de sir Frederick Weed para proveer de armas a la Hermandad tocó un nervio en el curioso cuerpo irlandés. Entre las públicas incitaciones de Atty Fitzpatrick y mis editoriales a la vanguardia de la prensa libre, pronto se alzó en todo el país una protesta que exigía justicia para los «héroes de Sixmilecross».

Al comenzar el siglo, Inglaterra mantenía sobre Irlanda un cambiante equilibrio de poder. El resurgimiento gaélico había sido avivado hasta formar en todo el país varios puntos republicanos álgidos. Surgía una súbita esperanza de libertad.

Sólo Ulster, la leal provincia de Ulster, estaba segura en manos de la Corona.

En el continente europeo, los Balcanes comenzaban sus pequeñas y horribles guerras entre vecinos; que estallara un conflicto monumental entre las grandes alianzas era sólo cuestión de tiempo, tal vez de uno o dos años, a lo sumo cinco. Semejante eventualidad hacía que inglaterra analizara atentamente su situación en Irlanda. La infortunada posición geográfica de nuestro país sería vital para las rutas marítimas británicas durante cualquier conflicto bélico. Más aún: Inglaterra necesitaría millares y millares de irlandeses para reconstituir las buenas brigadas de antaño, formar otras nuevas y proporcionar, de diversas maneras, pienso irlandés para la Corona.

Obviamente, en la guerra venidera el enemigo sería Alemania. Por lo tanto, Alemania estaba en situación de proporcionar armas a cualquier movimiento irlandés de liberación y hacer todo lo que fuera necesario para desestabilizar el país.

El primer impulso de la Corona fue ahorcar directamente a Conor Larkin y a los otros prisioneros de Sixmilecross. En un solo día el Parlamento había aprobado una «legislación Larkin», que permitía detenerlo, juzgarlo en secreto y ejecutarlo sin siquiera un abogado que lo defendiera.

Sin embargo, la magnitud de la protesta nacional impresionó a los británicos, obligándolos a reconsiderar la situación. Ahorcar a Larkin en esos momentos bien podía provocar nuevos disturbios.

Juzgando que era demasiado peligroso sacudir la embarcación irlandesa, los británicos ofrecieron un acuerdo. A cambio de que la Hermandad pusiera fin a las protestas y guardara silencio por tres años, los prisioneros de Sixmilecross podrían declararse culpables y recibir una sentencia «benévola» por lo breve, tras la cual quedarían en libertad.

Aunque eso era un golpe para las ambiciones de la Hermandad y para la política establecida, resultaba insoportable imaginar a Conor Larkin colgando de la horca o cumpliendo una sentencia de por vida. El Consejo, incluidos Atty, Dan Sweeney y yo mismo, aceptó el trato por unanimidad.

Yo fui el mensajero encargado de decir a Conor que se declarara culpable.

Me llevaron al campamento militar de Curragh, donde se lo retenía en secreto. Habían pasado siete semanas sin que nadie lo viera. Engrillado, rengo, con el brazo izquierdo en cabestrillo y grandes ojeras oscuras… Lo puse al tanto de todo y luego

le impartí la orden de capitular. ¡Oh, Dios, fue la peor equivocación de mi vida!

—Después de pasarnos trescientos años con la cara hundida en el lodo, trescientos años de hablar y hablar sin salida, es preciso trazar un límite —replicó Conor. Después de una hambruna aprovechada para asesinar a la raza irlandesa, tenemos que probar nuestras agallas como pueblo, aquí y ahora. Puede que no tengamos lo que hace falta. Por lo que a mí respecta, soy Conor Larkin, soy irlandés y ya estoy harto.

Nunca me había sentido tan avergonzado. Él convertía los sueños de nuestra niñez en la terrible realidad de cargar a Irlanda sobre sus propios hombros.

En sus palabras no había bravuconadas. No había multitudes que lo vitorearan. No había la menor esperanza de recibir justicia. Sin embargo, se elevaba ahora a la grandeza que yo siempre le había reconocido, aun temiendo que la reclamara. Volví a Dublín con el rabo entre las patas.

El Parlamento había legislado procedimientos de «Star Chamber», cortes secretas y arbitrarias que parecían surgidas de la Inquisición española. Por puro milagro Atty y yo pudimos presenciar el primero de los juicios. Como los británicos ignoraban que Conor no aceptaría el trato, nosotros estábamos allí para asegurarnos de que ellos cumplieran con sus condiciones. Una vez más se nos había hecho jurar silencio como parte del acuerdo.

Conor Larkin, encadenado, desde una sala de tribunales convertida en mazmorra y oculta en una barraca militar de las montañas Wicklow, denunció la presencia de Inglaterra en Irlanda como perversa y codiciosa corrupción del Derecho Consuetudinario de la propia Inglaterra y de la voluntad divina. Denunció los intentos ingleses de aniquilar la antigua cultura céltica y a la raza irlandesa. Denunció el desprecio de los ingleses por el pueblo irlandés, al que consideraban inferior, así como salían al mundo para considerar inferiores a pardos y negros, pasto para el sistema colonial, que debían ser salvados y redimidos por la superior sociedad inglesa.

Calificó los procedimientos como total parodia de la justicia británica. Predijo que, antes de terminar el siglo, los colonizadores tendrían que hacer el equipaje y salir huyendo de todas las colonias del mundo en las que hubieran impuesto su sanguinaria represión.

Hizo lo que hizo sin saber si volvería a ver los árboles, si daría un paso más al aire libre, si viviría hasta la mañana siguiente.

Los británicos estaban escandalizados. Al fin de cuentas, ellos eran los dueños de los tribunales, el ejército, la prensa, la industria, los Bancos, las escuelas y la tierra.

Entendámonos: él había levantado su protesta desde un sitio oscuro y solitario, pero los hacía parpadear.

Ante esa denuncia pública no lo condenaron a muerte, sino a treinta años de prisión. Por su conducta hostil agregaron a la sentencia veinte azotes aplicados con el látigo de nueve colas.

A nuestros ojos la infalibilidad británica se había resquebrajado levemente. Nos sentimos conmovidos e inspirados por ese único hombre que ya estaba harto. Había nacido la rebelión que estallaría en algún día lejano.

Durante toda mi vida, Dios y mis creencias habían estado en medio de una puerta giratoria. Siempre supe que él estaba allí. Utilizando mi lógica izquierdista, siempre traté de hallar una explicación para el hecho de que él siguiera abandonando a los irlandeses. Los irlandeses, cuyo único delito era no haber nacido ingleses.

Por primera vez ponía en duda la sabiduría, la compasión, el amor de Dios y hasta su existencia misma. ¿Por qué exigía que sus mejores hijos soportaran que los cagaran a patadas?

Bien, permítanme explicar lo del látigo de nueve colas. Consiste en nueve tiras de cuero trenzadas que miden casi un metro de longitud; por ser nueve, cada golpe vale por nueve del látigo común.

A fin de impedir que los extremos se destrencen durante el castigo, se los sumerge en plomo. Un verdugo diestro puede golpear con las nueve colas la espalda de la víctima, de modo tal que las puntas de plomo se curven bajo la axila y le desgarren la carne como si fuera repollo para guiso.

Por informes posteriores supe que Conor rechazó la camilla y volvió caminando a la celda.

En el mismo instante en que Conor recibía los azotes, en Shankill encontraban parte del cuerpo de Shelley, atado a un poste de alumbrado. Otras partes del cadáver desmembrado aparecieron diseminadas por el callejón: más de cincuenta heridas de cuchillo… y cuanto menos otros tantos martillazos.

En la pared de atrás, escritas con su sangre, las palabras: RAMERA PAPISTA.

En cuanto a los meses siguientes, sólo podemos imaginarlos. Tal vez ni siquiera Conor tenía conciencia de lo que estaba sucediendo. Fue espantoso descubrir que nadie puede cargar con el dolor de otro. Yo ansiaba desesperadamente asumir una parte de su tormento, pero por muy querido y voluntarioso que sea el amigo, el sufriente debe padecer solo.

He hablado en cuatro ocasiones con Hugh Dalton, el más antiguo de los gendarmes católicos de Portlaoise. El había heredado la función de mantener controlados a los prisioneros católicos. A fin de llevar a cabo su tarea, había aprendido a insensibilizarse contra el dolor de sus pupilos. Todo eso cambió al conocer a Conor Larkin, que recibió su azotaina cantando.

Hugh Dalton me explicó que el organismo humano se clausura al saber que afuera ha muerto un ser amado. De otro modo el dolor no sería soportable.

Conor pasaba el tiempo sentado en el borde del camastro, en estado de letargo, ni muerto ni vivo, sin dar señales de derrumbarse ni de sobrevivir.

Hugh Dalton me dijo que, en ese estado, la mente deja de tomar decisiones conscientes. Lo que surge entonces es la verdad interior del hombre: ora tiene la voluntad inconsciente de vivir, ora desea en el fondo la muerte. El cuerpo está comatoso; el espíritu decide.

Conor Larkin estuvo así por casi cuatro meses. Hugh Dalton sospechaba que iba a sobrevivir, simplemente porque los hombres destinados a morir no duraban tanto tiempo.

En un súbito destello de cordura, Conor pronunció las primeras palabras. Llamó a gritos a Dalton, para pedirle que lo hiciera llevar a la celda acolchada y encadenar de modo que no pudiera eliminarse. Había llegado el momento peligroso, con el desprendimiento del velo y la irrupción de la realidad, que era la visión del cuerpo muerto y mutilado de su amada.

Pasó las semanas siguientes entrando y saliendo de la locura. Despertaba a lo que había sucedido… enloquecía… lo reprimía hasta que quedaba sin fuerzas.

Poco a poco cayó en la cuenta de que no moriría a fuerza de desearlo ni se quitaría la vida; era preciso soportar el tormento. A partir de entonces, por varios años, nunca se acostó a dormir sin pedir a Dios que le diera muerte durante el sueño.

Una vez vuelto a la vida, Conor desató un infierno para el director de Portlaoise y para el gendarme Hugh Dalton.

Comenzó por negarse a usar la ropa de la prisión, alegando que él no era un delincuente, sino un preso político. El director hizo retirar de la celda la cama y todos los implementos, dejándole sólo una frazada. El le abrió un agujero en el centro para pasar la cabeza y pasó los tres meses de invierno durmiendo en el piso de piedra.

Poco después de ganar esa partida se declaró en huelga de hambre para que le proporcionaran libros y cesaran con las humillaciones. Eso estuvo a punto de acabar con él. Perdió tanta carne que, cuando cerraba los ojos, podía ver a través de los párpados. Temiendo las consecuencias de su posible muerte, los británicos ordenaron al director de la cárcel que volviera a ceder.

Entonces comprendí los propósitos de Dios: Conor Larkin no estaba representando un papel ante el público para divulgar y magnificar su heroísmo. No era más que un ser humano extraordinario, un irlandés, un irlandés que estaba harto. Dios no hacía un héroe de él ni de nadie para que llegaran al heroísmo a fuerza de baladronadas.

Dios obligaba a los verdaderos e impolutos héroes a realizar hazañas sobrehumanas porque había instilado en ellos parte de su propio espíritu. Sólo mediante el ejemplo de un héroe podía un hombre vulgar como yo captar siquiera el poder del hombre extraordinario. Sólo a través de tales héroes podemos los hombres comunes sentirnos impulsados a aspirar y a emular.

Su angustia y su triunfo surgían de verdades con las que vino al mundo. Ganó su prueba de fuego. Al final, Conor Larkin pudo soportar más castigos de los que podían infligirle los británicos. Les impuso una derrota moral y espiritual. Su espíritu triunfó

sobre los ejércitos del enemigo.

Esto hizo que todos los de la Hermandad nos analizáramos y comprendiéramos cuánto sacrificio y dedicación harían falta para declarar nuestra libertad contra un enemigo de poder inmenso. ¿Hallaríamos suficientes hombres y mujeres capaces de seguir los pasos de Conor? Siendo los más débiles en cuanto a armamento, ¿podíamos triunfar por la mera fuerza de nuestra convicción?

Los actos de desobediencia y el no reconocer la autoridad de las instituciones británicas en suelo irlandés se convertían en cánones de fe para quebrar el yugo del colonizador.

¿Teníamos, como pueblo, agallas suficientes para pagar el precio máximo?

Uno de los primeros vencidos por el valor de Conor fue el gendarme Hugh Dalton, que nunca pudo aceptar los abusos cometidos contra los prisioneros republicanos. Conor lo forzó a pensar en sus treinta años de lamer culos británicos. ¿Y con qué fin? Para recibir una pequeña jubilación y vivir lleno de asco por sí mismo.

Como sabía por mis columnas periodísticas de mi larga amistad con Conor y de mis inclinaciones republicanas, Dalton vino a mí con un absurdo plan de huida. Yo se lo transmití a Dan Sweeney y a Atty. Ellos quedaron convencidos de que Dalton deseaba redimirse.

A continuación recurrí al padre Dary Larkin, el querido hermano de Conor. Dary era sacerdote del Bogside e íntimo confidente del esclarecido obispo Mooney. Sin vacilar un segundo, él decidió jugarse con nosotros. ¿Contaba con la bendición de Mooney? Eso no se debía preguntar.

Cuando pusimos en práctica el plan, Hugh Dalton estaba a punto de retirarse. Conor recibió instrucciones de empezar a concurrir a misa, cosa que parecería normal después de cierto período. De ese modo Dalton tendría el tiempo necesario para jubilarse y partir hacia la vida civil, donde estaría fuera de cualquier sospecha.

En determinados domingos la cárcel se abría para los parientes que iban de visita. Generalmente acudían también veinte o treinta sacerdotes de todo el país.

El padre Dary entró en Portlaoise usando un seudónimo, en compañía de veinte curas más. Entre ellos estaba el padre Kyle, víctima voluntaria de Conor, que lo atacó en la sacristía fingiendo robarle. La supuesta víctima fue maniatada, amordazada y encerrada en un armario, donde se la encontraría más tarde.

Tras la misa de mediodía, todos los sacerdotes se reunieron cerca de la capilla y cruzaron en grupo el portón principal. Conor Larkin, disfrazado con los hábitos del padre Kyle (y no dudo de que el Señor comprenderá) salió así a la libertad.

Interludio II

Dunleer, la finca del barón Louis de Lacy, se extendía espectralmente en el paisaje lunar de Connemara, en el condado de Galway. Su propiedad ocupaba miles de hectáreas y abarcaba docenas de los lagos que salpicaban la zona por centenares. La baronía llegaba hasta las Doce Colinas, montañas pequeñas, pero respetables, cuya mellada roca desnuda pendía sobre un pantano y una costa fantástica, llena de cuevas ocultas, playas y fiordos a pico. La mayor parte de su mística estaba casi oculta a los ojos. Una vez que se dejaban atrás las primeras estribaciones de las colinas, aparecía un prolífico archipiélago, que sembraba un mundo acuático desde la bahía hasta el mar abierto.

Los de Lacy eran de la antigua aristocracia normanda y católica; pertenecían a las legendarias «tribus de Galway», a las que varias generaciones nacidas en los páramos de Connemara habían vuelto excéntricas. La finca de Dunleer formaba parte de una trágica heredad: allí había enviado Oliver Cromwell a los irlandeses, condenándolos al exilio y a la muerte en masa.

El actual barón, al que llamaban afectuosamente lord Louie, había concluido recientemente una distinguida carrera en la Marina Británica y el servicio consular para retirarse a Dunleer, donde criaba ponis de Connemara y cultivaba su manía de erudito gaélico.

Lord Louis era también un republicano ardiente y miembro secreto de la Hermandad Republicana Irlandesa, íntimo confidente del largo Dan Sweeney y Atty Fitzpatrick. Dunleer figuró en los planes de la Hermandad desde los primeros tiempos, como aguantadero seguro y lugar donde esconder las armas.

Desde el día de la fuga, Conor Larkin fue llevado a Dunleer y escondido en una cabaña de un lago tan remoto que sería imposible descubrirlo.

Bien, ya teníamos con nosotros a la persona más buscada, por la que se ofrecía la mayor recompensa. Dan quería sacar a Conor del país por algunos años. Hasta yo comprendía que eso era lo más racional, pero me daba mucho miedo. El hombre no estaba en condiciones de cuidar de sí mismo.

En la prisión mantenía una actitud de supervivencia. En Dunleer tenía espacios abiertos y tiempo para pensar. Todos sabíamos que la herida causada por la muerte de Shelley jamás cicatrizaría por completo. Pero corrían las semanas sin que él pudiera funcionar con normalidad. Nos mostraba períodos de claridad, pero cuanto más duraban más afloraban sus remordimientos por el asesinato de Shelley.

Después de un tiempo volvía a hundirse en un mundo subterráneo. Conor se había encerrado tras murallas más altas que las de Portlaoise: era prisionero de sí mismo. Sus fugas eran ahora distorsionados viajes a la demencia. Sólo podía enfrentar su tormento por un tiempo limitado; luego caía.

Dan debía atemperar su frustración con la realidad. Era preciso sacar a Conor del país. Ahora sólo Atty se resistía.

—Tenemos que poner las cartas sobre la mesa, Atty —argumentaba Dan. Conor jamás saldrá de esto. Aparte de que ya no es confiable para la Hermandad, representa un peligro para sí mismo.

—Dame un poco de tiempo —suplicó Atty. Yo iré a Dunleer y me quedaré con él. Cuanto menos le debemos eso, Dan.

—Tú lo conoces mejor que nadie, Seamus —me desafió Dan. ¿Crees que puede salir de esto? Y harás bien en decirnos la verdad, carajo.

—Voy a responder a eso, Dan —dije. Conor nos ha demostrado que tiene una férrea voluntad. Ha soportado lo insoportable. Encontrará un marco en el que seguir viviendo, sí. Volverá a la Hermandad, sí. Pero no puede hacerlo en cinco minutos, Dan.

—Yo lo mantendría eternamente en Dunleer, si pudiera —dijo Dan. Por el momento los británicos lo están buscando en todos los monasterios y las iglesias del país, pero tarde o temprano se volverán hacia otros lugares posibles. Si lo encontraran allí, el desastre podría ser insuperable para la Hermandad. Y la Hermandad está antes que ningún hombre… antes que Conor Larkin mismo.

—Puede que jamás salga de este estado, Dan —replicó Atty—, pero si lo exilias en esas condiciones podrías conseguir lo que no consiguieron los británicos: matarlo.

—Podrías matarlo, sí —concordé.

—Dame un poco de tiempo, Dan, y trabajaré contigo —suplicó ella.

—Está bien, Atty. Te daré tiempo. Necesitamos un par de meses para elaborar una fuga segura. Te daré esos sesenta días.

Atty nos tomó las manos, mirándonos con fiereza.

—¡No voy a abandonarlo! —juró.

La mujer se extenuó tratando de volverlo a la vida. Su devoción la llevó más allá del punto de ruptura.

Conor le advertía que, si era prudente, debía alejarse. A su alrededor no veía más que muerte. Bueno, cuesta imaginar a Atty Fitzpatrick llorando hasta quedarse dormida, noche tras noche. Se acababa el tiempo y ella empezaba a desesperar.

Un día, ya agotados sus recursos, le gritó:

—¡Maldito seas! ¿Por qué no dejas de pensar sólo en ti mismo? ¿De dónde sacas que eres el único que sufre por Shelley? Ella era la hermana que nunca tuve. ¡Yo la adoraba!

Conor parpadeó, incrédulo, y se atrevió a salir de su cueva invernal.

—Yo le fallé, Conor. ¡Le fallé! A mí me correspondía hacerla custodiar mientras estuviera en Belfast.

—No puedes acusarte de eso —adujo Conor. Ella fue hacia el peligro con los ojos abiertos. Tú estabas en Dublín. No eres culpable de nada.

—Soy culpable —exclamó Atty— y mi hermana ha muerto.

Sintió en los brazos las manos de Conor, que la sacudían con suavidad.

—¿Cómo pude no darme cuenta? ¿Cómo pude no ayudarte, Atty? ¡Porque estaba lleno de autocompasión, por eso!

Atty se desprendió.

—¡Ya estoy harta de dolor y de culpa, hombre!

Esa vez el abrazo fue demasiado potente; ella no pudo huir y se dejó bañar de fuerza y compasión.

Así ocurrió… Así ocurrió. Conor y Atty, traumatizados ambos por el brutal asesinato, hicieron un descubrimiento, cada uno en los brazos del otro.

Así debía ser. Shelley MacLeod les había dejado la misión de cuidarse mutuamente.

Sé con certeza que no hubo entre ellos ninguna excitación sexual cuando se abrazaban con fuerza, noche tras noche. La necesidad de superar la tragedia se había convertido en necesidad de continuar con la vida misma.

Gracias a Dios por la existencia de Atty Fitzpatrick. En aquel páramo agridulce, Conor fue volviendo a la vida, fragmento por fragmento. No tenían tiempo para redescubrir la capacidad de amar, pues a medida que él sanaba y recuperaba la voluntad de cuidarse solo se acercaba el momento de abandonar Irlanda.

Lord Louis viajó a Londres para hablar con el embajador alemán. Aunque los alemanes estaban suministrando armas tanto a la Hermandad como a los protestantes Voluntarios de Ulster, en la cuestión de Larkin tenían motivos para colaborar con nosotros.

Pocos meses después, lord Louis y Conor salieron de la baronía rumbo a una cercana aldea de pescadores, llamada Roundstone, donde él tenía amarrado su yate, el *Gráinne Uáile*. Zarparon desde ese pequeño puerto y dejaron atrás el promontorio de Slyne, donde se efectuó un encuentro en el mar con un pequeño carguero alemán.

Dos semanas después Conor cruzaba la frontera canadiense para ingresar en Estados Unidos, donde estableció contactos secretos con Joe Devoy, el líder del norteamericano Clan de los Gaélicos. La misión de Conor consistía en recaudar fondos para armas y para un periódico clandestino, los dos componentes más vitales de la futura insurrección.

Interludio III

1909

En el condado de Galway era un bello día de primavera. En realidad llovían balas de cañón y navajas de afeitar, pero era el día en que Conor Larkin retornaba secretamente a Irlanda. Su misión en Norteamérica había sido un éxito grandioso: escoger a los irlandeses norteamericanos que habían triunfado, para obtener sustanciosas cantidades de dinero, utilizando su encanto y su persuasión.

Dunleer, la baronía de lord Louis, se había convertido en una pequeña base de entrenamiento; era, además, el mejor sitio para esconder a los fugitivos dentro de Irlanda. Atty estaba representando una obra que la retendría en Dublín por varias semanas y Dan Sweeney, en cama por enfermedad; por eso fui el primero en verlo.

Contuve el aliento, temeroso de encontrarme con el Conor Larkin que podía haber emergido. Mis temores eran vanos. El tenía en un puño su trabajo y había dominado las pasadas angustias. Había pagado el precio de vivir como fugitivo, pasando en la oscuridad de escondrijo en escondrijo, a través de Canadá y Estados Unidos; el «cobrador» cargaba con su diezmo, pero gracias a Dios no se había vuelto cínico.

—¿Qué me dices de Atty? —pregunté. ¿No te mueres por verla?

Arrugaba la frente al pensar, mostrando sus años, pero hablaba con una voz algo cambiada, en la que se reflejaban la penetrante sabiduría adquirida con el tiempo y los sufrimientos.

—He estado pensando mucho.

—No tienes dudas, ¿verdad, Conor?

—Con respecto a nosotros dos, sí. Me fui sin que nos prometiéramos nada y hace mucho tiempo que no tenemos ningún contacto.

—Ella nunca ha tenido ojos para otro, si eso es lo que te preocupa.

—Debo decirte algo, Seamus: hasta que aprendí a dominar mis propios sueños, despertaba de cien pesadillas, empapado en sudor. Cien veces detuve en la calle a alguna rubia esbelta, pero ella se volvía y no era Shelley.

—Atty puede comprender, pero quedará devastada si vuelves a rechazarla.

—Sé que Shelley ha muerto y que Atty está viva. También sé que Atty es la persona más fuerte de cuantas conozco. Ella me ha visto postrado por la debilidad, dependiendo de ella para sobrevivir a la noche. No sé si, como hombre, aún tengo algo que dar a esa mujer. No sé si puedo amar, aunque sea con un amor diferente. Y ella es demasiado valiosa para que yo la arrastre hacia abajo.

Yo lo escuchaba. Shelley tenía una belleza etérea, mientras que Atty era una mujer de buen tamaño, pero con todo bien puesto en su sitio. Y su hermosura era de las que se encuentran en la aristocracia. Atty no tenía la cimbreante levedad de Shelley, pero lo compensaba con una fuerza interior sin fondo. Shelley llevaba sus

emociones a flor de piel; Atty era oscura con sus verdaderos sentimientos…

Y todo eso dejaba en pie una tremenda pregunta: ¿es posible emerger de la peor tragedia amorosa y encontrar a otro amor con el que andar el resto del camino?

Al salir de Dunleer no me sentía abatido. Existía entre ellos un hilo irrompible que los había mantenido juntos por muchos años, a través de pruebas terribles. Volverían a descubrirlo en cuanto se vieran o poco después. Yo tenía la sensación de que no podrían estar en el mismo país y vivir separados. ¿Me equivocaba?

Al principio me pareció que sí. Los primeros encuentros fueron intranquilos, en medio de los problemas de la Hermandad. Por fin ella acudió a mí, reprimiendo algo que tomé por desesperación.

—Conor necesita un exorcismo final de su culpa —le dije. Cada uno de ustedes es el legado que Shelley dejó para el otro. Harás bien en tomar lo que por derecho te corresponde, Atty. De lo contrario déjalo, pero déjalo de verdad.

Atty Fitzpatrick, con su gloriosa figura de amazona, partió a caballo de la casa solariega; después de seguir la orilla del lago Ballynahinch, llegó a una zanja natural del lago Fadda. El corazón de Conor se aceleró al verla; invadido por un maravilloso fulgor, saltó desnudo a las aguas heladas y la desafió a seguirlo.

Atty aceptó el reto y se despojó de las ropas. Al ver a esa mujer desnuda que se adentraba en el lago hacia él, Conor volvió a experimentar esa deliciosa agitación, apenas modificada por el agua glacial. La sacó en brazos del lago y la envolvió en una manta para secarla.

El cielo se encapotó, abultándose sobre las colinas; todo el paisaje se tornó gris. En la cabaña reinaba el silencio mortal del nerviosismo. Mientras él se arrodillaba para avivar el fuego, Atty retiró los platos de la cena. Luego dijo, con tranquila y total decisión:

—No voy a esperar más, Conor. Esta noche dejaré mi dormitorio abierto. Si no vienes a mí, cerraré la puerta para siempre.

Conor buscó el consuelo de la botella, pero cuando estallaron los cielos se descubrió vagando bajo la lluvia, gritando a Shelley y a los dioses inclementes que lo dejaran en libertad.

Su silueta empapada llenó el vano de la puerta, con la ropa pegada al cuerpo, que conservaba su buena estructura. Atty abandonó la silla para acercarse a la cama y se quitó la blusa, descubriendo los pechos. Su falda cayó al suelo.

—He esperado tanto tiempo… —logró murmurar.

Conor entró con lentitud y cerró la puerta con el pie, dejando las sombras gigantescas que bailaban a la luz de la lámpara.

—Eres gloriosa, Atty —dijo—, y voy a amarte con toda el alma.

Puedo asegurar que por la mañana, cuando hice mi inoportuna visita a la cabaña,

los temores del momento habían desaparecido. Salieron a la puerta tomados de la cintura, medio muertos de cansancio y aturdidos por la maravilla del mutuo descubrimiento. Era por siempre jamás. Y ése fue el amor que dio paz a Conor por primera vez en su vida. Resulta extraño que, en el inminente peligro que corría la Hermandad, ellos descubrieran una constante sensación de bienaventuranza y serenidad.

Desde entonces, cuando estaban juntos cada uno parecía tener los ojos atados a los del otro. Se convirtió en lo mejor que podía existir entre hombre y mujer. Habían llegado a un buen lugar sólo después de penas y ansias mutuas. Pero habían descubierto una buena pradera y tenían fortaleza y compasión a las que recurrir. La unidad de la obra a la que dedicaban la vida no pendía sobre ellos como una guillotina.

¿Cómo iba a terminar todo eso, querida Atty? Para ellos no existía la vida normal. Él no gozaría jamás de otra jornada como hombre libre. Sería siempre el fugitivo más buscado de Irlanda. Y ella sabía, en el fondo, que Conor sería el autor de su propia defunción antes que convertirse en un viejo mustio y jadeante como el largo Dan Sweeney, con el cerebro impregnado de revolución e insensible al gruñido de las paredes desnudas, los camastros sin sábanas y la falta de sol. Mientras Conor marchara adelante, ella marcharía a su lado.

Ambos me confesaron que Shelley se les presentaba individualmente, con frecuencia al principio, pero siempre de manera tal que les traía una sonrisa de dulces recuerdos, nunca una amenaza.

En los meses y años que siguieron al regreso de Conor, la Hermandad Republicana Irlandesa dio sus primeros pasos vacilantes. Pero estaba desarrollando dos corazones y dos cabezas.

En Dublín, el Consejo Supremo establecía los elevados principios filosóficos, publicaba los periódicos clandestinos y administraba nuestras escasas finanzas; también hizo una firme alianza política con el partido legal, Sinn Fein, dirigido por Arthur Griffith. El Consejo era en parte bastante capaz, sumamente visionario, irlandesamente irresponsable y siempre discutidor.

Conor Larkin se convirtió en el gran personaje fuera de Dublín, el que rehusaba un sitio en el Consejo para no comprometer su creciente independencia. Pasando siempre de un lugar a otro, Conor entrenó a unos pocos centenares de hombres, a los que organizó en unidades especializadas sumamente secretas. Sus brigadas escogidas, que tenían como instructores a antiguos soldados de la Guerra de los Bóers, se preparaban para el sabotaje rural. Conor escogió diez o doce blancos tentadores para cada unidad, diseminados por toda Irlanda; cada una de esas brigadas aprendió lo que debía aprender sobre esos blancos y realizó simulacro tras simulacro, esperando el día en que pudieran entrar en operación.

Conor manejaba el contrabando de armas y fabricaba en Dunleer algunas de menor tamaño; también estableció en Belfast una empresa oculta tras la fachada de un club deportivo. El «club», encabezado por protestantes que simpatizaban con la Hermandad, podía importar armas por una ruta casi legal, la misma que utilizaban los Voluntarios de Ulster.

En mi opinión, la obra maestra de Conor fue la red de espionaje de la Hermandad. Nuestros muchachos de la policía y del Castillo de Dublín nos mantenían informados sobre la fina inteligencia que respaldaba todos los movimientos de los británicos.

La regla inconmovible de las brigadas escogidas de Conor estaba compuesta por virtudes poco gratas a la psiquis irlandesa: disciplina, paciencia, silencio, preparación física y moderación.

La lealtad de estos hombres a Conor puso nervioso al Consejo Supremo. El hermetismo de Conor despertaba protestas y temores de que estuviera formando un ejército personal.

Louis, Atty, Dan y yo sabíamos que Conor no tenía aspiraciones personales; por otra parte, mientras contara con el apoyo de Dan Sweeney no era mucho lo que el Consejo podía hacer. Pero el viejo aminoraba el paso y empezaba a agotarse. Por lo tanto, las sagaces mentes del Consejo idearon una táctica altamente sospechosa: votaron por Conor como sucesor de Dan, con la aprobación de él. De ese modo obligarían a Conor a solicitar la aprobación del Consejo para sus planes.

Como el gran César en persona, Conor rechazó el trono con este seco mensaje: «Un ejército clandestino no es una institución democrática, mucho menos si se trata de un ejército clandestino irlandés. Si ustedes no aceptan eso, despídanme».

La respuesta era muy clara, por cierto.

Sin embargo, estaba por estallar la gran guerra europea en la que Inglaterra iba a participar; esto provocaba toda una serie de circunstancias distintas.

¿Debía la Hermandad declarar la independencia irlandesa en caso de guerra? ¿Pondría en actividad a sus unidades escogidas? ¿Vería el pueblo irlandés con buenos ojos que la Hermandad atacara a la Corona cuando millares y millares de sus muchachos prestaban servicio en el Ejército Británico?

En el Parlamento se derrumbó el Partido Irlandés, bajo la dirección de John Redmond, comprometiéndose a la lealtad en cualquier guerra venidera y retirando del debate la Ley de Autonomía hasta que terminara esa guerra. Eso repugnó hasta al más simple de los irlandeses; eran los últimos hurras de un partido que tan promisorio había comenzado, bajo el mando del difunto Charles Stewart Parnell.

El Partido Sinn Fein («Nosotros Solos»), se apresuró a llenar el vacío político creado al desvanecerse el anterior.

En cuanto a Ulster, se mantenía inconmovible en todos los aspectos. En un *crescendo* que helaba la sangre, los protestantes hicieron un juramento de alianza, comprometiéndose a pelear hasta la última gota de sangre para que Ulster siguiera siendo británica.

Volvamos a la designación de Conor Larkin como jefe del Consejo Supremo. Hasta para mí, que era el partidario más ardiente de Conor, era evidente que la Hermandad no podía ir hacia el norte y hacia el sur al mismo tiempo. Yo comprendía mejor que nadie los humores etéreos de mi amigo y su tendencia a derivar hacia su propio universo. Desde los primeros años de nuestra adolescencia, en los brezales de Ballyutogue, se había perfilado como solitario.

Antes de la emboscada británica de Sixmilecross, Conor había actuado mayormente por su cuenta al organizar el contrabando de armas en la locomotora del Red Hand. Después de la emboscada desafió las órdenes de la Hermandad, que le indicaba declararse culpable. Desde el momento en que regresó a Irlanda, después de la fuga, era evidente que se había abierto paso a través de los pantanos ideológicos hasta elaborar su propio plan de lo que era posible. Debe de haber comprendido que no podía llevarlo a cabo bajo la carga de la jefatura. ¿Había, en verdad, motivos más profundos y horribles por los que rechazaba el mando de la Hermandad? Quizá se trataba de algo muy simple: que Conor nunca había dado la orden de ejecutar a un informante o de volarle las rótulas. En parte seguía siendo un poeta, un hombre gentil. ¿Sabía, tal vez, que carecía de la necesaria fibra asesina?

Alcancé a Conor en el escondrijo que tenía sobre las obras del monumento a Sam Grady, en Cork. Me encerré con él y un par de botellas, ante la vista de las últimas lápidas que esperaban ser entregadas. Como él sabía lo que yo iba a decirle y yo sabía que él sabía, entramos tímidamente en tema.

—La organización no puede seguir así.

—Puede y lo hará —dijo Conor.

—Sé lo que opinas sobre los miembros del Consejo, pero ¿puedes criticarlos por tener miedo de dar el mando a un solo hombre?

—Mientras Dan Sweeney esté al tanto de todos mis movimientos y los apruebe, el Consejo debe quedar conforme. Cuanto más sepan sus miembros sobre los planes clandestinos, más vulnerables serán esos planes. Tenemos una larga y tormentosa historia de informantes, Seamus. Es la vergüenza de la vida irlandesa.

—¿De eso se trata, entonces?

—¿De qué?

—Todo el mundo sabe que no te gusta ordenar ejecuciones.

—En parte es por eso, sí.

—Bueno, te quitaremos esa carga de encima. En adelante, todas las ejecuciones se llevarán a cabo con la total aprobación del Consejo. No te corresponderá a ti dar las órdenes.

—Eso parece un juego de palabras al estilo británico, Seamus. Si queremos seguir existiendo, hay que liquidar a los informantes.

—Pero tú no quieres hacerlo.

—No, y tampoco quiero ser el jefe.

—¡Pero si ahora eres tú el que maneja todo!

—Entonces lleva mi renuncia al Consejo.

—¡Vete a la mierda!

—Contrólate, hombre.

—¡Vete a la mierda, Conor! Haz el favor de escucharme, carajo. Soy Seamus O'Neill, el hombre más leal que hayas conocido. Pero desde que éramos niños tienes un pajarito en la cabeza que te vuelve loco. Tienes dudas muy turbias, ¿crees que no lo sé? ¿Qué dudas son ésas, Conor? ¿Por qué no aceptas el mando de la Hermandad?

—Porque no soy mentiroso —me espetó él, súbitamente. No puedo dar órdenes a mis hombres si les estoy mintiendo.

—Bueno, esto está poniéndose interesante —dije.

—Será mejor que vayas acabándote esa botella, Seamus, porque no te conviene estar sobrio para escuchar lo que voy a decirte.

Hice respetuosamente lo que me sugería. Su cara, que siempre resplandecía de bondad, se tornó lúgubre y dura. En ese momento afloraron los años de tortura, dejando ver el cinismo del rebelde.

—Permíteme una pregunta, Seamus: los católicos de Irlanda, ¿podrían declararse voluntariamente parte de Inglaterra?

—Eso es una estupidez, Conor.

—¿Te parece? Deja que te lo pregunte de nuevo: La Irlanda católica, ¿se declararía libremente leal a la Corona?

—Por supuesto que no —respondí, temeroso de lo que venía.

—Entonces, ¿por qué piensas que los protestantes de Ulster se declararán abierta y voluntariamente parte de Irlanda?

—Eso lo sabemos todos, Conor —repliqué, enojado.

—¿Y saben que la gente de Ulster es incapaz de elevarse por sobre la ignorancia que se ha impuesto a fuerza de miedo? Ha convertido su mente en un vacío, totalmente bajo la manipulación de los predicadores que eliminan la luz y el aire de las ideas y la belleza. Ulster se ha esclavizado sola. Sus habitantes sólo son capaces de un tipo de éxtasis: endemoniarse hasta el fanatismo religioso y confundir tristemente su ilimitada capacidad para el odio con alguna forma de gozo.

—¡Qué novedad me cuentas! —exclamé.

—La Hermandad Republicana Irlandesa —continuó él, con suavidad— está fomentando la falsa ilusión de una Irlanda unida.

¡Conor estaba diciendo blasfemias! Lo que atacaba era la piedra basal del republicanismo. Traté de acallarlo, de no oír más.

—¿Para qué diablos quiere Irlanda un millón de lunáticos que han jurado destruirnos? Son los trágicos huérfanos de esta calamidad irlandesa, los leprosos de Ulster, leal a Su Majestad —prosiguió, sacudiéndome por los brazos. Por dios, Seamus O'Neill, los irlandeses somos un pueblo civilizado. No podemos permitir que envenenen nuestras fuentes con su odio. Aislémonos de ellos y dejemos que sigan batiendo los malditos tambores Lembeg, cantando los malditos himnos reformistas,

enarbolando la maldita bandera británica… pero mantengámoslos lejos de nuestra vida, si no queremos acabar tan enfermos como ellos. Dejémoslos con su mugrienta provincia, porque de otro modo enviaremos al pueblo irlandés a la condenación eterna.

—¡Por Dios! —aullé. ¿A quién más has dicho esas cosas?

—Ah, Seamus, Seamus, nunca te he visto tan pálido. ¿Qué te pasa? La verdad es la verdad.

—¡Y la traición es la traición!

—Cierto. La verdad es que tratar de que esa gente del norte se abra a la razón, mucho menos al amor, es como tratar de extraer oro del viento. La verdad es que yo debería destruir mis propias verdades… y a mí mismo… para convertirme en un Dan Sweeney.

Quedamos tan silenciosos como las lápidas en el cementerio de Sam Grady. Ah, mierda, acababa de oír a Conor Larkin en su mejor versión. En la Hermandad Republicana Irlandesa, ¿quién no había tratado de engañarse sobre esa cuestión? Continuaríamos, generación tras generación, sin coraje para enfrentar la verdad: que la unidad irlandesa era un mito. ¿Quién, si no Conor Larkin, tendría valor para erguirse a decir la verdad, frente a un ciclón de hipocresía? Sólo Conor se negaba a participar en el juego. Por eso se mantenía solitario.

Yo estaba totalmente absorto en las conclusiones a las que ese hombre había llegado, tras hallar su camino a través del pantano. Lo seguía desde el momento en que ensucié mi primer pañal. ¿Confiaría él en mí?

—Ya que estás hablando con franqueza —propuse con timidez—, ¿por qué no me dices cómo ves nuestro futuro inminente?

Me miró con aire muy extraño.

—No se te ocurra pensar que no confío plenamente en ti —dijo—, pero ¿te conviene cargar con algunos secretos sumamente inflamables, aunque no estés de acuerdo conmigo?

—Decídelo tú Conor. Eres tú quien lleva la carga. Puede que necesites escuchar tus propios pensamientos expresados en voz alta.

—Puede ser, hombre. Voy a darte una versión simplificada —decidió lentamente. Hemos puesto a la Hermandad en condiciones de ejecutar ataques bien planeados.

—¿Puentes, destacamentos policiales? —pregunté.

—Más grandes. Nuestra prioridad consiste en aplicar un golpe monumental, planeado con agudeza, utilizando el máximo número de hombres: veinticinco voluntarios, digamos, contra un objetivo que detenga el impulso de los Voluntarios de Ulster, alcance a los británicos en el estómago como una patada de mula y sea de tal magnitud que jamás puedan recuperarse del todo.

—En quinientos años nunca hemos tenido un éxito así contra los británicos. Parece que sólo podemos lograr derrotas gloriosas.

—La victoria —dijo. La palabra tenía un sonido encantador. —Lo prioritario es

un ataque gigantesco.

—¿Por qué? ¿Qué idea tienes?

—Para que los de la Hermandad crean en su propia condición de combatientes. Para hacernos a la idea de que los británicos no son invencibles. Para entender que veinticinco irlandeses pueden infligirles una penosa derrota. Pero sobre todo, para que el pueblo irlandés comprenda que los guían hombres capaces y valientes, no un puñado de bravucones de taberna.

—Todo eso suena muy bien —comenté, actuando como abogado del diablo—, pero ¿de dónde vas a sacar veinticinco irlandeses que no arruinen el plan?

—Ya los tenemos, Seamus. Es sólo cuestión de hacerles creer que pueden hacerlo.

—¿Cómo?

—Escogemos a los mejores y los instamos suavemente a ofrecerse como voluntarios. Luego los secuestramos para someterlos a un entrenamiento brutal e inculcarles la voluntad de sacrificio. Hacemos que cada uno confíe en los otros, que crean en sus líderes. Los tentamos con un objetivo que cambiará la historia irlandesa. Por eso no puedo permitir que el Consejo se entrometa, ¿comprendes? Sus miembros son talentosos y tienen buenas intenciones, pero carecemos de disciplina y, sobre todo, de fe en nosotros mismos.

—¿Cómo vas a ocultarles este secreto?

—Dan Sweeney aprobará el ataque y el Consejo aceptará la necesidad de hermetismo absoluto. Si no confían en Dan Sweeney, la Hermandad no existe.

—¿Y cuándo se llevará a cabo este extraordinario evento?

—Comenzaremos el adiestramiento en cuanto estalle la guerra en el continente europeo.

Caramba, Conor Larkin hablaba muy en serio. Cuando ese hombre se ponía a pensar, pensaba de verdad, sí. Me sentí trémulo, con la boca tan seca que casi no pude hablar.

—Bien, eliminas un gran objetivo. ¿Y luego? ¿Los británicos se retiran de Irlanda?

—¿Quieres seguir con las bromas o vas a escucharme?

—Te escucho —grazné.

—Después del gran ataque aplicamos todos nuestros esfuerzos a infiltrar un ejército propio y lo convertimos en nuestra unidad táctica nacional. Así tendremos legalmente bajo las armas a tres o cuatro mil hombres, quizá más.

—Estás soñando. Los británicos jamás nos permitirán tener ejército propio.

—En algún momento tendrán que hacerlo, porque la Milicia de Ulster va a ser muy poderosa; entonces tendrán que arrojarnos un hueso. Y durante la guerra se verán obligados a dejar por nuestra cuenta la vigilancia de las costas y de ciertas instalaciones.

—Estás soñando.

—Te aseguro que tendremos un Ejército Local Irlandés. Tras un año de guerra, más o menos, cuando la Hermandad lo decida, usaremos el Ejército Local para organizar un alzamiento en toda la nación y declarar la independencia irlandesa.

—¿Declarar qué?

—¡La independencia, hombre, la independencia!

—¿Y cuándo se van los británicos de Irlanda?

—Los británicos sofocarán el alzamiento sin piedad. ¡Cómo se atreven estos irlandeses a atacarnos por la espalda cuando estamos en las trincheras de Europa! La misma crueldad de su reacción incitará aún más al pueblo irlandés. Jodámoslos, Seamus, jodámoslos. Nuestra libertad no puede llegar cuando ellos quieran, sino cuando queramos nosotros. Aun después de que hayan aplastado el alzamiento, la Declaración de Independencia seguirá en pie.

Un trago más, ése era el secreto. Empezaba a dejarme arrastrar por lo que estaba oyendo. Eso es lo que tanto me gusta de Conor: lo que decía era lo que realmente se podía hacer.

—Ahora bien —continuó—: han aplastado la rebelión, pero eso irrita a muchos irlandeses que, antes del levantamiento, estaban en Babia, y muchos de los irlandeses que visten el uniforme británico empezarán a pensar en una Irlanda libre. Entonces operamos la trampa.

—¿Qué trampa, si nos han aplastado? —objeté.

—La trampa del Sinn Fein —dijo Conor. Conseguimos que haya elecciones. El pueblo entierra definitivamente al Partido Irlandés y el Sinn Fein nos representa… Y entonces…

—Y entonces —susurré— Arthur Griffith forma un gobierno provisional.

Conor me guiñó el ojo con una sonrisa.

Creo que repetí veinte veces el nombre de nuestro Salvador y otras veinte el de su buena madre. Había olfateado el ritmo de la historia misma. Él sabía que, de ese modo, el pueblo irlandés se pondría furioso. Pero su plan estaba lleno de sangre… de sangre nuestra. Aunque temía preguntar, me las compuse.

—¿Qué harán los británicos, aun cuando hayamos declarado la independencia y tengamos gobierno provisional? Ya sabes que en el campo de batalla no podemos derrotarlos.

—He estado pensando en eso —dijo Conor.

—Ya veo.

—Sí. A lo largo de la historia, ¿qué ha hecho siempre la pequeña fuerza nativa contra un gran ejército extranjero? En primer lugar nos ganamos al pueblo; de ese modo, en cualquier casa del país tendremos un aguantadero y en cada par de ojos, un espía para nosotros. Emboscamos a sus convoyes en el campo y desaparecemos en el paisaje. Hacemos volar sus usinas y sus puentes ferroviarios. Asesinamos a sus policías en las aldeas y las pequeñas ciudades. Esto los obligará a encerrarse en sus cuarteles y nosotros quedaremos dueños del campo. Y con sus soldados encerrados,

ya no podrán seguir bailando con nuestras chicas en el *ceilidhi* del sábado. Estarán siempre mirando por sobre el hombro.

—¿Será posible?

—Una vez que la nave de la libertad despliega las velas ya no se la puede detener. Emergerán demasiados líderes nuevos de las filas, será demasiada la gente dispuesta a seguirlos. Y en las grandes ciudades destruiremos la infraestructura de los británicos mediante ataques relámpago contra sus instalaciones vitales; de ese modo los obligaremos a inmovilizar miles de soldados para custodiarlas.

—Los británicos no van a quedarse cruzados de brazos mientras hacemos todo eso, Conor.

—Claro —concordó, excitado. Se verán ante dos alternativas muy claras: sentarse a la mesa de conferencia o… —O comenzar un incendio que arrase a Irlanda. Y cuanto más incendien, más se enfurecerá el pueblo.

—Pero ¿quién vendrá a salvarnos, Conor?

—Nadie, Seamus. Es Sinn Fein: nosotros solos.

—Tú y yo nunca hemos confiado en la firmeza del pueblo irlandés.

—No —reconoció—, y será puesta a dura prueba. Pero en toda la historia de la humanidad, ¿existe un pueblo que haya recibido su libertad como regalo? Los irlandeses se harán merecedores de ella si están dispuestos a sangrar y a sacrificarse por obtenerla. Tenemos que ansiar la libertad más de lo que el otro bando ansia mantenernos en el puño.

«¡Basta! Basta, Conor, basta, que me da vueltas la cabeza». ¿No era todo eso el colmo de la fantasía, la grandiosa teoría de un hombre que pasaba demasiado tiempo cavilando a solas? ¿O había captado en lo más alto el movimiento de alas gaélicas que venía *in crescendo* desde finales del siglo anterior?

Lo que decía era muy lógico. Algo tenía que ceder en Irlanda. El republicano Sinn Fein ya se había precipitado a llenar el vacío político dejado por el flaqueante Partido Irlandés. La Hermandad tenía, por cierto, capacidad operativa. Conor hablaba con sentido común. Hablaba de metas alcanzables. Comprendí que ya había escogido el blanco para el primer golpe y adiviné cuál era.

—Bien, ¿y qué es lo que vamos a atacar en ese gran golpe?

—No vamos a atacar nada. Tú no estás invitado. Eso es cosa decidida.

—No me obligues a entrar por la ventana —protesté.

—Eres demasiado pequeño.

—No digas estupideces. Será el ataque más grande de la historia de Irlanda ¿y piensas dejarme afuera, después de todos los caminos enlodados que hemos recorrido juntos?

—Creo que necesitaremos un escritor bien ubicado y de tu calibre para que inmortalice las cosas.

—Más estupideces. Irlanda tiene malos escritores y oradores de sobra, si se trata de inmortalizarte. Te parece demasiado peligroso, ¿no?

—No sé hasta qué punto es peligroso —mintió Conor. Cuando mentía era fácil darse cuenta: si estaba sentado siempre se rascaba tres veces la rodilla, rápidamente. Si estaba levantado y caminando, se daba un fugaz mordisco en el labio inferior. En esa oportunidad se rascó la rodilla, abandonó el asiento y se mordió el labio. — Estoy estudiando doce o trece blancos —continuó.

—Estupideces —repetí.

—No pienses siquiera en eso, Seamus. El blanco es algo que sólo sabremos Dan y yo, así que no trates de adivinar.

—No trataré de adivinar. Voy a decirte, con toda exactitud, cuál será ese blanco.

Conor me clavó los ojos entornados.

—Veamos -—empecé. El objetivo tiene que estar en Ulster. Por lo tanto, hablamos de la base naval de Belfast, del castillo MacStewart, donde el ejército tiene su comando, o de cortar el cable a Inglaterra, etcétera, etcétera. Pero si yo me hubiera criado en Ballyutogue, pastoreando ovejas en los terrenos del ruinoso Castillo de Lettershambo… Y si hubiera encontrado, con mi mejor amigo, una cueva en el lago, que se abre con la marea baja y es la boca de un túnel que termina dentro del castillo…

Los ojos de Conor lanzaban relámpagos.

—Y si más adelante hubiera trabajado en la restauración de Lettershambo, donde la Milicia de Ulster tiene almacenadas unas tres mil armas, con un millón de proyectiles… Creo que estaría pensando en ese objetivo, siempre que el túnel se mantuviera intacto.

—Se mantiene intacto —susurró Conor.

—Boyd, el hermano de Myles McCracken, es el mejor de los pescadores furtivos del lago Foyle. Cuando fallaron las cosechas robó a Su Señoría pescado suficiente para alimentar a toda la aldea. Y Boyd es uno de los miembros de la Hermandad que puede llevarnos al otro lado del lago Foyle.

—Llevamos al interior del castillo unos cientos de kilos de dinamita.

—Charlie Hackett —dije, mencionando al mejor dinamitero de Irlanda.

—Charlie Hackett —repitió Conor.

—Bueno, pero ¿qué vamos a hacer con cien o doscientos kilos de dinamita? ¿Tallar nuestras iniciales en la muralla del castillo?

—Durante la restauración ayudé a instalar la caldera de calefacción central. Está apenas a siete u ocho metros del punto donde el túnel entra en el castillo.

—Lo sé…

—De la caldera salen grandes cañerías, con un diámetro de treinta centímetros, que van a todas las habitaciones del castillo. Son conductos de aire caliente. En una de esas habitaciones está la dinamita que guardaron ellos; probablemente haya varios cientos de toneladas. Si hacemos volar la caldera, eso enviará una feroz onda expansiva por los conductos.

—Y hará volar el depósito de dinamita —susurré.

—Sí. Derribaremos a Lettershambo con su propia dinamita.

—¿D-d-dará resultado?

—Lo sabremos con certeza cuando operemos el percutor.

Por un momento me sentí mareado. Luego lo miré como enloquecido. ¡Caramba, eso sería como hacer volar el peñón de Gibraltar! Volví a mirarlo. Estaba muy serio. Obviamente lo había elaborado mentalmente hasta el último detalle. Creo que me dejé caer en una silla, murmurando.

Pasó el tiempo y cayó la noche sobre Cork. Una vez asimilada la magnitud de lo que se planeaba, ambos pensábamos en lo que sería Irlanda el día después de estallar Lettershambo. De pronto vi con toda claridad el valor de mi vida entera. Conor y yo, dos chicos de Ballyutogue, habíamos alcanzado juntos un momento de euforia, el cumplimiento de lo que habíamos tratado siempre de lograr.

La cara de Conor Larkin delataba el desgaste. «¡Qué adecuada manera de hacer el mutis final!», pensé. ¿El mutis final? ¡El mutis final, por supuesto! Al repensarlo percibí en su sobrecogedor viaje una gran cantidad de gozo, de tragedia y de melancolía, llegando a su punto culminante en la explosión que sacudiría a las Islas Británicas. Larkin iba a poner en ese ataque hasta la última gota de su energía y su sagacidad, para luego abandonar el escenario.

No era difícil adivinarlo. En cierto sentido, su propio convencimiento de que el norte y el sur no se unirían jamás cobraría en él la primera víctima. Su decisión de poner los puntos sobre las íes con ese gran ataque era algo calculado con minuciosidad, si bien de modo inconsciente.

Conor era siempre la voz solitaria. Sabía que le era imposible hacerse oír en un alzamiento de alcance nacional. Y sabía que ese alzamiento sería un guiso irlandés. Podía controlar el ataque, pero no los acontecimientos posteriores.

¿No estaba viendo a Conor en su versión más pura? Tenía ante mí al hombre del ejército clandestino que nunca había apretado el gatillo, que se negaba a aceptar cualquier puesto de mando desde donde se viera obligado a ordenar una ejecución.

Iré a lo fundamental. Yo sabía lo que Dan y Atty sospechaban: que Conor Larkin no servía para asesino. Un ataque bien planeado, sí, pero ¿una insurrección que regara de sangre los adoquines? No tenía más pasta para eso que para ejecutar a un informante. Por muy brutal que lo obligaran a ser, no podía ordenar la muerte de nadie ni el asesinato a sangre fría de los líderes enemigos.

Conor había echado un vistazo al camino que le restaba andar en la vida. Atty le brindaba paz y un gran consuelo; dependía de ella como nunca antes de otra persona. Y la amaba profundamente, asombrado de poder amar otra vez. Ése era su problema, en realidad. La vida del fugitivo no tenía salida. Jamás volvería a ser un hombre libre. No duraría lo suficiente para soñar siquiera con una amnistía. Si continuaba, tarde o temprano acabaría atravesado por una bala, encarcelado de por vida o ejecutado en la horca.

Cada vez más, los ojos de Conor Larkin me decían que, al estudiarse en el espejo,

había visto al largo Dan Sweeney.

Él y Atty hablaban ociosamente de tener un hijo, pero ambos sabían que era sólo para entretenerse con un dulce pensamiento. Conor había llegado a encariñarse con Theo y Rachael, pero ¿qué ganaba con eso? No podía verlos florecer ni participar de sus vaivenes diarios. Lo visitaban unas pocas veces por año, por demasiado poco tiempo, dejándolo siempre con el corazón dolido por días enteros.

La sombra que pendía sobre Conor era la misma que se cernía sobre mí. Nuestro gran fracaso era no dejar un hijo que nos sucediera. En Ballyutogue se perdería para siempre el apellido Larkin.

Dejamos que el cuarto se oscureciera, tocándonos sólo con la voz. En cuestión de minutos él sería arrebatado hacia la noche, rumbo a otro cuarto no mejor que ése, quizá con un cuadro de Jesús agonizando en la pared, por sobre el catre donde él gemiría hasta quedarse dormido.

—¿En qué piensas últimamente, Conor?

—En Rory Larkin —dijo. Cuando estaba en Norteamérica podía escribirle con frecuencia, pero la última carta que recibió desde Irlanda debe de haberle llegado hace más de un año.

—¿Y él te escribe?

—Imposible. Cuando tengo la oportunidad de hablar con Dary, siempre le envío cariños en un mensaje cifrado. Pronto Rory será mayor de edad. ¡Mierda, por qué será que no puedo quitármelo de la cabeza!

—En cierto modo, él es tu hijo.

—Por supuesto, lo sé. No quiero que juegue a ser patriota, Seamus. Me moriría si supiera que él va a seguir mis pasos. Pero dentro de un año, poco más o menos, los irlandeses van a declararse pueblo libre. ¡Qué momento será ése! Y algún Larkin debería estar presente.

Eso me hirió como un disparo.

—Estarás tú —dije con aspereza.

—Ah, mira, no se puede contar con eso. Entiéndeme bien: he hecho todo lo posible para que el grupo de ataque salga con vida y vuelva a cruzar el lago. No es una misión suicida.

—Salvo para ti y para Dan Sweeney. ¿No has decidido que sean ustedes los que cubran la retirada?

—Eres demasiado sagaz, hombre. No se lo digas a nadie.

—Temo que comprendo. En cuanto al levantamiento, Rory Larkin estará aquí. Casi puedo verlo en viaje hacia aquí.

—¿Cómo es eso?

—Es el destino de los Larkin —dije.

Yo siempre daba un respingo cuando alguien llamaba a la puerta del aguantadero. Eran dos de nuestros muchachos, que venían para acompañar y custodiar a Conor hasta la siguiente parada. Abajo la calle parecía despejada y serena. Conor me puso

una zarpa en el hombro sonriendo.

—Te amo, Seamus. Créelo. Hasta pronto.

Vi que los tres se movían entre las sombras, con la precaución habitual, hasta perderse en la oscuridad. Era tiempo de llorar, pero no lo hice. En cambio tomé unos cuantos tragos. Mi querido Larkin estaba acabado. Pero ¡por Dios, el poeta guerrero escribiría su propio amén!

Parte cuatro

Ese loco muchacho de las colonias

Capítulo 48

Rory Larkin estaba muy confundido. Cuando uno contempla lo desconocido y está a punto de zarpar hacia allí, conjura ciertas imágenes acompañadas por ciertas sensaciones. A medida que la realidad desnudaba esas imágenes, Rory se descubría suspendido en un sitio extraño. Lo desconocido no se desarrollaba como él lo había visto en su mente.

La muerte de Conor, en el Castillo de Lettershambo proporcionaba a Rory una limpia excusa para huir de Nueva Zelanda. Llegó a estar tan deseoso por escapar de la Isla Sur para enrolarse en el ejército que habría podido caminar sobre las aguas, como Jesús.

Entonces se produjo una sacudida, una reacción inesperada: no podía despedirse de Georgia Norman. No esperaba, por cierto, el súbito escalofrío que lo mantenía casi paralizado. Su mente andaba a tumbos tratando de comprender lo que sucedía.

De pie ante la puerta de su cabaña, enmudecido, vio también una expresión peculiar en la cara de la mujer y comenzó a temblar. Cuando quiso hablar se descubrió conteniendo las lágrimas. Entonces volvió a la sala y se dejó caer en una silla.

—Tengo una idea —propuso Georgia, rápida. ¿Por qué no te enrolas en Auckland? Iré contigo en uno de los vapores costeros. Así podremos tener una última aventura en el mar.

¡Estupenda idea! ¿O era la conmutación de una sentencia? De cualquier modo, tío Wally Ferguson era el hombre adecuado, el gran despachador de ovejas que conocía a todos los capitanes y a la mitad de los tripulantes.

Rory analizó con Wally las posibilidades de que el terrateniente lo persiguiera. Aún le faltaban varios meses para cumplir los veintiuno y formaba parte de una industria esencial en tiempos de guerra. No, Liam Larkin no correría detrás de su hijo. Era cuestión de orgullo. No buscaría a Rory para traerlo de vuelta ni le desearía buena suerte.

Rory venía pensando en ese viaje desde mucho antes de estallar la guerra. Tarde o temprano llegaría a Irlanda. El hecho de que alguien con el apellido Larkin ingresara en el país no dejaría de encender las alarmas.

Ocho años antes, las tierras adyacentes a las de Liam Larkin habían pertenecido a cierto Horace Landers. Cuando el precio pedido fue correcto, el terrateniente adquirió esa finca y Landers se retiró a Inglaterra. Rory se había criado con sus hijos y conocía la cocina de los Landers tanto como la propia. En el caso de que alguien lo interrogara sobre sus orígenes, creía poder salir del paso utilizando el apellido de esa familia emigrada.

La idea de viajar en barco hasta Auckland estaba cargada de excitación y

misterio; eso daría a Rory algún espacio para examinar sus sentimientos en conflicto.

La flota de barcos para pasajeros, antes pequeña, pero opulenta, ahora sólo hacía el trayecto nocturno hasta Wellington. Desde que existía el tramo ferroviario Wellington-Auckland, inaugurado en 1909, casi todos los pasajeros preferían ahorrar tiempo haciendo ese viaje de diecinueve horas por tierra.

Tío Wally les indicó el barco perfecto. El *Taranaki* era un carguero, pero tenía comodidades para pasajeros especiales por cuatro noches y, por casualidad, estaba en puerto. El viejo vapor a turbina de tres hélices ofrecía la *suite* Lord Nelson, el mejor alojamiento que hubiera a bordo por esas aguas. Los hombres que reservaban la Lord Nelson para zarpar de Christchurch no viajaban necesariamente con la esposa. A medida que los ovejeros prosperaban, el viaje a Auckland se fue haciendo más idílico, anónimo y costoso, el servicio permitía que los pasajeros no abandonaran sus camarotes. Con la intimidad asegurada, quienes así lo deseaban eran los primeros en subir a bordo y los últimos en desembarcar.

El señor R. Landers y su esposa se embarcaron discretamente en el *Taranaki* varias horas antes de que lo hiciera el resto del pasaje y fueron rápidamente acomodados en la *suite* Lord Nelson.

Hasta los más fuertes amantes, esos que se aman por media eternidad, como los padres de Rory, caen en la repetición, la rutina de la comodidad estable, el valor constante, cierto nivel de satisfacción. Si son inteligentes, pueden volver a encender el fuego cuando eso comienza.

Para Rory Larkin, que era experto en mujeres pese a su juventud, había algunas más excitantes que otras, pero todas las aventuras tenían algo igual: la cacería… la victoria… la huida. Si uno se quedaba por demasiado tiempo, lo mismo que había unido a la pareja comenzaba a separarla. Lo mejor era romper a tiempo y ahorrarse muchas penas.

Eso fue cierto hasta que conoció a Georgia Norman. Cuando la enfermera Georgia se desabotonó el uniforme almidonado, la táctica de Rory fue una sonrisa, una actitud de amable humor y una escapada ocasional hacia la completa locura.

No tardó en notar la diferencia de Georgia Norman. Con ella no se trataba de ganar o perder. Georgia disfrutaba de lo que tenía entre manos. No se condenaba por lo lamentable de su matrimonio, no maldecía a su esposo ni se reprochaba por respetar tan poco las costumbres de Christchurch. Tampoco se sentía incómoda después de hacer el amor ni caía en los lugares comunes: «Ahora que me has visto desnuda, cierra los ojos para que me vista, por favor». Georgia se apreciaba a sí misma y apreciaba todo lo que le había sido dado. Estaba siempre a la búsqueda de descubrimientos y dejaba que Rory probara cosas que ella ya había probado. Hacía que uno se sintiera en la gloria, el tipo más estupendo que ella hubiera conocido.

Y después… A Rory le gustaba el después… Ella dedicaba largo rato a conversar en susurros de cualquier cosa; él se descubría conversando de Dios sabe qué y jugando con liviandad tanto en la entrada como en la salida del sexo.

Cuando el *Taranaki* perdió contacto con tierra se produjo un fenómeno impensado y desconocido, al comprender los dos que ésos bien podían ser los últimos instantes que pasaran juntos. Si alguna restricción había existido, provocada por la diferencia de edades y las circunstancias, se desintegró en una implosión violenta que abrió las puertas cerradas de uno y otro, liberando un torrente de exquisita comprensión. La intensidad y la desesperada pasión mutua los llevaron a un sitio nuevo.

El amanecer encontró al *Taranaki* amarrado en el muelle de Glasgow, bien frente a la estación de Wellington. Los deslumbrados amantes, fuertemente asidos de la mano, contemplaron la planchada por la que desembarcaba la fila de viajeros, para marchar luego con los changadores hacia el tren que esperaba. Rory y Georgia agradecieron al hacedor de su destino por otorgarles tres noches más para estar juntos.

En la última noche del viaje el mar se mostró muy bondadoso con ellos. Pudieron disfrutar la excitante visión de otro barco que pasaba en dirección opuesta, con los camarotes totalmente iluminados; la brisa trajo una vaga música bailable desde el salón. Ambos navios dispararon las señales de saludo; luego el otro barco desapareció, tragado por un silencio y una oscuridad absolutos. La alegoría era evidente.

Georgia dormía en la cama, tentadoramente desaliñada. Los marineros que iban al hotel del tío Wally siempre traían de Oriente algo que vender. Rory le había comprado un quimono de seda verde selva, ahora retorcido de tal modo que las líricas líneas de sus redondeces trazaban una sola palabra: mujer. Sí, el quimono había encontrado a su legítima dueña.

El pelo rojizo, con el corte de las mujeres que trabajan, hacía que su blancura pareciera tocada por un maestro perfecto. El destello de esmeralda, las sábanas de hilo entrelazadas le daban el aspecto de una diosa antigua. Rory la estudió desde el otro lado del camarote, sin parpadear, como si el tiempo estuviera suspendido. Se sentía agotado, pero dueño de una absoluta claridad. Y ya no podía contener la oleada de preguntas.

¿Qué fue lo que cambió tan abruptamente cuando quiso decirle adiós? Le vino a la mente la idea del miedo. Conor le había aconsejado que nunca tratara de sofocar el miedo: era preciso cobrar conciencia de él, analizarlo y dominarlo. Así se convierte uno en hombre. Tonto es quien se miente, diciéndose que no tiene miedo. Rory reconocía que sus ataques de miedo auténtico eran pocos desde que no temía a su padre. Aquello no era el miedo a una persona malvada ni a derrumbarse súbitamente, sino un temor muy distinto. Cuando la Isla Sur desapareció de su vista se sintió débil y aturdido. «Dios mío», se dijo, «tengo miedo». Pese a su apasionado deseo de abandonar Nueva Zelanda, en el momento de cortar las ataduras se había cubierto de sudor.

Ante Georgia disimulaba esos sentimientos. No quería que ella lo viera asustado.

Al dominarse otra vez pensó: «Dios sabe que la idea del combate me entusiasma en vez de asustarme». Ese largo sueño de llegar a Irlanda después de la guerra era homérico, ni más ni menos.

Bien, ¿a qué le temía, pues? ¿A lo desconocido? Eso no era miedo, sino nerviosismo… una curiosidad normal, acelerada. Rory era una entidad independiente; de eso estaba seguro.

¿O acaso todos los hombres sentían algún pesar cuando se borraban las luces de la costa? El había recibido cartas de amigos que ya estaban fuera del país o en el ejército. Algunos habían dejado una vida lamentable en hogares horribles, pero todos, invariablemente, sentían nostalgia.

«Conque tal vez mi miedo no sea miedo, siquiera», razonó. El ojo de buey dejó entrar una fugaz astilla de luz que cayó sobre Georgia. El sintió un estallido de lascivia que le bajó de la garganta al estómago. Iba a levantarse de la silla, pero volvió a sentarse bajo el peso de nuevas preguntas.

«Ahora comprendo algo que nunca llegué a entender», se dijo. «Muchas veces me pregunté por qué Conor estaba desesperado por retornar a Irlanda, si allá se había pasado la vida en la punta del látigo. Pero tu alma está plantada en tu aldea y nunca la abandona. Aun cuando vaya al ejército y a Irlanda, jamás abandonaré del todo a Nueva Zelanda».

Al pensar en Conor volvió a invadirlo el dolor por la muerte de su tío. Apretó los labios para alejar un torrente de pena. Con cada profundo suspiro disminuía el dolor de su pecho. Por fin se levantó rápidamente y abrió la puerta del camarote, con la esperanza de ver el barco que había pasado. Ya no estaba a la vista. El agua estaba en calma y el cielo ofrecía un espléndido espectáculo. Conor le había dicho que lo peor era montar guardia en las noches serenas, porque entonces uno recordaba todo lo que había perdido.

—Yo la he perdido a ella —barbotó Rory.

Conor sufría por la condesa Caroline. Oh, Dios, cómo sufría por ella. «Quizá todo eso se relaciona con el dolor que ahora siento por Georgia Norman».

Una y otra vez, últimamente, cuando iba a su cabaña del Error de Taylor, ansiaba cabalgar con ella por las colinas y emocionarla con lo que pensaba hacer de su vida.

Fantaseaba con volver de la guerra y decir al terrateniente que se encargaría de todo ese gran agujero redondo del medio. Comenzaría con unas pocas hectáreas, que pudiera contemplar desde una lomada, rodeando con el brazo a Georgia Norman… Georgia Larkin. ¡Caramba, si con ella podía enfrentarse al mundo entero! «Es una roca ¡y qué no haría por su hombre!». Una mujer llena de sabiduría, de ánimo, de valor. Y pasarían las noches riendo.

«Bueno, ahí tienes, Rory. Mi mujer, Georgia Larkin. ¡Ah, qué bien suena! Estoy enamorado de ella. La guerra apenas comienza, pero la Isla Sur y Georgia ya están unidas en un solo pensamiento. Comprender que necesitas de alguien, ¿significa necesariamente que la amas?», se preguntó. «¿No es bastante sucio de mi parte?

Egoísta, quiero decir. ¿Cómo pedir a una mujer que renuncie a un marido que quizá merece una segunda oportunidad? ¿Cómo pedirle que se pase media vida esperando mientras uno va de combate en combate? Por Dios, Rory, date cuenta. Eres demasiado egoísta al pensar así. Si tanto la quieres, no puedes pedirle que se arruine la vida por ti».

«Debo olvidarme de mis necesidades», se dijo. «De mis miedos, de todo. Aún tengo esta terrible sensación que me da ganas de arrojarme al suelo y llorar. ¡Sufro, hombre, sufro! Y sé qué dolor es éste, carajo. Es el dolor de no volver a verla. Es el dolor de no volver a tocarla. Creo que éste es el infierno de ese amor hijo de puta. Y no duele menos que la muerte de Conor».

«Muy bien, Rory, ya te has confesado contigo mismo. La situación es imposible. A la luz del día, cuando te despidas, pórtate como hombre. Sé un buen hombre para con esta mujer. Haz lo que corresponde».

Con el correr de los años Georgia había aprendido el abstruso arte de dominar las pesadillas. Ya no eran causa de sudores y escalofríos. Cuando se entrometía una molestia, ella despertaba antes de que la pesadilla se convirtiera en pandemónium. Apenas despierta se apresuraba a leer el mensaje del sueño. Casi todos estaban muy cargados de angustia. Había en ellos edificios que ardían o se derrumbaban, con sus variaciones, o un monstruo amenazante con sus variaciones, un vuelo hasta el borde de un abismo o sitio elevado con el principio de una caída.

En los últimos meses sucedía con frecuencia que, al entrar en su sueño algo feo, estiraba la mano a través de la cama y sentía algo sublime, más allá de cuanto hubiera experimentado hasta entonces. Era Rory Larkin. El mensaje interior le hacía saber rápidamente que estaba a salvo; el mensaje completo, que ese hombre la protegería. Nunca antes la habían protegido; Georgia se preguntaba por qué era un loco muchacho de colonias el que ahora lo hacía. Ante esa gran sensación reconfortante no se sentía menos desconcertada que al verlo por primera vez, meses antes, con el cuerpo lleno de costillas fisuradas.

En la última noche antes de llegar a Auckland el sueño de Georgia fue un retroceso a los horrores pasados. Al levantar el brazo para defenderse golpeó el colchón, poniendo abrupto fin a su sueño. Una vez que recordó dónde estaba, volvió a hundirse en la almohada, susurrando una maldición. El viaje estaba terminando.

Sonrió al sentir la seductora suavidad de su quimono. «Oh, Rory, maldita sea, ¿qué me has hecho?». Sacó las piernas de la cama y se acercó al espejo para retocarse. Nunca había querido que el muchacho la viera como recién salida de un baño de vapor. En el espejo se veía, a través de un ojo de buey, la cubierta de paseo. Allí estaba Rory, de pie en las sombras, inmóvil e indistinto. Iba a atarse la bata, pero optó por dejarla abierta, para que él viera lo que quisiera ver. Y se concentró en él, sin ser vista, disfrutando con sólo observarlo.

«Bueno, Georgia mía», se dijo, «eres la reina de las tontas. Te has pasado más de veintiocho años construyendo una muralla que se derrumbó en un solo instante».

Georgia había visto a las damas de la Fuerza Territorial de Reserva (las dignas «Hijas del Regimiento») acechar y tender sus trampas. Las enfermeras, que eran de clase media o baja, tenían allí una buena oportunidad para cazar a un oficial, un futuro cantinero o, si Dios lo quería, un coronel con su jardín de rosas.

En cualquier rango del ejército había dos tipos de militares: los que detestaban a las mujeres o los que las trataban con un exceso de sentimentalismo. No resultaba difícil distinguir a los unos de los otros. Sus compañeras gorjeaban y reían como niñitas, pero rara vez hablaban de amor. El amor era el premio automático del matrimonio, ¿no? ¿Por qué esas mujeres inteligentes y capaces, que se habían elevado en la vida por propio esfuerzo, se conformaban con tontos o pelmazos arrogantes?

Bueno, ¿y quién diablos era una para poner cara de asco? Calvin Norman era un buen cirujano del primer hospital militar de la India. Se había enrolado por un solo período, para asegurarse un buen rango de reserva, obtener la necesaria experiencia médica militar y poder presentar credenciales excelentes cuando volviera a su nativa Nueva Zelanda.

Georgia le fue asignada como asistente principal en el quirófano y quedó justamente impresionada por su habilidad. Además, el hombre demostraba interés por sus pacientes, rasgo poco habitual. Georgia tomó una decisión bien meditada. Calvin Norman era una solución segura; le ofrecía la familia que ella deseaba y una vida cómoda, tan lejos de Inglaterra como el planeta lo permitía. Estaba totalmente seducido por ella y le tenía una increíble simpatía. No era el flamígero amor de su vida, porque eso era una ilusión, pero sí un hombre gentil que no le haría daño.

Pues bien, el viejo Calvin la engañó bien engañada. Resultó ser el peor de toda una estirpe de víboras y pillos, sólo comparable al padre de Georgia, el querido Oliver Merriman.

Nuevamente instalado en Christchurch, ya jefe de cirugía en el mejor hospital de la Isla Sur, Calvin se encontró con muchas cuentas que saldar. Poco a poco fue cobrándose una niñez humillante, de chico pálido, debilucho y lleno de granos, en un salvaje territorio poblado de rufianes que endemoniaron sus años más formativos.

Su largo y amargo ascenso hasta el juramento hipocrático le había dado autoridad. Todos los matones lo necesitaban y sus mujeres eran pagos a cuenta por los tormentos padecidos. Lo consumía la insaciable necesidad de conquistar para probarse hombre, una y otra vez.

La unión de ambos estuvo en dificultades desde el principio, cuando ella fue nombrada jefa de enfermeras del hospital. Mucho antes de que se iniciara la guerra, Norman fue convocado por el Cuerpo Médico, con el alto rango de mayor; eso le convenía para avanzar en una carrera que bien podía terminar en Londres.

Como Christchurch mantiene sus secretos bajo llave y un escándalo representa el

ostracismo, Norman le suplicó que mantuviera ciertas cosas a cubierto y expresó las primeras palabras de arrepentimiento por su conducta. Georgia se comprometió a guardar silencio hasta que la guerra terminara. Su marido apenas empezaba a notar la calidad de la mujer con la que se había casado.

«Tienes todo el resto de tu vida, Georgia Norman, para soñar y preguntarte por qué te enamoraste de este muchachote Larkin… Pero ¿por qué diablos hiciste este viaje a Auckland, arriesgándote a liberar todo lo que hasta ahora habías podido retener adentro?».

Rory había roto, por fin, los ciclos de miedo en que ella vivía. No infligía daño alguno: sólo gracia. Tras haber montado ese potro salvaje, era seguro que jamás tendría una cabalgata igual, ardiente, húmeda y loca. «Eres demasiado inteligente para poner una trailla al joven trotamundos que apenas comienza a andar», reflexionó.

«¿Cuántas veces, Georgia mía, te has sentado junto a un muchacho herido para fingir que admirabas una fotografía descolorida, parda y quebrada, donde la chica era apenas visible? El soldadito había casi olvidado cómo era ella en realidad, así como tú has olvidado cómo era tu difunto soldadito».

«Lindo muchacho era el teniente Sidney… Sidney… Sidney Clarkeson. El primer hombre que no te dio miedo. Gracias a sus actitudes inocentes aprendiste el espléndido arte de controlar a un hombre. Reconócelo, Georgia: tú no estabas muy decidida a casarte. Lamentaste que lo hicieran volar en combate y lloraste sinceramente junto a sus restos. Pero te diste cuenta de que el dolor pasaba demasiado pronto. Quizá no era amor en absoluto, sino sólo falta de miedo».

«Y cuando vinieron los otros, cuatro o cinco en total, disfrutaste a mares con ellos. Pero en cuanto aparecía en sus ojos esa mirada de posesión, te apartabas de inmediato».

«Esa mirada… esa mirada… Todo tu período de servicio, ¿no fue acaso por esa mirada de Oliver Merriman? Tu papá tenía una buena posición, claro; era empleado y administrador de cinco abogados de Lincoln Inn, tan respetable como puede serlo un inglés de clase media».

¡Oh, ese borrachín hijo de puta! A los trece años la había levantado por la cabellera roja para escupirla, abofetearla y arrojarla contra la pared, gritando: «¡Arrastrada!». Su madre temblaba sin decir nada. Ella había aceptado cien veces la ira de Oliver Merriman, siempre sin decir nada. Las dos hijas mayores, prematuramente embarazadas, huyeron hacia matrimonios infernales.

«¡Ah, el señor Merriman y sus encantadoras damas!», se babeaba el pastor. Ah, si todo su rebaño hubiera tenido el carácter de esa familia ejemplar…

A los quince años, bastante desarrollada para su edad, Georgia buscó refugio en el Servicio de Enfermería del Ejército Imperial y nunca volvió la vista atrás. Tenía manos fuertes, voluntad poderosa, absoluto dominio de sí en situaciones espantosas, humor y bondad. Por sobre todas las cosas, era un modelo de perfecta y absoluta

competencia.

Pese a la sombra de Oliver Merriman y las horribles experiencias de su madre y sus hermanas, Georgia gustaba de los hombres… pero no había pene que la redujera a la servidumbre. Retenía firmemente su control, sin involucrarse demasiado, decidida a bastarse sola. Nadie podía dominarla ni por un segundo.

Georgia alternaba con todos, desde la cerveza compartida con los reclutas hasta los valses escogidos en el club de oficiales. Y acabó firmando su fáustico pacto con Calvin Norman.

Rory seguía inmóvil en la cubierta de paseo. Como todos lo capitanes y reyes, coroneles y maharajáes, religiosas y novias, esposas y obreros, Rory pasaría la segunda mitad de su vida tratando de sobreponerse a la primera mitad. Algunos no lo conseguían jamás. ¿Lo conseguiría ella? ¿Cuántos ancianos seguían luchando con su niñez y sus padres? «Dios Todopoderoso, espera a que las chicas irlandesas, por no contar a las de París y Londres, echen mano de este muchachote».

Si Georgia sabía algo con seguridad era que esa noche sería la última entre ella y Rory. «Díselo con suavidad. De cualquier modo, pronto se olvidará de tu cara».

El *Taranaki* saludó a la implacable aurora, que se escurría entre la niebla permanente, y continuó deslizándose hacia Auckland siguiendo el pie de las colinas, cada una coronada con un imposible nombre maorí, que generalmente comenzaba con W.

Georgia tomó la súbita decisión de permanecer a bordo para regresar inmediatamente a Christchurch. Rory hizo las valijas en estado de aturdimiento. Los pálidos amantes odiaban ahora cada bufido del motor, que los acercaba a la separación. Por un instante Rory ansió ser el de siempre para desahogar la frustración destrozando cosas. Después de cerrar enérgicamente la mochila, miró a su alrededor. Los dos estaban mareados por la falta de sueño y se movían en un plano susurrante, después de las descabelladas horas de amor final.

Georgia, la buena enfermera, tenía ya un perfecto dominio de sí bajo presión.

—Todo este viaje ha sido grandioso, Rory —dijo. Trata de no ganar la guerra tú solo.

—¿Me escribirás?

—Mientras las cartas sirvan para reírnos un rato. No estás obligado.

—Basta de conversación amable, Georgia. Ha ocurrido algo.

—Quiero que me escuches, Rory.

—No me hables con esa superioridad, enfermera Georgia. Yo no soy uno de sus cabos sangrantes, necesitados de que les levanten el ánimo.

—De acuerdo. Hemos recibido un golpe que nos dejó estúpidos. Entre nosotros hay algo poderoso. La guerra siempre exagera los sentimientos de un modo extraño, ¿sabes?

—Voy a decir una sola cosa, Georgia, y la digo de verdad. No sé dónde encontraré una mujer que pueda compararse contigo, ni en un año ni en diez. Si no te

reconcilias con Calvin Norman, volveré por ti.

—En momentos como éste, Rory, la gente se pone muy sentimental y hace promesas tontas.

Él se desabotonó la camisa y le tomó la mano para apoyársela en el pecho. Georgia estuvo a punto de perder el sentido.

—Las cosas pueden cambiar —dijo Rory— y en ese caso no voy a mentirte. Pero en este momento ruego que Calvin Norman no vuelva jamás.

Ella hizo una mueca de dolor y apartó la mano.

—Está mal desear la muerte de un hombre que no merece morir, Georgia, pero te quiero demasiado.

Ella lo atrajo hacia sí y se abrió la blusa para apoyarle la cabeza contra los pechos.

—Cierra los ojos y escucha, ¿quieres?

—Sí.

—Entre tú y yo nunca hubo nada serio, en realidad. Una mujer enojada con un marido casquivano tiene todo tipo de venenos dentro de sí. Si damos a esto más importancia de la que tiene, acabaremos tratando de cumplir promesas hechas en la irrealidad de la despedida. A medida que vamos faltando a las promesas, comenzamos con pequeñas mentiras y la culpa va creciendo. Ahora hablas con muy buenas intenciones, Rory, pero esto no resistirá por mucho tiempo.

—Georgia…

—Ya descubrirás que la vida militar incluye varios tormentos. Está el tormento diario de ser soldado: un trabajo de perros, la disciplina brutal, una comida asquerosa, el aburrimiento, el lodo, la disentería. Está el tormento del combate. Son cosas muy reales, que ningún soldado ha podido evitar. Sin embargo, el más horrendo de todos los tormentos es el recuerdo del hogar y de la mujer que dejaste. Se convierte en una fantasía, en una exageración. No te mata, pero no es menos torturante que las otras torturas de la vida militar.

Sintió sus lágrimas en el seno y se bajó los breteles para que él pudiera sofocarse a gusto allí.

—No puedes controlar el camino que has tomado. Sólo Dios sabe adonde te llevará. Cuando llegues a Irlanda (porque allí acabarás) podría volverse infinito. Es completamente injusto que tú o yo hagamos promesas. ¿Me comprendes, Rory?

—Sí.

Ella le dejó cubrir de besos lo que le había puesto delante; por fin un camarero anunció que pronto estarían en puerto.

Desde entonces en adelante todo fue mostrarse valientes, sonrisas tenues, ojos empañados, un recio abrazo. Luego, desde la planchada, él se volvió para agitar la mano y desapareció.

Georgia se contuvo hasta asegurarse de que Rory estaba fuera de la vista; luego se dobló en dos, tratando de aspirar hondo para resistir las náuseas. El camarero la

sorprendió tambaleándose y la ayudó a acostarse en la *suite*.

—¿Un poco de té, señora Landers? —ofreció.

—Prefiero cognac. Está en el escritorio.

Viendo que ella recuperaba el color de las mejillas y que aseguraba sentirse mejor, el camarero se retiró.

Georgia dio gracias al cielo por no haber vacilado al final. Ahora Rory iba camino a su guerra y ella había hecho lo que la vida le enseñó a hacer. El primero de sus secretos estaba a salvo. El segundo caía más dentro de su control.

Capítulo 49

Caroline había precedido su partida de Hubble Manor con una tempestad de ira, desatada por la brutalidad con que Roger aplastó las relaciones de Jeremy con Molly O'Rafferty. La manera en que su marido había destrozado la reputación de la muchacha, condenándola a los basurales con su hijo por nacer, sólo podía compararse con sus métodos para imponer a Jeremy una sumisión balbuceante.

Caroline y Roger sobrellevaron una semana de silencio antes de que estallara el polvorín, vomitando veinticinco años de cólera acumulada. Ella le enrostró lo mal padre que había sido para Jeremy, el hecho de que utilizara a los seres humanos como pienso en los campos y las industrias, su prejuiciosa mentalidad de Reforma y sus turbios secretos. Roger tenía una o dos cosas que decir sobre su hipocresía, el modo en que había malcriado a Jeremy y la obscenidad de sus gastos, que había requerido la continua explotación de la fábrica de camisas. Como golpe final, la acusó de haber tenido a Jeremy por el bien de su propio padre en vez de hacerlo por el condado.

Cuando Caroline partió hacia Belfast, el tren particular de *sir* Frederick llevaba tanto equipaje que resultaban evidentes sus intenciones de pasar mucho tiempo lejos de Londonderry.

Sir Frederick, aún convaleciente por el ataque, vio su estructura familiar hecha trizas y tomó una decisión largamente demorada: la de confiar a Caroline el futuro de Astilleros y Acerías Weed. Su mano cabía en el guante a la perfección. En cuanto a *sir* Frederick, por Dios que Caroline tendría que sortear el pantano en que estaba la familia.

Retirar al general Maxwell Swan fue una propuesta delicada, pero hasta Weed reconocía que habían pasado los tiempos en que los negocios se manejaban de ese modo. La estrecha y afectuosa relación que Caroline mantenía con tío Max se había deteriorado mucho con el correr de los años, para derrumbarse por completo tras el incendio de la fábrica.

También había una tendencia arcaica en los sanguinarios matones que amedrentaban a sindicatos y católicos, los espías industriales que robaban planes futuros de acerías y astilleros, las operaciones financieras encubiertas. La oleada liberal, imposible de desviar, cruzaba el Mar de Irlanda hacia Ulster, provocando una mayor consideración por el bienestar de los trabajadores. La aniquilación de los sindicatos iba perdiendo vigencia entre los industriales. Lenta, muy lentamente, la clase superior comenzaba a pensar que los trabajadores satisfechos producían mejor mercadería a un costo mucho más bajo.

Nada de eso podía suceder de la noche a la mañana, sin duda, pero ¿quién mejor que Caroline Hubble para percibir los cambios y seguirles la corriente?

El problema era que Maxwell Swan y Frederick Weed habían intercambiado

pulgas a tal punto que podían condenarse mutuamente cien veces a la horca. Al fin de cuentas esos dos ancianos, por pillos y asesinos que fueran, pertenecían a la misma raza. Swan estaba en la edad en que uno quiere retirarse en algún sitio remoto para vivir los años crepusculares con elegancia. El ataque de Weed lo tenía muy preocupado; a medida que *sir* Frederick envejecía, Swan comenzaba a temer que Roger Hubble tratara de emplearlo en su servicio personal.

El viejo siempre había sido un tipo entusiasta y alegre, con su afición a la bebida, sus bailarinas, su equipo de rugby y esa rimbombante energía que lo hacía buscar trenes y barcos cada vez más veloces. Lord Roger, por el contrario, parecía matar con cierta satisfacción. A no ser por Caroline, ese hombre habría sido un perfecto monstruo. Y ese último trabajo… espiar a lord Jeremy, bajo la promesa de ocultar los resultados a Freddie y a su hija… con Roger ansioso de reclutarlo y llevárselo fuera de Belfast…

Sir Frederick Weed, en su actitud más generosa y encantadora, habló cara a cara con el general.

—Mira, Max —dijo—, tendremos que confiar cada uno en el otro.

Puso en la mesa una suntuosa propiedad en Jamaica y una pensión considerable. Allá podría vivir entre decenas de compañeros retirados de la vida militar; se vestiría formalmente tres o cuatro veces por semana, con medallas y todo, para asistir a banquetes en los que podría beber hasta la inconsciencia… además de hacer visitas a ciertas cabañas muy bien mantenidas.

Aquí entraba a jugar la confianza. Como parte del trato, Swan dejó un relato manuscrito de los trabajos sucios que había hecho para Roger Hubble. Su autoría fue certificada en presencia de un impecable grupo de colegas, que atestiguaron la autenticidad de la firma sin leer el contenido del documento. El libro quedó en manos de *sir* Frederick y Caroline Hubble. Swan no corría mucho peligro. Al fin de cuentas, si Caroline o Weed divulgaban las memorias, Swan tenía varios cientos de páginas más sobre sus hazañas con *sir* Frederick.

Con esos confiados ladrones fuera del camino, Caroline tenía en la manga la mayor de todas las cartas orangistas; sólo ella podría trazar los límites definitivos y saldar favorablemente las cuentas. Swan se pudrió prematuramente en su retiro y fue sepultado con asombrosos honores militares, pero dejó tras de sí el pequeño libro de horrores, como para decir que su omnipresente espíritu aún seguía dando vueltas. Desarticular la combinación Weed-Hubble no era cosa sencilla. Ambos estaban acoplados en toda la provincia. Roger formaba parte del directorio de Astilleros y Acerías Weed; los dos tenían muchas inversiones y sociedades conjuntas, que se habían suministrado mutuamente; hasta la partida de Swan eran muchos los asuntos encubiertos que habían compartido.

Si bien el condado de Roger era una bicoca en comparación con las empresas internacionales de *sir* Frederick, su antiguo título nobiliario ejercía en Weed un atractivo místico. Roger era todavía el amo de Londonderry, mal endémico de la

Ulster británica. Londonderry había sido su carta orangista original. Ahora tenía otras dos: Christopher y Jeremy.

Jeremy había sido descartado por su madre, tras su cobarde conducta para con Molly O'Rafferty y el hijo por nacer. Aunque Freddie adoraba a ese nieto, viendo en él a un inofensivo *playboy*, estaba resignado a que no aportara gran cosa al futuro de Astilleros y Acerías Weed. Acabó por cederlo para Londonderry, para Hubble Manor y para el condado de Foyle, donde se desempeñaría como personaje público en funciones de caridad y exhibiciones equinas; quizá llegara a dormitar en la Cámara de los Lores. Jeremy sería un ceremonial mascarón de proa como lo había sido su abuelo Arthur, el pobre tartamudo.

Por el momento, Jeremy no estaba en condiciones de ejecutar siquiera esas ínfimas funciones. Tras haberse derrumbado, renunciando a Molly, perdió toda la alegría y la conducta despreocupada.

Roger le daba órdenes. Caroline apenas le dirigía la palabra y sólo en público. El abuelo aún se dejaba ablandar, pero estaba cansado de ver en Jeremy tanta falta de agallas.

Roger trató enérgicamente de empujarlo al casamiento, pero él se negaba. Mientras la desaparición de Molly continuara siendo un misterio, él se aferraba a esa última hebra de virilidad y decencia. Bebía demasiado, asistía a las carreras y a las exposiciones de caballos, jugaba al rugby con los matasietes católicos de los condados inferiores y rondaba las zonas del Trinity College y el río Liffey.

Christopher Hubble era cosa muy distinta. Al parecer, sus primeros pasos fueron dados según el manual de marcha de los Coldstream Guards. Roger renegaba del maldito destino que impediría a Christopher heredar el condado. Puesto que no tenía derechos naturales al título, pero sí una excepcional capacidad para los negocios, cualquiera habría pensado que iba directamente al cargo máximo de Astilleros y Acerías Weed. El único problema era que *sir* Frederick tenía a su nieto menor por un pelmazo lleno de ínfulas.

Weed pensaba que, sin duda alguna, Christopher tenía pasta para dirigir con el látigo en la mano a los peones del condado y las arcaicas industrias de Londonderry. No obstante (y era un «no obstante» muy grande) no entendía el clima de Belfast ni tenía habilidad para tratar con diez mil obreros.

Durante el aprendizaje en el astillero, Christopher se comportó con los orgullosos carpinteros y aceristas como un gran señor ante sus siervos. También los gerentes departamentales y los capataces lo consideraban pedante y autoritario.

En realidad, los empresarios de Belfast (y su abuelo más que nadie) eran hombres recios y bulliciosos, distintos de los atildados y bigotudos guardianes de la Corona, siempre con las manos detrás de la espalda y la fusta golpeando contra los pantalones de montar.

No había remedio. Que Roger Hubble se quedara con sus dos hijos.

Al percibir que el alejamiento crecía, Roger hizo algunas movidas por cuenta

propia. Retiró a Jeremy del hipódromo y le ordenó ingresar en el regimiento de la familia. Los Rifleros de Coleraine habían entrado en actividad tres siglos antes, clavando en picas las cabezas de los campesinos irlandeses por cuenta de Oliver Cromwell.

Por ende, el Vizconde de Coleraine entró en el cuerpo en condición de subalterno, para permanecer allí hasta que accediera a tomar esposa. Jeremy, a quien las parrafadas de su padre asustaban cada vez menos, mostró poco interés en ascender en cosa alguna que no fuera divertirse y continuar con sus incursiones por Dublín. Gracias a la influencia de lord Roger en el regimiento, allí lo mantenían en puestos que no tuvieran importancia alguna, para que no se convirtiera en un bochorno.

Entra en acción Christopher, el guardián de su hermano. Cuando Chris se unió a los Coleraine, Roger y el coronel Brodhead, viejo experto de Ulster, se pusieron de acuerdo para que el muchacho pudiera vigilar a su hermano mayor. Roger temía que, en alguno de sus estupores alcohólicos, Jeremy causara alguna humillación al condado. El chico no le interesaba mayormente, pero temía que, si algo llegara a sucederle, Caroline y Freddie lo apartaran para siempre de las industrias de Belfast.

Esta encantadora familia se había disgregado en una colcha de retazos humana; la cuestión era quién hablaba con quién, en qué tono de voz, quién decía algo a espaldas de quién y qué buenas o malas intenciones tenían los unos para con los otros.

Existía en la mezcla familiar una molécula absurda: Caroline y Freddie se alineaban contra Roger y Christopher, con Jeremy colgando del limbo.

Desde el comienzo mismo, *sir* Frederick y lord Roger estuvieron muy unidos en la intención de rechazar la Ley de Autonomía, cada uno asegurando un rincón geográfico de la provincia. Pese a la atomización de la fortuna familiar, los dos continuaban de acuerdo sobre ese tema y siguieron acollarados en la importación ilegal de armas por millares, destinadas a la Milicia de Ulster.

En tanto Frederick se iba recobrando notablemente de su ataque y preparaba a su hija para ocuparse en el futuro de la empresa, Roger se veía gradualmente apartado de Astilleros y Acerías Weed. En Ulster siempre se descubren corrientes subterráneas; de algún modo, medio mundo se enreda con el otro medio mundo: la partera católica atiende el nacimiento de un aristócrata y, en la taberna, el diácono metodista se sienta codo a codo con el campesino católico. Son muchas las señales de normalidad.

Unos y otros pueden hacerse muchas cosas, pero todos los buenos protestantes están completamente unidos en su lealtad a la Corona y todos los buenos católicos son republicanos. Por lo tanto Roger y Freddie, pese al derrumbe de sus hogares, se trataban mutuamente como hermanos de sangre en lo referido a la Milicia y al Partido Unionista.

Roger no era ciego; resultaba obvio que Caroline estaba tomando el timón de Astilleros y Acerías Weed. En cuanto a Jeremy, pese a la aguada obediencia que prestaba a su padre, no se dejaba obligar al matrimonio. Parecía atrapado en alguna legendaria telaraña irlandesa que no lo dejaba escapar. El nombre de Molly llegaba

como un eco hasta él veinte veces al día. A veces se borraba solo. Otras veces tenía que expulsarlo a fuerza de beber. Y como Roger no podía quebrar ese postrer desafío, el muchacho se mantenía apartado de todos en el regimiento de los Coleraine.

El teniente Christopher Hubble, sensible a todo lo que conviniera al condado, dio un paso al frente y se aplicó a un breve, pero efectivo cortejo de Hester Glyn Gobbins, hija del barón Hugh Gobbins. Roger estaba encantado.

El hermano Jeremy, exhibiendo una conducta ejemplar, desenvainó su sable para dirigir la formación de un arco de espadas por el que pasaría la pareja en la marcha hacia el altar.

Chris y Hester eran réplicas muy fieles de la clásica pareja aristocrática inglesa. Gweedloe House tenía los setos bien recortados, los rosales florecientes, estandartes y mayordomo. El espectáculo se aproximaba tanto a la perfección que bien habría podido desarrollarse en la isla principal, al otro lado del Mar de Irlanda. En la línea de recepción, Christopher entreabría los labios y mostraba los dientes en una amable sonrisa, mientras Hester ofrecía la mejilla con un sincero «Mmmmug» a todo el que la besara. «Mmmmug… mmmug…». El «mmm» se producía durante el contacto; el «ug», al quebrarse éste. «Mmmug…».

Como Weed y Roger continuaban presentándose con frecuencia en público, poco se comentaba sobre el hecho de que Caroline no volviera a Londonderry. Puesto que no aparecía ningún amante, ninguna querida, se tendía a pensar que la condesa estaba dedicada a cuidar atentamente a su padre.

Después de la fiesta en el jardín, la muchedumbre de invitados se disolvió y los muchachos de la brigada invadieron las cantinas de la ciudad. Caroline se retiró a sus habitaciones de Gweedloe House, sólo para encontrar a Roger ya instalado allí.

—Lo siento —dijo él. Detrás de la despensa hay una habitación para el criado. Allí estaré bien.

—Ya nos arreglaremos —dijo Caroline. En realidad, tenemos muchas cosas pendientes y éste podría ser un buen momento para tratarlas.

—Hace dos años que no nos vemos, como no sea por casualidad en cenas y reuniones. Reconozco que has hecho muy buen trabajo con el viejo Freddie. Parece estar complacido con este casamiento.

—Chris y Hester forman una buena pareja y han sido bien preparados para la tarea que deben cumplir, como buenos caballos. Espero que Hester tenga caderas anchas —comentó Caroline.

Roger gruñó. Cualquier muestra de humor era bienvenida, por negro que resultara.

—El coronel Brodhead está muy satisfecho con el desempeño de Christopher en los Rifleros.

—Chris ha sido un estupendo oficial desde los tres años —replicó ella.

Roger contuvo la ira mientras Caroline levantaba el teléfono para comunicarse con el cuarto de su padre. Conque estaba descansando. Bien. Por un momento ella

había temido que, después de excederse un poco en la bebida, hubiera ido a las carreras.

—Es como una criatura —dijo.

—Me siento horriblemente molesto, Caroline —estalló Roger. ¿Puedo ponerme cómodo?

—Sí, por supuesto.

El se desabotonó el chaleco, se quitó los zapatos y tomó asiento en un sillón, cerca de Caroline. Estaba sumido en una profunda preocupación y ella creyó notarle una expresión dolorida. ¿O estaría practicando alguno de sus juegos? Llevaban mucho tiempo esperando ese encuentro. Se producía inesperadamente, pero cada uno de ellos tenía los parlamentos ensayados y también las respuestas del otro. Sólo que esas respuestas nunca eran las que se esperaban.

Ella comenzó:

—En cuanto comprendiste que Jeremy iba a presentar una última resistencia, redactaste una breve lista e hiciste que Chris, con los ojos vendados, sacara un nombre del sombrero (la gorra de gala de los Coleraine, por supuesto). La ganadora resultó ser Hester Glyn Gobbins.

—Culpable —reconoció Roger.

—En el siguiente capítulo veremos cómo se las arregla la dulce e inocente Hester Glyn Gobbins con los fantasmas de Hubble Manor.

—Hubble Manor es una tumba, no porque le falte magnificencia, sino porque le falta la señora de la casa. Les estoy haciendo refaccionar Ballystorrs.

—Bueno, siempre es grato saber que a una la aprecian —comentó Caroline. ¿Se te ha ocurrido pensar que puede haber una concubina y un heredero dando vueltas por allí?

—Sí.

—Nunca he dejado de buscarlos —declaró ella, abrupta.

Roger estuvo a punto de hacer una pregunta. ¿Molly aún vivía? ¿Había tenido un varón o una niña? ¿Se tenía alguna pista de dónde podían estar? Pero no dijo nada y, al no preguntar, respondió a todas las preguntas que Caroline no le hacía. Inconmovible.

La ventana del mirador, con su antiguo vidrio biselado, dejó caer un súbito arco iris de puntos alargados. Ella estudió a Roger, que seguía con los hombros encorvados, y por un instante pareció dejarse ganar por la compasión.

—El viejo amigo Roger no ha dejado de ser el viejo amigo Roger —dijo él, con voz monótona. El monstruo de Foyle, que me fue instalado al nacer, continúa vivo y lleno de salud, gracias. Pareces sorprendida, Caroline.

—En realidad, así es.

—Siempre supe que el monstruo estaba allí. Nunca actuó tan bien como cuando hice a mi padre a un lado para tomar lo que era mío. Hemos hecho un buen equipo, el monstruo y yo. Cuando llegué a comprender que sería él quien tomara todas mis

decisiones, me dije: «Bueno, para eso están los monstruos, ¿no?». Nunca he tenido que elegir entre lo bueno y lo malo. Lo malo es lo que perjudica al condado. No existe el mal; yo carezco de poder. Lo que conviene al condado son las utilidades, el poder y la continuidad. Oh, sí, toda mi vida me he despreciado por mi falta de corazón. Pero cuando uno acepta que el monstruo sabe lo que hace, uno aprende a vivir con él. No puedo controlar lo que me controla.

—¿A qué estás jugando, Roger? Por el momento pareces tener bajo tu mando a todos los sementales de la familia, aunque yo no descartaría al viejo Freddie. Quieres que Jeremy renuncie a su fantasma y engendre al futuro conde… pero el monstruo te indica que protejas tu apuesta, haciendo que Chris y Hester cumplan inmediatamente con su función. Lo que no entiendo es por qué no me pides el divorcio. Apostaría a que puedes tener un bonito par de monstruos por tu propia cuenta.

—Es tu bando el que necesita herederos, Caroline.

—A esta altura debes haberte dado cuenta de que te hemos limitado otra vez a las fronteras del condado. Amo profundamente a mis hijos. Daría lo que me resta de vida por ver a Jeremy corregir lo que ha hecho. Pero aparte de eso, ni Chris ni Jeremy tienen futuro alguno en Astilleros y Acerías Weed. Tendrán una buena herencia, pero jamás pondrán un pie en Belfast.

—No pienso eclipsarme con tanta facilidad, Caroline. No hay hombre tan demente como para entregar su imperio a una hija ya estéril. Tampoco encontrarás a ese nieto ilegítimo para lucirlo como donación del Vaticano a Ulster.

—Bravo, Roger. Vuelves a ser el de siempre.

—Por muy poderosa que sea tu alianza con Freddie, ustedes dos no pueden quebrar el orden humano de la familia. La familia es más antigua que el condado, que los celtas, que los normandos, los anglos y los sajones… más antigua que la humanidad, legado de los simios. Aun antes de ellos, las familias eran grupos de árboles y de dinosaurios. ¿Alguna vez viste cómo se acercan dos colonias de líquenes en una roca? No se unen: la familia fuerte devora a la débil. Freddie y yo estamos metidos hasta aquí en algunos asuntos muy interesantes. Ya encontraremos algún arreglo.

Había llegado el momento, pero eso no daba a Caroline ningún placer.

—Roger, ten la bondad de preguntar a tu monstruo si eso fue una amenaza de extorsión.

—Ponme a prueba —siseó él, levantándose.

—Siéntate, Roger —ordenó ella.

—¿Me estás diciendo que…?

—Que te sientes y me escuches con mucha, muchísima atención. El arreglo que buscas ya está hecho. Vas a renunciar al directorio de Astilleros. Freddie y yo te ofreceremos la alternativa de comprar o vender todas las empresas conjuntas. Te quedarás con tu condado y con tus hijos.

-—No seas ridicula, Caroline. Inténtalo y verás cómo arruino a Astilleros y

Acerías Weed.

—Me estás interrumpiendo, Roger.

El parpadeó. Luego la miró con los ojos entornados. Estaba tan serena, tan inalterable…

—*Sir* Frederick Weed ha transferido la propiedad y el control de Astilleros y Acerías Weed a su estéril hija Caroline. Mi padre ha pasado décadas enteras soportando el dolor de haber forzado nuestro casamiento. Siente por ti un absoluto desprecio, pese a los pequeños contrabandos que ha compartido contigo. Después del ataque, escribió un diario, con cada página inicialada y firmada, y lo hizo certificar ante diez miembros de la Cámara de los Lores que, por suerte para ti, no conocen el contenido del libro.

—¡Eso es chantaje! Pero no puede arruinarme sin provocar su propia ruina.

—Ah, no conoces a Freddie. Papá es de los que apuestan fuerte. Después del primer ataque ha tenido muchos otros, aunque leves, y ya tiene ochenta y dos años. Él y yo hemos decidido, de común acuerdo, que se vaya a su modo, con una gran fiesta. Eso equivale a decir que a Freddie le importa un rábano verse descubierto o no. No obstante, Roger, ese viejo monstruo tuyo ha de estarte diciendo que pises con mucho cuidado, ¿no?

—Eres un demonio —dijo él con voz ronca.

—El diario de papá tiene un suplemento que detalla tus tratos con Maxwell Swan…

—¡Mierda!

—El tío Max, antes de morir brindando por el Rey con una sonrisa de estricnina en la cara, forró el volumen de anaranjado y me lo obsequió a cambio de que le permitiera terminar la vida en la religiosidad y el lujo de Jamaica. A Caroline se le quebró la voz. —Allí figura todo: el asesinato de Kevin O'Garvey, el encubrimiento del incendio de la fábrica y otros cuantos asesinatos, sobornos, piernas quebradas y disturbios provocados.

—Está bien… está bien, vamos a ordenar ideas. La verdad del asunto, Caroline, es que cuando Freddie y tú ya no estén, Astilleros no podrá continuar.

—Ya nos estamos ocupando de eso, Roger. Vamos a cotizar en la Bolsa de Londres.

—¡Estás loca! ¡Freddie está loco!

—Por favor, Roger. Los invitados están durmiendo la siesta.

—¡Capital accionario! ¡Por Dios! Cobradores de impuestos arrastrándose como gusanos por tus registros contables… cualquier abogaducho estúpido leyendo tus contratos… conspiraciones en tu directorio… sobornos, corrupción, sindicatos… ¡Una empresa, un condado, una nación, deben estar bajo el mando de un solo líder!

—Nosotros pensamos que ese hombre imperial puede estar en decadencia.

—¡Dios! Escúchame, Caroline: publica esos libritos, si te atreves, que yo divulgaré lo tuyo con ese muchacho irlandés, Conor Larkin. Cuando los orangistas

sepan que te acostabas con ése en el granero van a desparramar tus tripas por la calle. ¡Ya ve, señora mía, que usted tampoco tiene las manos tan limpias!

—Soy culpable de muchas cosas, Roger: de gastar más dinero que María Antonieta, de ser ciega a una explotación esclavista, de una despreciable arrogancia por haber tratado a seres humanos decentes como si fueran perros. De todo eso, sí… pero no soy delincuente. Lamento desilusionarte, pero en verdad te he sido fiel. No porque yo lo quisiera, sino porque Conor Larkin tenía demasiada decencia, pese a ser de clase baja, para gente como nosotros. También Molly O'Rafferty es demasiado decente para nosotros. Y ya que hablas de infidelidades, el general me proporcionó también tu pequeña lista de nombres… a algunos de los cuales has estado pagando sumas exorbitantes.

Roger hizo algunos gestos desarticulados, gritó, graznó, murmuró una súplica. Estaba acorralado. Por fin encorvó los hombros, derrotado.

—Ese viejo monstruo, ¿ha vuelto a su jaula, Roger?

—Sí —susurró él.

—Mañana, a las tres de la tarde en punto, preséntate en la oficina de Freddie. Los documentos están redactados. Quédate con tu maldito condado y vete a la mierda. Espero que en el futuro haya alguna posibilidad de redención entre nuestros hijos y yo, para que pueda ayudarlos a encarar alguna empresa digna.

Se oyó un golpe a la puerta, seguido por un trío de criadas.

—¿Quiere la condesa que le preparemos un baño?

—Sería estupendo, sí. A propósito, Su Señoría tiene una ligera fiebre. ¿Sería posible prepararle un cuarto aparte y llamar a un médico?

Cuando ellas salieron Caroline echó a andar hacia el baño, pero se volvió.

—Freddie tenía razón —comentó. Dijo que tienes demasiada sangre azul como para enfrentarte con un luchador callejero. Que cuando llegara el momento de enfrentarse te vendrías abajo.

Capítulo 50

Archivos secretos de Winston Churchill

3 de octubre de 1911

He llegado a la primera crisis importante de mi carrera, que me obliga a tomar la más grave de las decisiones imaginables.

Nadie, absolutamente nadie luchó con más vigor que yo por el Presupuesto Popular de 1910, acontecimiento que marcó el comienzo de una era en la que el hombre común tendría derecho a un mejor nivel de vida.

Para hacer aprobar ese presupuesto encabecé la lucha, amenazando con la disolución de la Cámara de los Lores, y combatí contra los conservadores, cuya mentalidad está muerta y con *rigor mortis*. Aún viven de los recuerdos de un imperio explotador, con grandes presupuestos militares.

Hoy me entrevisté con el Primer Ministro en su despacho y él me ofreció el cargo de Primer Lord del Almirantazgo. Esto no significa sólo que debo abandonar mi lucha por obtener más reformas sociales: representa un completo cambio de papeles, pues deberé convertirme en líder de la carrera armamentista.

Asquith no quiso aceptar mi negativa y fue muy insistente al hablar de la inevitabilidad de una guerra en el continente europeo.

Como Primer Lord, me correspondería construir un millar de naves de guerra, la flota más poderosa que el mundo haya conocido.

Salí con una brazada de informes a estudiar, redactados por nuestros mayores expertos en el terreno militar y el de la inteligencia, financistas, magos de la industria, científicos y políticos. Prometí al Primer Ministro que le daría mi respuesta lo antes posible.

7 de octubre de 1911

Estoy destrozado, total y horriblemente destrozado. No hay conclusión que pueda sacar un hombre cuerdo y razonable, salvo que la guerra no tardará en caernos encima y que no hay modo de evitarla. El imperio alemán está en condiciones lamentables; el Kaiser y su plana mayor consideran que no existe manera de evitar el colapso interno, salvo entablar una guerra contra Francia y Rusia.

Lo que da escalofríos es el cálculo de posibles bajas. Se anticipa que morirá un millón de hombres por cada una de las principales naciones; eso representa un mínimo de seis millones de muertos y sólo Dios sabe cuántos heridos.

Esto acaba con mis hermosos sueños de encabezar la marcha del hombre común. Aunque me pesa, no veo más alternativa que ponerme a disposición de la Corona.

Además de la gigantesca tarea que tengo ante mí, este cargo va a impulsarme hacia las metas políticas que me he fijado.

Mi ilustre antepasado John Churchill, Primer Duque de Marlborough, nunca perdió una batalla ni dejó de capturar una ciudad sitiada. No pretendo tener su dominio de las tácticas y el combate, pero comprendo la gran estrategia que Inglaterra debe emplear contra Alemania.

Cuando llegue el momento yo fijaré esa estrategia, que deslumbrará a nuestro Consejo de Guerra.

24 de octubre de 1911

A la edad de treinta y siete años, he aceptado mi nombramiento como Primer Lord del Almirantazgo.

25 de octubre de 1911

Los conservadores y buena parte de la prensa están aullando como perros rabiosos por mi nombramiento. Bueno, ya veremos.

Capítulo 51

Las predicciones de un pronto fallecimiento de sir Frederick Weed no llegaron a materializarse. Él volvió tempestuosamente, decidido a poner en orden el imperio. Recurrió primero a sus propias filas, buscando en ellas gerentes, ejecutivos, capataces que supieran pensar en función del siglo XX. Los que no pudo hallar los robó a sus competidores. Un genio de las finanzas abandonó el Banco de Inglaterra para entrar en su directorio; lo mismo hicieron algunas de las mejores mentes de Gran Bretaña. Lo único que Freddie no entendía era por qué no lo había hecho años antes.

Al principio hubo muchos chistes malos y muchas risitas burlonas en los corredores del poder, pero pronto fue evidente que Caroline Hubble había heredado de su padre la capacidad para el liderazgo. Las risitas se cortaron en seco cuando ella ocupó su asiento ante la mesa larga, en la cabecera opuesta a la de su padre.

El día en que Caroline llevó a cabo la primera reunión de ejecutivos demostró tener una dimensión adicional. Por lo visto, sabía cómo extraer lo mejor que una persona podía ofrecer de sí. ¿Acaso no había ayudado a crear una obra maestra por medio de un pobre herrero campesino?

La construcción naval marchaba ahora a toda máquina, excediendo la capacidad de los astilleros. En Belfast imperaban el pleno empleo y los altos salarios. Ahora que las decisiones difíciles estaban a cargo de cerebros nuevos, Weed pudo reducir su propio papel a una o dos horas por día; con frecuencia dirigía las cosas desde Rathweed Hall.

La oficina londinense de Astilleros y Acerías Weed, por su proximidad con la sede del gobierno y el mundo de las finanzas, llegó a ser tan vital como la de Belfast. Freddie se había pasado la vida peleando con Caroline para retenerla en Ulster. Ahora podía otorgarle el don de ir a Londres.

Ella se hizo cargo de esa parte de las operaciones, despejando tres décadas de herrumbre. Y sí, fuera del paisaje irlandés florecía como suele florecer quien escapa al cautiverio.

Su casa londinense era artística y elegante, pero sin ostentación de riqueza. La informalidad estaba asegurada por el hecho de estar en Chelsea, entre sus amigos más íntimos: actores, escritores, artistas plásticos, eruditos y todo tipo de bichos raros, gente divertida y fuera de lo común. Era el hogar que ella nunca había tenido en el marmolado museo de Rathweed Hall ni en el antiguo castillo de los Foyle. Se convirtió en una potencia dentro de las artes, con fuerte inclinación por la política del Partido Liberal.

Tras haberse remojado largamente en la política brutal y miope de Ulster, los liberales eran otra forma de dejar atrás el cementerio de Belfast. El salón de Caroline llegó a ser uno de los sitios donde se reunían regularmente.

Su favorito era el extraño Winston Churchill. En él estaban fructificando las cualidades que Caroline le había detectado desde la lejana Londonderry. Ella se convirtió en una de sus muy escasos confidentes, sobre todo en las cuestiones de Irlanda. En realidad, Winston la consultó sobre su dilema antes de aceptar el cargo del Almirantazgo.

Frederick Weed sabía que, si rezongaba demasiado por los liberales que pululaban en la casa de su hija, bien podía sufrir un ataque. Por otra parte, a los ochenta y tantos años había aprendido que ella no se dejaba detener. No había posibilidad alguna de cambiar sus tendencias infantiles, bohemias y bolcheviques.

Caroline entró con encanto en la edad madura. Lo que había perdido de abrumadora belleza estaba reemplazado por una gracia serena, la sabiduría y el aura de grandeza que generalmente sólo se obtiene mediante la tragedia. Su rasgo más atractivo era, quizá, la capacidad de supervisar un poderoso complejo industrial sin dejar de ser absolutamente femenina.

En Londres, su nombre llegó a asociarse con el de Gorman Galloway, indomable angloirlandés del otro credo, que cargaba con un matrimonio desdichado e indisoluble, igual que ella. La esposa vivía en Dublín; los hijos, verdaderas joyas irlandesas, estaban diseminados por distintos lugares.

Galloway era mayormente cuerdo, aunque ocasionalmente revelara la pura demencia irlandesa, y siempre ingenioso; era actor, productor, director y escribía de maravillas, burlándose de todos los partidos políticos y haciendo devastadores comentarios sociales que solían sacudir sin misericordia a los británicos imperialistas.

Gorman, que era endiabladamente divertido, tenía siempre una corte de adoradores a sus pies y colgados de sus faldones. Aunque su vínculo con Caroline era bastante informal, se los tenía por una pareja bastante unida, pese a que él cayera en borracheras estruendosas, de las que despertaba en Cork o en Bristol, encabezando una manifestación de mujeres sufragistas.

Las reuniones de Caroline con Roger eran misericordiosamente pocas. Ella había abandonado cualquier apariencia de matrimonio bien avenido y era demasiado poderosa por derecho propio como para que la afectaran los chismes y las burlas. Victoriosa en sus primeras luchas con Freddie por la igualdad, libre de los trabajosos años con Roger y finalmente en paz su amor no correspondido por Conor Larkin, se mostraba abierta y jubilosa, pero siempre consciente de que el gozo podía desaparecer en un suspiro.

Hester, pese a su poca vitalidad, tornaba a Christopher más aceptable. Caroline le tenía compasión y comprendía que no pudiera quedar embarazada. Las visitas de la pareja eran decorosas y duraban lo adecuado, su conversación evitaba las contiendas.

Gorman sabía que, cuando en Caroline asomaba esa fugaz expresión de terrible tristeza, era por uno de dos hombres: Conor Larkin o Jeremy Hubble. Jeremy era todavía subalterno en el regimiento de los Coleraine y se había vuelto muy irlandés, tanto por lo que bebía como por la autocompasión.

Caroline se había extenuado buscando a Molly O'Rafferty, alentada por tenues pistas que siempre acababan en la nada.

Sabía que, tarde o temprano, tendría que hacer un primer gesto a Jeremy. Lo que en realidad deseaba era que él se uniera a su búsqueda, que se portara finalmente como un hombre y exigiera saber de ese hijo suyo. Pero mientras siguiera bebiendo, su madre no acudiría a él.

El salón de Caroline en Chelsea se convirtió en un torbellino de momentos excitantes; los liberales, montados en los vientos de cambio, trataban de desarraigar el sistema británico de clases. El centro del blanco eran los poderes hereditarios otorgados a la Cámara de los Lores. Claro que la Cámara de los Lores no iba a renunciar por sí misma a sus privilegios. Por fin los liberales elaboraron un plan: si no se recortaban los poderes de los grandes señores, ellos crearían cientos de títulos nobiliarios para otorgar a gente liberal, con lo cual duplicarían el número de los Lores.

Frente a la horrenda perspectiva de que la aristocracia se llenara de gente ordinaria, los Lores cedieron. En adelante, si un proyecto era aprobado por los Comunes y rechazado por los Lores, los Comunes tenían derecho a presentarlo dos veces. En el caso de que los Lores lo rechazaran por segunda vez, una tercera aprobación de los Comunes lo convertía automáticamente en ley.

En esa miscelánea política entraban los últimos estertores de John Redmond y su Partido Irlandés. El primer ministro Asquith, Lloyd George, Winston Churchill y el Partido Liberal no mostraban el menor interés por la autonomía de Irlanda. No obstante, necesitaban al Partido Irlandés en su coalición para mantenerse en el poder y por eso brindaban a la Ley de Autonomía una ambivalente sinceridad.

El tercer proyecto de Autonomía era una cosa anémica. Permitía a los irlandeses colocar señales en los caminos, establecer clínicas mentales, custodiar la pesca de los arroyos y recortar los setos, pero en todos los asuntos importantes, (la defensa, el cobro de impuestos, la lealtad a la Corona y la asignación de un sitio entre las naciones) Inglaterra seguía ocupándose de todo, a punto tal que cualquier legislación aprobada por un parlamento en Dublín debería ser refrendada por la Cámara de los Comunes.

Esta ley era el más magro de los gestos simbólicos, pero Redmond lo necesitaba desesperadamente. Su Partido Irlandés estaba en las últimas boqueadas y bien podía perder por amplio margen ante el Sinn Fein, en las próximas elecciones.

Pese a que el proyecto no representaba amenaza alguna para los unionistas de Ulster, la simple palabra «autonomía» bastó para abrir la caja de Pandora.

A principios de abril de 1912, los partidos Liberal e Irlandés aprobaron en la Cámara de los Comunes el tercer proyecto de Ley de Autonomía, con una ventaja de ciento diez votos.

El 14 de abril, la Cámara de los Lores lo rechazó por trescientos veintiséis votos contra sesenta y nueve.

Los liberales agendaron un segundo tratamiento de la ley para ese mismo año, pero al otro lado del mar, en la Ulster protestante, reinaba el frenesí. La provincia, que ya había firmado su Pacto de Alianza, con frecuencia con sangre, estalló en grandes manifestaciones de extremo a extremo. Cuando la protesta de los protestantes lamió las costas de Inglaterra, el Partido Conservador se arrojó sobre el tema, percibiendo que cualquier medida antiirlandesa les ayudaría a ganar popularidad.

Las protestas, bien financiadas desde Ulster, corrieron por Inglaterra, Gales y Escocia. Los conservadores avivaban el fuego con el objetivo de derribar al gobierno liberal.

Como obedeciendo a una señal, Rudyard Kipling redactó un nuevo y heroico poema, que pronto sería memorizado y recitado con fervor en todas las escuelas protestantes de las Islas Británicas.

Sabemos que la guerra late
en todo hogar pacífico.
Sabemos que el infierno arde
para aquellos que no están con Roma.

Con terror, amenazas y miedo,
en el mercado, en el hogar y en el campo
sabemos cuando todo está dicho.
Pereceremos si cedemos.

Créanme que no hacemos alardes.
Créanme que no tenemos miedo.
Estamos dispuestos a pagar el costo
de todo lo que para el hombre es valioso.
¿Cuál es la respuesta del norte?
Una sola Ley, una sola tierra, un solo Trono.
Si Inglaterra nos empuja hacia adelante,
no seremos los únicos en caer.

La Ulster orangista había declarado la guerra a todo lo que tuviera a su alcance: católicos irlandeses, liberales, muchos del propio bando y, por cierto, cualquiera que estuviese en desacuerdo con ellos.

Para Roger Hubble, el decimocuarto Conde de Foyle, fue el momento de la resurrección. Armado con un mandato ilimitado, revivió sus conexiones con Belfast. En lo referido al unionismo, Roger y sir Frederick seguían siendo aliados. Con otros cuatro poderosos unionistas de la provincia y algunos militares de alto rango apostados en Ulster, pergeñaron una serie de ataques, cada uno de los cuales aumentaba la apuesta contra el gobierno británico.

La Milicia de Ulster, hasta entonces no muy legal, salió abiertamente a buscar reclutas con una apelación pública de sir Frederick mismo. Apenas salidas las palabras de su boca, un portavoz de ciento setenta clubes unionistas y logias orangistas, con diecisiete mil miembros en edad de reclutamiento, solicitaron enrolar

a todos sus asociados en cuanto se abrieran las puertas de la Milicia.

Lord Roberts, el primer general de la India, presentó su renuncia, presumiblemente para asumir el comando de las nuevas fuerzas. Varios oficiales británicos retirados fueron apalabrados para que formaran algo muy parecido al ejército, con transporte, cuerpo médico, unidades de inteligencia, comunicaciones y todo lo que la milicia necesitara.

En la siguiente conferencia de prensa sir Frederick se vio bombardeado a preguntas. «¿No es esto un ejército privado, perteneciente a un partido político?». «¿Es leal a la Corona?». «¿Es legal?».

—La Milicia de Ulster —respondió sir Frederick, con todo descaro— puede ser legal o no; depende de quién sea el propietario del buey que vamos a carnear. Nuestro único compromiso es para con la permanente libertad de Ulster como parte del Reino Unido. ¿Eso es legal? Más aún: dispararemos contra cualquiera que pretenda privarnos de nuestra herencia británica.

—¿Eso significa que la Milicia disparará contra los soldados británicos? —se le preguntó.

—Ningún soldado británico dispararía contra un hermano de Ulster, señor. ¡Y el que le ordenara hacerlo sería un traidor!

En Inglaterra, los conservadores recogieron la palabra «traidor»… y los liberales se apresuraron a organizarse antes del próximo ataque, antes de que se los desechara por incapaces de gobernar la nación.

Con los liberales a la defensiva, la coalición conservadora-unionista presionó con audacia.

Lo asombroso era la educación con que sir Frederick podía trabajar con su odiado yerno en las cuestiones unionistas. Roger había ideado un escenario que, si tenía éxito, bien podía ser un golpe a la yugular de Asquith.

Era una conspiración de encantadora delicadeza.

Llewelyn Brodhead, ya ascendido a general, comandaba el campamento Bushy, en la plácida zona donde el río Shannon desembocaba en el lago Ree. Camp Bushy era la guarnición principal de Ulster. Brodhead, la Ulster imperial encarnada. Su aliento, su carne, todo su ser pertenecían al imperio.

El general y lord Roger eran viejos amigos, de esos que siempre se deben mutuamente un favor. El Castillo de Lettershambo, arsenal de la Milicia, cuya legalidad era cuestionable, surgió a la luz pública bajo la protección de Brodhead y con su colaboración en el contrabando de armas.

Roger se ocupó de que el general participara en unas cuantas «buenas apuestas» de la información confidencial.

Las principales tropas de Bushy eran los Midlanders del Rey, pero también contaban con los Rifleros de Coleraine. Cuando Roger exilió a Jeremy a los Rifleros,

Brodhead le aseguró que mantendría al muchacho controlado para que no se metiera en problemas, cosa que cumplió. Luego entró Christopher en los Rifleros; distinguido con una rápida promoción, llegó a ser uno de los íntimos auxiliares de Brodhead. Como Chris estaba teniendo problemas para embarazar a su esposa, se le concedían todas las licencias necesarias para que cumpliera con la vieja misión.

Ya incluidos en el plan tanto Brodhead como el capitán Christopher Hubble, lord Roger se puso en contacto con Weed para acordar una reunión secreta, acompañados por tres o cuatro amigos que pudieran aportar grandes cantidades de dinero.

Cuando Roger desplegó el proyecto, en el centro de la mesa se depositaron miles y miles de libras. El principal entre sus proveedores de armas alemanas había adquirido un embarque de armas pesadas para la Milicia y dos navios de novecientas toneladas. Eso se hizo con la colaboración y la ayuda del gobierno alemán, bien dispuesto a todo lo que pudiera desestabilizar a Irlanda o a bochornar al gobierno británico.

El barco estaba en un muelle de Hamburgo; en la dársena siguiente, la nave hermana sin carga alguna, para ser utilizada como señuelo. Se hizo circular el rumor de que ambas irían a México, donde el dictador derrocado Díaz planeaba un golpe de Estado.

Entra en escena el capitán Christopher Hubble, vestido de civil, pelo rubio, erguido, correcto, lustrado, bigotudo: modelo perfecto del hombre imperial. Christopher partió con una tripulación alemana y bajo bandera de Alemania, pero en vez de tomar la vía habitual, por el Mar del Norte, viró hacia el Canal de la Mancha y subió por el Mar de Irlanda, donde fue avistado y seguido por un destructor inglés.

En medio de la noche, la nave hermana, que los seguía, cambió puestos con el buque cargado de armas. El capitán del destructor británico, también implicado en la conspiración, siguió deliberadamente al barco vacío.

El barco de Christopher se deslizó por el Canal del Norte, que separa a Ulster de Escocia. Frente a las islas Rathlin, la tripulación alemana fue reemplazada por otra de la Milicia de Ulster. Entonces enarbolaron la enseña de la Milicia y, a plena luz del día, navegaron por el lago Foyle hasta Londonderry.

Los apresurados pedidos de informes enviados por el Almirantazgo y el Ministerio de Guerra a Camp Bushy quedaron sin respuesta; mientras tanto, el barco descargó las armas en el tren que esperaba, que las llevó al seguro escondite del Castillo de Lettershambo.

Christopher Hubble fue subrepticiamente devuelto a Camp Bushy, entre los guiños y las palmadas en la espalda de los oficiales enterados, que susurraron un coro de: «Buen trabajo».

Asquith ordenó una red de secreto absoluto en la zona y convocó al gabinete para una sesión de emergencia. El general Brodhead se preparó para recibir el golpe. Dos días después del desembarco recibió un mensaje personal del subjefe de operaciones, firmado por el Primer Ministro.

Se le ordenaba poner a los Midlanders del Rey y a todas las unidades relacionadas, incluidos los Rifleros de Coleraine, en alerta de veinticuatro horas. Todas las licencias quedaban canceladas y el personal, acuartelado.

PREPÁRESE PARA ENTRAR EN ULSTER CON EL OBJETIVO DE OCUPACIÓN MILITAR Y DESACTIVAR CRECIENTE ALZAMIENTO DE MILICIA DE ULSTER. ASEGURE LA COLABORACIÓN CON LA POLÍCIA REAL IRLANDESA DE TODOS LOS PUERTOS, ESTACIONES FERROVIARIAS Y ARSENALES, INCLUIDO CASTILLO DE LETTERSHAMBO, ASÍ COMO FÁBRICAS DE ARMAS, PUENTES, DEPÓSITOS DE MATERIALES Y OTRAS INSTALACIONES ENUMERADAS. PLANIFIQUE INMEDIATAMENTE TOQUES DE QUEDA NOCTURNOS EN TODAS LAS POBLACIONES.

TODAS LAS TROPAS DEBEN SER DESPLEGADAS EN POSICIONES DE COMBATE. EN CASO DE RESISTENCIA POR PARTE DE LA MILICIA DE ULSTER O CUALQUIERA DE SUS SUBUNIDADES, LAS TROPAS QUEDAN EN LIBERTAD DE RESPONDER CON LAS ARMAS ADECUADAS.

Se desarrollaba el acto final de la conspiración Weed-Hubble-Brodhead. El general Llewelyn Brodhead presentó la renuncia y llamó a su despacho al capitán Christopher Hubble. Chris, sintiéndose héroe, plantó su firma bajo la del general. En el curso de una hora, todos los oficiales de los Rifleros, exceptuando al subalterno Jeremy Hubble, habían presentado también sus respectivas renuncias.

Fue un alivio gigantesco. De ese modo, si el general y el capitán debían enfrentarse al pelotón de fusilamiento, cuanto menos tendrían compañía.

Hacia la mañana habían renunciado todos los oficiales de los Midlanders del Rey y otras brigadas de Camp Bushy. Jeremy se derrumbó, igual que al abandonar a Molly.

Por el momento se mantenía el secreto, pero lo que el gabinete estaba enfrentando era un motín hecho y derecho.

Capítulo 52

El escritorio de Caroline, en su oficina de Londres, no estaba cubierto de papeles y baratijas, pero tampoco inmaculado, sin más que una simple rosa. Estaba despejado para la acción, como la cubierta de un buque de guerra. Ella se concentró en un trío de gruesos informes, con los anteojos haciendo equilibrio en su nariz, a la manera de su padre.

Chalmers, su principal asesor financiero, y MacGregor, el ingeniero en jefe de su padre, tenían dudas sobre el golpe audaz que Caroline quería aplicar en el futuro.

Como muchas otras empresas, Astilleros y Acerías Weed estaba construyendo al tope de su capacidad y, para satisfacer nuevos pedidos, debía alquilar otras instalaciones o emparchar las arruinadas. Caroline se había decidido por construir un astillero nuevo en el norte de Belfast. La zona de Larne sería perfecta.

Su visión arraigaba en el hecho de que pronto habría una guerra. Cuando esa guerra terminara, la construcción de barcos y otros elementos de combate se detendría ruidosamente. Entonces, mientras los otros industriales de las Islas Británicas volvieran a sus trincheras, Caroline saldría disparada hacia el futuro.

Durante una guerra hay cosas que se vuelven obsoletas, que se destruyen, que se tornan escasas. Además, la guerra da origen a todo tipo de inventos que se pueden utilizar en tiempos de paz. Caroline tenía un equipo investigando cómo podía Astilleros hacer una veloz conversión posguerra. Las instalaciones de Larne servirían para efectuar un vuelco instantáneo a la producción civil. El autobús reemplazaría en gran parte a los trenes como medio de transporte para pasajeros. Habría miles de vagones ferroviarios que reemplazar. La lista de productos incluía desde los menores artículos hasta los más grandes.

Lo que más le gustaba eran las posibilidades futuras de la aviación. Su potencial de crecimiento, como medio de transporte civil, era desorbitante, al igual que la futura construcción de aeródromos. Si la planificación se mantenía bien apuntada, Astilleros y Acerías Weed llevaría una buena ventaja en todas las Islas Británicas.

Larne era la zona de su padre, sí, pero tenía los habituales puntos negativos de Ulster. Constituía un baluarte de los orangistas. Por el momento, todo el mundo tenía empleo. Si se instalaba allí un astillero, se produciría un influjo de católicos en busca de trabajo, causa de futuras fricciones.

Chalmers y MacGregor adujeron que, al volver de la guerra, los muchachos de Larne encontrarían la zona llena de católicos que ocupaban todos los empleos.

Lo que irritaba a Caroline era que la población leal a la Corona tuviera prioridad. Tenía que haber una manera de poner a los católicos en un pie de igualdad; de lo contrario los ciclos de miedo y los disturbios no acabarían jamás. Y ella estaba segura de estar en lo cierto con respecto al futuro de la aviación. Había otros sitios en vista,

pero casi todos fuera de Ulster, cosa que nadie quería.

—Quiero que se investigue el condado de Down, de punta a punta. La península de Newtonards puede tener todo lo que necesitamos, incluyendo la falta de industrias y una población existente de católicos desempleados. Necesito tener todos esos datos listos en un mes.

Chalmers y MacGregor intercambiaron una mirada que decía: «Oh, por Dios». Esa mujer era peor que el viejo. Mientras recogían los papeles entró el secretario de Caroline y se quedó esperando junto a la puerta, para cerrarla cuando los dos hombres hubieran salido.

—¿Qué pasa, Lawrence? —preguntó Caroline.

—Ha venido Winston Churchill. Lo llevé a la sala de conferencias.

—Hazlo pasar, Larry, y que no se me interrumpa por nada.

—Sí, milady.

Caroline insistió en ceder su afelpado sillón a Churchill y se sentó ante el extremo del escritorio. Winston era capaz de mantener la cara impávida como el mejor, pero había perdido el color de las mejillas y parecía exhausto, aunque rara vez delataba el cansancio.

—¿Se siente a gusto aquí, Winston? —preguntó ella.

—¿Estamos solos? Ella asintió. —¿Tiene una línea telefónica segura para llamar a Belfast y hablar con sir Frederick?

—Sí.

—¿Puede comunicarse con él de inmediato?

—Hablamos esta mañana. Dijo que pasaría toda la tarde en Rathweed Hall.

—¿Puede él tomar una decisión válida sobre asuntos de la Milicia de Ulster, que también comprometa a lord Hubble, lord Greystone, sir Martin Bickford y Henry Wallaby?

—Estoy casi segura de que sí, pero no puedo garantizarlo.

—Indique a su secretario que se comunique con sir Frederick para que espere nuestra llamada. Mientras tanto podría tratar de comunicarse con los otros, para asegurarse de poder establecer contacto con ellos.

—¿No debería participar Edward Carson en lo que usted está por echarme encima?

—No. Carson fue deliberadamente excluido de toda la operación a fin de protegerlo. No podemos vincularlo con esto.

—Buen Dios, ¿qué está pasando, Winston?

—Hay una diabólica conspiración en marcha. Un navio alemán de mil toneladas, cargado de armas pesadas, artillería, proyectiles, etcétera, ha ido directamente a Ulster. Nuestro destructor *Battersea* persiguió a un barco señuelo. Creemos que el comandante del *Battersea* está involucrado en el complot. El caso es que el barco cargado de armas entró en el lago Foyle, bajo bandera de la Milicia de Ulster, y desembarcó el armamento en Londonderry, en el muelle de su esposo, Caroline. Las

armas fueron transferidas a un tren de carga que esperaba y llevadas al Castillo de Lettershambo a plena luz del día.

Caroline puso los ojos en blanco y soltó un largo suspiro. Oh, ¿por qué amaba tanto a su papá?

—Esto parece cosa de Roger y Freddie, ya lo creo. Bickford, Wallaby y Greystone son otros tantos miembros del club. Sí, ellos pueden desembolsar una suma como ésa. Caramba, Winston, no habrían hecho algo tan desembozado si no estuvieran seguros de poder zafar. Tenía que ocurrir algo así, dado el modo en que han soliviantado al pueblo inglés en estos tres últimos meses.

Churchill tamborileó con elegantes dedos sobre el escritorio y bajó la vista.

—Aún no lo sabemos con exactitud, Caroline, pero es posible que el barco haya estado bajo el mando de su hijo, el capitán Christopher Hubble.

Al primer destello de terror siguió otra oleada y otra más. Ella se levantó de un brinco, murmurando a los indiferentes dioses. Ya apagado el trueno se fue armando un desafinado poema de confusión y miedo.

—¿Está arrestado? —logró preguntar.

—Bueno, el padre y el abuelo iban a encargarse de cubrirlo… si en verdad fue Christopher. El contrabando de armas era sólo una fase del plan.

Caroline comprendió que iba a pasar una hora muy difícil. Hizo lo necesario para recobrar sus facultades y le indicó por señas que continuara. Winston pidió permiso para encender un cigarro. Ella sonrió.

—El objeto de esta operación es tender una trampa a los liberales. Por insistencia mía, Asquith ha dado órdenes de que las fuerzas de Camp Bushy, principalmente los Midlanders y los Coleraine, estén preparadas para ocupar instalaciones vitales y declarar a Ulster bajo la ley marcial.

—Están jugando muy rudo —observó ella.

—Oh, sí. Obviamente, el general Brodhead estuvo en todo esto desde su concepción.

—Se explica. Roger y Freddie lo han hecho rico a fuerza de propinas, por no mencionar que es preneandertal en lo referido al Imperio.

—Para continuar —prosiguió Churchill—: Brodhead no sólo se negó a obedecer la orden, sino que presentó la renuncia y obtuvo la de los ciento cincuenta y tanto oficiales de Camp Bushy.

—Eso es un motín desembozado.

—Tenemos algo de tiempo para resolver las cosas. Bushy está aislado; hasta ahora nadie sabe de esas renuncias.

—Y ésa es mi gente, los hombres de mi vida. Cuando se trata del ulsterismo no son normales. Si usted y yo mantuviéramos esta conversación a fines de este siglo, ellos aún estarían marchando alrededor del mismo patio de desfiles, batiendo los mismos tambores y besando la misma bandera británica. Usted ha leído bien *El rey Lear*, Winston. Ulster está poseída. Allá han recorrido demasiado trecho como para

volver atrás. Tienen que continuar hasta la victoria o la destrucción. Aun si mis dos hijos están involucrados, hay que poner a todo el grupo bajo arresto y someterlos a corte marcial. Es lo único que pueden entender estos cabezas duras de mierda, Winston, y discúlpeme por el lenguaje.

Pasaron un rato en silencio. La indignación de Caroline iba en aumento. ¡Por Dios, eran capaces de derribar el Imperio para salvar a esa porquería de provincia!

—Nuestra reacción también fue encerrarlos en la cárcel, pero las cosas no son tan sencillas, Caroline. He dedicado toda mi carrera política a luchar contra esos obscenos gastos militares. Hasta ahora, el momento más difícil de mi vida fue convencerme de que habría guerra y aceptar el cargo del Almirantazgo, como usted bien sabe. Pero el Ministerio de Guerra y el Almirantazgo tienen buena memoria y odian al Partido Liberal, porque detuvimos la carrera armamentista y tratamos de imponer programas de justicia social, reemplazando su avaricia imperial.

Su voz se estremeció, bajando de tono.

—A decir verdad, milady, lo más probable es que casi todos los generales y almirantes estén aplaudiendo secretamente a Brodhead. Según nuestras fuentes más confiables, incluido el grupo Staines, entre un cuarto y un tercio de toda nuestra oficialidad presentará la renuncia como protesta si arrestamos a los de Bushy. ¿Qué le parece esa extorsión en vísperas de una guerra?

Caroline se echó a reír, obligada a ver la parte humorística.

—¿Qué mejor momento para extorsionarnos? ¿Qué opciones tenemos? —preguntó, incluyéndose en el bando de Churchill.

—Si hacemos la vista gorda y permitimos que la Milicia se convierta en un ejército privado, y si cedemos a este chantaje de nuestra oficialidad, ya no estaremos en condiciones de gobernar el país.

—Y eso es, exactamente, lo que buscan los conservadores —apuntó ella.

—Es aún más peligroso, Caroline. Si los militares comprueban que pueden intimidar a los Comunes y zafar de todo, incluidos el motín y la traición, después de la guerra nos encontraremos con un colonialismo nuevo y voraz, que pondrá en peligro nuestra democracia. Una vez que los generales se convenzan de que pueden dominarnos acabaremos pareciendo una república bananera latinoamericana.

—Temo que a los malditos conservadores les encantaría.

—Sigamos con las suposiciones —propuso él. Si en vísperas de una guerra detenemos a los amotinados y aceptamos esos cortes profundos en nuestra oficialidad, perderemos la confianza de nuestros aliados. Esas naciones que esperan al otro lado de la cerca, sobre todo los italianos, no dejarán de pasarse al bando de los alemanes. Cuando el alto mando alemán se entere de este motín organizarán una orgía de éxtasis digno del Valhalla.

Caroline inclinó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, tratando de absorber la enormidad de lo que estaba desarrollándose. El grupo de Freddie debía de estar bailando en las nubes para mostrarse tan audaz, tan demoníaco.

—¿Y qué hacemos, Winston?

—Acabo de reunirme con los conservadores. Ahora están analizando nuestra posición, es decir: que no nos dejaremos quitar el poder por esta triquiñuela ni entregaremos el país a una junta militar. Les dije que los liberales tenemos intención de permanecer en el gobierno y conducir a esta nación cuando vaya a la guerra.

Winston lanzó una risita que era casi un gruñido al recordar la reunión.

—Estuve con Bonar, Law y Balfour. Dejé bien en claro que este loco plan les estallaría en la cara. El Partido Liberal ha sido votado por una mayoría de buenos y sólidos ingleses. ¿Qué podrían hacer los conservadores? ¿Culpar a la mitad del país por la pérdida de la oficialidad? Y hasta me declaré dispuesto a dejar que el pueblo decidiera quiénes eran los villanos de la obra. Que, al final, cargarían con la culpa de debilitar al ejército.

—Eso es llevar las cosas al límite de lo peligroso.

—Sólo se puede hacer cuando uno tiene mucha confianza en sí mismo. Ellos prefirieron escuchar un plan razonable para salvar la imagen y acallar todo el asunto.

—Y ahora usted necesita la aceptación de Freddie y sus compañeros.

—Así es.

—Continúe, por favor.

—Aceptamos que las armas de Lettershambo pertenecen a la Milicia y que la Milicia debe tener alguna situación legal clara. Retiramos la orden de que los Midlanders y los Coleraine ocupen Ulster y no actuaremos con respecto a las renuncias.

Caroline tomaba nota, preguntándose si eso no era una capitulación total con otro nombre. No: era sólo Winston escupiendo las semillas del amargo fruto del acuerdo.

—Para continuar —dijo él—, retiramos la principal fuente de irritación para los unionistas: la Ley de Autonomía. Redmond y el Partido Irlandés han aceptado cajonear la legislación durante la crisis y, en caso de guerra, mantenerla así hasta que el conflicto termine.

—¿Y qué dirá John Redmond al pueblo irlandés?

—Bueno, le arrojaremos un hueso. Permitiremos que los irlandeses del sur formen un ejército local de estructura similar a la Milicia. Toda Ulster sabe que los irlandeses jamás podrán reunir la quinta parte del poderío que tiene la Milicia. No creo que su padre se oponga, Caroline.

—Pero ¿no es eso el fin de Redmond, renunciar a la autonomía por unos pocos guardias?

—¿Le parece que eso tiene importancia? Esos fanáticos del Sinn Fein están preparados para lanzarse a llenar cualquier vacío que deje el difunto Partido Irlandés. Lo que nos interesa es posponer todo el asunto de Irlanda, quitárnoslo de encima y poder conducir la guerra sin riña en nuestra cocina… usar soldados irlandeses… soldados de Ulster, para nuestros propios fines de combate. Después de la guerra nos ocuparemos de Irlanda. Eso es lo que Redmond puede ahora asegurarnos.

Caroline tomó el teléfono para llamar a Rathweed Hall, repasando con atención los puntos dictados por Churchill.

Weed los digirió con cautela. Lo único negativo parecía ser la formación de un ejército local, pero eso era una nimiedad. Los liberales los habían esquivado.

—No creo poder convencer a nadie con eso. A Churchill le toca mover, Caroline.

—Espera, papá.

Al escuchar el ultimátum de Freddie, Churchill sonrió. Sacó de su chaqueta una sola página y la puso en el escritorio, delante de Caroline. Al leérsela a su padre, ella comprendió que los liberales no se limitaban a mantenerse firmes, sino que obligaban a conservadores y unionistas a compartir la responsabilidad de las consecuencias. Los liberales estaban dispuestos a enfrentar la calamidad, pero el riesgo había sido llevado muy lejos y el Partido Conservador tendría que explicar al pueblo la pérdida de la oficialidad. ¿Tendrían estómago para tanto? ¿O lo de Churchill era una amenaza vacía?

El documento que Caroline leyó a su padre ordenaba que tres divisiones de tropas zarparan inmediatamente de Inglaterra rumbo a Irlanda para apoderarse de Camp Bushy, arrestar a todos los oficiales que hubieran renunciado y acusarlos de motín y traición.

Más aún: cualquier oficial británico que presentara la renuncia como gesto de solidaridad sería tratado como participante de un motín.

En tercer lugar, Ulster quedaría bajo ley marcial, con toque de queda durante las horas de oscuridad.

Caroline volvió a leerlo con lentitud.

—Está alardeando —dijo Weed.

—¿Debo interpretar eso como un rechazo, Freddie?

—Espera.

Silencio… diálogos apagados como ruido de fondo… maldiciones… silencio.

—¿Qué opinas tú, Caroline?

—¿No dice algo la mitología sobre esto? Soy sólo la mensajera.

—Te llamo después —respondió Weed.

Churchill meneó la cabeza en un decidido «no» y se levantó para salir, guardando la orden en el bolsillo.

—Esto no puede esperar —indicó Caroline, deprisa.

Silencio. Maldiciones apagadas.

—¡Esto es chantaje, carajo! —gritó Weed.

—Churchill ha salido de mi oficina, Freddie.

—¡Bueno, ve a buscar a ese hijo de puta antes de que llegue a la calle y dile que aceptamos!

—¡Lawrence! Detenga al señor Churchill y tráigalo de inmediato.

—Sí, milady. Está en el ascensor… ¡Señor Churchill! ¡Señor Churchill!

Cuando Winston reapareció, Caroline le mostró el pulgar en alto.

—¿Estás ahí, papá?

—¿Dónde diablos quieres que esté?

—Quiero que te calmes, que tomes tu remedio y llames al doctor Symmons. Voy a tomar el tren de la noche para estar en Belfast por la mañana.

—¿Para qué mierda…? ¡No quiero comunistas en mi casa!

—Por esas cosas de la vida, te amo, papá. Y ahora, ¿quieres calmarte?

Una pausa irritada.

—Será un gusto verte —dijo Weed. Hace dos semanas que no vienes y te extraño.

El motín de Camp Bushy se disolvió junto con todos los registros de las renuncias; los irlandeses tendrían ejército local; la Milicia contaba con un arsenal en Lettershambo, con el que se podía conquistar un continente; la Ley de Autonomía pasó a ser letra muerta, quizá para siempre. La serenidad reinaba en el país.

Al acercarse la guerra en el continente, los Balcanes estallaron en lo que parecía el preámbulo del gran espectáculo. Churchill consideró que era un buen momento para ir a Ulster y hacer las paces. Allá sufrían una sensación de aislamiento y Winston podría promover el tema de la unidad, tal como lo había hecho su padre casi treinta años antes.

Político astuto como era, Winston, Primer Lord del Almirantazgo, podía coronar un buen acto en Belfast con una gira de discursos por toda la provincia.

Caroline Hubble, que contaba entre los pocos liberales importantes de Ulster, era una de los patrocinadores de Churchill, aunque le advirtió que no debía hacer ese viaje. Una vez más le dijo que a fines de siglo los unionistas no habrían cambiado su posición en absoluto. Churchill, que veía muchas ventajas políticas a ganar con un llamado a la unidad, no aceptó ese buen consejo.

Mientras el ferry de Churchill cruzaba el Mar de Irlanda, Weed llamó al periodismo y declaró:

—Es lamentable que este hombre, Churchill, venga deliberadamente a esta ciudad leal para expresar las ideas de los John Redmond, apoyar la traición y profanar el mismo estrado en que Randolph, su amado padre, habló tan gloriosamente en aras de nuestra libertad.

Un periodista le preguntó si el Partido Liberal tenía o no derecho a la libertad de expresión en Belfast.

—La libertad de expresión —le espetó Freddie— no se extiende a los apóstatas. Winston Churchill ha renunciado a su magnífico derecho natural y a su herencia, huyendo del Partido Conservador para tratar con esos radicales dispuestos a destruir el Imperio. No nos dejemos engañar por su astucia. Es el orador más provocativo de Gran Bretaña y esta visita no es sino un ejercicio de arrogancia, en un momento y en un lugar en que las inmortales palabras de su reverenciado padre aún resuenan en nuestros oídos: «Ulster luchará y Ulster estará en lo cierto». En mi franca opinión —

concluyó Weed—, Winston Churchill no es inglés.

Al desembarcar en Larne, el Primer Lord del Almirantazgo se encontró con una recepción muy diferente de la que había sido brindada a lord Randolph. Se había reunido una gran muchedumbre, pero su humor era feo. Churchill fue abucheado a lo largo de todo el trayecto hasta el hotel Grand Central. Había efigies suyas colgadas de los postes y miles de pancartas con los peores insultos. Él observaba a esos hombres, que se inclinaban hasta el umbral de la violencia, sacudiendo los puños, escupiéndolo e insultándolo a gritos. Comenzaron a apedrearlo y, en una esquina, su vehículo fue sacudido con dos ruedas en el aire.

Esa recepción fue sólo el comienzo. Después de apresuradas consultas, la policía dijo no poder asegurar la seguridad de Churchill si hablaba en Ulster Hall, el lugar donde su padre había pronunciado el triunfal discurso.

A último momento se decidió utilizar para la ocasión Parnell Field, una cancha de rugby situada en un sector católico. La misión fue un fracaso total.

Churchill volvió a cruzar el Mar de Irlanda sin necesitar el consuelo de Caroline Hubble. Los otros habían jugado rudo; ellos también. El pueblo británico no quería a un manso gatito a la cabeza del Almirantazgo. No había rencores ni cuentas a saldar. Winston podía necesitar de ellos en un tiempo futuro, o a la inversa. Lo principal era que los liberales seguían en el poder, la situación irlandesa estaba controlada y él podía ahora concentrarse plenamente en la guerra inminente.

En agosto de 1914 se inició la gran guerra. La Marina Británica estaba preparada.

Pocos meses después, el arsenal que la Milicia de Ulster tenía en el Castillo de Lettershambo fue destruido por un pequeño grupo de ataque de la Hermandad Republicana Irlandesa. El significado de esa destrucción envió varios mensajes a la complaciente Ulster. Todos los planes bélicos de los protestantes, todos sus contrabandos de armas, todo su burlarse de las leyes habían desaparecido en una sola explosión.

Una oleada de miedo como nunca se había sentido corrió entre la población protestante. Las facciones orangistas, que siempre se habían sentido seguras y con el Ejército Británico a su disposición, se enfrentaban súbitamente con una nueva serie de hechos. Los irlandeses católicos, a los que tan poco se respetaba, habían adquirido secretamente una capacidad combativa que podía infligirles grandes daños. No habría más ataques gratuitos, no más arrojar monedas al Bogside sin represalias.

La Hermandad se había ganado el respeto del enemigo y, al mismo tiempo, el del pueblo irlandés. El más devastador de todos sus mensajes era que Irlanda no aceptaría mantener un perfil bajo durante la guerra. La destrucción de Lettershambo expresaba que la guerra de Gran Bretaña y la lucha de Irlanda por su libertad eran dos cosas muy distintas.

En adelante habría que tener en cuenta a los irlandeses. En su país, Inglaterra tendría que mirar siempre por sobre el hombro.

Capítulo 53

Christchurch, diciembre de 1914

Wally Ferguson detuvo el puño en el aire y tragó saliva con nerviosismo; luego llamó a la puerta de la jefa de enfermeras.

—Pase, por favor.

—Hola, Georgia —dijo Wally.

El hospital le era familiar. En lo de Wally solían hospedarse ovejeros, leñadores, ganaderos, marinos y mineros necesitados de reparación o con algo roto después de un altercado en el local. Georgia distinguió a alguien detrás de Wally, como solía suceder.

—Le presento al terrateniente Liam Larkin, enfermera Georgia.

—Sí, ya nos conocemos. Una vez trajo a su hijo con algunas costillas quebradas. ¿No quieren sentarse, señores?

Bailaron las miradas entre ellos. Los tres sabían, por oficio, evaluar rápidamente a las personas. Liam se quitó el sombrero, gesto que ejecutaba con amplitud desde que se lo reconocía como señor terrateniente. Afuera el día era soleado, como de costumbre. Adentro la atmósfera se tornó gris.

—Estoy buscando a mi chico, a Rory —dijo Liam, directamente.

—¿Ha venido a consultar o a confrontar? —preguntó Georgia.

—Liam recurrió a mí —intercedió Wally, con presteza. Nos conocemos desde siempre, como usted sabe. Rory es mi ahijado. Él pensó que usted era la persona con quien debía hablar y, sabiendo que somos amigos, me pidió que los presentara.

—¿Y qué le dijo usted Wally? —preguntó Georgia con serenidad.

—No sé dónde diablos está Rory ni adonde iba —mintió Wally, con la inocencia de un cordero de sus corrales. El muchacho estaba muy afectado por la muerte de su tío, Conor Larkin; dijo que necesitaba cien libras y que el terrateniente me las devolvería. Caramba, supuse que debía viajar de urgencia o algo así. Como dejó a Roble Kelley hecho un desastre…

—Sí, Roble vino aquí para que lo armáramos —dijo ella. Pero me sorprende que Rory no se franqueara con usted, Wally.

—Le explicaré, enfermera. Yo tengo amistad con los dos. Seguramente Rory no quiso ponerme en una situación incómoda con su papá. A mí también me gustaría saber dónde está. Wally parecía estar de pie sobre una puerta trampa. —En realidad, este asunto les incumbe a ustedes dos. Te espero afuera, Liam.

Liam ya había iniciado su análisis de Georgia Norman. Si había llegado a jefa de enfermeras antes de los treinta años no era porque se dejara amedrentar con facilidad. Tenía mucho más atractivo del que convenía a su cargo, lindas curvas y, sin duda, carácter para hacerse valer frente a un hombre. Aun sin saber qué esperar de ella, lo

sorprendió el buen gusto de Rory.

—¿Sabe dónde está él? —preguntó.

—No estoy segura, pero no sería difícil deducirlo —respondió ella.

—En la oficina de reclutamiento no me han dado mucha ayuda.

Georgia se encogió de hombros.

—No sé si usted está enterado, pero yo presté servicio en el ejército.

—Lo he oído decir, sí.

—Lo menciono porque él bien pudo presentarse con otro nombre. En tiempos de guerra, a los ejemplares como Rory no se los deja escapar tan fácilmente.

—Supongo que así fue. Rory sabe mentir como para engañar a cualquiera.

—Rory no es mentiroso —dijo ella, mirándolo a los ojos para hacerle saber que él estaba provocando su propia guerra. Yo también era menor de edad cuando me enviaron a zonas de combate, en la Guerra de los Bóers. ¿Qué importa eso ahora si él no volverá?

A Liam le gustó la reciedumbre de la mujer. El ejército la había hecho fuerte, como su propia Mildred. Era muy bonita y luciría bien junto a Rory. Tenía mucha más personalidad que esas tontas con las que él se había enredado. ¿Sería para Rory algo más que un revolcón ocasional entre las sábanas? «De qué sirve pensarlo», se dijo Liam. «Está casada, casada con un médico, y se acostó con cualquiera en cuanto él subió al barco para ir a la guerra».

Liam decidió no despedirse como enemigo. La mujer tenía carácter, en parte bueno, en parte malo, pero del tipo al que se le puede hablar con franqueza. Se levantó.

—Me alegra que hayamos podido conversar unos minutos, enfermera. Cuando tenga noticias del chico, ¿quiere mencionarle que vine a preguntar por él? A su madre y a sus hermanos les gustaría saber cómo está.

—Cómo no. ¿Hay algo más que desee mandarle decir?

—¿Qué, por ejemplo?

—Oh, no sé. Que la finca siempre estará aquí, si decide volver a Nueva Zelanda. No, eso es una cuestión familiar. Por otra parte, él no volverá. Los dos lo sabemos, ¿verdad?

Liam murmuró algo.

—Cuando tenga su dirección, ¿qué le parece si se la doy a usted, para que pueda escribirle y preguntarle si desea volver?

—Está bien, deje de azuzarme.

—¿En qué sentido?

—¿De qué puedo hablarle en una carta? ¿De lo mucho que hizo sufrir a su mamá? ¿De las borracheras y los escándalos? ¿De que se acostaba con cualquiera, como un toro en celo?

—Con la mitad de las casadas de Christchurch —apuntó ella.

—Lo dice usted, no yo, señora Norman.

—Después de las que usted le hizo pasar por el embarazo de June MacPherson, el chico se dijo que con mujeres casadas corría menos peligro. Pero Rory no tiene la culpa de que todas las arrastradas anduviéramos tras él.

Liam se plantó el sombrero, como sólo puede hacerlo un terrateniente cuando se le arruina un negocio, y marchó hacia la puerta.

—Yo le diré de qué puede hablarle en una carta —agregó Georgia, con el enojo burbujeándole en la mirada. Puede decirle que lamenta mucho el dolor y la angustia que le causó toda la vida, al despreciarlo por ser su hijo bastardo.

—¿Cómo se enteró él de eso?

—No fue por sus padres, por cierto, como debería haber sido.

—¡Usted me está enojando deliberadamente para disimular su propia indecencia, señora Norman!

—El doctor Norman y yo terminamos mucho antes de que comenzara la guerra. Hace más de un año que solicité el divorcio. Decidí mantenerlo en secreto para no perjudicarlo en su profesión, pero a condición de que diéramos el matrimonio por terminado. Ya estaba divorciada cuando Rory llegó a mi vida.

—¿Y él lo sabe?

—No, no lo sabe nadie, ni siquiera Wally. Sólo usted y yo. Rory tiene una mala opinión de las mujeres, por el daño que le hizo su mamá al guardar silencio. Le gustaba acostarse con ellas porque de ese modo ajustaba cuentas con sus padres.

—¡Me está mintiendo! ¿Por qué no le dijo que estaba divorciada?

—Porque lo amo. Temí que me abandonara al saberme libre.

Liam meneó la cabeza. Caramba, esa mujer era una maravilla. ¡Qué impuros habían sido sus pensamientos de tantos meses! Sí, la mujer valía por dos, sin duda. Habría sido el orgullo de cualquier hombre, ¿no?

—¿Rory la ama? —preguntó al fin.

—¿Qué importa eso? Lo que pasó, pasó. Por mí está bien. No voy a darle más importancia de la que tuvo. El camino de retorno será largo para él, si acaso vuelve. Por entonces yo seré sólo una foto borrosa, oscurecida y arrugada.

Liam volvió a la silla y se dejó caer allí.

—¿Puedo tutearla, Georgia?

—Sí, señor.

—Liam.

—Lo de «señor» le sienta —dijo ella, casi cordial.

—¿Desde cuándo sabe Rory de los problemas que tuvimos con Mildred cuando él nació?

—Desde que era niño. Desde que lo provocaron en el patio de la escuela. Eso lo hizo rebelde al crecer, ¿sabe?

Liam estaba confundido y avergonzado. Se sentía sucio.

—Oh, Dios —sollozó.

—¿Quiere que le hable de mi familia? —propuso ella, irónica.

—¿Por qué todos cometemos los mismos errores que nuestros padres cometieron con nosotros? ¡Por qué mierda no aprendemos nada!

—Creo que eso se llama vida.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —exclamó él.

—No soy católica —fue la rápida respuesta.

—¿No hay nada que yo pueda hacer? —rogó él.

—Al separarnos del resto de sus criaturas, Dios imaginó que, si teníamos la capacidad de razonar, justificar y tomar decisiones, cometeríamos muchísimos errores. Errores grandes, grandísimos. Dios comprendió eso y nos dio el poder humano supremo: el poder de la redención.

Liam apoyó la cabeza en las manos, la bajó al escritorio y dejó fluir su angustia hasta ablandarse.

—Es horrible descubrir una terrible equivocación que debe ser corregida. Tal vez hacerlo le lleve el resto de su vida, así que no trate de rectificarla de la noche a la mañana.

—¿Qué puedo hacer, qué puedo hacer?

—Mantener bien verdes las pasturas de la Finca Ballyutogue y hacer que él sepa cuánto lo extraña la tierra. Con el tiempo no será muy difícil decirle también que lo ama.

Los interrumpió una urgencia en una de las salas.

—Tengo que irme, terrateniente. Sentí mucho lo de su hermano Conor.

Capítulo 54

Campamento Hobson, Isla Norte,
Nueva Zelanda. Enero de 1915

Johnny Tarbox era un hábil apostador de feria, que inflaba hasta donde podía su reputación de audaz. A veces trabajaba como arriero de rebaños numerosos. Si una finca debía trasladar varios millares de ovejas, con frecuencia se contrataba a Tarbox para que dirigiera al equipo.

También aparecía en las ferias agrícolas y pastorales, donde solía ser el hombre a derrotar en las carreras de caballos. Por varios años se lo consideró Esquilador Relámpago, uno de los pocos capaces de esquilar cien ovejas en un plazo de ocho horas.

A veces boxeaba un poco, demostrando su habilidad para el esquive. En realidad, Johnny Tarbox había trabajado en los arreos de la Finca Ballyutogue y participado en sus ferias. Eso fue hasta que Rory, el chico del terrateniente Larkin, lo derrotó en la carrera principal a lomos de RumRunner, cuando sólo tenía trece años. A los dieciséis venció a Tarbox en un certamen de esquila, resultado que él impugnó porque el chico utilizaba una tijera nueva, inventada por su tío.

Cuando Rory tenía ya dieciocho años, Johnny cometió el error definitivo de subir al ring con él; no pasó de la primera mitad del primer round.

Por lo demás eran amigos.

A juzgar por lo que Johnny Tarbox decía (y nunca se dejaba atrapar en un error) había hecho montones de cosas: de jovencito cumplió cuatro años de servicio en la Marina Real, contrabandeó ron y otros artículos en los mares de la China, se dedicó a buscar oro y emprendió otras empresas que le surgían a la memoria en los momentos adecuados. Por sobre todas las cosas, Johnny Tarbox se presentaba como una suerte de amante consumado y toda una autoridad en cuestiones de carne femenina. El casamiento era algo de lo cual huir como de la plaga.

Esto se acentuó cuando Johnny Tarbox encontró el sitio perfecto para su vida. Nueva Zelanda estaba lejos de todo. Ni siquiera se pasaba cerca de ella para ir de un lado a otro: para llegar allí había que desviarse. No obstante, cinco, diez veces por año desembarcaba en Wellington o en Auckland algún personaje de la realeza o del gobierno, y allí los recibía la Guardia Montada de Honor de Nueva Zelanda, encabezada por el sargento Johnny Tarbox en persona. Aunque el puesto era ceremonial, Johnny lo aprovechaba a fondo con las damas.

Cuando estalló la guerra Johnny resultó ser toda una propaganda de reclutamiento: figura deslumbrante con su uniforme, erguido en la montura, con su glorioso bigote de escobillón y un chisporroteo alegre en los ojos. Por eso, cuando su pequeño país ingresó como diminuto participante en una guerra muy grande, de

significado difuso y con campos de batalla situados más allá del horizonte y del ecuador, Tarbox fue el encargado de tentar a los jóvenes deseosos de viajes y aventuras.

Pasó de sargento honorario a sargento de verdad y recibió la misión de recorrer el país, probando a los hombres que deseaban ingresar en las unidades de caballería y asignándoles un grado. La guerra de Francia no tardó en asentarse en líneas estáticas; por ende, cuando Johnny Tarbox llegó al campamento Hobson, en las afueras de Auckland, la caballería había sido desplazada en favor de los infantes y los artilleros.

En el norte se estaba organizando un último batallón montado: el Séptimo de Caballería Ligera. Había cinco candidatos a examinar por cada puesto. Una vez formada la brigada, Johnny Tarbox sería el sargento mayor.

Rory no se preocupaba mucho, pues estaba seguro de conseguir un puesto, pero en el viaje desde Auckland a Camp Hobson había recogido a ese chico y no podía quitárselo de encima.

La cosa fue así: en Auckland había abordado un tren cargado de reclutas que se dirigían a Camp Hobson y se instaló junto a una ventanilla.

—¿Este asiento está ocupado? —preguntó alguien.

—No, está libre —dijo Rory al chico, que se instaló junto a él. Parecía un escolar asustado, más tamborcillo de Kyber Pass que jinete capaz de decapitar.

—Chester Goodwood —se presentó.

—Rory Landers —respondió él, apoyando la cabeza contra la ventanilla para indicar que prefería dormir a conversar.

—Quiero ingresar en la Caballería Ligera —continuó el chico.

—Sí, buena suerte.

El sargento de reclutamiento seguía ladrando a medida que el tren se llenaba. Un corpulento matón miró a su alrededor y, al no encontrar asientos vacíos en el coche, informó a Chester Goodwood:

—Ese asiento es mío.

—No creo —replicó Chester, con una soltura que indujo a Rory a entreabrir un ojo para echar una mirada.

—¡Fuera! —ordenó el matón, asiendo a Chester por las solapas para levantarlo en vilo.

Chester reaccionó pisando con fuerza el pie del matón, que lo soltó con furia.

—¡Te voy a hacer chuleta de cordero, mocoso hijo de puta!

Alargó las manos hacia Chester, pero Rory disparó las suyas y le sujetó las muñecas.

—No, no —dijo. Éste es mi primo Chester Goodwood, hijo de mi tía preferida, y prometí a su mamá que nos sentaríamos juntos.

—Boludeces —respondió el matón, liberando sus muñecas con los puños

cerrados. Ustedes tienen el asiento que yo quiero.

—Oye, en esta guerra estamos todos juntos, ¿no? —adujo Rory. Si me levanto, cuando lleguemos a Camp Hobson habrá un kiwi menos. ¿Me explico bien? Piénsalo mejor. ¿Quieres que me levante?

El compinche del matón salvó la situación.

—Ven, Jed, que en el coche siguiente hay asientos.

Una vez evitada la pelea, el tren se escurrió pronto fuera de la estación, iniciando el viaje de tres horas hasta Camp Hobson. Rory intentó reanudar la siesta, pero Chester dijo:

—Gracias, muchísimas gracias.

Rory se descubrió deseando volver a la angustia de pensar en Georgia. En el trajín del enrolamiento, yendo de un lado a otro para los exámenes médicos, los uniformes, las vacunas y los cuestionarios, ansiaba estar solo unos momentos para pensar en ella y revivir otro momento de ese viaje en el *Taranaki*, que se había convertido en el recuerdo más potente de toda su vida.

Chester Goodwood no dejaba de hablar. Rory estaba por decirle que se callara, pero el chico parecía muy desorientado y especialmente agradecido por la intervención de su compañero… de modo que Rory lo dejó hablar.

Chester Goodwood también era menor de edad, pero mucho más: tenía dieciséis años. A medida que desarrollaba su historia, Rory empezó a interesarse y acabó escuchándolo con mucha atención.

Provenía de una familia aristocrática. Su padre era un empresario y banquero de Hong Kong. Todo el mundo conocía a *sir* Stanford Goodwood. En China tenía vinculaciones que lo convertían en una potencia. Por desgracia, también tenía cuatro hijos varones, de los que Chester era el menor. Siguiendo la tradición, Chester se crió en escuelas inglesas para pupilos; veía a su padre un mes al año, poco más o menos.

Aunque no lo dijera expresamente, Rory entendió por experiencia propia que era un hijo no deseado y que su familia se lo hacía saber de la manera más caballeresca. Por lo tanto, Chester se las compuso para hacerse expulsar de una escuela tras otra, manera segura de llamar la atención de su padre. *Sir* Stanford hizo que el chico volviera a Hong Kong un año antes de lo debido, pues su madre estaba moribunda. Fue entonces cuando Chester descubrió que su madre había sido una molestia, igual que él. Todo el interés paterno se centraba en los diversos nidos que tenía con sus mancebas chinas. De ahí todos sus viajes al interior del país.

A la muerte de su madre, Chester se vio frente a la necesidad de volver a Inglaterra. Cuando se declaró la guerra huyó hacia la libertad: se empleó en un carguero con destino a Nueva Zelanda, donde el capitán y la tripulación, por simpatía, lo desembarcaron discretamente.

En el Banco de su padre Chester se había hecho amigo de algunos empleados, uno de los cuales le falsificó los documentos necesarios para que se enrolara, aunque asignarle veintiún años de edad parecía excesivo.

—¿Sabes montar? —preguntó Rory.

—En Harrow practicaba salto. También jugué un poco al polo, en un club de Hong Kong.

«Impresionante», pensó Rory. El chico tenía agallas y una actitud agradable. Por cierto, si había en el mundo alguien más solitario que él mismo, ese alguien debía de ser Chester.

Cuando entraron en Camp Hobson, Rory vio por la ventanilla toda una brigada de sargentos autoritarios que ladraban al mismo tiempo. Pensó entonces que Chester no podría arreglárselas. La expresión confusa del muchachito se lo confirmó.

—Oye, tú sígueme —le propuso.

—Sí, gracias.

—Pero no me fastidies. Ya sabes a qué me refiero. No me fastidies, Chester.

Chester lo fastidiaba, sí. Empero, Rory era el único recluta de Camp Hobson que tenía quién le lustrara las botas, le guardara un sitio en la cola del rancho y respondiera por él cuando se pasaba lista, permitiéndole dormir una hora más.

En el curso de una semana, mientras el ejército trataba de desatar todos los nudos burocráticos en que él mismo se había enredado, Rory empezó a descubrir nuevas virtudes en Chester Goodwood. Esa relación le aportaba mucho más que la satisfacción de hacerse servir por el hijo de un aristócrata, siendo hijo de ovejero: Chester tenía sus habilidades.

Aunque decía haber sido expulsado de tres escuelas, parecía haber adquirido ciertos conocimientos en cada una de ellas. El chico era un verdadero mago con las cifras y los cálculos, probablemente por herencia de su papá, el banquero. Por el lado práctico, nadie podía ganarle en ningún juego de azar o destreza. Era holgadamente el mejor en ajedrez, damas, dominó, naipes y cualquier otro de los pasatiempos con que los hombres aburridos se distraen en las barracas.

Después de analizar a los otros muchachos de la unidad, Rory decidió que Chester no estaba nada mal como compañero; como suele suceder en tiempos de guerra, así nació una extraña amistad.

Rory tenía el estómago delicado y la cabeza, no mucho mejor. La cantina de Camp Hobson vendía un ron espantoso con cerveza sin estacionar, potente combinación capaz de quitar el barniz a la cubierta de un buque. Chester Goodwood entró corriendo en la carpa, lleno de júbilo.

—¡Rory! ¡Acaban de poner los carteles! ¡Nuestro grupo va a prueba dentro de una hora!

—¡Por Dios, por Dios! Qué sentido del humor tiene este maldito ejército. Nos tienen una semana sin hacer nada y eligen este momento para las pruebas. Rory se levantó lentamente del catre. —Me muero, Chester.

—Ojalá pudiera montar por ti —exclamó su amigo.

Rory lo aferró con brusquedad.

—¡Quizá puedas! No, no serviría. Oh, Dios… —Volvió a sentarse. Luego hizo

ademán de acostarse otra vez.

—¡Levántate! —exigió Chester. ¡Esto es lo que estábamos esperando!

Rory le dio la espalda. Entonces Chester tumbó el catre, obligándolo a levantarse penosamente, buscando a alguien en quien descargar los puños.

—Ahora que estás de pie —aconsejó el chico—, empieza a caminar y aspira hondo.

Al salir de la carpa, la luz del Sol fue como una erupción volcánica en la cara.

—¡Dios mío, es horrible!

—¿Qué cosa es horrible?

—La vida.

—Después de descargar no la verás tan fea. Ahora vamos a las letrinas. Te pones de rodillas junto al agujero, te hundes los dedos en la garganta y vomitas.

—¡Sal de mi existencia, Chester! Y quítame las manos de encima, qué joder. Puedo caminar solo.

—Despacio, compinche, despacio.

Rory habría querido dejarse caer al suelo, donde Georgia lo esperaba con su dulce y cálido seno… pero el otro lo mantuvo erguido y en marcha hacia la letrina.

Cuando entró en la zona de reunión del establo tenía un plan en la mente aturdida. Había cien candidatos en fila, mordiéndose las uñas. ¡Bien! ¡Excelente! Empujó a Chester hacia el frente de la cola, para que fuera de los primeros en montar. Después podría informar a Rory la disposición del terreno y, posiblemente, cuál era el mejor caballo, si acaso se podía elegir. La fila se movía con bastante lentitud. Excelente. Eso le daría Una hora más para recuperarse.

Rory se sentó en un banco, con la espalda contra la pared, y se fue deslizando. Creía haber cerrado apenas los ojos cuando…

—¡Usted! —tronó una voz, por sobre su cabeza.

Levantó la cabeza del pecho. Era como una roca azotada por el mar embravecido.

—¡Usted! —repitió la fea voz de bronce. ¿Usted es Rory Landers?

—Sí —gimió.

—¿Dónde carajo estaba? Levántese, hombre. Es el último en montar. Creo que es perder el tiempo, pero las reglas dicen que puede hacerlo. Levántese, payaso, que he tenido mucho trabajo y estoy de malhumor.

—Oiga, sargento —gimió Rory—, ¿por qué no me da una mano?

El sargento lanzó un bramido y levantó a Rory de un tirón. Quedaron frente a frente, mirándose a los ojos.

—¡Johnny Tarbox!

—¡Ah, por Dios, Rory Larkin!

—Silencio —pidió el muchacho, llevándose un dedo a los labios. No me llamo Larkin.

Tarbox miró el anotador.

—¿Qué mierda es esto de Landers? ¿Qué, te has escapado de tu casa?

—Cumplo los veintiuno por Navidad —aclaró Rory. Es por ese maldito asunto de la industria agrícola esencial. Mi viejo puede retenerme.

—No sé —dijo Tarbox, con una mueca astuta. Me venciste en demasiadas ferias. Mira la cicatriz que me dejó nuestra pelea. La mueca se convirtió en una sonrisa y Tarbox le abrió los brazos. —Oh, Cristo, estuviste bebiendo esa porquería que sirven en la cantina. Pero no te preocupes. Aquí la mitad de los chicos son menores.

—Oye, me enteré de que estabas haciendo una especie de reclutamiento —comentó Rory. Bueno, adelante. Dame un caballo viejo, ¿quieres?

—No hace falta que montes. Te anoto directamente en la compañía, junto conmigo. ¿Y quieres saber la mejor parte? Soy sargento mayor del Séptimo Batallón.

—¡No!

—Claro que sí. Las damiselas pueden ir cuidando sus bombachas. Oye, Rory, ¿te sientes bien?

—Sí, claro.

—No tienes cara de sentirte bien.

—No me siento bien. Nunca he sentido estas cosas. No entiendo qué son. No sé cómo manejarlas. Yo… eh… me encariñé un poco más de lo que pensaba.

—No te has fugado, ¿verdad? ¿No le habrás llenado la bodega?

—No, es sólo…

—¿Amor?

—Tal vez.

—Bien. Déjalo en «tal vez». Escucha, nos pasa a todos. Las chicas te pueden afectar mucho, pero no dejes que te echen el lazo. De cualquier modo, adonde vamos tendrás culos de sobra para calmar tu dolor. Culos franceses.

Johnny llamó a un brigada para decirle que las pruebas habían terminado por el momento y que podía ocuparse de los caballos.

—Johnny —dijo Rory, siguiendo un impulso—, necesito un gran favor. Tú sabes cómo se invierte la tortilla. En algún momento podré pagártelo.

—¿Que necesitas?

—Ya que estás ayudando en las pruebas, hay un chico que me gustaría ver asignado a nuestra compañía.

—Ah, conque nuestra compañía, ¿eh? No soy coronel. La decisión definitiva corre por cuenta de los oficiales.

—Pero tú puedes aumentar un poco el puntaje y decir una palabrita al coronel, si quieres a alguien en especial, como en mi caso.

Tarbox masticó su incomodidad.

—¿Quién?

—Un chico estupendo.

—¿Quién?

—Hice amistad con un tal Chester Goodwood.

Johnny hojeó las páginas del anotador y lo miró bizqueando.

—¿El chiquito?

—Es un poco bajo, sí.

—Según mis anotaciones, debería pasear en poni a los nenes ciegos en las ferias.

—No puede haber estado tan mal. Oye, es jugador de polo… y practicaba salto en Harrow.

Tarbox se encogió de hombros.

—Es buen jinete, de veras —insistió Rory.

—Monta bien, sí, pero… Caramba, te apuesto cinco contra cincuenta a que ése sí es un menor fugado del hogar.

—Acéptalo, que es de hierro —aseguró Rory.

—Ya sé que ustedes, los ovejeros, tienen costumbres extrañas. Pero el ejército no acepta esas porquerías.

—No embromes, Tarbox. El chico necesita una mano. Yo también necesitaba una mano… y tú, cuando el terrateniente te contrató para el primer rodeo grande. Todos necesitamos una mano. Este muchacho es un mago con los libros y los números.

—¡Libros! ¡Números! ¿Qué diablos tiene que ver eso con la Caballería Ligera?

—¿Me estás cargando, Johnny Tarbox? Cuando se repartieron los cerebros tú no estabas en el cráter de un volcán. ¿No me dijiste que serías el sargento mayor del batallón? Es el trabajo que hace mi madre en el rancho y en eso se le va la mitad de la vida. ¡Piensa un poco! Planillas de asistencia, planillas de pago, informes de licencias por enfermedad, informes de disciplina… Y los caballos, ¿sabes cuántas cuentas y anotaciones requiere un solo caballo? Y tú tendrás quinientos. Mira, no es joda: Chester Goodwood te hará mucha falta.

Johnny quedó confundido por esa súbita catarata. Caramba, él detestaba los registros. Para él eran una prolongación del matrimonio.

—En cuanto subamos a bordo asignaré a Chester a mi grupo. Pero si esa mierdita seca mete la pata, lo arrojaré de culo a los tiburones. Y a ti no te alcanzará la vida para palear todo el estiércol que te tengo reservado.

—Eres un buen hombre, John Tarbox —aseguró Rory, jubiloso.

—¡Sólo por esta vez, Larkin!

—Me llamo Landers, por lo que más quieras. Rory Landers.

Capítulo 55

Con el inicio de las hostilidades en Europa, el general Llewelyn Brodhead entrenó para el combate a los Midlanders y los Coleraine del campamento Bushy.

El ejército de fusileros y húsares de antiguas brigadas salía a torrentes de Inglaterra, cruzando el canal. Por el momento se había detenido el avance de los alemanes por Bélgica y Francia. Brodhead se mantenía listo, esperando la orden de partir. Fue entonces cuando destruyeron el Castillo de Lettershambo y sus tropas quedaron inmovilizadas en Irlanda, por si estallaba una insurrección.

Cuando llegaron las órdenes no fueron las que él preveía. Después de pasar algunas noches difíciles, masticando los pros y los contras, Brodhead llegó a la conclusión de que no se trataba de una venganza de los liberales, sino de una decisión justa y equitativa. Tras ordenar las cosas, se encontró en una situación realmente interesante.

El capitán Christopher Hubble, el más conocido de los oficiales jóvenes de Bushy, era hombre del general. Fue el primero al que hizo llamar.

Chris encontró al general en su habitual postura militar: paseándose entre el escritorio y la ventana y arrancando a su pipa más humo que una chimenea. Por un momento se detuvo a mirar las limpias barracas y los terrenos próximos al río; luego giró en redondo y clavó una dura mirada en el joven.

—Han llegado las órdenes.

—Es un alivio. Nos estábamos poniendo algo nerviosos.

—No son las que usted cree, Chris. Ahí van. Tanto los Rifleros de Coleraine como los Midlanders serán reducidos a una quinta parte de su número. Cada uno de los otros cuatro quintos (oficiales, suboficiales y reclutas) pasará a constituir el núcleo de una nueva brigada, cuatro en total. Es decir: el Ministerio de Guerra nos convierte en víctimas de nuestro propio éxito.

—Se diría, señor, que alguien nos castiga por el incidente de las renuncias.

—Eso es lo que yo pensé al principio. Nuestras unidades tienen a la mejor gente del ejército, Chris, de arriba abajo. Los civiles se están enrolando por cientos de millares. Se han tenido que formar decenas de brigadas nuevas, a partir de la nada. Esas nuevas fuerzas necesitan los hombres experimentados que nosotros podemos proporcionar.

—Sí, tiene sentido.

—Los Rifleros de Coleraine volverán a recuperar su fuerza originaria. Teniendo en cuenta que es el regimiento de su familia, Chris, me gustaría proponerle algo. Yo salgo sobrando aquí y se me ha asignado un cargo nuevo. Junto con usted he pasado por una experiencia tremenda y, personalmente, lo considero uno de los mejores oficiales jóvenes de todo el país. Como sé lo importante que es para usted permanecer

con los Coleraine, comprendo el sacrificio que voy a pedirle. Tenga en cuenta que no es una orden, sino un pedido.

—Le agradezco esa consideración en tiempos como éstos —dijo Chris.

—Hice algo que escapa un poco al reglamento: mantuve una conversación con su padre. Somos muy amigos, como usted sabe. Él se mostró algo consternado, por supuesto, pero me ha dado su bendición. Voy a asumir un comando muy interesante y quiero que usted me acompañe.

—En realidad, me gusta la idea de combatir en esta guerra con usted, señor.

—¡Buen hombre! Bien: dando por sentado que usted me acompañaría, he pedido para usted credenciales de máximo secreto para toda información que yo considere necesario hacerle conocer. Tendrá acceso a material absolutamente reservado.

—Es un gran halago, general Brodhead.

El superior se apoyó en el escritorio; los nudillos se le pusieron blancos.

—En este momento hay una gran convergencia de voluntarios provenientes de Australia y Nueva Zelanda. Como ninguno de esos países tiene un gran ejército estable en tiempos de paz, también van a descomponer las unidades experimentadas para formar el esqueleto de otras nuevas. Están en la misma situación que nosotros.

—Lo escucho.

—Hablo de cuarenta o cincuenta mil hombres. Cuando les enviemos barcos y escoltas, ese convoy irá a un sitio próximo a la India, donde se unirá a unas cuantas brigadas indias de vieja data. Luego cruzará el Mar Rojo y el Canal de Suez para cumplir el entrenamiento en Egipto. Los australianos y los neozelandeses tienen sólo un tercio de los oficiales necesarios. Supongo que algunos ascenderán de entre sus mismas filas. Nosotros debemos suministrar el resto. Se me ha ascendido bruscamente, Chris. Debo asumir el mando de la Fuerza Expedicionaria australiano-neozelandesa, con el cargo de general de división.

—Felicitaciones, general… Bueno, debo acostumbrarme a decirle «general de división Brodhead».

—Suena bastante bien —concordó Brodhead. Mi primera misión consiste en armar un cuadro de doscientos oficiales, escogiéndolos de entre un millar de hombres. Se me ha dado la primera oportunidad y creo que tengo conmigo a los mejores oficiales sin asignación de todo el ejército. Pronto partiremos hacia Egipto. Espero poder llegar antes que el primer contingente de australianos.

El general de división Brodhead tomó asiento y sopesó las palabras siguientes con toda la responsabilidad de su nuevo rango.

—Si bien admiramos y honramos la capacidad combativa de nuestros colonos, la ley no escrita ordena que los comandantes y los principales oficiales sean ingleses.

—Es comprensible que Londres deba controlar la guerra —dijo Chris.

—Sí, hasta el plano de los batallones, cuando sea posible. Creo que se me eligió, entre otros motivos, porque durante ese desagradable asunto de los bóers comandé un batallón de australianos. Considero que los muchachos de Nueva Zelanda son

ingleses, por ser hijos de ingleses. Los australianos, en cambio, son gente loca; sus filas están llenas de irlandeses católicos y su comportamiento es el que cabe esperar entre los bisnietos de una colonia penal. Pero debidamente disciplinados y adiestrados, son grandes combatientes.

—Según entiendo, debemos establecer desde un principio quién manda ahí.

—Sí, y no tenemos tiempo para entrenarlos como es debido. Tendremos que empujarlos al vacío para que lo crucen. Y ahora viene la parte interesante de nuestra pequeña discusión, Chris.

—Hasta ahora me ha parecido muy interesante, general.

—Tengo para usted una misión que considero absolutamente esencial para el éxito de la campaña inminente. Ahora no puedo darle detalles, pero se me ha autorizado a revelarle sus órdenes cuando estemos a bordo, en viaje hacia Egipto.

—Si le digo que ganar o perder depende de cómo cumpla usted su misión, lo digo en serio —prosiguió Brodhead. También puedo asegurarle que detestará el cargo y probablemente me odiará a mí.

Chris comprendió que estaba acorralado. Su padre, el general, la urgencia y la importancia… y en realidad no había salida.

—Bien, señor —dijo, con una especie de sonrisa—, parece que usted y yo estamos destinados a soportarnos mutuamente. Estoy a sus órdenes.

Brodhead desató una sonrisa algo perversa y, abriendo un cajón, dejó caer un par de insignias en el escritorio. —Las usaba yo, cuando era mayor. Ahora son suyas.

Chris tomó las insignias con cierta ambivalencia. Qué carrera para tan poca edad. Por otra parte, el general debía de traerse algo realmente espantoso en la manga.

—Estamos en guerra, Chris. Hágame este trabajo sin preguntas, que yo haré todo lo posible para que lo asciendan directamente a coronel. Eso significaría el mando de un regimiento propio y, si la guerra se prolonga por uno o dos años, de toda una brigada.

¡Embriagadora idea!

—¿Jeremy está en la lista? —preguntó Chris.

—Sí. Últimamente se ha estado desempeñando bien. Lo asciendo a teniente, pero por motivos que los dos conocemos, queda bajo su responsabilidad, Chris. Si falla no haré nada por defenderlo. Lord Roger también lo sabe.

—Lo cierto es que ya no bebe tanto. Quizás Egipto le haga bien.

Después de despedir al mayor Hubble, el general dejó escapar un gran suspiro de alivio. Sabía por instinto que Chris Hubble era capaz de cumplir con el trabajo. Eso era asunto clave.

—Cuando el pobre muchacho descubra lo que le tengo reservado… —murmuró por lo bajo.

—Su hijo Christopher, por la línea de seguridad, milady —anunció Lawrence, el

secretario.

—Hola, Chris —saludó Caroline, en cuanto Lawrence hubo salido y cerrado la puerta.

—Mayor Chris —corrigió él.

—¡Caramba! ¡Te felicito! ¿Cuándo ocurrió todo esto?

—Ayer, madre. Estoy en la casa solariega, con padre y Hester. Lo siento, mamá, pero Hester y yo no podremos pasar este fin de semana en Londres, como pensábamos. Lo siento muchísimo.

—Oh, qué desilusión. Hester tenía tantas ganas de ver esa obra de Drury Lane… Y se moría por hacer algunas compras.

—En realidad, mamá, Hester podría ir sola y quedarse contigo por una semana, si no te molesta. Está desconsolada por este otro aborto y tú eres su mayor consuelo.

—Pobre querida. Dile que me llame más tarde, por favor. Dejé mi agenda en casa. Y tú, ¿vendrás más adelante?

—No, madre.

Por mucho que uno trate de prepararse para la noticia, por marginal que pueda ser la relación y pese a toda la inevitabilidad… cuando llega el mensaje de que un hijo se va a la guerra uno queda aturdido, la boca se seca y el sudor estalla en los poros ocultos. Pese a que la línea telefónica estaba asegurada contra interferencias, no había más preguntas que se pudieran hacer ni más respuestas que se pudieran dar.

—¿Estarás cerca de tu hermano en los próximos días?

—Sí.

El horror volvió a golpearla.

—Le han dado un par de galones. Ahora es teniente primero. Es preciso reconocer, mamá, que últimamente está mostrando algo de fibra.

—Dile que me llame, Chris… Por favor, dile que me llame.

—Por supuesto.

—Que Dios te bendiga, Chris.

—Anímate, mamá.

El condado era inmenso y todo el mundo había desarrollado la capacidad de imaginar dónde podía encontrar a los otros, en caso de necesidad. Chris conocía los abrevaderos favoritos de Jeremy; esa noche estaba seguro de encontrar a su hermano en la taberna de Dooley McCloskey que se alzaba en un cruce de rutas, en la aldea de Ballyutogue.

Dooley y los veteranos ya no existían, pero las caras nuevas se parecían bastante a las de los muchachos protestantes que subían hasta allí para escapar de sus esposas. No obstante, de la ciudad protestante no iba nadie a Heather desde el ataque a Lettershambo. La única excepción de la noche era lord Jeremy.

Lord Jeremy había sido rugbier gaélico, allá en el Bogside, e íntimo amigo de

Conor Larkin. Casi con seguridad, en toda la historia del condado no había existido otro vizconde de Coleraine que fuera bien recibido allí.

En los últimos tiempos la vida era menos agria entre los hermanos. A los ladridos y tarascones de la larga niñez siguieron los años de separación por los estudios y la indiferencia causada por la disparidad de valores y lealtades.

Luego se produjo el terrible episodio de Molly O'Rafferty. Jeremy había renunciado a la chica bajo el ataque concertado de su padre, su hermano y Maxwell Swan. Fue la voz de Chris la que más lo hirió. Era áspera, mordaz; hería la mente y tajeaba las entrañas. Jeremy comprendió que jamás escaparía de su padre: cuando desapareciera, Chris tomaría la posta.

En aquellos meses taciturnos, cuando lo enviaron a los Coleraine, Jeremy trató de beberse todo el licor de Irlanda, empresa en la que habían fracasado muchos hombres con mayor capacidad. En esos días Chris no le ofrecía piedad ni consuelo; por el contrario, utilizaba su mejor situación para consolidar su propio puesto.

Más adelante, cuando renunciaron los oficiales de Camp Bushy, Jeremy amagó con desafiarlos a todos, negándose a participar en el motín. En esa ocasión Chris y Jeremy hablaron a solas y fue el menor quien cedió, dejando que Jeremy volviera a la botella sin más que un gemido. La verdadera jerarquía quedaba bien establecida.

Jeremy rondaba las cantinas de Liffey, en Dublín, como un fantasma dickensoniano que buscara los dulces sones de las baladas, en la voz angelical de su Molly. Perfeccionó la autocompasión hasta convertirla en arte, haciendo de ella una manera de justificar la falta de agallas.

Luego se produjo un cambio. No fue un súbito romper de cadenas, sino el amanecer de cierta comprensión. El día en que estalló el Castillo de Lettershambo y Conor Larkin fue hacia la muerte, Jeremy empezó a salir de la niebla. Los recuerdos volvieron a hacerlo sonreír: la maravilla de operar los fuelles en el salón grande, desnudo hasta la cintura y negro de hollín; cientos de horas magníficas estudiando bajo la dirección del gigantón; Conor, extrayendo de cada poema, de cada acontecimiento histórico, significados que sólo él podía ver; su héroe, arrancándolo al lodo de la cancha, y el olor a cerveza en las cantinas de las pequeñas ciudades…

Y el trágico descubrimiento de que Conor y su propia madre se amaban con más desesperación que él y Molly O'Rafferty. Pero Conor Larkin había sabido alejarse como todo un hombre.

Todo un hombre. Ése era el juego: ser todo un hombre.

El establecimiento de Dooley McCloskey estaba silencioso por falta de parroquianos protestantes. El mayor Christopher Hubble echó una mirada a su alrededor, con la escalofriante sensación de estar rodeado de asesinos, listos para abalanzarse a apuñalarlo. Todos amagaron un sombrerazo y volvieron a las copas, sonriendo para sus adentros al pensar en el ataque.

Jeremy estaba instalado en un rincón, perdido en ensueños. Levantó la vista e hizo una mueca dolorida al ver a su hermano, preguntándose qué salvajes noticias lo llevaban a la guarida del enemigo.

La silla de enfrente necesitaba una limpieza.

—Siéntate —dijo Jeremy. Nunca oí decir que las sillas contagiaran enfermedades raras.

Buscó otro vaso y sirvió un trago para Chris, que lo bebió deprisa. «Bien», se dijo Jeremy, «es mejor ablandarlo un poco».

—¿Son insignias de mayor las que veo en tus hombros?

—A ti también te esperan un par de galones.

—El teniente primero lord Jeremy Hubble, vizconde, emerge de la mazmorra familiar. ¡Oh, dioses, el Imperio debe de haberse quedado sin subalternos que ascender! —comentó Jeremy. Siento mucho lo del aborto de Hester, Chris. ¿Ella está bien?

Chris asintió con la cabeza, murmuró que su mujer estaba bien y bajó la mirada, como si todo aquello fuera una mácula contra su masculinidad.

—Tenemos que reportarnos en el campamento mañana a la hora mil —dijo Chris.

—Ya lo imaginaba —replicó Jeremy. Quise despedirme de Conor y prometerle que comenzaría a rectificar mis males, para que pudiera sentirse orgulloso de mí, ¿comprendes? Ahora necesito eso. Los mejores momentos de mi vida, aparte de los que pasé con Molly, fueron los que pasé caminando a su sombra.

Chris gruñó de irritación.

—Estás fastidiado porque él hizo volar tus preciosas pistolitas por todo el condado de Londonderry. Bueno, así es Ulster. Henos aquí, bebiendo juntos en una buena cantina. Mira, nadie está enojado con nadie. Podemos entendernos.

—Te vienes conmigo —le espetó Chris. Era una orden. —Tal como estás bebiendo no llegarás al campamento.

—Iré cuando tenga ganas y ni un segundo antes.

—Dios mío, cuando estás aquí arriba hasta hablas como ellos.

—Chris se levantó. —Podrías llamar a madre. Está en Londres. Cuando hablé con ella, prácticamente suplicó que la llamaras. Creo que ya basta con eso también. Llámala.

—Caramba —exclamó Jeremy—, qué familia endiablada… qué país endiablado. Si se te presenta la ocasión, dile a mamá que algún día me pondré en contacto con ella, cuando haya cumplido con mi penitencia.

Capítulo 56

Port Albany, sudoeste de Australia, Año Nuevo de 1915

Las caravanas de diversos tamaños y formas comenzaban a formar una enorme armada, desde Perth hasta Port Albany. Llegaban barcos modernos para reemplazar a los viejos; la Marina Japonesa escoltaba a los guerreros kiwis desde Nueva Zelanda; los contingentes australianos llegaban por tren, uno tras otro.

Según se producía el torrente de reclutas por millares, cada soldado parecía traer un rumor diferente:

«El destructor Emden está provocando un caos en el Océano Índico».

«La expedición kiwi-australiana será trasladada en barco a Sudáfrica para controlar la creciente insurrección de los bóers».

«La expedición australiano-neozelandesa va directamente a Francia. Todas las tropas tendrán una semana de licencia en París antes de recibir entrenamiento detrás de las líneas».

«La Fuerza Expedicionaria va directamente a Inglaterra y, después de una semana de licencia en Londres, irá a un campamento para entrenar».

«Los submarinos alemanes rondan el Mar de Arabia como una manada de lobos, esperando al convoy».

«Vamos directamente a Sudáfrica, a prepararnos para una campaña contra el Africa alemana».

«A Inglaterra ha llegado la Fuerza Expedicionaria Canadiense de cuarenta mil hombres».

«La Caballería Ligera y otras fuerzas montadas recibirán sus caballos en Inglaterra, en Irlanda, en Arabia…».

Y sus infinitas variaciones.

A lo largo de la pista para carreras brotó una ciudad de carpas, junto con deportes y otras recreaciones destinadas a aliviar el aburrimiento y las tensiones que siempre siguen al aburrimiento. Había una serie de cantinas nuevas, muy concurridas. Los kiwis y los australianos se enfrentaban en competencias generalmente amistosas. Los kiwis probaban los puños contra los canguros mimados de los australianos. Unos

cuantos partidos de rugby levantaban nubes de polvo en los campos sin césped.

Los más concurridos eran los combates diarios de pugilismo, organizados para determinar a los campeones de cada peso dentro de la Fuerza Expedicionaria. En cuanto al campeón de peso máximo, no cabían dudas: era el sargento Baker, al que llamaban afectuosamente «el carnicero», un gigante tatuado que pesaba alrededor de ciento diez kilos y medía algo más de uno noventa y dos. En Asia y en el Pacífico había conquistado todos los títulos de los comandos a los que su unidad de artillería fuera asignada. En toda esa multitud no se conocían sobrevivientes dispuestos a desafiarlo.

Por lo tanto, el sargento Baker y su cortejo ofrecían diarias exhibiciones de desafío, apostando por el tiempo que el contrincante podía resistir. Sus partidarios debían ofrecer una gran diferencia para hallar pienso fresco, pero se trataba de gente codiciosa y, aun apostando quince contra uno, Baker nunca los defraudaba.

Con esas proporciones, todos los días se presentaban uno o dos hombres dispuestos a subir al ring para ganar una fortuna, pero invariablemente se encontraban con el fracaso.

Rory y Johnny Tarbox percibieron el inevitable atractivo de las deliciosas apuestas ofrecidas por los seguidores de Baker. Todos los días se acercaban al ring para estudiar a ese hombre, pero generalmente la víctima era despachada antes de que el carnicero Baker tuviera tiempo de revelar muchos secretos.

Rory y Johnny lo observaban con atención, para ver si empleaba tretas sucias. Encargaron a Chester que le estrechara la mano cuando estuviera sin guantes, por si las sumergía en yeso. Johnny se apoderó de uno de los guantes pero no estaba cortado ni contenía objetos metálicos. Rory probó el agua que bebía; era ginebra pura, pero sin drogas excitantes. Todos vigilaban a sus partidarios, por si echaban a los guantes pimienta o cualquier otra sustancia que cegara momentáneamente al adversario.

No: el carnicero Baker no tenía necesidad de pelear muy sucio. Era torpe y lento, pero no había puñetazo a la cara que pudiera aturdirlo. Acechaba, arrinconaba a su adversario y lo envolvía con un brazo. Y buenas noches. Era capaz de hundir a un destructor con cada mano. Si algún contrincante le presentaba alguna dificultad, el carnicero Baker se volvía maligno y empleaba liberalmente los codos, los antebrazos, golpes de cabeza y golpes bajos.

Ni Rory ni Johnny Tarbox tuvieron la menor intención de subir al ring con el gigante, hasta que el Séptimo Batallón Neozelandés de Caballería Ligera fue retirado de la vieja caldera en que llegaran a Australia para embarcarse en un buque recientemente convertido para transporte de tropas, el *Wagga Wagga*. Según los rumores, no pasarían mucho tiempo más en Port Albany.

Ese día el carnicero Baker se enfrentó a tres kiwis. Al caer el primero de ellos, en el primer round, el sargento mayor y su compinche se retiraron a una de las cantinas, dejando a Chester para que presenciara el resto. Johnny se lamentaba de que la visita a Melbourne fuera tan breve. Al parecer, había encontrado a su verdadero amor y con

gusto habría desertado por pasar una noche más en el paraíso. ¡Era amor de verdad, después de tantos años!

Chester avanzó serpenteando hasta el mostrador.

—¿Qué pasó? —preguntó Johnny.

—Entre los tres duraron cinco rounds.

—Qué bestia, ese hombre —dijo el sargento.

—¿Cómo eran las apuestas?

—El segundo de Baker tuvo que ofrecer catorce a uno.

—Por Dios —gimió Rory—, en la vida volveremos a ver esa ventaja.

Los tres guardaron silencio en medio del bullicio.

—¿Cuánto dinero tienes, Johnny? —inquirió Rory, por fin.

—Ya sé lo que estás pensando. Ni se te ocurra.

—Te lo pregunto por otro motivo.

—Siete u ocho libras.

—¿Y tú, Chester?

Como respuesta bastó un encogimiento de hombros.

—Veamos. Wally Ferguson me prestó cien —dijo Rory, sacando el dinero para contarlo. Me quedan unas treinta. Entre todos tenemos treinta y ocho libras, y cuando nos paguen no estaremos mucho mejor. El tema del que quiero hablar es la comodidad. Tú serviste en la Marina Real, Tarbox. ¿Qué comodidades tenías?

—¿Estás bromeando? Nos limpiábamos el culo con viruta.

—¿Y qué comodidades gozamos desde que estamos a bordo? —prosiguió Rory. Los barcos negreros tenían más ventilación y servían mejor comida. Los esclavos tenían valor de mercado. Nosotros, en cambio, somos descartables.

—¡Basta! —ladró Tarbox. Estás tratando de encandilarnos.

—Hablo de comodidades. En algún momento habrá que desembarcar. Tienen que darnos caballos y un lugar para entrenarnos. En cuanto cruce el portón del campamento, quiero ese tipo de comodidades que se consiguen con mil o dos mil libras. El ejército no nos las dará, pero el carnicero Baker sí.

—Tendrás toda la comodidad que quieras, ya lo creo. Nunca he visto a un muerto que no estuviera cómodo.

—Nos desplegamos los tres y pedimos dinero prestado, todo el que podamos. Supongamos que reunimos cien libras y que los de Baker nos cubren la apuesta con mil quinientas. Nosotros sólo podemos perder las cien… pero si ganamos tendremos mil quinientas libras.

Eso bastó para provocar una pequeña transición en el pensamiento de Johnny. Recordó unas cuantas peleas de Rory, en las ferias agrícolas y fuera del ring, a veces con mastodontes que lo doblaban en tamaño. Por su parte, sólo una vez había cometido la tontería de subir al ring con Rory y no duró un solo round. Rory era un portento, de acuerdo, pero el carnicero Baker devoraba portentos, monstruos y cocodrilos como desayuno. Le llevaba una ventaja de veinte kilos, cuanto menos.

—Noble idea —se lamentó—, pero no voy a permitir que lo hagas.

—Tú y yo hemos estudiado a este hijo de puta, Johnny. Se mueve como un buey. Levanta el talón izquierdo, desliza la pierna y te dispara un golpe corto sólo para mantenerte a raya hasta que pueda sujetarte. Y cuando lanza ese golpe de izquierda queda tan fuera de equilibrio que, por un instante, su mano derecha es inútil. ¿Me sigues, Chester?

—Claro.

—Pero ese montón de boñiga se las compone para derribar al adversario con una sola mano —le recordó Johnny.

—Levanta las manos, Chester —indicó Rory—, voy a mostrarte los movimientos. Sí, eso es. Ahora saca la izquierda e inclínate hacia adelante. Eso deja sin protección todo el costado izquierdo del cuerpo… ¿no, Chester?

—Si tú lo dices…

—Y entonces le aplicas unos cuantos ganchos de izquierda al cuerpo —adivinó Johnny.

—No, no —dijo Rory, muy serio. No le gusta recibir golpes en las costillas. Se desata como un rinoceronte loco y entonces tiene que deshacerse de ese hombre, porque no quiere recibir golpes en las costillas.

—En teoría eso es magnífico —se burló Tarbox.

—De mi combate contigo, ¿sabes qué recuerdo, Johnny?

Tarbox empezó a palidecer.

—Recuerdo ese gancho de izquierda que me aplicaste a la panza. Todavía lo siento. Por eso estaba tan desesperado por detenerte cuanto antes.

—Oh, no. No pienso subir al ring con ese hijo de puta —dijo Johnny. No se discuta más.

—Escucha: no te pido que te hagas reventar; sólo quiero que le apliques cuatro o cinco de esos ganchos de dinamita al costado. Luego subo yo.

—Es totalmente incorrecto que un suboficial como yo se tome a golpes con el personal reclutado. Ni siquiera debería estar bebiendo cerveza contigo.

—Tienes razón —dijo Rory. No diré más, salvo que… en París podríamos haber tenido un hermoso departamento, con vista a Champs… ya me entiendes, y el Arco de Triunfo, y esas francesitas tetonas que se pasean por el bulevar, buscando al gran Johnny Tarbox, el gran sargento mayor kiwi, tan apuesto y generoso con su dinero.

Entre los tres lograron reunir ciento diecisiete libras. Chester Goodwood fue enviado desde el *Wagga Wagga* al *Thunderhead*, donde tenía su corte el sargento Baker. Visto desde cerca, el carnicero Baker daba miedo. Sabiendo que el convoy partiría pronto, el codicioso grupo accedió al desafío, sobre todo cuando Chester les aseguró que ninguno de los adversarios pesaba más de noventa kilos.

Chester sólo pidió una cosa: que un capellán hiciera de árbitro y recibiera el

dinero de las apuestas.

Rory pasó la mitad de la noche en amor fraternal, mezclando para Johnny las imágenes de las francesitas y el costado izquierdo de Baker. Ritmado con una botella de ginebra, Johnny cayó en un sueño intranquilo, aterrorizado sólo a medias.

En un día melancólico, Rory, Chester y el capellán católico llevaron al ring al semiparalizado Johnny Tarbox, donde se repasaron las reglas del combate. Tarbox subiría primero; Landers sería el segundo. Se discutió el secundario tema de las apuestas. Chester Goodwood puso ciento quince libras, que el grupo de Baker cubrió con mil seiscientas cincuenta.

El público, en su mayoría australiano, estaba deseoso de ver sangre kiwi, por lo que saludó a su campeón con hurras más que excitantes.

—Tiempo, muchachos —anunció el capellán.

En la vida de todo hombre llega un momento en que el miedo puede trabarle las articulaciones en una masa congelada inamovible, enloquecerlo en un frenesí de espanto o llevarlo a una dorada meseta, donde se condensa una eternidad de coraje en una fracción de segundo, con total claridad.

¿Fue el pensar en los pezones franceses y los muslos blancos por sobre medias negras? ¿Fue por su vida de vagabundo, que había sobrevivido al azote de un golpe poderoso? Nadie lo sabrá jamás, pero cuando el árbitro anunció: «Tiempo, muchachos», Johnny Tarbox se concentró inmaculada y divinamente en el costado izquierdo del carnicero Baker, donde se veía un corazón tatuado dentro de un mapa de Australia, subrayado por una sola palabra: «madre».

Tarbox había trascendido al miedo mortal y se encontraba en una forma más alta del ser, como en el sueño. Tal como había predicho Rory, cuando el sargento Baker levantó el talón izquierdo para deslizar el pie hacia adelante, en conjunción con un golpe corto de su zarpa, Madre-Australia-Corazón se abrió como las puertas doradas.

El bullicio era tan tremendo que el golpe no se oyó. A Johnny le vibró el brazo izquierdo como si lo hubiera alcanzado una descarga eléctrica. El enorme australiano parpadeó, confundido por esa indecorosa táctica, pero reaccionó con un salvaje golpe lateral que Johnny logró evitar, ofreciéndole otra clara visión del arte del tatuaje. El golpe dio justo en Perth.

El sargento Baker, que se había encontrado en esa situación unas pocas veces, se dominó y avanzó a paso sigiloso. Sabiendo que se había ganado cierto respeto, Johnny perdió el terrible miedo y, en una buena muestra de pugilismo, se tornó elusivo.

Sin embargo, el carnicero Baker conocía el arte de reducir a la mitad el tamaño del ring, pues pasaba allí la mitad del tiempo, persiguiendo y arrinconando a los adversarios. Johnny, que se sentía como si hubiera conquistado Gibraltar, se inclinó fingiendo un cabezazo ¡y el australiano cayó en la trampa! ¡Australia! ¡pau!

—¡No te arriesgues! —aulló Rory.

Fue lo último que Johnny Tarbox pudo recordar hasta que la cara borrosa de Rory

cobró nitidez. Las sales de olor le zumbaban en la cabeza y le devolvían la noción de donde estaba.

—Estuviste bien —le aseguró Rory.

—No lo vi venir. Fue como un proyectil de artillería de treinta y cinco centímetros. Pero por Dios, Rory, le oí una queja la última vez que le acerté con un gancho.

El carnicero Baker permanecía de pie en su rincón, atendiendo un dolor en el costado, tal vez una costilla fisurada. Su digno segundo y representante salió al centro del ring.

—Nos conformaremos con que nos paguen cincuenta libras. De tanto comer kiwis crudos, a mi hombre le está atacando la indigestión. En un gesto hacia la unidad expedicionaria, dejaremos que el otro chico siga con vida.

—¡Cristo! —aulló Rory.

El locutor usó el altavoz para pedir silencio.

—Como muestra de bondad y misericordia, el sargento Baker permitirá que el último boxeador quede libre de compromiso, ya que está dando muestras de tanto terror.

Rory subió al ring y le arrebató la bocina.

—¡Exijo pelear! ¡Baker es un mentiroso!

El carnicero Baker hizo un ademán de disgusto. Mientras pasaba entre las sogas, Rory se le acercó para empujarle la cara y dio una vuelta al ring, con las manos levantadas en señal de victoria. Una vez acallada la confusión se inició el combate.

Rory, zurdo por naturaleza, inició el baile luchando con la mano derecha. «Sabe mover los pies, pero no tiene con qué golpearme», se tranquilizó Baker.

Rory combatía desde esa posición, en el centro del ring, sin exhibirse mucho. El grandote era demasiado alto y tenía los brazos demasiado largos.

—Tiempo.

—¿Cómo respira, Chester?

—No está muy agitado.

—Mierda. Para arrinconarme tiene que lanzar ese golpe corto de izquierda.

—Quizás aprendió —dijo Johnny.

—Tiempo.

De pronto, en medio del segundo round, Rory Landers pasó de la mano derecha a la izquierda, hizo una finta y el australiano reaccionó con un golpe corto instintivo. Rory lo esquivó agachándose y plantó dos rápidos derechazos en las costillas enrojecidas de Baker.

Luego se escabulló, peleando nuevamente con la derecha, y fingió un gancho al cuerpo. Baker bajó el brazo para proteger el costado dolorido y recibió un golpe en la mandíbula.

El carnicero Baker tuvo un momento de indecisión y Rory se lanzó contra él. ¡Dios Todopoderoso, Baker empezó a retroceder!

—¡Tiempo, tiempo, tiempo!

—¡Ya está bufando! —chilló Chester.

—No apartes la vista del capellán —jadeó Rory. Él tiene el dinero.

—Ten cuidado, Rory —exclamó Johnny. Ahora peleará sucio.

—Tiempo.

Baker cruzó el espacio como un tifón, lanzando un golpe desde el País de los Aleluyas; pasó silbando junto a la cara de Rory, tan cerca que le rozó las pestañas. De súbito el muchacho se sintió algo confuso a fuerza de maniobrar. Eran dos tipos entorpecidos, que manaban sangre de varias incisiones.

¡Pero atención! ¡Baker ya no usaba la mano izquierda, no la usaba en absoluto! Mantenía el brazo apretado contra el cuerpo para no recibir más golpes en el costado. Rory se adelantó de un brinco, aplicando un glorioso derechazo a la mandíbula. Baker apenas acusó el golpe; en cambio Rory tuvo la sensación de que se había quebrado la mano.

—¡Tiempo!

—¡Cortaste el round antes de tiempo, hijo de puta! —bramó Tarbox.

Rory estaba casi acabado; no lo consolaba mucho ver los cardenales que se elevaban en el mapa de Australia, como si fueran colonias nuevas, ni el hecho de que respirara entre bufidos y jadeos.

—¡Tiempo!

La pista bailaba como si el ruido hubiera provocado un terremoto.

Baker puso las manos ante la cara y el cuerpo, como para hacerle «cuco» a un bebé, y retrocedió hacia un rincón, tentando a Rory para que se le pusiera a tiro. El muchacho avanzaba y se apartaba con celeridad, pero sus piernas parecían de goma a la altura de las rodillas. Como se sentía evaporar, hizo un estúpido intento de quebrar la guardia del carnicero Baker.

Baker envolvió a Rory en sus peludos brazos, llevándolo hacia el rincón, y se arrojó sobre él como una media res, inmovilizándole los brazos para que no pudiera golpear. Luego dirigió una rodilla a la entrepierna y un codo hacia la cara.

¡Baker estaba en marcha!

Rory pudo aplicar un último golpe desesperado a Madre-Australia-Corazón, pero sólo consiguió enfurecer al grandote, que volvió a inmovilizarlo y a golpearlo entre los ojos. Cayó sobre una rodilla, mientras Baker descargaba su infame derechazo.

¡El público enloqueció por completo!

—Arroja la toalla, Johnny —suplicó Chester.

El muchacho escuchó la cuenta hincado en una rodilla, manando sangre por la boca y la nariz… y aún faltaban tres rounds. Johnny alargó la mano en busca de una toalla, pero Rory se levantó de un salto y, en cuanto Baker trató de inmovilizarlo, le mordió la oreja.

El gigante australiano gritó tan alto que se lo pudo oír con toda claridad desde Perth. Mientras se cubría, tratando de proteger lar oreja, Rory lo golpeó en el costado.

Y cuando quiso cubrirse el costado, en la oreja… oreja… costado… oreja… costado…

El carnicero Baker cayó entre las sogas y las arrastró, con Rory cayendo sobre él.

El neozelandés fue el primero en levantarse.

—¡No necesitamos el ring, qué joder! ¡Levántate y pelea!

Baker se arrastró gateando, como perro en tres patas. Luego levantó la vista como debió hacerlo Goliath.

—Hice mal en darle con la cabeza.

—¡Tiempo! —aullaron en el rincón de Baker, con un minuto y catorce segundos de anticipación, mientras cinco o seis de los suyos volaban al ring.

Baker se derrumbó de bruces antes de que lo arrastraran al banquillo.

Rory estaba allí, frente a él, salpicándolo de sangre y sudor.

—Mierda —balbuceó Baker, vomitando una bocanada de sangre propia.

—¡Date por vencido! —exigió Rory.

—Vete a la mierda.

Rory lo golpeó. Baker y su banquillo cayeron al mismo tiempo.

—¡Basta! —dijo Baker. Y se quedó allí tendido, llorando como un bebé.

COMANDANTE DE FLOTA, TEATRO DE OPERACIONES INDIO. COMANDANTE DE FUERZAS DE TIERRA CONVOY CANZ PERTH-ALBANY. DESTRUCTOR ALEMÁN EMDEN HUNDIDO HOY POR BUQUE GUERRA DE SIDNEY FRENTE A SUMATRA. PROCEDA SEGÚN CURSO, VELOCIDAD Y FORMACIÓN DE ÓRDENES ADJUNTAS 28 ENERO A LAS 04:30 HACIA GOLFO DE ADÉN, LUEGO MAR ROJO HASTA CANAL SUEZ. HABRÁ TRENES PARA TRANSFERIR FUERZAS CANZ E INDIAS A CAMPAMENTOS CERCANÍAS EL CAIRO.

WINSTON S. CHURCHILL
PRIMER LORD DEL ALMIRANTAZGO

Capítulo 57

ARCHIVOS SECRETOS DE WINSTON CHURCHILL - FINES DE 1914

Estoy resuelto a presentar cuanto antes mi «gran estrategia» al Consejo de Guerra. Repasando la guerra hasta la fecha, saco las siguientes conclusiones:

1. ¡*La Marina estaba preparada*! Trasladamos con éxito a la Fuerza Expedicionaria Británica al otro lado del Canal, hasta Francia y Bélgica, sin sufrir bajas.

2. Las aguas y las rutas marítimas que rodean a las Islas Británicas son inmunes a cualquier ataque. La Flota del Canal nos custodia con veinte estupendas naves de guerra. Mantenemos abiertas nuestras rutas de navegación pese al acecho de los submarinos alemanes.

3. La flota alemana está encerrada y se esconde en sus propios canales y ensenadas.

El Frente Occidental

Tras haber detenido el avance alemán se ha desarrollado un frente estacionario, que se inicia en el Canal de la Mancha, al norte, y se extiende hasta los Alpes, a lo largo de ciento de kilómetros.

Esa serie de trincheras sucesivas están defendidas por millones de hombres, campos minados y alambre de púas; las respaldan muchos miles de piezas de artillería y nidos de ametralladoras.

Me parece muy obvio que, en el próximo año de 1915, será poco lo que cambie en el Frente Occidental, pues ninguno de los bandos podrá desalojar al otro.

El Frente Oriental

La situación es fluida. Nuestros aliados rusos, aunque no son modernos ni tienen la moral muy alta, combaten con decenas de divisiones alemanas. Rusia es un país vasto y las líneas alemanas de aprovisionamiento se han estirado peligrosamente.

Hasta ahora los rusos se han desempeñado bien contra alemanes y turcos; creo, además, que 1915 encontrará al Frente Oriental resistiendo con firmeza.

El Teatro del Pacífico

Hace una década los japoneses infligieron una horrenda derrota a Rusia; por primera vez una potencia oriental prevalecía sobre Occidente, desde los tiempos de Gengis Khan y las invasiones mongoles.

Ahora Inglaterra y Rusia son aliadas de los japoneses. Esto me inspira cierta ambivalencia. El hecho de que los japoneses hayan anexado Corea indica con claridad que ambicionan establecer un imperio en el continente asiático.

Su ingreso en la guerra fue una medida oportunista para apoderarse de las islas que los alemanes tenían en el Pacífico. Debemos reiterar nuestro acuerdo con Japón, según el cual sólo se le permitirá ocupar islas al norte del ecuador. Todo lo que está por debajo del ecuador debe permanecer en la esfera británica.

Describo ahora el curso de acción británico para el año 1915, tal como lo imagino.

1. Inglaterra no busca ventajas geográficas en el continente europeo.

2. Para Gran Bretaña, el gran trofeo de la guerra es el Imperio Otomano. Para asegurar el control británico de Egipto y el Canal de Suez, debemos extender nuestra esfera hasta dominar la península del Sinaí, establecer un mandato para gobernar Palestina, crear un territorio controlado por nosotros en la región de Transjordania y asumir el control de Irak.

3. Nuestros aliados franceses extenderán su esfera hasta dominar Siria, incluyendo el Líbano.

4. Rusia controlará Armenia, la región del Cáucaso e Irán. Ocuparán y dominarán Constantinopla y se asegurarán puertos de aguas cálidas para todo el año y el acceso al Mediterráneo.

5. Con la Fuerza Expedicionaria Canadiense entrenándose en Inglaterra y el reclutamiento nacional que envía tropas frescas a Europa… *1915 nos encontrará con un sobrante de barcos, divisiones británicas y un gran ejército nuevo, el Cuerpo Australiano y Neozelandés, que está a punto de hacerse a la mar*.

Propongo que desviemos el Cuerpo Australiano-Neozelandés a Egipto y le incorporemos unidades británicas y francesas, a fin de entrenarlo para *conquistar la península de Gallípoli y marchar sobre Constantinopla, abriendo por la fuerza el estrecho de Dardanelos*.

Una vez que hayamos conquistado Constantinopla, las naciones balcánicas no

comprometidas, que permanecen al margen, correrán a nuestro bando, y nos permitirán hacer una campaña por el valle del Danubio y cortar por la mitad a las fuerzas alemanas.

Más aún: al abrir el Dardanelos podremos proveer a los rusos de municiones, de las que sufren una desesperada escasez.

Y por fin permitirá embarcar el trigo ucraniano hacia Francia e Inglaterra.

Grecia se nos unirá cuando queramos, pero las tropas griegas no pueden entrar en Constantinopla, que debe ser para nuestros aliados rusos. Italia, que también permanece al margen, se verá obligada a aliarse con nosotros una vez que abramos el Dardanelos.

Los turcos han sido derrotados en el Cercano Oriente y en África del Norte; la coalición balcánica los ha expulsado de Europa. En la actualidad utilizan contra Rusia todo el poder que les resta.

Alemania no puede permitirse el envío de tropas a Turquía, aunque sí algunos oficiales. Por cualquier definición, el Imperio Otomano está maduro para el derrumbe.

Aunque la península de Gallípoli es una salvaje región de acantilados y valles, con escasa inteligencia militar, considero que nuestra potencia naval reducirá su fuerte montañés. Muchos de nuestros viejos buques de guerra, que ya deberían ser retirados del servicio, están todavía en condiciones de ser utilizados contra Gallípoli como plataformas flotantes para el armamento.

Aunque un desembarco desde el mar sería algo único en la guerra moderna, imagino a nuestra potencia naval destructora quebrando la moral de los defensores turcos.

Las unidades australianas y neozelandesas están patéticamente escasas de oficiales. Estoy insistiendo ante Kitchener (a quien le gusta la idea de una campaña en el Dardanelos) para que envíe a Egipto un cuadro de oficiales británicos que se encarguen del Cuerpo Australiano-Neozelandés. Tengo entendido que los australianos son gente salvaje, como se puede esperar de los descendientes de una colonia penal.

Conque así están las cosas. En 1915, el Dardanelos y Gallípoli, Constantinopla y el valle del Danubio y el fin del Imperio Otomano.

WSC

Capítulo 58

Enero de 1915

Shonc-ruuumshonc… shonc-ruuumshonc… shonc-ruuumshonc… SHONC-R UUUMSHONC… ¡SHONC-R UUUMSHONC!

¡Papi! ¡No llores! ¡Papi!

¡SHONC-R UUUMSHONC!

¡Papá! ¡Corre, hombre!

Rory se sentó bruscamente y se golpeó la cabeza contra la lona de la litera de arriba.

—¡Virgen Santa! —se quejó el soldado de arriba.

Rory se dejó caer hacia atrás, disculpándose.

—Disculpa, compinche.

—Virgen Santa —murmuró el hombre otra vez. Un momento después volvía a roncar.

Shonc-ruumshonc, repitió el motor del barco, sin cesar. El *Wagga Wagga* gruñía. Rory dejó escapar varios suspiros profundos, como si pudiera expulsar del cuerpo las pesadillas. ¿Por qué diablos venía el terrateniente Liam a invadir las noches que él había reservado para llorar por su tío Conor o languidecer por Georgia Norman? ¿Por qué su padre, por qué?

Se incorporó sobre un codo, con cuidado para no golpear al compañero de arriba, y echó un vistazo por el ojo de buey. El convoy parecía avanzar a un tercio de velocidad en las hirvientes aguas ecuatorianas. El claro de luna se bastaba para borrar las estrellas. Aguzó la vista, tratando de distinguir las siluetas de los barcos.

Chester estaría durmiendo en la última de las literas, seis capas más abajo. Los dos intercambiaban lugares cada tantas horas para darse un respiro junto al ojo de buey. A Rory le palpitaba la cabeza por la pesadilla. «Allí abajo ha de estar sofocándose», pensó.

Y se descolgó con todo el cuidado posible por el revoltijo de equipos colgados, fusiles y cascos resonantes, en la bodega apenas iluminada.

Después de abotonarse los pantalones y atarse el chaleco salvavidas, tanteó la última litera en busca de Chester. Estaba vacía. Rory avanzó a tientas por el estrecho pasillo, atestado de equipos, brazos y piernas sudorosos, correspondientes a los cuerpos apilados de a siete en alto, y se escurrió poco a poco hacia la sala de máquinas.

Shonc-ruuumshonc… shoncruuumshonc…

Se abrió paso a través de un triple juego de cortinas de oscurecimiento hasta pasar al cuarto de turbinas. La zona de juegos era un rincón apartado, bajo una bombilla de

luz. Uno de los marineros australianos, que había servido un tiempo en la Marina Estadounidense, conocía los avanzados aportes culturales norteamericanos del *craps* y el *blackjack*.

Chester Goodwood observó los juegos durante los tres primeros días de navegación, hasta calcular las posibilidades con los dados y aprender a interpretar el mazo en el segundo juego. Parecía tan inocente, tan poca cosa, que siempre lo recibían bien en una partida. Tanto Rory como Johnny Tarbox le habían advertido que no debía ser demasiado codicioso; hasta le convenía perder de vez en cuando, para salvar las apariencias. Por lo demás ganaba siempre.

Rory llegó al rincón del juego y se detuvo junto a Chester, esperando a que le tocara el turno de arrojar el dado. El chico era una joya. ¡Hijo de un banquero, caramba! Pronto podría abrir un Banco propio.

—Te dejé libre la litera del ojo de buey —anunció. Voy arriba.

—Bueno —dijo Chester.

El *shonc-ruuumshonc*, el repiqueteo del dado y el gruñido del *Wagga Wagga* formaban una armonía perfecta. Al salir del cuarto de turbinas, Rory se hundió en la oscuridad, buscando a tientas la escalerilla.

Arriba de todo, las escotillas y los espacios decentes de cubierta parecían un tonel de peces plateados: estaban cubiertos de cuerpos semidesnudos y pringosos de sudor.

Rory subió por la escalerilla hasta llegar a una cadena que lucía el cartel: ZONA DE OFICIALES - PROHIBIDA LA ENTRADA A RECLUTAS. Se puso el brazalete con el anuncio CENTRO DE MENSAJES, proporcionado por Johnny, para que le permitieran el paso. Luego salió a la cubierta superior, donde se alojaban Johnny y los otros suboficiales.

Había un solo bote salvavidas colgando de un aparejo, para uso de la cubierta superior, lejos de los otros botes que bordeaban las cubiertas inferiores. Johnny había aflojado diestramente los nudos de la cubierta de lona, de modo que se la pudiera quitar y reponer con facilidad. El bote estaba lleno de proa a popa con un colchón de chalecos salvavidas, que él compartía con Chester y Rory. Cuando el muchacho se deslizó al bote él estaba allí, medio mareado por haber ingerido una buena porción de aire caliente y húmedo. Intercambiaron comentarios sobre el terrible calor.

—Bueno, hemos cruzado el ecuador y todavía avanzamos hacia el norte —observó Rory. Eso me indica que no vamos a Sudáfrica.

—Hoy recibimos en el centro un mensaje sin codificar. Vamos a reunirnos con algunas tropas indias en las cercanías de Ceilán —dijo Johnny.

—Entonces vamos hacia el Mediterráneo. Tal vez subamos hasta Inglaterra.

—Eso parece.

—Y quizá nos detengamos en Aden para embarcar nuestros caballos árabes en las naves vacías.

—Ya que estamos, podríamos cargar unas cuantas mujeres árabes. Primero te bailan la danza del vientre y después empiezan a menear las tetas…

Por un rato hubo silencio. Tarbox estaba lejos, en un salón de arcadas lleno de

bailarinas árabes.

Rory se había impuesto la regla de mantener a Georgia Norman fuera de su mente. Era mejor pasar las horas llorando interiormente por su tío Conor antes que languidecer por ella. Conor estaba muerto y, con el tiempo, el dolor pasaría. Pero Georgia… Acudía como una exhalación en los momentos y en los lugares más extraños. La recordaba, sobre todo, tendida en la cama, con el quimono de seda verde abierto a su blancura. Eso nunca dejaba de provocarle una sensación de puro deseo que lo recorría de pies a cabeza. Aprendió a dejarla entrar sólo por algunos minutos, para no tornarse inquieto y malhumorado.

Tanto Conor como Georgia se esfumaban incomprensiblemente cuando Liam Larkin hacía su aparición. ¿Por qué el terrateniente? Tal vez por algo relacionado con el mar; ese maldito convoy lo acercaba a su padre.

—¿Dónde está Chester? —preguntó Johnny.

—En la sala de máquinas, dando lecciones de dados.

—Debe de haber aprendido en Hong Kong, en alguno de esos garitos palaciegos a los que iría su padre, ¿no crees? —sugirió John.

—Puede ser, pero tiene habilidad natural para los números, mostró los cálculos de probabilidades para cada combinación de dados. En cuanto al *blackjack*, le basta con retener el mazo. Sólo lo dejo tomar cinco libras por día. No es cuestión de que todo el barco quede endeudado con él.

—Estuve brillante al apreciar los grandes méritos de ese chico y meterlo en la Caballería Ligera —se jactó Johnny.

—Hijo de puta…

Callaron otra vez, ya despiertos, y se instalaron incorporados, para poder contemplar las cubiertas y el convoy a oscuras. Tío Conor había dicho que, cuando el mar está en calma y la noche estrellada, los marineros odiaban la guardia, porque les daba tiempo para pensar en todo lo que atesoraban y dejaron atrás para meterse a vagabundos.

—¿Qué te tiene preocupado, Rory?

—Nada.

—Vamos, si puedo oír el zumbido de tus sesos. Te sale humo de las orejas.

—Caramba, debe de ser por el cruce del ecuador. No puedo quitarme al viejo de la cabeza. Me siento como si compartiéramos un viaje extraño: él, rumbo a nueva Zelanda; nosotros, quién sabe adonde. El caso es que despierto como si fuera él, en la bodega a oscuras y completamente solo, sin dos monedas que frotar en el bolsillo. Debe de haber estado muerto de miedo, Johnny. Siempre hablaba de ese viaje, pero nunca le presté mucha atención.

—El terrateniente es algo serio, sí —dijo Johnny.

—Lo apreciabas, ¿no? —preguntó Rory.

—No era mi padre —aclaró Johnny con presteza.

—¿Qué es lo que te gustaba de él? —insistió el muchacho.

—Todo lo que hizo, sin tener más que las dos manos. Eso me inspiraba respeto. Pero también lo apreciaba. Todo mi equipo lo apreciaba. Él nos cuidaba. Nos servía la comida de tu madre y hacía atender a cualquier hombre que se lastimara. Hacía muchos favores, sin alharacas. Y estaba tan orgulloso de la Finca Ballyutogue. Además, era un compañero divertido para beber en los bares o para pescar en su arroyo de truchas. Como te dije: no era mi padre. No sé por qué ustedes dos no se entendían, pero en casi todas las familias pasa lo mismo.

Así eran las cosas, sí. Todo el mundo quería tratar con el terrateniente Larkin: arrieros, esquiladores, hombres de iglesia, martilleros… todos querían al terrateniente.

—¿Tú te entendías con tu viejo? —preguntó Rory.

—Nuestra vida era muy dura, Rory. Mi padre nunca fue otra cosa que un vagabundo, el típico buscador de oro que espera un golpe de suerte. Mi hermana y yo nos pasamos toda la infancia viviendo en una caravana, buscando oro con él en la Isla Sur. Nunca tuvimos un hogar de verdad.

—¿Y cómo aprendiste a leer y escribir? ¿Te enseñó tu madre?

—¡No! —exclamó Johnny abruptamente. Luego se ablandó. —Aprendí algo por mi cuenta. En los campamentos de mineros siempre hay alguien que enseña a los chicos. Ya sabes, esos tipos que se hartan de la civilización y salen a buscar fortuna. Entre nosotros había algunos muy inteligentes.

Johnny había saltado como una alarma ante la mención de su madre. Rory comprendió que, desde ese momento en adelante, esa mujer era tema prohibido.

—Mi madre —dijo Tarbox con otra voz— era actriz… de esas que cantan y bailan en los teatros de variedades. Nueva Zelanda le quedaba chica. Tuvo mucho éxito en el oeste americano, en las ciudades de la fiebre del oro.

Volvió a reinar el silencio. Un largo silencio.

—¿Duermes? —preguntó Rory.

—Ya no.

—¿Por qué anda mi padre dando vueltas por este barco, me pregunto?

Tarbox se echó a reír.

—¿Qué mejor lugar que un barco lleno de tropas para pensar en tu viejo?

—Así que el terrateniente te gustaba.

—Sí, es hombre de campo —confirmó Johnny.

—Pero no te gustaba buscar oro con tu viejo.

—Odiaba todo eso, Rory. Odiaba a mi padre por lo que me hacía vivir. Odiaba ver crecer a mi hermana en un campamento de mineros. Por eso me fui en cuanto pude y me enganché por un tiempo en la Marina Real. ¿Y sabes una cosa? Pasé cuatro años extrañando a mi viejo. Comprendí que él hacía lo que hacía porque se habría muerto si hubiera tenido que trabajar siempre en el mismo lugar, sin sueños. Y caí en la cuenta de que había puesto en mí muchas cosas buenas. Todos los soldados de este barco están irritados con sus padres por haberles arruinado la vida; todos los

soldados que sobrevivan a la guerra pasarán la segunda mitad de la vida tratando de superar la primera mitad. Así son las cosas. Todos culpamos a nuestros padres, todos… pero no nos damos cuenta de que hacemos las mismas cosas a nuestros propios hijos.

Johnny estaba irritándolo. ¡No tenía idea del infierno que le había hecho padecer el terrateniente Larkin!

—Por eso abandoné la Marina —continuó Johnny— y vi a mi viejo tal como era: un hombre dulce, que hacía cuanto estaba a su alcance. Pero él siempre me aceptó, aunque yo era un chico terrible. Yo, en cambio, nunca lo acepté tal como era. Después de estar en la Marina, cada uno vio al otro como era, no como quería que fuera. Y él se vino conmigo a trabajar de arriero. Esos cuatro años fueron los más felices de mi vida.

Aquello se parecía a lo del tío Conor con el abuelo que Rory nunca había conocido: Tomas Larkin. Conor y Tomas se habían dado muchos disgustos en un principio, pero al final hubo amor.

«Oh, Cristo», pensó Rory, «hay demasiadas montañas que cruzar con el terrateniente y los valles son demasiado profundos. Él nunca pudo dejar de ensañarse conmigo. Siempre me hizo sentir que no se me quería. Y yo, ¿podría haber hecho algo para arreglar eso?», se preguntó Rory por primera vez. «Como lo enorgullecía que yo fuera buen jinete, me hacía el temerario para fastidiarlo y para demostrar que el pobre Tommy no se me podía comparar. Detestaba ir a pescar con él, porque me obligaba a acompañarlo y por lo mucho que se alegraba cuando pescaba algo grande. Si yo hacía algo que pudiera enorgullecerlo, se lo arrojaba a los pies como si fuera mierda. Me gustaba irritarlo. Me gustaba verlo furioso conmigo, sabiendo que debía soportarme».

«¡Maldito sea! Él tuvo la culpa. Él y la Virgen María de mi madre me hicieron avergonzar de mi nacimiento».

«Tal vez… tal vez… pude haber hecho los gestos adecuados. Tal vez, aquí y allá… No: con ese hombre las montañas son demasiado altas y los valles, demasiado profundos».

Shonc-ruuumshonc… shonc-ruuumshonc…

Rory recordó haber visto a Johnny Tarbox y a su viejo después de un arreo hasta los corrales de Wally, en Christchurch. El hijo lo cuidaba; se encargó de refrescar el caballo de su padre y después fueron juntos al bar, abrazados por los hombros.

Viajar en la bodega de un carguero herrumbrado, con los bolsillos vacíos y miedo al porvenir. «¡Cristo! ¡Quítamelo de encima!». «Tal vez… Pude haber hecho algún gesto…».

Shoc-ruumshonc…

Capítulo 59

Mientras el convoy del CANZ navegaba hacia el norte, rumbo al Mar Rojo, un segundo convoy inglés cruzaba los estrechos de Gibraltar para el encuentro en Egipto.

La armada británica llevaba un par de divisiones veteranas y una cantidad de elementos incorporados con los que establecer una gran base permanente e instalaciones para el entrenamiento. En varios de esos buques de guerra viajaban doscientos oficiales británicos regulares, que se harían cargo de las unidades del CANZ, para convertirlas en una fuerza y asegurar el mando inglés.

El general *sir* Llewelyn Brodhead y su plana mayor navegaban a bordo del crucero *Foxhampton*. Allí estableció un centro de comando seguro, donde pasaba la mayor parte del día y la mitad de la noche. Brodhead había expresado sus dudas por una aventura militar con la que no estaba completamente de acuerdo. Una vez que el Consejo de Guerra tomó la decisión, él subió al barco con una actitud positiva, como cabía esperar de un buen comandante. Cuando Gibraltar quedó atrás, empezó a informar a sus oficiales de mayor grado las cosas que debían saber e hizo su presentación con aire de convicción.

No obstante, ¿existe hombre más solitario que el comandante embarcado en una empresa sobre la cual tiene grandes dudas que debe guardar para sí?

Había muchísimo que hacer antes de la batalla. Brodhead tendría bajo su mando a miles y miles de pobladores coloniales sin adiestrar. Él y sus oficiales tendrían que ponerlos en condiciones de combatir en el plazo de tres o cuatro meses. Tiempo bestialmente corto. El entrenamiento sería una operación implacable, empeorada por el calor.

El secreto estaba en ganarse su confianza. Esos CANZ bien podían terminar odiando a sus capataces británicos. Edificar el espíritu de cuerpo era tan importante como enseñarles a combatir.

Si *sir* Llewelyn tenía un punto blando, un botón sentimental, ése era Ulster. Detestaba intensamente lo que estaba por hacer al joven mayor Hubble, pero el muchacho era su apuesta más estudiada. Aunque Chris tenía un rango modesto, el general se sentía a gusto con su joven confidente; lo mejor era mostrarse franco y revelar algo más, para que Hubble comprendiera la importancia de su misión.

—¡Señor! ¡El mayor Hubble! —anunció el mensajero del general.

—Sí, hágalo pasar. Que no nos interrumpan por nada, a menos que sea por una llamada del Comando de la Flota.

—¡Sí, señor!

—¡Mayor Hubble, a sus órdenes! —dijo Chris, con una enérgica venia.

Los dos se encerraron con estruendo de cerradura. A Chris le palpitaba el corazón.

Nadie de tan bajo rango había estado antes en el cuarto de comando. Se oyó el zumbido de un potente ventilador de techo y un extractor de aire; Brodhead levantó la vista con la expresión de un sabueso melancólico.

—Póngase cómodo, Chris. Interrúmpame con todas las preguntas que quiera y prepárese para recibir un buen puntapié en el trasero.

Chris dejó a un lado el látigo y la gorra para seguir el ejemplo del general, que se estaba quitando el cinturón de pistolera y la corbata de uniforme.

—Lo que ahora voy a decir es secreto absoluto —advirtió el general.

—Sí, señor.

Brodhead se puso de pie para desenrollar un mapa colgado de la pared, donde se veía la zona oriental del Mediterráneo y las tierras circundantes.

—Es una gran idea, Chris. Los turcos han cerrado el estrecho de Dardanelos y nosotros tenemos que abrirlo. Es un concepto brillante, ideado para derrotar a los turcos de un solo golpe y avanzar por el valle del Danubio, con lo cual dividiremos a los alemanes en dos. Pero… Y ahora voy a hartarlo con peros… esta decisión es más política que militar. Winston Churchill es su defensor más empecinado.

Brodhead tomó del escritorio una de las pipas para usarla como puntero.

—Aquí está. Esta extremidad de tierra que cuelga en el Mediterráneo: la península de Gallípoli, de sesenta y cinco kilómetros de longitud y un ancho que varía entre dieciséis kilómetros y seis y medio. El estrecho de Dardanelos corre a lo largo del costado oriental y desemboca en el Mar de Marmara, Constantinopla y el Mar Negro. En el lado occidental de la península está el Mar Egeo.

Chris casi temblaba de nerviosismo. Una cosa eran los rumores y ser hombre pequeño en un grupo grande. Pero sentarse ante un general y formar parte de todo constituía una experiencia etérea.

—La península de Gallípoli es un sitio salvaje, muy poco habitado, con sendas primitivas, acantilados a pico, montañas y valles profundos. Está llena de cuevas, barrancos y cañones donde se pueden esconder cientos de ametralladoras, minas y alambre de púas. Pero la clave está en los tipos de aquí arriba —agregó, señalando con golpecitos una serie de colinas. Los turcos tienen fuertes costeros con cañones que pueden disparar hacia ambos lados.

—Sí, señor —susurró Chris.

—También es una decisión política, no militar, que no nos aliemos con los ejércitos de la Unión Balcánica. Se piensa que serbios, bosnios y búlgaros son demasiado inestables y volátiles, políticamente hablando, como para confiar en ellos. Personalmente, me gustaría que los griegos cruzaran por la Tracia, pero nuestros aliados rusos se oponen.

»Esto significa que el espectáculo correrá por cuenta de los británicos, con alguna ayuda de los franceses. Churchill aduce que tenemos poder naval de sobra para someter a Gallípoli al bombardeo más devastador de la historia. Francamente, creo que Churchill se imagina hundiendo la península. ¿Alguna pregunta, hasta aquí?

—Sí, señor. Ese ataque naval. Por lo que entiendo, debe aniquilar los fuertes montañeses turcos y entorpecer o desorientar a las otras posiciones, para que más adelante sean objetivos fáciles.

—Ésa es la idea.

—¿Tiene usted sus dudas, señor?

Brodhead se preguntó hasta dónde podía sincerarse.

—Sí —reconoció. Los cañones navales disparan en trayectoria plana. Están ideados para hacer blanco en otros barcos. ¿Serán igualmente efectivos contra posiciones atrincheradas en tierra? ¡La verdad es que nadie lo sabe! ¡Nunca se ha hecho! Hay otras partes de este operativo que tampoco se han practicado; por ejemplo: el desembarco y el aprovisionamiento desde el mar de un ejército tan numeroso. ¡Nunca se ha hecho!

”Ahora bien —prosiguió—, existen otros imponderables. ¿Qué pasa si no logramos abrir el Dardanelos? Eso significa que no podremos desembarcar en el costado oriental de la península. Tendremos que hacerlo desde el Egeo, con muy poca playa, y combatir inmediatamente cuesta arriba.

El lugar, tan espléndido en su mitología momentos antes, empezaba a parecer una bóveda mortuoria.

—El plan es uno, dos, tres —prosiguió el general Brodhead. Los franceses desembarcan en el lado opuesto del estrecho: Anatolia, que viene a ser la antigua Troya. Aseguran un perímetro y resisten. Los turcos no tienen mucho que enviar contra ellos y los franceses no tienen por qué avanzar tierra adentro; basta con que defiendan su lado del Dardanelos.

”El cuerpo principal de la fuerza británica desembarcará en el extremo de Gallípoli: aquí, en el cabo Helles, y ascenderá por la península. El primer objetivo importante será la cima de Achi Baba, unos diez kilómetros tierra adentro. Tenemos muy pocas posibilidades para engañarlos —señaló Brodhead, deliberadamente. Como la marina los bombardeará por varias semanas, saben que vamos hacia allá. Los CANZ desembarcarán más arriba para tomar la cumbre de Chunuk Bair; así cortarán el paso a los refuerzos turcos. A su debido tiempo, se les reunirán los británicos que avancen hacia nosotros.

—¿Sería correcto decir —interrumpió Chris— que los turcos han demostrado tener muy poco contra la Unión Balcánica y los italianos en el Africa?

—El plan consiste en que nuestra marina despeje el estrecho de Dardanelos, avance hasta Constantinopla e inicie un bombardeo naval, mientras nosotros subimos para sitiarlos.

De pronto a Brodhead le lagrimearon los ojos; se inclinó hacia el escritorio, plantando los puños en la postura que Chris había llegado a interpretar como actitud de total seriedad.

—Si la marina no despeja el estrecho… si los turcos están bajo el mando de una buena oficialidad alemana y mantienen intactas las tierras altas… si nos vemos

obligados a desembarcar en la orilla del Mar Egeo y avanzar colina arriba de inmediato… si los turcos pueden imponernos una situación de estancamiento… podemos vernos bien jodidos. Y que Dios lo ampare, Chris, si lo que acabo de decir sale de esta habitación.

Chris pidió al cielo no palidecer ni desmayarse delante del general, pero sabía que, en ese momento, las piernas no lo hubieran sostenido. Broadhead se cubrió de sudor; se sentía como un chico desobediente por haber delatado sus dudas ante un suboficial.

—¿Qué necesita de mí, señor? —preguntó Chris, leal. Entonces tuvo una sospecha. —¿Cabe suponer que en esto no participa ningún tipo de caballería?

Para Brodhead fue un alivio poder esbozar una sonrisa, seguida de una carcajada. Luego tamborileó con los dedos en la mesa.

—Bueno, hemos llegado a lo que usted esperaba, hijo: el transporte, en el caso de que nos encontremos en situación de estancamiento y en el mal costado de las colinas.

—Comprendo —dijo Chris, captando la enormidad del asunto.

—Los franceses pueden aprovisionarse con relativa facilidad y no necesitan una capacidad especial de transporte. Ahora bien: con el cuerpo principal de las fuerzas británicas aquí, en el extremo del cabo Helles, será preciso transitar por un frente fluido y un territorio difícil.

Chris asintió.

—Como usted sabe, en Palestina hay judíos… pioneros… que reclaman tierras y ese tipo de cosas. Los otomanos les complican la vida. Cuando comenzó la guerra, los turcos detuvieron a varios de los hombres y les aplicaron castigos bastante horribles, aduciendo que eran espías y simpatizantes de los británicos. Muchos de ellos, varios centenares, escaparon a Egipto y peticionaron para constituir una unidad del Ejército Británico. Por motivos políticos se decidió no incluirlos oficialmente en el ejército, pero sí autorizarlos a formar esa unidad. Es la que utilizaremos como transporte en el cabo Helles: el Cuerpo de Muleros de Sión.

—Comprendo —dijo Chris.

—En el Ministerio de Guerra, cuando estudié los planes preliminares, fue obvio que la única manera de avanzar con mis CANZ era con una unidad de mulas. Parece cosa del diablo, Chris, pero descubrimos que ni en Nueva Zelanda ni en Australia se sabe nada de mulas. En ninguno de los dos lugares se las ha usado nunca, ¿se imagina?

Chris parecía a punto de romper en llanto.

—Continúo, Chris. Si el ataque se estanca y es preciso ir a las trincheras, sin transporte de mulas estaremos condenados. No hay otra manera de conseguir comida, municiones, agua y elementos de medicina allá en la montaña, y tampoco podríamos retirar a los heridos. Lo que le dije en Camp Bushy es la absoluta verdad. Si la batalla pinta mal, sin mulas estaremos condenados. Desde este momento, el Séptimo

Batallón de Caballería Ligera de Nueva Zelanda es el batallón de transporte de mulas del CANZ. Y usted debe armarlo desde cero. Le daré toda la prioridad que esté en mi poder. Hágalo y le repito mi promesa: ascenderá directamente a coronel al terminar la campaña. Le doy mi palabra, ¿de acuerdo?

—Mulas —dijo Chris. Algo degradante, señor.

—Así es la guerra —replicó Brodhead.

Capítulo 60

En Gibraltar hizo su ronda de bienvenida el barco correo; cuando el convoy se puso nuevamente en marcha, los oficiales y los reclutas recibieron una buena provisión de cartas que leerían una y otra vez, hasta que las palabras acusaran la fatiga de combate.

Al llegar a su alojamiento, Jeremy vio un paquete de cartas en el pequeño escritorio. Barajó los sobres y se detuvo en uno que le llamó la atención.

Mi querido Jeremy:

En la vida suele ser verdad que no tenemos tiempo para nuestros amigos, pero sí todo el tiempo del mundo para nuestros enemigos. Como te escribo en función de enemigo, ten la bondad de darme el gusto.

Me llamo Gorman Galloway. En general respondo bastante a las descripciones aceptadas del «irlandés irreflexivo». También soy el compañero constante y el más querido amigo de tu madre; por lo tanto, enemigo tuyo.

Si me arriesgo a provocar tu ira es porque ya no soporto ver a una rosa tan magnífica marchitarse y morir por falta de una palabra bondadosa de su hijo.

No creo en el cielo ni en el infierno, exceptuando los que nosotros mismos nos buscamos aquí en la Tierra. Tú has creado tu infierno particular con la manera en que trataste a Molly O'Rafferty. Después de cometer un acto miserable, te marcaste con un hierro al rojo, flagelaste tu carne con látigos y empapaste tu dolor en ginebra; gracias a Dios, con ginebra decente.

Tu hermano Christopher, a quien tengo por imbécil, escribe que empiezas a mostrar una chispa de vida. Eso significa que comienzas a perdonarte. El más notable de los rasgos humanos ha sido siempre la capacidad de expiar aquí, en la Tierra. No hay pecado, que no pueda redimirse, aunque sea tan grave como el tuyo. Aquí todos pensamos que te has castigado lo suficiente.

Si hubieras leído las cartas de Caroline, sabrías que ella ha perdonado a su padre y lo atiende con intensa ternura. También ha perdonado a su esposo, al punto de mostrarse cortés con él. Ella te ha perdonado, mi querido Jeremy, y te añora con una nostalgia que la matará, sin duda, si continúas castigándola y castigándote con tu silencio.

La vida gira sobre muchos factores que no podemos dominar. Hay dos de ellos, entre los más importantes, que están bajo nuestro control.

Podemos manejar nuestras relaciones (¿y qué es la vida, sino una serie de relaciones?) y podemos corregir nuestras faltas, aquí en la Tierra y en el curso de nuestra vida. Las malas relaciones y las faltas son una parte normal del juego de la vida. ¿Quién eres tú, que has sido perdonado, para continuar infligiendo dolor a la mujer que te adora y ansia una sonrisa tuya, un contacto, una palabra?

¿Quieres imponer a Caroline lo que impusiste a Molly? ¿Arreglarás las cosas con eso? Si entras en combate y (Dios no lo permita) figuras entre los caídos, la llevarás a una muerte mucho más amarga.

Los ojos se le llenan de lágrimas cuando habla de tu belleza, tu dulzura y la falta de malicia que quizá te empujó a ese error.

Por favor, Jeremy, si eres hombre de verdad, debes hacer un gesto indicador de que tus relaciones con ella van camino de arreglarse.

Tu devoto enemigo,
Gorman Galloway

Jeremy abrió la tapa de su arcón para sacar el manojo de cartas que guardaba arriba de todo, atadas con una cinta y con el suave perfume de su madre. Lo atormentaba la necesidad de tomar coraje para contestarle. Y había llegado el momento.

Muy querida mamá:

Por favor, di a Gorman Galloway que no es un enemigo. Pero tú ya sabes lo afortunada que eres al

contar con un amigo tan amado. En otros tiempos tuve uno así y hace poco visité su tumba en busca de orientación.

Gorman Galloway me ha repetido lo que Conor Larkin trató de enseñarme: que los errores son parte de la vida y no tienen por qué resultar fatales para el hombre moral. Los errores son muletas para cobardes, y yo he utilizado las mías para hacer sufrir a la gente que me era querida.

Madre queridísima: ya he pasado demasiados años bebiendo y ahogándome en el fondo de un grasiento pozo de culpa, vergüenza, autocompasión y odio contra mí mismo. Es hora de que Jeremy deje de gimotear.

A medida que nos alejábamos de Irlanda, el aire mismo tomaba un olor y un gusto diferentes. Ya no me sofocaba al respirar.

Voy a reponerme, mamá. Tal vez estaré bien por primera vez en mi infame vida de inútil, que he echado a perder. Quiero pasar el resto de mis días como hombre bueno y decente.

La pena de haber perdido a Molly O'Rafferty no me abandonará jamás; tampoco quiero que así sea, pero no me dejaré aplastar por ella nunca más. Quiero seguir cualquier pista que me lleve a encontrarlos, a ella y a nuestro hijo.

Pero si no logro hallarla, si ella ha rehecho su vida y está bien así o si ya no existe, no volveré jamás a ser lo que era.

Tampoco se me borrará jamás la ira contra mi padre. Siento asco por la cobardía que me hizo ceder ante él y repugnancia por lo que es capaz de hacer para conservar su maldito reino.

Es extraño, pero lo que antes me parecía tan importante, lo que tanto temía perder, me resulta ahora indiferente. Mi intención es renunciar al título cuando acabe la guerra, pero quiero hacerlo frente a mi padre.

Cuando pienso en mis primeros días recuerdo el terror que me inspiraba.

Tengo pocos recuerdos agradables de papá. Hubo una época, durante muchos veranos, en que me encantaba ir con él a nuestra casa de veraneo de Daars, en Kinsale. Papá y yo salíamos a pescar tiburones. El escogía el mal tiempo y el mar nos castigaba con crueldad, pero ¡qué marino excelente era! Y cuando atrapábamos a esos feos monstruos grises, cuanto más grande era el tiburón, cuanto más se parecían sus dientes a dagas, más celebrábamos nuestro ilimitado gozo.

Llegué a descubrir que mi entusiasmo provenía de eliminar algo maligno; él se entusiasmaba, según creo, porque estaba tratando de exorcizar su propia malignidad. Después, en cuanto desembarcábamos y sus pies tocaban el muelle, se enojaba conmigo.

Cualquiera sea el futuro, mamá, no volveré a caer. Cualquiera sea el futuro, lo viviré hasta el fin como hombre bueno y decente.

He guardado tus cartas para el precioso día en que pudiera abrirlas.

Ha llegado el momento y rezo por recibir más de ti y de tu querido amigo Gorman.

Tu afectuoso hijo
Jeremy

Capítulo 61

Campamento CANZ, *Mena, Egipto. Febrero de 1915*

Emerger del enclaustramiento en los barcos que transportaban a los CANZ fue una maravilla para los hombres y para los muchachos que daban sus primeros pasos fuera del hogar. Ante ellos cobraron vida verdaderos milagros, las fotos de sus libros de geografía, bajo la forma de la Esfinge y las pirámides que los rodeaban. ¡Camellos! Hombres con turbantes en la cabeza… ¡Árabes de verdad! ¡Mujeres veladas! ¡Era el parque de diversiones que funcionaba en las afueras de Sidney, caramba!

Para los egipcios, esta nueva embestida de un ejército extranjero, aunque pacífico, fue absorbida con un encogimiento de hombros y el abarcador comentario de que era «la voluntad de Alá». Los visitantes indeseables habían sido elemento habitual de su historia antigua y reciente; pronto esos nuevos visitantes serían asimilados por el bazar que era El Cairo.

Esos CANZ eran soldados de gran fortuna, que recibían una paga de diez, quince, veinte libras inglesas por mes, lo cual serviría como bálsamo para los alborotos que tenían intención de armar.

A las pocas horas de llegada, toda una brigada de vendedores había establecido puestos ante los portones del campamento, respaldados por un batallón de buhoneros. Aparecieron cientos de muchachos, a quienes los CANZ llamaban «terriers», ofreciendo una variedad de servicios. Los soldados menos afortunados descubrieron muy pronto que eran príncipes en el país de la pobreza.

Mena era una base provisoria que albergaba las viejas barracas de los otomanos. Cuando los británicos sucedieron en Egipto a los turcos se hicieron ampliaciones para establecer una base permanente. Si bien una parte del campamento estaba en buenas condiciones, había allí todo un enjambre de obreros venidos de la ciudad, dedicados a un febril programa de construcciones.

El campamento CANZ se transformó en un torrente de hombres y equipos distribuidos provisoriamente en carpas para dos hombres, estructuras prefabricadas para provisiones, hospitales y centros de comando. Los trabajadores diurnos (vendedores y terriers, los egipcios nativos) ocupaban el último peldaño social; eran pintorescos y no del todo dignos de confianza. Representaban el argumento único del imperialismo: la prueba viviente de que algunas personas no están capacitadas para hacer nada en su propio país, aparte de servir al colonizador.

Hasta que se estableciera un campamento ordenado y un régimen de entrenamiento, ir a El Cairo estaba prohibido. El único entretenimiento era contratar a un terrier para escalar por la noche alguna de las pirámides. Aunque hubo unos cuantos huesos rotos y algunas muertes, el escalamiento de pirámides continuó hasta

que los oficiales británicos se pusieron firmes.

Los oficiales ingleses llegaron todos golpeteándose las botas con la misma marca de látigo. En Mena había varias unidades de caballería, pero hasta los de infantería y artillería portaban ese látigo de montar, como si fuera una especie de cetro que simbolizaba su rango.

Los australianos y neozelandeses, que hasta entonces habían vivido relativamente libres del sistema de castas, se mostraron fastidiados por la altivez, la formalidad y la vana arrogancia de los nuevos comandantes. Eso se traslucía en el tono mismo de sus muy británicas voces y por la expresión de sus muy británicos ojos. Desde el primer día dejaron notar con claridad que no consideraban a los de colonias como iguales. Se había trazado una línea invisible, pero profunda.

Sin embargo, a medida que el campamento iba tomando forma surgían con brillantez dos preguntas volcánicas, a saber: «¿Cuándo podremos ir a El Cairo?» y «¿Cuándo recibiremos los caballos?».

El sargento mayor John Tarbox entrechocó los tacos en el hermoso saludo que correspondía a su nuevo oficial superior.

—¡Sargento mayor Tarbox a sus órdenes, señor!

—Descanse, Tarbox —dijo Christopher Hubble, sin levantarse ni ofrecer la mano. Parecía mirar otra cosa a través del sargento.

A poca distancia se había sentado otro oficial, el teniente primero Jeremy Hubble, muy relajado y con una sonrisa amistosa.

—Soy el mayor Hubble, comandante del batallón. El caballero aquí presente es el teniente Hubble, que por coincidencia es hermano mío.

Jeremy se puso de pie y estrechó calurosamente la mano a Johnny, para fastidio de Christopher.

—Vamos al grano —interrumpió el menor de los hermanos. Se inclinó hacia adelante con la misma actitud amenazadora que su mentor, el general Brodhead, cuando se mostraba totalmente serio. —En esta fuerza expedicionaria no habrá caballería. ¿Entiende lo que estoy diciendo?

—Supongo que sí, mayor.

—Todos los batallones de caballería serán reconstituidos en infantería, armas pesadas, zapadores, artilleros, etcétera, etcétera.

—Sí, señor.

—Exceptuando —continuó Christopher— a nuestro Séptimo Batallón Neozelandés de Caballería Ligera, que está aquí. Así me lo han informado esta mañana mis superiores. El motivo será evidente.

Johnny halló una débil sonrisa y logró ponérsela en la cara.

—El Séptimo Batallón de Caballería Ligera es ahora un batallón de transporte, de transporte por medio de mulas.

—Con su perdón, mayor Hubble, yo no sé una mierda de mulas.

Jeremy soltó una carcajada.

—Cosa que puede decirse de todos los aquí presentes, me atrevo a añadir —graznó Christopher. Le aconsejo enérgicamente aceptar la noticia y demostrarme que puedo contar con su plena e irrestricta colaboración.

—¿Irrestricta, señor?

—Irrestricta —repitió Chris, apretando los dientes. La novedad había caído como el demonio entre los oficiales. Sería una desagradable sorpresa en todos los rangos. Recogió la foja de servicios de Tarbox y la dejó caer en el centro del escritorio, para repasarla con torturante minuciosidad.

—Bien, Tarbox, usted es uno de los que más edad tiene dentro del batallón, ¿no?

—Supongo que sí, señor. Tengo… eh… treinta y cuatro.

—Treinta y seis —corrigió Hubble.

—Contando diversas contingencias.

—¿Qué contingencias?

—Falseé mi edad para enrolarme por un tiempo en la Marina Real.

—Y ascendió al rango de soldado de primera en el curso de cinco años.

—En realidad era cabo, señor, y a no ser por un malentendido, cuando no pude embarcarme a tiempo…

—Porque estaba encarcelado en Singapur por… una riña de taberna, digamos, después de lo cual se lo castigó con treinta días a pan y agua y la degradación a soldado de primera.

«No fue culpa mía», pensó Johnny; «ese maldito proxeneta me saltó encima». Iba a hacer su defensa, pero lo pensó mejor.

—Conque usted no es sargento mayor, en realidad.

«¡Oh, Dios, aquí viene!», se dijo Johnny.

—Por cierto que lo soy, señor, en cierto modo.

—¿De veras? Tenga la bondad de explicarse.

—En Nueva Zelanda no tenemos muchas unidades estables. Debido a mi devoción y a mi gran habilidad como jinete, yo comandaba la Guardia de Honor Real, señor.

—Es decir, cinco o seis caballos para ocasiones ceremoniales, ¿no?

—Bueno…

—Entonces usted no era realmente sargento mayor.

—Si me permite, señor, tanto en la Isla Norte como en la Isla Sur todos conocían a Johnny Tarbox. Los padres solían decir a sus hijos: «Ojalá llegues a montar como Johnny Tarbox cuando seas grande. Él es un honor para la enseña del Rey». En cuanto estalló la guerra, dada mi celebridad, se me pidió que viajara de un extremo del país al otro y, casi sin ayuda alguna, enrolé a tantos jóvenes que se pudieron formar cuatro batallones de caballería enteros.

—¿Y usted se considera muy buen jinete?

—Puede haber algunos mejores, pero habría que buscar mucho. He hecho todo lo que se puede hacer con un caballo, salvo cogérmelo y comer la mierda, señor.

Jeremy volvió a estallar. Su hermano se puso amarillo; sus ojos azules, vidriosos, continuaban mirando a través de ese hombre casi con odio.

—Tengo en cuenta la diferencia entre nuestras culturas, sargento, pero en el futuro consideraré motivo de castigo el uso de lenguaje obsceno delante de un oficial.

Johnny enrojeció. Sentía la boca seca.

—¿Ha tenido a hombres bajo su mando? —inquirió Jeremy.

—Sí, teniente, casi toda la vida. Dirigía grandes grupos de arrieros en las fincas ganaderas y ovejeras de todo el país. En algunos trabajos he tenido a mi mando hasta veinte hombres.

Christopher se encogió de hombros.

—¿Quiere a este hombre, teniente? —preguntó a su hermano.

—Sí. El sargento Tarbox es justo lo que me recetó el médico.

Christopher se frotó el mentón con la mano, como si Johnny fuera un vacuno a evaluar. Luego volvió a hojear el informe.

—Bueno, usted no es un verdadero sargento mayor —repitió. Tendré que buscar alguno en otra parte. En las unidades británicas habrá alguno para requisar. Bueno, puesto que sus compatriotas kiwis lo juzgaron adecuado como sargento mayor, le permitiré retener el rango, siempre que cumpla con su trabajo impecable e irrestrictamente. ¿Me he explicado con claridad?

—¿Y cuál vendría a ser mi trabajo, señor?

—Los hombres de este batallón son todos jinetes respetables, ¿no?

—Los mejores, señor.

—Pues bien, a usted le corresponde convertirlos en los mejores muleros, en cuanto a cargar y guiar a los animales.

—Voy a formar una brigada patrona —dijo Jeremy.

—¿Brigada patrona?

—Una pequeña unidad de especialistas en mulas. Tendremos que redactar un manual simplificado, conseguir equipos adecuados, resolver logísticas y entrenamiento. Nuestra tarea principal será adoctrinar a los hombres y organizar este batallón, de cascos a cabeza —explicó Jeremy.

—No sé cuántos muleros podremos conseguir aquí, teniente.

—Lo más probable es que nos lleguen algunos con otras unidades, a medida que vayan llegando a Egipto. Mientras tanto, hay unos cuestionarios que sus muchachos llenaron durante el viaje en barco. Revíselos y vea quiénes son los candidatos más aceptables. Con una sonrisa, entregó a Johnny dos cajas de cuestionarios. —Será un placer trabajar con usted —dijo.

—Esto debe quedar bajo absoluta reserva —interrumpió Chris. Ni una palabra a ser viviente hasta que estemos listos.

—Sí, señor.

—Dentro de tres días, el miércoles, llegará a Mena el capitán Ellsworth, veterinario en jefe del Cuerpo Británico. Él interrogará a cualquier hombre que tenga

conocimientos sobre mulas —añadió Jeremy, dándole una palmada en el hombro.

—Puede retirarse, sargento. Y recuerde: silencio —lo despidió Chris.

Mientras Johnny cerraba la puerta, Jeremy pensó: «Oh, Dios mío». Christopher pasaba buena parte de su vida irritado con él; en ese momento mostraba la misma irritación.

—Éste es un buen hombre con el que podemos contar —señaló, con la esperanza de distraer a su hermano. Bueno, ya veo que estás a punto de mear petróleo.

Chris bufó hasta que pudo controlarse.

—Será mejor que tú y yo aclaremos unas cuantas cosas antes de tratar con otro recluta. Debo cargar con la difícil situación de ser tu hermano y, si llegas a hacerte cargo de esa brigada patrona, tendremos que trabajar en estrecha colaboración.

—No sé por qué te esmeraste tanto en humillar al sargento Tarbox. Dudo mucho de que la intimidación sea un buen recurso para organizar un batallón.

—Oh, el viejo Jeremy, siempre tan buen hombre, siempre uno de los muchachos.

—¿Qué pecado tan espantoso cometí? ¿Estrecharle la mano?

—Comienzas por estrecharle la mano, después tomas el té con él… o una ginebra. Aquí no estamos tratando con gente debidamente educada, Jeremy, y nuestra primera misión es enseñarles lo que es disciplina. No podemos aflojar las riendas. Quiero convertir a este grupo en un correcto batallón británico, como los Coleraine.

—Pero no son los Coleraine, Christopher. A éstos no se les cae una lágrima cuando oyen el himno ni estarían dispuestos a morir en combate por el Conde de Foyle. Míralos: doblan en tamaño a cualquiera de tus inglesitos escuálidos. Viven al aire libre, comen carne de vaca y no saben lo que es la sangre azul. ¿De qué diablos estamos hablando? Tres hombres en un cuarto despintado, en la otra punta del mundo, discutiendo sobre mulas y estiércol… ¡y tú actúas como si estuviéramos en el cambio de guardia ante el Palacio de Buckingham! Por favor, Chris, olvídate de los modales aristocráticos. Estamos hablando de mulas y hombres muy rudos.

—No se te ocurra revolearte en el lodo con estos hombres, Jeremy, como hacías en la cancha de rugby, ni codearte con ellos en las tabernas, bebiendo cerveza y exhibiendo tus tatuajes.

—Tatuajes —musitó Jeremy. Ésa sí que es una buena idea. ¿Habrá algún conde con tatuajes?

—He ordenado a mis oficiales que impongan el reglamento desde el primer día. En cuanto a nosotros, para comenzar: no voy a seguir pasando por alto tu insubordinación en mérito a nuestras circunstancias familiares y, para continuar, no tenemos el mismo rango. En este batallón mando yo, teniente, y se me otorgó este mando por la gravedad de la misión.

—Tú te entiendes muy bien con el general Brodhead. No creo que él me niegue un traslado.

—¿Vamos a hablar tranquilamente y sin rencores? —dijo Christopher de inmediato.

—¿Por qué no?

—He jurado a papá y a mamá hacer cuanto pueda para que vuelvas a casa sano y salvo…

—Y sin arruinar el honor de la familia. Bueno, Chris, ya no eres el guardián de un lamentable borracho.

—Tu solicitud de traslado no pasará de mi escritorio.

—¿Sabes por qué? Voy a decírtelo. Estos hombres de colonias no son títeres y tú no sabes un comino de tratar con hombres. Quieres que yo dirija la brigada patrona y que esté a tu lado, por si metes la pata.

—Tienes muy buena opinión de ti mismo —observó Chris. Permíteme aclarar esto con calma. No juegues con un sistema de disciplina que ha sido bien desarrollado a lo largo de mil años y ha servido para crear la nación más grande de la humanidad. Son los oficiales como yo los que han hecho del Ejército Británico una magnífica institución.

«Dios Todopoderoso», gimió Jeremy para sus adentros, tratando de dominarse. «¿Otra vez como en Derry, en el Día de los Aprendices, arrojando una lluvia de monedas contra los católicos del Bogside?».

—Somos las personas más afortunadas de la Tierra —continuó su hermano con desenvoltura. Tenemos una posición fijada desde el día en que nacimos y los privilegios nos corresponden por derecho. Ésa es la forma en que funcionan el universo, el mundo y el Ejército Británico. Y por eso tenemos un imperio. Rómpelo todo, confunde a los privilegiados con los que nada tienen y en diez años volveremos a lo que era en un principio. Jeremy Hubble no va a cambiar el orden natural de las cosas. Jeremy Hubble haría bien en comprender que su misión en la Tierra es proteger sus privilegios.

Jeremy apoyó las manos en los hombros de su hermano y lo miró con aire de súplica. Oh, Dios, si pudiera hacerse entender…

—¿Cuándo aprenderás lo que no pudieron aprender papá ni el abuelo, Chris? No se puede obtener la lealtad de los hombres mediante la intimidación.

—Yo diría que ellos se las arreglaron muy bien.

—Eran ricos. En una batalla como ésta hay que tener respeto por la dignidad ajena. No se puede ser dueño del alma ajena. Molly O’Rafferty me rechazó por no entregar su alma.

Chris apartó de sí las indeseables manos de Jeremy.

—Al César lo que es del César —dijo. Que Jesús y María se ocupen de sus almas. Yo sólo quiero obediencia, irrestricta obediencia.

Capítulo 62

Rory hizo la venia ante una mesa larga, cubierta de fieltro verde, tras la cual se sentaba el capitán Ellsworth, flanqueado por Jeremy Hubble y Johnny Tarbox.

—Recluta Rory Landers, reportándose.

—Soy el capitán Ellsworth. Siéntese, por favor.

—Y yo, el teniente Hubble —agregó Jeremy, ofreciéndole la mano. Creo que ya conoce al sargento mayor Tarbox.

—Sí, señor.

—Según el cuestionario que usted llenó a bordo —dijo Jeremy—, parece tener cierta preparación que nos sería muy útil.

—Eso espero, señor.

—Voy a estar al mando de una pequeña unidad patrona —continuó Jeremy.

—¿Patrona, señor?

—Es una brigada de expertos en diversas cosas, lista para resolver problemas. Necesitamos un manual de transportes simple y actualizado.

—Creo que se ha equivocado de hombre, señor. No sé nada de transporte militar.

—De mulas. Transporte mular —aclaró Jeremy.

—¿Puedo hacer una pregunta, mi teniente? —inquirió Rory.

—Por cierto. Y por favor, considere esto como una charla informal.

—¿Somos caballería de caballos?

—Caballería de caballos, por cierto —mintió Jeremy. Puede que debamos combatir en un terreno difícil y el comando piensa que las mulas serán más adecuadas para trasladar nuestros equipos. Si bien el Séptimo Batallón de Caballería Ligera está formado por magníficos jinetes, según tengo entendido, parece carecer totalmente de experiencia con mulas. Por lo tanto, a la brigada patrona le corresponde resolver ese problema. No se preocupe, Landers: con un poco de suerte podrá tener varios caballos entre las rodillas.

El capitán tomó el cuestionario de Rory.

—Aquí dice que usted tuvo tres años de experiencia con mulas.

—Fue hace mucho tiempo. Mi papá tiene una finca ovejera bastante grande en la Isla Sur. Cierta vez compró una gran parcela contigua, de terreno boscoso, que no estaba preparada para cultivar ni para pastura de ovejas, y yo lo convencí de que importara un rebaño de venados para criar y comercializar.

—¿Y cómo marchó eso?

—Demasiado bien —respondió Rory. Por desgracia, los venados hacían desastres con los pastos y rompían con las patas la capa de tierra fértil. Si no les dábamos mucho más espacio, tendríamos que alimentarlos enteramente de nuestras provisiones, con lo que elevábamos el riesgo. Los vendimos con una buena ganancia.

Pero disculpe: me he salido del tema.

—No, si es muy interesante —dijo Ellsworth. Continúe.

—El sector no estaba preparado para sembrar ni para pastura, de modo que se me ocurrió otra idea: criar mulas.

—¿Por qué se le ocurrió eso, Landers?

Rory se encogió de hombros.

—Parecía lógico. Allá hay cientos de fincas pequeñas y una mula cubre el trabajo de un caballo y medio con la misma cantidad de comida. Hasta resulta más económica en terreno montañoso. Aparte de las fincas agrícolas, allá hay muchas empresas mineras y madereras que podían utilizar mulas con más provecho.

Notando que Rory aún no había cumplido los veinte años, el capitán Ellsworth preguntó:

—¿Qué edad tenía usted cuando ocurrió todo esto?

—Tenía once años cuando se me ocurrió importar renos y catorce cuando empecé a criar mulas.

—Su padre debe de haberle tenido mucha confianza.

Rory reflexionó. Sí, el terrateniente le daba rienda libre cuando se trataba de la finca, quizá porque lo había entrenado bien.

—-Conozco al terrat… eh… al señor Landers —intervino Johnny Tarbox. No he conocido a un agricultor más inteligente. Cuando veía una parcela virgen, estudiaba los vientos, interpretaba los contornos, olía y probaba la tierra; luego era capaz de decir qué se podía cultivar allí y cuánto rendiría.

—Es cierto —susurró el recluta.

—¿Y qué pasó con la cría de mulas? —preguntó el capitán Ellsworth.

—Cuando uno pierde las excusas abundan. Los renos se reproducían con demasiada naturalidad —dijo Rory. En cambio, poner a un garañón con una yegua es una verdadera complicación. Como no teníamos experiencia con la cría de mulas, todo era aprender de los errores. No quiero descargar culpas, pero creo que la empresa falló, en el fondo, porque los granjeros y los buscadores de oro tenían ciertas ideas formadas sobre las mulas y no sabían manejarlas.

—¿Se refiere a la tozudez?

—No, no es cierto que sean tozudas. Las mulas son muy inteligentes; si parecen tercas suele ser porque se las maneja mal. Entonces el dueño cree poder hacerlas trabajar a latigazos, pero las mulas jamás perdonan el castigo.

—Bueno —lo desafío Ellsworth—, si eso no es tozudez, no sé cómo se llama.

—Las cosas son así, capitán —explicó Rory, sin tener la menor idea de que estaba ante un veterinario con veinte años de experiencia. Hay mulas tercas y mulas salvajes. Las mulas que nacen salvajes pueden ser muy peligrosas; hay tantas posibilidades de domesticarlas como de amansar a una hiena. No queda más remedio que eliminarlas. En nuestro caso descubrimos que estábamos criando un alto porcentaje de mulas salvajes.

—Comprendo —dijo Ellsworth. Entonces las eliminaron disparándoles en la frente, bien entre los ojos.

Rory hizo una mueca.

—No. Tienen el cráneo muy grueso y a veces no mueren de inmediato; agonizan por horas enteras. La manera segura de eliminar a una mula salvaje es con un disparo en el ojo, apuntado hacia el cerebro. Así mueren instantáneamente, sin sufrir. Si renuncié a las mulas fue, en parte, porque me resultaba muy difícil matarlas.

—Bueno, tampoco es posible mimarlas —lo acicateó Ellsworth. ¿Cómo se hace para enseñarles disciplina?

—Ante todo hay que respetar su dignidad. Hacerse amigo de ellas, darles a entender que el trabajo es de los dos. También a los caballos los domestico así, señor. No me gusta la doma. Hay que hablar con la mula, llamarla por su nombre, tratarla con suavidad y tener siempre un poco de avena en el bolsillo. Cuando uno se gana su cariño, el animal es capaz de matarse trabajando por uno.

—¿Usted no doma a los caballos? —se extrañó Ellsworth.

—Rory Landers convence a los caballos para que acepten la silla —confirmó Tarbox.

—Ha de tardar una eternidad —observó Jeremy.

—Unas pocas horas, en la mayoría de los casos. En realidad, basta con hacerles ver que no deben tener miedo. Con eso se conforman.

Los oficiales, rudos jinetes de toda la vida, hicieron una pausa para digerir esa increíble idea.

—Me interesó su comentario de que el problema no está en las mulas, sino en quien las maneja.

—Sí, señor. Las mulas son mucho más inteligentes que los caballos. Cuando sienten que algo no anda bien, se plantan. De ese modo están tratando de decir algo. Y mucha gente toma eso por terquedad.

—¿Por ejemplo?

—Si la mula siente que está mal cargada no cederá hasta que uno le haya acomodado la carga. Si caminan por terreno peligroso, una senda de montaña o un puente que se mueve, se detienen para tantear el camino hasta asegurarse. Si un caballo se enreda el casco en alambre de púas, lo sacará a sacudidas y lo más probable es que se desgarre. La mula, en cambio, retira la pata con cuidado.

—Fascinante —comentó Jeremy.

—Para transporte militar han de ser mucho mejor que los caballos —adelantó Rory.

—¿Por qué?

—Las he llevado a la montaña por la noche. No se asustan del fuego ni de los ruidos. ¿No han visto ustedes cómo orientan las orejas hacia el ruido? Apostaría a que son excelentes centinelas.

—¿Qué alzada tienen, como promedio?

—El macho mide alrededor de un metro treinta; la hembra, diez centímetros menos.

—¿Qué les daba de comer por día?

—Oh… unos diez kilos de mezcla.

—¿Y qué peso cargan?

—Unos ciento treinta y cinco kilos.

Ellsworth pasó al arte de acomodar la carga, los nudos, las ataduras, las bridas, las enfermedades comunes, el cuidado y las necesidades sanitarias. En las horas siguientes no obtuvo una respuesta equivocada ni insegura. Cuando ese muchacho Landers no sabía algo, lo decía sin más.

Por fin el capitán Ellsworth levantó las manos y miró al teniente, por si él tuviera alguna otra pregunta.

Gracias, recluta Landers —dijo Jeremy. Tenga la bondad de esperar afuera, que lo llamaremos muy pronto. Oh, a propósito: Tarbox nos ha dicho que usted volteó al campeón australiano de peso pesado.

—Se descuidó, señor. Me ofreció mucho blanco.

Al cerrarse la puerta, el capitán Ellsworth hizo un gesto afirmativo. El sargento mayor Tarbox sonreía con toda la cara.

—Si usted no lo quiere, Hubble, me lo llevo yo —dijo el veterinario.

—Quiera Dios que sepa redactar lo suficiente como para componer un manual simplificado.

—Tengo al hombre capaz de escribir ese manual, señor —intervino apresuradamente Tarbox.

—¿Quién es?

—El recluta Chester Goodwood. En realidad es inglés.

—¿Sabe algo de mulas?

—Sabe escribir. A bordo del *Wagga Wagga* escribía cartas de amor para la mitad de sus compañeros. Sabe usar palabras como «jazmín florecido en primavera».

—¿Y es amigo suyo?

—Este chico, señor, es hijo de *sir* Stanford Goodwood, un gran banquero de Hong Kong. Será de incalculable valor cuando llegue el momento de elaborar la logística.

—Muy bien, lo entrevistaremos más tarde —decidió Jeremy. ¿Conque usted no vacilaría en probar a Landers como maestro mulante? —confirmó con el capitán.

—Me juego por él —replicó el veterinario.

—A mí también me dejó una buena impresión. No es un muchacho alocado, ¿verdad, Tarbox?

—Somos kiwis, señor. No somos como esos australianos, no señor. Rory Landers tiene muy buen carácter.

—Necesitaremos varios hombres más, capitán, y no los veo por aquí —observó Jeremy, preocupado.

—Puedo buscar entre la gente de mi base —le ofreció el capitán. Van a llegar dos o tres grupos con experiencia en mulas. Hay un batallón del Penjab que usa mulas para trasladar los cañones por la montaña. Ya le buscaré un cargador y un guía. Son sikhs, ¿sabe? Combatientes feroces.

—¿Los de turbante?

—Sí, y todos hablan inglés. También necesitará un veterinario. La atención de las mulas es más o menos igual que la de los caballos, pero tienen sus problemas especiales. Hummmm, veamos… Tenemos un grupo de judíos palestinos que se van a entrenar para transporte. Algunos de ellos manejaban mulas en el ejército ruso, según creo, y también las usaban en Palestina para la agricultura. Entre ellos debe de haber varios veterinarios o, cuanto menos, alguien con suficiente preparación para hacerse cargo. Déjeme tomar nota… Cargador del Penjab… Veterinario judío que hable inglés.

Hicieron pasar nuevamente a Rory y le ofrecieron asiento.

—Tuvimos que engañarlo un poco por motivos de seguridad militar, Landers. Lo que voy a decirle ahora seguirá siendo secreto por varios días más. Tenga la amabilidad de contener el aliento para no gritar.

Rory cerró los ojos y se preparó para lo peor.

—El capitán Ellsworth es el jefe de veterinarios de las divisiones británicas estacionadas en el sur.

—Ya imaginaba que el capitán era veterinario —dijo Rory. Me van a enviar adonde están las mulas, ¿no?

—No: traeremos a las mulas adonde está usted. Todas las unidades de caballería han sido desbandadas y, en su mayoría, se las destinará a infantería. El Séptimo Batallón Neozelandés de Caballería Ligera es ahora el batallón de transporte mular de las fuerzas CANZ.

—¿No hay caballería, señor?

—No hay caballería. Las decisiones y las órdenes del alto mando no se discuten. Es evidente que no necesitaremos caballos en esta campaña, ¿verdad? Quiero que usted integre la brigada patrona para que resuelva cualquier problema que surja mientras efectuamos la transformación. Por ahora, su misión principal consiste en redactar un manual; después será el maestro mulante del batallón, encargado de las cuatrocientas o quinientas mulas que estamos esperando. Y para calmarle la pena y ponerlo de buen humor, el trabajo viene con el grado de sargento primero.

—Felicitaciones, Landers —dijo el capitán Ellsworth.

—Vamos al rancho, capitán. A ustedes, señores, quiero verlos dentro de dos horas. Traigan a ese recluta… eh… ¿Good…?

—Goodwood. Chester Goodwood.

Rory era un nudo de músculos abultados, mandíbulas tensas, puños apretados y venas hinchadas en el cuello. Se volvió hacia Johnny Tarbox con una actitud totalmente asesina.

—¡Maldito hijo de puta! ¡Sabías todo esto desde ayer! Cuando revisaste mi cuestionario me entregaste a esas condenadas mulas atado de pies y manos. ¡Podrías haber roto ese cuestionario de mierda, para que nadie se enterara! ¡Qué asqueroso hijo de puta!

—Así que yo te traicioné, ¿no?

—¡Hijo de puta!

—Así que yo tenía que escamotear tu cuestionario. ¿Y entonces qué? Terminabas paleando mierda en el establo, como cualquier recluta. ¿Quieres un traslado? Sí, cómo no. Te consigo un traslado a la infantería, qué joder, para que marches por ese jodido desierto hasta que el sol te haga mierda. ¡Boludo! ¡Tendrías que estar besándome los pies! ¡Sargento primero! Yo, con cinco años en la Marina Real, soy un triste soldado de primera. Y tú, en diez minutos, ¡sargento primero! ¡Pedazo de idiota! ¿No ves que la caballería no existe? Además, a mí nadie me consultó.

Rory cayó en una silla, parpadeando. Al captar la enormidad de lo que Johnny decía, escondió la cara entre las manos.

—Perdona, Johnny —sollozó.

—¡Y yo, subiendo al ring con ese monstruo del carnicero Baker, para que me cagara a golpes!

—Te pedí perdón. De veras, lo siento.

—¿Quieres que te diga algo más? —añadió Tarbox, de pie ante él. Deberías besarme las botas por haberte hecho entrar en la brigada patrona, con el único oficial inglés decente del campamento CANZ.

—¿Vas a seguir vapuleándome? Ya te pedí perdón.

—Mira bien a esos inglesitos —prosiguió Tarbox— y agradece que nos haya tocado el teniente Hubble. ¿Sabes que es de auténtica sangre azul? Vizconde. ¡Hijo de un conde, carajo!

Rory levantó la vista y Johnny quedó preocupado.

—¿Qué te pasa, hombre?

—Son de Ulster. ¿Es… es el hijo del Conde de Foyle? —preguntó Rory, con un hilo de voz.

—Algo así.

—Jeremy y Christopher Hubble —susurró el muchacho. Jeremy Hubble.

Capítulo 63

Después de varias incursiones individuales por El Cairo, el sargento mayor Tarbox y Rory Landers, que lucía las nuevas insignias de sargento primero, quedaron con la nítida impresión de que El Cairo no era París.

Rory pasaba de la quietud de Christchurch a un bullicio de desaliñadas multitudes, sonidos estridentes, bocinas cargadas de impaciencia, aromas salvajes, sol ardiente, mujeres extrañamente escondidas en ropajes negros, calles descuidadas… todo ese confuso bazar que era el antiguo sistema en el que florecían los cairotas.

La ciudad hospedaba ahora a un ejército nuevo y eso provocaba la reacción de todos los vendedores y mendigos, todos los bares, burdeles, transportistas, camelleros y comerciantes. Aparecían miles de artesanías antiguas recién talladas, junto con toda una brigada de prostitutas con garantía de virginidad.

El dinero y la enorme sed de los soldados produjo la destilación de horribles vinos y cervezas locales, que dejaron un tendal de vómitos y cegueras temporarias.

La codicia de los vendedores no tenía límites. Después de todo, ellos no habían invitado a ese ejército extranjero.

No pasó mucho tiempo sin que los CANZ y los británicos despreciaran a El Cairo; a no ser por la libra esterlina, el sentimiento habría sido mutuo. Los australianos, que provenían de una tierra donde dar la mano era cuestión de honor, se sintieron engañados y llevaron a cabo bulliciosas represalias, luciendo sus vistosos gorros de campaña. Como la policía de El Cairo se mostraba algo tímida, las patrullas militares siempre estaban limpiando desastres desde el alba al anochecer y nuevamente hasta el alba.

Rory, Johnny y Chester tenían un objetivo prioritario: hallar un oasis de soledad en esa maniática *mélange*.

Johnny Tarbox, que había visitado El Cairo en sus años de servicio en la Marina Real, se jactaba de estar en mejores condiciones de abrirse paso por el laberinto de cucos, cacos y caciques. Rastreando al jefe de los terriers que rodeaban el portón del campamento, dio con un verdadero matón llamado Walid.

Los terriers hacían en el campamento toda clase de tareas, desde lustrar zapatos o hacer recados hasta escalar pirámides con los recién llegados. Era Walid quien operaba la agencia de empleos, asignando los mejores trabajos a los miembros de su extensa familia, sus amigos y los que le pagaban las mejores comisiones.

En la creencia de que estaba jugando según el sistema, Johnny le ofreció la considerable suma de cinco libras para que lo pusiera en contacto con quien correspondiera en la antigua ciudad. Las promesas de Walid fueron extravagantes; dijo que, por dos libras más, lo conectaría con el «protector» del animado distrito Aguza.

Tarbox sabía que, en algún punto de esas oscuras y retorcidas callejuelas, con todos sus ruidos y sus olores deliciosos y no deliciosos, tenía que haber un precioso escondrijo, con bailarinas árabes a derecha e izquierda… y bebidas decentes.

—No podemos estar sin bebidas decentes.

—Mi hombre se ocupará de usted, primera clase —prometió Walid. Y Johnny se sintió muy orgulloso por haber sabido abreviar las búsquedas inútiles y la burocracia oriental.

El sargento primero Rory Landers se encargó del centro de El Cairo, por el distrito Buluq. Una sarta de hoteles de dos y tres estrellas bordeaban la orilla este del río. Rory consideraba que un departamento de terraza con tres dormitorios tenía que estar dentro de sus posibilidades.

En cuanto a Chester, les preocupaba la idea de enviarlo a los tumultos del mercado. El chico estaba haciendo un estupendo trabajo con el manual de mulas. En realidad, estaba haciendo el trabajo de los tres. Sin embargo, cuando Rory y Johnny volvieron al campamento con cierto aire de amargura, Chester dio por sentado que El Cairo tenía ciertas similitudes con Hong Kong. Entonces Johnny y Rory aceptaron que se uniera a la búsqueda, pero le ordenaron recorrer sólo las zonas seguras.

Fue en la cuarta incursión, durante la noche, cuando decidieron lanzar una búsqueda a fondo. Sincronizaron los relojes y se abrieron en abanico. Se reunirían en el bar que estaba frente al hotel, cerca de la estación de ferrocarril, a las dos y media del día siguiente.

El reloj de la estación dio las tres; eso significaba que en realidad eran las dos, porque el reloj estaba una hora adelantado. La ciudad cerró las persianas para el descanso del mediodía, que ayudaba a resistir el debilitante calor húmedo emanado por el Nilo.

Rory fue el primero en regresar. Rechazó el horrendo brebaje que intentaban servirle y, después de una larga discusión, ganó el debate con una botella de ginebra sin abrir, de buena marca. Ante sus ojos, el torbellino de terriers se fue reduciendo a unos pocos inquietos y a los chicos que seguían ofreciendo collares musulmanes, rosarios católicos, *kaffias* y baratijas que ellos no podían enviar a sus novias.

Johnny Tarbox apareció como un espejismo, rodeado de vapor reverberante, y cayó en una silla, laxo.

—Nada.

—Nada.

—Esas malditas cucarachas criaban ratas como mascotas.

—No alojaría allí ni a un oficial inglés.

—La Casbah tiene ojos y oídos —dijo Johnny, probando la ginebra con un «ah». Tendríamos que sobornar a la mitad de los pistoleros de la ciudad antigua para que no nos degollaran. Es gente sucia, peluda y sudorosa… y los hombres, todavía peores.

Rory no pudo resistirse a un niño mendigo que conducía a un anciano ciego, horriblemente deformado. La moneda que le dio atrajo a un enjambre. Se decidió por

un crucifijo de madera, tallado con un trozo de la cruz auténtica, y echó al resto a gritos.

Johnny agitó un pulgar en dirección a la isla que se alzaba en el medio del río.

—Allí está la cosa, Rory. Cuando los británicos se instalan para gobernar un país, buscan estar cómodos a bajo precio. Las únicas camas sin pulgas de la ciudad son las del distrito de Tamalek.

—¿Y estás seguro de que está prohibido para nosotros?

—Oficialmente no, pero hay custodia de la policía militar en todos los puentes y las patrullas barren con todo lo que se parezca a un recluta. Nosotros somos bazofia, compinche.

—Eso te da muchas ganas de combatir por ellos.

—Sí —murmuró Johnny—, distrito *de lujo* para oficiales. Por debajo de teniente coronel, nadie puede meter la nariz allí. Cuando estuve aquí nos llevaron a recorrer los jardines. Son como los hoteles que de ven en el biógrafo: grandes chalets, jardines…

En la mente de Rory comenzaron a girar ciertos planes igualitarios.

—Te oigo pensar, compinche, pero olvídate del asunto. De cualquier modo, he descubierto el mejor prostíbulo de la ciudad vieja: casi exclusivo y con algunas mujeres realmente lindas. Creo que voy a darme un baño de agua fría y después ¡a enamorarme! —dijo Johnny.

El reloj de la estación dio las tres y media. Eran las dos y media.

—¡Dios mío! —exclamó Rory.

—¡Qué!

—¡Chester! No lo hemos visto desde ayer, cuando volvimos.

—¡Maldita sea su madre! ¿No le dije que se quedara en el campamento, a trabajar en el manual? Tendremos que salir a buscarlo. —¿Adónde?

—¡A la policía, a la morgue!

—Tranquilízate —dijo Rory. Si el chico fue capaz de viajar escondido desde Hong Kong a Nueva Zelanda…

—Si le ocurre algo malo, no me lo perdonaré jamás —dijo Tarbox. Le di más de cien libras de los fondos que guardamos en la caja fuerte del batallón. ¡Ah, Dios, si lo han asaltado y asesinado! ¿Qué hacemos, Rory?

—Por el momento, quedarnos aquí sentados y esperar. Si tienes que visitar a alguna dama, esperaré yo.

—No, no, me quedo contigo. Oh, Chester, hijo…

El recluta Chester Goodwood pasó el primer día admirando los exquisitos negocios de la calle Ramsés; al oscurecer recorrió una serie de bares y vestíbulos de hotel, reuniendo información. Como un buen detective sobre la pista, en vez de volver a su hotel durmió un rato en la estación de trenes, para poder reanudar la

búsqueda apenas rayara el alba.

Chester concentró sus esfuerzos en una agencia de viajes, pequeña pero bien instalada, y estudió a la clientela. Vio entrar a dos árabes imponentes, a una señora europea a la última moda y a varios oficiales, todos con rangos superiores al de mayor.

En el escritorio principal lo recibieron con una mueca de superioridad, pero el agente echó un vistazo a la mano que Chester había puesto en el mostrador, con un billete de cinco libras a la vista.

—Estoy haciendo algunas averiguaciones por cuenta de mi comandante —dijo el recluta.

—Por favor… -—Brazos abiertos, invitación a sentarse detrás del mostrador y *chop chop*, café para el señor.

—Quiero el nombre del conserje mejor relacionado de El Cairo, por favor, llámelo para decirle que voy a verlo por cuenta de mi general. Si habla en inglés se habrá ganado otras cinco libras.

Entonces surgió por primera vez el nombre del señor Hamdoon Sira.

Luego Chester se abrió paso hasta los jefes de camareros de varios hoteles importantes, que confirmaron las credenciales de Sira. Por fin se encontró en la oficina de un abogado que, por diez libras, le daría una buena recomendación para hablar con su gran amigo Hamdoon Sira.

Frente al puente 14 de Octubre, Chester tomó un taxi que lo llevó a la isla prohibida y se detuvo ante el hotel más magnífico del Cercano Oriente: el Memphis Palace. Los setos y las flores lo defendían del bullicio y la suciedad del otro Cairo. Entre sus arcadas y sus mármoles circulaban legiones enteras de empleados de guantes blancos, que parecían caminar casi sin tocar el suelo. Todo era suave y agradable. «Esto se acerca más», pensó Chester. Más aún, se sentía muy a gusto en medio de tanta clase. Y música para el té.

—Soy el recluta Chester Goodwood; creo que el señor Sira me está esperando —dijo, plantando la eterna libra esterlina en la mano del asistente. Sabía que se avanza más poniendo una libra en el sector de los adinerados que cinco en el sector de los pobres. Uno de los grandes logros de los ricos y poderosos es no pagar demasiado por las cosas.

—El señor Sira está con un invitado, pero lo atenderá en seguida.

Un coronel inglés fijó su atención en Chester, fastidiado por la familiaridad del recluta. Después de mirarlo de arriba abajo y reparar en el distintivo neozelandés, dio por sentado que el muchacho ignoraba la costumbre: el personal sin rango que debía atender o aguardar a un oficial hospedado en el Memphis Palace tenía su propia sala de espera, fuera del vestíbulo principal.

—Soldado —interpeló el coronel, gruñón—: ¿no cree que se ha equivocado de lugar?

—No lo creo, señor. Espero para hablar con el señor Sira por cuenta del teniente

general Mulas-Worthy.

—Ah… hum… quédese.

—¡Sí, señor! —Y Chester le plantó una venia digna del Rey.

El señor Sira y Chester Goodwood se midieron mutuamente de pies a cabeza. Tal como el muchacho esperaba, Sira era una versión egipcia del conserje chino del hotel Península. Parecía haber sobrevivido a un ascenso desde muy abajo… y en El Cairo eso valía mucho.

Por su parte, Chester resultaba desconcertante: mejillas suaves, sonrisa inocente y modales mansos.

Ahora se iniciaría el tango egipcio, lleno de interminables juegos de palabras y maniobras evasivas, a menos que él disparara una flecha directa al corazón.

—Usted ha distribuido grandes cantidades de dinero para ponerse en contacto conmigo —observó Hamdoon Sira, completamente seguro de que ese recluta representaba a algún oficial importante. Sabía que nadie daba su nombre porque sí.

—Voy a explicarle la situación, señor Sira —dijo Chester. Soy británico, proveniente de Hong Kong, y tengo dos amigos neozelandeses. Como formamos parte de una brigada especial, se nos conceden licencias frecuentes. Podrían asignarnos otros dos o tres hombres, pero no más.

—¿Usted viene en representación del comandante?

—No, señor.

—¿Y en qué piensa que puedo serle útil?

—El campamento CANZ es Villa Mierda en pintura. Al otro lado del río, el personal reclutado tiene un panorama lamentable. Ocurre que nosotros contamos con recursos económicos y queremos un lugar tranquilo, donde podamos descansar de nuestras tareas. Como le he dicho, tenemos fondos abundantes.

Hamdoon Sira sonrió. El asunto se estaba espesando. Ese chico debía ser la fachada de un grupo dedicado a la prostitución, quizás al contrabando de hachís, licores de mercado negro, armas del ejército británico o algo parecido. Chester interpretó la sonrisa.

—No queremos manejar un prostíbulo, vender drogas ni jugar con dinero sucio. Somos personas de bien, provenimos de buenos hogares y no destrozamos los muebles.

Ah… El chico le caía bien.

—Usted me gusta. Admiro la franqueza. Escasea tanto… Aunque comprendo perfectamente la situación, temo que no puedo… —Se interrumpió al verse frente a un billete de cincuenta libras.

Hamdoon trabajaba en hoteles desde la infancia. Antes de la guerra, los ricos jeques petroleros de la península repartían generosas propinas, pero el conflicto les impedía llegar hasta allí. De los oficiales británicos nunca había recibido nada superior a cinco libras, y eso muy rara vez.

—Si volviera mañana… —propuso.

—No —replicó Chester. Somos soldados y no tenemos tiempo para jugar. Tengo con qué pagar. Si no hacemos negocio ahora mismo, olvidémoslo.

«Por las barbas de mi padre», pensó Hamdoon, «este individuo es muy sagaz».

—Se lo ruego, señor Goodwood: no trate de cambiar la naturaleza básica. Debemos hacer las cosas a la manera tradicional. Lo que usted busca requerirá algún tiempo. ¿Cuáles son sus requisitos?

—Jardín, sala, galería, tres dormitorios. Nada de cucarachas. Acceso a licores del tipo Memphis Palace, protección policial y mujeres disponibles.

—Hummm —reflexionó Sira, frotando el pulgar contra los otros dedos como si estuviera acariciando el billete de cincuenta libras. Conseguir todo eso para un oficial de alta graduación no era ningún problema, pero ninguno de ellos podía pagarlo. Con los jeques en territorio turco y escaseando los viajeros ordinarios, había varias mansiones desocupadas. «Iré un paso más allá», decidió, «en cuanto me asegure de que…» —¿Habrá alguna manera de que yo pueda servirlos de manera continuada?

—¿Nuevas comisiones, dice usted? ¿Algo más que los chelines dados por los oficiales británicos, húmedos por el sudor de sus palmas?

Con una sonrisa llena de dientes, Hamdoon abrió las manos en un gesto de inocencia y luego se las llevó al corazón.

—A no dudarlo —aseguró Chester.

Esas decisiones no se toman con tanta celeridad. ¿Y si todo fuera una trampa? ¿Qué tipo de trampa? No, no se trataba de eso, pero tenía que analizarlo con otras personas, discutir mucho… El billete de cincuenta seguía delante de él. ¿Cuánto más podría ganar? ¿Cien? ¡El sueldo de seis meses, quizá más! ¿Se pueden revelar las fuentes con tanta facilidad? «Después de todo», se dijo Hamdoon, «eres un gran conserje en un país barato. Sabes dónde conseguir las cosas… ¡acepta!».

Tomó el teléfono y, después de una apasionada discusión, cortó.

—Creo poder hacer algo por usted. Le he concertado una cita inmediata con un importante caballero, de gran honra e impecables vinculaciones. Generalmente lleva días enteros entrevistarse con él. Suele hacer estos arreglos para ministros, generales y grandes jeques. ¡Pero…! No le haga perder tiempo, señor. Deberá ir preparado para abonar una suma grande, cuanto menos sesenta, setenta y cinco libras por semana, sin incluir las mujeres ni las bebidas.

—Voy a hacerle una proposición. Pagaré noventa libras semanales por la casa adecuada. Usted se encargará de las negociaciones, señor Sira. Si consigue algo por menos de noventa, la diferencia quedará en su bolsillo, más otras cinco semanales.

—Tendrá que pagar por adelantado.

—Temo que eso no. Pagaremos media semana por adelantado y el resto al terminar cada semana.

Hamdoon Sira se encontraba ante un tonel de oro. Sólo Alá sabía qué otra cosa podría proporcionar a esos hombres. Si todos los ingleses fueran tan directos como el señor Goodwood… Anotó el nombre de Farouk el Farouk.

—Le haré traer la limusina del hotel.

Chester desgarró por la mitad el billete de cincuenta libras y entregó una parte al señor Sira.

—El resto, cuando haya cerrado el trato.

El reloj del campanario dio las ocho y media, lo cual significaba que eran las siete y media. Al caer la noche se oyeron las llamadas de los almuecines, flotando de almenar en almenar. Rory y Johnny, al borde del pánico, imaginaban la inocente carita de Chester contra los adoquines de un mugriento albañal, con las orejas y la lengua cortadas.

Bong… clang… burrrr… bong…, tocaron las campanas.

—¡Ah, Dios mío! ¡Chester! ¡Es Chester, Johnny!

—¿Dónde te habías metido, mocoso de mierda? ¡Nos tenías desesperados!

—¡Tendríamos que romperte el alma, eso!

Chester suspiró.

—Estuve a punto de conseguir una casa.

—¿A punto…? ¡Cómo que «a punto»!

Chester relató la jornada hasta la entrevista con Farouk el Farouk.

—Tenía una oficina muy oscura en el segundo piso de un edificio de Sheik el Bustan. Un tipo agradable. Eliminé toda la burocracia y le describí lo que necesitábamos.

—¿Incluyendo las mujeres? —quiso saber Johnny.

—Incluyendo las mujeres —le aseguró Chester.

—Ah, buen chico.

—En el Zamalek hay algunas mansiones. Con la guerra, casi todos los que alquilan habitualmente allí quedaron varados en Suiza o en otros lugares. Los oficiales ingleses no tienen dinero o no están dispuestos a desembolsar tanto por ellas. Al principio, ese hombre no quería tan siquiera mostrármelas.

—¿Y qué hiciste?

—Jugamos un partido de backgammon. Él tiene siglos de tradición a sus espaldas. Cuando ya me debía más de doscientas libras, le dije que las daría por pagadas si me mostraba una de las mansiones.

—¿Cómo era?

—Digna de *Las mil y una noches*… Scheherazade… a la orilla del Nilo… patio abierto con una fuente, gran balcón con vista al río, varios cuartos con arcadas, construidos alrededor del patio central. Estaba dentro de nuestro presupuesto, con un cajón de whisky y dos de cerveza por semana incluidos.

—¡Estoy dispuesto a matar por ella! —exclamó Tarbox.

—No sé si hice bien al contarles esto, muchachos. Creo que, si fuera por Farouk, él aceptaría. Pero no puede vender protección policial a los reclutas en un territorio reservado a los oficiales. Además, si se enterara el comando británico le cerrarían la oficina.

—¡No quiero escuchar una palabra más! —saltó Rory.

—Qué hijos de puta…

—¡Y tendremos que combatir con esos tipos!

—A menos que… —musitó Chester. Pero es una locura.

—¿A menos que qué?

—A menos que un coronel o alguien de mayor rango acepte firmar el documento. Y tiene que ser un coronel en persona. Nada de falsificaciones.

El Cairo saltó nuevamente a la vida alrededor de ellos.

Capítulo 64

No había aspecto de la vida militar tan minúsculo que pudiera ser omitido en el adiestramiento básico al que fueron sometidos en el campamento CANZ. Los jóvenes campesinos de origen humilde, muchos de los cuales se imaginaban ansiosamente en el tronar de una carga de caballería, se vieron rudamente enfrentados con la rutina fundamental del soldado.

El entrenamiento básico los llevó a un punto de reciedumbre física en el que podían marchar al unísono, saludar a sus oficiales británicos con la debida pompa, preparar su aspecto personal, las armas y el alojamiento para una inspección a guante blanco, intimar con fusiles y dispararlos con exactitud.

De todos los batallones, ninguno respondía más deprisa, relucía más, disparaba con más puntería, obedecía mejor los reglamentos ni se ejercitaba con más aplicación que el del mayor Christopher Hubble.

Su grupo se ganó muy pronto la reputación de que, entre ellos, sobrevivir hasta el fin de la jornada era un triunfo personal. El mayor exigía a sus subordinados que no escatimaran la sudadera, un féretro vertical con dos pequeños agujeros para ventilación, para el recluta que no saludara con la debida firmeza o que no metiera inmaculadamente las esquinas de las sábanas. Se mantenía distante de sus hombres y el odio que le tenían parecía gustarle.

Una vez terminado el entrenamiento básico, Jeremy soltó un suspiro de alivio. Mientras que los otros batallones pasarían ahora a la infantería, la ingeniería, el cuerpo de ingenieros y otras unidades de apoyo, el Séptimo de Caballería Ligera podría pasar al entrenamiento especial para manejar las mulas.

Para ellos no se podía establecer un curso especializado, pues no tenían un manual que les sirviera de guía y éste no se podía terminar mientras no llegaran ciertos expertos. Por sobre todas las cosas, no contaban con equipo… ni con las mulas.

En tanto la brigada patrona de cuatro hombres luchaba con la redacción del manual, esperando la llegada del veterinario y el cargador para completarlo, el mayor Hubble puso a sus hombres en entrenamiento de infantería.

Llewelyn Brodhead era adicto a las marchas. Ninguna unidad del CANZ marcharía mejor que el Séptimo Batallón de Caballería Ligera. Cubrían los trechos cortos corriendo acompasadamente con mochilas ligeras; marchaban a toda velocidad con el equipo de combate; hacían marchas forzadas de hasta ochenta kilómetros por la arena. Marchaban con la arena hasta los tobillos, deshidratándose, ampollados y viendo doble por el sol brutal, sólo para que después los azotaran y cegaran las cortantes tormentas de arena.

Se arrastraban por el desierto, pasando entre alambres de púas y por debajo de

ellos, bajo auténticas balas, manteniendo aplastados el vientre y el trasero. Atacaban con granadas y morteros desde las dunas.

Las marchas nocturnas, en el súbito frío del desierto, se convirtieron en patrullas. Ya les tocaba tender una emboscada, ya ser las víctimas. Se abrían paso a través de las defensas a fuerza de bayonetas, y en esos juegos realistas llegaron a descubrir que el agotamiento podía ser una bendición, si los envolvía en una niebla mental, siempre que no cayeran fuera de la formación. Las balas y las explosiones cercanas les hicieron conocer los miedos del combate.

Aquellos corpulentos australianos y neozelandeses, alimentados a carne de vaca y cordero, ya no se burlaban de los flacuchos de barrios bajos que formaban las unidades inglesas: ellos sí conocían la rutina militar.

Cuando no estaban en marchas o maniobras, cavaban trincheras y letrinas o limpiaban las zonas que utilizaban. En todo el Cuerpo CANZ había oficiales poco severos, que permitían a sus soldados emplear a los terriers para hacer gran parte de la limpieza. El mayor Hubble prohibía a sus hombres utilizar a los terriers. Los castigos aplicados por él doblaban en número a los del resto del cuerpo. La zona del batallón del mayor Hubble estaba siempre impecable.

Hasta el más recio de los australianos, verdaderas ratas del desierto, vacilaba bajo el sol de Egipto; lo que el sol no lograba lo hacía la arena. Arena, arena y más arena. Uno limpiaba la carpa y en cuestión de minutos la arena se metía otra vez. Había arena en los cacharros del rancho, arena en los dientes y en el pelo, arena en la ropa y en el recto.

Si disponían del tiempo suficiente, llegarían a ser buenas tropas. Pero los CANZ, por recios que fueran, tenían una falla. Casi todos provenían de ambientes rurales, nunca expuestos a las bacterias de la «civilización» urbana. Por primera vez en la vida se encontraban en contacto muy estrecho con grupos humanos numerosos: apiñados a bordo de los barcos, chocándose con otros en las callejuelas estrechas de El Cairo o en el campamento. No tenían preparado el sistema inmunológico para resistir los embates del tifus y la disentería, los parásitos intestinales y la gripe asesina. Una tercera parte del grupo estaba siempre inutilizada por las enfermedades.

Los únicos respiros eran las licencias para ir a El Cairo. Pronto se agregaron a sus dolencias las enfermedades venéreas.

El Cairo tenía una experiencia de siglos en cuanto a acomodarse a los caprichos del conquistador, el ocupante y el turista. Todos querían lo mismo: mercancía barata, licores y mujeres, preferiblemente con una ilusión de virginidad. Los soldados rasos eran hombres jóvenes; casi todos estaban escasos de experiencia y querían anotar una o dos mujeres en la lista, para ir a la guerra con unos cuantos recuerdos y con la seguridad de revistar en las filas de los verdaderos hombres.

El Cairo estaba provocando el efecto contrario. La situación iba de mala a peor. La irritación cundía. Los hombres, sobre todo los del Séptimo Batallón de Caballería Ligera, volvían al campamento en estado de agitación, que el mayor Hubble les

calmaba a fuerza de ejercicios militares.

En cuanto a Rory, su sueño de un oasis, un departamento en Champs Elysées, había volado con las arenas del desierto.

En un recinto cercano a los cuarteles del batallón había un establo grande, con pistas cubiertas para montar, que se mantenía en condiciones decentes y se usaba muy poco, como no fuera para alojar los caballos de polo de los oficiales superiores. Jeremy convenció a Chris para que le permitiera ocupar el edificio y le proporcionara obreros, a fin de convertirlo en alojamiento u oficina para los hombres de su brigada patrona. Cada uno tenía un cubículo privado para dormir y una pequeña oficina. Casi toda la actividad se desarrollaba en una sala de conferencias, un lugar acogedor y poco militar, donde uno podía sentarse con los pies apoyados en el escritorio.

A Christopher no le gustaba el ambiente privilegiado de la brigada patrona ni la independencia que se les otorgaba. Pero se tenía por un oficial impecable y buscó justificaciones para ese tratamiento especial. A veces convenía ceder un poco, sobre todo cuando la ganancia excedía holgadamente a su «largueza». Si algo había descubierto el mayor Hubble era que la brigada de Jeremy constituía la base indispensable sobre la que descansaba la misión asignada a su batallón. Mientras esos hombres se mantuvieran fuera de la vista y nada lo obligara a chocar con su hermano, se permitía ceder aquí y allá.

Una de las pistas cubiertas tenía un palco en el que cabían unos doscientos hombres, más o menos la cuarta parte del batallón. Al planificar por anticipado decidieron convertirlo en aula rotativa.

En Isla de los Cerdos, una sala de conferencias con gráficos en las paredes, el teniente y sus tres hombres hacían lo posible por redactar un manual para muleteros que sirviera de algo, pero necesitaban desesperadamente la experiencia de los hombres clave: el jefe de cargadores y el veterinario.

Rory decidió que podían escribir esos capítulos faltantes sustituyendo caballos por mulas. Después de todo, ambos animales tenían el mismo esqueleto y toda una serie de similitudes. De ese modo acortarían el tiempo necesario para terminar el manual efectuando las correcciones necesarias.

Los tres esperaban la llegada del veterinario con más expectativa que la habitual. Rory sólo había visto a un judío en toda su vida: un hombre como cualquiera, que tenía en Christchurch un almacén de ramos generales; la gente lo apreciaba por la generosidad con que otorgaba crédito a los buscadores de oro y a los que habían sufrido una mala temporada. Chester había conocido en Hong Kong a dos o tres judíos, banqueros y adinerados, pero no podía decir que los hubiera tratado. Johnny Tarbox no estaba seguro, pero creía haber visto algunos en los viajes con la Marina Real y hasta sospechaba que un miembro de su pelotón era judío. El teniente Jeremy había tratado con unos cuantos y aseguraba que eran tipos decentes si uno los trataba bien.

Después de varias discusiones, buscaron información sobre los judíos. Todo lo

que les dijeron era sucio, desagradable y tortuoso, suficiente como para intranquilizarlos mucho.

Cuando el teniente Jeremy entró en Isla de los Cerdos, los tres estaban atentos a la persona que venía tras él. Rory fue el primero en detectar un acordeón entre las pertenencias del hombre y lo tomó como señal positiva. Era un hombre de buen tamaño y aspecto recio. Resultaba obvio que hacía trabajos físicos, pese a lo que aseguraban los rumores.

—Muchachos —dijo Jeremy—, este caballero es nuestro veterinario, del Cuerpo de Muleros de Sión, que nos ha sido asignado en comisión. Hemos conversado un rato largo y sé que calza perfectamente con nuestra brigada patrona. Mordechai Pearlman… le presento, de izquierda a derecha: el sargento mayor Johnny Tarbox, el sargento primero Rory Landers y el recluta Chester Goodwood.

Detrás de la barba revuelta surgió una sonrisa de incisivos separados y un apretón de manos capaz de partir ladrillos.

—Bueno, muchachos —indicó Jeremy a los tres boquiabiertos—, ocúpense de nuestro hombre y explíquenle lo principal. Ahora tendremos que rehacer volando los capítulos sobre enfermedades y medidas sanitarias.

Cuando Jeremy hubo salido, el silencio se prolongó.

—Bueno, doctor —aventuró Johnny—, ¿qué tal anda su inglés?

—Bien, ¿y el suyo? —fue la respuesta.

Eso ayudó.

—Mi diploma de doctor quedó en algún lugar de Minsk y no ha sido acreditado por el Ejército Británico. Tampoco soy señor, porque nadie me ha nombrado caballero. En realidad, ni siquiera soy miembro del ejército, sino un especialista enrolado. Sin embargo, sé de mulas tanto como usted de mujeres, Tarbox.

Con eso se aflojaron un poco más.

—Eso es mucho decir —observó Johnny, radiante.

Silencio otra vez.

—Será mejor que hablemos *tocklus* —apuntó Pearlman. Ustedes se están preguntando: «¿Qué es este judío?». ¿No?

—Bueno, usted sabe, como nunca hemos tratado personalmente con una persona de su religión… —reconoció Johnny.

—Tenemos curiosidad, sí —intervino Rory. Es que Nueva Zelanda no está muy cerca de Moscú, ¿verdad?

—Creo que todos ustedes me gustan —dijo Pearlman— y creo que yo les voy a gustar a todos. Vengo lleno de paz y amor. ¿Bien?

—Bien.

—Bien.

—Estupendo.

—Pero nada de chistes de judíos, ¿eh? ¿Cuál de ustedes tumbó al peso pesado australiano?

—Culpable —dijo Rory.

—Después de que yo lo ablandé un poco —añadió Johnny.

—Sin duda también pueden tumbarme a mí. Pero les aseguro que, con el sable en la mano, soy capaz de cortarlos en finas tajadas, tan finas como salmón ahumado. Creo que debemos aclarar esto porque…

—Porque ya estás harto de que te traten como a mierda —completó Johnny. Despreocúpate, hombre, que estás entre compinches. Somos una brigada muy pequeña: nosotros y el teniente. Será un gran gusto tenerte aquí.

Pearlman repartió abrazos de oso. El de Johnny fue resonante. Chester quedó casi triturado. Rory fingió un par de trompadas y le devolvió el abrazo. Después de varios suspiros de alivio, todos rompieron en una carcajada.

—Bueno, ¿cómo te llamamos? ¿Doctor?

—Allá en Palestina me llaman Modi.

—¿Modi?

—Modi, por Mordechai.

—Modi. Lindo nombre, sí.

Ya avanzada la noche, la brigada seguía alabando a Alá por haberles enviado a Modi. Además de corregir la parte de «Enfermedades, dolencias y medidas sanitarias», había revisado todo el manual.

—Han hecho un trabajo fantástico, muchachos, trabajando así, a oscuras —los elogió.

—La verdad es que el manual británico parecía escrito en ruso —dijo Chester. Me volví loco tratando de traducirlo… es decir, de desenredarlo.

—Eso es justo lo que hace falta. Muy simple. Y ustedes dicen que todos los del batallón son jinetes.

—En efecto.

—Muchas, muchas cosas iguales. Pero sobre todo, los hombres saben tratar con un animal grande. Eso ahorrará semanas y semanas de tanteos entre la mula y el soldado.

Mordechai Pearlman dio un salto mental hacia adelante. El teniente Jeremy le había dicho, sin rodeos, que el tiempo corría mucho más de lo que ellos hubieran deseado.

—Tienen aula, ya veo.

Se acercaron a la pista donde habían instalado las gradas. Una compañía por vez para cada lección. Cuatro lecciones por día. «Necesito un mes», pensó. «Gracias a Dios saben de caballos».

—Cada compañía debería tener hombres con preparación especial en veterinaria. Se los empleará como ustedes emplean a los paramédicos. Tenemos un puesto de primeros auxilios. Los ponemos en el camino con caravanas de mulas.

—Mañana hablaré con el teniente —prometió Johnny.

—Quiero elegir yo mismo a esos muchachos —aseveró Modi. Yo los entreno,

serán estupendos.

¡Gran Dios, habían dado con un monstruo del trabajo! Volvieron a Isla de los Cerdos y continuaron con el manual por cuatro horas después de medianoche. Por fin, después de desperezarse, Modi sacó una botella de vodka.

—Sé que no está en el reglamento, pero yo tampoco estoy en el reglamento —dijo. Además, es la última botella de vodka ruso en Palestina y creo que debemos terminarla.

Mientras Rory echaba llave, Mordechai Pearlman desplegó el acordeón y les obsequió con la primera canción de su repertorio ruso, yiddish, hebreo, árabe y griego. Fue un momento dorado. Estaban mortalmente cansados y algo ebrios; la voz de Modi sonaba llena de pasión y sentimiento. Los ojos se llenaban de lágrimas, aun sin entender la letra. ¡Cielos!

—¿Tienes mujer, Modi?

—¿Por qué?

—Eres bastante viejo, como Johnny. Tienes más de treinta.

—Más de cuarenta —corrigió Modi—, casi cincuenta. No, no tengo mujer.

Dio vuelta la botella de vodka e hizo una mueca de dolor. Vacía.

—Lo único bueno que sale de Rusia —dijo, dejándola a un lado.

—¿No me habían dicho que los judíos no beben? —recordó Johnny.

—No beben —confirmó Modi—, así que yo debo beber por todos ellos. Se rascó la barba, pensativo. —Somos todos camaradas, ¿no?

Los otros respondieron que sí.

—Tengo algo que decirles a los tres. Es algo que el resto del batallón no debe saber hasta el combate. Obviamente rotaremos las caravanas de mulas para que cada animal trabaje lo mismo y descanse lo mismo… Parece que trabajaremos en terreno muy escarpado. Si desarrollamos un frente estático, tendremos muy poco espacio para maniobrar. *Fahrstaht*? ¿Entendido?

—Sí.

—No tendremos lugar… pasturas para rehabilitar a un animal herido y dejarlo descansar hasta que pueda volver a las caravanas. Cualquier animal demasiado enfermo o cojo, que no pueda volver al trabajo en dos o tres días, debe ser eliminado. Nos darán mulas nuevas.

Rory se recostó en la silla, con los ojos cerrados.

—Rory, ¿tú eres el jefe de establos?

—Sí.

—¿Y tú, Johnny?

—Tengo un título, pero no sé qué significa ni cómo se hace. Al parecer los manuales no dicen nada sobre mi cargo.

—¿Qué es? —preguntó Modi.

—Soy jefe de playa. Eso indica que vamos a desembarcar desde el mar, supongo.

—Eso aclara muchas cosas sobre, la eliminación de las mulas. Probablemente nos

aprovisionarán desde el mar. Bueno, Rory, tú y yo tendremos que decidir cuándo eliminar… y cuando llegue el jefe de cargadores, él también puede hacerlo.

Rory encabezó un silencio en el que estuvo a punto de flaquear. Una y otra vez sintió las palmaditas de Pearlman en el hombro.

—Es la guerra. Peor es ver morir a los hombres.

—Al menos ellos pudieron elegir —murmuró Rory.

—No creo —replicó Modi, con experiencia de guerras pasadas.

Dos días después llegó a Isla de los Cerdos el sargento Yurlob Singh, del Tercer Batallón de Montaña Sikh. Era delgado, pero con rigidez militar; usaba turbante y barba, meticulosamente atendida pelo por pelo. Ese traslado irritaba a Yurlob, miembro de una secta de legendarios combatientes, pero se mostró muy correcto y muy poco amistoso al dar sus respuestas. Respondía como si quien le hiciera una pregunta fuera un idiota por haberla formulado.

En los días siguientes torturó a Chester Goodwood, exigiendo instrucciones perfectas sobre el muy intrincado arte de acomodar la carga.

—Yurlob está volviéndonos locos —se quejó Rory a Johnny Tarbox. El maldito no deja que nadie se le acerque.

—Tenemos suerte al contar con él —replicó Johnny.

—Nos trata como si fuéramos monos.

—A su modo de ver, es lo que somos.

—¿Qué está pasando, John? ¿Defiendes a ese engreído?

—Oye, Rory: Yurlob ha tenido que trabajar cien veces más que nosotros para ganarse el respeto y los galones que tiene. Su dignidad es toda su vida… pero también es un hombre. Está lejos de sus propios camaradas y en el fondo tiene un poco de miedo. Recuerda que está disimulando el miedo. ¿Me entiendes?

—Sí, entiendo. Pero me gustaría que… siquiera una sonrisa… Un poco de confianza…

—Ya llegará —dijo Johnny. Mientras tanto enseñará al batallón a cargar esos bultos como si fueran porcelana fina.

Rory se admiraba cada vez más de la habilidad con que Johnny Tarbox evaluaba a los hombres. Caramba, si la gente pudiera admitir el miedo sin sentir vergüenza…

Mientras el manual mulante se arrastraba hasta su conclusión, llegó un gran embarque de equipos: sillas, anteojeras, herraduras, costillas, cuerdas, lonas, cuero, coronas y todo un taller de herrería. Esto permitió elaborar un plan de entrenamiento detallado, que incluía lecciones diarias de Yurlob Singh, Modi y Rory. Todo iba ocupando su lugar. Contaban con un batallón encallecido de casi setecientos hombres con experiencia en tratar animales, equipo suficiente con que partir, y un manual.

Ya tenían de todo, menos mulas.

Capítulo 65

Para Rory había sido un gran golpe emocional enterarse de que el teniente Jeremy era Jeremy Hubble en persona, el Vizconde de Coleraine que entablara amistad con Conor siendo niño. Al parecer lo estimaba tanto como él mismo. Había trabajado junto a Conor en la gran cancela de Hubble Manor y jugado al fútbol gaélico junto con él, con el equipo del Bogside. Más aún: la madre de Jeremy era la fabulosa condesa Caroline, el sueño infantil de Conor y, más adelante, su mecenas y amor imposible.

Cuando Conor partió de Nueva Zelanda, sus primeras cartas a Rory hablaban de un jubiloso reencuentro con Jeremy y Caroline; más adelante, de la gira por las Midlands inglesas. Además de entrenar a Jeremy, él le servía de tutor y de profesor particular; los Boilermakers habían ganado la Copa del Almirante. Tras el episodio de Sixmilecross, Jeremy debía de haber perdido todo contacto personal con Conor. Con toda probabilidad no habían vuelto a hablar ni a escribirse.

Y Rory se preguntaba por qué no podía presentarse directamente ante Jeremy para decirle: «Mi verdadero apellido no es Landers. Soy Rory Larkin y Conor era mi tío». En eso consistía su frustración. Su parentesco era un secreto tan profundo que no podía compartirlo siquiera con Chester.

Había un último y oscuro motivo: tarde o temprano Rory tendría que llegar a Irlanda. Si Jeremy llegaba a enterarse de que Rory era un republicano irlandés «de segunda generación», perteneciente a la familia Larkin, la relación entre ambos se agriaría. Más aún: también los hombres del batallón cambiarían de actitud si lo descubrían. Esa gente, cuya confianza él había ganado, empezaría a mirarlo con aprensión.

Tal vez algún día la amistad con Jeremy llegara a ser tan íntima como para compartir el secreto y el cariño por Conor, pero no parecía muy probable. Lo mejor era seguir pasando por Rory Landers.

Y ser un Landers no era tan malo. Tenía unos cuantos compinches de valía y una especie de amistad con el teniente Jeremy. Lucía galones británicos y estaba trabajando en algo que le gustaba.

Entonces llegó la carta de Georgia y la tierra se abrió bajo sus pies, arrojándolo a un pozo sin fondo.

Releyó esas palabras crueles, que ya conocía de memoria, como si una lectura más pudiera hacerlas cambiar en las páginas.

> Mi querido Rory:
>
> Sabemos que estás en Egipto porque ha salido en los diarios. Un periodista australiano llamado Keith Murdock se ha proclamado protector y defensor de los CANZ, con la idea que todo el mundo tiene en las colonias: que los británicos no están tratándolos bien. Como ya sabes, cumplí un breve período de servicio en Alejandría y puedo imaginar perfectamente cómo debe de ser un día de trabajo.

He guardado todas tus cartas. Ojalá fuera tan hermosa como me recuerdas, pero el soldado solitario siempre termina por convertir en una diosa a cualquier chica que haya dejado en la patria. No soy como me describes y difícilmente mejore con el tiempo.

También el sueño de la patria se puede exagerar más allá de toda proporción. Mezclados con las colinas, los bosques y los campos, están tu profundo sufrimiento y el rencor contra tu padre y su total incapacidad para solucionarlo.

Ahora que ya no estás tú para llamar a mi puerta, Christchurch me resulta muy aburrida. Por mucho que ansiara en un principio la paz que he encontrado aquí, siento una urgente necesidad de participar en esta guerra. En estos casos las enfermeras siempre son escasas; con mis antecedentes, puedo elegir entre diez o doce ofertas. Pienso partir de aquí muy pronto.

Desde el momento en que te fuiste comencé a recibir cartas de Calvin, casi diariamente. Jura que ha visto la luz y que se ha corregido; me pide una segunda oportunidad.

No puedo menos que serte sincera, Rory, aunque sólo Dios sabe lo que significa para un soldado recibir este tipo de cartas.

Éste es el adiós. No volveré a escribirte. Hasta continuar con esta correspondencia sería fomentar ilusiones. Las aventuras amorosas son sólo capítulos de una larga vida; por muy profundas que lleguen a ser, tarde o temprano se vuelve a la realidad. Y una aventura amorosa no es la realidad.

No temo escribirte esto porque sé de qué pasta estás hecho y estoy segura de que lo superarás, abriéndote plenamente a la extraordinaria vida que tienes por delante.

Lo digo con un nudo en la garganta, pero también sé que allá está esperándote la mujer de tu vida y que no tardarás en hallarla.

Si te amo más o menos que a Calvin es algo que no viene al caso. Me casé con él e hice ciertos votos. Él los rompió, pero… yo también quebré los míos. Todos los seres humanos, incluidos nosotros, tenemos nuestra parte de pecados y malas acciones, pero el matrimonio sigue siendo el matrimonio. Soy incapaz de no perdonar a un esposo que, enfrentándose al combate, me suplica el perdón.

Cada uno de los minutos que pasé contigo fue encantador, pero eso se acabó.

Georgia

Rory se hizo fuerte, decidido a no dejarse aplastar. Las malas noticias recibidas de la patria podían matar. Se obligó a creer que saldría adelante. Qué diablos, Georgia tenía razón. Lo amaba mucho, sin duda, pero tal como le había dicho aquella última mañana: «Lo nuestro nunca existió». Calmó el dolor inicial con un ascenso hasta la cima de una pirámide a la luz de la luna y una botella de deplorable vino egipcio. Mañana tras mañana, despertaba con el recuerdo de la carta y volvía a leerla: luego juntaba coraje para soportar la jornada y aplicaba una feroz energía al manual mulante. Una mañana comprendió, simplemente, que seguiría viviendo.

Había unas cuantas correcciones que hacer al manual. Rory las marcó cuidadosamente y presentó una solicitud.

EFECTUAR CORRECCIONES INDICADAS E IMPRIMIR SÓLO TRES COPIAS. DEVOLVERLAS A ISLA DE LOS CERDOS Y OBTENER FIRMA.

TTE. 1.º RORY LANDERS, 7.º CANZ CABALLERÍA LIGERA.

Lo puso en el cesto de los mensajes y, después de echar un vistazo a la oficina, apagó la luz y echó llave.

Desde el pasillo se veía luz en la oficina del teniente Hubble. «Probablemente se olvidó de apagarla», se dijo Rory. Y entró.

Allí estaba el teniente Jeremy, con la cara escondida en los brazos cruzados sobre el escritorio. Rory iba a retirarse, pero decidió no hacerlo y carraspeó.

Jeremy levantó la cabeza. Tenía un aspecto horrible. Rory cerró la puerta tras de

sí.

—¿Se siente bien, señor?

—No, como el demonio —fue la respuesta.

El muchacho vio una carta en el escritorio; parecía ser el objeto de tanta perturbación.

—¿Quiere que me retire?

—No, no, no. Siéntese, sargento. ¿Ocurre algo?

—Hice una última revisión del manual. Parece estar bien. Ordené hacer tres copias: una para nosotros, otra para el mayor y la última para entregar al doctor Ellsworth, el del Cuerpo. ¿Quiere que retenga ésa?

—El mayor Hubble está en la escuela de oficialidad y no volverá por varios días, para tristeza del batallón, sin duda. No, no podemos seguir perdiendo tiempo. Envíe una copia al Cuerpo, que yo daré las explicaciones al mayor.

—Sí, señor.

—Conque está terminado. Buen trabajo, sargento.

—Tenemos una brigada estupenda, aunque… Bueno, no importa.

—¿Ese boludo de Yurlob? —preguntó Jeremy.

—Bueno, digámoslo así: es bueno en lo suyo. Cuando los soldados de este batallón sean viejos, seguirán cargando mulas en sus sueños.

Era obvio que, en ese momento, el teniente Jeremy necesitaba un amigo. No se lo veía alternar mucho con los otros oficiales y, por cierto, no ocultaba sus sentimientos para con el hermano. Sin embargo, pese a las estrechas relaciones que mantenían los miembros de la brigada patrona, las reglas impedían la fraternización entre oficiales y reclutas, cosa que dificultaba mucho una conversación íntima.

—¿Qué le ha pasado, teniente? —se atrevió a preguntar Rory.

Jeremy habría querido mandar al diablo siglos enteros de antigua tradición militar, pero se limitó a menear la cabeza.

—Está sufriendo, señor —continuó el muchacho, con audacia. Todos le tenemos muchísimo afecto, mi teniente. Puede confiar en nosotros. Si no estuviera usted entre nosotros y el mayor no habríamos podido hacer este trabajo.

—Me halaga, pero es una exageración.

—¿Puedo decirle algo con la seguridad de que quedará entre nosotros?

—Adelante.

—El mayor ha logrado tener un batallón excelente, pero… todo tiene un límite. Continuar exigiendo sería buscarse problemas. Bueno, gracias a Dios los de la brigada patrona no tenemos que tratar con él. Nos habría jodido a tal punto que el entrenamiento de todo el batallón estaría en dificultades. Si logramos terminar este manual y el programa de entrenamiento fue gracias a su protección, mi teniente.

—Eso es traición, ¿sabe, sargento? Motín —observó Jeremy, sonriendo. Permítame decirle algo: no me sentía tan bien desde que abandoné los Boilermakers, un equipo de rugby formado por hombres como ustedes. Si hubiera podido retener

ese momento de mi vida y guardarlo en una botella… Fue la única vez en mi vida en que me sentí… hombre: con esos compañeros. Uno de ellos, en especial, era mi mentor, una especie de hermano mayor… y más aún.

A Rory se le aceleró el corazón.

—Tenemos un grupo mágico: usted, Tarbox, Chester, Modi… Modi me gusta de verdad. Y Yurlob acabará por sumarse. Es una verdadera lástima que no podamos ir todos a El Cairo, a emborracharnos juntos.

—Sería estupendo. Puede contar con nosotros, teniente, estemos de guardia o de licencia. Estamos a su disposición. Disculpe, señor.

—Sargento…

—¿Sí, señor?

—No se vaya. Me siento muy a gusto con la amistad que hemos creado usted y yo. Por Dios, tengo que descargarme.

Rory se deslizó hasta una silla y Jeremy cerró los ojos, hablando como si estuviera en trance. Aquella silenciosa amistad había comenzado ya al censurar Jeremy las cartas de Rory. Conocía la vida del muchacho; por eso no le resultó en absoluto difícil hablar de su propio pasado.

Fue tejiendo lentamente la historia de sus amores con Molly O'Rafferty, su propia traición, la traición de sus compañeros y los años de alcoholismo y remordimientos. Habló del amor de su madre, perdido y recuperado. Una y otra vez surgía el nombre de Conor Larkin, pero en vano: Conor ya había pasado a la clandestinidad cuando él terminó sus relaciones con Molly.

De pronto cayó en la cuenta de que acababa de narrar toda la historia por primera vez.

—Hoy me llegó esto —concluyó, deslizando la carta por el escritorio. Léala, por favor.

> Queridísimo hijo mío:
>
> Para mí la vida ha sido una mañana nueva, llena de rocío entrelazado en el rosal trepador, y una sensación de que todo es adorable. Nuestra paz y tus cartas, tan endemoniadas y encantadoras, me han ayudado a superar el segundo ataque de tu abuelo (todavía sigue con el cognac y los cigarros) y la interminable tristeza de mi matrimonio fallido.
>
> La vida vuelve a ser grandiosa. Ultimamente estoy muy ocupada con el intento de construir y botar uno o dos barcos, atender a tu rezongón abuelo y reír mucho con Gorman, ese irlandés loco que me da tanta paz y calor como yo deseaba.

—Escribe muy bien —dijo Rory.

—Escribe tal como es —confirmó Jeremy—: una mujer magnífica, Rory. Al oírse llamado por su nombre de pila, el muchacho comprendió que ya no mantendrían las relaciones debidas entre oficiales y reclutas, salvo en cuestiones oficiales. —Tuteémonos.

—Me gustaría, pero ¡oh, Dios, si se me escapa delante de alguien!

—A la mierda con eso. Tutéame.

—De acuerdo, compinche.

—Sigue leyendo, por favor.

… Como sabes, he estado buscando a Molly. No quería alentarte con pistas vagas y esperanzas que resultaran falsas, pero ahora tenemos algo en firme. Le seguíamos el rastro de cerca, pero lo perdimos por culpa de la guerra.

Me he torturado preguntándome si darte o no una información que te causará indecibles sufrimientos. No conozco a nadie que pueda determinar con certeza si está bien o está mal. Sólo sé que nuestra familia acabó prisionera de las mentiras y por eso no voy a ocultarte nada.

Tu hijo ha muerto, Jeremy. Nació muerto en un asilo de Glasgow. Al parecer, Molly cayó con fiebre y el bebé nació prematuro y débil. Pudimos averiguar que Molly ingresó en un convento de Bélgica. Allí termina nuestra búsqueda, por el momento. La guerra impide cualquier otra investigación.

Hay más preguntas que respuestas. No logramos hallar la tumba del bebé. La Iglesia Católica también se muestra muy reticente sobre la desaparición de Molly. No sabemos si ingresó en alguna orden como novicia o si se enclaustró sólo para elaborar su dolor. Según cierta vaga información, pudo haber ido a Bélgica o a Francia como profesora de inglés.

Pese a toda su perfidia, Freddie y tu padre han quedado devastados por la noticia. Estando ustedes dos en la guerra y con Hester estéril, la pérdida los ha afectado profundamente.

Por Dios, Jeremy, manténte firme. ¡Dime que vas a superarlo! No importa cómo termine esto: la vida siempre será rica y valiosa para ti, si te atreves a vivirla. Daría todo un reino por poder abrazarte. Si al menos Conor pudiera echarte un brazo sobre los hombros y hablarte con su magia irlandesa…

No esperaba que enterarme de la muerte de Conor me destrozara así. Pero he sobrevivido, como debes sobrevivir tú. Hasta he recuperado la risa y el amor, con un hombre nuevo y maravilloso. Sigue adelante, que la vida es estupenda.

Tu cariñosa
Mamá

Rory dejó la carta.

—A veces sería preferible que ese maldito barco correo se hundiera antes de llegar aquí —comentó. ¿Vas a salir adelante?

—Me ha hecho bien hablar. Sí, lo voy a superar. Ya se me acabaron las ganas de echarme a morir.

De pronto a Rory le quemó la carta que tenía contra el pecho. Desabotonó el bolsillo para sacarla. Jeremy la tomó, preguntando:

—¿De Georgia?

Rory lo miró con extrañeza.

—Espiar no me causa ningún placer, pero tengo que censurar la correspondencia que se envía. ¿La señora casada con ese miserable?

—Sí —gruñó Rory.

—Muchas veces, después de leer las cartas que salen, me pregunto qué dirán las respuestas —confesó Jeremy. Ella también escribe muy bien.

Cuando acabó de leer, las dos cartas quedaron tocándose: otras dos víctimas entre las incontables bajas de la guerra. Los dos hombres pasaron largo rato en silencio, sin moverse. Por fin Jeremy dijo:

—Creo que esto nos hace amigos hasta la muerte. Inesperadamente agregó: —Necesito una mujer. Necesito cerrar los ojos, quizá fingir… No: ya he fingido demasiado. Pasarán cinco años más sin que vea a Molly, si acaso la veo, si acaso está viva, si… si… si… ¿Soy una porquería por necesitar a una mujer?

—Somos soldados que van a la guerra. No tenemos a nadie que nos espere.

¿Quién puede criticarnos?

—Caray, mi familia es una cascada, un alud de críticas. Ahí tienes a Christopher, el rey de las críticas. Él puede, porque es asexuado. Su esposa es asexuada. No pueden procrear. Nada lo excita, nada lo desespera. No siente dolor moral ni gozo moral. Ha mamado la ira, como si lo hubiera amamantado una bulldog. En otros tiempos me aterrorizaba; también me aterrorizaba mi padre, y el condado. Por eso renuncié a Molly. No: renuncié porque me aterrorizaba pensar en la pobreza.

Al decir la verdad se desprendió de él todo un período vivido en el infierno. ¡Estaba libre!

—Si es posible encontrar a Molly, yo la encontraré.

—Ah, y en cuanto la tengas súbete a un barco y ven a Nueva Zelanda. Rory veía la bata verde de Georgia acostada en el camarote. El verde de Nueva Zelanda. —Cuando todo esto termine, quiero volver para comenzar con unas hectáreas propias.

—Molly me cantaba siempre. El puro sentimentalismo irlandés de sus canciones me llenaba los ojos de lágrimas. Tú bailabas para Georgia. Se lo recordabas en una de tus cartas.

—Desnudo como nací, y ella me miraba de rodillas.

—¡Qué maravilla! Molly y yo… bueno, pasábamos mucho tiempo abrazados, en silencio.

—Eso no tiene nada de malo. Yo he tenido demasiada suerte con las mujeres —reconoció Rory. Comencé cuando tenía catorce años. Si tuviera que describirte mi ideal de mujer, no se parecería en nada a Georgia. Pero ¿has notado que hay una sensación particular, que sólo te provoca una persona? Entonces su contacto, sus palabras, su mente, su carne, su alma, son distintos de todo lo que hay en el mundo. Eso se vierte dentro de ti y de pronto te encuentras con todo lo que necesitabas sin saberlo. De pronto se interrumpió. —Debo olvidar a Georgia —susurró—, pero de algo estoy seguro: de que mi plenitud espiritual está en la Isla Sur, a lomos de mi caballo, yendo a reunirme con alguna chica.

—Nueva Zelanda debe de ser un lugar estupendo —comentó Jeremy. Se nota en todas las cartas que escriben los muchachos. ¡Y yo creía que Irlanda era el amor de los amores!

Irlanda… Nueva Zelanda… Irlanda… Nueva Zelanda…

—¡Caramba! —exclamó Rory. Analicemos nuestra situación. Si volvemos a humanizarnos, ninguno de los dos estará cometiendo una infidelidad. El único problema es que ese maldito El Cairo es una cloaca.

—Sí —concordó Jeremy. Ojalá pudiéramos conseguir un oasis propio.

—Que Dios me ampare —dijo Rory. ¡Sé dónde hay uno, Jeremy!

—¿Dónde?

—En la isla Zamalek, entre la catedral anglicana y la embajada sueca. Es una casa muy elegante que está en alquiler: Villa Valhalla. Mira, Chester, Johnny y yo vinimos cargados del dinero que ganamos apostando por mí en Port Albany. Sólo hay un

problema…

—¿Cuál?

Que no se alquila para reclutas, ni siquiera para los oficiales cilio estén por debajo del rango de coronel.

—¿Quieres decir que está disponible, por semana o por mes?

—Sí, pero si intentaras algo así podrías arruinar tu carrera en el ejército y hacer que nos encarcelaran a todos.

—Caramba, Landers, ¿no tienes pelotas, hombre?

—Hay pelotas y pelotas. Nosotros tres estamos dispuestos a volver a casa cargados de cadenas, pero tú eres hijo de un conde.

—¿Y Modi? ¿Él participa?

—Por supuesto. Es nuestro músico.

—¿Y Yurlob?

—Yo no le diría nada, al menos por ahora. Ya sabes que los sikhs no pueden beber ni fumar ni… Y tiene al Ejército Británico tan metido en la cabeza… Espera, Jeremy.

—Dame los detalles y haz que los otros juren guardar el secreto.

—¿Estás seguro, Jeremy?

—Sí —aseguró él, con esa sonrisa contagiosa que tanto lo había ayudado en otros tiempos.

Jeremy entró por su propia cuenta en la oficina de Farouk el Farouk. Mientras mandaban traer café, copió de su padre la actitud más deliciosamente nauseabunda. Farouk el Farouk quedó tan impresionado por su insistencia como por la de Chester Goodwood. Su mente repasó a toda prisa las cosas que podría vender a esa gente dentro de la zona permitida, en vez de Villa Valhalla.

—Mis tarjetas —dijo Jeremy, dejando un par de ellas ante el egipcio.

Farouk el Farouk entrecerró los ojos detrás de las gafas para leer la primera.

TENIENTE PRIMERO JEREMY HUBBLE
SÉPTIMO BATALLÓN NEOZELANDÉS DE CABALLERÍA LIGERA

Estaba por rechazar a Jeremy cuando la segunda tarjeta le llamó poderosamente la atención. Clavó los ojos en ella:

LORD JEREMY HUBBLE
VIZCONDE DE COLERAINE

—Tengo otras credenciales —aseguró el joven, mirando por la ventana. Soy vicepresidente y miembro del directorio de Astilleros y Acerías Weed, de Belfast. Mi padre es el Conde de Foyle.

Farouk el Farouk tuvo que mirar tímidamente alrededor, como para asegurarse de que eso fuera realidad y no una broma. Jeremy lo sacó de dudas deslizando sobre el

escritorio una letra de viajero por valor de trescientas libras esterlinas.

—Una expresión de gratitud por sus servicios futuros. El gerente Garfield ya ha comprobado los fondos y está esperando que usted vaya a cobrarla.

Mano contra el corazón, brazo libre extendido como el de barítono en plena aria, Farouk el Farouk dijo:

—Perdóneme, lord Hubble, pero usted sabe que debo ser sumamente cuidadoso… Yo ignoraba que… Haremos preparar inmediatamente Villa Valhalla. ¿Tiene usted algún deseo en especial?

—Hummmm —musitó Jeremy, con entonación nasal. Quiero un ama de llaves de primera y muy discreta, que sepa servir a la aristocracia.

—Sonya maneja la casa para los clientes excepcionales. Es muy requerida; un verdadero encanto. Muy bien vinculada para *cualquier cosa* que usted desee: bailarinas y compañía más íntima. También puedo cederle a George.

—¿Quién diablos es George?

—El mejor terrier de El Cairo. Un cristiano de diecisiete años con muy buenas vinculaciones para *cualquier cosa* que usted pueda desear.

—Bien. No quiero que usted acepte demasiado dinero de mis muchachos. Pueden obsequiar a sus chicas, pero las provisiones y las bebidas corren por mi cuenta.

—Estamos bien vinculados con los mejores mercados.

—Y que no haya problemas con la policía.

—Estoy muy bien vinculado con la policía.

—Le pagaré ciento cincuenta libras semanales: la mitad por adelantado y la otra mitad al terminar cada semana, siempre que sigamos satisfechos.

—Estoy muy bien vinculado y soy su humilde servidor.

—Así debe ser.

Capítulo 66

MANUAL DE CAMPAÑA PARA EL TRANSPORTE MULAR

Palabras preliminares

Regla de oro del muletero: AMA A TU MULA COMO A TI MISMO

El lomo de la mula vale tanto como tu trasero.

Cada capítulo te ofrecerá una lección simplificada de cada fase en tus relaciones con el animal.

Antes de pasar a los distintos capítulos, he aquí una serie de datos y normas. Como soldado, vas a formar una asociación con el mejor guerrero cuadrúpedo que el mundo haya conocido.

La mula participa en combates desde hace tres mil años.

Fue utilizada por las legiones romanas.

Los españoles emplearon mil cuatrocientas MULAS en la batalla de Granada, que impidió a los paganos musulmanes invadir la Europa cristiana.

La MULA es el príncipe de la artillería de montaña.

Napoleón mismo montaba orgullosamente una MULA.

Mulas versus caballos

Como el Séptimo Batallón Neozelandés fue formado como Caballería Ligera, tal vez creas que, en la conversión a batallón de transporte MULAR, has perdido el gran premio de belleza. Antes de pedir el traslado a una unidad de infantería, ten en cuenta estos datos:

La MULA es más inteligente que el caballo.

La MULA es más fuerte que el caballo.

La MULA es más segura en la marcha que el caballo.

En terreno escarpado, puedes confiar en el buen tino de la MULA para encontrar el camino donde un caballo podría despeñarse, simplemente.

La MULA tiene mejor vista que el caballo.

En idéntica situación, la MULA es mucho menos propensa a desbocarse que el caballo.

La MULA tiene mucha más resistencia que el caballo. Un caballo de carga puede cubrir más kilómetros por jornada, pero la MULA de carga continuará día tras día, mucho después de que el caballo se haya dado por vencido.

La MULA no se da por vencida hasta la muerte.

La MULA lleva su carga por terrenos por donde un caballo no puede pasar.

La MULA carga más peso que el caballo.

La MULA no se espanta ante los disparos ni los incendios de pastos.

Algunas MULAS son tan veloces como un caballo.

La MULA soporta el calor mejor que el caballo.

Algunos consejos para tratar con tu MULA

Olvídate de los chistes de MULAS. No son graciosos.

Trata a tu MULA con amabilidad.

Ten siempre un poco de avena en el bolsillo para recompensar a tu MULA.

Dale de beber en tu gorra, para que no beba en exceso.

Atiende a tu MULA antes de acostarte a dormir. Ponle heno en el suelo y agradécele el trabajo que haya hecho durante el día.

Exprésale cariño con frecuencia.

A tu MULA le gusta que la rasques debajo del ojo.

La MULA bebe con mucha moderación. No le permitas excederse con el agua. Eso le descompone los intestinos.

Si debes castigar a tu MULA, generalmente basta con expresar disgusto. NUNCA MALTRATES A TU MULA.

La MULA nunca se empuja: SE LA GUÍA.

No uses sogas para manearla. La MULA masca las cuerdas. Usa cadenas cortas, la MULA MASCA TAMBIÉN la madera. No la ates donde pueda mascar madera.

Las MULAS se ahogan si la carga no está bien equilibrada y la desvía hacia un lado o el otro, NUNCA CARGUES AL MÁXIMO A TU MULA CUANDO DEBA CRUZAR UN CURSO DE AGUA.

La MULA no tiene pretensiones para comer. En caso de gran escasez sobrevive comiendo casi cualquier cosa. Con la misma dieta, un caballo morirá.

LA MULA ES UN EXCELENTE CENTINELA DE DÍA Y DE NOCHE. ESTARÁS BASTANTE PROTEGIDO DE CUALQUIER EMBOSCADA O ATAQUE SORPRESIVO, PORQUE TU MULA TE DARÁ AVISO.

Datos diversos

Considera a tu MULA como una verdadera socia y camarada. Es raro que una MULA se muestre nerviosa o asustada. Ya quisiéramos que nuestras parejas tuvieran tan buen carácter.

Las MULAS no son agresivas, salvo por culpa de los muleteros imbéciles. (Las mulas salvajes, que no se pueden domesticar, son generalmente eliminadas a corta edad).

Da a tu macho o a tu hembra un nombre agradable, que pueda disfrutar, y no un apodo despectivo.

Dada tu experiencia con caballos, descubrirás en los capítulos siguientes muchas

cosas que ya sabes. Entre los dos animales hay diferencias, pero también muchas similitudes.

Capítulo 1: Conociendo a tu animal

Capítulo 2: La carga

Cap…

—¡Oh, Dios mío! —chilló el mayor Christopher Hubble. ¡Oh, Dios mío! —repitió con ojos de loco, mientras descargaba los puños contra el escritorio. ¡Oh, Dios mío! —Y se tironeó del pelo.

De la oficina contigua entró un empleado, a tropezones.

—¿Le ocurre algo, señor?

—¡Vaya a buscar al pelotudo de mi herm… al teniente Hubble! ¡Qué se presente aquí inmediatamente!

Cuando Jeremy llegó, Chris estaba más calmado; sólo hervía a fuego lento, con un gorgoteo acallado.

—¿Tú enviaste esta ridiculez al Cuerpo? —tronó.

—No podía perder seis días esperando tu regreso.

—¡Qué bien, qué bien, qué linda joda, carajo!

—¿Algún problema? —preguntó Jeremy.

—¡Esto parece escrito por un cómico de cuarta, para un espectáculo portuario! Chris desgarró el manual por la mitad. —Estás completamente loco si quieres hacer pasar esta mierda por manual para el Ejército Británico.

—Te fui entregando las páginas noche a noche, pero estabas demasiado ocupado para leerlas, con tu manía de que todo el mundo comiera, durmiera, marchara, saludara y cagara según el reglamento.

—Obviamente, mi intención era leerlo de una sola vez cuando estuviera terminado y repasarlo con la brigada patrona. ¡Yo no te ordené que lo enviaras al Cuerpo!

—Me dijiste que este manual estaba enteramente bajo mi responsabilidad.

—¡Pero no te dije, NO TE DIJE que lo enviaras al Cuerpo!

Los interrumpió el teléfono del mayor. Chris levantó el auricular y se puso firme; después de escuchar tuvo un desmayo.

—De la oficina del general Brodhead. Quiere verme ahora mismo.

—Iré contigo para explicarle lo que ha sucedido.

—Ya has hecho bastante. No te muevas de aquí. Tu brigada patrona queda bajo arresto en la barraca. Hizo una pausa. —¡Oficial ejecutivo! ¡Capitán North!

—Voy, señor.

—Capitán North redacte una orden para que el batallón se prepare para una marcha hasta Wadi Muzzam, esta noche. Llévela inmediatamente al Cuerpo para su aprobación.

—¡Ochenta kilómetros por la arena! —exclamó Jeremy.

Chris salió dando un portazo.

—Siéntese, Chris —indicó el general Brodhead.

Oh, Dios, tenía el manual en el escritorio.

Brodhead levantó el libro de instrucciones.

—¿Quién escribió esto? —preguntó.

—La brigada patrona, señor. Puedo explicarlo.

—¿Explicar? Adelante, explique.

—La responsabilidad final es mía, sin lugar a dudas. Me gustaría decir que hubo un verdadero embrollo en la comunicación. Verá usted, señor: he estado ejercitando a mi batallón como prioridad absoluta, para ponerlo debidamente en forma antes de que llegaran las mulas, por lo que dejé el manual en manos de la brigada, con toda la intención de revisarlo personalmente. Pero lo terminaron mientras yo estaba en la escuela de oficiales y fue enviado al Cuerpo sin mi aprobación.

Cuanto más cerca del combate y más lejos estaba de los verdes campos de Ulster, más cáustico se volvía Llewelyn Brodhead. Dio varios puñetazos a la mesa, mientras Chris parpadeaba al unísono.

—Dé unos días de licencia a los miembros de esa brigada.

—¿Quiere que los encierre en el calabozo antes de la corte marcial?

Brodhead bramó de risa.

—¡Tiene sentido del humor, Chris, después de todo!

—No comprendo bien qué…

—Déles cuatro días de licencia. ¡Éste es el mejor manual que he leído en treinta y dos años! No se anda con boludeces. Dice justo lo que hace falta para manejarse durante la campaña. Claro, explícito, humorístico… Eso es lo que necesitan estos jodidos manuales: ¡humor! Por desgracia, no faltará en el Ministerio de Guerra algún estúpido que lo haga rescribir con un tirabuzón. El capitán Ellsworth ha encargado setecientas copias para el Cuerpo de Muleros de Sión.

—Bueno —reconoció Chris, respirando con más soltura al quitarse el nudo corredizo del cuello—, admito que estaba algo nervioso.

—Caramba, esos muchachos deben de haber trabajado hasta la madrugada. ¡Qué bien ha respondido el bueno de Jeremy!

Como estaba de buen humor y en compañía de su favorito entre los oficiales jóvenes, Brodhead tuvo ganas de apartar sus aprensiones y su propia soledad, de decir en voz alta algunas cosas que le habían provocado insomnio, cosas que… «¡Oh, mejor guárdatelo todo!», pensó.

—¿Cuándo estará listo su batallón?

—Le faltan dos o tres semanas de adiestramiento intenso. Y uno o dos meses después de recibir las mulas.

—Bien —dijo Brodhead, soltando lo que había tratado de contener. Sólo faltan unas pocas semanas para el primer bombardeo naval contra Gallípoli. El *Queen Mary*, nuestro nuevo superdestructor, ha completado el viaje de revisión y estará

pronto en camino para unirse a nuestra flota. Los franceses se están formando en Tolón.

—Eso nos da alguna ventaja, ¿verdad, señor?

—Nuestras tropas no están listas, Chris. A mis CANZ, en particular, les vendrían bien tres o cuatro meses más de entrenamiento. Por suerte, Darlington…

—Comprendo lo que piensa de Darlington.

—Por suerte, el general Darlington insiste en no invadir hasta que llegue de Inglaterra la Vigesimonovena. Es una división veterana, una de las mejores. No sé si Darlington prefiere jugar sobre seguro o si es tímido —se preguntó en voz alta. Lo cierto es que no nos hemos enfrentado a un ejército blanco moderno desde los tiempos de Napoleón. Darlington puede estar demasiado chapado a la antigua para este tipo de operaciones; hay demasiadas arrugas nuevas en este desembarco. Usted ha presenciado muchas de las sesiones de planeamiento.

—Sí, señor.

—Ya lo ha visto esquivar el bulto. No tenemos mucha playa, sobre todo si debemos desembarcar desde el Adriático. Gran parte de nuestros planes se basan en el hecho de que los turcos están exhaustos por la Guerra de los Balcanes y en que el cuerpo principal de su ejército está ocupado con el frente ruso. Pero recuerde lo que le digo, hombre: la Unión Balcánica se rompió la cabeza tratando de apoderarse de Gallípoli y perdió varios buques de guerra ante los cañones costeros turcos.

—Nuestro propio bombardeo naval, ¿no debería reducir bastante los cañones turcos, señor?

—Se está dando demasiada importancia al bombardeo naval, carajo. Los alemanes han puesto la defensa de Dardanelos bajo el mando del general von Limon, uno de los mejores. Los turcos han abierto una fábrica de municiones al sur de Constantinopla. Entre la oficialidad turca hay radicales violentos, muy dispuestos a la pelea. Por la poca inteligencia que hemos podido sacar de esos páramos de Gallípoli, von Limon va a poner allí cinco o seis divisiones.

»En cuanto a los cañones costeros —continuó descargando—, von Limon los reemplazará por baterías móviles de obuses. Los cañones costeros están destinados a tirotearse con las naves de guerra. Los obuses pueden disparar contra las tropas cambiando constantemente de posición.

Después de reflexionar por un momento, Brodhead dejó caer la bomba:

—Tenemos que atacar la playa a la carrera. Los británicos deben tomar la cumbre de Achi Baba, ocho kilómetros tierra adentro; nosotros, Chunuk Bair, también a la misma distancia, todo en la primera semana. Si Darlington falla, Chris, nos espera un verano largo y caluroso. Puedo asegurarle que, cuando se escriba la historia de esta guerra, habrá más muertos y heridos por obra de las ametralladoras que por todas las otras armas sumadas. La península de Gallípoli está llena de lugares para esconder nidos de ametralladoras, más que ningún otro territorio de los que haya intentado capturar el Imperio Británico.

—Esas colinas caerán en nuestras manos, señor.

«Un oficial correcto diciendo lo que es correcto», pensó Brodhead. «*Esas colinas caerán en nuestras manos, señor*. ¡Mierda!». No compartió con el joven mayor su última idea: que si él hubiera debido defender a Gallípoli con sus CANZ habría resistido eternamente.

El asistente del general tocó a la puerta y entró para dejar en el escritorio una orden a firmar.

—Pensé que, como el mayor Hubble estaba aquí, usted querría aprobarle esto.

—Veamos —dijo Brodhead, acomodándose los anteojos. Marcha forzada nocturna para todo el batallón hasta… Caramba… Wadi Muzzam… Hummm.

Despidió al asistente con un ademán de la mano.

—Un poco drástico, ¿no le parece? —observó. ¿No sería mejor que sus muchachos se concentraran en el entrenamiento con las mulas?

—Es que no tenemos mulas, señor. Mientras tanto sólo podemos darles una preparación limitada. Por lo demás, mi intención es que el Séptimo sea el batallón mejor preparado de todo el Cuerpo.

—¿Esto no tiene cierto cariz de castigo colectivo, Chris?

El mayor hizo un esfuerzo por no enredar sus pensamientos.

Los había repetido noche tras noche, como una canción de cuna, alistándolos para ese momento.

—Es un batallón de caballería, señor, y no muy refinado. Estos hombres son campesinos. Los enfurece verse convertidos en muleteros. Todas las mañanas, sin excepción, me he visto obligado a ir hasta la estacada para recogerlos por docenas después de sus trifulcas en El Cairo.

—Usted puede estar atrapado en un círculo vicioso. Después de esa marcha nocturna hasta Wadi Muzzam, ¿no tratarán de desmantelar El Cairo? Antes de que me responda, Chris: quería hablarle de este asunto. Usted ha aplicado el doble de castigos que cualquier otro comandante de batallón del Cuerpo.

—Me atrevo a decir, señor, que mi batallón vale el doble que cualquiera de los CANZ.

—Uno de los motivos por los que organizamos ese seminario para oficiales, Chris, fue para clarificar nuestro papel tradicional con los hombres de colonias. Dios sabe que no hay mayor imperialista que yo, pero debemos comprender que cada miembro del Commonwealth tiene su propio sistema social. Creo que no podemos aplicar los reglamentos tan estrictamente como con nuestros soldados británicos. ¿Usted no piensa lo mismo?

—Preferiría no dar mi opinión, señor.

—Y yo preferiría que me la diera.

Llewelyn Brodhead vio a Chris convertirse en Roger Hubble ante sus propios ojos. Las palabras eran las mismas. Hasta su aspecto era el mismo.

—*Sir* Frederick, mi abuelo, era un empresario victoriano, siempre orgulloso de

sus comienzos humildes; actuaba con las logias orangistas, marchaba con los muchachos el 12 de agosto y se ocupaba de conocer a sus obreros por el nombre de pila, fingiendo compartir sus penas. Pues bien, acabó teniendo una sociedad anónima y sindicatos en sus astilleros.

—Creo que puede haberlo alcanzado una época nueva, Chris. Nadie en su sano juicio diría que *sir* Frederick es blando.

—Tal vez —reconoció Chris, de mala gana.

—Continúe, por favor.

—Yo comparo el ejército con el condado de mi padre. Los que labran los campos y trabajan en las fábricas son sus soldados, en cierto modo. Están allí para cumplir con la misión del condado: continuar con nuestro sistema de vida. No podemos mirar con sentimentalismo la dura suerte de este obrero o de aquel granjero y su familia. Si nos dejáramos ganar por el sentimentalismo, durante la gran hambruna habríamos perdido el condado. Y si el Cuerpo CANZ cediera al sentimentalismo perderíamos el imperio.

Brodhead sabía desde siempre que Christopher Hubble era un hombre duro, pero sólo ahora comprendía hasta qué punto. Era uno de esos escasos oficiales a quienes parece gustarles el odio de sus hombres y, a cambio, construyen batallones formidables. Sin embargo casi todos esos oficiales llegan demasiado lejos.

—Estoy de acuerdo con que debemos exigir el máximo respeto —dijo—, pero también debemos respetarlos a ellos. No voy a autorizar esta marcha nocturna. No conviene que estos muchachos tengan la sensación de que van a combatir por nada. Le ordeno, Chris, que continúe con el transporte mular.

—Sería más sencillo si tuviéramos mulas con las que trabajar. El Cuerpo de Muleteros de Sión ya ha recibido cien animales.

—Ya verá que nosotros, los de colonias, recibimos siempre las sobras.

—Me atrevo a decir que los judíos no son exactamente británicos.

—Pero sirven en divisiones británicas. Hablando de judíos: uno de los comandantes de mi brigada es judío. Bastante competente.

—¿De veras, señor? ¿Un comandante de brigada judío? ¿Cuál?

—El coronel Monash, el australiano.

—Bueno, Australia es Imperio Británico.

Brodhead le indicó con un gesto que podía retirarse.

—Ah, Chris… ¿quién fue el que redactó el manual? Me refiero al que eligió las palabras. Muy sagaz.

—El recluta Chester Goodwood. Es miembro de la brigada patrona.

—Póngale un par de galones. De cabo, por ahora.

—Sí, señor. Y tiene la misma habilidad para los números. Es hijo de *sir* Stanford Goodwood, un banquero de Hong Kong.

—¿De *sir* Stanford Goodwood?

—Sí, señor.

—Caramba, lo conocí hace varios años. ¿Sabe que me pareció bastante marica? Por esa época se rumoreaba que tenía predilección por los muchachitos. Así que tiene un hijo… Bueno, probablemente fue por esas cuestiones de la continuidad o algo así.

Capítulo 67

El Cairo, febrero de 1915

Pese al torrente de soldados que llegaba a El Cairo, Sonya Kulkarian no tenía mucha demanda para sus entretenimientos clásicos, escogidos y lujosos. Los grandes jeques y príncipes de la Península Arábica ya no podían llegar con facilidad hasta allí, debido a la guerra; cuando se las arreglaban para viajar se dedicaban mucho a los negocios y poco a las orgías rimbombantes. Los negocios lo eran todo. Los ricos de El Cairo, elemento básico de su empresa, ya no establecían pequeños oasis de descanso en la precipitada carrera por el dinero de la guerra.

Los oficiales y generales británicos eran, en su mayoría, demasiado ahorrativos como para permitírselo. De vez en cuando aparecía algún inglés distinto, al que le gustaban sus entretenimientos y podía pagarlos, pero con los británicos se obtenían sólo magras ganancias.

Pero ¿qué importaba eso? A la edad de cuarenta y un años, Sonya Kulkarian ya tenía amasada una fortuna y era independiente. ¿Importaba que del palacio real sólo la hubieran llamado una vez desde el comienzo de las hostilidades? ¡No! A decir verdad, atender a la realeza sólo servía como buen antecedente. Por lo demás, esa gente resultaba imposible de satisfacer y no era buena pagadora. A la realeza no se le puede exigir el pago por adelantado.

Así que no importaba. Más aún: las madamas que en otros tiempos competían con ella, subidas ahora al vagón bélico, abarataban sus fiestas y sus servicios.

Naturalmente, Sonya se mantenía en contacto con sus mejores muchachas, pues las vinculaciones lo son todo. En realidad, la alegró mucho recibir a Farouk el Farouk. Él le pidió que preparara la Villa Valhalla para un pequeño grupo de sólo cinco militares, que pasarían en Egipto dos, tres o cuatro meses. Todo parecía perfecto, pero luego él agregó que la casa sería alquilada por un cabo, dos sargentos, un oficial de menor graduación y un judío palestino sin rango.

—¿Esto es lo que pides a Sonya? ¡A mí, que he servido a los sobrinos, los primos y los tíos del Rey!

—Sin dejar de quejarte un solo minuto —le recordó él. ¿Alguna vez recurrí a Sonya Kulkarian para hacerle pasar un mal momento? No. Te aseguro, tesoro mío, que cuanto les falta en rango les sobra en… Movió en círculos el pulgar contra los dedos índice y medio. —El teniente es de la aristocracia, heredero de media Irlanda, y muy generoso con los cheques.

—Yo no trato con bazofia.

Podría haber sido una afirmación muy pretenciosa para una mujer de su oficio, pero Sonya Kulkarian era circasiana. Se sabía que los circasianos eran sumamente brutales con sus mujeres. Los hombres aseguraban obsesivamente que tenían sangre

real. De hecho, algunos aún tenían esclavos en el campo.

La colonia circasiana llevaba setenta años en El Cairo, siempre aislada de los otros musulmanes, y había tenido éxito. Eran originarios de las regiones montañosas del Cáucaso, en el sur de Rusia. Después de hacer el Haj hasta la Meca, muchos permanecían en esa región. A mediados del siglo anterior habían preferido la emigración masiva antes que aceptar una nueva frontera política y un gobernante venido del otro lado. Cuanto menos, se podía decir que eran los combatientes más feroces.

Oh, ya sabemos que los sikhs son feroces, y los turcos, los beréberes y los cosacos, pero haremos bien en creer que los circasianos eran los más feroces de todos. Sus uniformes revelaban a un soldado glorioso, desde las botas cortas hasta los altos sombreros de piel, los grandes galones dorados y los enormes bigotes. Gracias a su reputación, su habilidad como jinetes y su colorido atuendo, muchos reyes y príncipes árabes los empleaban como guardias palaciegos personales, lo cual ayudaba a acrecentar la leyenda.

Sonya trabajaba para la elite y sus asociados eran impecables en cuanto a modales y actitud. Los cerdos eran los clientes. Como había ganado suficiente dinero antes de los treinta y cinco años, ahora administraba propiedades alquiladas por mes o períodos más largos a quienes podían pagar sus altos precios. Ya con cuarenta y un años, había perdido en parte la increíble hermosura con que naciera, pero en los movimientos de sus caderas mostraba la sabiduría de los años. Más aún: hablaba inglés.

—Prueba por un mes —le rogó Farouk el Farouk. Son escandalosamente ricos.

—¡No quiero tratar con cinco ratas del desierto que destrocen el mobiliario!

—No pueden ser peores que los de la familia real —recordó él.

No era prudente rechazar las súplicas de Farouk el Farouk. Aunque Sonya ya no lo necesitaba, era preciso conservar las vinculaciones. Después de la guerra pensaba gozar de su retiro en Italia, Francia o España.

Después de todo, una buena fiesta sería siempre una buena fiesta. Y ella las echaba de menos. Aceptó hacer una prueba en la Villa Valhalla. Hizo lustrar los azulejos, llenar de flores los cuartos y reaprovisionar los armarios de licores; cargó las fruteras de cristal con frutas y melones, puso en funcionamiento la fuente central, hizo comprar nuevas almohadas y cobertores de seda, preparó los inciensos más sensuales, velas, batas, óleos y grandes toallas… ¿Para quién? Para un cabo, dos sargentos, un oficial de poco rango y un judío. No sabía qué esperar, salvo lo peor.

El sargento mayor Johnny fue el primero en llegar. Se quitó la ropa, saltó dentro de la fuente y pasó casi una hora allí. Después se arrastró hasta uno de los dormitorios y se dedicó a dormir las cinco horas siguientes.

El judío llegó después del anochecer. Sin molestarse siquiera en quitarse la ropa, se zambulló en el estanque, gruñendo de éxtasis; luego buscó un segundo dormitorio y durmió hasta la medianoche.

Los dos eran muy corteses y hacían chistes divertidos. El judío hablaba un poco el árabe; señalando su acordeón, le advirtió que tenía la voz de un dios. Ahora Sonya estaba desconcertada.

Al día siguiente llegó el joven aristócrata. Él se limitó a balancear los pies dentro del agua hasta que ella le aseguró que bien podía desnudarse y disfrutar. Jeremy no tenía nada que ver con los aristócratas que ella conocía. Era bondadoso, no daba órdenes, no gritaba, exhibía magníficos modales y no maldecía a nadie. Pasó la mitad de la noche meditando en la galería.

El pequeño Chester era un ratón mimado. ¡Caramba, si aún no tenía barba, siquiera! Un jovencito agradable. Ella tuvo que meterlo en una bañera casi por la fuerza y lavarlo con sus propias manos. Luego lo dejó dormir profundamente. Más tarde jugaron al backgammon. Qué muchacho dulce. Jugaba muy, pero muy bien.

Hasta allí todo estaba bien. Después de la primera fiesta sabría mejor cómo podía marchar aquello.

Rory no llegó hasta la cuarta mañana, cuando los otros ya habían vuelto al campamento.

—Usted es la famosísima Sonya —adivinó.

—Y usted, el ausente sargento Rory.

—Muéstreme esa fuente, Sonya, que me estoy muriendo.

Cuando se quitó la camisa, descubriendo el torso, ella quedó boquiabierta. Al ver desaparecer el resto de él en la fuente experimentó un estremecimiento… no: una sacudida que no esperaba. A decir verdad, hacía muchos años que los hombres sólo despertaban en Sonya un sentimiento: el odio. Personalmente prefería a sus amigas, aunque no la satisfacieran del todo. En compañía de otras mujeres, lo que más le gustaba era el baile, el jugueteo, los óleos y las canciones. Aunque su odio por los hombres era auténtico, el lesbianismo no era uno de sus verdaderos deseos.

Muy de vez en cuando descubría a un hombre que la impresionaba así. Ese muchacho no tenía sólo un cuerpo increíble, sino también una actitud traviesa, en el buen sentido. Ya calmada su preocupación por la seguridad de las muchachas y de la casa, les cobró una instantánea simpatía, a su pesar. Tras las dos primeras visitas quedó convencida de que sólo querían dormir.

Aunque el sargento Rory no era el de mayor graduación, se hacía cargo de todo porque tenía aptitud de líder. Fue él quien recorrió la mansión con ella, indicándole qué necesitaba cada uno de los hombres y hablando con gran familiaridad, como si ambos se hubieran conocido en diez mil vidas anteriores. Con respecto a las mujeres, parecía saber qué clase de chica preferiría cada uno.

—¿No querrán variar? ¡Pero si todos los hombres quieren variedad! —se extrañó Sonya.

—Johnny Tarbox querrá muchas mujeres distintas y tal vez se ponga difícil, pero no hará daño a nadie. Creo que los otros tres preferirían tratar con una sola muchacha. Paz, comodidades y sentido del humor,

Sonya sonrió; por la mente le pasaban varias mujeres. ¡Qué divertido sería no tener que lidiar con borrachos furiosos!

—Sonya, amor mío, quiero que busques a alguien muy especial para Chester.

—¿El cabito? Es sólo una criatura.

—Sí, pero no aceptes jugar al backgammon con él.

—Ya hemos jugado.

—Es casi un genio —aseveró el sargento Rory. Pero es posible que aún sea virgen.

—Sé de una mujer experimentada que lo iniciará como es debido.

—No. Quiero a una muchacha con cara y cuerpo de jovencita. Alguien que parezca dulce e inocente. Podrías ponerla a trabajar en la cocina; de ese modo Chester creerá que la ha conquistado por cuenta propia.

—Sí, por supuesto… Aquí comienzan jóvenes. Pero ¿por qué quieres engañarlo? Tarde o temprano él sabrá que la chica es prostituta.

—Chester quiere que lo engañen. Déjale creerse enamorado antes de ir a la guerra.

—¿Por qué?

—Porque nunca ha recibido una carta de su familia ni de nadie. Tiene dieciséis años. Tal vez conozcas a alguna chica que quiera enamorarse de un soldadito.

—Eres más que un hermano —dijo Sonya. Le traeré a Shaara.

—Te amo, Sonya, la arremetedora.

—Tu te encargas de que todos sean felices. Me dices: «Busca a alguien que impida a Jeremy estar triste». Y yo la busco. Pero ¿qué me dices de ti, sargento Rory?

—Me estoy curando —dijo. Y cometió el error de mirarla a los ojos. ¡Cielos, qué cosas pueden hacer las egipcias con los ojos! Tal vez por haber pasado tantos siglos operando detrás de un velo. Piensan con los ojos, coquetean, cantan, bailan, hablan, lanzan destellos de enojo… No había modo de interpretar mal lo que decían los de Sonya. Era voluptuosa y conocía el arte de las caderas y el seno, qué cantidad de vientre mostrar… sólo para él… y esos ojos.

—Me estoy curando —murmuró.

—Yo sé curar —afirmó ella.

—Todavía no.

En pocas semanas Sonya llegó a sentirlos suyos. Ninguno de ellos orinaba ni defecaba en el suelo. Y lo más asombroso era que se querían mucho sin ser pervertidos. Y el sargento Rory, ¡cómo se ocupaba de la paz y la comodidad de los otros!

Sólo Johnny Tarbox mostraba cierta irritación de vez en cuando, siempre después de hacer el amor. Rory, si estaba allí, se hacía cargo inmediatamente, hasta que Johnny cambiaba de actitud.

Llegaban por la mañana o al atardecer, a veces uno solo, a veces hasta cuatro. Aproximadamente una vez por semana se reunían los cinco para pasar la noche allí.

Entonces había fiesta.

Abundaban las risas, tanto que a Sonya le costaba creerlo. Ya segura de que respetaban la casa y no iban a arruinarla, les enseñó a usar el narguile. Sin que los de la brigada lo supieran, mezclaba en la pipa razonables cantidades del hachís más fino, una variedad de Lebanon N.º 1 llamada Séptimo Cielo.

Las fiestas semanales se convirtieron en momentos de abandono: hombres y mujeres bailando la danza del vientre, coqueteando, luchando con el cuerpo untado de óleos. Y sobre todo eso, la emotiva voz de Modi, entonando trágicas canciones rusas que, con frecuencia, provocaban ataques de lágrimas.

¡Tres días enteros y cuatro noches con todos ellos en Villa Valhalla! Todos, salvo Rory, con alguien a quien abrazar durante toda la noche, para reconfortarlos después de tanta arena y calor, después de todo lo que habían abandonado para ir a Egipto.

¡Qué noches! En esta oportunidad no había necesidad de apresurar la fiesta. Sobre ellos cayó una seducción de paz. Chester había aprendido a tocar el tambor y lo hacía salvajemente durante las danzas del vientre. Ahora en ese estado de euforia contenida, lo tocaba con suavidad. Shaara tenía los ojos vidriosos.

Modi dio una profunda pitada al narguile y tomó el acordeón. Neva, una de las muchachas, sabía tocar la flauta. Todo era muy sereno.

—¿Cómo se las arregló para conseguirnos pases a todos, teniente Jeremy? —preguntó el sargento mayor.

—Para investigación. Estamos investigando.

—¿Saben, compinches? —comentó Rory. Empiezo a sentirme algo culpable por el sargento, el viejo Yurlob.

—No sé —dijo Modi. No creo que se sintiera a gusto aquí.

—Qué diablos, si todos venimos de lugares diferentes —argüyó Rory.

—No, todos venimos del mismo lugar —reconoció Johnny. Es Yurlob el que viene de un sitio diferente. Yo he hecho lo posible por acercarme a él.

—Yo también —dijo Chester, sin dejar de tamborilear suavemente. A él le tocaba fumar. —Tiene muy metido ese asunto de inferiores y superiores.

—Creo que viven con un sistema de castas bastante perverso —adujo Jeremy.

—Pero él no es hindú —objetó Chester. Podría ser un poco más abierto con nosotros.

—Los del Penjab son sikhs —explicó Johnny—: medio hindúes, medio musulmanes o algo así. Todavía conservan el sistema de castas. Lo llevan en la sangre.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Rory.

—Me lo dijo alguien de la marina, que había prestado servicio en el territorio noroeste de la India. Son feroces combatientes.

—¿Qué es la vida sin secretos? —preguntó ella.

—¿Tú tienes secretos? —preguntó Chester a Shaara.

Ella rió infantilmente.

—Ningún secreto.

—Sí, seguro.

—Entre nosotros cinco —preguntó Jeremy—, ¿hay secretos que nos ocultemos mutuamente?

La conversación se hizo más lenta, mientras el narguile daba una vuelta más. Todo el mundo tenía la sensación de estar soñando. ¿Cuántas horas pasarían en el frente de batalla con los recuerdos de ese momento? Lástima grande que los pobres tontos, los que bebían veneno para ratas en la ciudad antigua, no pudieran probar un poco de eso. Pero ellos lo disfrutaban porque se querían mutuamente al punto de guardar el secreto. En realidad, lo de Villa Valhalla era un gran secreto que la brigada patrona ocultaba a todo el cuerpo CANZ.

—Todos estamos llenos de secretos —aseguró Johnny. Hay un Johnny Tarbox que quiere ser amigo de ustedes y abrirse para dejarlos entrar. Pero la amistad sólo llega hasta cierto punto. Johnny les deja saber lo que él quiere y oculta el resto. Y trata de hacerles creer que es lo que no es. Todos representamos un papel, ¿verdad? Por Dios, ¿qué pusiste esta noche en esa pipa, Sonya? Estoy flotando. ¿De dónde salieron esas malditas palabras?

—De muy adentro —dijo Modi. Sí, todos tenemos secretos.

Todos intercambiaron una mirada, no por suspicacia, sino por la súbita seguridad de conocerse y amarse por cierto motivo: porque debían enfrentar juntos una guerra. Pero cada uno de ellos tenía muchas cosas que jamás confiaría a los otros. ¿Confiar? Buen Dios, sin duda alguna cada uno confiaba a los demás su propia vida, pero sus secretos no.

Todos se recostaron en los almohadones, sintiendo lo que necesitaban sentir: una mujer que fingiera amarlos. Ella también tenía sus secretos, pero cada uno de los hombres navegaba ya a la deriva en sus propios pensamientos. En el patio central flotaban humos aromáticos y luces trémulas; se oía la queja del almuecín en los almenares, llamando a los fieles a la plegaria, o súbitamente les llegaba el aroma de las cargas de café y especias de los faluchos… y el sonsonete de cien mil voces lejanas.

Y blandos almohadones de seda, cortinas sutiles y una mujer que abrazar… una mujer que abrazar… una mujer que abrazar…

Chester y Shaara estaban enamorados o atontados por el ambiente exótico. Ambos sabían que eso era un juego, pero no conocían otro más dichoso.

Espejo, espejito del muro, ¿quién conoce los secretos de todos nosotros? Las puertas interiores eran de acero y tras ellas, bien cerradas, los secretos seguían siendo secretos. Cada uno de los hombres, por muy etéreo y fraternal que se sintiera en ese momento, sabía que era preciso aferrarse a ellos. No podía revelar a los demás ese lado feo que lo haría cambiar ante los ojos de sus amigos. Todos habían contado a los otros sus valentías, sus conquistas, sus puntos fuertes: todo lo necesario para presentar una buena estatura. Se resistían a enumerar sus infortunios. Algunos eran

desconocidos hasta para ellos. Por muy potente que fuera la droga de Sonya, jamás admitirían sus momentos de cobardía o humillación.

Sin embargo, aquello era un confesionario de cinco hombres. Muda, jamás admitida, la conversación que nunca tuvo lugar.

Ustedes saben, compañeros, cuánto me he jactado de que mi madre fuera una actriz hermosa, reina del canto y de la danza, famosa por derecho propio. Bueno, es una asquerosa mentira. Mi madre era una puta de campamento minero. Estuvo a punto de matar a mi padre; primero, con la cachucha; después, ya descubierta, le clavó un cuchillo. Huyó con un panzón a los campos mineros de Nevada. En toda mi vida sólo me envió una tarjeta de Navidad y otra de cumpleaños. Así que Johnny Tarbox se convirtió en el elegante sargento mayor de la nueva Guardia de Honor Neozelandesa. Era un modo rápido y fácil de hacer que las mujeres se abrieran de piernas. Me gustaban las casadas, por cierto. Cuando las montaba y ellas gritaban de pasión yo sentía ganas de estrangularlas, de romperles el cuello. Veinte veces vi a mi madre por las hendijas de nuestro carromato, cuando se revolcaba con algún bruto. Son todas putas… todas…

La llama de las velas hacía maravillas en las arcadas blancas. Mordechai Pearlman estaba hipnotizado por el fuego. ¡Fuego! Siempre quedaba con la vista atrapada en el fuego. Mil pesadillas de fuego. ¿Se liberaría alguna vez de él?

Mi padre sacrificaba a los animales según los ritos y eso me repugnaba. Por eso estudié en el Colegio de Veterinaria de Kiev, pese a lo difícil que era para los judíos. Pasé dos años durmiendo con los animales de la facultad, porque era demasiado pobre para ocupar un cuarto.

Era buen veterinario. Viajaba de shtetl *en* shtetl*, todas las pequeñas aldeas judías de mi zona del Palé. ¿Qué es el Palé, preguntarán ustedes? Es la frontera invisible dentro de la cual deben vivir todos los judíos. Nada de Moscú, profesiones, comercios ni oficios que les permitan competir con los gentiles. Pero yo soy demasiado buen veterinario para mi propia conveniencia. Los ucranianos (me cago en ellos) me emplean para sus animales, de bueno que soy.*

Mi casamiento fue concertado, porque tal era la costumbre; conocí a mi esposa en el día de la boda y llegué a amarla. Malka. Una buena mujer, una mujer común. Me dio una hija. Esa beba era el tesoro más preciado de mi vida. Aun hoy no puedo pronunciar su hombre. Estando a varias aldeas de distancia, me entero de que los cosacos van a hacer un pogromo contra mi aldea. Vuelvo a toda prisa. Todo está ardiendo.

¿Fue ése el momento de mi gran cobardía? Los cosacos aún estaban cruzando la aldea a caballo. Yo sólo pude observar el incendio, escondido en las afueras.

Malka había sido violada varias veces; mi hija, decapitada. ¿No habría debido lanzarme a las llamas para salvarlas?

Huí, pero fui detenido por la policía y obligado a servir en el ejército del Zar. Soy todo un hallazgo, porque sé tratar a los caballos y al ganado. Adivino lo que va a suceder: me embarcarán hacia algún puesto remoto de Siberia, donde me castigarán día y noche para que me convierta. Les sucedió a muchos de mi aldea. Adoptaron nombres cristianos, se casaron y jamás se volvió a saber de ellos.

Huí una vez más, a Palestina. No pregunten cómo. Llegar a Palestina fueron dos años de tormento y un verdadero milagro. Paso a trabajar en los proyectos del Barón de Rothschild, en los campos judíos, y más adelante me convierto en miembro fundador de una comuna de Galilea.

Soy un veterinario notable para los asentamientos de la zona y también atiendo a los animales de los árabes. Los judíos de Palestina habíamos vivido miserablemente bajo el imperio de los turcos; por eso apoyamos mucho a los ingleses cuando estalló la guerra. Los turcos se apoderaron de muchos camaradas míos y los torturaron como a espías, golpeándolos en la planta de los pies; algunos quedaron lisiados. Así que volví a huir rumbo a Egipto, con otros cientos de judíos; pronto nos ofrecimos como voluntarios para formar el Cuerpo de Muleros de Sión, aunque los británicos no nos permitían formar parte oficial del ejército. ¡Por Dios! ¿Por qué saltan así las llamas cuando las velas se consumen? ¡Maldito fuego!

La mujer de Modi era corpulenta porque a él, como a los árabes, le gustaban grandes. «¿Su nombre? No era Malka, no… ¿Su nombre? Maat. Me calma con susurros y me enjuga la frente. Voy a fundirme con ella…».

Dios del cielo, jamás podré revelar mi secreto. Los de la brigada me despreciarían. Son mis compañeros… los únicos, con excepción del tío Ned Thornberry, que se han interesado un poco por mí.

Chester Goodwood es el nombre que el falsificador chino puso en mis documentos, para hacerme pasar por pariente de sir Stanford Goodwood.

Me llamo Stanley Thornberry y soy bastardo. Nací en Londres. Mi mamá murió de tuberculosis cuando yo tenía seis años. A los siete huí del orfanato, pues prefería trabajar en las calles. Eso no duró mucho; terminé en el reformatorio, por ladrón, antes de cumplir los nueve años.

Mi único pariente era Ned Thornberry, pero él vivía en Hong Kong. Tío Ned manejaba los establos de sir Stanford Goodwood, donde se criaban caballos para polo y para exposición. Ned prometió a los tribunales darme un buen hogar y sir Stanford firmó un documento por mí, de modo que me embarcaron hacia Hong Kong. Trabajando con tío Ned me hice jinete.

Yo creía que sir Stanford obraba así por pura bondad. Me envió a una buena

escuela, donde aprendí a hablar un inglés correcto. Todo el mundo quedó estupefacto ante mi habilidad para las matemáticas. Entonces sir Stanford me proporcionó un profesor particular para que me enseñara operaciones bancarias y contabilidad; a los catorce años manejaba todos los registros contables.

¿Así que pura bondad? El tenía para mí planes de largo alcance. Tío Ned murió cuando yo acababa de cumplir quince años. Sir Stanford me invitó a vivir en la mansión… y entonces caí en la cuenta de lo que había estado planeando todos esos años.

Yo era como un prisionero. Me retuvo en los terrenos de la casa hasta asegurarse de que no escaparía. Noche tras noche venía a mi cama y me obligaba a hacer todas esas cosas de maricones. Me amenazaba de muerte si le traía dificultades, pero también me prometió que llegaría muy lejos en el ambiente bancario si aceptaba ser su mancebo. Yo fingí seguirle la corriente hasta que pude huir.

La oportunidad se me presentó cuando estaba por comenzar la guerra. Conseguí que ese chino me falsificara los documentos y me escondí en un barco. Todas las noches doy gracias a Dios por contar con Rory y Johnny. ¿Cómo decirles lo que hacía con sir Stanford? Me mirarían como a mierda.

Sé que Rory me consiguió a Shaara y sé que Shaara también finge. Después de la guerra voy a ser rico. Daré mucho dinero a estos amigos, para que la vida les sea más fácil. No volveré a ver a Shaara, pero me ocuparé de que ella también reciba una buena cantidad de dinero.

Los gruesos labios de Leilah descendieron hasta el cuello de Jeremy. Lo besó y él dejó escapar un gemido. Ella le susurró que fueran al dormitorio. Aunque los besos eran agradables, sabía que la mente del joven estaba en un sitio muy lejano…

Mi secreto, que sólo Rory conoce, es mi cobardía y mi terror a la pobreza. El secreto de mis secretos, el que no puedo compartir siquiera con Rory, es que me gustaría matar a mi padre.

Antes de hacerlo lo obligaría a enumerar todos los sufrimientos que impuso a sus campesinos y a sus trabajadores; le haría implorar misericordia por cada uno de los sucios actos de su vida. Después de dispararle incendiaría Hubble Manor, dejando sólo el salón grande y la gran cancela.

Luego renunciaría a mi título. Repartiría las tierras del condado entre quienes las merecieran, los que las trabajaron con esfuerzo. Como otros patriotas irlandeses protestantes, como Theobald Wolfe Tone, Robert Emmety Charles Stewart Parnell, me haría republicano. Lo que quiero es… ser un irlandés de Irlanda.

«Caramba», pensó Rory, «la fiesta se ha vuelto triste. ¿O no? ¿No es mejor

confesarse uno mismo la verdad en presencia de los amigos, aunque se haga en silencio? Míralos: cada uno está en su propia Vía Láctea».

Desde el momento en que escribí las primeras cartas a mis hermanos, supe que siempre había sido el amo entre ellos; los obligué a vivir por debajo de mí. He sido un verdadero cretino con mi hermano Tommy; no es culpa suya si el terrateniente lo ungió como hijo favorito. No es culpa suya si no tiene la cabeza más brillante de la Isla Sur. Yo me he esmerado en hacerlo sentir idiota, en vez de ayudarlo y cuidar de él, como correspondía a un hermano decente.

Ahora, al leer las cartas de mis hermanos y hasta las de mi mamá, comprendo que debería haberme portado mucho mejor con ellos. Pero estaba muy ocupado con mis proezas.

Mi padre me hizo mal, pero aun así hubo mil veces en que buscó en mí una sonrisa, una palabra amable, y yo me limité a retorcerle el cuchillo o a llamarle la atención rompiendo algo, demostrándole lo rudo que era. Tal vez, si yo hubiera hecho el intento, él también lo habría hecho y las cosas hubieran mejorado entre los dos.

¿Mi secreto? Me asusta la idea de ir a Irlanda con el apellido Larkin. ¿Qué puede hacer un hombre con la sombra de Conor Larkin pendiendo sobre él? Pero voy a ir y haré lo que se espera de un Larkin. Sólo de ese modo podré ganarme el retorno a Nueva Zelanda.

¿Mi secreto? Si lo que pido en mis rezos llega a ser realidad me odiaré toda la vida, pero es la verdad: espero que el doctor Calvin Norman muera en la guerra…

—¡Eh! —exclamó Modi, por entre la niebla cremosa. Todo el mundo está apasionadamente triste. ¿Qué es esto? ¿Una reunión de rusos? Tengo una magnífica idea.

—Esa idea, ¿se refiere a tu vida pública, a tu vida privada o a tu vida secreta?

—Decididamente, a la secreta. Deja de tocar el tambor, Chester, para que pueda contar a todos mi idea secreta.

Chester estaba en trance y continuó tocando.

Leilah se tornó apasionada. Jeremy la amonestó con suavidad.

—Por favor, Leilah. Modi tiene una idea.

—Sí —dijo Rory—, escuchemos tu idea, que en este momento las mías no me gustan.

—¿Verdad que somos camaradas excepcionales? —preguntó Modi. Y dio la respuesta. —Lo somos, sí, y en este sagrado templo del paraíso debemos… déjenme pensar… Ah, sí, ya sé: debemos masacrar nuestra amistad.

—«Consagrar» es lo que quieres decir, viejo —corrigió Jeremy.

Modi se rascó la cabeza.

—Lo que digo es que pronunciemos un voto de hermandad eterna, porque somos hermanos eternos.

—Es una idea formidable —dijo Johnny.

—¿Chester? Eh, Chester.

—¿Eh?

—Deja de tocar esa porquería. ¿Estás preparado para pronunciar un voto de masacre emocional?

—Por cierto.

—Sí, consagremos —confirmó Rory.

—¿Cómo? —preguntó Jeremy.

—Cortándonos las palmas para mezclar la sangre —propuso Johnny.

—Qué campesino eres, Tarbox —protestó Modi. Propongo que todos nos hagamos un tatuaje de hermandad.

—¡Hecho! —exclamó Jeremy. Nada podría fastidiar más a mi padre, aunque probablemente mi abuelo quedará encantado.

—Muy, pero muy bonito, Modi —juzgó Johnny, rompiendo en lágrimas.

—Ya he hablado con nuestra querida hermana Sonya. Aquí cerca hay un artista del tatuaje que se especializa en grabar las fechas del peregrinaje a la Meca, pero también hace otras cosas.

Sonya desnudó un pecho, que lucía una granada tatuada.

—Caray, eso es magnífico —exclamó Rory.

—Tardaste bastante en notarlo —replicó Sonya.

—¡Haz venir a ese tunante! —pidió Johnny.

—Es armenio, pero honrado. Yo también me haré tatuar —decidió Sonya.

Chester se puso ancho. ¡Un tatuaje! ¡Caramba! ¡Glorioso!

—Pero no queremos una simple fecha —observó Modi. ¿Qué nos tatuaremos?

—Podría ser algo en latín, un lema —propuso Jeremy.

—Oh, carajo —reaccionó Johnny. Seamos guerreros. Vamos a la batalla. Un feroz maorí, que simbolice a Nueva Zelanda.

—¿Nueva Zelanda? —protestó Modi.

Trataron de pensar. Pensar era difícil.

Chester mantenía su ritmo de tambor.

—Una cabeza de mula —dijo, sin dejar de tocar.

—Por supuesto. Yo iba a decirlo: una cabeza de mula —apoyó Modi.

—Con orejas enormes, para que no se confunda con un caballo —agregó Rory.

Y fue así como los de la brigada patrona, del Séptimo Batallón Neozelandés de Caballería Ligera, y tres de las damas presentes, se hicieron tatuar magníficas mulas en la nalga izquierda por el señor Suhollanian, artista armenio.

Capítulo 68

Archivos secretos de Winston Churchill - Febrero de 1915

¡No a los que dicen no!

19 de febrero

Comienza un día glorioso en la historia de la Marina Británica.

Ciento setenta y ocho cañones, de entre cinco y quince pulgadas, montados en doce naves de guerra, abrieron fuego contra otros cuatro fuertes de cabo Helles, en el extremo sur de la península de Gallípoli.

¡Qué magnífico espectáculo debemos haber presentado, nosotros y nuestros aliados franceses, con nuestros invencibles navios lanzando salva tras salva! Lamentaré no ser testigo presencial del izamiento de la bandera británica en el mástil de nuestro barco más poderoso, el *Queen Elizabeth*.

La flota de ataque consistió en tres divisiones. La primera escuadra llevaba los pesados cañones de *Elizabeth, Agamemnon* e *Inflexible*.

La segunda división lucía los nombres de *Vengeance, Albion, Cornwallis, Irresistible* y *Triumph*.

Saludo a la escuadra francesa: *Seffren, Bouvet, Charlemagne* y *Gaulois*.

Abrimos fuego desde una distancia de quince mil metros, fuera del alcance de los cañones turcos. Utilizando la nueva técnica del avión detector marino para dirigir nuestras armas y fotografiar el daño, el almirante Harmon llegó a la conclusión de que el bombardeo a larga distancia tenía una efectividad relativa.

El almirante ordenó entonces que la flota se acercara más. No supimos nada de los turcos hasta que *Seffren, Vengeance* y *Cornwallis* estuvieron a cinco mil metros de cabo Helles.

Maldita sea la suerte: empeoró el tiempo. Harmon no tuvo más alternativa que ordenar una retirada al terminar el día, con la victoria aún en suspenso.

25 de febrero

Cinco días de mal tiempo han cancelado nuestras operaciones. Hoy reanudamos el ataque, concentrándonos en los pesados cañones turcos de toda la península, desde una distancia de doce mil metros. Cuando nos acercamos más a cabo Helles no recibimos respuesta de sus grandes cañones. Cabe deducir que hemos liquidado los cañones costeros turcos sin haber siquiera abierto el estrecho de Dardanelos. Esa cañoneada a larga distancia puede haberlos debilitado significativamente.

Nuestro empleo de treinta y un proyectiles de quince pulgadas y ochenta y uno de doce, más el empleo de cincuenta proyectiles de doce pulgadas por parte de los franceses, parece un gasto bien aprovechado.

26 de febrero

Moviéndose con cautela, tres de nuestros destructores se acercaron a muy poca distancia, para cubrir el desembarco de marinos y zapadores en grupos de sesenta a cien hombres. Hallaron e inutilizaron cuarenta y ocho cañones turcos de menor tamaño. Los marinos se adentraron en las colinas hasta entrar en combate con los turcos. Nos retiramos inmediatamente, llevando a nueve muertos y heridos.

Al estudiar estos resultados se deduce que los fuertes turcos exteriores de cabo Helles están fuera de actividad. Más aún: muchos otros cañones pesados de la península de Gallípoli parecen haber sido silenciados por los bombardeos a larga distancia.

Asunto interesante. ¿Creen los turcos que nuestro bombardeo de Gallípoli es sólo una finta? ¿Piensan que nuestro verdadero objetivo es lanzar una ofensiva por el Canal de Suez hacia Sinaí, Palestina y los estados petroleros de Siria e Irak? Eso parecería.

Los turcos enviaron una brigada de infantería a través del Sinaí, hacia el Canal de Suez, perfectamente enterados de nuestra superioridad numérica en Egipto. Los empujamos de nuevo hacia el Sinaí, pero no continuamos, por supuesto. Por lo tanto, probablemente hayan entendido que la invasión de Gallípoli es una realidad.

Dado nuestro éxito inicial, creo firmemente que nuestro poderío naval se impondrá. Dentro de pocas semanas abriremos el estrecho de Dardanelos y, una vez más, nuestras naves impondrán la sumisión a los turcos de la península. No puedo sino sentir que nuestras fuerzas, al desembarcar, concluirán la operación de limpieza.

Mientras tanto, la marina entrará en el Mar de Mármara y anclará frente a Constantinopla, mientras nuestras tropas avanzan desde Gallípoli hasta las afueras de Constantinopla. Entonces los turcos pedirán la paz.

Mientras se desarrollan estos hechos históricos albergo una aprensión secreta. Si los turcos presentan combate en la península, necesitaremos tener varias divisiones de infantería de reserva para concluir el trabajo. Kitchener no quiere disponer de nuevas divisiones para esta campaña, exceptuando la Vigesimonovena, que ya está en camino.

No temo que seamos incapaces de ganar Gallípoli con las fuerzas de que disponemos, para marchar luego a Constantinopla, pero el general Darlington puede ser un poco chapado a la antigua como táctico. No lo veo tomar las decisiones atrevidas ni ejecutar los movimientos veloces necesarios para aplastar al enemigo.

Me sentiría más a gusto si Kitchener nos permitiera disponer de tres o cuatro divisiones más.

WSC

Capítulo 69

—¿Por qué necesitamos dos corrales? —preguntó Modi a sus alumnos. Y respondió él mismo antes de que nadie pudiera hablar. —Se lo diré. Hay un problema importante, más importante que cualquier otro, y son los tábanos. Agregando mosquitos y sabandijas, nos encontramos con todo un montón de chupasangres.

Los alumnos no habían tardado en notar que el doctor Mordechai Pearlman, exveterinario del ejército zarista, sabía mucho de animales. Los hombres que había seleccionado para el Pelotón de Paramédicos Mulantes tendrían insignias de cabo, si lograban ingresar. El examen sería al día siguiente. Cualquier soldado que fallara sería inmediatamente despedido del cuerpo de paramédicos y reemplazado. Por eso estaban pendientes de cada palabra suya y no bromeaban a menos que él los instigara.

—Conque tenemos dos corrales y nuestro gran problema son los tábanos. Todas las noches encerraremos a varios cientos de mulas, que comerán diez kilos de alimento por cabeza y por día. Eso es mucha mierda de mula, caballeros.

Risas controladas.

—Por lo tanto —continuó él—, todas las noches llevamos nuestras caravanas al Corral A, que ha sido bien higienizado y cubierto con heno fresco. ¿Cuál es la alternativa? Las mulas entran en un corral sucio y deben permanecer de pie entre el estiércol. Las atacan millones de tábanos que se ensañan con las orejas, las zonas genitales y las llagas abiertas. He visto a mulas con la mitad de las orejas roídas por esos ataques. A veces la saña es tal que las mulas enloquecen y es preciso eliminarlas. La mula no quiere pasarse la noche de pie. Eso agota sus fuerzas. Pero no puede acostarse a dormir en medio del estiércol. Y a la mañana siguiente nos encontramos con un animal debilitado, medio loco, que no tiene resistencia para seguir la marcha. En este batallón las mulas pasarán la noche en un corral limpio. Hemos estado recolectando grasa de tocino de los ranchos. Todas las noches ustedes les frotarán con grasa las orejas, las llagas y las zonas genitales. Eso evita un poco las picaduras. ¿Alguna pregunta?

—¿No hay algo que se pueda usar para ahuyentar las moscas? —le preguntaron.

—Aceite de pino. En Egipto no hay árboles, así que no tenemos aceite de pino. Estoy probando algunas mezclas, citronela, antorchas de petróleo y cosas parecidas. Lo mejor es el aceite de pino, si lo conseguimos.

»Bien —prosiguió Modi—, cuando las caravanas abandonan el Corral A para volver al camino, se lo limpia. Sin embargo, el Corral B ya ha sido higienizado y a él volverán las mulas. ¿Entienden?

Entendían.

—¿Hay alguien que no entienda?

—¡Entendemos!

—¿Cómo sacamos el estiércol, doctor Modi?

—A pala. Con un poco de suerte podemos capturar prisioneros. Trabajo saludable para los prisioneros. Es mejor custodiarlos a ellos que limpiar uno mismo la mierda de mula. De lo contrario, cualquier miembro del batallón que meta la pata va a palear estiércol.

»En cuanto termina la jornada, ustedes revisarán a todos los animales con sus cargadores. Buscarán llagas hechas por las sogas, hinchazones, lugares acuosos, dolores en la cruz o entre las patas. Hay que estar atento a la constipación. La mula constipada se siente mal. Más tarde inspeccionarán el pis por si hay problemas de riñones y el estiércol por si hay parásitos intestinales. Fíjense si no hay larvas de mosca… usen ungüento crisílico. Estén atentos a las picaduras de víbora. Todos tienen amoníaco en su equipo. Todos los hombres del batallón recibirán algunas lecciones, pero ustedes son los especialistas. De ustedes dependo. Son mis cabos.

El sargento primero Landers hablaba a la Compañía C en el estadio.

—Si el animal necesita herraduras nuevas, llévenlo al herrero la noche antes. Deben atender primero a la mula, acostándola cómodamente y elogiándola; sólo después pueden lavarse y comer. Pero nadie se acuesta sin haber limpiado y reparado los arreos de la mula. Hay que limpiar la silla y las riendas y lustrar todo lo que sea de bronce. Yo voy a inspeccionar personalmente todas las mulas y sus equipos antes de que se las cargue. En este batallón no habrá mulas que salgan de la línea por fallas en el equipo. Las fallas en el equipo arruinan al animal y le exigen mayor esfuerzo. Piénsenlo: supongan que su mula debe ser separada de la caravana y que esas municiones no llegan al frente…

El sargento Yurlob Singh estaba de pie entre cincuenta caballetes que representaban a otras tantas mulas, aleccionando a los cincuenta hombres que había escogido como cargadores y guías, los cuales serían ascendidos a cabos y sargentos cuando aprobaran ese maldito curso… si lo aprobaban.

Sus ojos reflejaban siempre cierto desdén. Antes y después de cada lección repetía la misma frase:

—El motivo básico de que una mula fracase es, casi siempre, la estupidez de su cargador al preparar la carga del animal.

Yurlob describió la mezcla de lodo y paja que se amasaba hasta formar una manta para poner en el lomo. Al endurecerse, ésta retenía una consistencia de arcilla que protegía la peculiar estructura ósea de cada animal y absorbía los impactos entre el pellejo y la montura.

Mostró en alto dos varillas de madera cruzadas.

—Éstas son costillas, que también deben ajustarse perfectamente a los contornos del cuerpo. Es preciso trabajar estas costillas, doblarlas y tallarlas hasta que el calce

sea perfecto.

Yurlob tenía ejemplos de cada tipo de caja y bulto que las mulas llevarían al frente: cajas de municiones de cualquier peso y tamaño, balas para fusiles, proyectiles para cañones livianos y pesados, morteros, latas de agua, cajas de raciones, botiquines de primeros auxilios, equipos de comunicación, dinamita, granadas, alambre de púas y todas esas cosas que sustentaban el horror de la vida en el límite.

Con las manos tras la espalda, Yurlob se paseaba junto a la larga mesa que ocupaban sus alumnos, haciendo secos comentarios. Los muchachos peleaban con los distintos tipos de nudos.

—Tienen que aprender bien esto porque se les tomará un examen con los ojos vendados.

»Cada mula debe estar preparada para llevar una camilla en cada viaje que haga desde el frente. Primero vendrán los heridos más graves; después, los más leves y, finalmente, los muertos. La camilla se instala en la cruz de las costillas, por lo cual el viaje resulta peligroso en terreno de montaña. Ésa será la carga más importante. No hay lugar para la estupidez.

El sargento mayor Johnny Tarbox y el cabo Chester Goodwood pasaban sus días en Isla de los Cerdos, elaborando tablas tácticas.

¿Cuántas mulas se requieren para aprovisionar a cinco mil soldados a cinco kilómetros del campamento base, en una fila de tres mil metros y usando dos litros de agua, cincuenta cargas de municiones para fusil, quinientas cargas de ametralladora ligera, cincuenta señales luminosas, dos raciones diarias N.º 14…?

¿Cuántas horas de luz diurna se requieren para hacer un viaje de ida y vuelta al frente, como el citado más arriba, trayendo una baja en el viaje de regreso…?

¿Qué tamaño mínimo debe tener un corral para albergar doscientas mulas…?

¿… trescientas mulas…?

¿… cuatrocientas cincuenta mulas…?

¿Cuánto tiempo se pierde por cada grado de inclinación cuesta arriba por mula, en un trayecto de diez kilómetros?

¿Cuántas toneladas de heno requerirán cuatrocientas mulas en un período de dos semanas?

Al prepararse para una ofensiva, ¿cuánto tiempo se requerirá para preparar cien mil cargas de municiones para fusil, trescientas mil cargas para ametralladora ligera,

mil balas de mortero de 80 milímetros, cinco latas de cuatro litros de agua, a razón de dos litros al día, para seis mil soldados?

Modi: «Hoy hablaremos de callos. Si no se los ablanda y extirpa, se ulcerarán hasta convertirse en cáncer».

Yurlob: «Ustedes son estúpidos».

Chester Goodwood a Johnny Tarbox: «En un frente estático, ¿cuántas mulas hacen falta para proveer los requerimientos básicos de la tabla B, a seis kilómetros y medio del campamento base, en una línea de dos mil metros que contenga dos compañías de infantería y una brigada de armas pesadas en un terreno de tres por ocho?».

Yurlob: «Todo lazo correctamente hecho se desatará tirando de dos cuerdas, con lo que la carga quedará suelta».

Rory: «Está prohibido estacionar la mula ante una taberna». «¡Dios mío, debemos estar llegando al final!».

Era el momento oscuro que precede al alba; aún faltaba una hora para la diana. Chester Goodwood corría por el pasillo de la brigada, golpeando a todas las puertas.

—¡Han llegado las mulas! ¡Están entrando veinte mulas en el corral!

Se vistieron como bomberos ante una alarma, pero con un poco menos de gracia: entre tambaleos y tropezones. Diez minutos después el teniente Jeremy se les unió ante el palenque. El primer rayo de luz brillaba sobre las mulas.

Allí estaban, medio tambaleantes, veinte mulas con diversos grados de invalidez: acobardadas, deformes, quebradas, huesudas, golpeadas, con las orejas roídas, con dientes faltantes, cascos partidos, cubiertas de llagas.

Lo que estaban viendo parecía increíble.

—Por Dios…

—Cielo Santo.

—¿Quién envió estas pobres bestias? —preguntó Modi. Ayer visité a unos camaradas del Cuerpo de Muleros de Sión. Allí tienen animales decentes.

—Los de Sión recibieron mejores animales, porque sirven a tropas británicas —dijo Jeremy, enojado. Pedí autorización al mayor para que uno o dos de ustedes asistieran a la subasta. Me la negó el coronel Sattersfield, del cuartel general.

—Todos los campesinos de Egipto están tratando de vender sus mulas moribundas al Ejército Británico.

Cuando el sargento Yurlob entró en escena, todos lo miraron buscando alguna especie de salvación. El indio estudió a los animales, manteniendo la expresión

impávida, y se rehusó a participar en las exclamaciones consternadas.

«Bueno, ya está», pensó Jeremy. «El buen servidor. Como estos animales son propiedad del Ejército Británico, según los Yurlob de colonias, es preciso aceptarlos».

—Por el amor de Dios, de Buda o de quien sea —le espetó Johnny—, cualquiera de estas bestias se derrumbará si alguien trata de ponerle ciento cincuenta kilos encima.

Yurlob no dijo nada.

—Malditas sean, ¿cuál se podría usar para el adiestramiento? —insistió Johnny. Una, sólo una…

Yurlob, siempre rígido como una vara, se puso más tieso aún.

Modi levantó las manos en un gesto de impotencia. Mordechai Pearlman era, oficialmente, un no-veterinario, no-soldado, no-persona. Y si no era persona, no podía objetar nada. Parecía una broma cruel, pero sabía que los oficiales británicos no eran dados a las bromas.

—No veo cómo podemos aceptar estos animales —dijo Johnny.

—Tú eres jefe de playa —apuntó Rory, protector. Esto queda fuera de tu campo. Modi no puede decir nada. Y nuestro audaz, fiero y leal amigo sikh, aquí presente, no sería capaz de faltar al código ni bajo tortura. Yo rechazo estos animales por inservibles— concluyó, con voz trémula.

—Yo apoyaré tu rechazo —añadió Jeremy.

—Manténgase fuera de esto, teniente. Usted no sabe un comino de mulas.

—He dicho, sargento Landers, que voy a apoyar su rechazo. Cuando veo una mula inválida la reconozco a simple vista.

—Malditos reglamentos —protestó Modi. Yo también me opongo a esta locura.

—Yo… —se sumó Chester.

—Cállate, Chester —ordenó Rory. No te metas en esto.

—Tengo mi…

—Cállate, Chester —repitió Rory. Y se volvió hacia Jeremy.

—¿Quiere que lo acompañe a ver al mayor, teniente?

Jeremy miro hacia las oficinas. Bien: las luces estaban encendidas. Christopher solía estar allí antes de diana, para repasar los nombres de los que debían recibir un llamado de atención y asegurarse de estar reluciente, aun a esas horas del demonio.

—Está allí. Espérenme aquí, muchachos.

Christopher había oído el barullo y abrió las grandes persianas de madera. Vio que el judío reía y que todos los demás se rascaban o meneaban la cabeza. Ah, allí venía Jeremy, al trote.

—¿Qué pasa allí afuera? —le espetó al verlo entrar.

—Que el coronel Sattersfield te envió veinte mulas muertas, sin fuerzas siquiera para dejarse caer. Te advertí que debías enviar a un par de mis muchachos a la subasta.

—Temo que las mejores mulas fueron para los judíos —respondió Christopher.

—Para las tropas británicas, en contraste con las tropas CANZ. Esas mulas no son aceptables.

—¿Quién dice que no son aceptables?

—Lo digo yo.

—Tú no estás calificado para juzgar en el tema. ¿Quién más lo dice? ¿Tarbox? ¿El cabo Goodwood? ¿El judío? ¿Yurlob? ¿Dijo el sargento Yurlob que fueran inaceptables?

—No.

—Entonces fue Landers.

—En vez de desquitarte con tus hombres, ¿por qué no le rompes el culo a Sattersfield?

—Estamos en el Ejército Británico. Lo que se nos envía, se acepta. Y ahora sal de mi camino —dijo Chris, pasando como un rayo junto a su hermano. Usó un atajo para llegar al corral y apareció detrás de la línea de mulas.

—¡Firmes! —ordenó Yurlob, al ver al mayor.

Los hombres se petrificaron en posición de firmes, en tanto él se acercaba hecho una furia.

—¡Maldita sea! ¡Sargento Yurlob! ¡Haga venir a sus cargadores! En una hora estaremos cargando y en marcha.

—¡Mayor! ¡Deténgase! —gritó Rory. ¡Pare, carajo, pare!

—¿Con quién demonios cree estar hablando, Landers?

—¡Pare, mayor! ¡Al suelo!

En el momento en que Christopher alcanzaba desde atrás la línea de mulas, Rory saltó sobre el palenque, volteó al mayor y lo inmovilizó con su peso. Luego lo arrastró hacia atrás.

Los otros corrieron a desenredarlos. Christopher Hubble se sacudió el uniforme, tan lívido que no podía hablar. Rory se levantó sujetándose un hombro y mareado por una coz. Cinco o seis animales estaban lanzando coces con las patas traseras.

—Rápido: vuelvan a Isla de los Cerdos antes de que alguien se entere de esto. Modi, calma a estas mulas. Vayan, muchachos, que yo llevaré al mayor a su oficina. —Jeremy levantó a Chris de un tirón y lo obligó a correr hasta el edificio de oficinas. Allí se encerró con él.

—¡Basta! ¡Se acabó! Landers no se salva de la sudadera. ¡Ha golpeado a un oficial! Ya me encargaré de que lo azoten.

—¡Cállate la boca, pelotudo!

—¡Cómo te atreves, Jeremy! Puedes… puedes pedir inmediatamente tu traslado. En cuanto a Landers, tengo autoridad para hacerle dar cinco latigazos ante el batallón formado. Chris operó la manivela del teléfono. —Comuníqueme con la policía militar.

Jeremy le arrebató el aparato.

—Cancele la llamada. Ha sido una equivocación.

—Muy bien, vamos a aclarar las cosas, Jeremy. Esa brigada patrona tuya cree que está al mando del batallón. Todas las noches se van a El Cairo. Tienen alojamiento propio. Y tu confraternización con ellos es verdaderamente repulsiva. ¿Qué haces en tus horas libres? ¿Putañear con los reclutas? Landers ha estado esperando la oportunidad de atacarme, como una víbora en el pasto. Estoy seguro de que planea matarme en combate.

Christopher se levantó. Jeremy le dio una bofetada y lo sentó nuevamente de un empujón.

—¡Por qué no cierras la boca, carajo! Si haces azotar al sargento Landers te voy a cagar a golpes delante de todo el batallón.

Christopher parpadeó, incapaz de comprender lo que oía.

—Además de arruinar totalmente un magnífico batallón, que no debe nada a tus intimidaciones baratas, habrás fallado al general Brodhead y deshonrado a tu padre de por vida —añadió Jeremy, con firmeza.

Revolviendo en el escritorio de Chris, halló un ejemplar del manual de muleteros y se lo plantó en las manos.

—Busca el capítulo dos y lee.

Afuera estaban tocando diana. Pasaría media hora antes de que llamaran a revista y un rato más antes de que alguien entrara en el edificio. Chris estaba en manos de un loco; en su hermano veía un apasionamiento que no le conocía. Se dijo que, por el momento, era mejor seguirle el juego. Ya le ajustaría las cuentas más tarde.

—¡Lee! —exigió Jeremy.

Chris carraspeó. Le temblaban las manos y su voz sonaba insegura.

—«Estableciendo un vínculo con tu animal. La mula es una bestia muy alerta, mucho más que el caballo o el burro. Las orejas le sirven casi como un segundo par de ojos. Nota que siempre las gira en dirección a cualquier ruido. Cuando está contenta, la mula echa las orejas hacia atrás, pero en estado de alerta las yergue bruscamente…». Apartando la vista del manual, suplicó: —¿Tengo que seguir leyendo estas tonterías?

—¡Lee!

—Muy bien. «Nunca, NUNCA MÁS, te acerques a una mula desde… desde…».

—¡Lee!

—«Nunca jamás te acerques a una mula desde atrás, si hay alternativa. Si te ves obligado a hacerlo, recuerda que está maneada y no puede mirar hacia atrás, sino sólo oír. Llámala suavemente por su nombre para darte a conocer y hacerle saber que no hay peligro. Pregúntale cómo se siente…».

Chris miró a Jeremy, con los hombros caídos, y continuó:

—«Pregúntale cómo se siente. Luego camina hacia el frente y dale un puñado de avena (de la que siempre llevarás en el bolsillo). Luego ráscala debajo del ojo».

Christopher suspiró, resignado. El párrafo siguiente estaba subrayado:

—«Si te acercas a una mula gritando o con cualquier otra expresión de

nerviosismo o disgusto, ten la absoluta certeza de que el animal, alarmado, lanzará coces con las patas traseras. Esto puede ser sumamente peligroso. El veterinario de este batallón ha visto costillas fracturadas, hombros dislocados, fracturas de hombros y más de un cráneo quebrado como resultado de una coz de mula».

Chris dejó el manual en el escritorio.

—Ahora bien —prosiguió Jeremy, con voz normal—: esas mulas no tienen ningún valor para el Ejército Británico. Han sido maltratadas de un modo horrendo y todas ellas tienen algún tipo de invalidez, provocada por exceso de trabajo, alimentación escasa, descuido y palizas. Te sugiero que las devuelvas al coronel Sattersfield y respaldes a tus hombres.

—Haz que el judío…

—Tiene nombre.

—Haz que el señor Pearlman confirme el estado de los animales en un memorándum escrito. Las rechazaré. No obstante, Jeremy, tus amenazas de hace un momento fueron amotinamiento. Te quiero fuera de aquí.

—No sé por qué te sorprendes tanto. Sabes mucho de amotinamiento, ¿no?

—No voy a permitir que tomes el mando de mi batallón.

—Por el amor de Dios, Chris, yo no quiero tu batallón.

Christopher vacilaba en el umbral de una difícil decisión. Sabía que era mejor tomarla con calma. Debía dejar a un lado la desagradable escena que había tenido lugar. Los de la brigada y su hermano jurarían que Landers lo había rescatado de su propia estupidez, probablemente salvándolo de una lesión terrible. Pero si se deshacía de Jeremy… o si lograba aplicar un castigo a Landers… ¿qué pasaría?

Su batallón estaba en excelentes condiciones. Jeremy gimoteaba que se le había exigido demasiado, pero estaba en excelentes condiciones.

Y esa maldita brigada patrona también era buena, la mejor brigada especial del cuerpo. Habían cumplido con la tarea imposible de enseñar a los hombres todo lo que podían saber sobre mulas sin que, en su mayoría, las conocieran siquiera de vista.

Christopher tenía muchas ganas de aplicar un castigo severo, para hacerles saber quién mandaba allí. Pero si se dejaba ganar por el deseo de venganza podía pagar un precio muy alto.

—Quédate con tu maldita brigada —dijo. Este incidente queda cerrado. Sigue en tu puesto, Jeremy, pero no metas la nariz en mi comando.

—Por mí, encantado —aseguró Jeremy—, pero recuerda una cosa: si llegas a tocar con un solo dedo a cualquiera de mis muchachos, te rompo la crisma.

Capítulo 70

El río Jordán
corre por la montaña.
La tierra quieta,
mi Galilea,
sus lindos valles,
viejos olivos,
rocas soleadas,
místico mar.
Cuánto te amo,
Cuánto te añoro,
mi Galilea,
mi Galilea.
Veo vientos suaves
en mis sembrados.
Escucho un grito.
Nace un cordero.
Cuánto te amo,
cuánto te añoro,
mi Galilea,
mi Galilea…

La canción de Modi se fue apagando y el acordeón quedó cerrado. Villa Valhalla se oscurecía para el descanso. Marzo avanzaba gruñendo y los de la brigada estaban tensos de inquietud, con la sensación de que pronto se iniciaría el movimiento, pues los barcos de guerra continuaban castigando Gallípoli.

Hasta el paraíso tiene sus limitaciones. La brigada había probado la euforia. Valhalla sería, por el resto de sus vidas, el centro de grandes remembranzas. Pero ahora se preparaban para la guerra.

Johnny Tarbox estaba más excitado que los otros. Rory sabía que se relacionaba con una madre, perdida largo tiempo atrás, que ahora tomaba forma en una mujer tras otra. El siempre se las componía para tranquilizarlo. Menos mal. A veces Johnny no se daba cuenta de que estaba perdiendo los estribos.

El teniente y el sargento primero Landers, sentados en la galería, contemplaban los chapiteles que, al otro lado del río, denotaban una gran ciudad musulmana. El narguile de Sonya tenía ese elixir mágico que desataba la conversación… exceptuando esa cámara cerrada.

Sonya apareció en el vano de la puerta.

—¿Johnny está bien? —preguntó Rory.

Ella hizo señas de que dormía. «Tarbox odia a las mujeres, yo odio a los hombres. Pero también los amamos. Qué tortuoso», pensó.

—¿Quieren fruta, bebidas? —preguntó, clavando los ojos en los de Rory, que le respondieron con una negativa. Se retiró, pero la potencia de sus ojos quedó allí.

—Esta mujer se ha portado muy bien con nosotros —comentó Jeremy—, pero se

muere por un amor no correspondido. Por Dios, no vayas a la guerra sin hacer un esfuerzo por olvidar a Georgia.

Rory no respondió.

—¿Nunca te conté que estuve enamorado de una prostituta? Desesperadamente y por toda la eternidad.

—¿De veras? —preguntó Rory.

—De veras. Fue en la gira que hice con el equipo de rugby. Conor me estaba preparando para ingresar en Trinity y me custodiaba de una manera indecente. Si no me esmeraba con los estudios, él me encerraba en mi cuarto. Entonces ideé una manera infalible de burlarlo.

A Rory le encantaba que Jeremy le contara cosas de su tío. Se reclinó en el asiento, feliz.

—Se llamaba Felicia o algo así… Caramba, esta porquería te destruye la mente. Mi abuelo viajaba con el equipo, pero se alojaba en mejores hoteles, te lo aseguro. Fue entonces cuando me enamoré desesperadamente de esa tal… Marcia… Así se llamaba: Marcia. El abuelo me cubría. Yo decía a Conor que iba a pasar la noche con sir Frederick. Él llamaba por teléfono un par de veces para verificar y yo estaba allí… encamado con Marcia. Freddie llegó al extremo de pasarla secretamente de una ciudad a otra, hasta que Conor me hizo una visita inesperada. Sólo pude escabullirme una vez más, después del partido con Bradford.

—¿Fue cuando ganaron la Copa del Almirante?

—Sí, y éramos el primer equipo irlandés que la ganaba. El abuelo celebró la victoria con la madre de todas las fiestas. Cuando la cosa pasó de su hotel a un prostíbulo muy, pero muy elegante, Conor me encerró en mi cuarto. Yo puse almohadas en la cama y me deslicé por el caño de desagüe; eran cuatro pisos; estuve a punto de matarme. ¿Fumas?

—Gracias.

—Ese prostíbulo era estrictamente para la aristocracia, tan hermoso como Villa Valhalla… hasta que entraron esos cuatro brutos de los Bradford Bulls. Nosotros estábamos dispuestos a compartir, pero ya sabes lo que pasa: todos querían a las mismas chicas, una cosa llevó a la otra y alguien hizo un sucio comentario antiirlandés. Claro que Conor no estaba allí.

—Y la mierda cayó en el ventilador.

—A baldes. Fue la pelea del siglo, Rory. Las chicas gritaban, volaban cuerpos por todos lados, se rompían los vidrios… Al fin cayó la policía. Algunos de los muchachos escaparon, pero a mí me llevaron en el transporte policial, con la mayoría de mis compañeros. ¡Si hubieras visto los titulares, a la mañana siguiente! «Lord Jeremy pierde dos dientes por su equipo…». «Futuro Conde de Foyle arrestado en riña de burdel…». «Las escapadas nocturnas de un futuro miembro de los Lores…».

—¿Y Conor no sabía nada?

—No tenía idea. Al día siguiente me encuentro en la *suite* de mi abuelo, donde mi

madre está armando un escándalo y Freddie trata de esconderse debajo del sofá. Hacen pasar a Conor. Mi madre se ensaña con él, sin creer que fuera inocente. Y él dijo… Buen Dios, jamás voy a olvidarlo: «¿Qué clase de hijo quiere? ¿Un hada madrina?». Mamá salta para abofetearlo, pero él le sujeta la mano en el aire y promete darle unas buenas palmadas delante del padre y del hijo.

Rory rió a todo pulmón. Su envidia quedó en silencio.

—Los tres hombres nos doblamos de risa, histéricos; hasta yo, aunque me faltaban dos dientes. Mamá rompió unos cuantos floreros y después se echó a reír, con más ganas que nosotros. En ese momento entró mi padre.

De pronto Jeremy calló, con esa expresión de dolor que Rory había llegado a conocer.

—Me dio una cachetada y se fue.

—Eso debe de haberte dolido mucho —comentó Rory.

—Todavía duele.

El muchacho le dio una palmada en el hombro.

—El terrateniente nunca llegó a pegarme, pero a veces, por el modo en que me miraba, yo hubiera preferido que lo hiciera. Me enredaba en peleas para llamarle la atención. Tal vez era para que me amara… o me respetara por ser un tipo rudo. Acabé haciéndolo sólo para fastidiarlo. Eso era lo que mejor resultaba: fastidiarlo. Lo hice mil veces.

La tristeza se fue perdiendo.

—Aparte de esta casa, esa gira con el equipo fue lo mejor para mí. De Trinity, aunque allí tenía a Molly, sólo recuerdo traiciones. De mi padre siempre esperaba castigos… y en cuanto a Swan, ésa era su vocación. Pero de Chris… De cualquier modo, aunque yo lo ignoraba, por entonces Conor ya estaba involucrado en el contrabando de armas para la Hermandad Republicana Irlandesa.

Rory mantuvo la boca cerrada.

—Fui a Dublín para estudiar en Trinity y allí conocí a Molly. A Conor lo vi unas pocas veces. Siempre estaba apurado. Sólo comprendí por qué cuando ocurrió lo de Sixmilecross. Cuando lo encarcelaron traté desesperadamente de visitarlo, pero fue imposible. Entre Molly y yo todo se estaba viniendo abajo. Conor me habría hecho actuar como debía. El daba fuerzas a todos los que lo rodeaban. Tal vez si hubiera podido verlo me habría sentido motivado para comportarme como hombre… Lo extraño mucho, Rory.

«Yo también», pensó el muchacho.

Leilah se había mostrado paciente, pero hizo notar suavemente su presencia. Jeremy prometió acompañarla pronto. Ella le sonrió y se alejó bailando.

—Está loca por ti —dijo Rory.

—Representa bien su papel —corrigió Jeremy.

—Es más que eso. Las tratas como a señoras, las haces sentir hermosas. En El Cairo pueden pasarse la vida entera sin experimentar algo así. Me lo dijo Sonya.

Jeremy entró en la casa. Rory se sometió a un ataque del hachís. ¿En qué terminarían sus relaciones con Jeremy? ¿Cómo podrían acabar en Irlanda sin ir al desastre?

Irlanda, que en otros tiempos había sido la sirena de su vida, ahora tenía dejos ominosos en su escala. ¿Era lo bastante hombre para llevar el apellido Larkin a Irlanda? ¿Qué podía hacer? ¿Comparado siempre con Conor? Nadie podía ser como Conor. A veces parecía que ni Conor mismo.

Se levantó tímidamente para subir por la escalera circular, apoyándose en el muro exterior. Un golpe de viento trajo el bullicio de las calles, al otro lado del Nilo, agudo como una flauta…

«¡Conor! Estás enojado conmigo por fumar hachís. Mírame. ¿No me conoces? Ya soy hombre. He estado con mujeres. Tuve un amor y ahora no quiero pensar en ella. Me entristeció que Jeremy me hablara de ti, porque jamás volveré a verte… dicen que, por los cuidados de tía Brigid, las tumbas de los Larkin son las más hermosas de Ballyutogue… conque nos veremos allí. ¡Conor! ¿Qué diablos quieres ahora de mí?».

Rory apuntó a su puerta y cayó arrodillado en las almohadas blandas y sensuales. «Ah, esa buena de Sonya. Ha encendido una vela. Aún hay brisa. La vela ha enloquecido».

Sonya estaba en el vano de la puerta, desnuda hasta la cintura y con el cuerpo reluciente de aceite de clavo. Se arrodilló ante Rory, ondulando con la espalda arqueada hacia atrás, e hizo chasquear los dedos; sus pechos se mecieron bajo los pezones grandes y rígidos.

Rory la tomó en brazos. Se balancearon juntos sobre las rodillas, ya manteniendo la larga promesa, ya echando todo a los vientos, ya tocándose la piel aceitada, ya enloquecidos de besos. Y ella, suplicando, gimiendo, mientras se tironeaban del pelo. Lo obligó a descender en algo blando y suave. Y Rory se dejó invadir por la noche de El Cairo.

A las tres de la mañana, los golpes en la puerta despertaron abruptamente a todos. Eran golpes furiosos. Atrás se oía una voz que gritaba.

Los muchachos se cubrieron con cualquier cosa (sábanas, toallas, pantalones árabes) para bajar la escalera. Chester resbaló en tanto aceite y cayó al suelo. Sonya corría de cuarto en cuarto para arrear a las chicas y esconderlas fuera de la vista.

—¡Basta de golpear, que ya abrimos!

Rory abrió la puerta de par en par y se encontró ante el sargento Yurlob Singh. Entró acompañado de George, el terrier cristiano de la casa, quien gimoteaba que lo había tomado por sorpresa. Rory le ordenó que fuera arriba, con Sonya.

—¿Qué diablos pasa? —logró preguntar Jeremy.

—El mayor Hubble. La policía egipcia lo retiene como rehén.

Capítulo 71

—Déjame ver esas notas, Eddie —indicó Churchill.

—Están en borrador, Winston. No he tenido tiempo de pasarlas en limpio.

—No importa. Sólo quiero ver si se me pasó algo por alto.

Eran las tres en punto de la madrugada; para el Primer Lord del Almirantazgo, más o menos mediodía. Eddie sirvió un vaso de whisky escocés para su jefe y acercó una llama al cigarro de Churchill.

Notas de la reunión del Consejo de Guerra - 12 de marzo de 1915

(Tomadas y transcriptas en borrador inmediatamente después de la reunión, que se levantó a las 00:45. Reservado a Churchill. Eddie Marsh).

Ministro del Exterior - Sir Edward Grey:

Grey continúa aferrado a la esperanza de obtener en los Balcanes un aliado contra los turcos.

Primer Lord del Almirantazgo - Winston Churchill:

Considera que los Balcanes son demasiado peligrosos e inestables, exceptuando al excelente Ejército Griego ofrecido por el Rey, hasta que los británicos nos apoderemos de Constantinopla.

Primer Ministro - Herbert Asquith

Inflexible en cuanto a que el asunto de los Balcanes está cerrado. Recuerda que los búlgaros, en su reciente unión contra los turcos, se volvieron contra sus aliados rumanos hacia el final del conflicto.

El empleo del Ejército Griego sólo serviría para fomentar a la ex Unión Balcánica a participar de la guerra apoyando a los alemanes. También enojaría a nuestros aliados rusos.

Almirantazgo - Churchill

Expresa su temor de que el fuego naval no esté resultando tan efectivo como se creyó en un principio.

Al comenzar la guerra con los turcos, el agregado naval británico ante Constantinopla, almirante Limpus, advirtió que el general alemán von Limon asumía el mando de los turcos. Von Limon bien puede aprovechar al máximo sus fuerzas y, por cierto, defenderá a Gallípoli con más sagacidad que la oficialidad turca.

Churchill reconoce que los Balcanes son demasiado dudosos, pero expresa su fuerte opinión de que se puede inducir a Italia a desistir de su tratado con los alemanes para unirse a los Aliados, brindándonos así una reserva para la operación

Dardanelos.

Cree que, cuando tomemos Constantinopla, los Balcanes se alinearán con nosotros para el avance por el valle del Danubio.

Comandante Fuerzas Británicas - Mariscal de campo Lord Kitchener

Cuando se induzca a Italia a unirse con los Aliados, será mucho más importante que abra un gran frente contra los austríacos.

Comandante Fuerzas Británicas en Francia - General Sir John French

El Frente Occidental debería tener prioridad absoluta. La operación Dardanelos está restando muchas fuerzas. Se opone por completo a dicha operación.

Primer Almirante Naval - John Fisher

Se opone completamente a Churchill. Continúa arguyendo que la exagerada Flota del Mediterráneo deja las Islas Británicas y las rutas de aprovisionamiento en estado muy vulnerable. Ésta es una posición de vaivén. La apoya enérgicamente.

Señala que las grandes naves de guerra, como el Elizabeth, hacen falta en el Canal y en las operaciones del Atlántico. Recuerda que se han detectado actividades en la flota turca del Mar Negro y el Mar de Mármara. Argumenta también que los submarinos alemanes, más temprano que tarde, representarán un peligro para la flota británica anclada frente a Gallípoli.

Primer Ministro

Desautoriza al almirante Fisher y al general French. Gran Bretaña tiene demasiados intereses en el Imperio Otomano. La operación Dardanelos es imperativa.

Ministro del exterior

Sacar a Turquía de la guerra debería ser prioritario para 1915.

Mariscal de campo Kitchener

Apoya la operación Dardanelos. Sin embargo, concuerda con el general French en que no se pueden asignar más tropas de tierra a la campaña.

Churchill

El tiempo corre contra nosotros. Cuanto más demoremos, más oportunidades tendrán turcos y alemanes de preparar defensas y menos probable se tornará conquistar la península con celeridad.

Sugiere que los barreminas fuercen la entrada en el estrecho de inmediato, seguidos por la flota principal, utilizando dos mil marinos y cuatro mil CANZ para ejecutar un desembarco coordinado.

Lord Kitchener

Churchill pide un imposible. El almirante Harmon considera que se requerirán

cuanto menos dos semanas para despejar los campos minados.

Churchill

El almirante Harmon también ha llegado a la conclusión de que no bastará el fuego de cañones navales para someter a la península.

Lord Kitchener

No apoyará un desembarco prematuro. La isla de Lemnos ha sido requisada como base de avanzada para el ataque a Gallípoli. Las tropas deben ser trasladadas desde Egipto de manera ordenada y acumularse pertrechos y otros elementos de apoyo. Más aún: el general Darlington, jefe de las Operaciones en el Mediterráneo, se niega a comprometer tropas hasta que haya llegado al teatro la Vigesimonovena División Británica y esté lista para el combate.

Churchill

El general Brodhead, comandante en jefe de los CANZ, se queja de que no se esté usando correctamente la base de avanzada Lemnos.

Lord Kitchener

Trata con desdén la crítica de Churchill al ejército. Lemnos está recibiendo tropas en orden de prioridad para la batalla, a saber: marinos, zapadores, tropas de asalto y artillería, en ese orden. Tropas de apoyo: comisarios, cuarteles generales, etcétera, serán los últimos en ir a Lemnos.

Churchill

No renuncia a la discusión. Brodhead sostiene con vigor que se necesitan desesperadamente unidades especiales, tales como el transporte mular, para el entrenamiento de campaña y que éstas deben ser las primeras en ir a Lemnos.

Lord Kitchener

Darlington no está de acuerdo, pero estudiará el problema de Brodhead.

Primer Ministro

No le gusta esa falta de unanimidad. Afuera hay gente que se opone al operativo, como sir Edward Carson y los unionistas de Ulster. Pide a Kitchener que proponga una fecha para el desembarco de tropas, a fin de que él pueda acallar la oposición entre los líderes partidarios y los consejos secretos.

Lord Kitchener

El mariscal de campo Kitchener considera que es más realista calcular el desembarco de las tropas para fines de abril o principios de mayo.

La reunión del Consejo de Guerra se levantó sin que nadie estuviera del todo

satisfecho. Sobre las tropas CANZ y las fuerzas británicas acantonadas en Egipto se depositaba ahora una terrible tensión. El golpe limpio y rápido de la espada de la victoria estaba muy embotado. Darlington no apoyaba un movimiento rápido. La creciente oposición política exterior aplicaba un rumor negativo sobre la operación.

Al revisar las notas Churchill se puso ceñudo. Y mientras él cavilaba tristemente, El Cairo estaba a punto de arder.

Capítulo 72

Sonya llamó a sus chicas para que recogieran los uniformes de la brigada y llevaran jabón y toallas limpias a la fuente, donde ellos se habían arrojado al unísono para quitarse los aceites del cuerpo y despejar la mente. Después de ayudar a secarlos, ella retiró a las mujeres de la casa y fue a preparar café, café bien fuerte.

—Desde el principio, sargento Yurlob.

—Estaba en Isla de los Cerdos, trabajando en la lista de confiscaciones. Al salir vi que el mayor aún tenía la luz encendida y se me ocurrió hacérsela firmar. Llamé a la puerta y, al entrar, lo vi en un estado lamentable.

—¿A qué se refiere?

—Tenía ojos de loco y estaba cubierto de sudor.

—En el nombre de Dios, ¿qué puede haberle pasado?

—El mayor Hubble tenía una carta apretada en el puño. Se la metió en el bolsillo como si yo pudiera intentar leerla.

—Yo recogí la correspondencia para los oficiales —dijo Johnny. El mayor recibió una sola carta. Se la llevé personalmente.

—Yo recibí hoy sendas cartas de mis padres —recordó Jeremy. Ninguno de ellos mencionaba ningún problema.

—El mayor me ordenó bruscamente que me retirara —prosiguió Yurlob—, pero cuando iba a salir me dijo: «Espere. ¿Tenemos algún medio de transporte en el parque automotor?». Había sólo una camioneta de reparto, la que tiene un defecto en las marchas. El mayor me ordenó que se la llevara.

Mientras los otros se vestían, Yurlob olfateó un aroma que reconoció como indecoroso entre militares. Estudió el lujo que lo rodeaba con cara impávida.

—Continúe. Lo escucho —dijo Jeremy, atándose las botas.

—Temiendo que el mayor no estuviera en condiciones mentales de conducir el vehículo, que no se encuentra en buen estado, me ofrecí a servirle de chofer. El trató de hacerlo arrancar por su cuenta, pero como estuvo a punto de romper la caja de cambios aceptó que yo lo llevara a El Cairo.

Sonya llegó con los primeros cafés y fue a preparar más.

—Lo llevé a El Cairo a toda prisa, como él me lo indicó.

—¿Qué le dijo? ¿Alguna orden? ¿Algo que indicara por qué estaba tan alterado?

—Sólo me pidió que lo llevara a un hotel apartado, donde no hubiera ningún oficial. En el distrito Shari el Haram, saliendo de la ruta de las Pirámides, hay un pequeño club sikh, pero no es buen lugar para llevar a un oficial del Ejército Británico. Sin embargo él insistió.

—Antes de la guerra visité esa zona —intervino Modi. Es un distrito de pistoleros.

—Me detuve ante el hotel Aída. Pedí una habitación para él y lo llevé rápidamente al cuarto número veintidós; es el mejor del establecimiento, aunque nada adecuado para un hombre de su rango. El me ordenó que me retirara. Como temía por él, di una vuelta por afuera, buscando el modo de mirar dentro de su habitación. Lo encontré. En la parte alta de un edificio, cruzando una callejuela muy angosta, era posible arrastrarse hasta el borde y ver una parte del cuarto. Esperé varias horas. De pronto entraron otras personas, actuando con celeridad y en silencio. Cuando me acerqué a su puerta fui detenido por dos policías que la custodiaban.

—¿Y la presencia de la policía no atrajo a la gente?

—No, no. Entraron en silencio, sin causar disturbios, y en el cuarto hablaban sólo en susurros.

—¿Sientes el mismo olor a rata que yo, Jeremy? —preguntó Rory.

—Sí. Continúe, Yurlob.

—Dentro del cuarto hay cuatro policías, un inspector y un civil. El mayor Hubble está en la cama, sin ropas y apenas consciente. Drogado, diría yo. Se huele a cloroformo. En el suelo retiran la sábana que cubre a una mujer asesinada. Se nota que es prostituta. El civil me indica que busque al teniente Jeremy Hubble y me da esta dirección. Me advierte que, si no guardo el secreto, corre peligro la vida del mayor.

—Farouk el Farouk —adivinó Chester.

—Es él —concordó Jeremy.

—Por Dios —murmuró Rory. Una ramera muerta en el suelo y un oficial británico drogado. Es una trampa, Jeremy.

—¿Hablaron de rescate?

—No —respondió Yurlob. Sólo me indicaron que volviera con usted al hotel Aída, cuanto antes.

—Todos ustedes saben que el teniente no nos ha permitido pagar el alquiler de esta casa —observó Rory. ¿Con qué has estado pagando?

—Establecí una línea de crédito a través de Astilleros y Acerías Weed de Londres. Es mi madre quien administra la oficina. He pagado a Farouk el Farouk con cheques de Cook’s Travel.

—Bueno, parece que buscan un pez bien gordo. Si eso es todo, tal vez estemos de suerte —dijo Rory. Siempre están a la pesca de algo así. ¿A cuántos oficiales de alto rango habrán extorsionado en esta ciudad? Ése es el juego, Jeremy. Pero ¿qué diablos tenía que hacer tu hermano en semejante basural?

—Es obvio que recibió alguna noticia terrible. ¿Por qué estás tan seguro de que podemos recuperarlo?

—Si fuera un caso limpio… Un oficial va a un hotel roñoso, hace llamar a una prostituta, la asesina y está inconsciente. Llega la policía. En circunstancias normales, ¿qué se hace? Se lo encierra en el calabozo y se presentan cargos. Pero no lo hicieron.

—Comprendo —intervino Modi. Un oficial de rango intermedio y un asesinato

atraerían a una multitud. Pero no hay nadie. El Cairo se convierte en una población pequeña. Se hace saber a las personas indicadas que hay un pez en el anzuelo del hotel Aída.

—Sucios cretinos —gruñó Jeremy.

—Gracias a Dios, sólo quieren dinero. Eso nos abre una puerta —decidió Rory, asumiendo el mando.

—Tienes toda la razón, compinche —concordó Johnny. Propongo que recorramos los bares hasta reunir veinte o veinticinco soldados para invadir el lugar.

—No, nada de tácticas brutales. No podemos involucrar a nadie más. Ellos quieren guardar el secreto. Debemos proteger al mayor.

—Tiene razón, Johnny —observó Jeremy.

—¿Cómo llegaste hasta aquí, Yurlob? —preguntó Rory.

—En taxi. Está esperando calle abajo.

—¿Dónde está la camioneta?

—A tres cuadras del hotel.

—¡Mierda! Espero que le hayan dejado las ruedas.

—Está bien —lo tranquilizó Yurlob. La dejé en el patio de la policía militar. Allí hay una pequeña unidad sikh. Está bajo la vigilancia de un primo mío.

—¿Podrás manejarla, Chester?

—Ya veremos —respondió el muchachito.

—¿Y dices que en el vestíbulo todo parece normal?

—Sí.

—¿Es grande o pequeño el vestíbulo?

—Bastante grande. Es un hotel bastante concurrido.

—¿Te parece que Mody y Johnny podrán entrar así nomás y subir al cuarto del mayor?

—Sí, pero ¿y la policía?

—Hay unos pedazos de caño que sobraron de las reparaciones de la fuente. Derriben a los policías de la puerta y quítenles las pistolas. Johnny y Modi asintieron.

—Yo buscaré ese techo desde donde Yurlob vio todo. ¿Se puede llegar desde allí al cuarto del mayor?

—Con un salto.

—¿Desde allí se oye el reloj de la estación?

—Con toda claridad.

Rory miró su reloj.

—Cuando dé las seis serán las cinco. A la quinta campanada… Johnny y Modi golpean a los policías de la puerta. Yo entro por la ventana. Tú, Yurlob, arrojas al mayor bajo la cama y cuidas de él.

—Yo quiero encargarme de Farouk el Farouk —siseó Jeremy.

—Yo me ocupo del inspector —decidió Rory.

—Pero ¿y los otros cuatro policías armados? —objetó Yurlob.

—Ya pensaremos algo. Habrá que improvisar. Jeremy, ve con Yurlob en el taxi. Nosotros los seguiremos dentro de cinco minutos.

—¡Rory! —exclamó Sonya.

—Oh, diablos, ¿se van a desquitar contigo?

—No te preocupes. Ya estoy saliendo hacia Alejandría. Ustedes son maravillosos, muchachos. Por favor, rómpanle la cara al inspector Rawash, que me ha amargado veinte años de vida.

El cuarto era tal como lo había descripto el sargento Yurlob. Christopher estaba despatarrado en un colchón sucio y lleno de bultos, cubierto a medias por una sábana más sucia aún y murmurando incoherencias.

—Soy yo. Jeremy.

Christopher tenía los ojos vidriosos, pero los enfocó en una especie de reconocimiento; luego volvió a caer hacia atrás.

—¿Dónde está el uniforme?

El inspector Rawash, que era muy fácil de identificar, señaló el ropero con la cabeza. Jeremy revolvió los bolsillos hasta encontrar lo que buscaba: un frasquito y una carta. Destapó el frasquito y lo olfateó.

—Cianuro —dijo Rawash.

—¿Suyo o de él? —preguntó Jeremy.

—De él.

La carta era de Hester, la esposa de Christopher. Sólo tenía una página. Decía que, en realidad, no lo había amado nunca y que vivir en los confines del condado era insoportable. Se había enamorado de un tipo común, músico. Como estaba embarazada, habían huido juntos, lejos de Irlanda y de las Islas Británicas.

Cualquier rencor que Jeremy pudiera sentir por esa pobre criatura balbuciente desapareció en ese momento.

—Te repondrás, Chris —aseguró a su hermano, que no comprendía nada. Traiga un poco de agua para limpiarlo, Yurlob, y póngale el uniforme.

—Hay algunos asuntos que arreglar, milord vizconde —dijo Farouk el Farouk. ¿Me permite presentarle al inspector en jefe Rawash, que comanda el lado oriental de El Cairo?

—Es un honor —dijo Rawash.

—Seguro, para mí también. —Por Dios, parecían dos víboras escurridizas, sacadas de alguna novela espantosa. ¡Qué juego tan sucio! Vinculaciones… «Tenemos una presa… ¡Alabado sea Alá, es el hermano del vizconde Hubble, el teniente de Villa Valhalla!».

—La situación es muy grave. Encontramos a una mujer asesinada en el cuarto de su hermano, que en este momento no hace ningún honor al Ejército Británico. Si lo llevamos ante un juez y presentamos cargos… bueno, yo ya no tendré ningún control sobre el asunto —recitó Rawash.

—Cuando el inspector vio los papeles de su hermano, recurrió a mí por si acaso yo lo conocía, considerando que trato con personas importantes.

—Y existe ese asunto de Villa Valhalla —añadió Rawash. Es ilegal que ustedes la alquilen y es ilegal que organicen fiestas donde se fume hachís. En El Cairo es un delito muy grave.

—En El Cairo tienen delincuentes graves a montones. Y no hace falta fumarlo. Basta con caminar por la calle y respirar —observó Jeremy.

Farouk el Farouk festejó el chiste con una pequeña sonrisa.

—He persuadido al inspector Rawash de que hay salidas mejores que encarcelar a su hermano y echar tanto deshonor sobre su familia.

—No esperaba otra cosa de usted.

—Mi querido vizconde, nosotros no lo invitamos a El Cairo. Pero ya que ha venido por su cuenta, por favor, no trate de cambiar las costumbres de veinticinco siglos.

—Las tropas van a deshacer esta ciudad. Usted debe saberlo —advirtió Jeremy.

—El Cairo ha soportado quinientos disturbios y todavía está en pie, pero ¿cómo quedará el condado de su padre después de esto?

—¿Cuánto piden?

—Estamos dispuestos a guardar absoluto silencio, pero será preciso favorecer a mucha gente para asegurar que esto quede totalmente borrado.

—¿Cuánto?

—Dicho así parece una grosería.

—¿Cuánto?

Los egipcios se retiraron a un rincón y acercaron las cabezas. Yurlob estaba muy atareado poniendo a Chris en condiciones razonables. Jeremy quería llevarlo a la enfermería cuanto antes.

—Debemos esperar aquí hasta que abra la oficina de Cook’s Travel —dijo Farouk el Farouk. Usted y yo iremos a cobrar un cheque por diez mil libras.

—¡Diez mil!

—No regateemos, no regateemos. Créame que, cuando hayamos terminado de arreglar a todos, no quedarán ni cinco para mí.

—No puedo extender un cheque por esa cantidad.

—¡Claro que puede! Nunca me han rechazado un cheque suyo. Por si hay algún problema, he reservado una comunicación telefónica con Londres. Usted puede explicar las cosas a la gente de Astilleros y Acerías Weed.

—Usted es una basura. No vive más que para estos negocios de mierda. ¡Qué existencia!

—Y su padre, ¿no ha llegado a ser conde gracias a negocios sucios y cadáveres, milord? Lamento que usted no comprenda ciertas tradiciones. Este tipo de oportunidades sólo se presenta una vez en la vida. Sus tropas despojan nuestra ciudad. Nosotros, a nuestra vez, los despojamos.

—Ustedes asesinaron a esta mujer para ponerla aquí.

—Ella no tiene importancia. Nadie obligó a su hermano a venir aquí. ¿Está dispuesto o no a venir conmigo a Cook? ¿Quiere recuperarlo o no?

—Está bien, ustedes ganan —dijo Jeremy.

Grandes sonrisas en las caras radiantes.

—Bien, bien —exclamó Farouk el Farouk. Hasta que amanezca tenemos tiempo. ¿Juega usted al backgammon, lord vizconde?

BONG… sonó el reloj de la estación ferroviaria.

—No, no sé jugar.

—Ah, qué lástima.

—Yo jugaré contigo —dijo Rawash.

¡BONG!

—Primero deberíamos pedir algo de comer.

Yurlob se ubicó delante del mayor. Jeremy miraba el suelo con expresión desconsolada, pero se mantenía muy cerca de Farouk el Farouk

¡BONG!

¡BONG!

—Voy a poner el tablero en la mesa.

¡BONG!

Jeremy contó: «¡Uno… dos… tres… oh, Dios mío…!».

¡YAUUUU!

¡AURRRGGG!

La puerta voló de sus goznes. Mordechai Pearlman y Johnny Tarbox irrumpieron en la habitación, blandiendo las pistolas que habían quitado a los guardias.

Rory entró como una bala por la ventana, derribando a dos de los policías. Cuando ellos quisieron incorporarse les golpeó una cabeza contra la otra. Yurlob metió al mayor Hubble debajo de la cama y se zambulló también, en tanto los otros dos policías disparaban. Jeremy plantó un gancho en la mandíbula de Farouk el Farouk, que cayó como una momia.

Hubo un breve y violento romper de muebles, entre aullidos y chorros de sangre roja. El inspector Rawash se deslizó a lo largo de la pared; estaba por salir cuando Rory lo atrapó y le hizo una llave.

—¡Ordéneles que arrojen las pistolas! —amenazó.

El inspector, gritando de dolor, balbuceó la orden de rendirse ¡AHORA MISMO!

¡AHUGA! ¡AHUGA!, sonó en la calle la bocina de la camioneta.

—¡Modi! ¡Johnny! Traigan a los dos policías del pasillo. Pronto.

¡AHUGA! ¡AHUGA!

Los seis policías fueron maniatados con sus propias esposas y encerrados en el ropero. Rory había tenido la precaución de llevar los cinturones de las batas que usaban en Villa Valhalla. Cerró la puerta.

—Vamos, Rory, volemos de aquí.

—Dame un minuto. —El muchacho bailaba en puntas de pie, probando su golpe corto. Todavía no estaba satisfecho.

¡AHUGA! ¡AHUGA!

Se acercó al inspector Rawash, que estaba demasiado aterrorizado para suplicar en voz alta.

—Mira, en Port Albany peleé con un australiano grandote que…

—¡Vamos, Rory, podemos escapar! —exclamó Johnny.

—¡Cállate! —protestó Rory, que casi echaba espuma. ¿Sabes lo que me hizo ese australiano de mierda? Asió a Rawash por las solapas.

—Me hizo esto. Y asestó un cabezazo entre los ojos del inspector. El hombre cayó, apastrado. Rory, casi desmayado por su propio golpe, se limpió de la frente la sangre de Rawash. Luego se concentró en Farouk el Farouk. —Entonces, ¿sabes lo que le hice a ese hijo de puta? Ciñó al egipcio con los brazos y, levantándolo en vilo, lo estrujó hasta hacerle soltar casi todo el aire; luego le mordió el lóbulo de la oreja, que quedó pendiendo de un hilo. —Eso es lo que le hice.

Inmediatamente amordazaron y ataron a los dos hombres.

¡AHUGA! ¡AHUGA!, gritaba la bocina, desesperada.

—¡Vamos, Rory!

El muchacho tiró de Christopher Hubble para sacarlo de debajo de la cama, se lo cargó sobre un hombro y, metiéndose un par de pistolas en el cinturón, encabezó la retirada.

Al pie de la escalera se había reunido una multitud colérica y amenazante.

¡AHUGA! ¡AHUGA!

Rory sacó una de las pistolas y, después de amartillarla, la disparó contra la araña. Los protestones se dispersaron. Llegó al pie de la escalera disparando contra los espejos, las ventanas y los escritorios. Cuando la primera pistola quedó descargada, utilizó la otra.

—¡Apártense, boludos! ¡Voy a salir!

Capítulo 73

Jeremy estaba afeitándose con mucho cuidado, esquivando los distintos cortes, raspaduras y moretones que tenía en la cara, receptora de golpes perdidos en el enfrentamiento del hotel Aída. Alguien llamó a la puerta.

—Pase, por favor.

Christopher, todavía en condiciones lamentables, se dejó caer en la poltrona, cruzando una pierna en el apoyabrazos.

—¿Cómo te fue?

—Recibí el informe del laboratorio. Había rastros de… ¿cómo diablos se llamaba?… clorhidrato. Yo había pedido varias copas, tratando de reunir coraje para escribir una gloriosa nota de despedida y beber lo otro, el cianuro. Podrías decir que al drogarme me salvaron la vida. No sé si me cloroformizaron antes y me obligaron a beber eso o si fue al revés. Estaba demasiado borracho para enterarme. Qué vergüenza —susurró.

Jeremy se enjuagó la cara y, después de aplicarse un poco de ron de laurel, haciendo una mueca por el ardor, se sentó en el borde de la cama, cerca de su hermano.

—¿Cómo está tu mente?

—No muy bien —reconoció Christopher. Sé que debo disculparme y agradecer a los de la brigada, pero no sé si me han enseñado a pedir perdón, cuanto menos con sinceridad. No es una gran característica entre los Hubble. Me he humillado como un mendigo de la calle y eso también es difícil de asimilar. No sé si puedo cambiar, Jeremy. No sé cómo cambiar ni si quiero hacerlo.

—En realidad, nadie espera que cambies.

—Pero me siento obligado a dar las gracias.

—No tienes por qué decirles nada. Estabas en graves problemas y ellos no vacilaron ni por un minuto.

—Lo hicieron por ti, Jeremy.

—Somos sólo un grupo de muchachos de todas partes a los que se ha reunido para una guerra. Tenemos que cuidarnos mutuamente.

—Pero a mí me odian.

—Te tienen por un pelotudo. Pero son buenos muchachos. Saben que no se puede ganar una guerra sin oficiales como tú. Y también te compadecen profundamente por lo que te ocurrió en casa.

—Me cuesta tanto entenderlo…

—No me extraña. Tú nunca estuviste dispuesto a ayudar a nadie.

—Eso no es cierto, Jeremy. Estoy siempre dispuesto a ayudar a papá, al general Brodhead…

—Para cubrirte de gloria. O para proteger sus privilegios. Nunca ayudaste a nadie por amor.

Christopher quedó estupefacto y trató de hacer memoria. El pasado era difuso. ¿Cuándo? ¿Siquiera una vez? Cada uno de sus gestos generosos, ¿estaba escondido en un plan oculto para favorecer su propia causa o su imagen? ¿Nunca actuaba sin egoísmo, sin esperanza de recompensa? ¿Qué mucama de la casa solariega habría hablado en su defensa? ¿Cuál de los mayordomos? ¿Acaso no había aceptado el batallón mulante para obtener el grado de coronel, con brigada propia? ¿Alguna vez había mostrado a un inferior una consideración que no fuera la más superficial?

Christopher había cruzado el umbral. Ya no sepultaría su mentira. Estaba cara a cara con Christopher. Estuvo a punto de hacer una arcada al ordenar sus palabras; era preciso desenredarlas con cuidado.

—Ahora siento algo muy profundo —murmuró. Ahora conocía el dolor interior y estaba desorientado. El descubrimiento de la pasión oculta lo arrancaba súbitamente del pedestal donde se había instalado y lo derribaba a la vulgar tierra con un dolor vulgar. Veinticinco años de construir una armadura de reserva, de aislarse de la miseria humana, volaban en un segundo, reduciéndolo a polvo. Bienvenido a la raza humana, mayor Hubble.

Christopher encontró el antiguo acero. Miró a su hermano de frente.

—Cuando te separamos de Molly, yo fui lo más malvado que un hermano puede ser. Mientras te retorcías de sufrimiento, te pateé y disfruté haciéndolo. Porque estaba por sobre ti, ¿comprendes? Cuando te dedicaste a la bebida y yo te superé en rango, me encantó humillarte. Cuando te aterrorizó la idea de firmar la renuncia, en Camp Bushy, me encantó atormentarte por cobarde.

Se puso de pie, con las manos cruzadas a la espalda. Lo complacía ver que sus palabras eran directas, sin vacilaciones, pues nunca se había aventurado en ese territorio del corazón.

—Nunca comprendí lo que era el dolor hasta el momento en que abrí la carta de Hester. El dolor físico, sí, lo conocía. Pero si te caes de un caballo y te fracturas el brazo, aprietas los dientes y te mantienes impávido. Este dolor era de una dimensión horrible. Oh, admito que no he amado a Hester con un fervor insondable. Tuve que recogerla en el camino para cumplir con una función. Al ver que no quedaba embarazada, sólo me preocupó que se pudiera poner mi virilidad en tela de juicio. Nunca comprendí por qué ella se afligía tanto.

Christopher sintió la mano de Jeremy sobre el hombro, por primera vez desde la infancia. En toda su vida no había recibido un contacto tan importante. Lo sintió de veras por primera vez.

—Fue una tontería bloquear el dolor interno de mi existencia, pero lo hice sin saberlo conscientemente. Aislarme de los otros parecía la forma normal de vivir. Descubrir todo eso en un solo momento fue demasiado y no pude soportarlo. Había traicionado a Hester con mi indiferencia. Nunca la celé, nunca. No parecía gran cosa,

como para que uno pudiera celarla. Existía sólo para satisfacer mis necesidades y nada más. No me di cuenta de que era un apretado botón de rosa ansiando florecer. Ahora es feliz: está realmente enamorada, con un bebé en el vientre, y lo arriesga todo. Sólo ahora comprendo lo que te hice. Dios mío, cómo debes despreciarme.

—En realidad, nunca sentí la necesidad de vengarme. Ahora quisiera poder asumir una parte de tu dolor. No puedo, pero soy tu hermano y te amo.

Todo eso era demasiado para Christopher; le costó no desmoronarse. ¡El tenía su orgullo, qué embromar!

—¿Qué puedo hacer para resarcir a esos muchachos? —preguntó con suavidad.

—Tienes que poner la cabeza en el tajo por ellos —respondió Jeremy, sin vacilar.

—Te escucho.

—El campamento CANZ empieza a plegar sus carpas. Los primeros batallones en salir serán los de infantería, zapadores y artillería. Al parecer somos la cola.

—Ya he hablado con el general Brodhead sobre eso. Dice que es uno de los típicos disparates burocráticos del ejército. Oficialmente somos una unidad de servicio. Las unidades de servicio siempre han cerrado la retaguardia. No se ha calculado que el Séptimo Batallón de Caballería Ligera tiene urgencias extraordinarias. El Ministerio de Guerra y Darlington están funcionando automáticamente. Brodhead ha protestado ante Londres.

—Debemos ser los primeros en salir de Egipto, Chris. Si no estamos en Lemnos dentro de una o dos semanas, con nuestras mulas, para acelerar al máximo el entrenamiento, vamos a fracasar miserablemente en nuestra misión —señaló Jeremy. Por lo que se olfatea, si las mulas no están trabajando, lo pagaremos muy caro.

Chris sintió el estómago algo revuelto por un tardío efecto de las últimas cuarenta y ocho horas.

—Mira, Chris —continuó el hermano mayor—: nos criaron bajo el axioma de que los demás existían sólo para que nosotros los aprovecháramos. Se nos enseñó que eran gente sin cara, sin sentimientos y sin necesidad de compasión. El ejército es una hermandad. Lo que lo hace funcionar es que uno cuide la vida de los demás, que los cuide como a seres humanos. No son mulas a las que hacer trabajar hasta que ya no rindan, para entonces descartarlos. Son hombres a los que conducir a través de esto y confían en ti. Tú sabes lo que debes hacer.

En Isla de los Cerdos reinaba una horrible melancolía. El teniente Jeremy estuvo ausente casi todo el día. Al mayor lo habían hospitalizado más de cuarenta horas antes. El golpe caía sobre ellos con las primeras órdenes de levantar campamento. En dos días más se pondrían en marcha los trenes hacia Alejandría y los barcos hacia Lemnos. Las partidas del batallón estaban planeadas hasta bien avanzado abril y el Séptimo Batallón de Caballería Ligera no figuraba en la lista.

Sin mulas no habría entrenamiento final. Gallípoli parecía ser un secreto militar bien guardado que todo el mundo conocía, incluidos los periódicos de Londres. Los

de la brigada habían estudiado los mapas. El territorio era traicionero. Si no recibían inmediatamente los animales, el trabajo saldría muy mal.

Cuando entró Yurlob Singh, todo el mundo bajó la mirada. Sentían una culpabilidad comunitaria por haberlo excluido de Villa Valhalla.

—Escucha, Yurlob —dijo Rory, por fin—: nos da mucha vergüenza haberte tratado así.

—Una verdadera vergüenza —concordó Johnny.

—Mala cosa —añadió Chester.

Modi meneó la cabeza, abochornado.

—Si se refieren a lo de Villa Valhalla —dijo el sikh—, hicieron lo correcto. Yo no me habría sentido a gusto en ese clima y habría hecho que ustedes también se sintieran incómodos.

—Lo sé —respondió Rory—, pero al menos deberíamos haberte invitado. Si no resultaba, bueno… pero deberíamos haberte invitado.

—Eso habría sido peor —observó Yurlob—, porque de ese modo me habrían obligado a guardarles el secreto. Lo que ustedes hacían estaba en claro conflicto con el código militar. Me alegro de que no me hayan cargado con el secreto.

—¿Seguro que no estás enojado con nosotros? —preguntó Rory.

—Lo estuve, pero ya no. Tenía miedo de que no respondieran ante el dilema del mayor. Pero lo hicieron, por cierto, y con mucha gallardía.

—En realidad, se me pasó por la mente dejar que se fuera al diablo —reconoció Modi. El mayor Hubble es de los que pueden hacerte saber que eres un judío roñoso sin pronunciar una palabra.

—O un sirviente sikh —añadió Yurlob. Ante eso todos se pusieron serios. —El hecho es que nos enrolamos voluntariamente en este ejército y él es nuestro comandante. Si somos hombres, debemos actuar con lealtad.

—A propósito —preguntó Rory—, ¿cómo está nuestro bienamado líder? ¿Lo desagotaron?

—Ayer lo dieron de alta. Hoy se reunió con el general de división Brodhead y con el general Darlington.

—Darlington, el grande.

—¡Con Darlington!

—El mayor Hubble y el general de división Brodhead trataron de que el general Darlington cambiara el orden de partida de los batallones para que el Séptimo de Caballería Ligera fuera el primero en llegar a Lemnos.

—¿Cómo diablos te enteraste? —preguntó Johnny.

—El teniente coronel Swaran Singh pertenece al estado mayor del general Darlington desde que él era comandante en jefe de Penjab. Es mi tío, hermano de mi padre.

—¿Y qué pasó? —preguntó Chester, trémulo.

—No sé. Mi tío me dijo que, en sus veintidós años de servicio en el ejército de Su

Majestad, nunca había oído a un oficial de menor graduación dirigirse a un general en términos tan enérgicos.

—¡Santo Dios! ¿Qué le dijo?

—Creo que las palabras más profundas del mayor al general fueron: «No sea idiota, carajo». A esa altura Darlington hizo que su estado mayor se retirara de la habitación. Sólo quedaron el mayor Hubble y el general de división Brodhead.

—Caray…

—Virgen Santa.

—¿Cuándo sucedió eso?

—Hace más de una hora.

—Oh, Dios mío, lo han encarcelado.

Se sentaron en temeroso silencio hasta que llegó el teniente Jeremy. No estaba enterado de nada, salvo de que Chris tenía una reunión en el Cuerpo.

—Me gustaría saber si esos policías lograron salir del ropero —dijo Chester.

—Y Sonya, ¿habrá podido salir de El Cairo?

—Ojalá se haya llevado a Shaara. Shaara me dijo que ella había prometido llevarla a España.

—Dicen que El Cairo está por estallar. Que el Cuerpo dio licencia a treinta mil soldados, haciéndoles saber que no habría arrestos por mala conducta.

—Sí, a mí me contaron lo mismo.

—Así que la ciudad va a arder.

—Me gustaría ir también.

—Nosotros ya nos despedimos a nuestro modo.

—Ojalá Sonya haya podido salir de la ciudad.

Silencio.

—Aunque es un alivio no haber participado en lo de Villa Valhalla, a mí también me gustaría hacerme tatuar. En las duchas he visto con envidia los de ustedes.

—Claro, hombre.

—Cómo no.

—Vas a tener que esperar un poco.

—Es un honor.

Silencio.

Mordechai fue en busca de su acordeón y probó una canción alegre. Le salió melancólica. Tocó algo triste. Eso anduvo mejor.

—¡FIR-MES!

Todo el mundo se levantó precipitadamente: entraba el mayor Hubble, pálido y débil.

—Quédense como estaban —dijo, con voz ronca.

Mientras todos volvían a ocupar tímidamente las sillas, Christopher cruzó las manos a la espalda y comenzó a pasearse, buscando a tientas el lenguaje con que expresar las emociones que lo abrumaban.

—Qué tanto joder —pronunció finalmente. Gracias a todos. Y fue de uno a otro para estrecharles la mano. Hecho eso volvió a asumir su pose. —Esto no significa que les pida disculpas por la manera en que he comandado este batallón. Aunque algunas medidas puedan haberles parecido excesivas, ningún batallón puede compararse con el nuestro en toda esta fuerza expedicionaria… Por desgracia, les tengo malas noticias.

Todo el mundo hizo una mueca y apartó la cara al unísono, como para esquivar un golpe.

—La mala noticia es que he presentado mi dimisión al general Brodhead, debido a mi comportamiento, y él no la aceptó, de modo que sigo siendo el comandante en jefe de todos ustedes. Rió burlonamente ante su broma y quedó encantado al ver que le respondían con amplias sonrisas. —Pero no creo que vaya a cambiar tanto, aunque ahora comprendo algo mejor mi obligación de cuidar de ustedes, tanto como ustedes han cuidado de mí.

Jeremy tenía los ojos desbordantes de lágrimas. Chris hacía su primer gesto para escapar de la prisión perpetua impuesta por los privilegios. Era la mayor muestra de humildad que se podía esperar de él.

—Pero también tengo otras noticias. ¿Qué les parece si nos sentamos a la mesa grande? ¿Podríamos tomar un poco de té?

—Sí, señor —respondió inmediatamente Chester. Y fue en busca de la tetera, siempre lista.

—Para mí, sólo té por un tiempo. —Chris se quitó la pistolera y colgó la chaqueta en el respaldo de la silla. No podía dejar de sentir la oleada de calidez que le llegaba de esos hombres, la misma sensación que había recibido de su madre largo tiempo atrás. Muchas veces, al pasar por la sala de un museo, al pensar en una ópera que se había perdido o en determinada exposición floral, se había lamentado de no haber estado allí. Ahora se encontraba en ese lugar y era estupendo.

—Permítame decirle, mayor —intervino Rory—, que todos lamentamos profundamente los problemas que ha tenido.

—Gracias. Fue un verdadero golpe. Parece que entre nosotros ocurre con bastante frecuencia. ¿Vamos a lo nuestro?

Una vez servido el té y debidamente equilibrado con ciertos condimentos, Christopher mostró una sonrisa astuta.

—Hoy he tenido la suerte de mantener una charla con el Comando Central. Logré convencer al general Darlington para que invirtiera nuestro orden de partida. El Séptimo de Caballería Ligera debe embarcarse inmediatamente.

Faltó poco para un hurra formal, pero todo el mundo gritó de gusto y hubo muchas palmadas en las espaldas.

—La brigada patrona asume ahora una posición realmente clave en las operaciones venideras. Ustedes tendrán que tratar directamente con oficiales del estado mayor, comandantes de batallones y compañías, etcétera, etcétera. Para estar

de acuerdo con sus funciones y para que no se los intimide con el rango, se me ha autorizado ascenderlos. Goodwood, Yurlob, Tarbox y Landers… desde ahora son tenientes segundos.

Los hombres que tan ruidosamente habían celebrado la primera noticia recibieron ésa en atónito silencio, boquiabiertos. Sólo después de asimilarla empezaron a reír y a intercambiar puñetazos en los hombros. —Doctor Pearlman: como veterinario de las Fuerzas Expedicionarias CANZ, se lo nombra teniente primero.

—Pero ¿cómo, si oficialmente no existo?

—Está en asignación por el Ejército del Zar. Rusia es nuestra aliada.

—¿Teniente Pearlman?

-—Teniente Pearlman, sí.

—¡Eh, teniente Pearlman!

—Y esto nos pone en condiciones de tutearnos —agregó Christopher. Landers… es decir, Rory: partes hacia Lemnos dentro de veinticuatro horas. Teniente Modi, se te envía inmediatamente a una misión de compra que te explicaré dentro de un momento. Tarbox y Goodwood trabajarán con Jeremy en la logística para levantar el batallón y efectuar el traslado. Muevan todo con la mayor celeridad y eficiencia.

—Sí, señor.

—Yurlob.

—¿Señor?

—Quedas a cargo de todo el equipo mulante. Escoge un grupo de tareas entre la Compañía B. Se volvió nuevamente hacia Rory. —Tú llevarás un pelotón de la Compañía A a Lemnos, para cercar los corrales y preparar los edificios que necesitemos: herrería, cobertizo para tratamiento médico, etcétera. Al mismo tiempo inspeccionarás el terreno de Lemnos y trazarás una pista de entrenamiento de entre cinco y ocho kilómetros. Tus órdenes establecen que el oficial comandante de Lemnos debe otorgarte prioridad absoluta. En cuanto levantemos campamento aquí, prepara un borrador de lo que vas a necesitar y tráelo a mi oficina.

—Ya lo tengo.

—Doctor Modi: hemos requisado un barco ganadero y lo tenemos retenido en Alejandría. Debes localizar entre cuatrocientas y quinientas mulas en óptimas condiciones y conseguir proveedores que nos envíen los refuerzos requeridos. La primera partida debe llegar a Lemnos… ayer.

—Una pregunta, mayor Chris. Estoy completamente seguro de conseguir doscientas mulas de inmediato.

—Buen Dios, ¿dónde?

—En Chipre. Las mulas de Chipre son famosas. Hasta Shakespeare las nombra.

—¡No digas! ¿En qué obra?

—En *Otelo*.

—Estupendo. Bueno, estamos de suerte. Chipre ha sido anexada y está bajo el control directo de las fuerzas británicas.

—Conozco a los vendedores de mulas de mis años en Palestina. Pero debido a la urgencia necesito unas cuantas cosas.

—Adelante.

—Los griegos son los griegos. Tendré que regatear mucho. Si se me permite pagar un sobreprecio me venderán todas las mulas que necesitemos y hasta sus hijas.

Chris reflexionó por un momento. Le pasó por la cabeza que no confiaba en el judío como para darle carta blanca. Pero qué diablos, había que creer.

—¿Puedes eliminar a los intermediarios?

—No se puede cambiar una manera de hacer negocios que ha durado dos mil años. Si podemos convencer a un intermediario con un soborno, dejemos que él busque las mulas y las conseguirá en un minuto.

—Detesto operar así, pero teniendo en cuenta las circunstancias, paga lo que haga falta y hazlas enviar a Lemnos.

—Bien —dijo Modi. En ese caso me gustaría llevar conmigo al mejor negociante que existe: un hombre del Cuerpo de Muleros de Sión. Habla griego y muchas veces hemos viajado juntos. En Chipre hay griegos, turcos y árabes. El sabe tratarlos mejor que nadie.

—Parece razonable. ¿Cómo se llama ese hombre?

—Ben Gurion. David Ben Gurion. No tiene rango, como el resto de los Muleros de Sión.

—Nombre extraño, ¿no?

—Es un antiguo nombre hebreo. Muchos colonos sionistas adoptaron ese tipo de apellidos. Y necesito algo más: que Yurlob me acompañe. Yo puedo verificar la salud y el estado físico de las mulas, pero hace falta un experto para que aprecie sus hábitos y su temperamento. Hay mulas excelentes que no se pueden adiestrar bien. Necesito a un hombre que tenga buen ojo para esas cosas.

—Es una buena sugerencia —juzgó Rory.

—Muy bien. Irán ustedes dos y ése… Ben… no sé cuánto.

—Créame —concordó Yurlob— que no nos venderán ninguna mula de tres patas.

18 de marzo de 1915 - Despachado desde el Cuartel General de Chipre, a las 05:30, por la comisión especial compra de mulas al mayor Christopher Hubble. Séptimo Batallón Neozelandés de Caballería Ligera, Campamento CANZ, Mena, Egipto Stop Decodificado en Centro de Mensajes del Cuerpo. Entregado OK.

Mensaje textual:

Trescientas veintiocho mulas magníficas compradas y en viaje a Lemnos. Doscientas más prometidas para fin semana. Barco volverá por ellas. Debido a volumen Ben Gurion pudo adquirir lote muy por debajo valor mercado. Teniente segundo Yurlob Singh debidamente tatuado en Nicosia. Shalom. Teniente Modi.

Capítulo 74

16 de marzo

Al Primer Lord del Almirantazgo Winston Churchill del almirante al mando del H. H. Harmon, Fuerzas Navales del Mediterráneo…

A las 05:00 comenzaron operaciones para concluir barrido de minas. Barridos previos parecen muy limpios, pero inteligencia advierte que turcos minan constantemente campos nuevos además de piezas sueltas.

Nuestras fuerzas entraron en estrechos con cuarenta y dos barreminas clase LM, más quince barreminas franceses que siguieron.

Ocho clase Beagle reacondicionados para barrido de minas.

Seis clase River.

Cuatro barcos torpederos como detectores con barridos ligeros.

Una flotilla de barcos piquetes con explosivos de arrastre.

Tiradores de la marina a bordo de todos los navios.

Operaciones continuarán hasta 18 marzo 09:00 en que se iniciará ataque total a Dardanelos.

17 de marzo

Estallaron setenta y cuatro minas. Nuestras embarcaciones no han sufrido daños.

Hemos pasado frente al Fuerte 20 sin recibir fuego de las fuerzas turcas.

Interrupción de operaciones al oscurecer, barcos retirados.

18 de marzo

05:30: Todos los barreminas han entrado en el estrecho para un último recorrido.

Comenzó ataque a estrecho de Dardanelos.

10:45: *Queen Elizabeth, Inflexible, Lord Nelson, Triumph* y *Prince George* entran en el estrecho.

12:22: Navios franceses *Seffern, Gaulois, Charlemagne* y *Bouvet* están ya en Dardanelos y entablan combate con fuertes turcos.

13:25: Fuertes turcos números siete, ocho, ocho A, trece, dieciséis, diecisiete, veinte y veintiuno parecen acallados.

ALERTA ROJO ALERTA ROJO ALERTA ROJO ALERTA ROJO

13:54: Navio francés *Bouvet* humeando -en dificultades.

13:58: *Bouvet* ha zozobrado a 36 brazas antes de que pudiera llegarle ayuda.

13:59: *Hull, Implacable, Lon Don* y *Prince of Wales* reciben órdenes de entrar en

el estrecho para reforzar la flota.

14:30: Naves de relevo entran en el estrecho y traban combate. Se ordena el ingreso de barreminas de reserva.

ALERTA ROJO ALERTA ROJO ALERTA ROJO ALERTA ROJO

16:04: *Irresistible* escorando a estribor.

16:14: *Inflexible* ha chocado con mina, sale de formación y se retira de Dardanelos.

ALERTA ROJO ALERTA ROJO ALERTA ROJO ALERTA ROJO

17:30: *Irresistible* abandonado bajo fuego turco, hundiéndose rápidamente.

ALERTA ROJO ALERTA ROJO ALERTA ROJO ALERTA ROJO

18:50: *Ocean* ha chocado con mina y escora, se ordena abandonarlo, se hunde rápidamente.

18:51: Recuento de navios menores indica siete barreminas de diversas clases hundidos y otros diez alcanzados.

ALERTA ROJO ALERTA ROJO ALERTA ROJO ALERTA ROJO

19:00: *Gaulois* gravemente dañado por cañonazos. Se está hundiendo.

ALERTA ROJO ALERTA ROJO ALERTA ROJO ALERTA ROJO

Se ordena a todas las embarcaciones abandonar combate y retirarse inmediatamente de Dardanelos.

GALLIPOLI

POR RORY LARKIN

Entre los preciosos dones que me transmitió mi amado tío, Conor Larkin, uno fue el lujo de inclinar la cara hacia un libro abierto y absorber sus páginas hasta tener más rojo que blanco en los ojos.

Gracias a esto he podido alcanzar cierto grado de coherencia al volcar las palabras en el papel. Conor me enseñó que la más antigua de las compulsiones humanas, la que distingue al hombre de cualquier otro animal, es el insaciable deseo de dejar tras de sí la historia de su época, desde los dibujos en las cavernas hasta las obras maestras de la literatura; en este caso, los recuerdos que un soldado guarda de una batalla que nunca debió suceder.

Esta necesidad de recordar comenzó el día en que el *Wagga Wagga* entró en el concurrido puerto de Mudros, en la isla griega de Lemnos, sobre el Mar Egeo.

Parte de la campaña vuelve a mí en fragmentos. Algunas de las cosas que escuché o descubrí. Lo llevo todo grabado a fuego en el alma. Los hechos se entrelazan, como entrelazados yacían los cadáveres de turcos y CANZ en la tierra de nadie, tras haber cumplido cada bayoneta con su tarea para que ambos murieran de rodillas y durmieran eternamente abrazados.

Lemnos, pardusca saliente de algún antiguo volcán, surgía del mar a cien kilómetros de Gallípoli. Ésa sería nuestra base de avanzada para la expedición.

En el puerto de Mudros y en sus playas ejecutábamos maniobras constantes, tratando de refinar la difícil tarea de bajar por las escalerillas del barco a los botes de desembarco y remar luego hasta la playa.

El Séptimo Batallón de Caballería Ligera tuvo suerte, pues recibió tres buenas semanas de duro adiestramiento con las mulas. Yurlob y Modi habían hecho una buena compra. Como el ensayo final de una empresa desperdigada, en Mudros todo asumía su sitio.

En la tercera semana de abril de 1915 volvimos a embarcarnos en el *Wagga Wagga*, lamentando profundamente que Yurlob Singh hubiera recibido órdenes de permanecer en Lemnos, con la misión de entrenar a nuevos cargadores y mulas para enviárnoslos según lo requirieran nuestras pérdidas.

Cuando nos embarcamos, Yurlob Singh abandonó la pose militar de toda su vida para caer llorando en brazos de Modi. Hasta el incidente del hotel Aída había sido el miembro inexistente de la brigada patrona. Sólo entonces comprendimos los profundos lazos que habíamos formado. Entonces supimos que éramos camaradas para toda la vida. Es más de lo que pueden decir muchos matrimonios.

Una espléndida armada, compuesta por más de cien barcos y precedida por seis poderosas naves de guerra, partió resueltamente a cruzar los cien kilómetros de mar hasta la península de Gallípoli.

Nos leyeron un mensaje del general Darlington; en mi opinión, parecía escrito por un escolar.

¡HOMBRES DEL CANZ! PARTIMOS CON UNA NOBLE MISIÓN. SÉ QUE DEMOSTRARÉIS SER DIGNOS HIJOS DEL IMPERIO. EN NOMBRE DE VUESTROS COMANDANTES Y DE SU MAJESTAD, OS DESEO LO MEJOR. ¡TRES HURRAS Y QUE DIOS SALVE AL REY!

DARLINGTON
COMANDANTE GENERAL
FUERZAS EXPEDICIONARIAS ALIADAS

Sir Llewelyn Brodhead, el comandante de los CANZ, fue un poco menos vigoroso. Habló de su eterno afecto por los australianos y neozelandeses y juró que nos consideraba dignos de la tarea a cumplir. Recibimos un tercer mensaje: el del general de brigada Sir Alexander Godley, que comandaba las fuerzas neozelandesas, pero seguía siendo un enigma para todos nosotros. Se cuenta que era un oportunista angloirlandés, sobrante de la Guerra de los Bóers, contratado por el gobierno de Nueva Zelanda para fortalecer nuestras fuerzas armadas. Por los pocos vistazos que pude echarle, era algo así como una escultura de hielo.

Johnny, Chester y yo, con aire de suficiencia, entramos en la sala de oficiales para la reunión informativa. Se distribuyeron mapas y se desplegó uno más grande contra el pizarrón.

Gallípoli.

Hubo algunas risas y aplausos desperdigados.

—Veo que nadie se sorprende —dijo el mayor Chris, que probaba constantemente su nueva tendencia a las bromas. Para empezar, el plan general. Una división francesa, compuesta en su mayor parte por colonos de Africa del Norte, marroquíes, etcétera, desembarcará en el lado este o asiático del estrecho, en Kum Kale. Es el sitio donde estuvo la antigua Troya, la de Homero, la *Odisea* y toda esa porquería que nos hicieron tragar nuestros perversos maestros. No hay una gran presencia militar turca en toda la provincia de Anatolia, por lo que no se espera un contraataque notable. Conque los franceses mantendrán abierta su mitad del portón.

»Lo que denominamos invasión principal se producirá en cabo Helles: aquí, en el extremo de la península. En Helles desembarcarán varias brigadas británicas, sobre todo para crear una diversión para que la Vigesimonovena División Británica pueda avanzar tierra adentro, hasta esta colina: Achi Baba. ¿Hasta aquí vamos bien?

Todos asentimos.

—Los CANZ —prosiguió Chris. Mientras la Vigesimonovena británica ataca cabo Helles, los australianos desembarcarán simultáneamente quince kilómetros más al norte, en esta saliente de tierra llamada Gaba Tepe. El sitio ha sido designado playa Brighton. Como ustedes ven, los australianos desembarcarán en una pendiente suave de las colinas.

—¿Resistencia? —preguntó alguien.

—No mucha, según creemos. Los turcos se concentrarán en cabo Helles; creemos

que ese otro desembarco, a quince kilómetros de distancia, no les dará tiempo para organizar. Teniendo en cuenta todo, los CANZ deberían estar en la planicie de Maidos, aquí, a la hora de haber desembarcado. A partir de entonces suponemos que el camino estará abierto para adentrarse en los Dardanelos, justo por encima del estrecho, impidiendo que los refuerzos turcos puedan llegar a cabo Helles.

»Segundo día —anunció Chris. Las Brigadas de Nueva Zelanda, los Auckland, Otago y Wellington, desembarcarán en playa Brighton para avanzar junto a la unidad australiana en su marca a través de la península. Landers, Jeremy, Goodwood, Tarbox y el teniente segundo Richards, con el pelotón, se dividirán en dos botes. Jeremy: tú llevas la mitad del pelotón en tu bote, junto con la mitad del alambre de púas. Descargas y aseguras los pertrechos en la playa. Tarbox.

—Señor.

—Tú irás en el segundo bote, con Landers y Goodwood. Asumirás el puesto de jefe de playa, empleando a la otra mitad del pelotón. Las tropas de asalto CANZ llevarán municiones, comida y agua para cubrir entre tres y cinco días. Inmediatamente después de ustedes desembarcaremos nuevos pertrechos. La playa les pertenece a ti y a Jeremy; ustedes tienen que organizarla.

—Sí, señor.

—Landers y Goodwood. Segunda ola, segundo día. Ustedes dos buscan una zona para corrales, la demarcan con postes y vuelven a la playa, para que Jeremy lleve al pelotón a cercar el perímetro con alambre de púas. Obviamente, necesitamos un sitio lo más a cubierto posible para el corral y que esté tan cerca de la playa como se pueda sin peligro.

»Yo desembarcaré en las últimas horas del día dos o en las primeras del día tres, para instalar el cuartel general del batallón. Las barcazas con las mulas llegarán el día cinco. ¿Alguna pregunta, señores?

—La Vigesimonovena británica asciende desde cabo Helles mientras nosotros cruzamos la península —dije. Supongo que nos unimos.

—Sí, aquí, por debajo de la meseta Chunuk Bair. Chunuk Bair es el bastión clave de Gallípoli. Esperamos tener nuestras fuerzas consolidadas hacia el sexto o séptimo día, organizar un ataque y apoderarnos de Chunuk Bair al octavo o el noveno, digamos. Una vez que caiga esa fortaleza, la península es nuestra y tendremos abierto el camino a Constantinopla. Por lo tanto, en realidad los CANZ deben actuar como diversión, como una espina en el flanco de los turcos.

—¿Qué hay al norte de playa Brighton? —preguntó el capitán de la Compañía C. El mapa es muy vago.

—Reconozco que no tenemos la mejor de las inteligencias. También hemos tratado de fotografiar desde aviones. Tengo aquí una serie de fotos, pero me cuesta entenderlas. Lo que puedo decirles es esto: al norte de playa Brighton y tierra adentro, hasta Chunuk Bair, el terreno es muy escarpado; hay barrancos, gargantas, acantilados, etcétera, etcétera. Allí es donde suponemos que está la mayor parte de las

defensas turcas. Por eso, justamente, debemos desembarcar al sur, en terreno relativamente nivelado, para tomar a los turcos por sorpresa.

Hubo muchas preguntas; la mayoría de las respuestas caía en el terreno de «No lo sabemos con certeza…», «Nuestros mejores cálculos…», «Confiamos en que…». «¿Cuántos turcos?». «Cuatro divisiones, tal vez. No se los considera tropas de primera».

Personalmente, no me gustó que subestimaran así a los turcos. Tal vez es lo que siempre se dice del enemigo antes de la batalla. Los turcos eran experimentados. Nosotros, en cambio, exceptuando a unas pocas unidades, éramos soldados sin experiencia, crudos y verdes, sin un solo día de combate. Los turcos combatirían en su propio suelo. Estaban arriba y nosotros, abajo. Pero de cualquier modo, tarde o temprano la meseta Chunuk Bair tendría que caer en nuestras manos.

Tal vez me preocupo demasiado, no sé. Siempre he vuelto loco al terrateniente con mi manía por los detalles.

Cuando por fin pude acostarme y pensar me golpeó la irrealidad de lo que estábamos por hacer. Para un francés era bastante fácil decir por qué estaba en una trinchera del Frente Occidental, pero ¿por qué la gente corría a la guerra desde Auckland y Sidney? Sólo por el Imperio nos convertíamos en enemigos de los turcos; sin embargo, nuestro parentesco con el Imperio y nuestro amor por el Rey eran bastante tibios.

La gran aventura: allí estaba el secreto. Había que salir de nuestras islas diminutas para conocer el gran mundo. Y si había una guerra a la que ir, ¿por qué no hacerlo mientras se pudiera?

Georgia estaba harta de guerras. Sabía lo que eran. Nosotros sólo lo imaginábamos. Tal vez uno va a la guerra sólo porque hay una adonde ir y no tiene la menor idea de lo que es en realidad.

De una cosa estaba seguro. Todos nosotros (Jeremy, Johnny, Chester) debíamos demostrarnos mutuamente que éramos capaces de enfrentar lo que viniera. Eso se convertía en la meta definitiva: salir de eso limpios, por los compañeros. Ésa es la trama que hace funcionar la maquinaria: la confianza en los hombres que tienes a tu derecha y a tu izquierda.

En ese mismo lugar, tres mil años antes, los hombres se habían visto atrapados por el mismo fenómeno extraño. Toda una armada, lanzada por el rostro de una mujer. Pero ¿quiénes eran ahora los dueños del caballo de Troya? ¿Nosotros o los turcos?

Repasé una vez más el trabajo del día siguiente. Quizás estaba exagerando, pero puse en mi mochila de combate un par de banderas de semáforo, una pistola Very y dos señales luminosas. Tenía la corazonada de que, si debía explorar solo una zona, convenía que los muchachos de la playa supieran dónde estaba yo. Me sentía muy seguro de Johnny y de Jeremy. En cambio Chester me preocupaba un poco. Chester

había hecho todo lo que se le pidió y muchísimo más, pero algo en él era tan frágil… Decidí ayudarlo a superar el primer día; después se las arreglaría bien. Me prometí no dejar que cayera en el pánico…

«Tengo sueño… y ella está tendida en la cama, en el camarote del barco, tan blanca y redondeada, con la seda verde que reluce y se envuelve a su cuerpo, entre sus piernas… ¿Qué pasa ahora? Con todo lo que tengo en la cabeza siento que se me agita la ingle por ella. Dios, ¿sabes cuánto te amo, Georgia? Oh, Dios, ¿por qué nunca supe decírtelo?».

Antes del alba, cuando parecía que apenas acababa de cerrar los ojos, una explosión sacudió al *Wagga Wagga*. Volamos afuera para encontrarnos con que las naves estaban disparando sus cañones. Los estallidos anaranjados y las llamas eran visibles desde varios kilómetros de distancia.

El día amaneció tan inundado de humo por los cañonazos que no se veía la tierra. El silbato del contramaestre perforó el estruendo.

—¡Primera ola, congregarse!

Una chalupa grande se acercó por el costado. Los hombres bajaron y acomodaron en ella rollos de alambre de púas, municiones para ametralladoras y latas de agua. El mayor Chris nos apartó de la barandilla.

—Ayer los australianos se encontraron con una fuerte resistencia —dijo. Vamos a adelantar el momento de nuestro desembarco. Los Otago y los Wellington tocarán tierra a las 05:15. Ustedes adelanten la hora a las 05:45.

—¿A qué distancia, tierra adentro, están los nuestros?

—No sé. Mantengan a sus hombres tan cerca de la playa como se pueda. Demarquen su propio perímetro. Landers y Goodwood, será mejor que lleven una brigada de ametralladora ligera cuando vayan a explorar. Hasta luego.

—Bueno —anunció Jeremy, veinte metros más abajo—, ¡por la borda!

—¡Red abierta! Si algo se les cae, déjenlo ir.

Mi chalupa indicó por señales que nuestros pertrechos ya estaban acomodados.

—¡Vamos, muchachos! —llamé.

¡Oh, Cristo! Apenas había bajado dos peldaños de la escalerilla cuando vi por primera vez el agua. ¡Espumajeaba de balas y metralla! El oleaje estrellaba la chalupa contra el flanco del *Wagga Wagga*. El hombre que me precedía cayó de la escalerilla y quedó aplastado entre el barco y la chalupa.

—¡Mantengan esas malditas cuerdas bien tensas contra el barco!

Salté al bote y comencé a empujar a los hombres hacia sus sitios. Johnny Tarbox fue el último. Soltamos las cuerdas y una ola nos apartó del barco.

Mientras el *Wagga Wagga* efectuaba un amplio giro, para retirarse rumbo a su reunión con los otros transportes, doce destructores avanzaron hacia nosotros y nos arrojaron cuerdas; luego maniobraron para que las chalupas quedaran atrás. Nuestro

destructor, el *Greenport*, ya llevaba a remolque un par de pontones. Con un grupo de chalupas enganchadas a su popa, aguardó a que los otros barcos prepararan los remolques y luego avanzamos todos en línea hacia la costa.

La estela de los destructores, las balas y el mar embravecido nos sacudían sin misericordia. Estallaron los vómitos.

—¡Vomiten entre las piernas!

De pronto nuestra línea pasó bajo el telón de humo y ¡allí estaba Gallípoli! Mi primera reacción fue: «Parece Nueva Zelanda en una temporada de sequía. Colinas suaves y…».

Todo el mundo se arrojó al fondo, sacudiendo la embarcación. Mientras avanzábamos poco a poco hacia tierra crecía el estruendo. El *Greenport* y otros destructores arrojaron las anclas y comenzaron a plantar proyectiles en las colinas.

Teníamos que trasbordar una vez más: de las chalupas a pequeños botes salvavidas. Por suerte, éstos eran más bajos y podíamos dejarnos caer.

Johnny señaló.

—Allí va la primera ola, Rory. Los Otago. ¡Están en tierra!

Vi al teniente segundo Richards, el comandante de nuestro pelotón, que avanzaba dificultosamente hacia la popa de nuestro bote. El fuego de metralla le había arrancado un brazo y parte del hombro. Lo que no sé es cómo diablos se mantenía consciente. No había dónde aplicarle un torniquete. Moriría en pocos minutos.

—El sargento de pelotón Amberson tiene el mando —dijo. Inmediatamente perdió la conciencia, se contorsionó, dio un grito y quedó inmóvil.

—Sáquenle las insignias y la mitad de la chapa de identificación. Guarden la billetera para enviar a su casa —ordenó Johnny con calma absoluta.

Chester hizo lo que Johnny indicaba, mientras yo pedía al sargento de pelotón Amberson que levantara la mano. El hizo señas de que ya tenía todo bajo control, allá adelante.

—A ver, dos que lo sujeten por las piernas —dijo Johnny, metiendo la mano bajo el único hombro del teniente segundo Richards. Vamos, muchachos: lancémoslo por la borda.

Limpié mis largavistas, manchados por la sangre de Richards. ¡El Batallón de Otago avanzaba tierra adentro! En toda la mañana sólo había podido pensar en lo que estaría ocurriendo en tierra, pero ahora me consumía la vaga idea de que el tiempo pudiera detenerse bruscamente, para que una voz celeste nos ordenara regresar al *Wagga Wagga* y navegar de regreso…

El tiempo parecía volar. 05:42.

Johnny me dio un codazo en las costillas y sonrió.

—¡Remeros! ¡A los remos!

Nuestra ola de cincuenta botes se adelantaba gruñendo, desde ochocientos metros de distancia. Los remeros rotaban, sudorosos, entre maldiciones. El estruendo de los cañonazos era tan abrumador que era preciso comunicarse por ademanes de las

manos. ¡Vamos, llevemos esta porquería a la costa!

—¡YAUUUUUU!

¡DIOS MÍO! ¡ALGO QUISO ARRANCARME LA CABEZA! ¡ME HA CAÍDO UNA LLUVIA DE SANGRE Y NO SÉ QUÉ OTRA COSA! Me palpé instintivamente, frenético. No tenía heridas ni quemaduras. Podía mover los brazos y las piernas, pero estaba cubierto de sangre y… y… ¡sesos! ¡Mi cara! ¡Mi cara! Estaba entera. El pecho, bien. ¡NO, NO! A Johnny Tarbox le faltaba toda la parte superior de la cabeza.

No sé qué me ocurrió entonces. Casi perdí el sentido. Oía voces difusas, lejanas.

—Córtenle las insignias… la chapa de identificación…

—Vacíenle los bolsillos.

—Vamos, muchachos, por la borda.

Caía lanzado a un pozo muy profundo y tenía mucho sueño. Algo me dolió. ¡Una fuerte bofetada en pleno rostro! Alguien me estaba sacudiendo, me gritaba. Abrí a tirones los ojos.

Ante mí, de pie, estaba Chester. Me tenía por las solapas. Poco a poco enfoqué la vista en él. Me sopapeaba y me sacudía con todas sus fuerzas.

—¡Reacciona, Rory! —aullaba.

—¿Qué… qué…?

—Maldito seas, Rory. Reacciona. Tenemos mucho trabajo.

Lo busqué a tientas y me abracé a él como para salvar la vida, pero Chester me apartó de un empujón. Un soldado le alcanzó un balde de agua marina. Él me lo arrojó; después, otro.

—¡Johnny! —grité. ¡Johnny, Johnny, Johnny!

—¡Johnny Tarbox ha muerto! ¿Cómo me llamo? ¡Dime cómo me llamo!

—Johnny.

—¡No soy Johnny, carajo! El murió, Rory. ¡Dime cómo me llamo, hijo de puta!

—Chester —gimoteé. Chester Targood…

—¡Ése no es mi apellido, mierda!

Dejé caer la cara entre las manos, pero él me asió por el pelo.

—¿Cómo me llamo, pedazo de boludo? ¡Dilo!

—Teniente segundo Chester Goodwood, Séptimo Batallón Neozelandés de Caballería Ligera.

—¿Dónde estamos?

—En Gallípoli.

—¡Cuál es tu misión!

—En cuanto lleguemos a tierra, descargar y reunirnos con Jeremy. Él debe asegurar un perímetro y luego buscaremos un corral.

—¿Quién está al mando de esta mitad del pelotón?

—El sargento de pelotón… Amberson… adelante… Ya estoy bien, Chester.

—¿Adónde vamos?

—A playa Brighton. El bote de Jeremy nos sigue algo más atrás. Envía las

insignias y la pistola de Johnny adelante, a ese muchacho Amberson.

—Mírame —exigió.

Lo hice y le aseguré que estaba en condiciones de funcionar.

—Dame las insignias y la pistola de Johnny Yo las llevaré adelante. Voy a desembarcar primero con una brigada. Tú lleva al resto de los muchachos, descarga y quédate cerca de la playa.

—No te adentres demasiado en tierra —advirtió Chester.

—Saca las banderas de semáforo de mi mochila —le pedí. Por el ruido que hay, no estamos muy lejos del frente de batalla. Alcánzame con Jeremy en cuanto puedas.

Avancé hacia la proa del bote. Cómo temblaba, Dios mío. Mi cabeza funcionaba, pero mis piernas no querían saber nada. Busqué al sargento de pelotón.

—¿Cómo se llama, sargento?

—Chipper Amberson. Dime Chipper. Tú eres Rory Landers. Te vi destrozar a ese australiano, en Port Albany.

—Bueno, ahora él está de nuestro lado. Chipper, tú te quedas en la playa con Chester, el chico de los largavistas. Haz descargar el bote y espera. Ahora necesito la ametralladora ligera. Voy a adentrarme un poco en tierra.

—¡Cabo O'Rourke!

—Aquí.

—Lleve a su brigada a tierra con el teniente Landers.

—Bien.

El bote chocó contra el fondo, arrojándonos a un costado.

-—¡Por la borda!

Mierda, el agua nos llegaba a la cintura. Reuní a O'Rourke y a sus tres muchachos; cuando me volví para mirar el bote, lo hice justo a tiempo para ver a Chipper Amberson desgarrado por balas de ametralladora. Se sumergió, atropellado por el bote; luego surgió del mar un borbotón rojo. Dios Todopoderoso, había sido oficial por tres minutos, no más.

Chester estaba a mi lado y me dijo que tenía todo bajo control. Hice señas al cabo O'Rourke y a sus muchachos para que me siguieran.

Chester entregó el mando a un suboficial y corrió por la playa, haciendo señas al bote de Jeremy.

¡OH DIOS BENDITO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS!

Por primera vez en muchos años me vino a los labios el nombre de María. Playa Brighton estaba sembrada de muertos y moribundos. Sólo había unos pocos metros de arena; después, una escarpada pendiente. Los cuerpos se apretaban como gaviotas detrás de un barco pesquero: decenas, cientos de hombres inmóviles, aullando o gimiendo, mientras otros intentaban ponerles tintura de yodo y vendarlos… como… Caminé por la playa, sin poder pisar entre ellos… «Perdón, compañero… Los enfermeros vendrán pronto… Perdón, camaradas… Carajo, cayó uno de mi brigada».

Nos encontrábamos entre espesas zarzas, tan altas como un hombre. La cuesta no

era suave; teníamos que escalar una colina de mierda y entre las zarzas había decenas de muertos enredados.

Encontré una concavidad lo bastante amplia como para que cupiéramos los cuatro y nos acurrucamos allí.

—Me llamo Rory, O'Rourke. En Lemnos hemos trabajado juntos. Luego me volví hacia la izquierda, para dar una palmada en el hombro a un joven CANZ. —Y tú, ¿cómo te llamas, amigo?

—Happy Stevens, de Palmerston North.

—Rory Landers. ¿Cuántas balas tenemos?

—Doscientas.

—No alcanzan. Vuelve a la playa, Happy, y busca a Chester Goodwood.

—Bien.

—Necesitamos una caja de trescientas o cuatrocientas más. Te esperaremos aquí mismo.

—Voy —dijo Happy. Y corrió agazapado hacia la playa.

—¿Sabes interpretar un mapa, O'Rourke?

—Por algo me ascendieron a cabo.

Desplegué el mapa. Estaba pegajoso por la sangre de Johnny. Miré colina arriba. Demasiado empinada. Algo estaba mal. Estudié la curva de la costa. La saliente de tierra llamada Gaba Tepe no estaba a la vista por el lado sur… pero hacia el norte… una gran protuberancia y luego, un larguísimo tramo de costa.

—Si esto es playa Brighton, prometo besarte el culo delante de todo el batallón —dijo O'Rourke.

—¿Al norte?

—Al norte —confirmó él. Estamos al norte de nuestra playa.

—Parece que nos desembarcaron en medio del ejército turco. Limpié mis largavistas. —Hacia arriba hay muertos sembrados hasta donde llego a ver. Divisé a los Otago, que avanzaban hacia la línea de australianos, algo detrás de mi campo visual. —Allí arriba están combatiendo, a algo menos de un kilómetro. El terreno es realmente jodido —comenté, pasándole los binoculares.

—Parece que los turcos están por sobre nuestra línea de vanguardia, en terreno más alto, y disparando hacia la playa —dijo.

—Así es. Nos están dando con la artillería, aquí arriba y allá abajo. Por ahora estamos en un punto protegido. Dios mío, allá va un bote. Lo mandaron al diablo.

Distinguí una bandera de señales a veinte metros, detrás de unos matorrales.

—¡Por aquí!

Happy Stevens, de Palmerston North (¿por qué me acordaba de Palmerston North?), volvía hacia nosotros, seguido por dos hombres que cargaban una caja de municiones.

—El teniente Hubble ha desembarcado y está en comunicación con el teniente Goodwood. Subirán en un minuto, en cuanto hayan organizado al grupo de playa.

—Tú eres Dan Elgin —dije.

El sonrió.

—Gisborne, bahía Pobreza.

—Esto sí que es bahía Pobreza —comentó O'Rourke.

—Y tú, Spears —agregué.

—Caramba, te acuerdas. Kaikoura, Isla Sur.

—Claro que me acuerdo. En Lemnos, Spears cargó a su mula al revés. No lo dejen poner los cargadores en las ametralladoras.

—Eso sí que es inolvidable —reconoció Spears.

—Pónganse a cubierto. No se alejen más de unos metros. Miren siempre hacia la playa, para que las tropas que vienen cuesta arriba no los tomen por turcos.

Acababa de decirlo cuando una nueva oleada de hombres avanzó rápidamente entre nosotros, rumbo al frente. Hice preguntas. En la playa las cosas no marchaban mejor. Ahora comprendía por qué apodaban Happy, «feliz», a Stevens, el de Palmerston North. Al verme sonrió con toda la cara y se acercó, con Jeremy y Chester pisándole los talones. Se acurrucaron conmigo.

—Mi bote fue un desastre —bufó Jeremy. Encallamos en un banco de arena y tuvimos que vadear con el agua al pecho. Perdí tres hombres y varios rollos de alambre. Dice Chester que Johnny Tarbox no llegó.

—Ha muerto.

—La playa está bajo control —informó Jeremy. Hemos amontonado los rollos de alambre contra una pequeña lomada. Allí deberían estar a salvo. El resto del pelotón ya sabe dónde cavar. Por el momento están tratando de llevar a los heridos hasta el buque hospital.

Asentí con la cabeza.

—Bueno, adiós a lo de aniquilar a los turcos con el fuego de los cañones navales —dijo Jeremy. Ni siquiera puedo localizar en qué lugar del mapa estamos.

—Yo tampoco —confirmé. Y por aquí no veo ningún lugar donde se pueda armar un corral.

—¡Miren! —gritó O'Rourke, señalando colina arriba.

Cruzando la lomada que estaba más arriba venían los heridos en condiciones de caminar, arrastrándose desde el frente. Entre dos, entre cuatro, cargaban las camillas en que venían los más graves; casi todos los que estaban en pie ayudaban a otro o trataban de sostener una parte de las camillas.

Hice señas a un capitán, que tenía el brazo destrozado a la altura del codo.

—Dennos un trago —jadeó.

—¿Puede hablar? —preguntó Jeremy.

—Capitán Huddleson, Compañía C de Otago… lo que resta de ella. Detrás de esa lomada hay un barranco profundo; después, una colina verdaderamente alta… no figura en ese condenado mapa… desde aquí no se la ve… pero no se les pasará por alto. Los turcos están atrincherados allí y dominan todo el terreno. Nos están cagando

a patadas.

Empezó a temblar y los ojos se le pusieron en blanco. Murmuró que debía llevar a sus hombres a lugar seguro. Tratamos de calmarlo, asegurándole que todos llegarían a la playa sin peligro. Más arriba tumbaron una camilla para desalojar a un muerto. O'Rourke trajo las andarillas para que instaláramos allí al capitán.

Unos veinte metros cuesta arriba había un buen canto rodado. Desde allí la vista sería mejor.

—Subamos a echar un vistazo. ¡O'Rourke!

—¡Aquí!

—¡Ven hasta esa roca con nosotros! ¡Happy Stevens, de Palmerston North!

—¡Sí!

—Quedas a cargo de la ametralladora. No te muevas de aquí. ¡No ayudes con los heridos a menos que te caigan encima!

—¡Bien!

Corrimos uno por uno hasta el canto rodado y nos acomodamos contra él, dando la espalda a las filas del frente. Desde allí se veía mejor la costa. Mientras la estudiábamos con los catalejos, los heridos seguían pasando a raudales, cruzándose con las tropas recién desembarcadas, que iban cuesta arriba.

—Al norte —dijo Jeremy. Nos han desembarcado al norte de playa Brighton.

—Al norte —confirmó Chester. Estamos casi a dos kilómetros del lugar debido. Allá veo la planicie de Maidos, que ya deberíamos estar cruzando.

—Cielo Santo —murmuré—, vamos directamente a las fauces de las defensas turcas. Sería lo mismo que marchar directamente hacia Chunuk Bair.

—¡Malditos sean! —exclamó Jeremy. Primero los cañones navales, que no sirven para nada. Ahora, esto. ¡Parecería que en nuestro alto mando nadie habla con nadie!

—Oye, no te preocupes, que es sólo el primer día —observó Chester. No jodas.

—Bueno, será mejor que busque un corral —decidí. En aquella playa se inician una serie de barrancos y gargantas. ¿Quieres hacerme compañía, Chester?

—Yo también voy —dijo Jeremy.

—A ti te entrenaron para jefe de playa, junto con Johnny. Harías mejor en bajar otra vez, para dar algunas indicaciones a los botes que llegan y hacer amarrar esos malditos pontones.

—¿Me estás dando órdenes? —interpeló Jeremy.

—Sí —dijo Chester. La playa te corresponde a ti, Jeremy. Nosotros buscaremos los establos.

Jeremy asintió de mala gana.

—Todos queremos subir la colina y combatir contra los turcos —agregué—, pero al parecer somos los únicos que tenemos alguna idea de lo que hacemos. Me llevo la brigada de la ametralladora. Si podemos localizar un corral antes de las 03:30, digamos, te enviaré a uno de los hombres. Hazme llegar tantos hombres y rollos de alambre de púas como puedas. Si pasamos de las 04:00 tendremos que acomodarnos

para pasar la noche.

—¿Tienes señales luminosas?

—Un par. No tuve tiempo de buscar más.

—Sopla el meltrami —apuntó Chester. Miren, un viento contrario. Está empujando hacia el norte todo lo que flota en el mar. Tenemos que explorar aquella región —señaló. —Trataremos de mantenernos a menos de doscientos metros de la playa.

—Nos veremos más tarde o a primera hora de la mañana —se despidió Jeremy, girando hacia la playa. Un hombre con una pierna herida había caído de rodillas. Jeremy lo levantó e hizo que le cruzara un brazo sobre los hombros para ayudarlo.

Reuní a mis muchachos.

—Buscamos un barranco o una garganta al noroeste, digamos entre los veinte y cuarenta grados; a la una en punto, si ese promontorio marcara las doce. Yo avanzaré a trechos de veinte metros, más o menos. Chester se mantiene detrás de mí, sin perderme nunca de vista. Ustedes, veinte metros más atrás.

Fue el día más miserable de mi vida. Nadie nos había advertido que el sol elevaba la temperatura hasta los treinta y ocho grados, aun en primavera. Los disparos no eran muchos, pero pasamos el día arrastrándonos por el suelo. Probablemente estábamos en la línea de fuego desde Chunuk Bair a lo que supuestamente era playa Brighton.

¡Mierda! Si nos hubieran desembarcado en la verdadera playa Brighton, habríamos estado fuera del alcance de los disparos.

No podía avanzar muy deprisa porque los muchachos llevaban una buena carga. Me habría gustado quitarme la chaqueta, pero las rocas y la maleza me habrían hecho trizas el pellejo.

En un momento u otro todos estuvimos a punto de desmayarnos por el calor. Yo no podía dejar de insistir:

—Despacio con el agua, muchachos, despacio con el agua.

Todos los barrancos estaban al alcance de los cañones turcos o tenían alguna saliente que nos exponía al horizonte.

¡NO, MIERDA! ¡MALDITOS HIJOS DE PUTA!

Estábamos acurrucados a la sombra, fuera de peligro, cuando toda la zona empezó a deshacerse. Nuestros propios destructores disparaban contra nosotros. Mientras nos diseminábamos en busca de un refugio mejor vi caer a O'Rourke… sólo Dios sabe en cuántos pedazos.

Pareció pasar un año antes de que los boludos apuntaran el fuego más arriba.

Se acercaba nuestra hora embrujada. Una última colina expuesta por la que arrastrarnos, la cuarta garganta. Si ésa no servía, tendríamos que dar la jornada por concluida.

¡Dios bendito! Fue casi como ver la Tierra Prometida desde la otra orilla del río Jordán. Allá abajo, la garganta describía un extraño giro en U y el extremo descendía

hacia la playa, en ángulo recto. Nos reunimos y contamos los proyectiles que aterrizaban en el sector. Sólo uno cada cinco minutos. No se podía pedir nada mejor.

—Happy.

—Sí.

—Es demasiado tarde para instalar el alambre de púas. Pero baja a la playa e informa a Hubble dónde estamos. Que esté aquí al rayar el día.

Me cruzó por la mente que podíamos volver todos, pero no me gustaba la parte alta del barranco. Era demasiado abierta. Caramba… no estaba seguro. No me gustaba la idea de que más arriba no hubiera tropas nuestras. Los turcos bien podían deslizarse por la garganta…

—Corre, Happy. Elgin, Spears, Chester. Me gusta esa grieta, hacia la mitad de la pared. Vamos a instalar la ametralladora allí.

¿Cómo diablos, con miles de hombres disparando millones de balas, era posible que hubieran dejado ese barranco sin cubrir? Instalamos la ametralladora de modo tal que, si alguien llegaba por el centro de la garganta, lo alcanzaríamos de lleno.

Sentí un vacío en el estómago. Tenía hambre. Llevábamos más de veinte horas sin comer nada. Yo había oído protestar por las raciones, pero esa tarde me parecieron riquísimas. Eso cambiaría con el tiempo.

Cuando los disparos pasaron del crepúsculo a la oscuridad, cambiamos de sitio para ver mejor el mar. El caos parecía mayor que nunca. No me gustó el aspecto del agua. Estaba llena de cuerpos flotantes.

Elgin y Spears montaban guardia con la ametralladora. Chester y yo tuvimos entonces los primeros minutos para reflexionar. Busqué una roca inclinada para apoyar la espalda y me llené de insultos. No me sentía muy orgulloso de lo hecho durante la jornada.

—Olvídate de eso —dijo Chester, como si me leyera la mente.

—No me conocía —susurré.

—Y yo no estaba cubierto con la sangre y el cerebro de Johnny Tarbox. En un minuto recuperaste el control.

—No me refería a eso, Chester. En mi vida he pasado miedo; hasta ahora, el peor fue comprender que jamás volvería a estar con Georgia. Pero cuando mataron a Johnny quedé totalmente petrificado. No podía moverme. No podía pensar. Por Dios, ni siquiera sospechaba que existiera algo así.

¡Y yo que pensaba cuidar de Chester durante ese primer día, para asegurarme de que no cayera en el pánico! Él lo había sobrellevado como un paseo dominical por los jardines botánicos.

—Tú ya conoces el tipo de miedo que sentí hoy, ¿verdad? —pregunté.

—Sí.

—¿Qué te pasó?

—-A veces la vida te hace cosas así.

—¿Y qué se puede hacer, Chester?

—Reconocer que, desde hoy en adelante, tienes al monstruo montado en el hombro, constantemente. Puede atacar cien veces, siempre de manera distinta. Si finges que no está allí, será peor. ¡Hay que reconocerlo! Reconocerlo en el instante en que te paraliza ese torrente de terror y, en el mismo segundo, decir: «Hola, amigo, ¿tú otra vez? Estoy cagado de miedo, pero no podrás impedir que piense ni que me mueva». Vas a adquirir mucha práctica.

Saqué la billetera de Johnny. Tenía una foto de él con su viejo. Amaba al padre. Siempre pensaba en él. La fotografía de la madre era tan vieja y descolorida que no servía de mucho. Johnny nunca recibió una carta de ella.

Con respecto a Chester, yo había cometido un error básico. Nunca hay que calcular las agallas de un hombre basándose en su tamaño. No lo volvería a hacer. Ese chico era un verdadero gigante.

Volvimos adonde estaban Spears y Elgin.

—Dos arriba y dos abajo —dije. A ustedes les toca la primera guardia. Traten de mantenerse despiertos por dos horas. Si no pueden, despiértennos. Si tienen que hablar, háganlo al oído. Nada de ruido, muchachos.

Chester y yo encontramos, a poca distancia, un sector donde el suelo era más blando. Cuando estábamos casi dormidos nos cayeron cerca unos cuantos proyectiles de artillería. Nos llegó el calor de la explosión y una bocanada de polvo.

—¿Te molesta si me pongo contra ti? —preguntó Chester.

—Será un placer.

—Si sientes una erección, no lo tomes como algo personal. Sólo significa que tengo ganas de mear.

—Bueno, conmigo no cuentes para una erección, esta noche —repliqué.

—¿Sabes una cosa? —dijo Chester, al cabo de un rato.

—¿Qué?

—Hoy es mi cumpleaños.

—¡Al diablo! El mío fue hace una semana. Cumplí los veintiuno. Ahora mi viejo no puede obligarme a volver. ¿Y qué edad tienes, Chester?

—¿La verdad?

—Aquí afuera poco importa.

—-Cumplo los diecisiete.

Tapé con la mano la boca de Chester y vi que abría los ojos. ¡Qué chico! Ni siquiera se alarmó. Le acerqué la boca al oído.

—Turcos —dije. Vinieron por el barranco y están en el medio de la garganta. Elgin tiene la ametralladora. Dentro de treinta segundos voy a disparar una señal.

Rodé para alejarme de él y puse una señal en la pistola Very. Abajo no se oía casi nada. Los turcos debían de haberse envuelto los zapatos con trapos. ¡Allí! El crujir de una ramita… Dejé que se aproximaran un poco más… sólo un poco.

Apunté a la pared opuesta de la garganta, para iluminarlos sin que nosotros

quedáramos al descubierto. El ruido del cartucho al dispararse provocó entre los turcos rápidos susurros. ¡Listo! ¡De la noche al día! Quedaron petrificados, atrapados en el fulgor blanco. Los idiotas estaban muy juntos.

—¡Ya!

Elgin estuvo magnífico… un auténtico artillero… ráfagas breves… primero, contra los que podían cargar contra nosotros… un correteo… Volaban hacia el barranco para escapar. Las balas de Elgin seguían encontrándolos. No sé si alguno de la patrulla llegó con vida al otro lado del barranco.

La luz que pendía sobre la garganta pasó de blanco furioso a un rojo sangriento, opaco. Luego se apagó.

—Será mejor que vayamos a la pared opuesta —dije—, por si vuelven. Buen trabajo, muchachos.

—No llegué a usar medio cargador —dijo Elgin, tomando la manija del arma para cargársela al hombro.

—Yo tengo la caja de municiones —informó Spears.

Chester Goodwood quedó petrificado; de pronto se echó a temblar, mudo. Le di una bofetada y él gruñó.

—¿Quieres que te cargue o puedes aferrarte a la espaldera de mi camisa?

—Puedo caminar —me aseguró, tambaleándose.

Durante las horas de luz yo había estudiado las líneas de la garganta; aunque la oscuridad era casi total, confiaba en poder bajar hasta el centro y subir por el otro lado. Tomados de la mano o de las camisas, descendimos entre bufidos y resbalones hasta el fondo del cañón. Pisé algo blando. ¡Mierda, un turco!

El hombre gimió, dio un grito e imploró por su vida. Me atreví a iluminarlo por un instante con la linterna. El pobre diablo tenía el estómago afuera. Sus ojos me imploraron misericordia a gritos.

—Será mejor que lo despene —dije— antes de que atraiga a otra patrulla. Lo siento, Abdul. —Y le disparé.

Elgin y Spears estaban inquietos, pero se quedaron dormidos, agitando los brazos y murmurando. Chester no dijo nada. Estaba pasando por la misma mierda que me había atacado en el bote de desembarco.

Y bien, ¿cuál era el resultado de ese día? Yo había perdido gran parte del respeto religioso que me inspiraban los hombres con charreteras de almirante y cuellos rojos de general. Durante la jornada habían cometido muchas estupideces.

En cuanto a Chester Goodwood, creo que las guerras habían sido hechas para tipos como nosotros. A mis ojos se había convertido en un gran hombre.

«Muy bien, Rory, has conocido el miedo supremo. Lo sentiste otra vez cuando la patrulla turca entró en la garganta, pero esa segunda vez, por Dios, conservaste la cabeza».

Elgin, ¡qué artillero! Happy Stevens, el de Palmerston North, ¿dónde diablos estaba? «Ah, sí, lo mandé a la playa otra vez. Espero que haya llegado…».

El turco gemía. Se negaba a morir. Yo no podía olvidar esa mirada enloquecida. ¿Quién lloraría por la mañana en Constantinopla? ¿Un par de niñitos?

Nunca pensé que algún día me llenaría de puro gozo despertarme viendo al mayor Hubble. Happy había cumplido. Justo antes del amanecer, el pelotón y la compañía llegaron a la desembocadura del cañón en la playa, cargando rollos de alambre de púas.

Entonces los vi, en el centro de la garganta. ¡Ocho turcos muertos! El herido había trepado media cuesta hacia nosotros antes de perecer.

Jeremy me entregó su cantimplora. Nunca tragué nada mejor… nunca.

—Menos mal que ustedes estaban aquí —dijo Christopher. Este barranco estaba completamente abierto hasta la playa. Los turcos podrían haber descendido con un batallón para atacarnos, si ustedes no hubieran liquidado a la patrulla.

—Pura suerte —murmuré.

¿Por qué se me había ocurrido cargar una pistola de señales en la mochila? ¿Por qué pedí una brigada de ametralladora, aun sabiendo que me retrasaría? ¿Por qué elegí esa garganta? ¿Por suerte, por pura suerte? ¿Cuántas suertes tiene uno antes de terminar como Johnny Tarbox? ¿Por qué Johnny? ¿Por qué yo no? Chester me dijo que todos los soldados debían estar preguntándose por qué estaban vivos, si el tipo de al lado había muerto.

—¿Así que perdimos a Tarbox en el desembarco? —preguntó el mayor.

—Sí, señor.

—Qué mala suerte. Era un buen hombre —dijo Chris. Inspeccionó la zona. —Veo que ya han demarcado el corral. Buen trabajo. Jeremy, ¿quieres hacerlo cercar con alambre?

—Sí.

—Arriba, en lo alto de la garganta, no ahorremos alambre. Pongámoslo bien denso. Mayor, tengo la sospecha de que hay una ruta en zigzag hasta aquí. Sería mejor poner allí arriba una compañía de infantería con un par de cañones Vicker.

—Estoy completamente de acuerdo —dijo Chris. Ayuda a Jeremy, que yo me llevaré a Goodwood para que él explique este dibujo al general Brodhead.

—¿Cómo marcha la batalla? —pregunté.

—Hoy vamos a desembarcar muchos hombres —dijo Christopher. Pondremos todo en orden.

Cuando él se hubo ido, Jeremy se sentó a mi lado.

—La metida de pata es monumental —dijo. Fuego naval, cero. Nuestro desembarco, un kilómetro y medio más al norte. Los CANZ están cavando trincheras en la colina para defender la vida, a mil o mil quinientos metros de la playa. Bueno, éste parece bastante buen lugar. Así era. No sólo instalamos allí nuestro corral, sino también el cuartel del batallón. Más tarde se instalaron los cuarteles del Cuerpo, en la misma zona.

Una vez trazado el perímetro del corral, como el mayor Hubble tenía más hombres de los necesarios para instalar los cuarteles, volví a la playa para ayudar en la evacuación de los heridos.

El día se redujo a hombres que llegaban a raudales a la playa, desde el mar, y corrían a apuntalar nuestras líneas, mientras nosotros metíamos a los heridos en los botes… sacábamos pertrechos… y tratábamos de anclar los pontones, que volaban casi tan pronto los instalábamos.

Pasaban caras borrosas… Happy, que llegaba desde algún lado… Chester… Dan Elgin, mi artillero de la noche anterior, cojeando por una herida en la pierna… silbidos de artillería, explosiones, los gritos y los gemidos constantes de los heridos.

Cuando el calor del mediodía se hizo insufrible, me desnudé hasta la cintura. Me descubrí a cargo de uno de los pontones que funcionaban, descargando bote tras bote para llenarlos de heridos. Los cuerpos llegaban a cubrir totalmente el fondo de la embarcación. Casi todos yacían en cinco centímetros de sangre. Mientras los botes navegaban hacia la zona de transporte de tropas, iban arrojando a los muertos por la borda.

Al atardecer me enteré de que no había instalaciones hospitalarias como Dios manda a bordo de los transportes. Al parecer, todas las naves de la Cruz Roja estaban en el Canal de la Mancha, trasladando a los hombres que caían en el Frente Occidental. Allí estábamos usando transportes de ganado, casi sin personal médico ni equipamiento adecuado a bordo. Algunos barcos iban hacia Lemnos; otros, hacia Alejandría.

No sé cuántos heridos cargué ese día: quizá cincuenta, quizá cien. Estaba tan untado de sangre que los cuerpos se me resbalaban constantemente entre las manos.

Chester vino a buscarme. Habían establecido un perímetro a la cabeza de lo que ahora llamábamos Garganta de las Mulas, con dos compañías de infantería atrincheradas para protegerlo.

Encontramos a Jeremy en la playa. De algún modo se las componía para mantener una línea ordenada en medio del caos.

—Vamos a darnos un baño —propuse.

No pudimos quitarnos las botas, porque el mar estaba lleno de afilados fragmentos de lava; también era difícil hallar un sector de agua limpia, que no estuviera lleno de sangre y barro. Salimos del mar igualmente pegajosos. Luego consumí mi segunda y deliciosa lata de carne en conserva y galletas marineras.

El mayor había reservado una cueva bastante decente, en la ladera de la colina, para cuartel del batallón.

—En este sector hay de diez a doce mil hombres más en tierra —anunció. Están formando una línea allá arriba, lo mejor que pueden. Parece que hay muchos puntos descubiertos. ¿Cómo está la playa, Jeremy?

—Razonablemente bien. Hemos clasificado nuestras cajas, más o menos, y sabemos adonde enviar las nuevas unidades.

—El corral provisorio está listo —informó Chester.

—Las mulas llegarán pasado mañana —dije. Por el momento no tenemos la más leve idea de dónde despacharlas. Me gustaría salir mañana con una brigada para buscar los frentes e idear la mejor ruta hacia cada puesto importante.

—Bien.

De buenas a primeras nos encontramos con el general de brigada Alexander Godley, de pie entre nosotros, en un semicírculo de oficiales. Nos levantamos trabajosamente.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó Godley. ¡Ni siquiera conocía al mayor Hubble!

—Christopher Hubble, señor. Batallón de Transporte Mular. Estamos estableciendo nuestros cuarteles en esta colina y hemos instalado una alambrada de púas para corral, por allí.

—¿Es usted quien apostó a esos hombres a la cabeza de la garganta?

—Sí, señor.

—La próxima vez solicíteme autorización.

Sin decir más ni menos se alejó a grandes pasos.

El capitán Paul, oficial ejecutivo del batallón, un rubicundo granjero de Mataura, llegó gruñendo, algo trémulo.

—Noticias de cabo Helles —informó. La primera ola desembarcó y tomó el flanco izquierdo sin encontrar resistencia. En vez de continuar tierra adentro hasta trabarse en combate con los turcos, se sentaron en la playa a tomar el té.

—¡Qué!

—La División Vigesimonovena desembarcó en el flanco derecho. Los turcos están haciéndolos pedazos.

SEGUNDA PARTE: EL PUESTO DE QUINN

Descubrí que algunos oficiales se venían abajo y que algunos reclutas se hacían cargo de las cosas. Yo sabía con claridad cuáles eran mi trabajo y mi territorio, y actuaba como si tuviera autoridad. Si necesitaba algo, lo tomaba. Cada vez eran más los que me tenían por un duro; no me molesté en corregirlos.

Descubrí que Happy Stevens, el de Palmerston North, era un dibujante fabuloso, por lo que lo confisqué, junto con Spears, Dan Elgin y el arma Vickers. Necesitaba trazar mapas de rutas desde la playa hasta los puestos de avanzada, en el curso de una o dos semanas, y esos hombres formarían un estupendo equipo.

¿Dónde estaban esas condenadas mulas? Llevaban un día de retraso y aún no llegaban. Yo había dicho a Modi que reuniera cuantos botes pudiera con rampas de desembarco adelante, para que los animales pudieran llegar a la costa con más facilidad. Lancé un gran suspiro de alivio al ver que una serie de rampas se dirigían hacia la Ensenada CANZ.

Elgin, Happy y Spears se mantenían a la espera. Ante cada bote que descargaba debían llevar a las mulas y sus encargados hasta la Garganta de las Mulas, donde estaba el corral. Chester estaba a mi lado, para bajar a la garganta con Modi y mostrarle dónde íbamos a acomodar el equipo y, en general, cómo operaría el corral.

¡Mierda! Estábamos en bajamar y el primer bote chocó con un banco de arena a seis metros de la playa. Las mulas no querían lanzarse al oleaje. Mientras los cargadores forcejeaban con ellas, distinguí a Mordechai Pearlman. ¡Bello espectáculo!

—¡Modi! ¡Por aquí, hijo!

—¡Rory, Chester! ¡Camaradas!

Un abraso de oso, un beso baboso. Chester también recibió lo suyo.

—Qué ruido hay aquí —comentó Modi.

—Espera y verás.

—En Lemnos hay un verdadero embrollo. No hay ni la mitad de las camas que se necesitan para los heridos. Se cuentan cosas feas.

—Son ciertas. Aquí las cosas están mal.

—¿Cómo anda la brigada?

—Johnny murió —dijo Chester.

—¡Johnny! ¡Johnny Tarbox, muerto!

—Ya hablaremos de eso.

Mientras las mulas eran conducidas a la costa por la fuerza, unos cincuenta heridos que esperaban en una garganta llegaron renqueando a la playa. En cuanto la última de las mulas tocó tierra, los heridos comenzaron a embarcarse.

—Pero esos botes son una mugre —protestó Modi. Están llenos de estiércol.

—¿No te dije que las cosas estaban mal? ¿Cuántas otras embarcaciones debes recibir hoy?

—Una docena. Cuatro son barcazas. Se me ocurrió que podríamos descargarlas en un muelle.

—No queda ningún muelle permanente. Los pontones saltan como canguros. Traté de resolver aquello. —Tal vez tengamos que llevar las barcazas hasta la playa y romperlas para sacar a los animales.

Elgin informó que ya estaba lista la primera carga de mulas y sus encargados. Le dije que los llevara a Garganta de las Mulas.

—Modi, ve al corral con Chester y echa un vistazo; luego será mejor que vuelvas aquí para ayudarme a desembarcar el resto. Deja el corral en manos de un suboficial.

—Antes de partir —dijo Modi, llevándome aparte—, creo que tengo una pequeña sorpresa. —Hizo señas a un soldado que estaba de pie, con el agua a la cintura, en la parte trasera de un bote de desembarco.

¡Era Yurlob Singh!

—¿Dónde está Jeremy, Chester? —pregunté.

—Segundo muelle, hacia abajo.

—Tráelo. Sal de aquí, Modi.

Yurlob Singh venía vadeando, sin abandonar su rígida postura, como si estuviera decidido a ser militar hasta el mismo fin; parecía estar subiendo los peldaños del patíbulo.

—Deja que te explique —pidió Modi.

—¡Espera a Chester aquí! —le ordené. Luego me volví hacia el señor Singh. —¿Qué carajo quieres decirme, antes de que visitemos a los superiores?

—Estrictamente de acuerdo con los reglamentos, puedo utilizar mi propio criterio y pedir que se me autorice a examinar una posición de avanzada —recitó.

—Eso es una boludez. Prueba con otra cosa.

Él se puso firme, como para decir: «Nada de vendarme los ojos».

—Permanecer en Lemnos está fuera de mi capacidad humana. Estoy dispuesto a enfrentar cualquier cosa, desde el látigo al pelotón de fusilamiento. Si me envías de nuevo a Lemnos, vendré otra vez.

—Oh, qué gran héroe. ¡Abandonaste tu puesto, cabeza de estopa! ¿Cómo vamos a recibir nuestros relevos de hombres y mulas? ¿Quieres que vengan caminando por el agua?

—Si quieres olvidarte por un momento de tu enojo, puedo explicártelo.

—¡Qué vas a explicar! ¡Tendrías que empezar a rezarle a ese gordo Buda tuyo!

—No me parece que ese comentario sea adecuado.

—No tienes idea de las mulas que vamos a perder en una semana, Yurlob.

—¡Pero si no hay ningún problema! Como bien sabes, en Lemnos, junto a nosotros, se estaba entrenando mi batallón original, los Obuses de Montaña Sikh. Allí siempre tenemos muchos cargadores. He ordenado que dos suboficiales, hombres de gran calibre, sean transferidos al Séptimo Batallón de Caballería Ligera para que manejen la operación durante mi ausencia.

—Sí, ya sé, unos primos de tu aldea.

—¿Cómo lo sabías? En realidad, uno sólo es mi primo. El otro es un cuñado.

—Estás metido en mierda hasta aquí —dije, señalándole los ojos.

Y me senté en la arena, a punto de reventar. Él se sentó a mi lado para darme unas tímidas palmaditas en el hombro.

—¿Puedo hablar?

—Sí, claro…

—Durante el desembarco recé por todos mis amigos, los de la brigada patrona. Pasé todo el día sumido en profunda meditación. Y a través del agua me llegó un mensaje: que hago mucha falta aquí. Recibí el mensaje de que Johnny Tarbox había muerto.

—¡Vete a encantar serpientes! Alguien te lo dijo.

—¿Entonces es cierto?

Lo miré. Le corrían lágrimas por las mejillas. A fuerza de músculo estaban sacando del banco de arena al primer bote, cargado de heridos cuya sangre se

mezclaba con el estiércol de mula. Diablos, ¿quién podía discutir con semejante premonición? Pero ¿cómo explicar eso al alegre Christopher Hubble? Dios mío…

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó Jeremy, al acercarse.

—Metí la pata, Jeremy —dije, levantándome para dar «una mano de amigo» a Yurlob. Dije a Yurlob que viniera con el primer embarco de mulas, para que se hiciera una imagen clara de nuestra situación. Me olvidé por completo de pedir tu autorización y la del mayor.

Jeremy se dio cuenta de que yo mentía descaradamente.

—Tendremos que hablar con el mayor —dijo Jeremy.

Christopher Hubble se paseaba entre el cuartel y la colina, contento como unas Pascuas. Un equipo de trabajo estaba instalando una cerca permanente en el corral, con alambre de púas. En Gallípoli había cuanto menos un batallón que sabía lo que estaba haciendo.

—Nunca pensé que me alegraría ver una mula. Dice el doctor Mordechai que hoy recibimos más de cien… ¡Yurlob! ¿Qué demonios estás haciendo aquí? —interpeló Christopher.

—La metida de pata es totalmente mía —dije. Allá en Lemnos había dicho a Yurlob que viniera con el primer grupo de animales, para apreciar personalmente nuestra situación. Cuando abordamos el *Wagga Wagga* tenía tantas cosas en la cabeza que olvidé mencionárselo, señor. Me hago responsable.

—¿Tu puesto está cubierto, Yurlob?

—Ciertamente, por dos de los mejores cargadores del Penjab.

—¿Hablan inglés?

—Son soldados británicos, señor. Han entrenado a la mitad del Ejército Indio.

—¿Ustedes dos me están mintiendo? —preguntó el mayor.

—Sí, señor —reconocí.

—Landers quiere protegerme, señor. Fue todo obra mía.

—¿Y supongo que quieres quedarte, Yurlob?

—Por favor, señor, debe usted permitírmelo.

—En realidad, nos hace falta —intervine rápidamente. Tengo que pasar los próximos días buscando caminos hacia los puestos del frente. Lo necesitamos en el corral, de veras…

—De veras —confirmó Jeremy.

El siguiente comentario del mayor nos dejó atónitos.

—Cuanto menos desembarcaste. Es muchísimo más de lo que ha hecho el general Darlington.

—Entonces, ¿puedo quedarme, señor?

—Muchachos… ustedes piensan… insisten… Oh, bueno, bienvenido al paraíso.

¿Cómo puedo explicar esto? Eramos una nuez CANZ dentro de un cascanueces turco.

El objetivo inmediato consistía en organizar una línea de vanguardia coherente. Era preciso arrancar a los turcos de esa colina y de aquel cañón, tomar el barranco de más allá, defender este otro espolón. Los empujamos hacia atrás, lo suficiente como para que no nos tuvieran bien en la mira de sus armas, usándonos como galería de tiro gratuita.

El coronel Monash, el australiano, llevó a su brigada hacia adelante en una sucesión de cargas a punta de bayoneta, hasta crear una ristra de posiciones defendibles.

Ostensiblemente, las brigadas de Nueva Zelanda estaban bajo el mando del general de brigada Godley, pero él nunca aparecía durante el combate. Nuestro principal oficial de vanguardia pasó a ser el coronel Malone, un maestro y agricultor de la Isla Norte, que se hizo cargo de las cosas, simplemente, y organizó unidades nuevas con los restos de las originales.

El sector CANZ se estableció cavando a uña limpia en el suelo, volteando piedras con bayonetas, usando herramientas de trinchera y luego, picos y palas; llenábamos bolsas de arena y las usábamos para afirmar la tierra, evitando que se derrumbara.

Mientras nosotros nos atrincherábamos, los turcos hacían de nuestra vida un infierno. Estaban instalados por encima de nosotros, defendidos por líneas de trincheras de a seis y ocho en fondo, con amplios campos de fuego. Atrás tenían baterías de obuses móviles.

¡A la costa todo el mundo!

Todo el mundo era cualquier miembro de la fuerza expedicionaria que tuviera un arma. Yo ocupaba el último peldaño de la oficialidad, pero sabía que toda fuerza atacante debe tener una superioridad numérica de tres a uno con respecto a las fuerzas defensoras, en circunstancias ordinarias. En Gallípoli no había circunstancias ordinarias. Los CANZ habían llegado desde el mar, invasión única en la historia moderna. Al tocar tierra tuvimos que iniciar una arremetida cuesta arriba, en un paisaje brutal e inhóspito, contra un enemigo bien atrincherado, bien armado y con buenos líderes. Nuestra ventaja sobre los turcos habría debido ser de seis o siete a uno. Según mi poco informado cálculo, ellos tenían tantos hombres como nosotros, si no más. Peor aún: disponían de una ruta libre de peligro para recibir refuerzos y pertrechos desde Constantinopla.

En cabo Helles la situación no era mejor. Las fuerzas británica y francesa avanzaron penosamente tierra adentro y excavaron, península arriba, una línea que no llegaba a medir dos kilómetros; allí estaban bajo el fuego constante de los turcos, que ocupaban tierras más altas. ¡Nuestras bajas estaban superando el cincuenta por ciento!

Una horrenda patochada redujo a lo ínfimo nuestra confianza en la oficialidad. Como nuestro avance estaba detenido, tanto en Ensenada CANZ como en Helles, el promontorio meridional de Achi Baba ya no tenía significado estratégico. ¿Por qué, por qué, por qué? Al parecer, el general de brigada sir Alexander Godley sostenía que

Achi Baba debía ser capturada como muestra de decisión.

Para pensar siquiera en semejante operativo deberíamos haber dispuesto de varias divisiones más en Lemnos, a modo de reserva. No había reserva alguna. A la costa todo el mundo.

Godley retiró a sus neozelandeses de nuestras líneas en CANZ y los transportó por mar hasta Helles, con órdenes de atacar las alturas de Achi Baba. Al parecer, concibió este plan con idea de asumir estatura heroica.

Utilizando remanentes de los Otago, los Wellington y los Auckland, tuvieron que atacar cruzando un espacio abierto y plano, llamado Campo de las Amapolas. Fue una masacre. Ningún neozelandés llegó al pie de Achi Baba.

El enfurecido general Brodhead, que no estaba enterado del desastre, reunió a los sobrevivientes en Ensenada CANZ. Desde entonces en adelante, el coronel Malone desobedeció, una tras otra, las órdenes de Godley, que quería lanzar ataques suicidas. Obviamente, contaba con el apoyo del teniente general Brodhead, por lo que Godley se vio prácticamente desprovisto de autoridad.

Despedir a un general en plena batalla puede tener un efecto debilitante sobre la moral de las tropas, de modo que retuvieron a Godley con un propósito ornamental. Siempre parecía mirarlo a uno con dos ojos de vidrio.

Pero allí estábamos y las cosas eran lo que eran. Desde el desembarco en CANZ y Helles habíamos perdido la posición ofensiva. Sólo nos quedaba atrincherarnos y resistir como pudiéramos.

La Ensenada CANZ consistía de ciento cincuenta hectáreas de tierra destrozada, propiedad del diablo, que la alquilaba a los turcos. Ciento cincuenta hectáreas sangrientas: eso teníamos. La Finca Ballyutogue era diez veces más grande. Y allí estábamos, cincuenta mil hombres apiñados, viviendo en cavernas abiertas en el lado opuesto de las colinas, con una máquina turca de picar carne frente a nosotros y el mar a la espalda.

Mayo de 1915, no sé si a finales de la primera semana o a principios de la segunda.

Era una suerte que Yurlob Singh hubiera tenido agallas para venir a Gallípoli por su cuenta. Entre él y el doctor Mordechai Pearlman convirtieron la operación mular en un texto de estudio para generaciones futuras. Entre las tropas que los británicos tenían en Gallípoli, los animales eran los mejor alimentados y los que se mantenían más seguros, limpios y cómodos. ¡Y cómo cargaban los pertrechos cuesta arriba!

Por desgracia los estábamos perdiendo rápidamente. En algunas zonas los turcos tenían que cambiar ligeramente de posición para poder alcanzar con su fuego a nuestras caravanas. Quiso la suerte que cien mulas del Batallón de Sión desembarcaran por error en CANZ; también recibimos algunas destinadas a los Obuses de Montaña Sikh. Yurlob sabía cómo manejar a sus compatriotas y, gracias a Dios,

allí estaba Modi para tratar con los judíos de Palestina. Ellos no tenían sentido de la disciplina militar; discutían por cualquier cosa, aunque trabajaban como demonios. Me alegro de no haber estado en su corral.

La Ensenada CANZ se tornó aún más pintoresca cuando desembarcamos un par de batallones de infantes gurkas, de origen nepalés. Eran un grupo animado; los llamábamos «australianos amarillos» y a los australianos, «los gurkas blancos».

Llegaron más neozelandeses, un batallón maorí y tropas que habían estado custodiando el Canal de Suez en Egipto. Eso estaba muy bien, pero no eran reservas del Cuerpo, sino gente con la que obturar los vacíos y reemplazar el incesante raudal de muertos y heridos.

Estábamos tratando de ponernos a la par, porque nos faltaba toda una lista de cosas que todo ejército moderno debía tener. Como Australia y Nueva Zelanda no tenían un verdadero ejército en tiempos de paz, no contábamos con artillería de obuses, vital para ese tipo de combates. También llegamos sin cascos de acero y máscaras antigases; usábamos obsoletos rifles de la Guerra de los Bóers y hasta uniformes improvisados. Los turcos tenían unas bombas de mano que se llamaban granadas, cosa que nunca habíamos oído nombrar.

Por el momento los CANZ habíamos alcanzado una pausa, pero tarde o temprano los turcos tratarían de empujarnos al mar. Y no se veía que Londres hiciera nada por evitarlo.

En Garganta de las Mulas y en los cuarteles del batallón, la cosa habría podido ser peor. Estábamos bajo fuego constante, aunque el cañón en sí resultó bastante seguro. Rara vez pasaba una noche sin que los turcos sondearan el extremo de la garganta, sólo para asegurarse de que nos mantuviéramos alerta.

Lo peor era que no había un solo momento en que uno no estuviera trabajando. Cavar… cavar para hacer pequeñas defensas donde los heridos pudieran esperar la evacuación. Cavar en pareja las trincheras individuales de forma rectangular, como para meter allí un ataúd. Viviendas de trogloditas, como las de los antiguos cavernícolas. Reparar los muelles que los turcos destrozaban diariamente con el fuego de su artillería.

En el ejército se cava. En el ejército nunca se deja de cavar.

Apuntalábamos las entradas de nuestras cavernas trogloditas con bolsas de arena y los pocos maderos que conseguíamos. Cubríamos con maleza la tierra del suelo, para que no se convirtiera en barro bajo las bolsas de dormir. De cualquier modo se hacía barro. Envolvíamos los techos y los costados con colapiz, lonas y láminas de goma, tratando de que no filtraran.

Qué diablos, era nuestra casa. Día a día la hicimos más grande y más lujosa. En las paredes aparecieron fotografías compradas en El Cairo, unas pocas baratijas quitadas a los turcos, una pequeña fogata para preparar el té, escupideras y todo lo que le diera un aspecto más hogareño.

Yurlob y Modi nunca salían del corral. Chester y Jeremy dormían conmigo.

Jeremy Hubble y Chester Goodwood manejaban buena parte de la operación de playa. Jeremy demostró ser un oficial de calidad. No lo digo porque fuera mi compinche. Lo que daba era lo que da todo buen oficial: la sensación de saber lo que se está haciendo. Trasladó toneladas y toneladas de pertrechos de guerra a los hombres que los necesitaban y cometía muy pocos errores.

Los heridos que bajaban del frente pasaban la noche en Garganta de la Viuda, una zona segura que Jeremy había hecho delimitar; se los evacuaba de a dos, tres, cuatrocientos por día, con suavidad y rapidez.

Jeremy también era responsable de mantener los muelles en estado operativo. Las reparaciones se efectuaban bajo el fuego constante de los turcos. Él ejecutaba el desalentador ejercicio de traer grandes cañones a la costa e instalarlos en sus sitios, sólo para que los turcos los destrozaran en tres días.

¿Preguntan ustedes por el fuego naval? Bueno, a veces se ponía en marcha e inmovilizaba a los turcos, cubriendo una avanzada. Otras veces no funcionaba. Perdimos demasiados hombres por obra de nuestros propios cañones.

Si Jeremy era sagaz, era Chester quien ponía la mitad del cerebro. Chester Goodwood sabía dónde estaba almacenada cada caja de equipo, qué compañía estaba en la vanguardia, qué requería cada puesto diariamente, si las mulas tenían heno y si los hombres disponíamos de nuestras horribles y malolientes raciones; pedía a gritos más tanques de agua y exigía botes limpios para evacuar a los heridos; parecía adivinar cada escasez antes de que se produjera y la evitaba. ¡Quién iba a imaginarlo: un oficial de diecisiete años y un lord antes alcohólico, manejando semejante operación!

Yo me las componía para estar con ellos algunos minutos al día. Si teníamos la suerte de abandonar juntos la tarea por algunas horas, nos acostábamos en nuestro refugio y, después de pasar un minuto y medio repasando la situación mundial, nos quedábamos dormidos como troncos.

La llegada de Yurlob me liberó de los establos. Pude asumir funciones más urgentes. Habíamos desembarcado con mapas tan obsoletos que debían de ser sobrantes del período homérico de la antigua Troya. El Cuerpo tenía un buen equipo de cartógrafos corrigiéndolos y detallando cada una de las colinas y las gargantas. Pero yo debía actuar ya mismo. Necesitaba marcar todas nuestras posiciones de avanzada, numerarlas y trazar un mapa de rutas desde Garganta de las Mulas hasta cada puesto, citando las peculiaridades del terreno y los puestos turcos más peligrosos.

Mapa N.º1: *De Garganta a Puesto de Chatham*: 2 kilómetros. Sendero de playa marcado. Mejor momento para despachar: media tarde (15:30-16:00), cuando los turcos tienen el sol en los ojos. Ruta segura para regresar después del oscurecer. *Puntos peligrosos*: Turcos en barranco oriental de valle de la Desesperación. Hay un vacío de cincuenta metros entre Puesto de Ryder y Puesto de Chatham. Ordenar

fuego para cubrir. Entrar por Lecho Seco Perry para máxima cobertura. Puesto de Chatham es nuestra avanzada al sur y blanco diario de la artillería turca. En excursión normal, calcular entre doce y quince heridos.

Mapa N.º3: *Garganta a Pino Solitario*. 3 kilómetros. Playa al sur y hacia Garganta de Victoria. Este puesto es una mierda…

Mapa N.º4: *Garganta a Puesto de Courtney*. 3 kilómetros.

Mapa N.º5: *Espolón del Rododendro*.

Mapa N.º8: *La Cima*.

Mapa N.º15: *Meseta de Plugge*.

Mapa N.º19: *Hondonada de Taylor*.

Mapa N.º25: *Colina Beauchop*.

Mapa N.º31: *Barranco de la Guillotina*.

Para aliviar un poco la cuestión agregaba comentarios al azar, como: «Éste es tu día de suerte», «Felicitaciones, llegaste otra vez», «Espectacular puesta de Sol, no perdérsela» o «Hacer pipí antes de cruzar terreno abierto». El mayor Chris me indicó que suprimiera los editoriales hasta que el teniente general Brodhead los declarara divertidos.

Ahora es posible dar una idea de cómo era el campo de batalla. Partiendo de Garganta de las Mulas había unos treinta y cinco dedos o rutas, todos de diferente longitud y por distintos terrenos, que conducían a nuestro perímetro. No teníamos un frente sólido. Lagunas de nuestras posiciones de avanzada eran trincheras muy cavadas; otros, puestos de observación; los había a lo largo de barrancos y trincheras y otros eran nidos para cubrir blancos en la línea. El perímetro era un inconexo laberinto en zigzag. Mis mapas de ruta llegaron a ser valiosísimos para señalar los puntos peligrosos, los desvíos, acantilados y callejones sin salida.

Spears, Happy, Elgin, la ametralladora y yo salíamos al rayar el día. Nos convertimos en el equipo por excelencia. El problema es que aquello no tenía principio ni fin. En cuanto volvíamos al cuartel debíamos pasar parte de la noche elaborando dos o tres rutas nuevas con los cartógrafos. No había noche en que no hiciera falta una mano en el corral o con los heridos; de lo contrario, algo salía mal con los botes, en la ensenada, o los turcos nos hacían volar un depósito de provisiones.

Cuando estaba trazando los últimos mapas de rutas se me agregó una nueva tarea. Supongo que mi brigada estaba cumpliendo demasiado bien con su trabajo, porque el general Brodhead nos tomó simpatía; posiblemente nos atribuía algún encantamiento, porque habíamos llegado hasta allí sin sufrir ninguna baja. El general hacía recorridas diarias de los puestos de avanzada. Muchos eran fáciles de alcanzar, tanto que hasta los oficiales de su plana mayor podían hallar el camino. Pero cuando se trataba de lugares «divertidos», como el Puesto de Quinn, debíamos escoltarlo nosotros.

Quinn era una pesadilla. Cuando el coronel Malone se hizo cargo de él era la

letrina más miserable de la Tierra. Él obligó a las tropas a convertir el puesto en un lugar habitable mientras hubiera un hombre vivo. La tierra de nadie que los separaba de las líneas turcas medía entre doce y veinte metros. En cada puesto se oía al enemigo quejarse por las raciones.

Mis muchachos se sentían muy envanecidos por el «honor» de llevar a Brodhead hasta los peores sitios de la línea. Yo no lo consideraba tan honroso. Se me debe de haber notado en la cara con demasiada frecuencia, porque él me dijo:

—Si no le gusta la misión, Landers, podemos asignarlo al general Godley.

Por segunda vez caí en la cuenta de que Llewelyn Brodhead era un ser más o menos humano, después de todo.

Llevábamos unas dos semanas en campaña y habíamos tenido uno de esos días lamentables. Estábamos dibujando nuestro último mapa, en lo que habría debido ser una ruta fácil desde Joroba de Camello. Esos malditos turcos tenían la costumbre de camuflarse con malezas, para confundirse con matas de zarzamora, y nos habían tiroteado durante todo el día. Pasamos casi siete horas arrastrándonos de panza.

Cuando entrábamos en nuestra zona de comando, nuestro saludo nocturno del Pedorrero Ferdinando (el gran cañón móvil de los turcos) cayó demasiado cerca como para que nos pareciera divertido.

La ruta a Joroba de Camello estaba llena de sutilezas, como ese ángulo extraño desde el que los turcos nos habían estado tiroteando. Supongo que todos los cartógrafos carecen de sentido del humor; de lo contrario se dedicarían a otra cosa. Al terminar finalmente el trabajo, recordamos que no habíamos probado bocado en todo el día. Contentos de recibir las raciones, nos retiramos a la cueva de la brigada.

—¿Qué diablos es esto?

—Esta noche hay raciones nuevas. La conserva de carne se pudrió al sol. La mitad de los hombres está con disentería.

—Caramba, aspic de pollo. Qué bien.

—¿Qué es aspic?

—Creo que es una especie de gelatina donde flota la comida. Algo de muy buen tono —expliqué.

La etiqueta no explicaba que «pollo» era «patas de pollo». Y con ello recibimos canutos de plumas, pequeños huesos y uñas. Elgin estaba de suerte: le tocó cogote triturado.

Cosa extraña: en ese momento se me ocurrió que yo era la cuarta parte de una cosa… una brigada. Nos movíamos por las colinas con la agilidad de bailarines o grandes amantes, con bellos movimientos en ese terreno pedregoso y desgarrado. Cierta expresión en los ojos de Spears informaba que había un francotirador a nuestra izquierda. Una rápida señal de mano y Elgin… el mejor artillero de Gállípoli… ponía su máquina a disparar en menos de siete segundos. Pasábamos horas enteras sin intercambiar una palabra, pero si nos faltaba uno por un rato era como si los otros tres renqueáramos. Sólo nos sentíamos enteros cuando estábamos juntos.

Sin embargo ninguno sabía un comino de los demás. Conocíamos nuestras ciudades de origen y nuestras profesiones. Yo sabía que todos ardían por echarse un polvo. Pero nada más: sólo que éramos cuatro neozelandeses dedicados a dibujar mapas en un lugar muy extraño.

Bueno, les tenía una sorpresa. ¡Una verdadera sorpresa! No, una mujer no, pero sí lo mejor que se podía pedir después de eso. Me había costado un poco organizarlo, pero ése era nuestro último mapa de rutas y llegaba la hora de celebrar.

Bueno, tal vez era mejor dejar las celebraciones para el día siguiente. Calculé que llevábamos… a ver… unas cuarenta horas sin dormir. Y el día había sido fatal.

—Voy a llevar este mapa al mayor —dije.

Estaban todos durmiendo. Elgin dormía sentado, con dos dedos de pollo colgándole de la boca como colmillos, chorreando aspic.

—Mapa número 42 A —dijo Chris. Buen trabajo, Landers. Conque Abdul tiene una galería de francotiradores por allí. Pasaré la información al general. ¿Podremos liquidarlos con un solo pelotón?

Apoyé la cabeza en la mano y cerré los ojos, pero sin interrumpir la conversación.

—No. Disparan desde quinientos metros. No apuntan a nada; sólo quieren amargarnos la vida. Mañana quiero dejar dormir a mis muchachos; después los llevaré a la playa para que se bañen… y les tengo una sorpresa.

El mayor apretó los dientes con esa expresión especial. Había malas noticias.

—Maldita suerte —dijo.

—No me diga…

—Temo que sí. Tú y tu guardia imperial, incluido yo mismo, debemos estar en el puesto de comando a las 05:00. El general quiere que lo lleves al Puesto de Quinn.

—Ese lugar es peligroso.

—Sólo soy el mensajero.

—Oh, detesto esa posición.

—El coronel Malone también requiere nuestra presencia.

Abrí los ojos. ¿Cómo dar esa noticia a mis muchachos?

—¡Qué joder! —exclamé sin poder contenerme. No pienso subir al Puesto de Quinn sin haberme lavado los pies.

Mi cueva estaba junto a la brigada. Tomé la caja de sorpresas y me acerqué a ellos, guiándome por los ronquidos. Por muy profundamente que durmieran, bastaron las palabras «Puesto de Quinn» para despertarlos.

—De pie —ordené-. Vamos a nadar… ¡AHORA MISMO!

En la vida hay momentos dorados. De pronto, totalmente por sorpresa, nos ocurre algo que ni siquiera habíamos oído mencionar. Uno de esos momentos fue el que pasé con Georgia, en el viaje a Auckland. Otro fue aquella noche en Villa Valhalla, conversando con Jeremy.

Ahora, en este maldito agujero, me siento súbitamente invadido por la euforia. La playa está bastante tranquila; sólo estalla ocasionalmente algún disparo, como los

fuegos artificiales con que se festeja el cumpleaños del Rey. Chester me había indicado un lugar donde el fondo era arenoso y el agua, limpia.

Entregué la sorpresa a mis muchachos y les ordené:

—Quítense las botas.

Me miraron boquiabiertos, como si estuviera loco.

—De veras —insistí.

Y levanté la caja para abrirla. Eran cuatro pares de botas nuevas, calcetines flamantes y tres variedades de medicamentos para los pies. Happy era el único que tenía un rifle con bayoneta. Le dije que la llevara a la playa. Por suerte la había hecho afilar por un maorí que tenía piedra de amolar; el muchacho estaba haciéndose rico a fuerza de afilar bayonetas como si fueran navajas de afeitar.

En realidad, el momento era tremendo. Hacía dos semanas que no nos quitábamos las botas. Con sumo cuidado, Happy cortó los cordones. Yo abrí las botas desde las lengüetas hasta las punteras.

Tomen el mejor momento de toda sus existencias. Ahora triplíquenlo. Eso era lo que sentíamos. Nos desnudamos para vadear en el agua, lanzando risitas agudas, como mis hermanas en las fiestas de niñas.

Nos sentamos con el agua al pecho, invadidos por una sensación de felicidad que jamás se repetiría. Llevábamos dos días sin dormir y en un par de horas tendríamos que presentarnos en el comando, pero pasamos la noche conversando.

Dan Elgin, nuestro artillero… Caramba, era agricultor y se le notaba a un kilómetro de distancia. Pero su hobby era observar pájaros. En los bosques vecinos a su finca, cerca del volcán de Rotorua, había dibujado más de cien variedades. Bueno, por allí no teníamos muchos pájaros, aparte de los buitres, a los que estábamos agradecidos porque mantenían la limpieza en la tierra de nadie.

Dan estaba afligido porque la explotación maderera estaba acabando con muchas especies en la Isla Norte. Nunca se me había ocurrido que Nueva Zelanda pudiera quedarse sin pájaros, aunque habíamos estado a punto de acabar con nuestra ave nacional, el kiwi, que no tenía alas para escapar de sus perseguidores humanos.

Además, Elgin tenía esposa y una hija, aunque casi no las mencionaba.

Happy Stevens, el de Palmerston North, era maestro de escuela. Y se estaba acercando a los treinta años, aunque yo le calculaba la edad de Chester. La sonrisa: eso era lo que le daba un aspecto juvenil.

Spears no dijo gran cosa, como siempre. Uno tenía la sensación de que provenía de un ambiente pobre y ocultaba su vida familiar, si acaso la tenía. Ya era un mérito que no se inventara una existencia inexistente, como hacían tantos solitarios.

Yo era el único de la Isla Sur. Por Dios, cómo deseaba hablar de la Finca Ballyutogue. Me desquité explayándome sobre la belleza de la Isla Sur.

Fue una grata noche, pero no porque hubiera revelaciones secretas. De pronto, los cuatro nos descubrimos neozelandeses y, de algún modo, eso nos resultó muy importante.

Estábamos tan cansados que apenas podíamos ponernos de pie, pero luchamos un poco en el agua y luego volvimos tambaleándonos a las cuevas, para aprovechar las dos horas y cinco minutos de sueño que nos correspondían.

El Puesto de Quinn. Un fragmento del infierno, tan horrible que el diablo lo exilió a Gallípoli. Se adelantaba como la proa de un navio, como perpetua invitación a los turcos que nos rodeaban a verter todo su fuego.

El Puesto de Quinn estaba en el extremo abierto del valle de Monash, la posición más estratégica de nuestra línea. Si los turcos alguna vez la conquistaban, podrían correr por el valle de Monash hasta el mar y dividir nuestras fuerzas por el medio.

Abdul acumulaba sus fuerzas alrededor del Puesto de Quinn, en una serie de posiciones que habían recibido nombres ominosos: Angulo Sangriento, que les permitía ver el mar; el Tablero de Ajedrez, una serie de trincheras cuadradas, brillantemente concebidas, que nos bloqueaban en todas direcciones; Barranco del Muerto (en toda zona de combate hay uno), desde el cual se abría una serie de gargantas ocultas en dirección a Quinn.

En pocas palabras, el Puesto de Quinn se enfrentaba probablemente a la media hectárea más fortificada del mundo.

Desde allí se extendía una línea de trincheras de cuatrocientos metros, cruzando nuestras posiciones de avanzada de Courtney y Steele, hasta llegar a Pino Solitario. En esos cuatrocientos metros, las trincheras turcas y las nuestras estaban tan cerca que la tierra de nadie medía apenas entre doce y veinte metros. Uno y otro bando podrían haber compartido las letrinas.

Cuando el coronel Malone, neozelandés de pocas palabras, se hizo cargo del Puesto de Quinn, puso a funcionar las palas veinticuatro horas al día hasta que nuestra concentración y vinculación de trincheras embotó las ambiciones de los turcos. Cada par de metros había un nicho vertical, en el que un artillero podía estar de pie y disponer de un buen campo de fuego.

Durante el día nada podía moverse sobre las trincheras sin atraer una ventisca de balas turcas. Por la noche utilizaban un arma que nosotros desconocíamos: granadas de mano. Durante el par de noches que pasé en el Puesto de Quinn, las granadas no cesaron nunca.

Recogí todo el metal corrugado y todo el alambre tejido que encontré en la playa y lo llevé a Quinn, para que hicieran con eso un techo sobre las trincheras. La cubierta formaba un ángulo, para que las granadas turcas, al caer, rodaran de nuevo hacia la tierra de nadie antes de estallar, con un poco de suerte.

Por fin habíamos descubierto un empleo decente para algunas de nuestras raciones: llenábamos las latas de mermelada vacía con trocitos de alambre de púas y esquirla de metralla. Agregábamos pólvora, detonadores y fusibles. Eran versiones muy toscas de las granadas turcas, pero Abdul ya no nos atacaría gratuitamente.

La necesidad nos llevó a otras innovaciones. Podíamos observar a los turcos con

periscopios caseros. Otros estaban armados de manera tal que los francotiradores pudieran utilizarlos para apuntar sus fusiles. Cuando recibimos los nuevos rifles Enfield, nuestros artilleros, apuntando por medio de los periscopios, llegaron a tener tanta puntería que podían meter una bala a través de las mirillas turcas.

Estando en Quinn, si a uno no lo mataba el ruido lo hacía el olor. Si un hombre caía en la estrecha cintura de la tierra de nadie, rescatarlo resultaba imposible. Los buitres engordaron tanto que casi no podían volar; ahora dejaban que los cadáveres se pudrieran bajo un sol que todos los días elevaba la temperatura a treinta y ocho grados.

Los que morían dentro de las trincheras se amontonaban en un sitio apartado. Cuando el viento soplaba hacia las líneas turcas, vertíamos nafta y les prendíamos fuego.

A las 04:30 mi brigada se calzó gloriosamente los calcetines y las botas nuevos. Nuestro grupo se componía de mis muchachos, el mayor Chris, el teniente general Brodhead y su estratega y mano derecha, el coronel Markham.

Los llevé por la pared oriental del valle de Monash, donde pasamos a menos de doscientos metros de una gran fortaleza turca: la Trinchera del Oficial Alemán.

Yurlob había trazado un sendero para mulas desde el punto donde el valle de Monash se bifurcaba en dos cañones, uno de los cuales llegaba a la parte trasera del Puesto de Quinn. Los turcos mantenían ese lugar siempre vigilado desde el Ángulo Sangriento y el Tablero de Ajedrez.

Como no llevábamos mulas, pudimos cubrir los últimos cincuenta metros a la rastra, sin que nos dispararan. Algo me llamaba la atención: el general Brodhead, el mayor Chris y el coronel Markham parecían siempre recién salidos de la sastrería, mientras que mis muchachos y yo dábamos lástima.

Me fascinaba la facilidad con que Brodhead iba de trinchera en trinchera, conversando animosamente con los soldados, escuchando con atención lo que tenían para decir y totalmente solidario con las dificultades del puesto. Él iba más allá de esa repugnante impavidez automática que los oficiales británicos parecían obligados a mostrar.

Brodhead y Markham entraron en la excavación que servía de cuartel al coronel Malone. A los pocos minutos me llamaron.

—Diga, Landers, ¿hasta dónde puede llevarnos barranco arriba, rumbo a la Cima de Russell?

Aquello fue un golpe en el estómago. «Unos quince centímetros», habría querido decirles. O: «Depende de las ganas que ustedes tengan de morir».

—¿Cuántos seremos y qué vamos a hacer? —pregunté.

—El coronel Markham, el coronel Malone y yo. Queremos echar un vistazo al Tablero de Ajedrez. ¿Puede llevarnos?

—Podemos ir y venir en seguida —dije. Habíamos estado llevando pertrechos al

puesto de Colina del Papa, pero llegábamos desde otra dirección.

—Lo que nos gustaría es observar esos cuatro o cinco cañones que parten de Angulo Sangriento —dijo Markham.

Consulté la mesa de mapas.

—En Barranco del Muerto hay una zanja que prácticamente toca las líneas turcas. Hablo de cinco o diez metros. Creo que desde allí podremos ver las gargantas. Pero debo decirle, señor, que si nos trabamos en combate con los turcos no será posible rescatarnos.

—Hagamos la prueba, ¿eh? —propuso Brodhead.

Bueno, ahora sí que iba a ensuciarse el uniforme. Yo sabía desde la infancia que se puede estar a metro y medio de un cordero perdido y no verlo. Si uno sabe aprovechar la maleza y las pequeñas desigualdades del terreno, es posible esconder el cuerpo casi en cualquier parte.

Yendo por la zanja, con movimientos deliberadamente lentos, podíamos describir el giro en U que deseábamos. Cien metros, cien minutos… Muy cerca del final divisé un triángulo de minas y busqué los alambres instalados para que tropezáramos. A la mierda… detesto esos alambres.

¡Clic! Eran sólo mis pinzas, pero sonaron como un cañonazo.

Los malditos turcos habían instalado las minas de modo tal que no podíamos rodearlas sin despertar a su ejército. Fue preciso arrastrarse entre ellas. Yo tarareaba por lo bajo la canción de despedida de los maoríes: «Ha llegado la hora de que nos digamos adiós…». ¿Interpretarían mis señales? «Tres minas, pasen entre ellas… Cierre la boca, Brodhead, que el sol puede arrancar destellos a esa dentadura sonriente».

«Wa… Wa… Wa… ¡Vean eso! Todo el Tablero, maldito sea. Una gran curva en lo alto del Angulo Sangriento y uno, dos, tres de los cañones. Vaya, vaya…».

Malone estaba a mi lado. Lo rodeaba el perfume del Puesto de Quinn. «Mira a esos hijos de puta. Todavía no se han ensuciado los uniformes».

Enfoqué mis binoculares, igual que los otros. ¡A la mierda! El Tablero tenía doce o trece cuadrados más. Habían agregado toda una zona de trincheras. Los cañones que partían de Angulo Sangriento estaban llenos de soldados, muchísimos soldados.

Los cuatro estábamos apiñados. Nuestra ventana para ver a los turcos era muy estrecha, pero no había otro lugar donde pudiéramos observar sin exponernos. Yo quería volver atrás, aunque fuera a Quinn, pero Brodhead parecía enamorado del panorama. Pareció pasar un año antes de que me indicara por señas que los llevara de regreso.

Ya era hora. Aunque no veía a nadie, después de un tiempo uno llega a presentir la proximidad de una patrulla turca. Y llevábamos mucho tiempo rondando por allí.

«Bueno, Rory, vuelve al mismo paso, exactamente… Nada de correr… Respira hondo. La canción maorí de despedida… Aquí vamos… aquí vamos… esas malditas minas…».

Miré a mi espalda. Debo decir que los británicos seguían mi línea de una manera perfecta. Cada guijarro de reconocimiento me impulsaba a erguir el cuerpo y echar a correr. Cien minutos de ida… cien minutos de vuelta.

Oh, Dios, qué bien me sentí cuando las manos de las trincheras me asieron para ayudarme a entrar.

—Vengan, muchachos. Siempre envío más ron a este puesto que a los otros. ¿Por qué no tomamos un poco?

—Aquí tienes, jefe —dijo Dan Elgin. Ya les debemos dos botellas.

—Las despacho con la correspondencia de mañana —prometí.

Al diablo con el protocolo. En cuanto vieron la botella, Malone, Markham y el general participaron sin necesidad de invitación ni ceremonia.

—Buen trabajo, Landers —ponderó Brodhead. Busque al mayor Hubble y tráigalo al cuartel del coronel Malone.

—Sí, señor.

Crucé la tela alquitranada para entrar en el cuartel del coronel. Todos estaban muy ceñudos.

—¿Malone? —preguntó Brodhead.

—Bueno, es lo que sospechaban mis patrullas, aunque nunca llegaron a verlo. El Tablero de Ajedrez ha crecido en un veinte por ciento.

—Se diría que hay toda una brigada en los cañones de Ángulo Sangriento —observó Markham.

—Más, diría yo —sugirió Malone.

Brodhead posó con los dientes asomando entre los labios.

—Dos brigadas, y podemos identificarlas —dijo. Una va a deslizarse por la línea entre Quinn y Pino Solitario. Atacarán para inmovilizar la línea. El asalto principal irá directamente contra el Puesto de Quinn, con otra brigada. Cruzarán los cañones en oleadas para darle de frente, Malone. En realidad no hay lugar para maniobrar en tácticas de flanqueo. Tratarán de llegar al valle de Monash antes que nosotros.

—¿Quiénes están descansando en el valle del Balneario Celestial? —preguntó Malone, refiriéndose al sitio en que se alojaban las tropas en rotación, abandonando la vanguardia.

—Los de Canterbury —respondió el coronel Markham.

—Será mejor que los hagamos venir —ordenó Brodhead.

—El coronel Chapman ha muerto. Necesitan otro comandante.

—¿Quién es el ejecutivo?

—El teniente coronel Hinshaw.

Malone contuvo la lengua, pero su expresión era visiblemente inquieta.

—Creo que no —resolvió Brodhead.

—Yo me hago cargo de los Canterbury —propuso Markham.

—Déjeme pensarlo —dijo Brodhead. Bueno, pero tenemos algunas buenas noticias. Cuando partimos, esta mañana, Chris me dijo que ayer desembarcaron cien

cañones Maxim. ¿Cuándo podremos tenerlos aquí, Chris?

—Depende de cómo estén empacados. Si no están en grasa, ahora mismo.

-—Están en aceite liviano —intervine. Me fijé.

—Bien. Landers, Chris… cincuenta de esos Maxim vienen a Quinn. Quiero otros veinticinco distribuidos por la línea hasta Pino Solitario. Veinticinco en reserva. Aquí arriba necesitaremos un depósito de municiones.

—No me gusta tener municiones sobre las trincheras —se opuso Malone, enérgico. Casi tuvimos una catástrofe por algo así.

—Tienen que estar en un sitio al que se pueda llegar en pocos minutos —advirtió Markham.

—¿Landers? —preguntó Chris.

—Puedo establecer una serie de depósitos pequeños detrás del puesto, señor. Si me quedo aquí, con mi brigada, nosotros abriremos espacio.

—¿Le parece bien, Hubble? —preguntó el general.

—El teniente segundo Yurlob tiene el transporte en un puño. Creo que Landers ha tenido una idea excelente.

Yo sabía que Christopher Hubble había cambiado, pero no pude dejar de sentirme conmovido por la total confianza que depositaba en mí desde el desembarco. Aun sabiendo que me había vuelto loco ante la muerte de Johnny Tarbox, lo pasaba por alto.

Entró el coronel John Monash, comandante australiano de la línea hasta Pino Solitario.

—En mi cuartel acabamos de echar las fechas a la suerte —dijo. Mi fecha es… veamos… Los turcos atacan el 18 de mayo.

—Ojalá nos den todo ese tiempo —replicó Brodhead. Después contó a Monash lo que habíamos visto y la idea que tenía sobre el ataque de los turcos.

—He perdido más de treinta hombres mandando patrullas a echar un vistazo —dijo Monash. Así que el Tablero está embarazado. Vas a recibir lo peor del golpe —dijo a Malone.

—Todo se reduce a esta media hectárea —dijo Brodhead—: fuerza contra fuerza. Ya resistimos, ya morimos, ya acabamos prisioneros de los turcos. Para mí, lo último está fuera de cuestión. Muy bien, caballeros, esta noche a las 02:00 en mi puesto de comando. Prepararemos un plan.

—Señor —dijo Malone—, ¿funciona la comunicación inalámbrica con los cañones navales?

—Sí, hemos restablecido el contacto.

-—Nosotros y los turcos estaremos encimados, general. Me gustaría que la marina se concentrara pura y exclusivamente en el Tablero.

—¿Y la tierra de nadie?

—Tengo una idea, general —prosiguió Malone. Estamos demasiado cerca de sus trincheras para usar los cañones navales. Propongo que mantengamos un batallón en

alerta en todo momento. En cuanto ataquen los turcos, enviamos al batallón a la tierra de nadie y los enfrentamos a bayoneta calada. Ellos no lo esperan. Creo que es una posibilidad de confundirlos.

Eso dio un tono de seriedad a la reunión.

—Interesante —concordó Markham.

—Me gusta —reconoció Monash—, pero ¿cómo hacemos para salir de las trincheras tan deprisa?

—Que el batallón en alerta espere cuerpo a tierra detrás de las trincheras y cruce por sobre nosotros tendiendo planchadas.

—Déjeme pensarlo —dijo Brodhead. A continuación el general despidió a todos, salvo a Chris y a mí. Cuando quedamos solos me dejó atónito con su sensibilidad. —Ya sé lo que va a preguntarme, Chris. La respuesta es no.

—¿Se trata de algo privado? —inquirí.

—No, en absoluto. Usted se ha metido en la vanguardia para el contraataque, Landers, y el mayor Hubble está a punto de sugerir que, habiendo muerto el coronel Chapman, él debería comandar a los Canterbury en el Puesto de Quinn. ¿Me equivoco, Chris?

—Yo diría que ésa es la médula del asunto.

—Todavía no —fue la respuesta de Brodhead.

—Señor, acepté este batallón mulante por mi profunda lealtad a usted. Mi hermano Jeremy puede manejarlo hasta dormido, contando con el teniente segundo Landers como ejecutivo.

—Lo siento, pero creo que el coronel Markham está mejor preparado.

—Usted me lo prometió, señor.

—Es cierto. Lo que le prometí fue que, si lograba hacer funcionar el transporte mular, le haría saltear un rango al terminar la campaña y obtener el mando de un regimiento. Pero no sea impaciente, muchacho. Con la cantidad de oficiales que estamos perdiendo, podría presentársele la oportunidad antes de lo que espera.

CANZ acumuló tantos hombres y tantas municiones y agua como pudo tras los puestos de Quinn y Courtney. Como era el «experto» en el terreno, ayudé a buscar pequeñas hondonadas donde uno o dos hombres pudieran vigilar constantemente a los turcos. Debíamos tender líneas telefónicas hasta ellos.

Malone me retenía mucho tiempo a su lado, repartiendo los pertrechos. El coronel solía pensar en voz alta, en murmullos vagos, y luego me miraba con curiosidad para ver si yo estaba de acuerdo. Sus cejas, ricamente dotadas, cubrían los ojos a la manera de los ovejeros ingleses, disimulando cualquier sorpresa desagradable. Todos los días yo lo acompañaba en una recorrida de los puestos de observación; luego él se presentaba con su informe ante Brodhead, en el puesto de comando.

A mediados de mayo el calor de mediodía era tan intenso que no debía de presentar mucha diferencia con el otro infierno. En el Puesto de Quinn superaba siempre los cuarenta y tres grados. Todo el mundo se quitaba las chaquetas y los

pantalones. Nos quedábamos en calzoncillos y zapatos, con el cinturón de municiones y algo que nos cubriera la cabeza.

Entre el mediodía y las 15:00 los hombres se desmayaban por el calor en toda la línea. El agua era sólo para beber; como no tenía usos secundarios, estábamos mugrientos y malolientes. Las moscas y los piojos nos adoraban.

El 16 de mayo (jamás olvidaré el día) me despertó una revelación. Vino a mí con tanta claridad que corrí al cuartel de Malone sin que nadie me invitara…

—Levántese, coronel —le sugerí.

Él sacó del catre el trasero desnudo y se sentó en el borde, centrando inmediatamente la mirada en mí. En Puesto de Quinn uno sabía despertarse en cuatro segundos, bien despejado.

—He recibido un mensaje totalmente claro —dije.

—Hummmm -—murmuró.

—Sé cuándo van a atacar los turcos.

—Seguro, sí.

—Se me ocurrió así, de pronto.

—En el Puesto de Quinn pasan estas cosas. Debe de ser el calor, Landers.

—Justamente de eso se trata, coronel: del calor.

Oh, esa horrible expresión suya. No es justo mirar a un hombre si las cejas lo cubren todo.

—Los turcos atacarán a mediodía.

—¿Para eso me despertó? Vaya a jugar con sus mulas. Atacarán al amanecer, como cualquier ejército musulmán, cristiano o budista temeroso de Dios. Toda fuerza atacante quiere contar con tanta luz como sea posible. Si atacan a mediodía, perderán siete u ocho horas de luz.

—Fíjese cómo están nuestros muchachos al mediodía, coronel. Todos ven doble y oyen voces extrañas. Apenas pueden mover un miembro.

—Como gracias a Dios estaba hablando con un neozelandés y no con un británico, me atreví a continuar. —Suponga que los turcos ponen a sus hombres a descansar toda la mañana a la sombra, llenándolos de agua y con una o dos bocanadas de hachís. Podrán atacarnos como un rayo, cuando nosotros no tenemos la menor energía.

Malone me escuchó.

Las tropas en alerta fueron instaladas en las trincheras, donde había unos diez grados menos, pero se triplicaron los puestos de observación y se los rotó de modo tal que no apartáramos los ojos de los turcos. Los observadores se mantenían bien atentos a los cañones que partían de Angulo Sangriento y del Tablero de Ajedrez, pues teníamos la certeza de que el ataque se iniciaría allí.

—Estén atentos a cualquier nube de polvo, sobre todo si forma una línea. Si desciende el nivel de ruido, eso podría significar que se están preparando para una carga.

Todas las mañanas Malone me espetaba:

—Parece que usted acertó otra vez, por lo menos por hoy.

20 de mayo de 1915 - 11:50

Elgin, Spears, Stevens y yo estábamos otra vez en calzoncillos. En las trincheras, el batallón en alerta esperaba con el trasero al aire, afilando las bayonetas, que ya parecían navajas de afeitar.

¿Se han dado cuenta de que a veces uno siente las cosas, las huele, sin motivo coherente? El yoga de Yurlob Singh parecía habérseme pegado. Estaba seguro de que ése era el día. Y como los turcos no nos habían atacado al amanecer, estaba seguro de que sería al mediodía, porque los oficiales alemanes y turcos no tenían más imaginación que los británicos.

Lo que yo sentía debe de haber empezado a correr por nuestras trincheras. De pronto, los hombres que estaban por tender escalerillas para puentear la tierra de nadie comenzaron a ponerse tensos. El batallón en alerta (los Otago, que eran de la Isla Sur, como yo) se pusieron de pie.

Faltando unos tres minutos para el mediodía, mi brigada y yo ocupamos nuestro propio puesto de observación.

—¡Miren! ¡Miren, carajo!

Sobre el cañón turco N.º 3 pendía una nube de polvo alargada, de unos cien metros de longitud, que estaba moviéndose. El estruendo de los proyectiles fue disminuyendo audiblemente, hasta que todo quedó en silencio, como si estuviéramos en la Luna.

El coronel Malone arrancó una escalerilla y se agazapó a mirar.

En el puesto de observación Colina del Papa sonó un silbato.

—Coronel, los del Papa creen que Abdul está listo para atacar.

Sonó un segundo silbato en el puesto de observación del Muerto.

¡En las líneas turcas cesó todo ruido! Luego se elevó en el aire un zumbido, como el de un billón de abejas.

—¡Vamos, muchachos! —gritó Malone.

Desde la trinchera levantaron un puente y lo tendieron cruzado arriba. Malone corrió por él hacia la tierra de nadie, pero ninguno lo seguía. Miré hacia el interior de las trincheras. El batallón en alerta estaba petrificado. Así la pistola y disparé contra la pared de la trinchera.

—¡Suban de una vez! —aullé.

Allá lejos, aún fuera de la vista, el zumbido creció hasta convertirse en un murmullo parejo. Nuestros hombres empezaron a subir. Yo los arrojaba al puente a viva fuerza.

—¡Más puentes! ¡Más puentes! ¡Sigan al coronel!

El zumbido de los turcos estalló en un «*Allah Akbar*!». Ahora nuestros

muchachos acudían. Arriba, arriba, malditos sean, ¡vamos, vamos!

Aferré a Elgin para empujarlo hacia el puente. Él se volvió, vacilando, y yo le di una patada en el culo; después grité a Happy y a Spears que me siguieran. En todas las líneas surgió un grito de batalla maorí, en tanto nos lanzábamos hacia la tierra de nadie.

No nos recibieron los disparos de las trincheras turcas. Obviamente estaban atacando en oleadas desde los cañones que corrían detrás de sus trincheras.

¡Efectivamente! De las gargantas brotaron miles de turcos que se lanzaron contra nosotros con las armas preparadas.

—*Allah Akbar*!

Les habíamos ganado la mano: llegamos a la tierra de nadie con un precioso minuto de ventaja. ¡La absurda apuesta del coronel Malone estaba dando resultado! Cuando Abdul trató de cruzar hacia nosotros ya estábamos en el borde de sus trincheras. Quedaron atónitos al vernos allí. Yo vacié mi pistola y la arrojé a un lado. Ese día no costaba mucho encontrar un rifle con bayoneta. Derribamos a la primera línea de atacantes, arrojándolos a sus propias trincheras. La segunda línea pasó corriendo sobre las espaldas de la primera.

Los turcos habían pasado del ataque a la defensa. Eran ellos quienes debían rechazarnos y combatir para abrirse paso hacia la tierra de nadie, a la que habían creído tener libre acceso.

En su intento de aprovechar la sorpresa, los turcos no habían precedido el ataque con una cañoneada, de modo que el aire estaba limpio, sin polvo ni humo. Cuando Abdul vio gritar y caer a sus camaradas, con las tripas en la mano, perdió el coraje.

La segunda oleada de turcos, que venían hirviendo por la larga carrera desde las gargantas, también descartaron las chaquetas. Eran turcos desnudos contra kiwis desnudos, asestando tajos y puñaladas con las filosas bayonetas.

Me cargué contra el miedo. En la demencia de la tierra de nadie, dos cosas me harían salir con vida. No debía bloquear el cerebro con ira maniática y debía pensar en lo que hacía. Necesitaba ejecutar movimientos decididos y bien calculados. Además, tenía que trabajar como un demonio. Eso era más difícil que resistir una cañoneada, más difícil que cavar, más difícil que escalar un barranco. Eso era simple, sangriento y duro: pensar y trabajar.

¡Aquello era el foso de los gladiadores multiplicado por diez mil! En medio de la furia, el calor y las confusiones surgía el más negro de los humores negros: nuestros uniformes, tanto el de los turcos como el de los kiwis, tenían casi el mismo color, pero desnudos era aún más difícil distinguir a unos de otros. Yo buscaba a los hombres de color cetrino y grandes bigotes. Una abertura de la carne y la punta entraba… a veces, apretada entre las costillas. «Descarga la culata del fusil contra la cabeza del hombre, enfréntalo pronto, hazle perder el equilibrio y salta».

¿Era humano todavía? Seguía siendo humano por la velocidad a la que trabajaba mi mente, pero no por lo que estaba haciendo. Éramos un poco más corpulentos y

más fuertes que los turcos; en Egipto habíamos recibido mucho adiestramiento con las bayonetas, pero lo principal era la marea: teníamos la marea a nuestro favor. Habíamos sido más ingeniosos y ellos debían salir de un agujero.

Por la pura superioridad numérica, nos hicieron retroceder un poco.

El coronel Malone lanzó entonces un segundo batallón de bayonetas, maoríes de nuestras trincheras. Su fiera y súbita llegada fue como el estrellarse de una gran ola. Los turcos cayeron en el desorden, que sólo sirvió para que presionáramos más, hasta que por fin abandonaron el combate para retirarse a duras penas más allá de sus trincheras.

Otra oleada de turcos estaba saliendo del cañón más alejado, pero tropezaron con sus propios hombres, que emprendían la retirada.

Tres agudos toques de silbato, repetidos una y otra vez, nos indicaron que volviéramos a nuestras trincheras para asumir la posición de fuego. Me encontré detrás de un cañón Maxim vacío y obligué a un par de muchachos a operarlo conmigo.

Las nuevas líneas turcas eran confusas. No estaban seguros de que no volviéramos a salir para enfrentarlos con bayonetas. Era posible que contraatacáramos, rompiendo sus líneas de trincheras.

Como quiera que fuese, habían perdido el impulso y la furia. Se lanzaron otra vez, pero con cierto temor, cruzando la estrecha tierra de nadie llena de cuerpos que gritaban y gemían o estaban inmóviles.

El coronel Malone había manejado brillantemente nuestra maniobra. Tal vez los turcos hubieran perdido vapor. Esperamos y esperamos. De pronto, veinte cañones Maxim dispararon al mismo tiempo.

¡Mensaje del sector del coronel Monash! Estaba en brutal actividad, rechazando una oleada tras otra de turcos que aún traían impulso. Monash pedía que todas las ametralladoras de reserva reforzaran su línea.

Una y otra vez salían los turcos de las gargantas. Ahora llegaban desde otro lado: el Tablero de Ajedrez. Nuestras tropas apostadas por encima del valle, en la Cima de Russell, los atacaron por el flanco.

Ahora los turcos parecían un rebaño de ganado en estampida sobre el Barranco del Muerto.

—*Allah Akbar*!

Por Dios, tres sanguinarias pinzas venían hacia Quinn. ¿Habría en el arsenal británico balas suficientes para detenerlos? Algunos pudieron llegar a un metro de nuestras trincheras. Otros cayeron en la cubierta antigranadas y se estrellaron contra nosotros.

Mi campo de fuego sufrió un extraño cambio. Al principio había sido amplio. Ahora estaba lleno de cadáveres que demoraban el avance de los turcos. Éstos debían trepar por montañas de cadáveres, resbalando en su sangre, y luego erguirse, ofreciéndose como blanco para los disparos. Delante de mí, su ataque se tornó muy

confuso.

Era una gran batalla, que cubría tres kilómetros de frente, pero también una batalla diminuta, como lo es para todo soldado. Yo sólo debía atender a lo que estaba delante de mí y cuidar de los camaradas que tenía a ambos lados. Tales son las grandes minucias de la guerra, pequeñísimas ventanas. Si mi brigada y yo resistíamos, cuidando nuestros flancos, y si todos los demás lo hacían, el enemigo no lograría quebrarnos.

Mi ametralladora empezó a humear y quedó atascada. El agua que tenía en los manguitos estaba hirviendo. ¡Mierda! Tomé un fusil y lo disparé hasta que me quemó la palma de las manos. Luego tomé otro.

¡Y los turcos seguían llegando!

¡Una brecha en la línea de Monash! Pedía que uno de los batallones del Balneario Celestial viniera a cubrirla. Un mensajero de los australianos. Combate a punta de bayoneta con los turcos en la brecha. Subió un segundo batallón de reserva.

Los turcos se bifurcaron para atacar la Colina del Papa, puesto de observación pequeño, pero vital. ¿Cuántos cañones teníamos en el Papa? No alcanzaban. Malone despachó un pelotón hacia allí. Sólo pudo llegar la mitad, pero el puesto resistió.

Abdul cargó sin cesar por casi siete horas, hasta que el Sol comenzó a hundirse en el Egeo. La noche se llenó de señales luminosas. Una carga más y la batalla se redujo a un hilillo…

Mensajero de Monash. Su línea estaba corregida y resistía. Estaban diezmados por las bajas. Ya habíamos recurrido mucho a nuestras reservas, pero Monash necesitaba ayuda. Su línea estaba debilitada.

¡El Puesto de Quinn había resistido! El costo era un setenta y cinco por ciento de bajas. Más de la mitad de nuestras armas se habían quemado de tanto disparar.

—Pronto —ordenó Malone—, traigan más armas y municiones de los depósitos instalados detrás de las trincheras.

Nuestros muertos habían convertido el fondo de la trinchera en un barro donde nos hundíamos hasta los tobillos. La noche resonaba con los gritos de miles de heridos abandonados en la tierra de nadie. Hicimos un intento de traer a algunos, pero resultaba imposible: estaban totalmente enredados con cadáveres, nuestros y de los turcos, y cualquier movimiento iluminado en la tierra de nadie atraía instantáneamente los disparos.

Unos pocos hombres lograron arrastrarse hasta nuestras trincheras. Los recibimos a todos: kiwis, australianos y turcos.

Yurlob y Modi acercaron todo lo posible las caravanas de mulas, Durante toda la noche subieron por el valle de Monash para llevar a los heridos a la Garganta de la Viuda, desde donde se los evacuaría cuando aclarara.

Hacia medianoche ya habíamos retirado de las trincheras a los muertos y teníamos en su lugar los refuerzos y los pertrechos. Comimos a la carrera un delicioso bocado de esa mierda de carne en conserva y galletas marineras, adecuada cena para

calentar la panza del joven trabajador.

Mi propio nerviosismo descendió al punto de permitirme notar que tenía las manos ampolladas por los cañones de las armas recalentadas y estaba sangrando por los costados. Caramba, había recibido algunos bayonetazos. No tenía sentido ocupar a un paramédico. Todos tenían demasiado que hacer. Puedo asegurar que, entumecido como estaba, apenas sentí el dolor de las suturas que me apliqué yo mismo.

Durante una jornada en Quinn era frecuente que Happy Stevens, Dan Elgin, Spears y yo nos encontráramos separados, pero siempre nos reuníamos al oscurecer, cerca de la excavación de Malone. Esa noche oí las palabras del terrateniente, que se quejaba: «Tú te metes en cualquier trifulca, Rory, sólo porque hay una trifulca en que meterte, te incumba o no». No tenía nada que hacer en el frente y había liquidado la vida de mis amigos.

—El coronel Malone quiere hablar con usted —dijo un mensajero.

Cuando entré, el coronel Monash y el coronel Malone estaban terminando una reunión. Tenían el aspecto de haber salido bajo una piedra de diez toneladas, sólo para ser atropellados por un camión de cerveza al levantarse y luego, golpeados en una pelea de taberna.

—¿Las municiones para ametralladoras están ya distribuidas?

—Sí, señor.

—¿Cuántas?

—Sesenta cajas… sesenta mil balas.

—¿Queda alguna reserva?

—Veinte mil balas aquí arriba. Esta noche subirán más desde la playa.

—Lleve esas veinte mil hasta el depósito norte de la Ruta de Artillería.

—Ya lo hice, señor —dije. No sé si estaba totalmente fuera de quicio o demasiado cansado y dolorido para que algo me importara. Me salió, simplemente. —¿Envío algunas otras balas de cañón al Puesto de Russell?

Mi intención era obvia: después de la primera carga turca, nuestros obuses debían disparar contra los cañones donde el enemigo se había agrupado, detrás de Ángulo Sangriento. Durante todo el día no habían disparado una sola vez.

El australiano Monash, el «judío competente» de Brodhead, miró al neozelandés coronel Malone. Godley o Brodhead, en el comando general, habían metido la pata a fondo. La descarga habría podido demorar considerablemente las subsiguientes cargas de los turcos. Tal como habían sido las cosas, resistimos sólo por un pelo.

—En Russell hay municiones de sobra —me apaciguó Malone. Como usted sabe, hoy no se disparó ninguna.

—Bueno, volvamos a la oficina —decidió Monash. Mañana no esperarán a mediodía para reanudar el ataque. Buenas noches, Joshua. Buenas noches, Landers. Creo que usted ha hecho muy buen trabajo.

Mientras Monash salía, dejando la puerta entornada, el viento trajo a la excavación las quejas de los heridos. Malone me indicó que cerrara la puerta y

tomara aliento. ¿De qué diablos se habla después de un día así? Sólo ahora me enteraba de que el coronel Malone se llamaba Joshua. Rara vez conversábamos, como no fuera sobre nuestras obligaciones. Y ahora parecía tener ganas de decir cualquier cosa.

—¿Le parece que mañana volverán? —pregunté.

—Hoy les matamos a un montón. Voy a decir una ridiculez, Landers, pero ¿le pasa algo?

—Se ha hecho realidad una de las profecías de mi padre.

Malone rió de buena gana.

—Es curioso, pero en el medio de una pelea como la de hoy, todos estamos preguntándonos si el viejo se sentirá orgulloso de nosotros, cuando acabe el día.

Salió a relucir el ron. Los de aprovisionamiento siempre nos ocupábamos de que el coronel Malone estuviera bien atendido. Estaba ganando mucha estatura a los ojos de los kiwis.

—Bueno, los muchachos están orgullosos de sí mismos. Cristo, por un momento no creí que me siguieran a la tierra de nadie.

—Tenían toda la intención de hacerlo, señor, pero tuvieron que detenerse un momento a mearse encima.

—Bueno, yo no me meé —aclaró el coronel. Me cagué.

—Hoy perdí mi brigada, señor, y creo que fue por un error de criterio mío.

—Bien, para eso estamos aquí —replicó Malone, horrorizándome. Caramba, si los coroneles y los generales tuvieran que rendir cuentas por los hombres que hacen matar innecesariamente, nadie aceptaría esos malditos puestos. Y por Dios, ¿qué haría la raza humana sin cosas como las que ocurrieron hoy aquí?

—Yo empujé hacia el puente a un hombre que no tenía por qué cruzarlo —expliqué.

—Si usted no lo hubiera hecho, ese hombre habría sobrevivido, pero tendría la vida arruinada. Oiga, Landers: esos tres muchachos lo siguieron por todas las colinas de este maldito lugar, día tras día. Ése es un verdadero problema. Cuando alguien sale vivo de un día como éste y su compañero queda en la tierra de nadie, a uno le ataca el síndrome del sobreviviente.

—¿A usted también, señor?

—No —respondió. La carrera militar es una profesión honrosa. No hablo de Alejandro ni de César, sino de los pequeños soldados que defienden a pequeñas naciones. Nueva Zelanda es la nación más pequeña de esta guerra y es la que ha viajado más lejos para combatir. Estamos en deuda con los británicos y los británicos están en deuda con nosotros. Por desgracia, no ha existido nunca una nación que no necesitara soldados. Así son las cosas. La carrera militar es una profesión honrosa, donde se cometen más errores sobre la vida humana que en ninguna otra.

—¿Pasa alguna vez el remordimiento?

—No —me respondió. Pero hay que aprender a vivir con él.

—¿Por qué se ocupa de mí después de un día como éste?

—En Egipto quedé admirado al ver cómo armaban esa unidad: usted, el mayor Hubble, Jeremy y el resto de la brigada patrona. Tengo entendido que ustedes tenían el mejor prostíbulo de El Cairo y que, en el hotel Aída, sacaron a Hubble de un buen berenjenal. Además, en Port Albany usted me hizo ganar veinte libras, torpedeando a ese australiano. Supere lo de hoy, hombre. Usted será un gran oficial. Tengo que hacer una recorrida de las líneas. ¿Quiere acompañarme?

—Sí, señor.

—Creo que perdí a mi ayudante, mi oficial ejecutivo y un par de comandantes de batallón. ¿Cree que el mayor Hubble podría prescindir de usted por algunos días?

Al amanecer los turcos no llegaron.

Los turcos jamás volvieron a contraatacar.

Habría sido estupendo ir tras ellos, pero no teníamos con qué. Los dos bandos estaban en shock, incapaces de seguir adelante.

En la tierra de nadie, alrededor de Quinn, los cuerpos se amontonaban de a tres y cuatro en fondo. Con dos días más de podrirse al sol, los barcos podrían encontrar la Ensenada CANZ guiándose por el olor. El tufo nos mantenía en estado de náusea constante. Después vino la convención mundial, internacional, universal y cósmica de moscas, gusanos, mosquitos y ratas. Los enjambres eran tan densos que, si uno trataba de llevarse a la boca una cucharada de carne en conserva, había que apoyarse la cuchara en los labios, espantar las moscas y pegar el mordisco en un segundo. No servía de mucho: siempre había que escupir cinco o seis moscas.

La disentería reinaba rampante, atrayendo aún más moscas.

Hacia fines de mayo, el Puesto de Quinn y sus alrededores constituían un sitio inadecuado para que seres humanos civilizados y decentes pretendieran librar combate.

—Mi coronel.

—¿Si?

—Los turcos han levantado una bandera de parlamento.

Lo seguí hasta las trincheras, donde un oficial señaló las líneas turcas.

—Cabo Perkins —ordenó él, que conocía a cientos de hombres por su apellido—, ponga un trapo blanco en su bayoneta y agítela por sobre la trinchera.

Por los periscopios vimos que un oficial turco y otro alemán salían de una trinchera, con las manos en alto. Malone pidió un altavoz. Los enemigos dieron un par de pasos antes de detenerse.

—¡No estamos armados! —apuntó el alemán, en buen inglés.

—¿Qué quieren? —gritó Malone, a través del altavoz.

—¡Queremos hablar con un oficial!

En el momento en que Malone iba a subir por la escalerilla, el teniente coronel Eastman le puso una mano en el hombro y, con una mirada que fue casi una orden,

sacudió negativamente la cabeza. Otros tres oficiales, incluido yo mismo, apartamos suavemente al coronel de la escalerilla.

En ese último par de días Malone me había dicho demasiadas cosas. Sabía que yo tenía una insaciable necesidad de ir a la tierra de nadie, en busca de mi brigada.

—Iré yo —dijo Eastman.

—Lo acompaño —dije.

Era imposible caminar sin apartar con el pie hinchados cadáveres en putrefacción. Durante el primer minuto sólo pude pensar que no daría al enemigo la satisfacción de verme vomitar. Eastman, muy buen soldado, parecía a punto de desmayarse. Los alemanes y los turcos no estaban en mejores condiciones.

Juro por Dios que el alemán se cuadró, entrechocando los tacos.

—Mayor Krause.

—Soy el capitán Ramadam —dijo el turco, alargando la mano.

Eastman saludó con la cabeza, pero no se la estrechó. Yo tampoco extendí la mano.

—Represento al general Limon von Sanders. Por motivos obvios para ambas partes, nos parece necesario acordar una tregua, a fin de que cada bando pueda recoger y sepultar a sus muertos.

Se requirieron dos días más para establecer las reglas, pero a los británicos les encantaba ese tipo de negociaciones de buena voluntad. Malone me envió con el primer grupo de fajina, en la esperanza de que eso me ayudara a exorcizar mis demonios.

El capitán Ramadam había aprendido inglés en Londres. ¿Qué se puede decir? ¿Cómo están su señora y sus chicos, allá en Constantinopla? ¿O inténtenlo otra vez y los cagaremos a patadas? ¿O qué buen trabajo nos ha tocado, capitán, pongamos manos a la obra?

Medimos la distancia de trinchera a trinchera y tendimos un cordel en el medio, a lo largo de la tierra de nadie. Los dos grupos podían trabajar en ambos lados, llevando a sus muertos a su propia mitad.

Me improvisé una máscara, pero el olor penetraba. Las moscas formaban un bloque tan denso como el cemento. Acordamos ir rotando los grupos de trabajo, pues los hombres sólo podían soportar la fetidez por unos pocos minutos.

El capitán Ramadam me ofreció un cigarrillo. Todo era muy extraño.

No había solución. Algunos cadáveres tenían los pantalones puestos, pero el color era casi igual en ambos uniformes. En gran número, la cara y la carne había sido comida. Muchos de los cuerpos estaban hinchados; antes de moverlos era preciso punzarlos con las bayonetas, para que soltaran el gas y cualquier otra cosa, todo lo cual se nos volcaba encima.

Pero el *rigor mortis* había hecho que los cuerpos quedaran trabados. Probamos tirar con ganchos y sogas, pero se desprendían brazos, piernas y cabezas.

Después de otra conferencia a alto nivel se decidió excavar una tumba común en

el centro de la tierra de nadie, donde todos los cuerpos (turcos, kiwis, australianos, gurkas, maoríes o alemanes) serían sepultados y cubiertos de cal.

Intercambiamos chapas identificatorias y pertenencias personales. Ambos bandos acordaron no apoderarse de recuerdos ni de billeteras. Como por milagro, recibí las identificaciones de mis tres hombres y la billetera de Happy Stevens… el de Palmerston North.

Nosotros y los turcos cavamos codo a codo, intercambiando cigarrillos, raciones y recuerdos. Nadie parecía sentir rencor contra los otros; antes bien, vergüenza. Creo que un par de nosotros intercambiaron direcciones con el enemigo… para después de la guerra.

Los cavadores rotaban cada pocos minutos; algunos se retiraban para vomitar hasta las tripas. El olor disminuyó un poco. Desaparecería de nuestras narices cuando los cuerpos se hubieran convertido en esqueletos; de nuestro cerebro, jamás.

Habíamos matado a más de cinco mil turcos y nuestros muertos sumaban un par de millares. Junto con los heridos de ambos bandos, la batalla costó casi veinticinco mil bajas.

Cuando se arrojó la tierra sobre la cal y se hubo apisonado el lugar con palas, despejando el campo de fuego, nos estrechamos la mano con los turcos y volvimos a nuestras trincheras, a esperar las 18:00, momento en que una señal luminosa a cada lado indicó que ya se podía volver a disparar.

Permanecí con el coronel Malone por tanto tiempo como pude. Por él, por el increíble silencio en que sufría, empecé a recuperar mis propias fuerzas y mi sentido del deber.

Por fin Jeremy subió hasta Quinn para escoltarme personalmente a Garganta de las Mulas. Él, Chester y Modi me llevaron a la playa para despiojarme y ¡Dios bendito! pude descalzarme otra vez. Por muy dolorido que uno esté, quitarse los zapatos y meter los pies en el agua debe haber sido lo que sintió Jesús cuando lo bautizaron.

Pasé treinta horas durmiendo.

Cuando desperté, el mayor Chris estaba sentado frente a mí.

—Bueno, tus vacaciones en el balneario de Quinn ya duraron demasiado —comentó.

—El coronel Malone dijo que, si usted podía prescindir de mí, quería tenerme como ayudante.

—Lo siento, pero Yurlob está muy enfermo.

—¿Qué le pasa?

—Disentería. Nos está costando más hombres que los turcos.

—Sí, será mejor que me quede aquí.

—Bien. También hemos perdido muchas mulas.

—Puede que ahora Yurlob quiera volver a Lemnos —dije.

—Le ordené que volviera. A veces ustedes, los de las colonias, no se convencen de que las órdenes son para obedecerlas.

Era una muestra de humor negro, lo sé, pero en su voz chisporroteaba demasiado el antiguo Christopher Hubble.

—Todavía estaremos mucho tiempo aquí —continuó.

Eso me llamó la atención. Él reparó en mis dientes apretados.

—¿Por qué no lo dices directamente, Landers?

—¿Quién soy yo para discutir con los iluminados que nos trajeron a Gallípoli?

—Llewelyn Brodhead no estaba entre ellos —aclaró Chris, dejándome atónito. Protestó contra toda esta expedición. Pero a los generales no se les permite elegir sus mandos. Ha luchado con uñas y dientes por los CANZ y se niega a salir de Gallípoli porque está convencido de poder trabajar por nosotros mejor que nadie.

«¿Lo digo? ¿Me callo? No pongo en duda el coraje de Brodhead, su resolución ni el apoyo que brinda a sus tropas. Pero en este comando hay algo podrido. Se podrían haber salvado mil hombres con una simple descarga de obuses ejecutada en el momento debido. Por suerte para el general, tiene un estómago de hierro cuando se trata de matar innecesariamente a sus hombres. Es parte de las credenciales exclusivas que es preciso tener para ser general: divorciarse de las consecuencias de las propias decisiones sobre la vida y la muerte. Si uno se equivoca… bueno… “Adelante, muchachos”. Esta gente, ¿nunca siente que algo le remuerde, en algún momento de la vida? Tal vez no… siempre que la carrera militar sea una profesión honrosa».

—Iré al corral —dije.

En otros tiempos Modi tenía unos kilos de más. La dieta de Gallípoli se encargó de eso. Su abrazo todavía era seco y enérgico. Recorrimos el corral. Había un grupo de prisioneros turcos encadenados por el tobillo, paleando estiércol hacia un carro grande, que lo llevaría a un pozo cercano junto con los animales sacrificados. No estaba mal. Teníamos más de cuatrocientas mulas en servicio y los cargadores reemplazantes eran excelentes.

Esas asquerosas moscas verdes se estaban comiendo lo mejor de las orejas. Correajes, heno, alimento, medicación y agua estaban en buenas condiciones.

—Están mucho mejor que los soldados de dos patas —observé.

—Han resistido muy bien el calor. Para ellas nunca es demasiado —comentó Modi. Pero aun así perdemos entre veinte y cuarenta animales por semana.

—¿Dónde está Yurlob?

Modi meneó la cabeza.

—Duerme junto a las letrinas, con otros doscientos hombres. La mayoría ya sólo puede evacuar su propia sangre y el recubrimiento estomacal. Un muchacho cayó en la trinchera y se ahogó antes de que pudieran sacarlo.

Yurlob estaba inspeccionando una caravana. Santo Dios, apenas podía caminar.

Al verme se le iluminó la cara.

—Siempre pensé que los soldados ingleses exageraban al decir que cagaban las tripas. No es exageración. Esto parece peor que el cólera. Para responder a tus preguntas: Modi me tiene siempre lleno de té y arroz. No, no volveré a Lemnos. ¿Lo pasaste bien en Quinn?

—De maravillas.

Yurlob se separó de nosotros, adoptando un aire marcial.

—Usted, número cuatro.

—Sí, señor.

—¿Cómo se llama?

—Recluta Shannon, señor.

—Será mejor que usted y su compañero trabajen a la par. Alinee mejor el costado derecho, si no quiere que la mochila empiece a resbalar. ¿Los dos costados pesan lo mismo?

—Supongo que no, señor.

—A ver si se despierta, Shannon.

—Sí, señor.

Cuando el cargador se llevó a la caravana, Yurlob lo siguió atentamente con la vista.

—Lo que he tratado de hacer es asignar a cada caravana las mismas sendas. Las mulas se adaptan con celeridad. La rotación hacía que se despeñaran muchas en los lugares extraños. De este modo estamos ahorrando unos cuantos animales.

—¿Y si ahorráramos sikhs? —propuse. Deja que te explique algo Si no sales de aquí, dentro de una semana habrás muerto. Vete a Lemnos y quédate en cama por quince días, ¿sí? ¿Sólo por quince días?

—Ah, Rory, eres un espadachín con las palabras. Me gustas.

Quiso alejarse, pero yo lo hice girar hacia mí. Nos miramos fijo a los ojos hasta que yo perdí. Me puso en el hombro una mano muy debilitada. Yo no soportaba mirarlo más. Ese hombre se estaba pudriendo ante mi vista.

—En mi cultura hay algunas cosas más importantes. Para mí las cosas están en orden. Con los años de servicio que tengo, mi familia recibirá una buena pensión. Mi antiguo batallón está en estas colinas, Landers, peleando de verdad. Mi familia y la gente de mi aldea debe saber que morí en Gallípoli, no en una cama de hospital. ¿Me entiendes?

—Te entiendo. Pero vete a la cama. Planifica las cargas desde la oficina y yo me encargaré de despacharlas. Y otra cosa: te instalas donde estamos Jeremy, Goodwood y yo.

—Prefiero quedarme aquí. Está más cerca de la letrina. No te aflijas, que la religión sikh crea todo tipo de ilusiones convenientes para el momento de la muerte.

Pasaban los días sin que nada mejorara. Todas las noches la Garganta de la Viuda

se llenaba de heridos. Nosotros disparábamos, ellos disparaban. Fintas, patrullas, pequeñas incursiones, emboscadas, muelles rotos, caravanas que salían, mulas sacrificadas, carne en conserva, piojos, moscas, dientes que se nos caían con las galletas.

Un atardecer Jeremy volvió temprano. Estupendo. Desde mi regreso no habíamos tenido mucho tiempo para conversar. El se miró las botas.

—Quitárselas o no quitárselas —recitó. Hace seis noches que no voy a nadar.

—Vamos. Con un pie calzado y el otro en media.

—¿No hay una vieja canción española que dice algo así?

Oh, el agua era maravillosa… ¡Oh, centro del universo!

—Ohhhhh…

—Ahhhhh…

¡Malditos turcos! Estaban disparando con el Pedorrero Ferdinando. Oh, bien, Ferdinando disparaba hacia la hondonada de Taylor.

Nos arrastramos hasta nuestra guarida.

—¿Dónde está Chester?

—Despellejando a algún coronel. Estamos escasos de heno y municiones trescientos tres.

Me eché a reír. Todos temían al pequeño Chester. Exudaba la autoridad de un demonio de Tasmania de sesenta y dos kilos.

Jeremy sacó de la mochila una botella de ron.

—Caramba, ¿eso no debería ser para los muchachos del frente? —pregunté.

—No hay problema. Lo deduje de la provisión personal de Godley.

Compartimos. Por Dios, qué bueno habría sido tener allí a Sonya, para que nos preparara una pipa de hachís. ¿Habría podido llegar al continente?

—El mayor me saludó como si tuviera arena en el culo —comenté.

—Está enojado porque, durante el contraataque de los turcos, toda la diversión fue para ti.

—Los hombres están locos —gruñí. ¿Qué ser humano cuerdo puede querer que le arranquen las tripas?

—*E gloribus bellum* —musitó Jeremy.

—¿Por qué? —insistí. Yo quería estar en Quinn.

—Supongo que todos queremos demostrar algo a papito, ¿no? En el caso de Christopher, eso es muy importante. Después de ciertas hazañas en el territorio noroeste, papá volvió a casa con una medalla en el pecho. Está en la familia.

Trago.

Trago.

—Ahhhh.

—Ahhhh.

—Yurlob me ha ganado —reconocí.

—A mí me ganó hace mucho tiempo —dijo Jeremy. Su artillería de montaña sikh

es toda su dignidad. Ve con claridad la hora de su muerte. Y es difícil conservar la dignidad cuando te está matando la disentería. Es un gran hombre.

—Sí… Sólo quiere que su partida sea honrosa a los ojos de su batallón.

—¿Sabías que tiene cuatro chicos? —preguntó Jeremy.

—No.

—Surgió en el momento menos pensado. Tiene tres hijos varones y una de esas otras cosas. No creo que traten demasiado bien a las mujeres. Reza por que sus hijos se conviertan en combatientes del Penjab.

El contenido de la botella se evaporó ante nuestros mismos ojos. Nuestra conversación se desvió hacia Irlanda y Conor Larkin porque Jeremy quería hablar de Conor y me sabía con ganas de escuchar. Se preguntó qué habría pensado su mentor de esos campos empapados de sangre.

—Conor era lo diametralmente opuesto al hombre imperial —dijo. Veía la guerra sólo como lucha por la libertad. Para él, la Revolución Norteamericana era la principal justificación humana para la guerra. No creo que Gallípoli le pareciera un noble llamado para neozelandeses y australianos. Mucho más grande habría sido una guerra que brotara del derecho natural de Irlanda a alzarse en armas contra los británicos. O sea: si Gran Bretaña está en Turquía, luchando por la libertad de Bélgica, ciertamente los irlandeses tendrían el derecho de luchar por su propia libertad.

Se nos soltó gloriosamente la lengua.

—Algo de todo esto debe tener sentido —dije. No es posible que lo de Gallípoli quede como una página olvidada de la historia.

—Creo que cada uno de nosotros saldrá de aquí con un significado propio. ¿No crees que Christopher está evolucionando de algo asqueroso a algo bueno?

—Sí. Yo sabía que era muy capaz de amar a una mujer. Ahora sé que puedo amar a los hombres.

—¿Y la maravilla de ser neozelandés? —preguntó Jeremy. En el Puesto de Quinn quedó demostrada la pasta de la que están hechos los hombres de tu país.

—A qué precio, carajo.

—Todo cuesta su precio.

—¿Qué pasó después de tu último contacto con Conor? —le pregunté. Después de escapar de la cárcel, ¿estuvo siempre en Irlanda?

—Según rumores, pasó algunos años en Norteamérica y luego volvió secretamente.

—¿Se enamoró de alguna otra mujer?

—Mucho. Era un secreto, pero un secreto a voces.

—¿Cómo es eso?

—Bueno, es que él vivía escondido. Había una mujer llamada Atty Fitzpatrick. Era de ascendencia anglo-protestante, es decir: nacida en Irlanda, pero de ascendencia inglesa. Mi familia es igual. Somos las generaciones de herederos, después de que

nuestros antepasados ingleses se repartieron el país. Muchos anglos se convirtieron en patriotas republicanos. Atty Fitzpatrick era una especie de santa, porque distribuyó la baronía de su familia entre los arrendatarios y donó casi todo su dinero para causas humanitarias. En realidad la vi varias veces. Era una gran actriz del escenario dublinense: alta, de busto glorioso, con la majestad de una Juana de Arco y muy imponente. Era viuda, con hijos. Cuando encarcelaron a Conor, ella se convirtió en un ejército unipersonal para defender su causa. Iba de un extremo al otro del país, organizando manifestaciones callejeras.

«Ah, ése era mi tío Conor, con una mujer así», pensé.

—¿Conque Conor pudo volver a enamorarse, pese a la tragedia de Shelley?

—No lo sabemos con certeza. Era un diamante de muchas facetas. Creo que podía amar de muchas maneras. Mi madre nunca pudo quitárselo de la cabeza. Sí, creo que pudo volver a enamorarse porque pudo volver a creer.

Todo lo que estaba escuchando me inspiraba una gran calidez. Sin duda él se culpaba por el asesinato de Shelley MacLeod. Eso quería decir que yo también llegaría a superar lo de Georgia.

—Ella viajó desde Dublín hasta la aldea de Conor, acompañando el cortejo fúnebre. En todas las ciudades, a lo largo del trayecto, se reunían multitudes llorosas. Dicen que ella pasó días enteros tendida sobre la tumba. Me cuesta creer que todo eso haya pasado hace unos cuantos meses.

Jeremy quedó sumamente pensativo y me miró como diciendo: «Somos hermanos».

—Pedías un sentido para lo de Gallípoli —comentó lentamente. Creo haber encontrado el mío.

—¿Qué has descubierto, Jeremy?

—Tal vez esta guerra tenga sus justificaciones: que el otro bando tiene intenciones más feas que las nuestras. Pero lo de Gallípoli está mal. El imperialismo es malo. El imperio es malo. Oigo la voz de Conor, diciéndome que nadie tiene el derecho a poner hombres en un lugar como éste cuando su objetivo final es la codicia. Oh, nos cubrimos con el manto de la democracia, pero esta guerra no tiene nada que ver con la democracia. Esperó un largo instante, sin apartar los ojos de mí. —Cuando vuelva a Irlanda, Rory, voy a unirme a la causa republicana.

—Eso es grandioso —susurré. Jeremy había pasado de borracho patético a un hombre de valía, que seguía una senda de claridad.

—Si yo fuera irlandés —agregué— creo que llegaría a la misma conclusión.

—Eres tan irlandés como yo —dijo él.

Nos miramos fijo.

—Te di a conocer mi secreto más profundo porque no quiero que haya más secretos entre nosotros.

—Lo sabes, ¿verdad? —pregunté.

—Eres Rory Larkin. ¿Me equivoco?

—¡Dios mío, cuánto deseaba escuchar mi verdadero nombre! ¿Cómo lo descubriste?

—Lo supe desde el principio, supongo. Sabía que en Nueva Zelanda había un Rory Larkin. Conor me había hablado de ti. Y cinco o seis veces, sin darte cuenta, mencionaste el nombre de Ballyutogue. No me pareció correcto decirte nada hasta que tú estuvieras dispuesto. Y sobre todo, esperé hasta poder decir en voz alta que iba a hacerme republicano.

—Gallípoli está lleno de significados secretos —musité.

—Como diría mi madre: «Sí, hombre, por cierto que sí».

En ese momento entró Chester Goodwood, el mejor de todos.

—Yurlob ha muerto —dijo.

Modi lo siguió un momento después, llevando en brazos el cuerpo de Yurlob. Ya no era tan pesado.

—No quise enviarlo en el bote —dijo. Se me ocurrió que podíamos enterrarlo nosotros.

—Sí.

—Oye, toma primero un trago.

—Ya estoy bastante borracho —dijo Modi.

—¿Ellos no queman a sus muertos en una pira? —recordó Jeremy.

—No sé —respondí—, pero me parece buena idea. Así no se lo comerán esas malditas moscas.

Nos pusimos los zapatos. ¡Mierda! ¡Ya sabía yo que no debía sacármelos!

—¿Estás bien, Rory?

—No, no estoy nada bien. Despidamos a este muchacho con una buena llamarada. En mi mochila hay otra botella. Tráiganla.

Tironeé de las botas, pero no veía como para acordonarlas. No importaba. Levanté a Yurlob Singh, ese maldito budista cabeza hueca… Oh, Dios, ya no pesaba nada… no pesaba nada.

TERCERA PARTE: EL CIRUJANO

Lo cierto es que disfruté de mi resaca. Habíamos despedido al teniente segundo Yurlob Singh como si fuera el Maharajá de Lahore.

Mientras revisaba cascos en el corral vi a un oficial nuevo, un teniente coronel, que abandonaba el cuerpo, seguido por un cortejo de seis gurkas, para ir a los cuarteles del batallón.

Chester se me acercó trayendo una lista donde figuraban los embarques de la mañana.

—¿Quién es ese hombre? —pregunté.

—Un personajote de Alejandría.

—Parece que viaja con sus guardaespaldas particulares. A lo mejor lo entretienen

sentándose sobre clavos y encantando serpientes.

—Ya lo averiguarás. Tienes que presentarte a él en los cuarteles del batallón.

—Acompáñame, Chester, ¿quieres?

—¿Por qué?

—Mira, éstos vienen a arreglar algo. En estos días nos mandan a los especialistas más grandes del mundo. Y siempre quieren saber de números.

Me limpié las manos para revisar la lista.

—Flynn.

—Sí.

—Tú mandas aquí hasta nuevo aviso.

Saludé con la cabeza a los gurkas reunidos ante la oficina del mayor y entré.

—Aquí está Landers —me recibió Chris, de pie tras su escritorio. El teniente coronel era un tipo delgado, de bigote fino y pelo negro lustroso, como cabía esperar de todo oficial elegante que viniera de Alejandría. Bueno, ese uniforme no tardaría en parecer un trapo, si pasaba un tiempo con nosotros.

Lo acompañaba un capitán gurka.

—Teniente segundo Landers, quiero presentarle a un compatriota suyo, el teniente coronel Calvin Norman. Su asistente, el capitán Shurhum.

—Doctor, nomás —dijo el coronel.

Traté de dominarme, pero hice una mueca de dolor y creo que me eché a temblar.

—Es esta maldita sutura del bayonetazo. Me da tirones cuando menos lo espero. Disculpe, señor… doctor, encantado de conocerlo. Debería darle la bienvenida, pero este lugar no lo amerita.

Calvin Norman esbozó un milímetro de sonrisa en la comisura del labio, que duró un segundo y cuarto. Su férreo apretón de manos me recordó que era cirujano. Sentía el pecho aplastado y me costaba respirar. Tenía que recobrar la compostura.

—Levántese la camisa —me ordenó él.

Mientras yo manoteaba, me la levantó él.

—Un trabajo horrible. ¿Quién se lo hizo?

—Me cosí yo solo. Los paramédicos estaban muy ocupados.

—Tiene suerte de que esto no se le haya infectado.

—Oh, es que le volqué arriba todo un frasco de yodo.

El doctor Norman hizo una mueca de horror.

—Venga a verme más tarde y se lo arreglaré.

—Landers ha sido recomendado para una condecoración al valor por su actuación durante el contraataque turco. Dice la leyenda que derribó a unos cien turcos a pistola, bayoneta y ametralladora —apuntó Chris, con esa jodida entonación de los oficiales británicos.

—Por favor, no me abochorne. ¿En qué puedo serle útil, doctor?

—Son demasiados los hombres que mueren entre la evacuación y la llegada a Alejandría.

Sentí deseos de chillar: «¡Oh, qué gentiles son! ¡Se han dado cuenta!». Obviamente, Norman captó mi expresión.

—Entendámonos, ¿quiere? Como neozelandés me asquea este plan de evacuación, que probablemente sea el más inepto de la historia militar británica. En todo el Mediterráneo flotan brazos, piernas, torsos, cabezas y mulas que vienen de Gallípoli; las olas los arrojan por centenares a las playas de Egipto y a la costa de Africa. Veamos si se puede hacer algo mejor.

Para mí fue un momento intimidante, pero claro. Cualquiera fuese mi animosidad personal, el hombre estaba allí para cumplir con la más necesaria de las misiones.

Chester pidió permiso y entró. Cuando lo presenté, Norman le echó una mirada como para decir: «No sabía que aquí tuviéramos tamborcitos». Eso fue antes de que Chester abriera la boca.

—Coronel Norman… —dijo Chester.

—Prefiero que me digan doctor.

—Doctor: sugiero que comencemos por sentarnos con el mapa; así usted se familiarizará con el cuadro general. También puedo proporcionarle el número promedio de bajas diarias en los puestos principales, los tipos de herida y los procedimientos de evacuación.

—Me sería muy útil. No pensé que se llevara un registro, en semejante caos y con tantas bajas.

—No se lleva, señor. Tengo los datos en la cabeza —especificó Chester.

Mientras pasábamos a la sala de mapas, Norman presentó a su equipo de cirujanos gurkas, buenas personas, todos ellos. Imaginé al doctor Shurhum siguiendo a Norman, que recorría la sala de hospital dando secas órdenes, con las manos cruzadas a la espalda.

Norman recorrió con la vista los corrales y las viviendas cavernarias, la concentración de moscas, el estiércol y la mugre hedionda; más allá, las aguas sanguinolentas.

—Veamos si se puede comenzar por instituir medidas sanitarias básicas.

Christopher lo tomó del brazo y me indicó por señas que lo acompañara.

—Con todo respeto, doctor, le sugiero que no se rompa la cabeza tratando de cambiar lo que no se puede cambiar. Estamos en la situación militar más difícil del planeta. Será mejor que reserve sus energías para concentrarlas en el objetivo de mantener con vida a los hombres hasta que lleguen a Alejandría.

La expresión de Calvin Norman era de las que pueden quebrar una roca, pero Christopher Hubble era un aristócrata británico dirigiéndose a un hombre de colonias.

—Vea, mayor: para venir aquí he tenido que abrirme paso a través de una pesadilla burocrática, pero se me ha dado carta blanca. No soy de los que tiemblan ante un general inglés.

—Lo que el mayor trata de decirle —intervine rápidamente— es que lo más provechoso, una vez que usted se haya familiarizado con las condiciones, sería

concentrarse en las prioridades. En pocas palabras, doctor: no hay modo de que podamos eliminar las moscas, el olor a cadáver, los piojos, la disentería, el calor y los turcos, así que es mejor trabajar sobre los heridos.

Calvin Norman no dejó escapar un sí, un no ni un váyase al diablo.

Lamento que no estuviera allí algún futuro historiador para registrar la disertación de Chester Goodwood ante el gran mapa. Desde el extremo norte, frente a la colina turca N.º 80, descendiendo por la línea hasta el Puesto de Chatham, que conectaba con la playa, Chester explicó la fuerza y la razón de ser de cada puesto y cada trinchera. Calvin y sus hombres siguieron los cuarenta mapas de rutas, con sus peculiaridades individuales y sus peligros invisibles. Mientras él hablaba, los miembros de la plana mayor de Brodhead, incluido el coronel Hugh Markham, escuchaban como si fuera una conferencia de Napoleón.

La voz de Chester aún no había adquirido su tono final de tenor o barítono, pero sin que lo dijera en palabras fue dejando traslucir las patochadas de la plana mayor. Tuvo que responder a muchas preguntas con frases como: «Temo que eso tendrá que preguntárselo a la oficialidad aquí presente, señor. Prefiero no adivinar».

—Parece haber una pregunta ineludible —observó Norman, al final. ¿Por qué diablos los desembarcaron aquí?

—Será una pregunta interesante para los futuros simposios militares —dijo el coronel Markham desde la retaguardia. Y se retiró.

Al doctor Norman se le había desinflado el globo. Se movía con aire incómodo, olfateando por primera vez la realidad de que Ensenada CANZ estaba en las fauces turcas.

—¿Cómo supone usted que deberíamos seguir? —preguntó a Christopher. Creo que debo hacer una recorrida de los puestos de avanzada.

El mayor asintió.

—Landers es la persona indicada para llevarlo.

—Mayor, recuerde que en el corral hay mucho que hacer desde la muerte de Yurlob —observé, con las rodillas flojas.

—Jeremy puede suplirte. ¿Puedes arreglártelas sin él por algunos días, Goodwood?

Chester sintió un súbito temor.

—La playa está bajo control —dijo.

¡Qué cosa, los hallazgos fortuitos! No me gustó el aire amenazante que se filtraba en mis pensamientos. No me gustó la manera en que me estaba funcionando la mente. Cuando los otros se fueron traté de justificar lo que trataba de salir a la fuerza de mí.

—He aquí mi sugerencia, doctor —dije. No podemos llevar por las colinas a todo su personal. Si necesitan familiarizarse, sugiero que salgan con las caravanas de mulas a partir de mañana. Si los hacemos rotar debidamente, en tres días tendrán un buen cuadro general.

—Siga, Landers.

—En el terreno hay todo tipo de matices —expliqué. Si vamos solos podré darle una imagen más detallada de las cosas. Eso sí, le advierto que el calor es terrible y hay trechos muy difíciles de escalar.

—Estoy en perfectas condiciones —me espetó.

—Bien.

Era tal como Georgia me lo había descripto: una gran frialdad cubriendo los granos de la niñez. ¿Qué motivos tenía para venir a Gallípoli? Si lo que buscaba era la gloria y las insignias de coronel, aquí las ganaría. Cualquiera fuese la causa, el objetivo era humanitario. Entonces, ¿qué diablos importaba por qué venía? Probablemente era un estupendo cirujano. En Christchurch veía muchos hombres destrozados: mineros, leñadores, rancheros y marinos.

Me fastidiaba haber deseado su muerte. No era difícil imaginarlo en una elegante clínica de Londres, deslizando la mano por el muslo de una gran dama.

Cada vez que empezaba a dormirme lo veía haciendo el amor con Georgia. ¡Con mi Georgia, el hijo de puta!

Sería tan fácil, cuando estuviera solo con él en la colina… Tal vez no necesitara siquiera hacerlo con mis propias manos. Algún francotirador turco lo haría por mí. «Domínate, Rory La necesidad que los CANZ tienen de Calvin Norman es mayor que tu deseo de asesinarlo». Mejor así. ¡Qué mundo extraño!

Raro momento, la primera vez que le ofrecí la mano mientras escalábamos una formación rocosa llamada La Esfinge. Protegía el valle del Balneario Celestial, donde los hombres trataban de descansar y despiojarse cuando los retirábamos de las líneas.

No era un hombre frívolo. Mantenía secas y penetrantes conversaciones con los coroneles Monash y Malone y otros comandantes de avanzada. No ofrecía compasión, pero comprendió en seguida que el mero hecho de pasar un día con los turcos, el calor, los piojos, las raciones, la disentería y las moscas era el máximo que un ser humano podía soportar.

Al terminar ese difícil primer día me dio secamente las gracias y me despidió, ordenándome que estuviera listo para continuar al rayar el día.

Yo estaba casi idiota. Quería hablar con Jeremy, pero no me atreví. No había dominado mi compulsión de liquidarlo. Si me confesaba con Jeremy y luego mataba a ese hombre, mi amigo tendría que cargar con un secreto horrible.

En el segundo día recorrimos el extremo norte de la línea. Había tres caminos para volver al puesto siguiente. Escogí el más peligroso: la Garganta de Malone. Por Dios, estaba decidido. ¿Podría volver a mirar a Georgia a los ojos? Sabía por qué no le gustaba ese hombre; lo que no sabía era por qué estaba dispuesta a aceptarlo otra vez.

Caramba, qué calor hacía. Esas malditas rocas se estaban derritiendo. Yo conocía el único arbusto de todo ese cañón que nos daría una mota de sombra. Cuando advertí a Norman que no debía beber deprisa, él me contestó con brusquedad:

—Creo que sé algo de deshidratación.

—Encontré un par de latas de puré —dije. Se necesita una dieta variada. Y tengo algunos caramelos. Proporcionan energía, como usted sabe muy bien.

Comió en silencio, aunque tenía la costumbre de pasarse la lengua sobre los dientes para limpiarlos. Después se levantó de súbito.

—¡Qué diablos está haciendo! —exclamé automáticamente.

—Tengo que orinar, si a usted no le molesta —me respondió.

—Bueno, doctor, pero vaya hacia el otro lado. Si camina tres metros más en esa dirección se encontrará en la mira de un francotirador turco.

Parpadeó por un momento y meó donde yo le indicaba.

—Muchísimas gracias, de veras —dijo, al volver a la sombra. Me pregunté qué instinto me había obligado a desviarlo en la dirección segura. Oh, Cristo… —¿De la Isla Sur? —preguntó.

—Sí, señor.

—Yo también soy de Christchurch. Pero estudié en Londres, por supuesto.

Por supuesto.

—Por casualidad, ¿no estará emparentado con Horace Landers, el de Kiwi Junction?

Tal vez tendría que matarlo, después de todo.

—En realidad, sí.

—Horace y yo nos veíamos de vez en cuando, hasta que se retiró. Se fue a Escocia, ¿no?

—Sí, señor.

—Ignoraba que tuviera un hijo tan joven.

—La historia es larga, doctor. La familia me adoptó a través de la hermana de mi padre. Y yo me quedé en la Isla Sur, trabajando en las fincas.

—Qué chico es el mundo. Cuando le escriba, dele mis saludos.

—Por cierto.

De pronto Norman empezó a jadear; se puso amarillo y empezó a sudar frío. Estaba flotando… mareado.

—¿Qué diablos…?

—Un golpe de calor. Acuéstese, doctor.

No tenía fuerzas para protestar. Lo acosté y mojé un trapo para refrescarle la cara y la nuca. Lo abaniqué. Él murmuraba, abochornado.

—Cierre los ojos y no malgaste el aliento —dije. Ya pasará.

Le abrí la camisa y continué abanicándolo para refrescarlo con su propio sudor.

A mí también se me secó la boca por completo cuando sentí que mi mano desabrochaba la pistolera. Lo único que podía oír, por sobre los disparos lejanos, era mi aliento y el de él, trabajosos. Oh, sería tan sencillo… ¿Por qué, en todo el ancho mundo, tenía que estar allí conmigo? ¿No era un claro mensaje para que lo eliminara? ¿Qué importaba un muerto más en ese circo?

Apunté directamente la pistola a su sien.

«Tu dolor será más fácil de soportar si Calvin Norman sigue con vida. Mira, Rory Larkin: si lo matas, te destruirá el alma día a día, año tras año. Aun en esta tierra salvaje nadie puede renunciar deliberadamente a su condición humana».

¡Mierda! ¡Justo lo que necesitaba! Sabias palabras de Conor Larkin.

«¿A cuántos otros matarás al quitarle la vida, Rory querido? ¿Puedes vivir con ese remordimiento? Suponte que Jeremy o Chester estuvieran en la mesa de operaciones, o tú mismo, y ya no viviera Calvin Norman para operar. Suicídate, si quieres, pero no mates a un cirujano en un campo de batalla».

Norman gruñó.

Guardé la pistola y volví a humedecerlo. Poco a poco recobró la coherencia.

Había un camino seguro para bajar a la playa, pero estaba siempre cubierto por los cañones turcos. Lo menos peligroso era caminar hasta el Barranco de Walker, pero la cuesta era empinada y Norman no estaba en condiciones.

—Landers…

—Le exigí un poco más de lo que debía.

—No sé si puedo regresar.

—Claro que puede. Chupe estos caramelos y bébase las dos cantimploras, a sorbos pequeños. Con eso se le despejará la mente. Nos quedaremos aquí hasta que baje el Sol. Entonces iremos hasta el Puesto Número Uno y pasaremos la noche allí.

Cuando el sol inició su descenso hacia el mar lo ayudé a levantarse. Estaba un poco mejor, pero no tenía mucha resistencia.

—Lo voy a llevar colgado de los hombros —decidí.

—Me siento idiota.

—Aproveche el paseo, doctor. ¡Arriba! Rodéeme el cuello con los brazos. Eso es. No queda muy lejos: doscientos metros garganta abajo y otros doscientos hacia arriba, hasta el Puesto Número Uno.

—¿Y podrá llegar?

—¡Si usted es liviano como… una de esas jodidas mulas…!

Había obrado bien al no asesinar a ese cretino, pero no tenía ninguna intención de entablar amistad con él. Imaginándolo con Georgia perdía el poco sueño que me correspondía. Hasta ahora había logrado controlar, más o menos, mi nostalgia de Georgia, pero con ese idiota allí la deseaba constantemente.

Aunque trataba de no cruzarme con él, teníamos mucho que hacer juntos. Sus gurkas lo adoraban, pero por lo demás no tenía amigos. ¿Por qué diablos, con todos los soldados que había en CANZ, quería ser amigo mío?

Le aseguré que, en el campo de batalla, los hombres se salvan mutuamente sin darle importancia, pero su gratitud salía de lo común. Comenzó a respaldarse en mí, sabiéndome capaz de atravesar la burocracia. Yo solía obtener resultados. Y así fue cobrándome afecto, más y más. Cada vez que lo veía era como recibir un puñetazo en

la boca.

Por cierto, se recuperó de una manera admirable. Y el destino quiso que yo necesitara un favor de él. Modi enfermó gravemente de disentería, cosa que me asustó a muerte. Temiendo más por su vida que por mi propio rencor, supliqué al doctor Norman que, si había alguna manera de salvar a mi amigo, la aplicara por mí.

Ya se sabe cómo son los médicos: siempre llevan en el maletín algo que, generalmente, no está a la venta. Me dio no sé qué elixir para Modi, advirtiéndome que contenía opio diluido.

Mientras Modi se iba taponando, calculé que Calvin Norman y yo estábamos a mano. Ya no nos debíamos nada.

Una semana después de su llegada, mientras yo ayudaba en la descarga de unas correas nuevas, lo vi entrar en el corral.

—Tengo que hablar con usted, Landers —dijo, muy serio. Bueno, siempre era serio, pero ese día se le notaba aún más. —En realidad, es un asunto personal.

Calvin no tenía la cara llena de los hombres felices. Su sombría personalidad le había estirado la piel sobre los pómulos y en ese momento estaba müy tenso. Lo primero que me vino a la mente fue que Georgia le había escrito mencionándome.

Presté atención al Pedorrero Ferdinando. Ese maldito estaba disparando hacia el sur.

—La playa está tranquila —sugerí. ¿Quiere que nos demos una zambullida?

—Excelente idea.

Por motivos obvios, analicé a Norman mientras se desvestía. Bueno, en ese aspecto Georgia no había hecho buen negocio con él. Nos dimos el baño CANZ de las rameras, sentándonos con el agua a los hombros.

—Cuando recorrimos las líneas, usted me advirtió que no había ninguna posibilidad de instalar un quirófano más cerca de las trincheras.

—Nunca se sabe a qué puesto apuntarán los turcos ni cuál atacaremos nosotros. Durante la noche tratamos de impedirnos mutuamente el sueño. —Era un alivio que la cuestión no se relacionara con su mujer.

—Bueno —continuó él—, volvamos a sus dos sugerencias del principio: tengo que establecer un quirófano en la Garganta de la Viuda o bajo las carpas de la Cruz Roja. Vine con la idea de aplicar un tratamiento en el frente mismo. Ese maldito descenso a lomo de mula o en litera puede requerir hasta dos horas. Como usted dijo, Gallípoli tiene ciertas realidades incorporadas.

—Es una verdadera vergüenza, pero perdemos muchísimos hombres en ese descenso.

—Gallípoli parece ser un largo grito —comentó él. Nos ayudaría contar con algunos cirujanos más, con otros equipos de gurkas. Espero que vengan pronto.

—Voy a hacerle una pregunta estúpida, doctor. De los hombres que perdemos, la mayoría muere desangrada. ¿No existe algún modo de ponerles sangre nueva?

—Buena pregunta, Landers. Hemos probado transfundir sangre. A veces da

resultado, pero con demasiada frecuencia provoca la muerte instantánea. Parece que hay distintos tipos de sangre.

—¿Según la raza?

—No, no es cuestión de raza, sino de algún ingrediente que no podemos identificar. Mire, cuanto menos contamos con éter, morfina y yodo para las infecciones. En las guerras del siglo pasado no teníamos casi nada: serruchos, cuchillos y suturas. A ver, déjeme ver sus heridas.

Me puse de pie en el agua.

—Jamás entenderé cómo se libró de una infección. Bueno, lo mejor que puedo hacer aquí es operar antes de embarcarlos para Alejandría… a los que tienen una posibilidad.

—¿Se pierden muchos heridos en los barcos? —pregunté.

—Centenares. He exigido un par de barcos hospital como Dios manda. Veremos hasta dónde llega mi carta blanca. Quería hablar con usted para preguntarle dónde conviene instalar el gran quirófano. En Garganta de la Viuda estamos más o menos protegidos de la artillería turca, pero el espacio es muy estrecho y hay pocas posibilidades de garantizar medidas sanitarias. Pero si me instalo en las carpas de la Cruz Roja estaré muy expuesto al fuego de los turcos. ¿Qué me sugiere, Landers?

—Oh, por Dios, no soy Salomón.

—La decisión la tomaré yo —dijo Norman—, pero me vendría bien conocer su opinión.

«La decisión la tomaré yo», decía. ¡Caramba! Ambas alternativas podían ser incorrectas, pero eso no lo amilanaba. Cincuenta veces por día decidía quién tenía posibilidades de sobrevivir durante el viaje hasta Alejandría… y quién moriría en Gallípoli. No pude menos que admirar profundamente a ese hombre. Sin su máscara de indiferencia, sin su capacidad de hacerse responsable por muchísimas muertes, era imposible salvar vidas. Se explicaba que el tipo pareciera hecho de hierro fundido.

—Bueno, veamos. ¿Las carpas de la Cruz Roja le parecen más aceptables?

—Sí. Hasta ahora ambos bandos hemos respetado a la Cruz Roja. Nuestras carpas están completamente expuestas. Hasta ahora no ha pasado nada, pero los turcos no son nada dulces. No quisiera caer prisionero de ellos. Modi… el doctor Pearlman, para el cual le pedí el remedio contra la disentería, es de Palestina. Los turcos lo golpearon en la planta de los pies con una rama gruesa. De ese modo dejaron lisiados a muchos de sus amigos. Y también les encanta violar a los hombres que toman prisioneros. Pero aunque no dispararan deliberadamente contra las carpas de la Cruz Roja, el caos y la falta de control de fuego son cosa permanente. Siempre se puede producir un disparo demasiado corto o mal apuntado. Y hay otro peligro importante: nuestros propios cañones navales han matado a cientos en nuestro bando. ¿No sería mayor la tensión de los cirujanos que operaran durante un bombardeo?

—Cuando hay dudas, lo mejor es protegerse —decidió.

—Puedo estar equivocado, pero creo que esas carpas van a recibir más de un

disparo.

—Bueno, Landers, gracias; me ha sido muy útil. Cualquiera pensaría que, después de un tiempo, los turcos deberían estar escasos de municiones.

—Han abierto una fábrica de municiones al sur de Constantinopla. En ese dato, al menos, nuestra inteligencia no se equivocó.

Los zapadores e ingenieros abrieron una caverna paquidérmica en la pared este de la Garganta de la Viuda, la techaron con acero y amontonaron bolsas de arena y tierra hasta seis metros de altura.

Era demasiado resistente, hasta para el Pedorrero Ferdinando.

Según corría junio, el calor llegaba a veces hasta los cuarenta y cinco grados. Abajo, en cabo Helles, los británicos hicieron otro inútil intento de asaltar Achi Baba. A un costo terrible, avanzaron poco más de un kilómetro y medio por la península y no pudieron dar un paso más en ese maldito suelo. Esa ofensiva resultaba desconcertante. Como yo conocía los informes oficiales, descubrí penosamente que la plana mayor, además de su monumental incompetencia, exhibía también una monumental tendencia a mentir con respecto a las causas y las consecuencias. Redactaban los desastres con la poesía de lo fantástico.

Entre los miembros originales de la brigada, sumado el mayor Hubble, un hombre se destacaba por sus condiciones para llegar a ser un estupendo oficial, y ese hombre era Chester Goodwood. Al parecer, todo el CANZ dependía de su administración de la playa.

Chester tenía otros dos puntos a favor. El primero era su capacidad para presentir los requerimientos y las escaseces futuras, para conseguir el material antes de que se produjeran. El segundo era una sensibilidad que lo hacía estallar ante cualquier incompetente, cualquiera fuese su rango. Chester sacudía a los oficiales para que se movieran y, en Lemnos, hasta los coroneles se petrificaban de miedo ante su ira.

A su debido tiempo exigió que el general de brigada Godley despidiera a su principal comisario, un teniente coronel; ante el enfrentamiento, Godley cumplió mansamente. Nunca me sentí más orgulloso que cuando lo nombraron teniente primero. ¿Quién podía imaginarlo? Aún no tenía edad para afeitarse.

Por fin Christopher Hubble logró el sueño de su vida: un batallón que comandar, bajo las órdenes del coronel Malone. Era una mezcla de diversas tropas que recibía la esotérica designación de Primer Kiwi.

Jeremy había estado demasiado tiempo en la playa. Atrapó una fiebre y lo transfirieron al Primer Kiwi, donde le asignaron el pelotón de exploradores llamado Reconocimiento A.

Para ser totalmente franco, Modi podía manejar el corral hasta dormido. Con el tiempo había preparado a unos veinticinco cargadores y conductores capaces de manejar la operación, incluyendo judíos palestinos y sikhs. Por lo tanto, presenté mi solicitud para incorporarme al Primer Kiwi y utilicé mi influencia sobre Brodhead

para que el pedido le fuera presentado directamente. La negativa me dejó atónito. Recurrí al coronel Markham, que era tan británico como Christopher Hubble, «solicitando» conocer los motivos.

Al principio Markham esquivó el bulto, diciendo que yo iba a ser condecorado y, por lo tanto, no convenía que me ascendieran demasiado bruscamente. Ése no era motivo y así lo dije. Entonces cedió y me mostró mi solicitud de transferencia. Había una nota agregada: «*El teniente segundo Landers sería de sumo valor para mi unidad, ayudando con los heridos*». La firmaba el teniente coronel Calvin Norman.

¿Qué era lo que los dioses trataban de decirme? A decir verdad, como el corral funcionaba automáticamente, yo me había dejado atraer inexorablemente hacia la Garganta de la Viuda, donde hice construir un quirófano y ejecuté muchas cosas que requerían sentido común, cosa generalmente escasa entre los oficiales de alta graduación.

De algún modo decidí no protestar; en el fondo sabía que, si realmente me empeñaba, podía hacerme trasladar a las líneas del frente.

Lo que hacía era manejar el movimiento general del quirófano: ocuparme de que le llegaran los elementos necesarios; excavar lugares donde los heridos estuvieran más seguros y cómodos; hacer que los prisioneros turcos trabajaran veinticuatro horas al día limpiando la zona; mantener libre de sangre el suelo del quirófano; trasladar los miembros amputados a la barcaza de modo que no los vieran quienes esperaban ser sometidos a cirugía; trabajar con Chester para lograr evacuaciones muy rápidas y serenas; sentarme junto a alguien que necesitaba una mano amiga, pues se estaba desangrando; mantener provistos de uniformes limpios a Norman y a su equipo…

No puedo enumerarlo todo, por cierto, pero había mucho que hacer y reconozco que había hallado una verdadera causa para existir.

Todos los días el doctor Norman seleccionaba entre cincuenta y cien heridos, los más necesitados de cirugía, y los repartía entre sus cirujanos. Estaban tendidos en el cañón, como medias reses en un matadero, y él pasaba clasificándolos: algunos, para morir; otros, para evacuación sin cirugía; ciertos otros, para ser operados.

Él y los otros médicos operaban bajo condiciones bestiales, con el suelo siempre resbaloso de sangre. Los turcos la recogían a baldes de entre sus pies, mientras ellos trabajaban.

La gran habitación parecía una mina de carbón: mal iluminada, mal ventilada, hedionda y con las mallas mosquiteras siempre necesitadas de reparación. Y esos malditos cañones, siempre tronando a poca distancia…

Aunque pueda parecer diabólico, allí aprendí mucho más de lo que esperaba con respecto a la humanidad. Los que estaban allí eran mi pueblo: neozelandeses y australianos. Tratábamos de aplicar una dura norma, diciendo a los heridos que a todos nos iría mejor si ellos soportaban el dolor en silencio. Los gritos y las contorsiones no harían sino alterar a los otros pacientes y dificultar las cosas para los cirujanos. Poníamos gusanos en la carne muerta para que se comieran la infección y

plantábamos trozos de goma entre los dientes de los heridos. Se oía el incesante gemir de los que estaban padeciendo un tormento implacable, pero rara vez un alarido y nunca gritos en masa. Todos esperaban en sus camillas o en el suelo que les tocara el turno de subir a la mesa de operaciones.

Calvin Norman pasaba casi todas las noches aserrando y suturando, casi sin tiempo de lavarse ni de limpiar sus instrumentos entre una operación y otra.

—¿De dónde eres, muchacho? De Auckland. Ah, cómo me gustan esas colinas de Auckland…

—¡Mi brazo! ¡Ya no tengo brazo!

—No grites, amigo, que será peor para tus camaradas.

Al amanecer, Shurhum, Norman y los otros médicos apenas podían mantenerse en pie, pero continuaban hasta que se les empañaba la vista y ya no podían dominar las manos, con lo cual los instrumentos se tornaban peligrosos. El habla se les tornaba gangosa. El doctor Norman ya no podía dar adecuadamente las órdenes.

Más o menos a esa hora, yo lo llevaba a la playa y lo ponía en el agua. Chester siempre tenía un uniforme limpio preparado para él. Cuando aclaraba detrás de Chunuk Bair, yo acomodaba a Norman, lejos de la artillería, y ayudaba a vaciar Garganta de la Viuda, ya fuera hacia el bote de evacuación, ya para… se entiende… la sepultura en el mar.

Las malas noticias viajan deprisa. Las buenas, en cambio, tardaban en llegar a Gallípoli. Ahora que entraba en servicio un nuevo buque hospital podríamos salvar cientos de vidas.

Mis pesadillas tenían sus propias pesadillas: montones de sangre y de miembros… el quirófano del doctor Norman, todo mezclado conmigo en Puesto de Quinn… y sueños terriblemente extraños sobre Georgia. Chester me rondaba como si yo fuera un inválido y él no tuviera bastante que hacer. Llegué a tener miedo de dormir. Pero en lugares como ése, uno aprende a dormir de pie, por períodos de veinte segundos.

¡Cosa de no creer! Por fin llegó el día (y muy a tiempo) en que Norman no tuvo ninguna operación que realizar. Nos refugiamos en mi cueva de troglodita para darnos un festín con algunas latas destinadas a la oficialidad superior: sopa crema de papas y, aunque pareciera imposible, salmón, vino y flan. Calvin Norman nunca bebía, ya porque no tenía tolerancia para el alcohol o porque estaba demasiado exhausto como para resistirlo. Ese día decidí emborracharlo. Bebió un vaso y otro, hasta que se dejó caer contra la pared, con los ojos cerrados.

Comprendí que me hablaría de sus preocupaciones. No tardó mucho en hacerlo.

—Uno de los problemas que tenemos aquí son los hombres supuestamente sanos —dijo. Calculo que en CANZ, en su totalidad, cada soldado está funcionando al cincuenta por ciento de sus fuerzas. Son piel y hueso; están expuestos a cualquier cosa que puedan transmitir esas malditas moscas y esos piojos. ¿Qué energías tiene usted en estos momentos, Landers?

—Cincuenta por ciento.

—Bueno, supongo que los turcos también están bastante débiles, aunque tienen acceso a carne y trigo.

—¿Cómo se siente cuando opera a un turco? —le pregunté.

—Siento que debo esforzarme el doble para salvarlo.

—Sí… Tome. Buen vino, caramba. Francés.

—Todas las noches estoy tomando decisiones incorrectas —balbuceó. A veces, cuando estoy por dormir a un muchacho, me suplica con los ojos y yo sé que no tiene salida. Entonces se me ocurre que, al día siguiente, alguien recibirá un telegrama en Sidney o en Wellington…

—Escúcheme, doctor.

—Usted puede llamarme doctor. No le doy miedo, ¿verdad, Landers?

—¿Cómo puede dar miedo un hombre que pasa veinte horas de pie, salvando vidas?

—Ahí está la cuestión, hombre. Me he pasado la vida tratando de dar miedo —gruñó. No tengo amigos. Nunca los tuve. La cirugía de precisión fue siempre mi credencial para merecer respeto. Lo de Alejandría fue coser y cantar. En un mes era allí el único cirujano capaz de arreglar las cañerías a las esposas de los oficiales.

—Bueno, ahora está recuperando el tiempo perdido.

—¿Aquí? Vine a Gallípoli por motivos equivocados. ¿Qué es lo que estamos comiendo? Me gusta.

—Caviar del general. ¿Qué le encuentran de extraordinario? —reflexioné.

—-Bueno, déjeme pensar… Es más rico que la carne en conserva.

—Hasta la mierda es más rica que la carne en conserva.

—La carne en conserva es mierda —corrigió él. Y hablando de mierda, ¿cómo anda el doctor Modi de sus intestinos?

—Mejor que un bebé.

Nunca me gustó demasiado el vino, pero reconozco que nos estaba haciendo bien a ambos.

—Apuesto a que no ve la hora de volver a Christchurch —arriesgué, sabiendo adonde me dirigía.

—No volveré —dijo.

—Claro, irá a Londres. A una clínica de primera.

—Voy a quedarme en el ejército, Landers. En mi vida he hecho muchas cosas por motivos equivocados. Antes de que termine esto habrá muchos adelantos en la medicina. Me gustaría cumplir otro período de servicio para ayudar a que estos muchachos se levanten y lleven una vida más soportable. ¿Qué le parece ese viejo juramento de hipopótamo?

—Aquí a uno le cambia mucho la manera de pensar, ¿no?

—Gracias a Dios —dijo.

«Domínate, Rory», me aconsejé. «Se está emborrachando demasiado». Pero lo

había visto borracho o desmayado, sólo para recuperarse en un segundo y operar a veinte hombres más sin cometer un error.

—Usted no es casado, ¿cierto, Landers?

—No.

—Pero tiene novia.

—En realidad, cuando partí de Nueva Zelanda el futuro era algo tan lejano que decidí irme sin compromisos.

—Lo mismo hice yo —dijo Norman—, pero fue la peor decisión de mi vida.

—¡Pero usted tiene esposa! —barboté.

—Segunda esposa, la viuda del general Christian Holiday. Una mujer decente.

—Pero ¿no tiene una esposa en Nueva Zelanda?

—No. Tenía la mujer más encantadora, ingeniosa y eficiente que un hombre pueda pedir, pero pidió el divorcio. En realidad, nos divorciamos seis meses antes de que estallara la guerra. Yo sabía que iba a volver al ejército, por mi condición de reservista. Georgia, que así se llamaba, tuvo la decencia de ocultar lo de la separación para proteger mi prestigio profesional. Porque yo era un libidinoso, ¿sabe? Ella me dejó permanecer en la casa hasta que me fuera al ejército. Entonces decidí destacarme en Alejandría… y lo hice. La viuda del general Christian Holiday es una mujer decente… Un buen paso para mi carrera… Estoy hablando demasiado.

—En absoluto, señor.

—Es un verdadero alivio poder hablar de esto. Mis gurkas no entenderían, ¿sabe? Me porté como un cerdo, Landers; tenía que acostarme con todas las mujeres que encontraba.

—Pero… esta tal Georgia…

—Ah, Georgia.

—¿No volvió a escribirle?

—Una vez, pidiéndole otra oportunidad. Ella me respondió dándome a entender que había encontrado al amor de su vida y que probablemente abandonara Nueva Zelanda. Oh, Landers, no diga nada de esto. Bernice Holiday es una buena mujer…

Nos interrumpió una descarga cuya sacudida llegó casi a sacarnos del refugio. Por la sequedad de las explosiones adiviné que era fuego de mortero.

—¡Degenerados! —gritó alguien, afuera. ¡Dispararon contra la carpa de la Cruz Roja!

Mi amada Georgia:

Ruego a Dios que Wally sepa dónde estás y te haga llegar esto. Apenas puedo perdonarme por no declarar la enormidad del amor que te tengo. Sé que me dejaste en libertad pensando que lo mío era sólo una aventura de muchacho loco, pero no es así.

He conocido lo peor de las trincheras. El que te escribe no es un muchacho nostálgico, sino un hombre que ha llegado a conocerse. Si no te encuentro, jamás podré superarlo.

Tu exesposo Calvin Norman y yo tenemos aquí una causa común. El se ha convertido en un gigante, no sólo por las vidas que salva y por sacrificarse física y mentalmente, sino porque ha fijado magníficos valores para su vida.

Es un hombre difícil de conocer. Soy el único a quien hace confidencias. Como sin duda sabes, se

emborracha con dos copas y, como me ha tomado cariño, me ha dicho todo lo que tiene adentro.

Calvin Norman me ha hecho bien, Georgia. He visto a este hombre horrible tornarse humano y mantenerse firme bajo la cruel presión de decidir vidas y muertes.

También sé que me ocultabas la verdad al decir que él te escribía diariamente, suplicándote. Ahora sé que quisiste dejarme libre, para que hiciera mi propia vida. Mi única vida es a tu lado. No voy a creer que no me amas mientras no lo escuche de tus propios labios.

Norman ha vuelto a casarse, al parecer con la mujer adecuada para él. Es viuda de un general. El me reveló que piensa seguir en el ejército, pero por razones muy valederas. Cuando termine la guerra muchos hombres necesitarán muchísima ayuda.

No sé cómo decir esto, pero he sentido tu amor trascendiendo el tiempo y el espacio para llegar a mí, diciéndome que aún nos aferramos el uno al otro.

Quiera Dios que volvamos a encontrarnos.

Nos alegramos a mares de que junio terminara de una vez, pero julio no fue mejor. Por entonces pocos creían salir de allí con vida.

Estaban produciéndose cambios que no presagiaban nada bueno. Las condiciones continuaban deteriorándose. Al calcular que los soldados estaban funcionando con la mitad de su energía, Calvin Norman había hecho una evaluación generosa. Mientras nuestro espíritu estuviera en pie siempre hallaríamos fuerzas para un esfuerzo más.

Supongo que es común, cuando se manda a los hombres al combate, rebajar la capacidad y el valor del enemigo. Antes de desembarcar nuestra oficialidad había degradado a los turcos. Después de todo, era un pueblo que había pasado años con el jesús en la boca, perdiendo todas las partes europeas de su imperio. Bueno, algo había despertado a Abdul. A veces creo que la mayor parte de las batallas no se ganan ni se pierden por obra de los tácticos, ni siquiera por el coraje de los soldados. Con frecuencia todo se reduce a ver quién tiene mayor resistencia. Apostaría mi última libra a que todas las batallas de la historia fueron libradas por gente que había dormido apenas dos horas. Los turcos nos habían parado en seco y, si bien no lograban empujarnos al mar, mostraban un visible cambio de ánimo. Nosotros no estábamos más cerca de Chunuk Bair que el día de nuestro desembarco.

Se decía que los turcos habían derrotado a los armenios y a los rusos del Cáucaso; si era cierto, disponían de nuevas divisiones para enviar a Gallípoli. También se hablaba de una rebelión nacionalista entre los jóvenes oficiales turcos, que habían infundido en las tropas un verdadero sentido de la nacionalidad.

La idea de una victoria turca horrorizaba a Londres. Significaba que los británicos «pasarían vergüenza» en una parte del mundo en que pasar vergüenza era la peor catástrofe en la historia de una nación. Por eso resistíamos, sin avanzar ni retroceder, sin rendirnos y sin esperanzas de triunfar.

Día tras día, todo venía a anidar en el quirófano de Calvin Norman. El CANZ perdía poco a poco la vida, desangrándose.

En el cuartel general, cada dilema engendraba otro dilema. Nuestros generales cometieron una serie de errores tácticos y ataques idiotas que ya olían a desesperación. Durante todo el mes de julio la Garganta de la Viuda se llenó de bote en bote.

¿Qué es lo que mantiene en marca a un grupo de hombres? El mutuo apoyo,

supongo. Nosotros hallábamos maneras de combatir la desesperación, de no dejarnos hundir. Había cierta desesperación, pero nadie pensaba en la derrota, aunque habíamos perdido la confianza en los generales Darlington y Brodhead. En cuanto a Godley, bien habría podido ser uno de los turcos.

Yo tenía mi propia esperanza. Mi esperanza era Georgia. Ahora podía permitirme otra vez pensar en ella en cada momento que tuviera libre. Podía volver a soñar con Georgia, dejarme tentar por su recuerdo.

Estaba preocupado por Calvin Norman. En julio había amputado quinientos miembros. Yo temía por su cordura. Más de una vez se desmayó ante la mesa de operaciones. Sus gurkas, que lo idolatraban, lo acostaban en su refugio e iban a buscarme. Él no tardaba en pedir ron. Yo no sabía qué mierda hacer.

Lo observaba por la tela de malla del quirófano, sabiendo que llevaba horas enteras de pie. El se mostraba cada vez más irritado, pero sus manos seguían firmes y su mente, concentrada, hasta que caía contra la pared. A veces era como si estuviese volviéndose loco ante mis ojos. Nos rechazaba cuando le suplicábamos que tomara un descanso; su obsesión por salvar vidas rayaba con lo maniático; la frustración por el número de hombres que perdía en el quirófano estaba destruyéndole las entrañas.

En Pino Solitario hubo tres días malos en sucesión. Aunque no llovía desde hacía dos semanas, la Garganta de la Viuda se puso barrosa a fuerza de sangre. Un proyectil destrozó el generador del quirófano; los médicos tuvieron que continuar a la luz de velas y antorchas. Observé a Norman: estaba saturado de sangre, masa cerebral e intestinos. Se balanceaba como un péndulo. Entré para discutir con él y sacarlo de allí. Me apartó de un codazo.

Eso era más de lo que yo podía soportar. Salí y, después de una rápida zambullida, me escurrí hasta mi refugio. Mi único vínculo con la realidad, como tantas veces en los últimos tiempos, era la voz de Chester.

—No puedes vivir la vida ajena, ¿verdad, Rory?

—Verdad —gemí. A veces me pregunto si Dios estará castigándome por todas las mujeres casadas con las que me acosté.

—Caramba, ¿necesitas una sesión evangélica? ¡Oíd, pecadores! ¡Reunios en el Puesto de Quinn a las 05:30! ¡Cargad contra Ángulo Sangriento y purgad vuestros pecados! ¡Arrepiéntete, Landers!

—Ah, basta ya, Chester. No le veo la gracia.

—¿Por qué sonríes, entonces? Ya ves, no puedes dejar de reír. Mírame.

Me tranquilizaba, como siempre. Pequeño canalla.

—¿Qué te gustaría comer? ¿El paté de Godley, las patas de rana de Godley o el cordero al curry de Godley?

—El ron de Godley.

Súbitamente apareció el doctor Shurhum en la entrada. Hasta entonces había sido una persona tranquila. Lo adiviné por su expresión.

—Tenemos al doctor aquí afuera. ¿Puedo llevarlo adentro, por favor?

Dos de los asistentes gurkas entraron llevando a Calvin Norman, pálido como la cera y en estado de zombi, y lo sentaron en el suelo. El doctor Shurhum miró a Chester con aire inquieto.

—El teniente Goodwood es de confianza —me apresuré a decir.

Shurhum ordenó a los gurkas que montaran guardia afuera. Rechazó el trago que le ofrecíamos y se fue dominando poco a poco.

—Tenía que suceder —dijo el pequeño nepalés, trémulo. Quedó como trabado, simplemente. Sin poder mover las manos, con la mente cerrada, sin reconocernos. Tuvimos que arrojarlo al suelo a viva fuerza y atarle las manos a la espalda, como usted verá.

—Será mejor que lo llevemos al cuartel —dije.

—¡No! —exclamó Shurhum. Eso le arruinaría la carrera. Es una suerte que en ese momento estuviéramos los dos solos en el quirófano, sin otros médicos.

—El doctor está completamente anulado —observó Chester. No podemos esconderlo.

—No —explicó Shurhum. He visto a otros cirujanos en el mismo estado. Se recuperará con un descanso, pero no podemos sacarlo de aquí en estado de demencia. Créanme, caballeros: conozco al ejército, sobre todo cuando se refiere a los hombres de colonias. El es un gran médico. No puede pasarle esto. Yo estudié con él en la India.

—Me hago una idea, doctor Shurhum —le aseguré.

—¿Y qué diablos podemos hacer? —se preguntó Chester.

—Lo traje aquí sabiendo que usted tomaría la decisión adecuada. Por favor… lo intenté… Todas las noches, cuando tratábamos de dormir, él repasaba sus errores. Su sueño era un largo grito pidiendo la posibilidad de transfundir sangre.

—Ya le he dicho que comprendo. Deme tiempo para pensar, por favor.

—Lo que él estaba haciendo iba más allá de la capacidad humana.

—Lo sé, doctor Shurhum. ¿Podría…? ¡Cállese la boca!

—Es el cirujano más grande del ejército. Es mi profesor. Es mi padre.

—¿Hay en el cuartel general alguien en quien podamos confiar? ¿El coronel Markham?

—Markham es un cretino —aseguró Chester. No sé cómo vamos a ocultar esto.

Un mensaje, un mensaje, necesitaba un mensaje. «Maldición, Rory, piensa… Un momento… Oh, muchacho astuto… Piensa, piensa, que aquí vamos…».

—Te oigo pensar, Rory —dijo Chester.

Miré a Norman. Estaba más allá de todos nosotros, completamente borrado.

—Vamos a practicar al doctor una pequeña operación quirúrgica. He aquí el programa: estando en la playa, lo alcanza un disparo de metralla. Lo traigo precipitadamente y mando llamar al doctor Shurhum. El doctor Shurhum certifica que es preciso evacuar a Norman y lo sacamos de aquí en el primer bote de la

mañana.

—Pero cuando llegue a Alejandría y descubran que no tiene ninguna herida…

—La tendrá. Usted va a hacerle una ahora mismo.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Hágale un corte y sutúrelo. Uno en la frente y otro en el costado, no sé. Envuélvale la cabeza en vendajes. Póngale un brazo en cabestrillo, qué sé yo. Pero hágalo de una vez, para que podamos embarcarlo en el primer bote que salga.

—Mírelo. ¡Ya no tiene resistencia para sobrevivir! —exclamó Shurhum.

—¡Haga lo que le digo, boludo! Y manténgalo inconsciente hasta que salga el bote. ¡Espere! Que uno de los ayudantes vaya con él y también le haremos una herida. ¡Hágalo!

Shurhum asintió con la cabeza y espetó una orden a uno de los gurkas que esperaban afuera. El hombre volvió a los pocos segundos con el equipo quirúrgico necesario.

Debo decir que el resto salió bastante bien. Le pusimos un limpio corte en la mejilla, como las cicatrices de los alemanes que se baten a duelo; luego Shurhum abrió y cerró un estupendo agujero en el costado, aunque no fue fácil arrancarle la carne de los huesos para formar el corte. Cuando acabamos de vendarlo parecía haber recibido un disparo directo del Pedorrero Ferdinando.

Shurhum redactó un informe citando la herida en la cabeza y una terrible pérdida de sangre. Yo agregué una nota responsabilizándome personalmente por la evacuación, en vez de pasar por las vías normales, como era norma para los oficiales de alto rango.

El pobre de Shurhum tuvo que volver al quirófano.

Pasé la noche cuidando a Calvin Norman. De vez en cuando rompía en una especie de risa al pensar en aquella paradoja. Dos meses atrás había estado en un tris de asesinarlo.

¿Quién iba a imaginárselo?

CUARTA PARTE: CHUNUK BAIR

Agosto de 1915

El mayor Christopher Hubble estaba más feliz que un cerdo revolcándose en una tonelada de basura. ¡El inglesito se encontraba en su elemento! Tenía bajo su mando una mezcla de tropas: una compañía de Auckland, otra de Wellington, otra de maoríes, una batería de obuses sikhs, seis ametralladoras, un pelotón de artillería pesada y el orgullo del batallón: Reconocimiento A, un pelotón de Exploradores de Canterbury comandado por su hermano Jeremy. Los mil doscientos hombres de este batallón reforzado recibían el nombre de All-Black Kiwis, en homenaje a nuestro equipo de rugby, que era campeón mundial.

Los All-Black Kiwis defendían la línea de frente que iba desde la Cumbre hasta el

Espolón del Rododendro, unos ochocientos metros más allá de Quinn, al otro lado del Barranco. Enfrente estaba la meseta de Chunuk Bair, elusiva marmita de oro de toda la campaña.

Entre la línea de los All-Black Kiwis y Chunuk Bair se extendía el Barranco, varias decenas de metros más abajo y a lo largo de unos cuantos kilómetros, que creaba una barrera impenetrable hacia nuestro botín de guerra.

Jeremy Hubble tomó el mando de Reconocimiento A, formado por cincuenta Exploradores de Canterbury con la más vital de las misiones. Todas las noches y a veces durante el día, una parte de Reconocimiento A, si no el pelotón entero, se escurrían por el Barranco: en parte para disputar su posesión, pero sobre todo para buscar algún agujero o camino que nos permitiera subir a la meseta de Chunuk Bair.

Los Exploradores de Canterbury eran todos de la Isla Sur, como yo, gente nacida y criada en territorio montañoso. En realidad, el terreno entre la Cumbre y Chunuk Bair se parecía tanto a Nueva Zelanda que habría sido difícil distinguirlos, salvo por el hecho de que uno era pardo y aquélla, verde.

Una vez que pusimos a salvo a Calvin Norman, Chester y Modi consideraron que podían arreglárselas sin mí. Nuevamente pasé por sobre el general de brigada Godley para presentarme directamente a Brodhead, pidiendo mi traslado a los All-Black Kiwis.

—Veo que tanto el coronel Malone como el mayor Hubble han firmado su solicitud, Landers. Pero aquí hay una cadena de mandos. Ustedes parecen haber estado librando su propia guerra desde que estábamos en Egipto.

Puse mi cara más sincera, en la que Brodhead reconoció a un hombre de confianza.

—Vea usted, señor —dije—: cuando uno vive en terreno montañoso llega a comprender que siempre se puede hallar un agujero por el cual escabullirse. El Barranco tiene mil vueltas y elevaciones. Después de todo, señor, fui yo quien trazó los mapas de rutas.

—Y ahora tiene la fantástica idea de que podrá localizar una puerta trasera para entrar en la meseta Chunuk Bair.

—Si existe, nosotros la hallaremos.

—Juraría que usted es irlandés, por lo mentiroso —comentó Brodhead, mientras autorizaba mi traslado. Tomé el documento con emociones confusas, pues nunca le había oído ese tipo de comentarios.

Al parecer, yo era justo lo que Jeremy necesitaba. En Reconocimiento A hacía falta otro oficial que supiera de senderos, como yo. Dividimos el pelotón en dos, formando una unidad de Reconocimiento B, para alternar las patrullas que irían al Barranco.

En mi grupo descubrí a un muchacho extraño, el cabo Willumsen, que por la noche se transformaba en vampiro. Willumsen veía mejor en la oscuridad que a la luz del día. Yo lo mantenía constantemente a mi derecha.

Durante el día, los turcos no se ocupaban mucho del Barranco. No hacía falta. Lo tenían cubierto desde dos posiciones: colina Beauchop y la Granja. Sin embargo, por la noche debían enviar patrullas para que rechazaran los ataques subrepticios que nosotros lanzábamos contra el pie de Chunuk Bair.

Willumsen era un relevo bastante nuevo, que aún no había padecido el «galope de Gallípoli» y otras enfermedades; estaba saludable y le sobraban energías. Lo hicimos trabajar a muerte. Jeremy lo llevaba al Barranco una noche; a la siguiente venía conmigo. En cada oportunidad esos ojos de serpiente se acercaban más y más al pie de la meseta.

Al terminar la semana Willumsen, yo y otros quince hombres de Reconocimiento B estábamos detenidos al pie de una empinada colina que se convertía en un acantilado, justo debajo de Chunuk Bair.

¡Oh, madre mía! ¿Lo hacemos o no?

—Subiremos sólo unos metros por vez —le dije al oído. Si oímos cualquier actividad, nos inmovilizamos. No nos conviene trabar combate. ¿Entendido?

Con respecto a lo que era paso lento y parejo, él tenía una idea muy distinta de la mía. Trepaba como un conejo silvestre. Caramba… yo no tenía más opción que tratar de seguirle el paso.

¡Así nomás!

Nos estábamos izando mutuamente, como hacen los alpinistas, cuando de pronto, como saliendo del polvo y del alto pasto pardusco… ¡Jesús, María y José, estábamos en Chunuk Bair!

Willumsen se escurrió como para que ni una mangosta pudiera descubrirlo; yo no perdía de vista sus talones, tratando de seguirlo. Avanzamos unos veinticinco metros infernales y el campo visual se abrió.

Había bastante luz. No se veían allí fortificaciones como las que los turcos habían hecho en el Tablero de Ajedrez, Ángulo Sangriento y el Nek, que hacían de Puesto de Quinn un sitio tan inhóspito. Tampoco vimos la carnicería de las batallas.

Era increíblemente simple. Mientras los turcos contaran con el Barranco como foso impenetrable para proteger la meseta, no necesitaban mantener allí arriba a muchos hombres, exponiéndolos a los disparos de los cañones navales.

¡Había que salir volando de allí!

A la mañana siguiente, en el refugio de Joshua Malone, el mayor, Jeremy y yo observábamos la sucia uña de Willumsen, que trazaba una ruta por el Barranco hasta el sitio desde donde él y yo habíamos subido a la meseta.

—Por Dios —susurró Malone—, esto es una maravilla. ¿Cómo te llamas, hijo?

—Cabo Willumsen, señor.

—No vas a vender ningún secreto a los turcos, ¿verdad?

—¿Me está cargando, coronel?

—Willumsen, desde ahora tiene autorización para enterarse de lo imprescindible.

Muchachos: ¿podremos llevar a los All-Black Kiwis por el Barranco, durante la noche, sin ser detectados?

—A los turcos no les gusta el Barranco por la noche —observó Chris.

—Estoy de acuerdo —añadió Jeremy. Cada vez que nos trabamos en combate ellos se retiran. Creo que lo patrullan por cuestión de rutina.

—Tal como veo las cosas —apuntó Chris—-, el problema es que los turcos vigilan con mucha atención el sector entre la Cumbre y Espolón del Rododendro.

El coronel Malone prosiguió:

—Pero supongamos que, en las horas de oscuridad, retiramos a los All-Black Kiwis de la línea y los reemplazamos. Luego los Kiwis avanzan por detrás de nuestras propias líneas del norte, pasando más allá de colina Beauchop. Siguen ascendiendo hasta el valle Australia y, en la segunda noche, bajan por el Barranco hasta la base de Chunuk Bair, para atacar en la tercera mañana.

—Es una larga caminata para que la hagan mil hombres sin ser vistos —adujo Chris.

—Lo que debemos preguntar al cabo Willumsen es si puede o no guiarnos por el Barranco en la oscuridad. Y debo decir que escalar hasta Chunuk mata a cualquiera —intervine.

—¿Por qué vamos a intentar algo así, señor? —preguntó Jeremy. Sabemos que los turcos mantienen varias divisiones de reserva detrás de Chunuk Bair.

El coronel Joshua Malone nos miró muy fijo.

—Sujétense los pantalones, muchachos. Dentro de cinco días los británicos van a desembarcar un cuerpo de cuatro divisiones en la bahía Suvla.

—¡Cuatro divisiones!

—¡Ya era hora!

—¡Gloria a Dios!

—¡Santo cielo!

—Veo que me han escuchado —comentó Malone, volviéndose hacia el mapa para señalar la bahía Suvla, unos cuantos kilómetros costa arriba, en una suave pendiente que llevaba a un semicírculo de picos.

—Los turcos no necesitan ocuparse mucho del pico 269, porque no ha sido necesario y están escasos de reservas. Por lo tanto, el Cuerpo Suvla desembarca y asciende rápidamente hasta el 269, mientras nosotros lanzamos un ataque sorpresivo contra Chunuk Bair. Entonces el Cuerpo Suvla establece contacto con nuestro flanco izquierdo. ¡Y que esos malditos turcos traten de expulsarnos!

Estudiamos la bahía Suvla, con su suave elevación y su lago salado, hasta la fácil altura del pico 269.

—Es en Suvla —dijo Malone, pensando en voz alta— donde deberían habernos desembarcado en un principio, carajo.

El entusiasmo nos hacía temblar de esperanzas. Si esta vez derrotábamos a los turcos, todo habría valido la pena. Bajamos todos al cuartel general, incluido el cabo Willumsen, que detalló ante el general Brodhead la larga marcha planeada para los All-Black Kiwis.

El plan final era tan simple que hasta a la plana mayor le habría sido difícil arruinarlo. Durante la noche, nos escurriríamos por el Barranco hasta el pie de Chunuk Bair y, después de reunir a los All-Black Kiwis en la base de la meseta, esperaríamos allí.

Los barcos llegarían con la oscuridad hasta la bahía Suvla y allí anclarían.

A las 02:30 la marina atacaría toda la línea turca, incluida la meseta de Chunuk Bair. Las tropas turcas que estuvieran allí tendrían que refugiarse detrás de la meseta hasta que cesara el bombardeo. Pero a esa altura nosotros estaríamos escalando, para llegar a la meseta con el alba, antes que ellos.

Al amanecer toda nuestra línea atacaría. En el sur, los australianos dirigirían el ataque principal contra la Trinchera del Oficial Alemán, cruzando un puente estrecho que llamábamos Nek. Eran movimientos de distracción, para inmovilizar a un gran número de turcos y obligarlos a llevar sus reservas hacia allí.

Las divisiones británicas 10.ª, 11.ª, 53.ª y 54.ª, denominadas Cuerpo Suvla, desembarcarían *sin oposición* en la bahía y, tras avanzar *inmediatamente* dos o tres kilómetros tierra adentro, capturarían el pico 269.

Al mismo tiempo, los All-Black Kiwis ocuparían la meseta de Chunuk Bair, mientras -los cuerpos Kiwi y Suvla hacían contacto con las líneas.

El coronel Malone enviaría entonces varias brigadas de neozelandeses, que cruzarían el Barranco para reforzarnos en lo alto de Chunuk Bair.

Los australianos se unirían a nuestro flanco desde el sur.

Por la noche nos atrincheraríamos.

Al segundo día, cuando los turcos contraatacaran, las tropas de Suvla continuarían desembarcando para reforzar nuestras líneas.

Salimos del cuartel general sintiéndonos exaltados. Era un plan básico. Sólo me preguntaba si tendríamos o no resistencia, agallas, polenta o lo que hiciera falta para cubrir la marcha, el escalamiento y sobre todo eso el ataque contra los turcos.

Bueno, eso se sabría pronto.

Nadie conocía la parte trasera de nuestras líneas mejor que un servidor, de modo que conduje a Reconocimiento B hacia abajo, por detrás del Espolón del Rododendro. El coronel Malone mantenía al cabo Willumsen a su lado, como si fuera una medalla de San Cristóbal.

Aunque supuestamente estábamos fuera del campo visual de los turcos, pusimos gran cautela al atravesar el territorio amigo detrás de las líneas. Si nos encontrábamos

con una patrulla enemiga, Reconocimiento B debía ahuyentarlos antes de que pudieran echar un vistazo al batallón entero. Actuamos con mucho cuidado, utilizando ese tiempo para pegar con cinta adhesiva cualquier cosa que hiciera ruido en las cartucheras; también practicamos la comunicación por señales de manos y banderillas. Reconocimiento B avanzaba unos pocos metros a la vez, desde cada lugar seguro al siguiente. Tras una o dos horas se convirtió en una especie de danza. En esa parte del viaje yo estaba a la cabecera de la línea.

Hacia la tarde no se oía un ruido. En cada parada yo vigilaba que no estuviéramos levantando la reveladora polvareda. Nada. Perfecto, todo perfecto.

Al oscurecer nos detuvimos brevemente al pie de colina Beauchop, donde habíamos puesto una provisión de agua. Nos la bajaron. Después de rellenar las cantimploras, continuamos avanzando.

¡Detuve la línea! Esos malditos turcos venían sigilosamente por un lecho de río seco. Por Dios, habrían podido despertar a un muerto. Ordené a todos que se echaran cuerpo a tierra e hicieran fuego sólo después de mi primer disparo. Demoré ese primer disparo hasta que estuvieron lo bastante cerca como para comerse nuestro almuerzo…

Nunca supieron qué les había pasado. Fuimos de cuerpo en cuerpo, asegurándonos de que todos estuvieran muertos. Era preciso hacerlo con bayoneta, para no hacer más ruido.

Retrocedí para reunirme con Malone y le sugerí que detuviéramos la fila por unos cuarenta minutos. A veces los turcos duplicaban sus patrullas y la segunda era más numerosa que la primera. No pasó nada.

Reanudamos la marcha, todavía sin retraso.

Los colores de la aurora encontraron a los All-Black Kiwis diseminados a lo largo de un lecho seco llamado valle Australia. Aún estábamos detrás de nuestras líneas, pero éramos muy visibles.

El curso del río tenía a cada lado matorrales bastante altos. Los oficiales recorrían las líneas acomodando a los hombres, para que pasáramos el día a cubierto y a la sombra.

Reservé el sitio más protegido como cuartel para Malone: una especie de templo, formado por cinco cantos rodados que debían de haber rodado por la cuesta un millón de años antes. El coronel ofrecía una imagen inspiradora, por cierto. Después de nuestras rondas le informamos que estábamos seguros de no ser vistos por el enemigo.

¿Cómo puedo decir esto? Él era Wellington, Nueva Zelanda-Auckland Nueva Zelanda-Isla Sur-Milford Sound-Palmerston North… Como tío Wally, pertenecía a ese tipo de hombres cuya palabra es tan firme como su apretón de manos. Tenía valores sencillos y directos, pero también sabía de un buen libro y de las complejidades de la batalla.

Revisamos el plan una vez más. Debo de haberme quedado dormido sentado

junto al mapa, porque no supe nada más hasta que Jeremy me dio una palmadita en el hombro. Caramba, me había dormido y ya estaba oscureciendo. Sopesé mis cantimploras, preguntándome si podría permitirme unos cuantos sorbos, y lo hice. Mascamos barras de chocolate duro, que parecía madera prensada; supuestamente daba energías.

Todo parecía marchar bien. Aunque estábamos en un sitio diferente, aquélla parecía una noche normal de Gallípoli. El Pedorrero Kerdinando dio comienzo a la fiesta. Después empezaron los obuses turcos. Bien. Disparaban desde un lugar distinto que el de la noche anterior. Eso significaba que habían pasado el día ocupados en trasladar sus armas, sin detectar a los Kiwis. Descontando la maleza de sus riberas, el valle Australia no estaba muy protegido. Si hubieran sabido que estábamos allí, sin duda a esas horas habrían estado sobre nosotros.

El cabo Willumsen era ahora el hombre forzudo. Se puso a la cabeza. Lo seguía Jeremy, con la mitad de Reconocimiento A. Detrás iba yo, con la segunda parte del pelotón, Reconocimiento B.

—Estamos formados, coronel.

—Que la fila no se estire demasiado. Nos reuniremos en lo alto del Barranco.

Willumsen se puso los ojos nocturnos y pasamos de las líneas CANZ a territorio turco. Los All-Black Kiwis eran una gloria. No se oía una voz, un solo repiqueteo.

20:15

En lo alto del Barranco.

Reconocimiento A y B esperaron, en tanto el batallón se reunía.

El teniente segundo Higby trajo al Primer Pelotón de la Compañía Auckland, con otro par de ametralladoras. Nuestro primer objetivo era derribar una posición turca crucial: un puesto de observación llamado la Granja, que custodiaba la abertura hacia el Barranco desde el lado occidental.

Mientras se alejaba el grupo de ataque, el teniente segundo Mellencamp trajo al Cuarto Pelotón de los Wellington y les ordenó calzar bayonetas. Luego entró en el Barranco para buscar y destruir a cualquier patrulla turca.

21:25

En el Barranco los ecos eran voluminosos. Tras avanzar unos pocos cientos de metros, Mellencamp cayó en una emboscada turca. Chris adelantó rápidamente la Compañía Maorí. Una vez derrotados los turcos, abandonaron el silencio con un grito de guerra nativo.

… Al mismo tiempo Higby había logrado en la Granja una sorpresa total, aniquilando al enemigo en una sola arremetida.

… Adentro Higby; Mellencamp y los maoríes, atrás.

… Malone retuvo a los maoríes detrás de Reconocimiento, suponiendo que los turcos irían a echar una buena mirada al Barranco. ¡Y el viejo Joshua estaba en lo

cierto! ¡Juam! ¡Cincuenta turcos! Los maoríes, a bayoneta calada, se lanzaron contra ellos mientras la Compañía Wellington viraba alrededor del combate para atacar a los turcos por atrás.

No escapó ninguno.

Nos congregamos una vez más. Eran las 23:50. ¿Vendrían los turcos otra vez o dejarían las cosas así por esa noche? ¿Cuándo sabrían con certeza que la Granja había sido tomada? Nos consolaba saber que los teléfonos turcos eran aun peores que los nuestros, de modo que tal vez no se alarmaran por la pérdida de contacto. ¿Actividad en el Barranco? Más o menos la normal en una noche pesada.

—Bueno, entremos aquí —dijo Malone. No hay mucho que pensar. Cuando la marina empiece, dentro de una hora y media, los turcos sabrán lo que nos traemos entre manos.

Ahora avanzábamos más deprisa y sin cuidar tanto el silencio. Abdul sabía que estábamos en el Barranco; sólo cabía esperar que ignorara cuántos éramos.

01:30

¡*Allí está*!

Empinados y suaves surcos abiertos en la tierra por siglos de aguas, durante las temporadas de lluvia, habían formado peligrosas chimeneas en la base de un sucio acantilado.

Malone y Chris se agazaparon con nosotros para tomar la gran decisión. Willumsen, Jeremy y yo podíamos llevar a Reconocimiento hasta la base del acantilado, sin duda, para no tener tanto que escalar al amanecer. De ese modo la sorpresa sería total.

Por cierto, corríamos un posible riesgo de ser alcanzados por nuestros propios proyectiles, si caían cortos, como solía suceder. Sin embargo (y ése era un terrible «sin embargo») cuanto más cerca de la meseta esperáramos, más breve sería la distancia a recorrer cuando amaneciera y mayores las posibilidades de atacar por sorpresa.

—Cuando no sé si cagar o quedarme ciego —dijo Malone—, siempre opto por cerrar un ojo y tirarme un pedo. Antes de que ustedes lleguen a la base del acantilado vamos a perder algunos hombres por caídas.

Estuvimos de acuerdo.

—Mantengamos a Reconocimiento dividido en las secciones A y B. Jeremy va por la pared izquierda. Rory, por la chimenea derecha. Deténganse en la base del acantilado y aguarden el cañoneo naval. Si esta noche disparan bien, lleven al pelotón tan cerca de la meseta como resulte posible y ataquen al amanecer. No avancen más de cincuenta metros; luego formen un perímetro defensivo. Así nos darán tiempo para subir con el resto del batallón.

—De acuerdo.

—Sí, señor.

—¿Cuál es el que más necesita a Willumsen?

—Tú —mentí.

—Llévatelo tú. Uno de mis jefes de brigada es asaltante nocturno.

02:30

Quizá se debió a que ésa era la gran arremetida, quizás a que la marina estaba disparando con más potencia contra los turcos, pero nada podía compararse con las bolas anaranjadas que estallaron frente a la costa, convirtiendo todo el frente en explosiones deslumbrantes de luz solar y oleadas de cegador aire caliente, sacudiendo el suelo bajo nuestros pies hasta casi derribarnos. Estaban cañoneando directamente la meseta de Chunuk Bair.

—Los turcos tienen que retirarse de la meseta —dijo Malone.

—Coronel, con lo que ilumina el cañoneo podemos seguir subiendo —observó Willumsen.

—Chris —llamó Malone.

—Señor.

—Comience el ascenso con Reconocimiento A y B. Que la Compañía Maorí permanezca a la espera. El sol sale a las 04:55. Los maoríes inician su ascenso a las 04:00 y esperan al pie del acantilado.

El mayor levantó los dos pulgares, uno hacia mí y el otro hacia Jeremy. Comenzamos a subir. Willumsen avanzaba sólo con los destellos de luz, unos pocos metros a la vez. Eramos excelentes para detectar el siguiente punto donde afirmar manos y pies. A medida que el bombardeo se prolongaba crecía nuestra confianza. La marina estaba saturando Chunuk Bair, decididamente. Si los turcos no se retiraban estarían en shock, sin duda, o cuanto menos con las comunicaciones cortadas. «Tranquilo, Rory», me recomendé, «no te sientas demasiado ufano. Ya otras veces creiste que todo sería pan comido».

04:00

Llegamos al pie de los acantilados y vimos que, abajo, la Compañía Maorí iniciaba el ascenso.

Cometí el error de levantar la vista cuando faltaban unos noventa metros. Aquí debo revelar el último secreto de mi vida: aunque soy de la Isla Sur y se me conoce por mis actos de arrojo, cuando supero cierta altura sólo puedo seguir si me controlo a cada paso. En otras palabras: estaba cagado de miedo.

—Vamos arriba, por el sistema de apoyo mutuo —dijo Willumsen.

Eso era fácil para él, una cabra montañesa con ojos de serpiente. A mí me temblaban las rodillas. Subíamos a la rastra, trepando por grietas a noventa grados, cada vez que un estallido nos iluminaba el camino. Ése era el sistema de apoyo mutuo: el hombre de arriba me ofrecía la mano y el de abajo me empujaba el trasero.

¡Y no vuelvas a mirar abajo!

«Ojalá estuviera en Dixie… Hurra, hurra… Caramba, hombre, tienes la mano sudada. Eso no es bueno. Pequeñísimos apoyos para manos y pies, hechos para mosquitos y desafiando la ley de la gravedad… Lo siento, Georgia, pero ahora no. Tengo que prestar atención a lo que hago».

Alguna piedra se desprendió bajo mis pies y cayó rodando. Sentí que Willumsen me sujetaba por la camisa para afirmarme.

—¿Estás bien? —preguntó.

—¿Cuánto falta?

—Estamos más o menos en la mitad.

En mi ascenso anterior con Willumsen yo estaba tan exaltado que había llegado a la cima casi corriendo, sin pensar. Ahora, cuanto más subíamos más me dolían las piernas. El dolor empezó a flotarme por todo el cuerpo. Cada bocanada de aire me costaba un esfuerzo. Tenía el pecho demasiado oprimido.

«Estás dolorido y jadeando porque te has puesto tenso. Los muchachos de abajo están esperándote. Eres el líder. ¡Lidera, qué joder!».

Detuve la fila y dije a todos que buscaran algo en que sentarse. Luego hice señas a Willumsen para que bajara hasta mí.

—¿Nos atrincheramos aquí o seguimos hasta arriba? —preguntó él.

—Tú y yo subimos a echar un vistazo. ¡Sargento Duneen! —llamé.

—¡Aquí abajo, Landers, lo escucho!

—Voy hasta arriba con Willumsen. Le haré señales con la linterna. Tres puntos repetidos significan: «No se muevan». Una señal larga de diez a veinte segundos indica que suban.

—De acuerdo.

En esos cincuenta últimos metros el esfuerzo y la urgencia fueron tales que me olvidé del miedo. Pero ¡Dios del Cielo!, qué bien me sentí cuando Willumsen me asió por la muñeca para subirme hasta el borde de la meseta Chunuk Bair. Entonces me permití el placer de aspirar nueve o diez gloriosas bocanadas y bebí un sorbo de agua. Luego rodé boca abajo para observar la meseta. ¡Cristo! El bombardeo había dejado su marca, poceando toda la superficie, y ahora estaban apuntando al extremo opuesto. No vi ningún tipo de actividad turca.

—Abdul se fue —dijo Willumsen.

—No te preocupes, que estará esperando donde no lo veamos. ¿Ves a los muchachos de Jeremy?

—Los veo. Están esperando, unos veinticinco metros más abajo.

—Bueno, invítalos a subir.

Volví al borde.

—¡Sargento Duneen!

Operé mi linterna haciendo la señal larga para que subieran. Cuando Duneen asomó la cabeza lo sujeté.

—Baje a ordenar que suban a los maoríes. Diga al mayor que venga a echar una mirada. Creo que podemos instalar el batallón antes de que aclare.

Duneen se deslizó hacia abajo sin ninguna dificultad. Al otro lado vi que los muchachos de Jeremy iban franqueando el borde. Todos ataban sogas a las rocas y a las matas gruesas; luego tiraban de los otros para ayudarlos a subir. Jeremy y el capitán Matamata, el comandante de los maoríes, se acercaron a mí.

—Matamata, forma un perímetro utilizando Reconocimiento. No te adentres más de veinticinco metros.

—Todo está despejado —dijo el capitán.

—Veinticinco metros y ni un centímetro más, qué joder —expliqué. Abdul está esperando que cometamos la primera estupidez.

Aspirar hondo, aspirar hondo.

¡Oh, Dios, qué alegría, ver a Joshua Malone y a Christopher Hubble! Malone estudió nuestro perímetro.

—Muy bien —dijo. Y consultó su reloj. Faltaban cincuenta y dos minutos para el alba. —Willumsen —llamó.

—Señor.

—¿Tiene algún problema en bajar hasta el pie del acantilado?

—¿Qué tipo de problema, señor?

—Buen muchacho. Quiero que suban las ametralladoras. Diga al capitán Danielson que los Wellington y los Auckland deben formar la retaguardia.

Willumsen se largó por el flanco. Malone se volvió hacia nosotros.

—Mi idea consiste en poner las ametralladoras pesadas aquí, en el borde; luego haremos que la infantería y Reconocimiento cubran subrepticiamente la meseta. Si tenemos que retroceder, quiero que esos grandes Vickers estén allí para cubrirnos.

Cesó el cañoneo naval y se hizo el silencio. El sol surgió desde la antigua Troya, extendiendo su dorada luz matinal sobre la meseta de Chunuk Bair. ¡Por el momento era nuestra!

Muy pronto ascendió una señal luminosa; nosotros hicimos señales de bandera a la Cumbre. Ellos respondieron. Sabían dónde estaban los All-Black Kiwis. Malone y Chris repasaron nuestras prioridades rápidamente y con firmeza.

… Que la Cumbre telefonee al cuartel general para que telegrafíen a la marina, a fin de que cese el cañoneo de Chunuk Bair.

… Tender una línea telefónica directamente desde la Cumbre a Chunuk Bair.

Malone se volvió hacia el mar. La bahía Suvla, a dos kilómetros y medio de Ensenada CANZ, estaba llena de botes de desembarco. ¡Las tropas llegaban a raudales, sin resistencia! Las bayonetas del Cuerpo Suvla centelleaban al sol.

—¡Mensajero! ¡Traiga al capitán Matamata!

—Sí, señor.

Otro mensajero volvió de la línea de avanzada.

—¡Coronel! ¡Se puede ver el Dardanelos!

—¡Cristo!

Partimos al trote hasta llegar al perímetro de Reconocimiento. ¡Allá abajo! Lo vimos todo: ¡el Dardanelos hasta los estrechos y el Mar de Mármara! No nos quedaban energías para lanzar un grito de victoria. A nuestras espaldas, las compañías Wellington y Auckland iban franqueando el borde y se abrían en abanico.

Se presentó el capitán Matamata.

—Envíe a dos brigadas abajo para que hagan contacto con el Cuerpo Suvla, a fin de que podamos cerrar el Barranco.

—Bien.

Era una maravilla ver el Dardanelos ante nosotros, pero pronto lo abandonamos, porque teníamos mucho que hacer. A la derecha y al sur se oían ruidos de un gran combate: eran los australianos, pujando por la Trinchera del Oficial Alemán y el Nek, con la finalidad de mantener a los turcos abajo e impedir que llegaran refuerzos a la bahía Suvla.

—Línea telefónica desde la Cumbre, coronel.

—Aquí Malone.

—Mayor Quigley, en la Cumbre. Tengo tres brigadas listas. ¿Cruzamos hacia ustedes?

—No, todavía no. Primero debemos conectarnos con el Cuerpo Suvla. ¿Qué pasa allá abajo, desde su punto de vista?

—No sé, coronel. Parecen estar reagrupándose.

—Vamos, cretinos, salgan de esa playa. Quigley, comuníquese conmigo en cuanto empiecen a avanzar tierra adentro.

—Sí, señor.

—Ah, Quigley, ¿qué pasa con Monash?

—Lamento informar que el Sexto Batallón de australianos ha sido detenido en la Trinchera del Oficial Alemán.

La expresión de Malone reveló un mal presentimiento.

En el cuartel general de los CANZ, el teniente general Brodhead estaba furioso porque las cuatro divisiones desembarcadas en la bahía Suvla no avanzaban hacia las colinas circundantes; parecía más interesado en buscar refugio contra el sol, localizar un sitio adecuado para sus oficiales y un lugar seguro para instalar el comando. El general Stopford, jefe del Cuerpo Suvla, permanecía a bordo del crucero *Helmsley*, confiando en el telégrafo inalámbrico para dar órdenes a sus tropas, aunque las comunicaciones eran muy poco seguras.

Pese a la falta de oposición turca en la bahía Suvla, Stopford se negó a ordenar que sus divisiones avanzaran antes de poder cavar una línea de trincheras para evitar cualquier ataque turco. Era una contraorden directa al plan operativo.

Su comandante en la playa, el general Dove, pareció satisfecho de transmitir a

Stopford que no tendría necesidad de desembarcar por algunos días. Acordó con él que permanecería en la playa, tomando precauciones defensivas, hasta que hubieran desembarcado cuanto menos veinte mil hombres.

… En el cuartel general CANZ, Brodhead estaba frenético, pero no podía comunicarse con Stopford. Por fin, mediante un telegrama enviado desde un destructor cercano, envió mensaje para que continuara con el ataque.

… Tras cuarenta minutos de estudiar el mapa, Stopford respondió que no se dejaría apurar. No le gustaba lo que veía desde la cubierta del *Helmsley*.

… Mientras las divisiones 10.ª, 11.ª, 53.ª y 54.ª preparaban el té en la playa, Brodhead exigía que tomaran las colinas antes de que llegaran los turcos.

—No, hasta que no tenga suficiente artillería en la costa —replicó Stopford.

Mientras el Cuerpo Suvla se demoraba sin efectividad alguna, la línea CANZ caía en una situación peligrosa. Los All-Black Kiwis se encontraban solos en Chunuk Bair, con veinte mil turcos en el valle de la izquierda y otros veinte mil en el de la derecha.

¡En el Nek había caído la guillotina!

Antes que suspender el ataque hasta que el Cuerpo Suvla se pusiera en movimiento, Brodhead cometió un horrendo error de criterio: quiso capturar el Nek a toda costa, a fin de mantener a los turcos en la duda.

El Nek estaba en el centro de las defensas turcas que rodeaban el Puesto de Quinn. Era una larga cresta, de unos treinta metros de ancho y doscientos de longitud; a ambos lados las laderas descendían casi a pico. Cualquiera que tratara de cruzarlo tendría que bajar directamente por el bulevar, sin protección alguna.

El Octavo Batallón Australiano de Caballería Ligera avanzó en filas de a cuatro en fondo, adentrándose veinte o treinta metros en el Nek, y se encontró con el fuego de ametralladoras más concentrado que el mundo conociera.

Como el Cuerpo Suvla no se movía, cualquier nuevo ataque a través del Nek era un suicidio. Monash trató desesperadamente de suspenderlo, pero Brodhead se impuso y ordenó continuar el asalto.

Estando ya el campo sembrado de muertos y heridos pertenecientes al Octavo Batallón Australiano de Caballería Ligera, el Tercero también fue masacrado; después avanzó el Décimo, en una sólida lámina de balas que lo hizo pedazos. No hubo soldado que penetrara siquiera cincuenta metros en el Nek, pero siguieron hasta que no hubo nadie en pie.

Apenas pasado el mediodía los turcos habían liquidado los ataques contra la Trinchera del Oficial Alemán y contra el Nek.

Sólo quedaban los All-Black Kiwis, en lo alto de Chunuk Bair, completamente solos, con el Barranco a sus espaldas y unos cincuenta mil turcos listos para el contraataque.

15:30

Jeremy estaba en un perímetro de agujeros de bala, con Reconocimiento y las compañías Auckland y Maorí. La Wellington se mantenía en reserva. El capitán Matamata trajo el escalofriante informe de que su patrulla no podía llegar hasta donde estaba el Cuerpo Suvla, porque éste no se había movido de la playa.

El coronel Markham, ayudante de Brodhead, logró llegar hasta Malone, donde estábamos Chris y yo mismo.

—¿Por qué no salen de la playa? —fue el saludo de Malone.

—Será mejor que no nos pongamos nerviosos —respondió Markham, en la típica postura de oficial británico dirigiéndose a uno de colonias. Las comunicaciones entre el Cuerpo Suvla y los CANZ son un poco dificultosas. Aclararemos todo en una conferencia a bordo, esta noche.

—¿Esta noche?

—Esta noche —le espetó Markham. Por la mañana tendremos a la gente del Suvla en movimiento.

—Coronel Markham —dijo Malone, cuidando el genio—, los turcos tienen sus reservas abajo y están discutiendo adonde enviarlas. Si el Cuerpo Suvla no toma el pico 269 en el curso de las dos horas siguientes, se encontrarán con dos divisiones turcas que (se lo aseguro) avanzarán esta noche para ocupar el 269. Y quiero saber qué pasó en el Nek —concluyó.

Markham apretó los labios.

—El Nek no tiene nada que ver. Traigo órdenes categóricas de hacer venir inmediatamente a las brigadas neozelandesas que están en la Cumbre.

—No estoy seguro de haber oído bien —dijo Malone.

—Queremos retener Chunuk Bair. A su debido tiempo arreglaremos lo de Suvla.

—Ya hubo una masacre en el Nek, coronel Markham.

—¡Quién le ha dicho eso!

—El coronel Monash… y ahora usted quiere que ponga a todo el Cuerpo Neozelandés en esta trampa. No voy a traer a mis brigadas, no las voy a traer, mientras no nos hayamos acoplado con el Cuerpo Suvla.

—El general de brigada Godley…

—Godley puede irse a la mierda.

Markham tomó el teléfono de campaña y se comunicó con la Cumbre, para pedirles que pusieran en la línea al general Brodhead, que estaba en el cuartel general. Luego informó que Malone se negaba a poner un solo hombre más en Chunuk Bair.

—Quiere hablar con usted —dijo, entregando el aparato a Malone.

—Aquí Malone.

—Habla Brodhead. ¿Ha entendido la orden?

—La entendí.

—¿Y va a cumplirla inmediatamente o no?

—No, hasta que tengamos al Cuerpo Suvla en nuestro flanco izquierdo y a los australianos a la derecha. Aquí arriba hay demasiado viento como para estar tan solos.

—Deme con el coronel Markham.

Markham escuchó y colgó el auricular. Luego se volvió para mirar a su alrededor.

—Mayor Hubble —llamó.

—¿Sí?

—Ponga al coronel Malone bajo arresto y hágalo escoltar hasta el cuartel general.

Bueno, como suele decirse: Christopher Hubble vio pasar toda su vida ante sus ojos en unos pocos segundos.

—Lo siento, coronel Markham, pero me niego.

—Landers, arréstelos a ambos y retírelos de aquí.

—No, señor —respondí.

El coronel Joshua Malone plantó sus manazas cuadradas de leñador en los hombros del coronel Markham y lo miró a los ojos.

—Usted, Brodhead, Churchill, Kitchener, Stopford, Godley y Darlington han traicionado a los hombres de Australia y Nueva Zelanda. Los han traído a este lugar para masacrarlos con su deplorable incompetencia colectiva. Esta farsa de Gallípoli siempre estuvo por encima de la capacidad de los generales. Voy a sacar a mi gente de Chunuk Bair. Por hoy ya han carneado a demasiados hombres.

Y volvió al teléfono.

—Quigley, aquí Malone. Los turcos están fuera del Barranco. Tapónelo por ambos extremos, que voy a llevar a los All-Black Kiwis en una hora.

—¡Deme ese teléfono! —exigió Markham.

—Salga de aquí y déjenos trabajar. Mayor Chris, recorra nuestro perímetro. Queremos una retirada en orden. Cubriremos a su gente con las ametralladoras pesadas. Donaldson, que la Auckland empiece a descender la colina. Cruce directamente el Barranco y suba a la Cumbre, que desde allí estarán cubriéndolo.

—Por cierto, coronel Malone.

—Willumsen.

—Sí, señor.

—Será mejor que alcance al mayor Chris. Se muere por pelear y no quiero que haga ninguna carga por el otro lado.

Sin prestar atención al atónito Markham, Malone organizó esa trágica retirada. Cuando por fin Markham pudo apoderarse del teléfono de campaña, el aparato ya no funcionaba. Yo lo había desconectado.

La Compañía Maorí retrocedió poco a poco, esperando a que la Auckland iniciara el descenso para hacer lo mismo.

¡En ese maldito instante se produjo la traición definitiva!

Dios sabe quién. Dios sabe por qué. El caso es que los cañones navales volvieron a abrir fuego. Reconecté el teléfono, en tanto las explosiones desgarraban la meseta, y

llamé a la Cumbre para que detuvieran el bombardeo.

La Wellington descendía poco a poco hacia el Barranco. ¡Cristo! ¡No se veía a Chris ni a Jeremy!

—La meseta parece despejada —dijo Malone. ¡Retiren las ametralladoras!

Los artilleros desmontaron las armas y las ataron a las sogas para bajarlas. El coronel Markham seguía de pie a poca distancia de Malone, sin saber qué hacer.

Me aparté de ellos, con una creciente sensación de miedo, mientras el último de los rezagados que formaba la retaguardia pasaba por el borde del acantilado.

La marina estaba castigándonos en serio. Al descender sentí que un proyectil estallaba cerca, haciendo volar todo lo que estaba a mi alrededor. Al levantar los ojos vi volar a Markham, arrancado por la onda expansiva. ¿Qué diablos era…? Oh, no… Malone había caído. Di un par de pasos hacia él antes de verlo: la parte superior de la cabeza le había sido arrancada.

¡No puedo ser el último aquí arriba! ¡No puede ser! ¡Alguien debe de haberse demorado en la retirada! No, vamos… Espera… Willumsen, a todo correr.

—Vamos, Landers —me dijo. Nuestras líneas están despejadas.

—¿Dónde están el mayor y Jeremy?

—No vendrán —dijo, aferrándome con fuerza. Los encontré en un agujero de bomba. Murieron los dos.

No recuerdo la marcha de regreso. Nada en absoluto. Tampoco tengo memoria de lo que pasó en los días siguientes.

Lo primero que recuerdo es la voz de Chester; la oía a través de una niebla; sé que alargué la mano buscándolo. Sentí su mano en el hombro y sus dedos, que me acariciaban la cabeza. Supe que debía abrirme paso por el denso campo que me nublaba la mente. Cuando los recuerdos empezaron a filtrarse, comprendí que un momento después me enfrentaría a algo terrible.

Recordé y quise arrastrarme de nuevo hacia la niebla, pero el dolor era demasiado agudo. No podía ocultarlo más.

—¿Recuerdas ahora? —preguntó Chester.

Gruñí.

—Tienes que tomar una decisión, Rory. No puedes demorarla —dijo con suavidad. Tienes que decirme, Rory: ¿quieres seguir viviendo?

¡Oh, Jeremy, Jeremy, mi hermano Jeremy!

Otra voz, la sonora de Modi.

—Si no aceptas que Jeremy ha muerto, tendremos que dejarte solo.

—No me dejen solo —jadeé.

—Mírame y di que Jeremy ha muerto —ordenó Chester.

—No puedo.

—Si lo demoras puedes caer en un grave agujero negro —advirtió Modi.

Sentí que la ira crecía en mí. ¡Ése no era momento para acosarme! Recordé que eran mis amigos. Quería destrozar algo, cualquier cosa. Modi, olfateando mi cólera, me bloqueó la salida.

—Si sales a matar mil turcos, Jeremy seguirá muerto —afirmó.

—¡Déjame pasar!

—Cómo no —dijo Modi, dando un paso al costado.

Me puse de pie, pero la debilidad no me permitió mantener el equilibrio y volví a caer pesadamente. Chester me atacó otra vez.

—¿Eliges seguir viviendo o no?

—¿Qué diablos sabes tú? Y tú, Modi, ¿por qué desertaste del ejército ruso? ¡No vengan a predicarme! ¡Ustedes qué saben!

Modi me aferró por el pelo para levantarme la cara. Su barba estaba casi contra mí.

—Voy a decirte lo que sé. Los cosacos incendiaron mi aldea ante mis propios ojos. Mi mujer fue violada por veinte de ellos y asesinada después. A mi hijita la decapitaron. Eso se llama pogromo, Landers. ¿Quieres que me siente a gimotear contigo? ¿Sí? ¡Yo estoy vivo!

Dios mío, qué mísero me sentí. Le rodeé las rodillas con los brazos, susurrándole que estaba arrepentido como nunca en mi vida.

—Dime qué debo hacer —supliqué.

—En un lugar como éste —dijo Modi— la desesperación es peor enemigo que los turcos. Si no aceptas de frente lo que pasó, te pudrirás tan rápido como los cadáveres en la tierra de nadie. ¿Quieres vivir como inválido o como hombre?

—Te escucho.

—Ahora dinos: ¿quién murió en Chunuk Bair?

—El coronel Malone —respondí, con voz seca y quebrada.

—¿Y el mayor Chris?

—Sí, Chris ha muerto.

—¿Quién más?

—Jeremy ha muerto.

Optar por la vida y admitir la muerte de Jeremy era el primer paso, el más necesario. Chester y Modi se turnaban para no dejarme solo y me instaban a hablar de Chunuk Bair y de Jeremy.

Modi tenía razón. A menos que lo aceptara y luchara contra eso, estaría condenándome al naufragio de por vida. Necesitaba poder y sabiduría de todas las fuentes a las que pudiera recurrir.

Debía convencerme de que no estaba tratando de relegar el campo de batalla como recuerdo distante. Uno debe sobrellevar estas cosas por el resto de sus días. Me faltaba resolver qué proporción de la batalla dictaría mi modo de vivir desde entonces

en adelante.

Si el dolor, la inutilidad de todo eso, la ausencia de Dios en todo eso, me consumían por el resto de mis días, como a tantos hombres, no habría hecho honor a la muerte de mis amados camaradas.

Modi me explicó muy claramente que había ido a Palestina para honrar la muerte de su esposa y de su hija, haciendo realidad lo que habían soñado juntos.

De igual modo, yo debía honrar la muerte de mis camaradas llevando una vida plena… vivir con ellos y para ellos… dar sus nombres a mis hijos… ver por ellos el verdor de Nueva Zelanda.

Modi y Chester me dijeron que abriera mis sueños para buscar a Georgia. Ella estaba viva y era real. Debía ser la esperanza.

Aun con esas dos almas compasivas, la lucha por mi propia sobrevivencia era aterradora. Pedí a Conor Larkin que me ayudara.

No conocí a Shelley MacLeod. El me había hablado en cartas de su amor por ella. Después de Sixmilecross, las cartas dejaron de llegar. Fue el padre Dary quien nos informó sobre la muerte de Shelley. Cuando Conor se enteró de su asesinato, estaba en prisión y acababa de recibir una azotaina con el látigo de nueve colas.

Conociendo a Conor, comprendí que se había culpado por esa muerte, si ambos no eran socios en un pacto mortal.

¿Y la culpa de Conor? Debía de haber sufrido tanto como el salvador en la cruz.

Le pedí parte de su fuerza. Conor había sobrevivido a la más sucia y brutal de todas las experiencias humanas, pero la superó, Dios sabe cómo. Llevó una vida decente, útil y valiosa hasta el último aliento.

Lo más importante de todo era que pudo volver a amar. Esa Atty Fitzpatrick debía de ser una maravilla, si había podido llegar a él.

Me aferré a Conor… a Modi… a Chester… y me obligué a no permitir que Gallípoli me derribara.

El teniente general Brodhead me retenía en el cuartel general. Su propio escudo estaba perforado. Estaba medio paralizado, ya fuera por sus errores, ya por las fuertes pérdidas o por ambas cosas.

¿Por qué a mí? Brodhead había mantenido una relación muy especial con Christopher Hubble, como de hermano mayor o de padre a hijo. Chris ejecutaba gran parte de sus trabajos sucios, desde Irlanda a Gallípoli. Creo que el general llegó a depender mucho de él. El puesto de general es un sitio solitario. Los confidentes son pepitas de oro. Si todo hubiera salido bien, al terminar la guerra Christopher Hubble habría sido uno de los generales más jóvenes de la historia británica y en cierto sentido, el legado de Brodhead.

Por cierto, yo no compartía con él la intimidad de Ulster, la tradición militar y la situación social, pero a él le gustaba mi modo de ser y los buenos resultados que

obtenía. Llegó a parlotearme sobre el brillante futuro que me esperaba y tuve la sensación de que me propondría ser su asistente.

No le tenía odio. Su horrible táctica y sus decisiones en el campo de combate eran las de un general que había librado guerras en el siglo anterior. No entendía cómo enviar a hombres contra ametralladoras. Los hizo marchar en filas de granaderos, para que los segaran como al trigo.

Personalmente era un hombre valeroso, bastante querido por sus tropas, cuyas privaciones compartía. Se encontraba en una situación imposible, puesto allí contra su mejor criterio, pero hacía lo posible por los CANZ.

Estando en el cuartel general, con autorización para entrar en el centro de mensajes cifrados, pude enterarme del furor producido tras el desembarco en la bahía Suvla.

El almirante Jack Fisher, que tenía el grado más importante de la Marina Imperial, había cambiado varias veces de opinión con respecto a Gallípoli y acabó por renunciar a manera de protesta.

Su renuncia obligó a Churchill a renunciar como Primer Lord del Almirantazgo.

El general Darlington, comandante de las tropas del Mediterráneo, fue relevado de su cargo.

El general Stopford, del Cuerpo Suvla, fue despedido, junto con sus comandantes de división y su plana mayor.

Cayó el gobierno de Asquith y se formó un gabinete de coalición para manejar el resto de la guerra.

Lo más probable era que Brodhead no fuera tenido en cuenta para otro cargo, golpe devastador para él.

Crecían el escándalo y el espanto por lo de Gallípoli. Se iniciaron las investigaciones. Mientras tanto Keith Murdock, el periodista australiano, sacudía el imperio con sus revelaciones de lo que se había hecho con los soldados de Australia y Nueva Zelanda.

Pese a la obvia derrota, los británicos seguían aferrándose a sus tristes hectáreas de Gallípoli, sin saber qué hacer y desesperados por no perder imagen.

Pasaron agosto, septiembre y octubre. Entonces Gallípoli mostró el otro lado de su fea cara: el infierno estival se convirtió en un otoño frío y seco. Estábamos tan poco preparados para el frío como lo habíamos estado para el calor.

A mediados de noviembre, una ventisca de proporciones casi bíblicas atormentaba las trincheras. Los vendavales antárticos y la nieve cegadora nos encontraron con poca protección.

Al pasar la ventisca encontramos a cientos de hombres muertos por congelación o con los dedos ennegrecidos, que debieron ser amputados.

Ya avanzado noviembre, Chester, Modi y yo pasamos toda una noche trabajando

en la playa y en el corral, para descargar y empacar frazadas, guantes, abrigos de invierno y bufandas, que hacíamos llegar al frente. La situación más desesperada era la del Puesto de Chatham y la del pico Ryder. Debido a su proximidad con el mar, allí el frío era más penetrante.

Estábamos trabajando las veinticuatro horas del día y de pronto nos descubrimos escasos de hombres que guiaran a las mulas. Chester decidió hacer un viaje nocturno hasta Chatham y Ryder. Aquello tenía mal olor, porque los turcos habían establecido una galería de tiro desde el valle de la Desesperación.

Yo llegué hasta un puesto de distribución instalado en la Garganta de Monash y volví a casa tambaleándome, ya cerca de medianoche. La caravana de Chester había vuelto sin él. Modi tenía noticias de que Chester había recibido una leve herida en el hombro, por lo que dijo al jefe de conductores que volvería caminando a Garganta de la Viuda, a fin de que lo atendieran.

Modi no cayó en el pánico. Fuimos los dos a la Viuda y destapamos la cara de todos los muertos y todos los que esperaban evacuación o cirugía. Chester no estaba allí.

En las horas previas al amanecer hice algo que no había hecho en mis siete meses de Gallípoli: me puse de rodillas para rezar.

Lo hallamos en la playa Brighton poco después del alba, al costado de la senda. Había muerto por congelación, acurrucado con las rodillas contra el pecho, sin pensar siquiera en tomar algunas de las frazadas que llevaba al puesto. Su herida era casi superficial. No era eso lo que lo había matado: ya no tenía fuerzas ni resistencia. Estaba tan débil que cualquier golpe duro podía acabar con él.

Entonces hice otra cosa que no había hecho nunca en Gallípoli. Lloré.

En los últimos días de noviembre llegaron planes secretos para evacuar a los CANZ. Curiosamente, fue el plan mejor ejecutado de toda la expedición. Se dejaría allí todo el equipo pesado, para que los hombres pudieran viajar sin estorbos. En la primera noche aparecerían barcos en número suficiente para llevarse a todos los hombres posibles aprovechando la oscuridad.

En la segunda noche, el resto del Cuerpo repetiría el procedimiento. El problema consistía en que, por entonces, el Pedorrero Ferdinando y las otras piezas de artillería podían iluminar la playa. Entonces todo el ejército turco nos caería encima.

Los ojos que dirigían la artillería turca eran, principalmente, los que se encontraban en un puesto de observación llamado La Guillotina. La Guillotina se encontraba en una posición absurda, cosa muy común en la Ensenada CANZ. En nuestro lado de la línea, la Garganta de las Mulas continuaba hacia arriba y se iba estrechando, con numerosos giros en zigzag. Lo que convertía al puesto en algo casi invulnerable era una súbita elevación de barrancos, a cada lado de la garganta. El puesto estaba asentado en la roca viva y resultaba imposible llegar escalando ni por

los flancos.

La única opción era lanzarse contra él, simplemente. La garganta era tan estrecha que, en la última curva, la carga sólo podría hacerse con filas de hombres de a dos o tres en fondo. Sólo Dios sabía cuántos hombres habíamos perdido en fracasados intentos de liquidar La Guillotina.

Un día después de ver los planes secretos de evacuación, el cuartel general me ordenó eliminar todas las mulas en la última noche de la retirada. Habíamos reunido casi seiscientos animales para el sitio de invierno. Dije al comando que prefería reservarme esa orden.

Los motivos de la destrucción eran sencillos: no había modo alguno de evacuar a esos animales; acabarían muriendo de frío o de hambre, utilizados por los turcos contra nosotros o carneados como alimento. No quise que Mordechai Pearlman participara de ese último horror. Tras haber rezado por la vida de Chester y llorar la muerte de mis hermanos, no vi mal alguno en pedir a Dios que me enviara alguna sabia idea, para ayudarme a evitar un desastre en la segunda noche de evacuación.

Tras una reunión de la plana mayor en el cuartel general, el coronel Monash vino en persona a mi cueva de troglodita, para mantener una charla conmigo. Habíamos llegado a entablar cierta amistad; creo que buscaba algún terreno neutral donde sentarse a escuchar su propia voz. El hombre tenía una mente grande, como la de Conor.

—Lamento lo de las mulas —dijo.

En el momento en que él decía esas palabras se me ocurrió un plan. Enviar a esos animales a una muerte de soldado, cargando por la Garganta de las Mulas contra La Guillotina, era mucho mejor que lo hecho por él: enviar a sus soldados hacia el Nek contra sus deseos.

—Yo también voy a llorarlas un poco —reconocí.

—Las lluvias han lavado las tumbas poco profundas en la tierra de nadie —comentó. Este sitio será eternamente un montón de huesos, nuestros y de ellos, sin que nadie pueda ver la diferencia. Me miró con aire sapiente. —¿Valió la pena? Las verdaderas cifras no se sabrán nunca, pero las bajas no descendieron del medio millón, entre ambos bandos. Cayeron millares y millares de neozelandeses y australianos. Es demasiado para países tan pequeños como los nuestros. Debemos sacar algo de esto para que no haya sido un total desperdicio. ¿Qué sacó usted, Landers?

—Todo hombre tiene en sí cierta medida de cobardía. Yo descubrí que el amor a los compañeros puede ser más poderoso que el miedo. Aprendí que cada sobreviviente de este horror debe tratar de llevar una buena existencia, porque vive por muchos hombres.

—Eso es muy decente, Landers. No lo olvidaré.

—¿Y usted, señor?

—Yo llegué a este campo de batalla, Landers, desde una antigua colonia penal, orgullosa de sus hombres salvajes y de sus costumbres libres. Usted vino desde un sitio de pioneros, leñadores, ovejeros y agricultores. Ninguno de nosotros traía una clara definición de pueblo. Pero los australianos y los neozelandeses nos vamos con una definición muy clara de quiénes somos, como hombres y como naciones. En cierto modo, su país y el mío nacieron en Gallípoli. Hemos mostrado nuestras agallas al mundo y a nosotros mismos. Hizo falta semejante tragedia para que pudiéramos hacerlo.

Hice ordenar a Mordechai Pearlman que viajara a Lemnos, a fin de inspeccionar nuestras provisiones de heno, grano, mantas y equipo para el resto del invierno. El no tenía idea de que se iban a eliminar las mulas ni de la evacuación que se llevaría a cabo.

Aun al transmitirle las órdenes fingí quejarme por tener que prescindir de él, siquiera por algunos días. Creo que lo engañé. Él ignoraba que no regresaría… ¿o no?

Lo acompañé al muelle, le di una palmada en la espalda y dije que esperaba verlo de regreso en un par de días. Después de prestarle una mano para subir al bote, le arrojé el equipo.

—Gracias por todo, Rory —dijo. Jamás volveré a vivir algo como lo de El Cairo.

Cuando su bote hubo partido susurré:

—Te amo, hombre.

—¿Usted quería verme, Landers? —preguntó Brodhead.

—Sí, señor. Tengo una idea para liquidar La Guillotina. Si los turcos se quedan sin ojos, tal vez nos salvemos de las descargas de artillería en la última noche.

—Dios mío, ojalá pudiéramos. Si los turcos se enteran de algo, esto podría ser una masacre. Cuanto menos tomarían a miles de prisioneros. Hace seis meses que trato de liquidar La Guillotina. ¿Cómo diablos, si los hombres tendrían que cargar por esos recodos de a dos o tres en fondo?

—¿Y si provocáramos una estampida de mulas contra La Guillotina?

—Dios mío —susurró.

—De cualquier modo tenemos que eliminar a los animales.

—Dios mío —repitió—, eso crearía una tremenda distracción. Los turcos podrían congelarse en sus posiciones o enviar todas sus reservas hacia allí. Con eso la playa quedaría libre por unas horas preciosas.

Establecimos una línea de fuego detrás de las mulas y las azuzamos con gritos y azotes. Pronto se lanzaron garganta arriba, atravesando el alambre de púas. Llegaron al serpenteo y rodaron unas sobre otras, al estrecharse el cañón.

Flynn y yo, acompañados por dos hombres más, utilizamos un sendero que quizás habían empleado los antiguos griegos; seguía aproximadamente la línea de la garganta. Esperamos a que los animales tomaran los últimos recodos, con la esperanza de que nuestra presencia pasara inadvertida.

Los alaridos de esos hermosos soldados eran casi insoportables. Cuando llegaron al último recodo, nosotros cuatro estábamos en un estrecho sendero, tres metros por encima de ellas.

En cuanto salieron de la curva, los turcos dispararon señales luminosas, iluminando los últimos cincuenta metros de la «carga». El enemigo disparó con dos armas. Los animales de vanguardia cayeron, pero atrás venían más mulas, y más… y más… amontonándose bien enfrente de La Guillotina.

¡Oh, Dios de los Cielos! Uno de los muchachos resbaló hacia la garganta y fue triturado en un instante por las mulas.

¡Ahora o nunca!

Saltamos a una roca sin ser vistos, pues los turcos tenían las manos ocupadas deteniendo la carga. Uno… dos… tres… cuatro… diez… once… doce granadas estallaron directamente en el nido.

Salir deprisa, rápido… pero con cuidado, para no resbalar hacia el cañón.

Me sentía muy mareado y caliente… ¿Qué diablos hace un hombre de rodillas, sin poder levantarse? ¡Qué diablos! Me chorreaba la sangre por la pechera.

Flynn me levantó de un tirón.

—Cuélgate de mí, Landers. Nosotros te sacaremos de aquí, amigo. Ya te sacaremos.

Epílogo

Archivos secretos de Winston Churchill - Navidad de 1915

Los mejores generales parecen ser los historiadores de las generaciones futuras, que no se vieron forzados a tomar decisiones en el momento en que se hacía la historia.

Cuando todas las comisiones de investigación hayan terminado, cuando ya no se señale con el dedo, cuando hayan sido dichas y repetidas las mentiras, las justificaciones y los encubrimientos, quedará en pie un hecho flagrante: que el nombre de Winston Churchill equivaldrá para siempre a uno de los mayores desastres de la historia militar.

Lo que digo aquí es que los hombres sapientes de alta posición, los que crearon el mayor imperio del mundo, apoyaron la estrategia militar y política de intentar la apertura de los Dardanelos. Ellos consideraban que lo de Gallípoli era naval y militarmente una probabilidad, si no una posibilidad.

Lo que se disgregó después llenará cientos de volúmenes todavía por escribir. Pero insinuar ahora que el plan era maligno, tonto o demasiado arriesgado, que se lo llevó a cabo para dar impulso a ciertas carreras individuales o que no tuvimos compasión para con la vida de nuestros soldados, eso es una condenable mentira.

Podría erguirme ante el Parlamento o cualquier comisión para defender mi caso. Podría aclararles torpezas y más torpezas que no fueron hechura mía, pero prefiero no pasar el resto de mi vida señalando con el dedo la incompetencia de muchos generales, almirantes y ministros. No: yo seré el chivo expiatorio de todos ellos.

Como Primer Lord del Almirantazgo, tuve mi porción de buenas decisiones y mi porción de malas decisiones. Lo deplorable es la acusación de que nada me importó. Nadie recordará que muchos movimientos se produjeron después de mi renuncia. Tampoco que la mayor parte de las decisiones estuvo siempre fuera de mi control.

El Consejo de Guerra entró en la empresa con mucha confianza. Tras el fracaso de nuestros cañones navales, que no produjeron los resultados previstos, y tras la resistencia turca inesperadamente feroz que se encontró durante el desembarco, todo el plan comenzó a empañarse. La decisión de ganar esa campaña y los medios con los cuales hacerlo comenzaron a desvanecerse en nuestros consejos más altos.

El desembarco en la bahía Suvla fue una desgracia para las armas británicas. El mariscal de campo Kitchener era el principal responsable por la designación de los generales Darlington y Stopford. Sin embargo, no se oye que nadie condene a Kitchener.

Personalmente, el momento más terrible fue aquél en que debí informar a lady Caroline Hubble que sus dos hijos habían muerto. A través de mi propio pesar, encontré majestuoso el modo en que esa magnífica mujer manejó el momento más

desgarrador de su vida. Su constante muestra de dignidad y coraje en los meses de duelo ha sido incomparable.

Lord Roger Hubble fue informado de la tragedia mediante un telegrama que le llegó a Daars, la casa de veraneo que tenía cerca de Kinsale. Lo que se cuenta es que Hubble, aficionado a la pesca de tiburones, hizo preparar una pequeña embarcación, aunque se avecinaba una terrible tormenta, y navegó deliberadamente hacia un feroz vendaval. Más tarde llegaron a la costa algunos restos del bote, pero su cuerpo nunca apareció.

Por ende, a la edad de cuarenta años veo mi carrera al borde del desastre. Al parecer, aún soy lo suficientemente valioso para el gobierno de Su Majestad, puesto que se me ha convocado desde mi regimiento en Francia para asumir el cargo de Ministro de Municiones, aunque ya no ocuparé ningún puesto en el Consejo de Guerra.

¿Puedo superar el medio millón de bajas de Gallípoli o deberé morir con ese estigma grabado en mi tumba? A causa de este desastre estoy decidido a hallar la manera de servir. Serviré tan bien que, al final, lo de Gallípoli será una nota al pie, no ya el nombre de mi volumen.

No sé cómo deben soportar los líderes las muertes provocadas en la batalla. No hay textos escritos que brinden orientación al respecto. Cada rey, cada general, ministro o presidente debe lidiar a su modo con las muertes que resulten de sus órdenes. Que Dios se apiade de quien acabe cargando con un Gallípoli.

En futuros escritos haré lo posible por explicar exactamente mi papel y mi manera de pensar. ¿Podré alguna vez limpiarme de esto que me corroe? Tal vez algún día futuro me permitirá hacer un gesto de purificación.

WSC

Una visión retrospectiva

El alzamiento de Pascua de 1916

POR THEOBALD FITZPATRICK

Para refrescar la memoria del lector: soy Theobald Fitzpatrick, hijo de Atty y el difunto Desmond Fitzpatrick. De mi padre heredé suficiente capacidad leguleya como para continuar con la labor de su vida, como abogado del movimiento republicano. Robert McAloon, su socio, es ahora socio mío, aunque está en esa edad en que todo movimiento viene acompañado de un crujido.

Mi madre fue por varios años la amante de Conor Larkin, desde que él volvió a Irlanda desde Norteamérica, tras su fuga de la prisión. Él era el hombre más buscado de Irlanda y vivía huyendo. Gracias a él la Hermandad llegó a estar en muy respetables condiciones para combatir.

Lo mataron mientras dirigía el ataque al Castillo de Lettershambo. Algunos dicen, no sin un toque de sabiduría y verdad, que Conor veía adelante un camino tortuoso, destinado a terminar en prisión perpetua o en muerte violenta. También comprendía que no le era posible continuar sus funciones de solitario dentro de una Hermandad cada vez más grande y con un molesto Consejo Supremo. Finalmente, tampoco podía vivir un solo día de normalidad con mi madre. Por lo tanto, Conor escribió su propio amén volando el Castillo de Lettershambo poco menos que hasta Escocia.

La muerte de Conor Larkin en Lettershambo causó una pérdida de energías y de voluntad en mi amada madre, Atty Fitzpatrick. Cuando mi padre, el difunto Desmond Fitzpatrick, murió de un ataque cardíaco mientras defendía una causa republicana en las Cuatro Cortes de Dublín, mi madre vivió el luto en mesurados tonos de sobria dignidad, sin un solo gesto de desolación en público.

En el caso de Conor Larkin no ocurrió lo mismo.

Los británicos devolvieron los cadáveres de Conor y de Dan Sweeney. Lo que siguió, en desafío a la ley británica, fue un velatorio público, seguido por una oratoria junto a la tumba del largo Dan que los elevó a la condición de mártires.

Mi madre acompañó el ataúd de Conor hasta Ballyutogue, en un sencillo cortejo que atravesó toda Irlanda. En cada cruce de rutas, en cada ciudad y aldea, una nueva guardia de honor, constituida por miembros del Ejército Local, lo acompañaba hasta la siguiente parada. Los niños arrojaban flores a su paso; las mujeres rezaban llorando y los hombres se sentían agitados por ansias de libertad adormecidas durante mucho tiempo.

Cuando por fin el padre Dary Larkin depositó a su hermano en el cementerio de Santa Columba, junto al padre de ambos, mamá se arrojó sobre la tumba de Conor. Un espontáneo lamento de muerte brotó de todos los deudos llegados desde Derry y Donegal; luego, en el país entero.

La compostura que mi madre había guardado durante toda la vida desapareció por completo, en tanto la gente desgarrada expresaba su dolor con descontrolados saltos a la locura. Salieron en tropel de la cabaña de los Larkin y atestaron los estrechos senderos, bailando y aullando alrededor del túmulo.

Mi madre estiró su afligido cuerpo hacia arriba, como un hada de la muerte, y se

unió a los gimientes nocturnos, desgarrándose las prendas y la carne durante las diez horas de oscuridad, hasta que rompió finalmente el día helado y húmedo. Entonces se derrumbó.

Sí: toda Irlanda sabía ahora que eran verdad los susurros sobre amores clandestinos entre Atty Fitzpatrick y Conor Larkin. Cuando mi hermana Rachael y yo pudimos apartarla de la tumba, ella pasó una semana en la cabaña de los Larkin, hasta que los últimos deudos, ya exorcizados, volvieron a sus sembrados y a sus aldeas.

Durante esa semana se armó un escenario preocupante. Para ser franco, los mutuos consuelos que intercambiaban Rachael y el padre Dary no me parecían muy ecuménicos.

En tanto transcurría la semana de luto, los otros y yo secamos la taberna a fuerza de beber. Entre uno y otro brindis por los muertos, yo no sabía si pasar mi tiempo reconfortando a mi madre, que de cualquier modo estaba fuera de mi alcance, o interponerme en ese incipiente y obvio romance prohibido.

El dolor se fue calmando; por fin pude llevar a mis dos muchachas de regreso a Dublín, donde Rachael reasumió el habitual papel de hermana mayor de mamá. No me pareció buen momento para darle consejos no pedidos sobre las dificultades de amar a un sacerdote.

El padre Dary (aclaremos que no es posible sentir antipatía por ese hombre) había encendido una luz de esperanza en la desesperanzada Derry. Trabajaba con gran compasión por cuenta de un obispo enfermo. Era muy amado y demasiado liberal, por lo que tenía constantes problemas con la jerarquía.

Siempre se había mantenido apartado de la Hermandad, pero durante el funeral me llevó aparte para decirme que, en ocasiones especiales, no se rehusaría a escucharnos. ¿Se debía eso a la muerte de su hermano? ¿O tal vez a la belleza de mi hermana Rachael? Desde el momento en que abandonamos Ballyutogue, el padre Dary se las compuso para encontrar una extraordinaria cantidad de asuntos eclesiásticos que lo trajeran a Dublín.

En cuanto a mi madre, después de una vida entera de duro trabajo en el movimiento, se vino abajo. La robustez que mostraba en el escenario en su papel de «Madre Irlanda», la que le permitía imponerse en las reuniones del Consejo Supremo de la Hermandad, ya no existía.

Su pena por Conor Larkin parecía insuperable. Ella había sido el apoyo de dos hombres grandes, poderosos y audaces. Ahora que los dos estaban enterrados, sus propias energías se agotaban. Tuvo la prudencia de retirarse del Consejo Supremo, aunque continuó desempeñando un papel importante como estadista.

No debemos olvidar que el episodio del Castillo de Lettershambo causó estragos en los grados superiores del Consejo Supremo. Conor, aunque no formaba parte de él por decisión propia, era un líder espiritual y un organizador y táctico brillante, en un

país que sufría una lamentable carencia de ellos.

Dan Sweeney era la revolución pasada. Sus glorias legendarias, que se remontaban a los tiempos fenianos, cayeron irrevocablemente en el mito.

Perdimos a nuestro querido lord Louis de Lacy, místico gaélico que ofreció su baronía para adiestrar a los nuestros. La pérdida de Dunleer nos resultó devastadora.

Y el pequeño Seamus O'Neill, que Dios lo tenga consigo, autor de palabras brillantes, mordaces, burlonas y lógicas, murió también en Lettershambo. Después de todo, las palabras eran una de las pocas armas de Irlanda.

En el período de transición se hicieron cargo del Consejo Supremo un tabaquero, un antiguo cantinero, un soldado aventurero, un académico, un sindicalista y (según la definición que se prefiera) uno, dos o tres poetas. Era un guiso irlandés sin un solo ingrediente militar sustancioso.

Naturalmente, yo asumí el papel que me había sido asignado al nacer: hacer lo mío en las Cuatro Cortes. No por nada me bautizaron Theobald.

SEGUNDA PARTE: DE CAUSAS MÁS NOBLES

Cuando asomaba el año 1916, las nubes oscuras se abrieron sobre varios asuntos.

La guerra de Europa se reduciría a una cuestión de números. El bando que mejor pudiera absorber las bajas sería declarado ganador.

Tratándose de números, la palabra mayor era la mano de obra norteamericana. Norteamérica aún no participaba. Por lo tanto, Irlanda tenía que proveer su parte de pienso hasta que Estados Unidos mordiera el cebo de los Aliados. Pero Irlanda era un jugador muy débil en cuestión de números.

El sentimiento norteamericano siempre había apoyado con fuerza a los Aliados. Francia fue su primer apoyo, aliado vital para que Estados Unidos obtuviera la independencia, en 1776. Gran Bretaña le había legado su lenguaje y su cultura, además de la mayor parte de su población original.

Por otra parte, Norteamérica debía tener en cuenta su gran proporción de habitantes alemanes, además de un gran contingente irlandés de tendencias republicanas, que se expresaba a viva voz.

Por lo general, una guerra se inicia cuando una nación o una alianza codiciosa tiene un excedente de alimentos, armas y hombres. Los hombres son lo más descartable. El trigo es mucho más difícil de conseguir, tal como lo descubrió Inglaterra cuando se cerró el estrecho de Dardanelos y el trigo ucraniano dejó de llegar.

Pues bien, ninguna nación, ninguna alianza ambiciosa admitirá su codicia, ¿verdad? Para que un país se embarque en una guerra es imperativo inventar y superponer una causa más noble que la codicia.

La Revolución Norteamericana ofrece un ejemplo claro y asombroso de lo que es un cambio de causa en plena corriente. Se inició en todas las colonias como una serie

de incursiones inconexas y diseminadas, para protestar por las injusticias británicas, sobre todo en cuestión de impuestos. Pero es difícil inflar una protesta por impuestos hasta convertirla en una verdadera revolución popular. Por lo tanto, la revolución vistió el manto más magnífico de la historia humana, al declarar que, en verdad, era una guerra por la independencia y la dignidad del hombre.

Otro ejemplo es la Guerra Civil Norteamericana. Este conflicto se produjo para salvar la unión, consecuencia de que dos entidades diferentes en lo económico, lo cultural y lo moral trataran de existir dentro de una misma nación. Con el tiempo, a medida que se desarrollaba la guerra, el brillante señor Lincoln reinventó la nobilísima causa, diciendo que, en realidad, la guerra era por la abolición de la esclavitud.

La guerra que ahora envuelve al continente europeo se produjo porque dos codiciosas alianzas ambicionaban tener cada una una parte de la otra. Pero los carteles de reclutamiento no podían decir: Únete al ejército porque somos muy codiciosos. Había que descubrir, inventar o sacar de alguna parte una causa más noble, ¿verdad? Lo que emergió heroicamente, desde el punto de vista de los Aliados, fue «la guerra para salvar a la democracia» para el mundo y afirmar el derecho a la libertad de los países más pequeños. Bélgica, por ejemplo.

Sin embargo, la mayoría de las naciones queman la vela por ambos extremos. Los Aliados, además de salvar al mundo para la democracia, tenían toda la intención de quedarse con las colonias alemanas, turcas y austríacas.

Cierto número de naciones pequeñas tomaron a los Aliados al pie de la letra y reservaron su asiento en las conferencias de paz y la firma de tratados que se llevarían a cabo en la posguerra. Entre esos pequeños países estaba Irlanda, que sin duda se había ganado cuanto menos el derecho a hacerse oír en el futuro de la nación, por la sangre irlandesa que se estaba vertiendo en defensa de la democracia.

Irlanda representaba una punta de lanza del descontento. Si los irlandeses acudían a la mesa de negociaciones con sus propios representantes, eso podía provocar una reacción en cadena en todas las colonias británicas. Para Gran Bretaña se tornó indispensable mantener a Irlanda bien lejos de las conversaciones de paz. De lo contrario no podría defender ni justificar ese asunto de librar una guerra en pos de la democracia.

Por lo tanto, Inglaterra lanzó una campaña bien diseñada contra la independencia irlandesa:

«El Parlamento Británico ya ha aprobado una Ley de Autonomía que fue aceptada por el Partido Irlandés».

«Tenemos miles de voluntarios irlandeses que visten el uniforme británico. Es obvio que deben de sentirse muy británicos para enrolarse».

«Hemos permitido que los irlandeses formen su propio Ejército Local para defender el suelo irlandés».

«Ciertos truhanes irlandeses se encaman con los hunos».

A lo cual contesto:

«La Ley de Autonomía exige la lealtad de los irlandeses a la Corona Británica y permite al Parlamento Británico vetar cualquier legislación aprobada por un gobierno irlandés. El Partido Irlandés se extinguirá en las próximas elecciones».

«Miles de irlandeses se enrolaron en el Ejército Británico porque nunca en su vida se les había ofrecido un empleo tan bueno».

«El Ejército Local Irlandés es de calibre Gilbert & Sullivan: hombres armados con fieros palos de escoba y torpes armas centenarias».

Sin embargo nunca llegué a presentar mi caso ante Woodrow Wilson. La defensa británica sonó bien a los oídos del Presidente norteamericano porque él deseaba que le sonara bien. Esos muchachotes no iban a permitir que los pequeñuelos les arruinaran las cosas. Y junto a los británicos, los irlandeses eran menudencia.

Aunque los irlandeses habían llegado a Norteamérica en las condiciones más abominables, huyendo de la tiranía y las privaciones, su apoyo a la madre patria fue bullicio sin fuerza. Una vez que se disolvió el desfile del Día de San Patricio en la Quinta Avenida, una vez que las tabernas quedaron secas, el efecto neto para Irlanda fue casi nulo.

La nación en sí había sido magníficamente dividida por siglos de sutiles intrigas manejadas por el Castillo de Dublín.

La piedra fundamental del poder británico en Inglaterra consistía en la Ascendencia Anglicana, premiada con vastas porciones de nuestra tierra por la conquista inicial y la colonización del país. Ellos componían la aristocracia terrateniente, los propietarios de Bancos y fábricas, clase privilegiada que estaba decidida a mantener sus privilegios por medio de la lealtad a Inglaterra.

El poder de la Ascendencia sólo tenía apoyo en una provincia: Ulster. Por la importación de una población protestante, también se le reconocían privilegios.

La clase media católica, tal como estaban las cosas, no quería olas; la jerarquía católica, que protegía su propio bienestar, veía en la Corona a un benefactor. La Iglesia hizo su trabajo sucio, purgando las aspiraciones nacionalistas de varias generaciones de irlandeses.

Por otra parte, el Castillo de Dublín había organizado una numerosa policía católica y todo un sistema de sobornos, pequeños empleos públicos, espías y todo lo necesario para mantener la olla tapada.

Esto convertía a las masas irlandesas en las más miserables de Europa, con más del setenta y cinco por ciento de su población en un estado perpetuo de miseria y sometimiento.

A principios del siglo XVII, la nación irlandesa de los grandes jefes tribales celtas quedó destruida y diseminada; los futuros alzamientos, desde Theobald Wolfe Tone y Robert Emmet hasta los fenianos, fueron episodios deleznables encabezados por

hombres de un coraje inmenso, soñadores que terminaron en el patíbulo, con el cuello partido en dos, después de un gallardo discurso.

Esas palabras pasaron a formar parte de nuestra mitología.

En tiempos recientes, el renacimiento gaélico trataba de vincular ese glorioso pasado a nuestro miserable presente, pero perdió gran parte de su celo con la muerte de Charles Stewart Parnell.

Irlanda había sido comprometida a guerrear junto a Inglaterra por el desacreditado John Redmond y el difunto Partido Irlandés. El Sinn Fein, la nueva entidad política republicana, empezaba a conquistar las mentes irlandesas, pero aún faltaba mucho para las elecciones.

En verdad, los británicos se sentían tan seguros que, a principios de 1916, convocaron a una conscripción de jóvenes irlandeses. Lo que eso significaba era: «Ustedes no son irlandeses y NOS PERTENECEN».

Eso tocó un nervio vivo. Una cosa es enrolarse en el ejército como voluntario; otra muy distinta, verse obligado a prestar servicio. Tras siglos enteros de intentarlo, los británicos aún no lograban entender que a los irlandeses no les pareciera un gran honor ser británicos.

Aun cuando Gran Bretaña retiró tímidamente ese llamado a conscripción, el movimiento republicano, liderado por la secreta Hermandad, sabía que se avecinaba una nueva traición.

Conor Larkin se había preguntado si era posible despertar al pueblo irlandés de sus siglos de letargo. Actos tales como los de Sixmilecross y Lettershambo revelaban que aún quedaban unos cuantos hombres capaces de mantener viva la llama. Lo que se necesitaba ahora con desesperación era que el pueblo irlandés hiciera una aplastante declaración en las calles, para demostrar que no se podían seguir postergando nuestras demandas de libertad, que estábamos dispuestos a hacer el sacrificio y asumir el riesgo necesario para ganar lo que nos correspondía. QUERÍAMOS PARTICIPAR DE LOS TRATADOS DE PAZ.

De otro modo, los derechos del pueblo irlandés volverían a ser pasados por alto y en esta oportunidad podía producirse un retroceso, que nos llevara a aceptar una condición inferior de servidumbre bajo la Corona, por uno o dos siglos más.

TERCERA PARTE: LOS MEJORES PLANES DE RATONES Y HOMBRES NO FUERON TRAZADOS EN DUBLÍN

Los irlandeses siempre han tenido opiniones de sobra. Surgieron varios grupos de defensores voluntarios. El que más nos ocupa era una organización bastante bien entretejida a la que, con fines prácticos, llamaremos Ejército Local Irlandés.

Su fundador, presidente y jefe de plana mayor era Eoin MacNeill, nativo de Ulster, de antecedentes religiosos mixtos. MacNeill era un auténtico republicano y renacentista gaélico. Su experiencia militar consistía en ser profesor de historia en la

Universidad de Dublín y miembro de la Academia Real Irlandesa.

En lo relativo a la revolución pendiente, MacNeill timoneaba una tensa relación con su Ejército Local, cuidando de que nadie tocara algo parecido a una bala. Pero sí irguió la espalda para advertir a los británicos que lucharía contra cualquier intento de enrolar a sus hombres. Por lo demás, se negaba a establecer contactos íntimos con la agresiva Hermandad Republicana Irlandesa, aun comprendiendo que el Ejército Local estaba plagado de miembros que pertenecían a ella.

Entre los principales infiltrados figuraba Padraic Pearse, que llegó a ser la segunda autoridad, después de MacNeill. Pearse, que también había hecho su preparación militar como rector de una escuela secundaria, era una potencia prominente en el Consejo Supremo de la Hermandad, que tenía toda la intención de emplear al Ejército Local como instrumento de una rebelión. Por lo tanto, el Consejo Supremo planeó secretamente el Alzamiento, sin molestarse en consultar a Eoin MacNeill, comandante del Ejército Local. Se decidió que la Irlanda rebelde se alzaría en el Domingo de Pascua de 1916.

La médula del plan consistía en que Padraic Pearse convocara al Ejército Local a reunirse el 23 de abril para practicar maniobras, cosa que estaba dentro de su autoridad. En esos días era común ver en Dublín a los diversos grupos de voluntarios tomando edificios, levantando barricadas y trabándose en fingidos combates callejeros, además de marchar por la ciudad en estricta formación. El Castillo de Dublín no le prestó mucha atención a todo eso. Tenía al Ejército Local en muy baja estima.

También se planeaba un alzamiento simultáneo en la zona rural. Sir Roger Casement, diplomático retirado angloirlandés, nacido en Ulster, de familia protestante, era un acérrimo partidario de la Hermandad. En busca de apoyo viajaría primero a Norteamérica y luego a Alemania. Planeaba conseguir dinero en Estados Unidos y, en Alemania, armas y posiblemente tropas.

Las armas alemanas serían desembarcadas en el oeste de Irlanda y puestas en manos de los republicanos para apoyar el Alzamiento de Dublín.

Varios años antes, Conor Larkin me había dicho que ese tipo de operación coordinada estaba muy lejos de ser una tradición irlandesa. En plan de absoluta confianza, me confesó que le parecía casi imposible planificar y ejecutar una misión que involucrara a varios millares de hombres, sobre todo si se trataba de hombres irlandeses.

Sir Robert Casement descubrió amargamente que casi todos los irlandeses de Norteamérica apoyaban a los Aliados; por lo tanto, lo más probable era que no viesen con buenos ojos una rebelión en Dublín. Como en Norteamérica encontró poco apoyo, prosiguió viaje hacia Alemania.

El alto mando alemán mostró curiosidad al enterarse de lo intensa que debía de

ser su participación en Irlanda. El más descabellado de los planes hablaba de submarinos germánicos que utilizarían las aguas frente a la costa oeste de Irlanda y, posiblemente, hasta desembarcarían algunas tropas u oficiales alemanes. Ofrecieron a Casement organizar una brigada con el montón de irlandeses que retenían como prisioneros de guerra, pero como sólo se ofrecieron cincuenta y dos de esos hombres, la mayoría sin mucha voluntad, el entusiasmo de los alemanes perdió brillo.

Aun así era necesario tener un pie adentro, por si la rebelión se efectuaba con suerte. Los cien mil rifles que pedía Casement se redujeron a un solo embarque de veinte mil.

A principios de abril, Padraic Pearse, segundo en la cadena de mando y jefe de operaciones, emitió una orden desde el cuartel general del Ejército Local, que funcionaba en Liberty Hall, el edificio sindical de Dublín. Llamaba a las Brigadas Dublinenses a reunirse para maniobras, con armas y municiones, el día 23 de abril, Domingo de Pascua.

Lord Nathan, principal representante de Inglaterra en el Castillo de Dublín, y sus comandantes militares, vieron el documento y no investigaron seriamente la posibilidad de que hubiera problemas.

En un movimiento algo menos que genial, Pearse emitió una segunda orden, cambiando la fecha de las maniobras al lunes, 24 de abril. Pensaba que, por ser feriado bancario, serían más los hombres que se presentaran en Liberty Hall. Además, la oficialidad británica estaría fuera de Dublín, asistiendo a la inauguración de las carreras de caballos en Fairyhouse Track.

La nave alemana *Aud*, disfrazada de carguero noruego, se hizo a la mar con veinte mil rifles; mientras tanto, Casement fue devuelto secretamente a Irlanda en submarino.

El *Aud* atravesó delicadamente el bloqueo británico y entró en la bahía Tralee, donde quedó esperando la señal de descargar. No llegó nunca. Obvia y previsiblemente, se había producido una falla en las comunicaciones. El *Aud* no tardó en ser más conspicuo que un faro y los británicos despacharon una patrulla naval para investigar. Con todas las rutas de escape cerradas, la tripulación tuvo que echar el barco a pique, junto con los veinte mil rifles, que fueron a parar al fondo de la bahía.

Sir Roger Casement, que se escondía en el campo, fue delatado por un informante que lo entregó como miembro de la difunta brigada germano-irlandesa.

En Dublín, mientras tanto, Eoin MacNeill se enteró de que la Hermandad planeaba utilizar su Ejército Local y emitió una contraorden, que fue publicada en los periódicos de todo el país.

Pese a toda esta actividad y tantas patochadas, el Castillo de Dublín seguía sin preocuparse mucho. Después del incidente del *Aud*, a manera de precaución, se hizo una redada para detener a los «miembros conocidos de organizaciones republicanas,

el Sinn Fein, la Hermandad u otros alborotadores» en las zonas rurales.

En cuanto a Dublín, no reforzaron la seguridad con un solo soldado ni con un agente de policía adicional.

CUARTA PARTE: LUNES DE PASCUA, 1916

Era un día tranquilo. Los británicos estaban en las carreras. Pese al conflicto de órdenes, varios hombres del Ejército Local fueron a Liberty Hall en bicicleta, a pie o en tranvía, para reunirse bajo un estandarte que tenía el siguiente grito de batalla: NO SERVIMOS NI AL REY NI AL KAISER, SINO A IRLANDA.

Había llegado el terrible momento de la decisión. A fin de presentar un combate lo bastante largo como para llamar la atención del mundo, la Hermandad necesitaba un mínimo de tres mil hombres. Se presentaron sólo mil quinientos.

Padraic Pearse, poeta, erudito y custodio del misticismo gaélico, decidió que debíamos continuar, aun sabiendo que eso se había convertido en una misión suicida. «Si no sirve para otra cosa», dijo, refiriéndose a Tom MacDonagh, Joseph Plunkett y a sí mismo, «Irlanda se librará de tres malos poetas».

En ese clima se inició el Alzamiento.

Naturalmente, mi tarea sería acudir con mi socio Robert Emmet McAloon, una vez terminada la lucha, para ver qué se podía hacer en el plano legal para salvar a nuestra gente. En cuanto a mi madre y a Rachael, me alegré de que no participaran íntimamente en el Alzamiento. Tenían varias tareas que realizar desde el centro de mensajes y los escondites. La mujer notable sería la condesa Constance Markievicz, una aristócrata anglicana al estilo de mamá, que comandaría una unidad en la plaza St. Stephen, en el centro de la ciudad.

Y allá fueron las pequeñas unidades, escasas de hombres y de armas, a desafiar al poderoso león que había llegado a sus costas para robarles la tierra casi un milenio antes.

Lo que narro a continuación, aunque no respete exactamente el orden en que sucedieron las cosas, dará una imagen clara del tipo de batalla que se desarrolló.

La condesa Markievicz puso inmediatamente a la vista su total falta de experiencia militar al plantar sus tropas en el medio de la plaza St. Stephen, pequeño parque cuadrado circundado por edificios de tres y cuatro pisos. Las tropas británicas ocuparon los edificios de alrededor y abrieron fuego con fusiles y ametralladoras, obligando a su unidad a retirarse al cercano Colegio de Cirujanos, donde se atrincheraron para presentar un estupendo combate.

Edward Daly, un joven de veinticinco años, delgado, pálido y de bigotes, tenía bajo su mando a un «batallón» de unos cien hombres con los que se apoderó de las Cuatro Cortes, desde donde los británicos dispensaban su negra justicia a los irlandeses. A fin de enfrentarse a las tropas que albergaban las cercanas barracas

británicas, en un número veinte veces mayor, habría necesitado cuanto menos quinientos hombres.

Las Cuatro Cortes tenía un significado especial para mí; era el sitio donde mi padre cayó muerto por un ataque cardíaco, a los pies de un juez británico. Daly sacó toda la documentación que pudiera ser destruida, causando meses enteros de inmensurable confusión para los ingleses.

El tercer «batallón» estaba al mando de Eamon de Valera, un agrio maestro de escuela nacido en Norteamérica, que tenía la casa llena de chicos. Se apoderó del Molino Harinero de Boland, que partía en dos una ruta clave para llegar a Dublín desde el puerto de Kingstown. Se esperaba que pudiera interceptar los refuerzos británicos, que podían llegar en barco tras una sola noche de navegación.

En los pocos días del Alzamiento se produjeron dos horribles equivocaciones que, de haber tenido éxito, nos habrían otorgado una victoria momentánea para condecorar nuestra victoria ante el mundo.

En el primer caso, una unidad atacó el fuerte Magazine de Phoenix Park, donde había un gran depósito británico de municiones. Si se lo hubiera volado, aquello se habría convertido en Lettershambo II. Pero como la unidad no tenía a la cabeza a Conor Larkin ni a Dan Sweeney, tendió los cables para la destrucción en un edificio equivocado, con lo que apenas hizo repiquetear los vidrios del depósito principal.

El segundo disparate fue mucho peor. Sean Connolly, un joven actor que comandaba a unos veinticinco hombres, tenía la llave de la Municipalidad, frente al Castillo de Dublín. Al ver que el portón principal del Castillo estaba abierto de par en par, custodiado por un solo policía desarmado, fue a investigar y lo encontró completamente falto de defensas. ¡Podía tomarlo cuando quisiera!

Toda la historia de la perfidia británica en Irlanda estaba dentro de los muros del Castillo de Dublín: todos los datos de inteligencia, los nombres de los informantes, los agentes secretos, los registros de juicios ocultos al público, las dobles jugadas, los asesinatos contratados, los robos de tierra… ¡Todo el simbolismo! Era la Bastilla de Irlanda. ¿Podía haber algo más audaz y provocativo que capturar ese Castillo? En un solo momento se podía reinventar el mito gaélico.

Más aún: lord Nathan, el virrey, estaba sentado en su oficina, listo para la captura.

¡Ay! Ese confundido comandante rebelde, que nunca en su vida había disparado un arma, quedó espantado por haber matado al policía del portón principal y se retiró del Castillo.

El resto del día estuvo lleno de incidentes parecidos. Una confusa discusión siguió a la toma de diversas cantinas, una fábrica de galletitas y la sala de enfermeras del manicomio, por su proximidad con las barracas Richmond. Desde las barracas se podía oír a la banda militar que ensayaba. Entre las cosas que no se nos ocurrió tomar

estuvo la central telefónica, con lo cual dejamos a los británicos limpias vías de comunicación. Otra enorme torpeza.

El grandioso plan consistía en tomar la pieza central de la rebelión: el gran edificio de Correos, en el bulevar principal, que los irlandeses llamábamos calle O'Connell y los británicos, Sackville.

Al sonar las campanas de mediodía se pusieron en marcha algo más de cien hombres del Ejército Local, con sus uniformes verdes y sus boinas, encabezados por el sindicalista James Connolly. A esa delgada columna se agregaron Padraic Pearse, Tom Clarke, tabaquero y jefe de la Hermandad, y Joe Plunkett, periodista y jefe de la plana mayor.

Esta unidad de alto comando atacó el edificio de Correos, se apoderó de él e instaló sus barricadas en el interior. El gran momento, la lectura de una declaración de independencia, fue postergado cuando descubrieron que habían olvidado en Liberty Hall la bandera de la nueva república. Fue preciso demorar la formalidad mientras uno de los soldados iba en bicicleta a recuperar la enseña, que trajo en una bolsa de papel madera.

Izaron en el mástil la bandera anaranjada, blanca y verde, junto a la tradicional enseña verde, con su arpa dorada y las palabras «The Irish Republic». Padraic Pearse salió al exterior, donde se encontró con una curiosa y desconcertada multitud de paseantes.

—¡Hombres y mujeres de Irlanda! —gritó Pearse, por sobre el parloteo. En el nombre de Dios y de las generaciones difuntas, de quienes recibe su antigua tradición de nacionalidad, Irlanda, a través de nosotros, convoca a sus hijos a reunirse tras su bandera y a dar el golpe por la libertad.

”Tras haber organizado y entrenado a los hombres mediante su organización revolucionaria secreta, la Hermandad Republicana Irlandesa, y mediante sus organizaciones militares oficiales… tras haber perfeccionado con paciencia su disciplina y esperado con decisión el momento debido para develarse, ahora aprovecha el momento y, con el apoyo de sus hijos exiliados en Norteamérica y sus gallardos aliados europeos, pero confiando ante todo en sus propias fuerzas, ataca con plena confianza de obtener la victoria.

”Declaramos el derecho del pueblo irlandés a la propiedad de Irlanda y al control irrestricto de los destinos irlandeses, a ser soberano e invencible…».

Pearse continuó denunciando los siglos de mal gobierno británico, enumeró seis rebeliones muy exageradas y, por fin, anunció la formación de un gobierno republicano provisional, sin olvidarse de convocar la ayuda de Dios. Firmaban la declaración Tom Clarke, Padraic Pearse, James Connolly, Eamonn Ceannt y Joseph Plunkett.

Padraic Pearse sería el presidente provisional; las diversas unidades pasaban a llamarse Ejército Republicano Irlandés.

Yo había echado un vistazo a esa declaración para dar mi opinión legal, que nadie me había pedido y no fue aceptada. Por cierto, no estaba de acuerdo con el alto estado de capacitación de nuestras fuerzas, el apoyo de Norteamérica ni, por Dios, con esa referencia a los alemanes llamándolos «nuestros gallardos aliados». Aun así, era una expresión potente y conmovedora del anhelo humano de libertad y justicia; estaba claramente destinada a la inmortalidad, siempre que el Alzamiento triunfara.

Para que triunfara era necesario resistir hasta que la opinión mundial se volcara hacia nuestra causa.

Yo estaba en la calle O'Connell, donde apenas pude oír las palabras de Pearse, tratando de evaluar su impacto en el gentío. No parecía impresionado. Unos cuantos lanzaron hurras, otros se encogieron de hombros, algunos se echaron a reír y la mayoría creyó que todo eso formaba parte de las maniobras del Ejército Local.

Al divulgarse la noticia, otros cien hombres del Ejército Local llegaron al edificio de Correos. Luego corrió un destello por los Liberties, cuya larga y torturada historia los convertía en el arrabal más espantoso de Europa. ¡Los Liberties entraron en erupción! Millares de miserables se volcaron desde sus confines a la calle O'Connell, para entregarse a una tempestad de disturbios y saqueos, que fue el estallido de la ira y la frustración acumuladas.

En realidad, fueron los muchachos del Ejército Local los que finalmente detuvieron esa locura de vidrieras rotas y robos.

Se ha dicho, para las generaciones futuras, que todos los negocios fueron violados, *salvo las librerías*. Eso es muestra del orgullo irlandés: «Amamos tanto la palabra escrita que la consideramos sagrada». La verdad es que, como esos pobres diablos de los Liberties eran en su mayoría analfabetos, no consideraron que apoderarse de libros tuviera utilidad alguna.

A esa altura los británicos aún no habían sumado dos más dos. Fueron los saqueos los que atrajeron a la primera unidad, un escuadrón de Lanceros. Cuando los Lanceros bajaron al trote por la calle O'Connell, en total estado de ignorancia, fueron alcanzados por una fusilada de los rebeldes atrincherados en el edificio de Correos.

Lord Nathan y sus comandantes, apresuradamente reunidos en el Castillo de Dublín, lograron finalmente deducir que no se trataba de maniobras.

Al evaluar sus propias fuerzas, los británicos se encontraron con que tenían unos cinco mil soldados en Dublín o a poca distancia. Entre éstos se encontraban los Fusileros y los Rifleros Irlandeses del Ejército Británico. Ambos cuerpos fueron inmediatamente enviados a presentar combate, para demostrar su lealtad a la Corona, dando a entender que aquello se reducía a un enfrentamiento entre irlandeses británicos buenos contra irlandeses malos.

Los refuerzos británicos estaban a sólo una noche de navegación y tenían algo más: CAÑONES. Tenían artillería suficiente para cubrir todos los edificios tomados.

Dada nuestra ignorancia de las tácticas militares básicas, los del Ejército Local nos habíamos encerrado detrás de nuestras barricadas. No contábamos con líderes ni con una preparación que nos permitiera lanzar cualquier tipo de ofensiva. Para los británicos bastaba con rodear cada uno de esos edificios, cortando las vías de huida, para luego cañonearlos.

Hacia medianoche el enorme piso principal de Correos brincaba fantasmagóricamente bajo la profusa luz de las velas. Padraic Pearse subió al tejado para contemplar a un Dublín en llamas, castigado por el cañoneo a quemarropa.

Los británicos ocupaban y fortificaban diversas posiciones, a fin de envolver a los rebeldes con el fuego de los rifles y las ametralladoras.

¿Acaso todo había terminado antes de comenzar? ¿Era nuestro destino un eterno sometimiento a la Corona Británica? ¡Toda la vida de mi padre, toda la de Conor Larkin, desaparecía consumida por las llamas! ¡Toda la vida de mi madre parecía perderse por nada! Buen Dios, ¿por qué hiciste de nosotros una raza tan malhadada?

Por la mañana todo estaba casi terminado.

Los británicos optaron por no atacar las posiciones rebeldes; simplemente, las redujeron mediante el bombardeo. Obviamente, se trataba de esperar a que nos quedáramos sin comida, municiones y agua.

Sólo se produjo una escaramuza notable cuando los refuerzos británicos desembarcaron en Kingstown. Eran muchachos apenas entrenados, que lucían el gallardo nombre de Guardabosques de Sherwood. Los Guardabosques marcharon hacia Dublín, pasando frente al Molino Harinero de Boland, donde estaban los hombres de de Valera. El maestro hizo un buen trabajo, deteniendo y capturando a varios de ellos.

Por lo demás, todo se redujo a una muy británica reducción matemática de varios hermosos edificios antiguos. Ambos bandos habían sufrido unos pocos cientos de bajas: menos de las que se producían en dos minutos en el Frente Occidental de Francia.

Cuando ya no quedó nada que comer ni municiones con que disparar, Padraic Pearse ofreció la rendición en menos de cinco días. En un triste gesto de honor, ofreció su espada a un general británico, que se limitó a pasársela a un asistente, con un gesto de asco.

Todas las prisiones estaban llenas a reventar y los corrales se llenaban rápidamente.

Nuestra oficialidad fue llevada a la ilustre cárcel Kilmainham de Dublín, destinada a albergar a los insurrectos desde la Revolución Francesa. En su lista figuraban nuestros mártires consagrados, desde mi tocayo Theobald Wolfe Tone hasta Charles Stewart Parnell. El tocayo de mi socio, Robert Emmet McAloon, había dicho

en 1803: «Cuando mi país asuma su lugar entre las naciones de la Tierra, entonces y sólo entonces se escribirá mi epitafio».

Esta vez los británicos habían hecho la captura de los siglos: eruditos educados por los Hermanos Cristianos, algunos músicos, los omnipresentes poetas y otros hombres igualmente peligrosos.

Mi socio se había desgastado, al igual que mi padre, en toda una vida pasada defendiendo a los irlandeses maltratados. A mí me correspondía preparar la defensa de varios miles de hombres ya encarcelados o a punto de caer.

Todas las puertas tradicionales se me cerraron en la cara, como cabía esperar. Las Cuatro Cortes estaban muy dañadas; para los que estaban relacionados con el Alzamiento desapareció todo atisbo de ley. Irlanda estaba bajo la ley marcial, lo cual significaba que los británicos podrían hacer lo que se les antojara sin rendir cuentas.

Apelé a John Redmond, pero él y su Partido Irlandés estaban impotentes. Redmond era un hombre derrotado.

Recurrí al cardenal, pero una vez más él había retirado diestramente a la Iglesia de la lucha irlandesa. Aunque varios sacerdotes, por su cuenta, eran republicanos o aplaudían en silencio el Alzamiento, la mayoría de los obispos se mostraba indiferente.

Entonces llegó el momento más terrible de mi vida: aquél en que comprendí que, habiendo millares y millares de muchachos irlandeses que vestían el uniforme británico, el pueblo irlandés mismo estaba abrumadoramente contra nosotros… «por encamarnos con los alemanes».

Con magros recursos era imposible publicar nuestra historia en la prensa. La verdad del Alzamiento, el deseo irlandés de libertad tras siglos enteros de opresión, no tenía nada que ver con la guerra imperial que Inglaterra libraba en Francia.

Los irlandeses habían sido por tanto tiempo un pueblo sometido que su espíritu de protesta estaba apagado. El alma ya no pedía la libertad a gritos. Todo estaba desinfectado y pacificado.

Sobre llovido, mojado: Norteamérica, nacida de una revolución contra Gran Bretaña, apoyó a los británicos contra el Alzamiento. Y cuando hablo de Norteamérica me refiero también a la comunidad irlando-americana.

Tarde o temprano todos nosotros, cualesquiera hubiesen sido nuestros anteriores tratos con Dios, sentimos la necesidad de arrodillarnos a rezar junto al altar: los soldados en el frente, los hombres condenados a muerte, los abogados agnósticos…

Y yo recé: «Dios tenga piedad de Irlanda».

QUINTA PARTE: GIRA ENCANTADORAMENTE EL GUSANO

Mayo de 1916

Olfateé algo sucio en cuanto trajeron al país al general sir Llewelyn Brodhead, como asesor especial del virrey. ¿Por qué nos enviaban tan precipitadamente a ese hombre

en especial, en tanto se asentaba el polvo en nuestro pobre y patético Alzamiento? En la superficie resultaba escalofriante.

Brodhead, el nativo de Ulster, pertenecía a esa raza de superoficiales engendrados en esa provincia, cuyos apetitos imperiales eran mucho más grandes que su capacidad militar; poseían una arrogancia innata y un sentido de los privilegios heredados que reducía su carácter a una condición subhumana. Brodhead odiaba visceralmente a los irlandeses.

Además, era amigo de Roger Hubble desde siempre. Brodhead utilizó su autoridad militar sobre el campamento irlandés de Bushy para apoyar encubiertamente el contrabando de armas destinadas a la milicia de Ulster y hasta envió a sus oficiales para adiestrarla. En realidad, el hijo menor del conde, Christopher Hubble, había sido empleado para introducir armas desde Alemania, nada menos.

Poco antes de la guerra, el Ulster protestante estaba tan pagado de sí que se jactaba abiertamente de sus proezas militares y de sus actividades ilegales. Las cosas llegaron a tal punto que el gobierno inglés se sintió obligado a ordenar que las tropas de Camp Bushy ocuparan Ulster e impusieran la ley marcial.

Llewelyn Brodhead, el comandante de Bushy, preparó un documento en el que todos los oficiales de su comando se rehusaban a actuar contra Ulster y presentaban sus renuncias. Así forzó el retroceso del gobierno británico, incluido Churchill. Con la guerra europea en el horizonte, el ejército advirtió que más de un tercio de toda la oficialidad estaba dispuesta a renunciar en solidaridad con Brodhead.

Fue una extorsión que Churchill, cuanto menos, no olvidó jamás.

A continuación Brodhead recibió un ascenso y fue, junto con Churchill, uno de los arquitectos del desastre ocurrido en Gallípoli. Debo hacer notar que, si bien la expedición le desagradó desde un principio, al asumir el mando de los CANZ siguió adelante, como buen militar que era.

El juicio táctico del general sir Llewelyn Brodhead resultó ser deplorable. Aunque cayó el hacha sobre muchos oficiales de alto rango, Brodhead sólo sufrió una humillación: presentando algunos testimonios sumamente cuestionables en las investigaciones iniciales, logró salvarse de que lo dieran de baja. Aun así se le negó un puesto de mando en Francia, cosa que sólo puede interpretarse como un castigo, una especie de palmadita en el dorso de la mano.

Su brusco nombramiento en Irlanda, inmediatamente después del Alzamiento, parecía la oportunidad de redimirse a los ojos del Ministerio de Guerra y la plana mayor. Dotado de carta blanca para imponer el orden a los irlandeses a cualquier costo, el general se vio súbitamente en su divino elemento.

Tras haberme visto privado de toda información, para mí fue un alivio que me convocaran súbitamente al Castillo de Dublín. Quizás obtuviera algún dato sobre lo que pensaban hacer con los irlandeses detenidos y encarcelados, que sumaban más de

dos mil. Algunos habían combatido en el Alzamiento; otros eran simples ciudadanos arrestados sin orden legal y retenidos sin cargos ni asesoramiento legal.

—¿Usted es el hijo de Desmond y Atty Fitzpatrick?

Reconocí mi turbio parentesco. Había visto esos opacos ojos azules, cargados de odio, en más de un tribunal, entre los pavos reales que exhibían sus pistoleras en los bancos, o entre las señoras asistentes a alguna fiesta al aire libre. El odio de Llewelyn Brodhead quemaba a través de los siglos; me atravesó la chaqueta, enrojeciéndome la piel. No debía dejarme llevar a una discusión que sería imposible ganar. A lo sumo podía permitirme unas cuantas fintas, con la esperanza de que él jugara como el gato con un ratón acorralado y herido, hasta permitirme obtener algún tipo de información.

—Bueno, nos tienen a todos en la bolsa —dije. ¿Piensa darme alguna idea de nuestra situación?

¡Oh, esa sonrisita perversa en la boca que era como un tajo! Cruzó las manos sin dejar de mirarme, penetrándome hasta que me fue preciso apartar la vista para no convertir aquello en un duelo de miradas.

—Estoy aplicando la ley marcial. Todos los prisioneros tienen prohibido el acceso al sistema legal británico.

—¿Cuáles son sus intenciones, señor?

Oh, Dios, sonreía otra vez.

—Las cortes marciales ya se han expedido en secreto. Hemos sentenciado a muerte a noventa y seis participantes de ese supuesto alzamiento. A los demás se los retiene como prisioneros de guerra.

Estuve a punto de desmayarme y de darle a Brodhead el placer de verme sudoroso y con vértigo.

—¿Dónde? ¿Bajo qué cargos? —logré preguntar.

—En nuestros códigos hay infinitas leyes que se remontan a un siglo atrás y nos permiten ocuparnos de los irlandeses, sus sediciones y sus traiciones.

—Pero hay que darles la oportunidad de defenderse.

—¿No me ha oído, Fitzpatrick? Ya han sido juzgados y sentenciados a muerte.

—¿Noventa y seis personas juzgadas y sentenciadas a muerte en una semana? Esa condición de prisioneros de guerra es una patraña, general Brodhead. ¿Acaso no implica, por sí sola, que ustedes han capturado a tropas enemigas? ¿No reconoce así la Corona que los irlandeses pertenecen a un pueblo diferente? Ustedes no fusilan a los prisioneros de guerra alemanes, señor, ni ellos ponen a los británicos ante los pelotones de fusilamiento.

—Ahórrese esa verborragia irlandesa. Podemos hacer lo que se nos antoje.

—¿No significa eso que ustedes siempre han pensado aplicar una justicia aparte a los irlandeses?

Brodhead plantó ambas manos en los costados de su sillón de cuero.

—Voy a decirle para qué lo he llamado, Fitzpatrick. Los mil quinientos fenianos que tenemos en custodia son rehenes, con los cuales nos aseguraremos de que Irlanda

se mantenga pasiva. Continúe con esa cháchara fanfarrona y será responsable de que esos hombres reciban sentencias mínimas de veinte años en colonias penales.

Se levantó del asiento para inclinarse sobre el escritorio, con la cara enrojecida.

—En cuanto a las sentencias de muerte, serán ejecutadas según mi antojo. Cuanto más alto proteste y más problemas cause, más gente ejecutaremos. Le sugiero que usted y su madre mantengan esas bocazas cerradas, si no quieren ser directamente responsables de las ejecuciones de los condenados. Puede retirarse, Fitzpatrick.

—Parece que, en todo el tiempo que llevan en Irlanda, ustedes no han aprendido nada. Nos miran con un odio y un desprecio tan arraigado que no ven nada malo en lo que están haciendo.

—Tampoco el público ni la prensa norteamericanos. Nuestro embajador ante Washington informa que los editoriales de todo el país expresan indignación contra ustedes.

Aun le oí decir, vagamente:

—No trate de volver a ponerse en contacto con nosotros. El Castillo de Dublín está cerrado para usted.

Volví a mi oficina tan pronto como pude y me encerré bajo llave, tratando de hallarle razones a todo eso. Ahora sabía sin lugar a dudas por qué nos habían enviado a Llewelyn Brodhead.

¿Por qué reaccionaba Inglaterra de ese modo? El Alzamiento no representaba ninguna amenaza para su imperio en Irlanda. No había sido llevado a cabo por soldados entrenados y acabó en menos de una semana. El castigo habría debido de estar de acuerdo con el delito.

En su estampida por hacernos callar, ¿habían perdido completamente de vista su gloriosa historia de democracia y justicia? Tratándose de los irlandeses, no existía. En la gran hambruna había quedado establecido hasta dónde podían llegar los ingleses en Irlanda. A lo largo de los siglos, no habían descubierto otra manera de gobernarnos que la intimidación. Cuando surgían disturbios, nos aplastaban con sus fuerzas armadas, imponían la ley marcial, suspendían la justicia, espiaban, asesinaban… intimidaban.

Mediante la intimidación siempre habían puesto a los irlandeses en su sitio. ¿Por qué no seguir así? Dada la sórdida experiencia de los británicos en nuestro país, ¿qué importaba la ejecución de otros noventa y seis irlandeses?

No les importaba que se tratara de ciudadanos comunes, protestando por la libertad en su propio país. Los hombres condenados a muerte eran soñadores e intelectuales. Gran Dios, ¿desde cuándo se pone a los poetas contra una pared para fusilarlos?

3 de mayo de 1916

Estaba acostado en el sofá de mi oficina, plegado en tres para entrar en él y evitar

los resortes, cuando un crepitar distante me hizo despegar los ojos. Tal vez el oído me estaba jugando sucio.

Mi viejo socio, Robert Emmet McAloon, igualmente acostado en su oficina, abrió la puerta de par en par.

—¿Oíste eso? —exclamó.

—Sí. ¿Estás seguro de que fueron disparos de fusil?

Las horas siguientes fueron frenéticas. Por fin nuestros temores quedaron confirmados al encontrarnos con Kathleen Clarke, quien había recibido indicación de presentarse en la cárcel de Kilmainham para retirar el cadáver de Tom.

Fue ella, que Dios la ampare, quien me hizo mantener la cordura. Tuve que esperar ante los portones mientras ella entraba a llevárselo con el coche fúnebre. Cuando Kathleen se casó con Tom, él había cumplido quince años de trabajos forzados por actividades fenianas. El viejo Tom, el tabaquero, era el jefe de la Hermandad. Su señora estaba esperando al cuarto hijo. Y ahora él había muerto, derribado por un pelotón de fusilamiento.

y

Mientras lo sacaban de Kilmainham pasó junto a nosotros otro coche fúnebre. Fui de uno al otro. Malditos sean, era Tom Mac-Donagh. No era lugar para que lo mataran. Pertenecía a la Hermandad, sin duda, pero era educador, poeta, crítico, fundador del Teatro Irlandés, editor de un periódico. Me encantaba pasar las veladas en su cabaña, donde se reunía la médula intelectual del renacimiento gaélico. Ese luchador avezado y pintor fallido, que había probado suerte sin éxito en París, comandaba la fábrica de galletitas Jacob.

y

El miedo que me apuñalaba. Matar ese día al primer presidente de la República Irlandesa era arrojárnosla a la cara. Un año antes había conmovido a la nación con la apología que pronunciara junto a la tumba de un viejo feniano, enviado desde Norteamérica. Padraic Pearse fue puesto contra el muro de Stonebraker's Yard. Sólo entonces vio los cadáveres de Tom Clarke y MacDonagh, inmóviles y sin vida al pie de la pared.

Cayó con la descarga: el místico gaélico, el escritor de versos excelentes, graduado de la Universidad Real, educador durante toda su vida.

Al terminar el día, el Castillo de Dublín emitió un breve y seco anuncio, informando que Pearse, Clarke y MacDonagh habían sido declarados culpables de traición por un tribunal militar y ejecutados por un pelotón de fusilamiento.

Ah, cualquiera puede imaginar ahora lo que ocurrió con tantos otros sobre los que pesaban condenas de muerte, ¿verdad? Irlandeses que actuaron como irlandeses, con un último escrito desafiante, o simplemente expresaron el amor por la familia que dejaban. Visitantes que ignoraban si ésa era la última visita… sacerdotes que entonaban sus oraciones… otros sacerdotes que, por primera vez, se atrevían a alzar

una voz de protesta desde el púlpito.

Al rayar el alba hubo corazones petrificados y alientos contenidos. Y luego, el crepitante disparo de los fusiles… otra vez.

4 de mayo de 1916

Fue el día en que mataron a Joe Plunkett, otro académico nacido de familia aristocrática. Joe Mary Plunkett, que se estaba muriendo de tuberculosis, abandonó el lecho del hospital para unirse al Alzamiento y hacer todo lo que podía hacer un hombre en ese estado.

Justo antes de que lo fusilaran desposó en Kilmainham a una hermana de la esposa de Tom MacDonagh

y

Ned Daly, quien tan bien se desempeñó en las Cuatro Cortes, pero era, por desgracia, cuñado de Tom Clarke.

y

Willie Pearse, similarmente maldito por ser hermano de Padraic Pearse

y

Michael O’Hanrahan, literato. Su testamento y única posesión: los derechos de autor de su primer libro publicado.

5 de mayo de 1916

John MacBride tuvo su propio día. Era un símbolo del viejo odio y fue elegido para la venganza.

El viejo John no figuraba en ningún consejo de guerra. Era sólo un irlandés trotamundos con un problema de alcoholismo, que de algún modo había conquistado a una de las grandes bellezas de Irlanda: Maud Gonne, actriz como mi madre, con la que se casó. Estaban separados.

En sus primeros vagabundeos John MacBride había combatido junto a los bóers contra los británicos. Allí alcanzó el grado de mayor.

Los ingleses nunca le perdonaron que, casi una década antes, hubiera tomado las armas contra ellos. Fue a la muerte con bravura, gritando que no era ésa la primera vez que se enfrentaba a los fusiles británicos. Su ejecución fue especialmente inútil y horrible.

Por un momento los fusilamientos cesaron, porque estaban provocando muy mal olor frente a la dulce justicia. Asquith, el Primer Ministro británico, aseguró al inútil de John Redmond que él mismo estaba espantado por la carnicería y prometió aplicar frenos al asunto.

El dramaturgo irlandés George Bernard Shaw publicó en Inglaterra un urticante artículo, afirmando que los irlandeses recientemente fusilados habían sido muertos a

sangre fría después de haberse rendido.

Eran los primeros asomos del resentimiento exterior.

8 de mayo de 1916

Los británicos ejecutaron a Eamonn Ceannt, apuesto muchacho que amaba y practicaba su condición de irlandés: hablaba el antiguo idioma, tocaba la gaita y bailaba la jiga y el reel. Su único antecedente militar era haber trabajado en la oficina del tesorero municipal

y

Con Colbert, empleado de una panadería, con diez hermanos. Era un orgulloso instructor del Ejército Local que no había ejecutado la peor de las misiones durante el Alzamiento: le tocó apoderarse de la destilería Watkin

y

Sean Heuston, de veinticinco años, proveniente de Limerick, cuya religiosa familia contaba orgullosamente con una monja y un sacerdote. Había tomado el Hospital de la Mendicidad.

9 de mayo de 1916

Para dar un carácter nacional a la advertencia ejecutaron a Thomas Kent en Cork, donde sus tres hermanos y su madre, de ochenta y cuatro años, resistieron hasta quedar sin municiones.

Un aspecto de pesadilla empezaba a apoderarse de Irlanda, adonde iban llegando los curiosos periodistas del extranjero. El general Brodhead se mostró tan intransigente que al fin llegó Asquith.

Pero lo hizo con astucia, cuando ya no estaba a tiempo para detener la matanza.

12 de mayo de 1916

Sean McDermott, alegre cantinero de treinta años, lisiado por la polio, también tenía la desgracia de ser el mejor amigo de Tom Clarke

y

James Connolly, persona de renombre y potente símbolo del Alzamiento. Había nacido en Escocia y era un sindicalista autodidacto, padre de siete hijos sobrevivientes, hombre recio que practicaba una ocupación peligrosa en tiempos difíciles, firme y directo, republicano y socialista abnegado.

Connolly había recibido dos heridas en el edificio de Correos, donde le destrozaron el tobillo izquierdo y le fracturaron la tibia, pero continuó dirigiendo la batalla desde un catre.

Como no podía caminar, fue sacado en camilla de su celda y atado a una silla; lo

fusilaron así, sentado. La ejecución de Connolly, al que en verdad se castigaba por el delito de ser un organizador de sindicatos, dejó una marca indeleble en el público.

Esa noche, algo más tarde, Asquith volvió subrepticiamente a Inglaterra. Como Connolly era la frutilla del postre, el Primer Ministro declaró el fin temporario de las ejecuciones y trasladó la atención hacia el traidor de Inglaterra: Sir Roger Casement.

¿Era posible que la reacción de Inglaterra, en esos días siguientes al Alzamiento, resultara exagerada? Ahora pienso que existe una pequeña posibilidad de que así fuera. Como ha dicho anteriormente quien suscribe, no es posible andar por ahí fusilando a poetas.

Parte cinco

Sir Roger Casement está en la torre de Londres

Capítulo 75

Dublín, mediados de mayo de 1916

Rory fue recibido en el Castillo de Dublín como si perteneciera a la realeza. El general Brodhead en persona lo esperaba a la puerta, vistiendo una bata de terciopelo rojo con cuello y bolsillos de satén negro.

—¡Landers! ¡Caramba, cuánto me alegro de volver a verlo! —dijo, alargando la mano.

Rory no pudo alcanzarla con sus dedos enguantados; tenía el brazo rígido.

—Oh, lo siento —exclamó el general. ¿Cómo anda eso?

—Nada mal —respondió Rory, sacudiendo el brazo. Los cirujanos lo han estado emparchando. Es probable que recupere el uso en un cuarenta o cincuenta por ciento. Los médicos consideran que, por ahora, han hecho todo lo posible. Quieren que me someta a un programa de ejercicios por algunos meses; después harán una evaluación.

—Qué mala suerte —comentó Brodhead.

—Bueno, para sostener cosas me sirve. Puedo con un vaso de whisky o con una botella de cerveza. Uso esa mano para sostener el libro y vuelvo las páginas con la otra. Descubrí que manejaba el papel higiénico con la derecha; ese cambio sí que me costó.

¡Caray, qué espíritu tenía ese muchacho!

—¿Y los ojos?

—Los médicos califican esto como lesión traumática del nervio óptico. Veo bastante bien. Puedo circular normalmente y hasta andar a caballo, que es mucho más importante. Hay períodos en que se me aclara súbitamente la vista, pero no distingo detalles. Cuando llegue el momento me pondrán anteojos especiales.

—Lo veo mucho mejor que la última vez, en Londres, cuando fui al hospital Wandsworth para condecorarlo con la Cruz de Victoria. Lástima, lo del muchacho que lo llevó a usted hasta la playa.

—Flynn.

—Murió en la lancha, al partir.

—Supongo que recibimos las últimas granadas que arrojaron los turcos.

Brodhead hinchó el pecho.

—Debo decir que la evacuación fue una obra maestra, sin ninguna baja. Los turcos estaban muy ocupados con las mulas que usted soltó en el cañón. Lástima grande, lo de las mulas.

—Sí —susurró Rory—, lástima grande.

—Siéntese, teniente. Veamos si por aquí tengo algo mejor que esas porquerías de la marina.

Rory estudió la habitación. Como la mayor parte del Dublín anglicano, exhibía una raída elegancia. El general llamó a su mayordomo, que regresó con dos vasos de whisky irlandés puro. Aunque promediaba la primavera, el fuego venía bien para cortar el frío de las piedras del Castillo.

—Salud.

—Salud, señor.

—Obviamente, yo esperaba un puesto de mando en el Frente Occidental —admitió Brodhead. Pero cuando entendí cuál era mi misión aquí supe que éste era, justamente, mi destino. Como hombre de Ulster, me he pasado la vida lidiando con estos tunantes irlandeses; creo que estoy en condiciones de ayudar a solucionar esto definitivamente. Esta isla forma parte de Gran Bretaña. Los irlandeses, con su traicionero intento de secesión, han puesto en claro que es preciso obligarlos a aceptar su condición de británicos. A propósito: usted no es descendiente de irlandeses, ¿verdad?

—Que yo sepa, no, señor. Mis abuelos maternos son ingleses, los dos. Papá es sueco, alemán, neozelandés… una de esas mezclas.

—¿Católico?

Rory se encogió de hombros.

—No mucho —dijo.

—¿Tiene alguna opinión política sobre el supuesto Alzamiento que hubo aquí el mes pasado?

—Soy neozelandés, señor. Lo que pasó acá no tiene mucho sentido para mí. ¿En cabo Helles no teníamos soldados irlandeses, dublinenses?

—Por cierto, y también tenemos irlandeses en las trincheras de Francia. Todos somos británicos, ¿no?

Rory sonrió a manera de asentimiento.

—Se ha perdido un verdadero espectáculo, muchacho. Asistí personalmente a la ejecución de esos dieciséis tunantes. Muy interesante. Por desgracia se ha impuesto una suspensión temporaria a las ejecuciones… contra mis más enérgicas objeciones, pero… aún tenemos a ochenta bajo sentencia de muerte.

—¿Van a reanudar las ejecuciones? —preguntó Rory. Me gustaría ver alguna.

—Sólo Dios sabe qué piensan hacer los políticos, pero creo que, por ahora, habrá que esperar a ver cómo se comportan. Si agitan el caldero con los editoriales, las manifestaciones callejeras y los disturbios, siempre se pueden reanudar los fusilamientos. Empezó a pasearse mientras continuaba con el sermón. —Por el momento sólo hay un traidor que tenga importancia: *Sir* Roger Casement. Está en el sitio que le corresponde: la Torre de Londres. Le otorgaremos un buen juicio inglés y luego irá a la horca. Es imperativo. Casement debe servir de ejemplo público.

—Lo siento, señor, pero tendrá que perdonar mi ignorancia. No puedo leer los periódicos sino con una lupa.

—Casement, ese hijo de puta. ¡Y es de Ulster! Después de ser nombrado

caballero, fíjese, ese hijo de puta conspiró con los alemanes contra nosotros. Es marica, ¿sabe? Vamos a condenarlo tal como Edward Carson condenó a ese otro marica irlandés, Oscar Wilde. Es cosa de la raza.

Brodhead se apresuró a llenar nuevamente los vasos, entusiasmándose con el motivo principal de su invitación a Landers.

—La Comisión Investigadora de Gallípoli todavía está operando y puede seguir escarbando en lo que ya pasó. Todo el mundo sabe ya lo que debe saber sobre una situación militar muy dificultosa. Seguir investigando sólo beneficia a esos liberales, que están tratando de perjudicar a nuestro ejército. A usted podrían llamarlo a presentar testimonio.

—¿A mí, señor? No estoy calificado para opinar, por cierto.

—No sea tan modesto. Usted presenció muchas reuniones de planeamiento. Y la Cruz de Victoria hace que su palabra sea muy importante para ellos. Se me ha dicho específicamente que se puede requerir su testimonio sobre lo que ocurrió en Chunuk Bair.

Rory presintió que había caído en una situación estupenda sin haberla buscado. Si seguía el juego al general, Brodhead quedaría en deuda con él.

—No sé qué responder, señor.

—Se dice que, cuando el coronel Markham llegó desde el cuartel general, puso al coronel Malone bajo arresto por orden mía. Más aún: parecería que el mayor Hubble se negó a cumplir con el arresto.

—En eso no puedo serle útil, general. En ese momento no estaba cerca de ellos.

—¿No oyó nada de lo que pasó entre Markham y Malone?

—No, señor.

—¿Y después?

—Caramba, todos los días oigo cosas distintas. Ya se sabe que los rumores vuelan. Pero si los dos coroneles tuvieron un desacuerdo, yo no me enteré.

Brodhead ocupó su asiento y se inclinó hacia adelante.

—Vea: están buscando un chivo expiatorio. Y voy a decirle por qué. Quieren que el ejército, cuando termine la guerra, quede reducido a nada. Cuantos más altos oficiales puedan desacreditar, más argumentos tendrán para cortarnos los fondos. ¿Se da cuenta? Podríamos encontrarnos con un ejército insuficiente para defender al Imperio. Han destruido a Churchill. Bueno, ese hombre no era exactamente uno de mis favoritos, pero reconozco que supo tener a la marina lista para la guerra. Y, después de todo, es hijo de lord Randolph Churchill… Disculpe: estoy pensando en voz alta. Los australianos son los que más se ensañan conmigo. Cierto periodista, llamado Keith Murdoch, está convencido de que el ataque al Nek era innecesario, cuando el sentido común indica que era preciso para proteger al Cuerpo Suvla… Una última cosa: los coroneles Malone y Markham fueron muertos por el fuego de los turcos, ¿no?

Rory captó claramente la preocupación del general.

—Sí, señor. Antes de la embestida para recuperar Chunuk Bair, los turcos nos estaban atacando con fuego de mortero. El mayor Hubble y Jeremy salieron al perímetro para detenerlos.

—Pues bien. Supongamos, sólo a manera de hipótesis, que usted estaba presente, pero no oyó al coronel Markham dar la orden de arrestar a Malone. Supongamos que el coronel Malone quería permanecer en Chunuk Bair y usted oyó decir al coronel Markham que, en representación del general Brodhead y después de evaluar la situación, le parecía mejor retirarse de Chunuk Bair… Es una hipótesis, por supuesto.

Rory no tenía dificultad para aceptar las mentiras de Brodhead, si de ese modo continuaba teniendo acceso al general y al Castillo de Dublín. No sabía aún con qué propósito, pero estaba en Irlanda para averiguarlo.

—Yo diría que así fueron las cosas —dijo.

—¿Podría declarar eso si lo citaran?

—Usted es mi general, señor —respondió Rory.

Llegó el mayordomo para anunciar la cena. Brodhead llevó a Rory al comedor, rodeándole los hombros con un brazo.

—Vamos a servirle algo mejor que la comida de Ensenada CANZ.

Y lo era, en efecto, desde el venado hasta un extravagante postre de hojaldre. Entre los platos se entretejían la charla y los recuerdos de dos buenos compañeros. Cuando se abrió el botellón de Napoleón, calentado a llama en sus grandes copas de pie, Brodhead volvió a los temas serios.

—¿En qué condición se encuentra usted dentro del ejército?

—Su invitación a visitarlo en Irlanda cayó en el mejor momento, señor. Como le dije, los médicos consideran que, por ahora, se ha hecho todo lo posible y que ya no necesito estar internado para observación. Pedí una licencia por tiempo indeterminado y estoy libre por tres meses. Podría volver a Nueva Zelanda y pedir la baja. O quedarme en Inglaterra después de la evaluación médica definitiva. La decisión queda por mi cuenta.

—¿Tiene algo que hacer en Irlanda?

—Tengo muchos deseos de visitar a la condesa Caroline Hubble.

—Sí, por supuesto.

—Flynn, el compañero que me llevó hasta la playa, tenía aquí a sus abuelos y a otros parientes. En el batallón había otros dos hombres con familiares irlandeses. Voy a visitarlos.

—¿Y después?

—Un poco de meditación en alguna parte. Y cuando acabe de meditar, probablemente trate de borrar a Londres del mapa.

Brodhead rió entre dientes.

—Irlanda podría gustarle, Landers. Tiene algunos lugares bastante bonitos. Kinsale es estupendo para navegar. Podría arreglarle algo de eso. Y en Ulster hay también unos arroyos privados llenos de truchas. Y caballos: son buenos para los

caballos, los irlandeses. Es casi lo único que saben hacer. En el oeste hay paisajes que vale la pena ver. La gente es extraña, pero inofensiva. Eso sí: mienten a rabiar. Ya lo verá en cuanto pida indicaciones para llegar a alguna parte.

—Nunca se me ocurrió pasar un tiempo en Irlanda.

—He cometido una travesura, Landers.

—¿Sí, señor?

—A veces, cuando un oficial muy destacado va a recibir la baja médica, el Ministerio de Guerra hace una excepción… si lo pide un oficial de alto rango para una misión especial.

¡Glorioso!

—Perdone, general, pero no entiendo.

—Estoy convencido de que mi actuación aquí, en Irlanda, será tan necesaria para defender al Imperio Británico como a nuestro ejército en Francia. Si hemos de continuar siendo un Imperio, es vital silenciar a los irlandeses. No podemos permitir que sus políticos de taberna vayan a golpear la mesa de negociaciones, ¿verdad? Eso podría provocar disturbios en todas nuestras colonias.

—Creo comprender lo que me está diciendo, señor.

Brodhead hundió la mano en el bolsillo de la batan y sacó un puñado de insignias.

—Son las que usé cuando me ascendieron a capitán, hace más años de los que quisiera recordar. El Ministerio de Guerra está dispuesto a hacer una excepción con usted, si decide permanecer en Irlanda, trabajando personalmente para mí.

Rory se fingió desconcertado.

—Le diré por qué, Landers. Estoy organizando un equipo de oficiales, pocos, pero inigualables, que responderán directamente a mí, para que observen, escuchen y conozcan todo lo que está pasando en este país. Usted es uno de los jóvenes más ingeniosos que yo haya conocido. Consigue que las cosas se hagan, dentro del reglamento o fuera de él. Supe cómo sacó al doctor Norman de Gallípoli. También sé cuántos turcos mató durante el contraataque. Quédese en el ejército algunos años más. Preveo para usted una carrera brillante… y lo necesito.

—Soy neozelandés, señor.

—¡Y bien, los neozelandeses son británicos! Usted se enroló por el tiempo que durara la guerra.

—En realidad, no me gusta mucho la idea de volver a casa en estas condiciones… sobre todo después de lo que usted me ha ofrecido.

—Bueno, muy bien. Si me permite un momento de sentimentalismo, usted ocuparía el sitio de Christopher Hubble. ¿Qué le parece?

—Increíble, señor. Permítame hacer mis recorridas por Irlanda y pensarlo bien antes de traerle mi respuesta.

—Le tendré reservadas estas cosas —dijo el general, guardándose las insignias en el bolsillo. Bueno, ¿adónde irá primero?

—He estado en contacto con la condesa Hubble, por teléfono y por carta, aunque

ella no pudo viajar a Londres para verme. Al parecer, su padre ha sufrido un ataque muy grave y está completamente paralizado.

Brodhead apoyó la cabeza en la barbilla, con expresión entristecida.

—Esa magnífica familia está pasando por unos momentos espantosos —murmuró. Lord Roger, un ser humano extraordinario, maravilloso, se hizo a la vela para viajar hasta la eternidad. Que Dios reciba su alma. ¡Y *sir* Frederick! ¡Qué ejemplar de Ulster! Caroline me ha dicho que lo destrozó lo de sus nietos.

—¿Cómo es ella?

—Es la criatura más exquisita que haya adornado esta provincia —aseveró Brodhead. Ya no es jovencita, por supuesto. Ha de tener unos cincuenta y cinco años, pero a mi modo de ver sigue siendo la reina de Ulster. Cuando la visité para darle el pésame fue ella quien se preocupó por mí, en vez de ser al contrario.

—No veo la hora de conocerla.

Brodhead tomó un largo sorbo del potente cognac; sus ojos mostraron el primer brillo vidrioso de la intoxicación.

—¿Podré contarle un secreto?

—Por favor, no me cuente nada que pueda lamentar mañana.

—-Oh, en cuanto vea a esa mujer comprenderá lo que quiero decir. Adoro a esa mujer, a la distancia, desde hace treinta años. Claro que nunca me he apartado un paso de lo correcto. Lord Roger y yo éramos grandes amigos. Pero ahora que él ha desaparecido tan trágicamente… y como mi matrimonio está… estancado, digamos… Hace años ya que Beatrice y yo dormimos en cuartos separados. Dios del Cielo, qué manera de parlotear…

—Me parece muy comprensible, general.

—Caroline es algo alocada. Tiene ideas políticas erróneas y cosas así… Siendo jovencita llevó en París una vida muy liberal. Ahora la ronda ese payaso irlandés de Galloway, sin duda por su dinero. Pero él está en Londres, produciendo no sé qué obra. Lord Roger la mantenía en vereda e hizo de ella una gran mujer. Y ahora ella está actuando como corresponde: se queda en Belfast, junto a su padre. —Se interrumpió para ver cómo reaccionaba Landers a todo eso. Sí, el muchacho era la lealtad encarnada.

—Me siento honrado por su confianza, general Brodhead.

Sir Llewelyn carraspeó.

—Ella necesita una mano fuerte que la dirija, como lo hacía lord Roger. Ya debe estar lista para un hombre de verdad, capaz de consolarla.

—No dejaré de comunicar a *lady* Caroline los sentimientos que usted me inspira, señor.

Brodhead sonrió de oreja a oreja.

—Piénselo y venga a trabajar conmigo, muchacho.

—Gracias, señor. Dentro de dos semanas le traeré mi respuesta.

Capítulo 76

Fines de mayo de 1916

—¡Bienvenido de todo corazón, teniente Landers!

—Gracias, condesa Hubble.

—Caroline, por favor —propuso ella, mientras hacía una seña al mayordomo. Lleve las valijas del teniente al apartamento de Jeremy.

Se miraron con curiosidad antes de acercarse para intercambiar un tímido beso en la mejilla.

—Jeremy tenía razón —comentó Rory—: usted debe de ser la mujer más hermosa de Irlanda.

—Veinte años atrás, cuanto menos. —Cosa extraña: la voz de Rory le había provocado un ramalazo de recuerdos.

—¿Le ocurre algo, señora?

—¿Por qué?

—Me está mirando fijo.

—Oh, disculpe. Es que le encuentro un asombroso parecido con otra persona. Hasta en la voz.

—Todo el mundo me dice lo mismo. Debo de tener una cara muy común.

—Y yo creo que, con esa desenvoltura, tiene que ser hijo de irlandeses.

—Temo que no tengo una gota de sangre irlandesa. Soy un mestizo neozelandés.

—¿Qué es lo que le llama la atención? —preguntó ella.

—Nunca he visto una casa así.

—Más tarde lo llevaré a recorrerla. Lo tomó del brazo para guiarlo afuera. —Tenemos uno de esos días de sol que tanto escasean. ¿Por qué no conversamos en el jardín?

El jardín, la fuente y la vista del museo eran igualmente sobrecogedores. Parecía imposible que Jeremy, que un ser humano cualquiera pudiera vivir allí.

Caroline pidió refrescos. Rory seguía encantado con todo y con ella también. Tenía un vestido color lavanda y estaba levemente perfumada, pero las ojeras revelaban que sólo se había acicalado la cara esa ocasión. Su pelo estaba encanecido, pero tenía una figura que aún podía tentar a un joven de la generación siguiente.

—¿Hasta cuándo puedo disfrutar de usted? —preguntó ella.

—Hasta que deje de soportarme —fue la respuesta. Pienso hacer un viaje por el sur y el oeste, para visitar a los familiares de algunos muchachos de nuestro batallón.

Llegó la criada con una bandeja; la seguía el mayordomo, con un baldecito de hielo.

—¿Cómo adivinó que quería cerveza?

—Todos los neozelandeses quieren cerveza. Usted es mucho más joven de lo que

yo esperaba.

—Bueno, lo único que puede ofrecer un lugar como Gallípoli es un rápido ascenso.

—Lamento terriblemente no haber podido viajar a Londres para visitarlo en el hospital. Mi padre ha sufrido varios ataques y el último fue muy grave, cuando recibimos la mala noticia. ¿Piensa llegar hasta Londres?

—Supongo que sí, tarde o temprano.

—El caballero que me acompaña, Gorman Galloway… Bueno, en realidad no es mi caballero, sino mi hombre. Gorman está en Londres, produciendo una obra. Lamento que no esté aquí para presentárselo, pero si le gustan las actrices, él es la persona indicada para conocer la gran ciudad.

Rory se echó a reír. Ella era estupenda.

—Yo leía casi todas las cartas de Jeremy y le mostraba las mías. Gorman Galloway es un hombre muy divertido. Tengo muchas ganas de conocerlo.

—Ha sido como una roca. Es él quien está manejando las cosas. ¿Cómo marcha su salud, Rory?

El joven explicó el dictamen de los médicos: descanso y luego una nueva evaluación. Probablemente, más operaciones en la mano y la muñeca, hasta el codo. ¿Los ojos? Bueno, podría haber sido peor.

Jugó con el vaso de cerveza y al fin lo dejó.

—¿Y cómo está usted, lady Caroline?

—Hecha un asco, gracias. Como puede ver, cuanto menos puedo sufrir rodeada de comodidades. He llegado a ese punto en que una pone centavitos en las máquinas adivinadoras de las ferias. Si no morí con mis hijos, debió de ser por algo. Trato de vivir día por día, buscando ese motivo. No puedo decirle cuánto esperaba su visita.

—¿Cuánto desea saber? —preguntó Rory.

—Usted es muy sagaz y sensible para su edad, Rory. Quiero saberlo todo.

—Algunas partes serán muy dolorosas.

—Por supuesto, pero cuanto menos podré compartirlas. Sé que tendremos ocasión de reír. Eso será un gran consuelo.

—Yo también busco algún consuelo —reconoció Rory. Desde el principio, Jeremy… Nunca tendré otro amigo como él.

—Caramba, he estado compadeciéndome de mi suerte, sin pensar en lo mucho que usted ha sufrido.

—Ha sido horrible, señora.

—Me alegra mucho tenerlo aquí.

—Jeremy se transformó en un ser humano maravilloso. Ojalá usted hubiera visto el carácter y la eficiencia de ese hombre. Cuando se enteró de que su bebé había muerto, lo aceptó como un campeón.

—Molly también murió durante el parto. Me pareció demasiado informarle las dos pérdidas al mismo tiempo. Quería esperar a que saliera de Gallípoli, cuanto

menos.

—Nos imaginamos que Molly podía haber muerto. Él había tomado la decisión de superar todo eso como un verdadero hombre, aunque la hubiera perdido.

—No sabe lo bien que me hace sentir. Cuando salió de Irlanda estaba hecho una ruina.

—Un hombre encantador. Todos lo adorábamos.

—¿Y Christopher?

Rory se rascó la cabeza.

—El viejo mayor Chris.

—Un poco pelmazo, supongo —sugirió Caroline.

—En Egipto, antes de recibir noticias de su esposa, era una verdadera porquería, debo reconocerlo. Pero acabó por mostrarse muy humano. Era divertido, con ese modo de ser tan británico. Descubrió del modo más difícil que los hombres pueden brindarse amor y lealtad.

—¿Chris? Jeremy me dijo que había cambiado, que estaba muy bien, pero…

—¿Qué fue de su esposa?

—Está en Canadá y lleva una vida modesta. No puedo criticarla por fugarse, pero no vale la pena.

—Voy a decirle algo que le costará creer, pero es cierto. Chris también comprendió por qué lo había abandonado y nunca le tuvo rencor.

—¿Me está diciendo la verdad, Rory?

—Sí, señora.

—Cuesta creerlo —reconoció ella, con suavidad.

—Lo sé, pero ver cómo mejoraban esos muchachos fue una revelación para mí. La experiencia de ambos ha sido importante en mi propia vida. Me enseñó que yo también podía superar mis propias penas.

—¿Y yo también puedo?

—Ya encontrará el motivo que dé valor al resto de su vida.

Sacaron a sir Frederick Weed a la galería, en la silla de ruedas, y la detuvieron a poca distancia, de modo tal que pudiera contemplar la pendiente de las colinas y las chimeneas de Astilleros y Acerías Weed. La enfermera se instaló a su lado con una revista.

—Mi padre está casi totalmente paralizado. No puede hablar, pero oye y entiende todo. Su mente es tan aguda como siempre. Hemos ideado un lenguaje de parpadeos y pequeños movimientos de los dedos. Venga, quiero presentárselo. Si tiene alguna anécdota subida de tono que contar, él la disfrutará.

—Temo que sí.

Ya en la galería, ella saludó a su padre con un beso y le acomodó la manta en el regazo. Luego ocupó una silla frente a él.

—Te presento a Rory Landers, Freddie. Chris y Jeremy lo mencionaban en sus cartas.

Rory detectó una sonrisa en la mirada acuosa de Weed.

—Ellos me hablaron mucho de usted, señor —dijo.

Weed parpadeó.

—Dice que es un gran placer tenerlo aquí.

Cuando Caroline y Rory se retiraron de la galería, ella se volvió para observar un rato a su padre.

—No hace más que estarse sentado allí, día tras día, contemplando el imperio que creó. Pone toda la voluntad para que sus nietos vuelvan a la vida y para ser nuevamente el hombre que era. Se niega a aceptar que todo eso se acabó. Lucha inútilmente, preguntándose por qué no basta la fuerza de voluntad para rehacer el pasado.

—¿Hay algo que yo pueda hacer o decir para ayudarlo?

—Sí.

—¿Qué?

—Quedará para después, pero hay algo que los dos necesitamos saber. Bueno, ¿qué le parece si descansa un poco y se da un baño antes de la cena?

Lo condujo por la gran escalera circular del vestíbulo y por un pasillo, cuyas paredes estaban llenas de cuadros y nichos con estatuas. Por fin abrió la puerta de Jeremy. *

—¿Está segura de que debo dormir aquí?

—Jeremy se pondría furioso si lo alojara en cualquier otro sitio. Esto no va a terminar resultando una experiencia triste, Rory.

—Lo sé.

Cuando él entró en la habitación, Caroline lo tomó del brazo para obligarlo a mirarla.

—¿Podremos recuperar sus cuerpos?

Rory meneó la cabeza.

—¿Por qué no?

—Por favor, no me lo pregunte.

—Necesito saberlo. Es algo que debo quitarme de la mente.

—Hay… miles de esqueletos imposibles de identificar: millares y millares, nuestros y de los turcos. El sol los ha dejado completamente blancos y yacen a montones por todas partes. ¿Era eso lo que deseaba saber antes, por su padre y por usted?

—No —dijo ella. Es algo muy diferente.

En los días siguientes hubo gozo en Rathweed Hall, cuando Rory relató la escandalosa escena de El Cairo. A esos dos se lo podía contar. Ahora tendrían días felices de Chris y Jeremy para guardar en la memoria. Casi se podía sentir al viejo riendo por adentro.

Pero ¿qué era lo que realmente deseaban saber? Por lo visto quedaría para después, cuando se hubiera construido una confianza más plena.

En cuanto a su propio pasado, Rory no entraba en detalles. Habló de Georgia y de su esperanza de encontrarla, pero no dijo nada de Calvin Norman. En general mantenía la versión de Landers, presentándose como un muchacho en malas relaciones con su padre.

Caroline estaba muy encariñada con él, pero no era ninguna tonta. Como manejaba vastas operaciones comerciales y se había criado en una atmósfera de conspiraciones constantes, olfateó que Rory escondía algo. Probablemente fuera algún tipo de sufrimiento infantil sobre el que no le interesaba ser demasiado franco. Pero algo había. Fuera como fuese, Caroline decidió dejar pasar los días sin sondear.

Por otra parte, desde un principio había dado a entender que ella y su padre necesitaban saber algo relacionado con Gallípoli.

Al terminar la semana, Rory le dijo que partiría en su pequeña recorrida del país y prometió volver a Rathweed Hall, con certeza. Ella le dio las llaves de su casa dublinense, la de la plaza Merrion.

—Los alojamientos para oficiales solteros suelen ser algo reducidos e incómodos. Quiero que te lleves estas llaves y hagas como si estuvieras en tu casa, como si fueras un primo de mis hijos. Puedes ir y venir a tu antojo, Rory. Y dar una o dos fiestas, con mujeres y todo.

Rory enrojeció. No imaginaba a su madre diciéndole algo así.

—Usted es como mi Georgia —dijo. Y subió para hacer las valijas, después de prometerle que telefonearía regularmente hasta su regreso.

Mientras echaba en la bolsa el resto de su equipaje, Caroline entró en la salita.

—¿Podemos hablar frontalmente antes de que te vayas?

—Por supuesto.

—Con toda franqueza, digo.

Oh, diablos, ¿cuánto sabía ya? ¿Qué sospechaba?

—Voy a decirte lo que pienso —propuso ella, antes de que Rory pudiera trazar un curso. Has mencionado el hecho de que tal vez pases algún tiempo en Irlanda. Sé de primera mano lo que opina de ti el general Brodhead. Con Chris pasamos por la misma experiencia. ¿Vas a incorporarte al estado mayor?

—Por Dios, Caroline. No quise mencionar mucho al general en las conversaciones de esta semana porque no sabía si estaba bien o mal. Sí, él me ha pedido que integre su estado mayor y, si voy ahora a pasear un poco, es en parte para pensarlo. Si me quedara, usted sería la primera en saberlo, por cierto.

Caroline lo miró sin comentarios.

—Bueno —agregó él—, su difunto esposo era muy amigo de él, por lo que tengo entendido.

—Sí, en efecto, gemelos idénticos: uno, con ropas de empresario; el otro, de uniforme militar.

—Sé por Jeremy que su matrimonio era desdichado, Caroline, y no me pareció correcto mencionar nada de eso.

—Has sido muy gentil, Rory. Pero ¿qué tiene Llewelyn Brodhead que ver con Roger Hubble?

—Está loco por usted.

Lo impresionó bastante que ella no parpadeara siquiera.

—En otros tiempos fui muy hermosa.

—Todavía lo es.

—Deja, deja. Lo cierto es que me he pasado la vida rodeada de muchachos en celo, Rory. Aunque Llewelyn era amigo de mi esposo y siempre se condujo correctamente, detecté sus ardores hace tiempo. Su esposa es una ruina y, cuando está fuera de Irlanda, le gustan las rameras.

—¿A Brodhead? ¿Las rameras? ¿Lo sabe con certeza o es sólo una suposición?

—Astilleros y Acerías Weed está en tantos dormitorios que ya he perdido la cuenta. El espionaje, industrial o de otro tipo, era un medio de vida. Nuestro servicio de inteligencia estuvo a cargo de un general retirado, afortunadamente fallecido, que sabía vida y milagro de todo el mundo en las Islas Británicas, sobre todo en Ulster.

Rory levantó las manos.

—No volveré a tratar de mentirle, Caroline. Debería haberle dicho que tal vez entrara a trabajar para él. Lo siento. Fue sólo un mal movimiento de mi parte. Le diré el resto: está loco por usted y me pidió que deslizara una palabrita en su nombre. Supuse que usted ya lo sabía. El resto es cosa suya.

—Gracias, Rory —dijo ella. Luego dejó caer la otra bomba: —Ya casi hemos terminado. Mi padre y yo queremos que nos hable de lo que hizo Brodhead en Gallípoli.

—¿Con respecto a qué?

—Analizamos su testimonio y los informes a la Comisión. Mintió para cubrirse. Y no me digas que tú eras sólo un teniente.

—No, no se lo diré. Él es mi general.

—¿Cuestión de compañerismo?

—Lo que yo diga, bueno o malo, no devolverá la vida a Jeremy y al mayor Chris.

—No nos conoces, Rory. Nosotros también somos antiguos gaélicos. Uno es lo que es. Y nosotros necesitamos saber. No hará falta que nos digas mucho; bastará con que confirmes lo que ya pensamos.

—¿Por qué?

—No te dejes engañar por este ambiente. Sé lo que pasa en el país y creo que Jeremy tenía intenciones de declararse públicamente republicano. En el fondo siempre lo fue, pero además tuvo un mentor que le abrió los ojos a ciertas realidades terribles. Por lo que a mí concierne, Llewelyn Brodhead es inofensivo. Tal vez no lo sea tanto en relación con Irlanda. En cuanto a lo que ocurrió en Gallípoli… mi padre y yo no tenemos paz. Como te dije, somos antiguos gaélicos.

Rory percibió en ella una rabia que nunca había notado en una mujer. De nada serviría tratar de discutir con ella mientras tuviera esa extraña expresión en los ojos. Dios, ¿qué hacer? Las heridas abiertas de esas dos personas tal vez se cerraran sólo con una venganza. ¿Y por su parte? ¿No sería una venganza propia el fin de toda su búsqueda en Irlanda?

—¿Afectaría nuestras relaciones que yo me incorporara a su estado mayor?

Caroline enrojeció. El muchacho era recio, sin duda. Se explicaba que Jeremy lo hubiera adorado.

—Quiero que vuelvas al comando de Brodhead, Rory, aunque para eso debamos borrarlo de nuestra lista.

—No soy muy sofisticado, Caroline. Sería mejor dejar al general afuera de esto. No entiendo todas esas luchas intestinas.

—No digas disparates —le espetó ella. Y continuó, cambiando de tono por completo: —Para salvar las apariencias, si aceptas trabajar con Llewelyn y él te lo pregunta, dile que me hiciste saber de su interés y que me mostré muy halagada por sus intenciones. ¿Verdad que no hay ningún mal en alegrar un poco al viejo, Rory?

—Le diré que, cuando mencioné su nombre, a usted le brillaron los ojos.

—Bienvenido a nuestros juegos sucios, teniente.

El la rodeó con los brazos y la estrechó con fuerza. Cielos, qué mujer. Todo estaba cayendo en su sitio, tan bien que le costaba creerlo.

Aunque todavía conservaban secretos, sentían entre ellos un vínculo, como el de madre e hijo.

Había sido una noche de insomnio, hasta que de pronto se le ocurrió. Caroline se incorporó en la cama y arrojó a un lado las mantas para pasearse. El descubrimiento le arrancó un grito.

Rory Landers no se había delatado por algo que dijera, sino antes bien por la manera de decirlo. Aunque aseguraba no tener antepasados irlandeses, uno de sus padres tenía que ser irlandés. En su conversación se entretejía, inconscientemente, una cadencia muy de Donegal.

¡Buen Dios, si ella había detectado la cara de los Larkin en el mismo instante en que lo vio entrar en Rathweed Hall, y hasta una similitud de voz! Al principio se preguntó si no llevaba diez años esperando que Conor entrara por esa puerta.

Landers tenía muchos de sus movimientos, su mirada sapiente, su asombrosa franqueza, la risa, el misterio de sus viajes por Irlanda. Naturalmente, estaba al tanto de las tendencias republicanas de Jeremy. Jeremy sabía quién era Rory, en realidad; aunque nunca lo denunció, en su correspondencia a la madre había dejado escapar pequeñas insinuaciones.

Tony Pimm, el asistente personal de Caroline, estuvo en Rathweed Hall antes de transcurrida una hora.

—Necesitamos los datos que el ejército tenga de un neozelandés. Quiero una copia. Es el teniente Rory Landers, distrito o condado de Canterbury, zona Christchurch, Isla Sur.

—¿Landers? ¿No estaban tan entusiasmados con él, tú y Freddie? ¿Qué se trae nuestro hombre entre manos?

—No creo que se llame Landers. Su apellido es otro.

—Comprendo. Algún soldado que conoció a Jeremy y a Chris lo suficiente como para meterse en Rathweed Hall y tratar de estafarla.

—No, no es ése su juego. Su relación con mis hijos es auténtica y lo adoro. Necesito información obtenida en Nueva Zelanda. Nuestra oficina de Wellington, ¿está bien vinculada?

Tony Pimm asintió.

—Creo que se enroló con el apellido Landers para no venir a Irlanda con su verdadera identidad. Que Overcash, el de Wellington, revise los nombres de todas las fincas, propietarios, etcétera, y vea si salta algo irlandés.

—¿Qué, por ejemplo?

—Larkin.

—Cielo Santo.

—Apostaría a que este muchacho es el sobrino de Conor Larkin.

Y escucha esto, Tony: *Sir* Llewelyn le ha ofrecido un puesto dentro del Castillo de Dublín.

Capítulo 77

—¡Sixmilecross! ¡Sixmilecross!

El corazón de Rory dio un salto, en tanto el tren aminoraba la marcha. Presionó la cabeza contra la ventanilla de su compartimiento, tratando de enfocar los ojos. El tren salió por el desvío para cargar agua en la torre. Más allá, un guarda ayudó a bajar a una mujer con una niñita, para que subieran al carro donde las esperaba el marido.

Por la descripción de Jeremy, Rory supo que estaba en el sitio exacto de la emboscada. El tren había llegado con tropas británicas; Conor y su grupo estaban diseminados a lo largo de las vías y en el cruce de caminos; los caballos y las carretas, amarrados entre los árboles, detrás del puente.

Se abrió la puerta del compartimiento. Era otro guarda, que se inclinó hacia Rory para leer el distintivo del hombro.

—Nueva Zelanda, ¿eh?

Rory asintió.

—Mi compañero me dijo que había un muchacho condecorado en el coche militar. ¿Y dónde estuvo para que le dieran esa cruz?

—En Gallípoli.

—Ah, y está con vida, gracias a la Virgen María. A mi hijo lo hirieron en Ypres. Lo perdimos.

—Lo siento mucho.

—¿Tiene parientes irlandeses?

—No. Estoy de licencia, paseando.

—No podría haber elegido mejor lugar. Y… eh… ¿de qué religión es usted?

—Católico romano.

El guarda sonrió.

—Usted se encuentra en un punto sagrado del suelo irlandés. Aquí se produjo un encuentro muy famoso. Ocurrió hace algunos años, pero la Hermandad Republicana Irlandesa… ¿Ha oído hablar de ella?

—No, lo siento.

—Son nuestros muchachos. Aquí aplicaron una terrible derrota a los británicos.

—Caramba.

—Bueno, teniente, le deseo la mejor de las suertes. Es un honor y un placer estrecharle la mano a un joven condecorado con la Cruz de Victoria.

Cuarenta minutos después el primer guarda abrió de nuevo la puerta.

—Rodale Bridge —dijo—, combinaciones a Flynn, Crew, Spamount y Castlederg. Aquí se baja usted, señor. A ver, a ver, permítame ayudarlo con esa bolsa.

Rory se apeó con el saludo de los dos guardas, digno de un héroe. Diez o doce pasajeros se dirigieron hacia el convoy que esperaba. Mientras ambos trenes partían,

Rory miró a su alrededor. Por la ruta venía hacia él el negro contorno de un sacerdote.

—¿Tío Dary?

—Rory, hijo, ¡oh, Rory, hijo! Dary lo abrazó con un sollozo. —Me has provocado un escalofrío. Por un instante pensé que era Conor el que venía hacia mí. Tienes el mismo porte. Cielos, eres tan apuesto que llevas el apellido Larkin escrito en la cara. ¿Llegaste a ver algo del paisaje?

—Era un poco borroso lo que pasaba por la ventanilla. Pero me recordó bastante a Nueva Zelanda. Tan verde…

—Todos los muchachos que emigraron a Nueva Zelanda escribían comentando lo mismo.

Caminaron hacia el proverbial Ford T.

—Con los cumplidos del obispo Mooney —dijo Dary. Un momento después iban en viaje a Londonderry. —Tenemos un millón de años que contarnos. Para comenzar, cuéntame cómo te sientes.

—En este momento, de maravillas. —Rory repasó sus heridas y los pronósticos.

—¿Estás libre por un tiempo?

—Sí.

—Estupendo —dijo Dary. El obispo tiene una cabaña para pescar en las colinas; está a unos noventa minutos de viaje, fuera de la vista y bien aprovisionada. Podemos ocuparla por el tiempo que deseemos.

—Magnífico. Parece que tu obispo es una gran persona.

—Mooney es un gran hombre. Estoy junto a él desde mi ordenación. Lo enviaron a Derry porque en ese entonces necesitaban allí a un hombre compasivo y, francamente, el cardenal no esperaba que durara mucho. El obispo sufre del corazón, pero ha engañado a todos. Yo… eh… manejo buena parte de la diócesis en su nombre, además de las escuelas y el orfanato. Supongo que, cuando él fallezca, me trasladarán a un puesto más… tradicional. En el Bogside hay que poner curas del Bogside, por lo miserable que es. Temo que nosotros somos un poquito demasiado liberales.

¿Qué podía disgustarle a uno del padre Dary? Rory se sentía tan cómodo como si lo hubiera tratado mil años. Experimentaba el primer calor familiar, misterioso e inesperado, desde que saliera de su casa, y la maravilla lo dejó sorprendido. Tenía tanto que contar y escuchar… La perspectiva de los días venideros lo hizo sonreír para sus adentros.

—Creo saber por qué me hiciste bajar del tren antes de llegar a Londonderry —dijo.

—Derry —corrigió Dary. Bueno, es que en Dublín ha habido disturbios y los británicos están deteniendo a cualquiera que use un pañuelo verde para sonarse la nariz. Preferí que no anduvieras retozando por allí con tu uniforme británico y tu falso apellido. Ahora vamos hacia el territorio de los Larkin. Bastaría con que pusieras un pie en Derry, ni hablar del Bogside, para que te identificaran como Larkin

en un abrir y cerrar de ojos.

—Es lo que imaginaba. Pero quiero llegar a Ballyutogue.

—Nuestra cabaña está bastante cerca. Casi todos los hombres de la aldea traerán ganado a los corrales de Derry y las mujeres vendrán a vender sus encajes aquí. Tengo todo arreglado para que, una noche, podamos escabullimos por entre las sombras. Tu tía Brigid se muere por verte.

Prepararon el pescado. Dary mantenía viva la fogata de turba, en tanto Rory freía la trucha.

—Me han hablado mucho de las fogatas de turba —comentó Rory. Huele a aliento de ángeles, por cierto. Calculó que el pescado estaba listo y mostró la sartén. —Listo, pequeño Dary. ¡Caramba, perdóname, tío! Toda mi vida te he oído llamar «el pequeño Dary», sobre todo por Conor. Debo tener cuidado con los modales. Y no eres tan bajo. Algunos de nuestros soldados pesarían la mitad que tú. Se mordió los labios al pensar en Chester Goodwood. ¡Cuánto le habría gustado estar allí!

—Hace muchos años que nadie me llama «pequeño Dary». ¿Quieres seguir haciéndolo?

—¿Seguro?

—Me conmovió de pies a cabeza.

—Muy bien, pequeño Dary.

La satisfacción encontró su camino en la bolsa de Rory, donde había una botella de cognac regalada por Caroline Hubble.

—Virgen Santa —comentó Dary—, un cognac como éste sólo nos llega por Navidad, cada cinco años.

Se hizo un silencio inquieto, que ambos reconocieron como preludio de asuntos familiares. Dary sacó una carta de la mochila.

—Esto me llegó hace unos cuatro meses, enviado por Liam.

Rory le echó un vistazo y se la devolvió.

—No podía entender la letra del terrateniente cuando tenía los dos ojos sanos. Tendrás que hacerle el honor.

—Sí.

Dary se humedeció los labios y luego el garguero, con un sorbo del magnífico terciopelo del cognac.

> —Rory, hijo mío —comenzó. Me ha llevado todo este tiempo juntar coraje para escribirte. Envío la carta a Dary, sabiendo que, a su debido tiempo, llegarás a Irlanda.
>
> Quizás el pequeño Dary sepa explicar, mejor que nadie, el significado de mis lágrimas de culpa y mi angustia personal. Desde el terrible momento en que nos dejaste me encontré apresado por ese terrible dolor que conocía íntimamente desde la infancia. Llevé ese dolor hasta la edad adulta. Ahora comprendo que te he impuesto uno igual.
>
> No merezco tu perdón, pero jamás podré descansar mientras no te lo pida, ni sentirme entero otra vez

mientras no lo obtenga. La Finca Ballyutogue, como la aldea irlandesa que lleva su nombre, se ha convertido en un lugar doliente. La tierra está embrujada por ti, hijo mío: cada hoja susurrante de cada árbol. Bendito seas por no haber dejado de escribir a tu madre y a tus hermanos. Para Tommy eres un gigante. Te adora.

Tuvimos que sacrificar a RumRunner. Yo quería que resistiera hasta tu regreso, pero una noche se tendió en el suelo y ya no quiso levantarse.

Si las plegarias pueden ayudarte, las tienes a montones de mí y de todos nosotros.

Lamento mucho lo que hice. Por favor, cuando hayas acabado de vagabundear, vuelve. Te amo, hijo.

Tu padre, Liam.

Había luna nueva; era apenas una astilla, muy adecuada para que un par de hombres descendieran de las colinas casi sin rozar el suelo, sin ser vistos. Algún rayo de Luna escapaba de entre las nubes, que se movían rápidamente. Como todos los muchachos de Ballyutogue, Dary conocía el camino, con sus escondrijos y su vía de escape para los republicanos fugitivos.

El padre Cluny, republicano declarado, vestido con atuendo de campesino, les dio una cálida bienvenida. Primero entraron en la forja, siempre sin llave. Estaba oscuro, pero el padre Cluny encendió la lámpara. Rory fue de banco en banco, del yunque a los fuelles, tocando las herramientas; eran lo bastante vetustas como para haber estado en manos de Conor. El fuego relumbraba suavemente, dejando escapar aquel olor dulce. Afuera encontró el cerco de piedra y el pozo. Todo parecía muy pequeño.

—Será mejor que vayamos a la cabaña, antes de que Brigid sufra un ataque —dijo el padre Cluny.

En el cruce de rutas se recortaba el árbol de la horca.

—Allá arriba están nuestros campos —dijo Dary.

Rory casi pudo ver a su papá, que bajaba con Tomas por el camino, y a Conor con su delantal de herrero, entrando en la cantina de Dooley para tomar una copa antes de enfrentar a la patrona.

Al detenerse ante la cabaña de los Larkin le temblaron las rodillas. La puerta se abrió de par en par. Tía Brigid, bastante fea como Rory la imaginaba, lo estrechó con fuerza, en una incesante cascada de lágrimas.

La comida, por supuesto, llevaba días enteros en preparación. Rory habló de la buena vida que Liam llevaba en Nueva Zelanda y qué hacía cada uno de sus hermanos. Luego aseguró a Brigid que el hogar era devotamente católico.

—Ya sabes que Tomas, mi amado papá, y el abuelo Kilty no eran hombres muy santos, pero ellos hicieron las paces con Dios. Conor nunca las hizo, pero tú podrías hacerlo en su nombre, ¿verdad? —preguntó ella.

Continuó parloteando sobre su difunto esposo Colm, mejor en la muerte y en los recuerdos que en vida, con esa pipa maloliente y el perro apestoso… que Dios lo tuviera en su gloria… un buen hombre, con su par de hectáreas… aunque no muy bueno para la intimidad.

Los débiles ojos de Rory trataron de buscar cada centímetro de la cabaña: el cuarto donde habían nacido todos, la escalerilla que llevaba al desván, donde Conor y su papá durmieron hasta el momento de abandonar la casa.

Estaba abrumado. Necesitaba que lo dejaran solo por media hora, temblando; no sospechaba que la experiencia pudiera ser tan sobrecogedora ni sabía por qué.

Por fin los cuatro fueron al cementerio. Dary llevaba una antorcha que acercaba a cada una de las lápidas. Las primeras eran muy antiguas, con inscripciones en gaélico, y ya estaban planas por el desgaste. Rory deslizó la mano por una de ellas y las incrustaciones se le desmigajaron entre los dedos.

—Es la de tu tatarabuelo Ronen. Alrededor del año 1800, entre Wolfe Tone y Robert Emmet —dijo Dary.

—Dios mío, quién iba a imaginarlo. Conor me contó que los hermanos desataron a Ronen del poste de los castigos y lo llevaron secretamente a Donegal, con los huesos asomándole bajo la carne por los latigazos.

—Sí —confirmó Brigid—; junto con Nellanne, su esposa, es el patriarca de los Larkin de Ballyutogue.

—Las dos siguientes son recordatorios de las familias de Cathal y Aidan. Por desgracia, ninguno de esos cuerpos llegó hasta aquí, salvo el de Aidan.

—Cathal —dijo Rory, demostrando su memoria— abordó un barco de la muerte en 1848, junto con su esposa Siobhan y sus cuatro hijas, para viajar a América. Las dos menores murieron a bordo, de una manera horrible. Los otros se radicaron definitivamente en América, salvo Cathal, que volvió aquí para morir. Y Aidan cayó combatiendo por salvar la cabaña y los campos. Su esposa Jenny murió en el asilo. Los seis hijos desaparecieron para siempre en un orfanato.

—Estás bien informado —comentó Brigid. Fue en 1847.

Rory, que leía con los dedos, se iluminó.

—Caramba, ¿aquí dice Kilty?

—Así es —confirmó Brigid.

—Entonces ésta debe de ser la de su esposa Mary y sus tres pequeños.

—Murieron de hambre. Tu abuelo Tomas los sepultó y se quedó esperando su propio fin. Lo salvó tan sólo el milagroso regreso de Kilty —prosiguió ella.

—Tomas… Finola…

—Esas hermosas lápidas y toda la obra de restauración se hizo gracias a la generosidad de Liam, tu padre. Que Dios lo bendiga.

La voz de Brigid se perdió con los ruidos de fondo.

—Éstas son las mejores tumbas de Donegal. Traigo flores frescas de mi jardín. La gente viene desde todas partes para verlas.

Al llegar a la última lápida, Rory tomó la antorcha de manos de Dary. El cura se llevó a los otros dos hacia la iglesia.

El muchacho acercó la llama y deslizó los dedos sobre la inscripción, una y otra vez.

CONOR LARKIN
HIJO DE TOMAS Y FINOLA
1873-1914

—Aquí estoy, tío Conor, tal como esperabas. Llegué demasiado tarde para el Alzamiento, pero no era mucho lo que yo habría podido hacer. Al principio no resultó muy bien, pero el recuerdo se negó a opacarse. Están tratando de limpiar el país y de intimidarnos, una vez más. Tengo tantas cosas que contarte… Sobre Jeremy, Caroline y yo, hasta sobre el mayor Chris.

”Es como si se hubiera producido un milagro. Liam me escribió pidiendo perdón. Nunca escuché una música tan bella como la voz del pequeño Dary al leerme esas palabras. Dary dice que tú y Tomas acabaron por entenderse. Y nuestros problemas no eran sólo por culpa de Liam. No sabes cómo quiero arreglar las cosas en casa…

”Tío Conor, ahora creo saber por qué estoy en Irlanda. Me encuentro en situación de dar un golpe. Creo saber qué se pedirá de mí. Tienes que ayudarme; si lo que voy a hacer es lo correcto, hazme una señal. Son cosas demasiado grandes como para que pueda resolverlas solo. Envíame un mensaje, hombre…

Querido papá:

Dicto esto al pequeño Dary hasta que me pongan los anteojos especiales.

Te perdono. Yo también necesito perdón. He sido una porquería de hijo, siempre haciendo lo posible por atormentarte. Ahora no veo en la vida nada mejor que volver a Nueva Zelanda y soñar con los días grandiosos que vamos a compartir. Comprende que debo permanecer donde estoy, pues tengo una tarea a realizar. Es el destino de los Larkin y espero estar a la altura de las circunstancias.

No puedo escribir mucho más, salvo para decir que salí de Gallípoli mucho mejor que la mayoría.

Hay un gran favor que podrías tratar de hacerme. Comprendo que Georgia Norman no me creía realmente enamorado; supuso que, con el correr del tiempo, yo necesitaría verme libre de toda obligación con respecto a ella. Por eso rompió conmigo, para dejarme en libertad. Pero no decía la verdad. Ya se había divorciado de Calvin Norman, aunque me dijo que el divorcio no era definitivo y que, después de la guerra, le daría otra oportunidad.

En realidad, en Gallípoli conocí al doctor Norman, sólo para enterarme de que ambos estaban ya divorciados y él había vuelto a casarse. Era un gran hombre; trágicamente, ha estado entrando y saliendo de instituciones mentales, pero hay esperanza de que se recupere. Mamá se alegrará de saber que rezo de vez en cuando, y siempre rezo primero por el doctor Norman.

Por favor, papá, busca a Georgia, si es posible hallarla.

Mi amor por ella no es menos grande que la vida misma.

Dary me dice que esta carta te será entregada personalmente por un sacerdote que parte hacia Nueva Zelanda en un barco hospital, dentro de pocas semanas. Tendrás mucho que leer entre líneas, pero una vez que vuelva a casa tendremos toda la vida para ponernos al día.

Yo también te amo, papá.

Rory

En la cabaña de pesca se estaba acabando el tiempo. Todos los puentes habían sido cruzados, salvo el más grande. Dary lo encaró sin rodeos.

—¿Qué planes tienes, Rory? —preguntó.

—Probablemente vuelva a Belfast y a *lady* Caroline. Tal vez aproveche el ofrecimiento de utilizar su casa de Dublín. Quiero frecuentar las cantinas. Dejar mi marca en Dublín. Pienso ir al oeste. Todo el mundo dice que es hermoso.

—Estás mintiendo descaradamente, Rory Larkin.

—¿Yo?

—Cuando escuchas tantas confesiones como en el Bogside, el oído llega a captar las modulaciones de los mentirosos. Vas a unirte al estado mayor de Brodhead, ¿no?

—Tal vez.

—Yo diría que ése es un gran «tal vez».

—No quiero parecer demasiado ansioso. Pienso pedir un período de prueba, para poder retirarme. Será bastante fácil aprovechar mi estado físico como excusa para salir de allí. Quizá me hagan más operaciones en la mano. Los ojos tendrán que esperar. Mientras pueda montar a caballo… bueno, tal vez encuentre a una muchacha que me lea.

—Hablo de un Larkin paseándose por el Castillo de Dublín bajo el apellido Landers. Será como hacer equilibrios en el filo de la navaja.

«Es mi tío», pensó Rory. «Y sacerdote. ¿Se lo digo o no?». Hasta entonces había podido reservarlo sólo para sí. Cuando más de dos personas conocen un secreto, deja de serlo.

—Permite que te ayude, Rory —dijo Dary. Has mantenido los asuntos republicanos fuera de esta encantadora amistad. Nunca simpaticé con ellos, a menos que se refirieran a un miembro de la familia. ¿Sabes que yo organicé la fuga de Conor de Portlaoise?

—Que… ¡Qué!

—No podías saberlo, claro. Sirvo a un gran obispo que necesita desesperadamente mi ayuda. Pero comienzo a ver las cosas de modo diferente. Primero, por la muerte de Conor. En tiempos más recientes, por la repulsión que me producen las ejecuciones.

—Ah, pequeño Dary…

—Aún me mantengo a distancia de la Hermandad, pero nunca he cerrado la puerta a un fugitivo. Dary apretó los labios. —Soy un Larkin.

—¿Hay algo más que quiera decirme, padre?

—Eres sagaz, igual que tu tío. Un sacerdote, Rory, es en realidad un núcleo humano cubierto con capas y más capas de dogma, como la piel de una cebolla. Un obispo esclarecido y el apellido Larkin me han obligado a quitar de mí capa tras capa, hasta ver si en verdad existía un hombre allí abajo.

Dary se interrumpió, cerrando los ojos, y le volvió la espalda.

—Eh, ¿qué pasa, hombre?

Rory lo hizo girar. Sí, se conocían bien. A Dary le temblaba la voz.

—Sé una terrible verdad: Irlanda no será libre a menos que los irlandeses derramen su sangre por ella. Eso no me convierte en partidario de la Hermandad, pero me hace comprender a los que lo son.

—¿Y qué hay debajo de esas capas? ¿Una mitad de hombre y una mitad de sacerdote?

—Más de lo que supones —susurró Dary.

—Y tú sabes que yo vine a Irlanda para buscar a la Hermandad. ¿Quedó algo de

ella después del Alzamiento?

—Sí —dijo Dary. Te llevaré.

Capítulo 78

Una pequeña falange de guardias entró enérgicamente en el comedor del hotel Russell; después de examinarlo, dieron su aprobación. El general *sir* Llewelyn Brodhead entró echando humo y fue conducido al mejor reservado de la esquina, en tanto sus hombres asumían sus puestos alrededor.

Brodhead estaba furioso. Había pasado dos días discutiendo encarnizadamente con Londres; finalmente se vio obligado a interrumpir hasta nuevo aviso las ejecuciones relacionadas con el Alzamiento.

«Justo ahora que teníamos a los irlandeses en fuga», pensó. Pero esos condenados editoriales norteamericanos estaban castigando a los británicos. ¡Se trataba de asuntos internos, qué joder! La cuestión era aplastar a los irlandeses, no ganar el certamen de popularidad en Estados Unidos. «Bueno», se dijo, «los de Downing 10 ya se darán cuenta. Dentro de quince días reanudarán las ejecuciones».

Llegó el whisky. Brodhead miraba la calle por la ventana. Otra brigada de guardias había acordonado el auto del general, los vehículos de la escolta y el paso hacia el hotel Russell.

De pronto su humor pasó de gris a oro: Caroline Hubble acababa de aparecer a la puerta del comedor. Su aparición nunca dejaba de enarcar las cejas.

Había sido sugerencia de ella que se reunieran abiertamente y en un sitio público. Con frecuencia se dejaba ver en guaridas masculinas con altos funcionarios del gobierno, líderes de la industria y luminarias de las artes plásticas y el teatro. No olvidemos tampoco que era arriesgado chismorrear sobre ella. En su juventud se había ganado la reputación de encarar directamente a los chismosos para despedazarlos en público.

Caroline recorrió el salón, deteniéndose a charlar en algunas mesas; de ese modo, cuando la cortina la encerró con *sir* Llewelyn, a nadie se le ocurrió girar la cabeza ni echar a mover la lengua.

Mientras ella tomaba un jerez y él, un segundo whisky, se quitó el sombrero para ponerlo a un lado.

—Debo reconocer —dijo— que fue una deliciosa sorpresa enterarme por el teniente Landers de que… bueno, usted me encontraba… Bueno, él dijo cosas encantadoras.

Brodhead se puso pálido y carraspeó.

—Confío en que todo fuera decoroso.

—Por Dios, sí. Después de todo, Llewelyn, ¿cuánto hace que somos buenos amigos? Un cuarto de siglo, cuanto menos. Cuando una enviuda, las viejas relaciones pueden dar un giro.

—No era mi intención encabezar una carga de caballería, por cierto —dijo él.

—¿Sólo hundir la punta del pie en el agua para probarla? —sugirió ella, dominando la conversación. Bueno, brindemos por Landers, que me hizo saber las cosas con gran habilidad y aplomo.

Entrechocaron las copas.

—¿Le mencionó Landers que el Ministerio de Guerra ha decidido hacer una excepción con respecto a sus lesiones, si él pasa a formar parte de mi estado mayor?

—Bueno, creo que tiene pasta para oficial —manifestó Caroline.

—Estoy de acuerdo. No es muy refinado, por su crianza provinciana y todo eso, pero está hecho a medida para un cargo de coronel. Es astuto y está lleno de recursos. Con él las cosas se hacen. Y los hombres están dispuestos a seguirlo, tal como están dispuestos a seguirme a mí, gracias a Dios.

—Me dijo que tendría muy en cuenta su proposición de permanecer en el ejército —observó Caroline.

—Como todos los jóvenes que salen de la batalla y del hospital, Landers necesita perder un poco de tiempo. Ya vendrá. Le encanta el peligro. Es un gran combatiente. Lo lleva en la sangre.

—Tanto Freddie como yo le hemos tomado cariño. Nos hace sentir casi como si… como si Jeremy y Chris estuvieran todavía con nosotros. Espero verlo antes que usted y no dejaré de decir algo en su favor.

Él pidió perdices. Ella prefirió el salmón.

Mientras picoteaban la comida intercambiaban miradas y sonrisas. Ella hacía caídas de ojos. El se mantenía firme hasta que las miradas volvían a encontrarse de frente.

—Mi interés por usted, ¿merece algún aliento? —arriesgó.

—Bueno, ¿qué le parece, Llewelyn?

—Entonces hay una posibilidad.

—Siempre hay una posibilidad.

Se sintió reconfortado. Para sofocar el deseo, contempló la plaza de St. Stephen, murmurando que no parecía haber sido recientemente campo de batalla. La condesa Markievicz y su turba habían tenido suerte de que él no estuviera al frente de las tropas adversarias.

Una vez repuestas las fuerzas para la tarea inminente, preparó la siguiente frase con toda sinceridad.

—Mientras Roger vivió, pese a su lamentable separación, yo nunca habría soñado con salirme de la línea. Caramba, mi propio matrimonio está virtualmente acabado… desde que tengo memoria. Beatrice es… una mujer decente.

«Sin duda», pensó Caroline. «Decente y en muy buena situación política, social y económica».

—Siento el mayor respeto por *lady* Beatrice, por ser la madre de mis hijas, aunque me costó aceptar la falta de un hijo varón. Claro que mis hijas son mujeres encantadoras, pero el hombre necesita un hijo varón.

—Sí. Freddie tenía el mismo problema conmigo.

—Pero usted lo superó. Lo de ser mujer, digo. Oh, caramba, acabo de meter la pata.

—Lo admiro por decir lo que todo el mundo piensa.

—En las Islas Británicas, Caroline, hay diez mil hombres que se cortarían el brazo derecho por estar aquí, sentados frente a usted.

«Como los diez mil brazos que flotaban entre Gallípoli y el norte de África».

—Permítame preguntarle. ¿Qué hay de ese Galloway?

—¿Gorman? Ha sido un compañero abnegado. Y es sumamente divertido.

«Al que le gustaría echar mano de tu tesoro», pensó Brodhead.

—Tenemos muchos amigos en común entre la gente de teatro y los escritores. Y a decir verdad, compartimos buena parte de nuestras ideas políticas.

—Bueno, usted siempre ha tenido sus propias ideas en cuestiones de política. Freddie y Roger aprendieron a aceptarlo. Y yo la admiro por eso. Juego limpio: de eso se trata. Y… eh… en cuanto a los momentos íntimos de su relación con Galloway…

Caroline se permitió un momento para reflexionar.

—Digamos que yo no me habría dejado entusiasmar tanto por sus atenciones si mis relaciones íntimas con Gorman fueran más adecuadas.

—Interpreto, pues…

Llegó la ensalada. Él murmuró que tenía demasiado vinagre. De pronto ella le cubrió las manos con las suyas.

—Estoy deseosa de tener un hombre de verdad —dijo. Y de inmediato apartó la vista.

Durante el postre no se dijo una palabra. Ella lo ayudó en silencio a encender el cigarro.

—No era mi intención mostrarme tan directa.

—Usted es deliciosa —replicó él, aspirando largamente. Desde que estuve en Gallípoli no me canso de estos habanos.

—Lástima que Freddie ya no pueda fumarlos.

—¿Qué sugiere que hagamos, Caroline? —preguntó él, por fin.

Ella meneó la cabeza y repitió el gesto.

—Creo que deberíamos retirarnos a nuestros respectivos domicilios y pensarlo muy bien.

—Querida mía, no me pida que interrumpa esto por entero.

—Habrá numerosas oportunidades sociales para vernos, por cierto. Yo iré con Gorman y usted, con *lady* Beatrice. Nada de contactos privados, por ahora. Si continuamos con los mismos sentimientos, tendremos que reunirnos a discutirlo.

—En mí nada cambiará —aseveró él.

—Sucedió tan de repente… —comentó Caroline. Sin duda estuvo escondido allí por años enteros. Sé que estoy con un amigo muy fuerte y digno de confianza. Y sé

que usted jamás me traicionará.

—Calle, calle, Caroline.

«Confío en ti, Llewelyn», se dijo ella, «porque amas ese uniforme más que a nada en la vida. Si hubiera cualquier escándalo, la querida Beatrice te hará reducir al rango de recluta».

—Dicho todo esto —manifestó—, esta buscona descarada se siente trémula.

—¿Irá al Castillo de Dublín para el baile de los oficiales? —preguntó él.

—Nunca dejo pasar la oportunidad de bailar con hombres jóvenes.

—Estupendo —dijo él—, perfecto.

Cuando se abrieron las cortinas, sus soldados redoblaron la atención.

Capítulo 79

El padre Dary cruzó el puente Gratton, por sobre el río Liffey, y se encontró en el Ormond Quay, reciente escena de disparos y cañonazos. Los equipos que retiraban los escombros lo obligaron a caminar en zigzag. Subió las escaleras hasta las oficinas de McAloon y Fitzpatrick, para introducirse a duras penas en el atestado cuarto de Theo.

—Padre Dary —lo saludó el muchacho—, ¿ha venido a Dublín para ofrecer sus condolencias por el Alzamiento? Rachael se pondrá muy contenta.

—Eres un verdadero asno, Theo. ¿Cómo han salido de esto?

—Tambaleándonos. Fíjese en el centro de la ciudad, ¿quiere? Cualquiera habría dicho que teníamos diez divisiones dentro del edificio de Correos, en vez de un centenar de empleados, cantineros e intelectuales.

—¿Es cierto que han cesado las ejecuciones?

—Por el momento, gracias a sus oraciones y las de otros.

—¿Y tu madre?

—De algún modo se les escabulló. La condesa Markievicz está condenada a muerte. A lo mejor se conforman con una dama por Alzamiento. Desde lo de Lettershambo, mamá no participa activamente, aunque todavía representa una gran figura a los ojos de los irlandeses. Sobre todo esto se está asentando un polvo extraño. La reacción británica ha sido demencial, simplemente demencial. Contradice todo lo que ellos defienden.

—Creo que todo el mundo sabe lo que pretenden decirnos —afirmó Dary.

—Sí, pero… —empezó Theo, desplegándose desde el asiento con intenciones de pasearse. No encontró lugar.

—Pero ¿qué?

—¿En su diócesis no hay sacerdotes que, tras no haber pronunciado una sola palabra republicana en toda la vida, comienzan a silbar una melodía diferente? ¿No les fastidia un poco eso de que se fusile a los irlandeses con total impunidad?

—Bueno, en realidad he escuchado algunos comentarios muy duros.

Theo se rascó la punta de la nariz.

—Me pica la nariz. Olfateo algo. No es gran cosa, padre, pero el viento trae una vaharada de cólera. ¿Sabe qué se comenta en el Castillo de Dublín? Lo sé de segunda mano: el embajador británico ante Washington envió un telegrama urgente al Ministerio del Interior para que interrumpa las ejecuciones. Parece que los diarios de toda Norteamérica empiezan a formularse preguntas muy duras sobre lo que realmente ocurrió aquí. Son fragmentos, sólo fragmentos, pero ¿no sería estupendo que todo esto se volviera contra ellos? Ya sería hora de que nos sucediera algo decente. Mientras tanto aún tengo a ochenta condenados a muerte y un buque prisión

que zarpa hoy de Kingstown, llevándose a cuatrocientos de nuestros muchachos. Ninguno ha sido públicamente acusado de nada.

—¿Y qué va a resultar de todo esto?

—Tal vez se suspendan las ejecuciones. Tal vez algunas sean conmutadas por cárcel perpetua o condenas más breves. Tal vez, tal vez; no puedo estar seguro. Lo único seguro es que sir Roger Casement está en la Torre de Londres y ellos deben someterlo a un juicio espectacular, para justificar su conducta.

—He recibido una visita interesante —dijo Dary, súbitamente.

—¿Eh?

—Rory Larkin. El sobrino de Conor, el de Nueva Zelanda.

Eso atrapó la atención de Theo.

—Hace un año y medio se enroló bajo el nombre de Landers. Quería llegar hasta Irlanda y no quería hacerlo con el apellido Larkin.

—Tipo inteligente.

—Muy inteligente. Le encargaron una misión, sobrevivió a Gallípoli y lo han condecorado con la Cruz de Victoria. Llegó a ser muy amigo de Jeremy Hubble. Jeremy le habló de las relaciones de Conor con tu madre y quiere conocerla.

—Será un placer. ¿Qué otra cosa quiere?

—La Hermandad —dijo Dary, sin rodeos. Quiere saber si todavía existe la Hermandad.

—Por supuesto. Desde el Alzamiento se nos ofrecen en todo el país más hombres de los que podemos aceptar. Es cuestión de recobrar el tino y formar un nuevo liderazgo. Los británicos han sabido detener a toda la plana mayor.

—¿O sea que aún existe una autoridad central?

Theo asintió con la cabeza.

—¿Tú y Atty están en contacto con ella?

Theo iba a responder con evasivas, pero le pareció una tontería. Estaba hablando con el hermano de Conor Larkin, el hombre que había orquestado una muy ilegal fuga de la prisión. También percibía que Dary sufría su propia indignación por las ejecuciones.

—Sí. Y ese tal…

—Rory Landers.

—¿Qué se sabe de él, Dary?

—Es muy joven: veintidós o veintitrés años. En muchas cosas me recuerda a Conor. Se siente abrumado, obsesionado por la necesidad de hacer algo en Irlanda, sobre todo ahora.

—¿Por qué?

—Es el destino de los Larkin.

—¿Viste uniforme?

—Más que eso: el general Brodhead lo quiere en su estado mayor, dentro del Castillo de Dublín.

—Ah, padre, ¿tan temprano y ya borracho?

—Por Cristo, mi salvador —dijo Dary.

Rory, el padre Dary y Theo estaban radiantes; también las dos damas, que contaban entre las más deliciosas de Dublín. La cena fue pura risa; era la primera vez que comían sin tensiones horribles, desde lo del Alzamiento. Las carcajadas, por tanto tiempo ausentes, disimulaban las serias intenciones de esa reunión.

Theo, el hombre que lo veía todo, notó que Dary y Rachael se ofrecían voluntariamente para lavar los platos, como si no desearan seguir conversando con nadie más.

Atty, que subía con Theo y Rory a la biblioteca del último piso, recordó la primera vez que había llevado a Conor hasta allí. Se reunieron alrededor del fuego de turba.

Theo vio también la inconfundible descarga de electricidad que se produjo en cuanto su madre y Rory Larkin se estrecharon la mano. Ella lo doblaba holgadamente en edad, pero mantenía casi intacta su regia presencia y una generosa porción de hermosura. El muchacho rogó que, por el momento, la reacción de su madre fuera simple sobresalto. Dios Todopoderoso, qué manía la de esos Larkin, empecinados en meterse bajo las faldas de las Fitzpatrick. Ser el jefe de esa familia era algo infernal.

Theo repitió su impresión de que en Irlanda estaban cambiando las cosas.

—Si todo sigue así —dijo—, dentro de dos años votaremos por el Sinn Fein. El Sinn Fein se apartará del Parlamento Británico y reconocerá la Declaración de Independencia.

—¿Y entonces?

—Ah, lo más divertido comienza cuando los irlandeses tratan de gobernarse solos. Bueno, mamá —agregó Theo con un suspiro—, es hora de arrojar la bomba.

—Rory es de la familia Larkin y está buscando a la Hermandad —adivinó Atty.

—Es cierto —confirmó Rory.

—¿Y ese uniforme británico… y el brazo?

—Se me ha invitado, sin que sea una orden, a incorporarme al estado mayor del general Brodhead, en el Castillo de Dublín.

Silencio. Atty tenía ante sí a un Conor en plena juventud, ¿no? Atrevido como él, capaz de ingresar en los Astilleros Weed y de arreglar el tren privado de *sir* Frederick para contrabandear armas. Conor, en Lettershambo, con una Cruz de Victoria por valentía. Comenzó a temblar. Theo la sostuvo.

—Vamos, mamá —dijo con firmeza.

—¿Eres su fantasma o qué? No puede ser.

—No soy Conor. Jamás seré Conor. Pero hay algo que puedo hacer. Lo sé. Ahora sí que Irlanda está sangrando. Tengo que dejar mi marca.

—Si vas al Castillo de Dublín con el nombre de Landers —murmuró ella—,

acabarás en la Torre de Londres, junto con Roger Casement. Si no te descubren pronto, lo harán más adelante, por un desliz de la lengua o por estar por un momento en el lugar que no correspondía. No, no voy a permitirlo.

—He aquí lo que pienso —dijo Rory, sin prestar atención a la súplica. Puedo retirarme cuando quiera. Bastará con decir que mi vista ha empeorado y que debo ir a Inglaterra. En cuanto me encuentre en el Castillo de Dublín planearé algo que se pueda ejecutar. Y en cuanto eso esté hecho, saldré de Irlanda.

Atty no podía tomar una decisión. Estaba en lucha consigo misma. Toda la tensión, todas las pesadillas volvían en la figura de ese muchacho. ¿Por qué diablos había venido a Irlanda? Del Consejo Supremo sólo quedaban hilachas. Cualquier acción a realizar tendría que ser aprobada por uno de los sobrevivientes, por ella misma.

Atty y Rory se miraron fijo a los ojos por medio segundo, cosa que no podían evitar. Theo, a quien no se le pasaba nada, alzó finalmente la voz.

—Rory está en una situación demasiado importante como para que la dejemos pasar. Concuerdo con que no podrá quedarse mucho tiempo. Pero cualquiera sea el riesgo, debe participar —manifestó Theo.

—Bien —dijo Rory.

—No estoy de acuerdo —protestó Atty.

—La responsabilidad es mía, mamá. Tendrás que aceptarlo.

Capítulo 80

—Cuando me tocas así, Rachael, tengo la sensación de que voy a morir derretido —susurró Dary.

—Pues derrítete y muere —fue la respuesta. Te toco otra vez, y otra, aquí y aquí.

Él le retuvo las manos y se las llevó a los labios. Ella le envolvió con fuerza la cabeza entre los brazos, bajándosela contra los pechos. Dary sintió el seno contra la mejilla.

—No hay nada como esto —dijo.

—Mejora con el tiempo —susurró ella. Mejora mucho.

Dary se apartó bruscamente de ella.

—¿Cómo puedes saberlo?

Bueno, tenía que enterarse y había llegado el momento.

—No soy casta —dijo Rachael, con la franqueza de los Fitzpatrick.

¿Por qué lo irritaba eso? Al fin de cuentas, llevaba más de diez años escuchando confesiones de mujeres a las que nunca habría creído capaces de permitirse eso. ¿Por qué siempre había identificado a Rachael con la virginidad? Estaba por preguntar algo estúpido, como: «¿Te confesaste?» o «¿Te obligaron?». ¡Oh, esa maldita manía de querer puras a todas las mujeres!

—No quiero que haya secretos entre nosotros —dijo ella. Me pareció mejor que lo supieras.

«¿Y ahora qué?», se preguntó Dary. ¿Debía imponerle una penitencia, un castigo? ¿No resultaba hipócrita, dadas las circunstancias? Sus relaciones con Rachael no eran exactamente las de un cura y su penitente.

—No necesito saber nada —aseguró, mohíno, con viejo orgullo de macho. Por otra parte, considerando nuestra estrecha amistad familiar y todo eso, mi conocimiento de la situación… Sí, quiero saber.

—Yo estaba en el sexto año de estudios, a punto de graduarme. Ned Finch, mi profesor de historia, era un tipo muy decente, de familia anglicana. Pese a la disparidad de edades y al hecho de que yo era alumna suya, nos sentíamos muy atraídos.

Dary se descubrió temblando de pies a cabeza, con un nudo seco en la garganta, que bajaba hasta el pecho; sus manos vacilaban. Dentro de él se henchía una emoción que nunca había experimentado. ¿Celos? ¿Eran celos? En todo caso, se trataba de monstruos sanguinarios. Se dominó para demostrar que, para un sacerdote, eso era el trabajo de todos los días.

—Creo que ya basta, Dary.

—No, por cierto. Prosigue.

—Eramos grandes compañeros, antes que cualquier otra cosa. A Ned le gustaba

leer poesía e ir al teatro; paseábamos a caballo por Phoenix Park. Como ningún otro muchacho me llamaba la atención, me gustaba pasar los domingos con él. Y éramos sumamente discretos.

—¿Sumamente?

—Más o menos. Si una quiere seguir saliendo con un muchacho y disfrutar de su compañía, se hacen algunas tonterías, ya sabes.

—No, no sé. —Pero sabía. Por las confesiones. Besos, besos usando la lengua, pechos… Los pechos eran el primer objetivo importante. Después, frotarse hasta que ciertas partes se encontraran por casualidad, de un modo muy inocente… ¡Bah!

—No me despertaba mucha sensualidad, pero éramos buenos amigos y los chicos de mi edad me parecían verdaderos estúpidos.

Bueno, eso calmó un poco a Dary. Por más de treinta años la Virgen había sido su propia mujer, y la virginidad de María era su don a todas las mujeres. Aunque él supiera que la virginidad no era algo real, ahora que sentía «eso» por una muchacha la virginidad recuperaba su antiguo carácter sobrecogedor. Deseó que la historia de Rachael terminara así, por el bien de ella. ¿En qué diablos estaba pensando? Importaba un bledo que ella fuera virgen o no, mientras María lo fuera. Y Rachael no era María. Además, era preciso cortar lo que estaban haciendo. No tenía mucha vida.

—Un mes después de que empezó la guerra, Ned se enroló en la Artillería Real Irlandesa —prosiguió ella. Combatiría en Francia. Entonces me suplicó que lo hiciera con él.

El viejo demonio saltó nuevamente a la garganta de Dary.

—Busqué a mamá y lo discutimos.

—¿Con tu madre?

—Con mi madre, por supuesto. ¿Con quién, si no? Yo ya sabía lo que me diría el cura. Quería escuchar la verdad, no un sermón. Disculpa, Dary.

—¿Qué te dijo Atty?

—Me preguntó si lo amaba. Le dije que no lo amaba de un modo sexual, pero que él era mi amigo más querido, que me amaba desesperadamente y que me emocionaba mucho verlo partir a la guerra. Me sentía en la obligación de hacerlo feliz.

—Mamá dijo que comprendía. Me enseñó a cuidarme. Y también dijo: «Por el amor de Dios, gocen, ríanse mucho de ustedes mismos y siéntanse muy, pero muy alegres después de hacerlo».

—¡Eso te dijo!

—Por supuesto. Una vez que mamá rompió con Conor las barreras de dolor y pesar, era una maravilla verlos correr el uno hacia el otro. Se reconocían a un kilómetro de distancia y Conor siempre la levantaba por los aires para hacerla girar. ¡Y mira que ella no es un pajarito! A veces se quitaban toda la ropa y saltaban al lago helado, entre gritos y aullidos de gozo. Quizás ese día habían capturado a diez hombres de la Hermandad o tenían cualquier otro desastre colgado del cuello… pero en cuanto se veían, allá iban. Por eso, cuando ella me dijo que no había nada malo en

compartir eso con Ned, agregó: «Haz que sea un momento feliz».

Dary abandonó su expresión mohína para estudiarla. Por primera vez caía en la cuenta de que el amor de una mujer no era un regalo que sólo pudiera hacerse una vez, un sacrificio supremo, a soportar con el pesar de que ella nunca volviera a ser la de antes. Una mujer como Rachael podía dar su amor una y otra vez, con gran maravilla.

Ella le tomó las manos.

—Ned fue feliz. Partió feliz. Lo mataron en el primer mes. Me alegro de que partiera feliz.

El desconocido había estado sentado en su umbral por cinco años, mientras él resistía en su poderoso hábito. Ahora él buscaba un modo de salir y el desconocido, un modo de entrar, con el torrente de sensaciones de cualquier hombre vulgar.

—Y tú, ¿lo disfrutaste? —preguntó Dary. Era la más pedante de todas las preguntas.

—¿La verdad?

—Por supuesto. —Pero no era cierto.

—Fue torpe y doloroso. Pero lo disfruté.

—Oh…

Sintió que los dedos suaves de Rachael le tocaban la cara. Luego, los labios.

—Dary, Dary… —susurró. Te esperaba. Se abrazaron. Ella susurró con mansedumbre: —Tenía la esperanza de que te pusieras celoso.

—Bueno, se te cumplió, hija.

—¿Qué vamos a hacer, Dary?

—La misma pregunta iba a hacer yo.

—¿Ésas son lágrimas, Dary?

—Sólo lágrimas de júbilo —dijo él.

—Las mías también. Te estaba esperando, hombre, te estaba esperando.

Capítulo 81

Cruce Clonlicky, cerca de Baltimore - Junio de 1916

Por ser una isla, Irlanda tiene noventa y cuatro esquinas en las que no se puede dar un paso más sin mojarse. Una de ellas era el Cruce Clonlicky. Atendía a las fincas cercanas y tenía una estación recolectora de leche, un almacén de ramos generales, una cantina a la izquierda de la ruta y una iglesia a la derecha.

Nunca se lo tuvo por un sitio peligroso, en lo que a actividad republicana se refería. Sin embargo le cupo la dudosa distinción de ser utilizado como ejemplo en el orden de cosas posterior al Alzamiento.

La cantina de Quinn, magra cervecería, era propiedad de la viuda Quinn; su concurrencia exhibía la normal tendencia hacia la abundante charla republicana, pero con muy poca acción. Como en toda patética taberna, la oratoria y las canciones republicanas formaban parte del menú para la noche del sábado y el domingo, después de misa. Pues bien: algún maldito delator, vergüenza de los irlandeses, había informado a la Policía Real Irlandesa que la viuda Quinn escondía en el sótano a un muchacho de la Hermandad, fugitivo desde el Alzamiento. La policía entregó al informante a las barracas locales del ejército.

El general Llewelyn Brodhead en persona viajó desde Dublín para observar el nuevo orden de cosas. Se efectuó un ataque a gran escala contra la cantina de Quinn, atestada de bebedores como todo sábado a la noche. Los británicos irrumpieron como si estuvieran atacando Gibraltar.

El muchacho de la Hermandad fue detenido en el sótano, llevado a las barracas y, después de una corte marcial de diez minutos, fusilado contra el muro por un pelotón.

Al día siguiente, cuando los feligreses salían de la iglesia, los británicos arrasaron todos los edificios del Cruce Clonlicky, exceptuando la iglesia. La demolición fue efectuada por un par de tractores que circulaban en sentido paralelo, separados por unos diez metros de distancia, arrastrando una cadena y una viga de acero. Uno pasó por el lado derecho del edificio; el otro, por el izquierdo; la cadena y la viga atravesaron el centro, derribándolo todo, incluidos los muebles.

El general Brodhead tomó nota de que el método era más eficaz que los tiros de ocho caballos arrastrando troncos, utilizados durante la hambruna.

Como si las ejecuciones de Dublín no hubieran causado suficientes escalofríos, la noticia de la demolición del Cruce Clonlicky se esparció como la peste en la Edad Media. El impacto devolvió al pueblo irlandés a la hambruna de las papas del siglo anterior.

El general Brodhead había transmitido un potente mensaje: no se tolerarían más tonterías a los irlandeses.

El Castillo de Dublín, una semana después - El baile de los oficiales

—Buen Dios, Erma, ¿quién es ese encantador oficialito que está detrás de sir Llewelyn, en la línea de recepción?

—Un miembro nuevo de su estado mayor.

—Mi hija se pondrá lívida por habérselo perdido.

—Es un muchacho de colonias. Condecorado con la Cruz de Victoria.

—Dicen que siempre usa un guante en la mano derecha. ¿No te parece romántico?

Rory percibió la proximidad de Caroline Hubble; allí estaba.

—Hola, buen mozo —le dijo. Parece que eres el bello del baile.

—No sé bailar estas cosas —confesó Rory.

—Oh, eso no importa. Afuera hay un balcón encantador para conversar. Caroline le hizo una burlona caída de ojos. —Antes de que fuera tarde, te reservé dos piezas. Veamos: la diez y la quince.

Caroline continuó con la línea de recepción hasta donde estaba Sir Llewelyn, erguido como una vara y cargado de medallas, con lady Beatrice a su lado. Las mujeres se rozaron la mejilla.

—Ah, Caroline, cuánto me alegro de volver a verla —saludó el general. Resérveme una pieza antes de que sea tarde.

—Oh, caramba, Llewelyn —exclamó Caroline, horrorizada. Déjeme ver. ¡Mire lo que he hecho! Temo que no tendrá suerte.

—¿Es que los generales no tenemos derechos aquí? —rezongó él.

—Le cederé una de mis piezas con la condesa Hubble, general —ofreció Rory.

—¡Buen muchacho! ¡Ya decía yo que era un joven de recursos! —exclamó Brodhead, radiante.

—La número diez es suya, señor —dijo Rory.

—¡La gavota, condenado!

—En un momento estaré contigo, Beatrice. Tengo montones y montones de novedades —dijo Caroline.

El salón de baile, que en ocasiones se utilizaba como Sala del Trono, tenía esa noche un aire festivo. Prevalecía una nota de victoria. Con tanto mármol, sobredorado, grandes arañas de Waterford y abundantes tapizados de seda uno casi podía olvidar que estaba en Irlanda. Dublín seguía siendo provinciana, pese a su lustre. Esa noche, para ser ciudad de colonias, se la había hecho lucir como nunca.

Durante el intervalo, Caroline y Beatrice mantuvieron las cabezas pegadas como un par de gemelos siameses. La conversación de la generala, por desgracia, condecía con su aspecto. Al recomenzar la música sir Llewelyn ofreció el brazo a su esposa.

—Baila esta pieza con Caroline, querido —dijo ella. Ya he pisoteado a todos los oficiales jóvenes del salón y estoy exhausta.

—¿Caroline? —preguntó el general.

—Eres demasiado amable, Beatrice —agradeció pudorosamente Caroline.

Giraron valsando por el salón rectangular, hasta que los extremos se hicieron más pequeños: los bailarines se iban retirando para formar un círculo en torno de las diez o doce parejas restantes, que así ocuparon el centro.

—No he dejado de pensar en ti —logró manifestar él.

—Yo tampoco. No sabes lo maravilloso que es sentirme ceñida por un brazo fuerte. Bailemos, bailemos como si voláramos. Enseñemos una o dos cosas a estos cachorritos.

—Me muero por verte —insistió él, mientras giraban.

—También yo. Dentro de poco iré a Belfast para una reunión con algunos subcontratistas del sur. Almorzaremos en mi comedor privado.

—Sí —confirmó él. Y la acercó un poco más, para sentir ese busto presionado contra el cuerpo.

—Llewelyn —reprochó ella, sofocada, jugando diestramente con los dedos en el cuello del general.

Lady Caroline y Brodhead aceptaron modestamente el aplauso y volvieron junto a lady Beatrice.

—Un encanto, un encanto —ponderó la mujer, con voz de sonsonete. Yo también bailaba así, en otros tiempos.

«Nunca en la vida bailaste así», se dijo Brodhead.

Un resplandeciente coronel de brigada se inclinó ante Caroline, todo dientes.

—¡Martin! —exclamó ella, jubilosa. Lo estaba esperando. El mejor bailarín de los Fusileros.

Martin dejó escapar una tonta carcajada nasal, arqueando el cuerpo hacia atrás.

En el momento en que el teniente Landers se inclinaba ante ella, Caroline echó un vistazo a su carné de baile.

—¿Por qué no salimos al balcón? —sugirió.

Los saludó una noche desacostumbradamente buena. Allá se erguía la catedral protestante, más pequeña que las auténticas de Francia e Inglaterra. En Dublín todo era la mitad, salvo la destilería Guinness.

—Dame un abrazo —dijo Caroline. Sé lo mucho que te cuesta escribir notas, pero gracias por las llamadas telefónicas. Comunicarse desde el oeste puede ser enloquecedor.

—Ah, en Nueva Zelanda no estamos mucho mejor.

—¿Cómo fue tu viaje, Rory?

—El oeste de Irlanda es magnífico.

—Los anglicanos tratamos de mantener en secreto las cosas buenas de Irlanda, para poder disfrutarla nosotros solos.

—Me gustó ir, por muchos motivos. Descubrí que no había agotado todas mis lágrimas en Gallípoli. Extraño muchísimo a mis amigos. A Jeremy, lo indecible. Supongo que, con el tiempo, podré dominar estas cosas y seguir adelante con mi vida.

—Veo que luces insignias de capitán. ¿Eso significa que te quedarás en Irlanda?

—El general ha acordado dejarme ir cuando yo lo considere necesario. Trata de seducirme poco a poco.

—¿Cuál de estas encantadoras damas ha capturado tu corazón, teniente Landers? —preguntó Caroline.

—Usted.

—Bien, entonces vamos a casa.

—Ha sido demasiado magnánima con lo de la casa, Caroline. Yo pensaba alojarme en las barracas.

—¡De ninguna manera!

—Le doy las gracias por todo, pero no quiero ser molestia.

—Te prometo que no te atacaré en medio de la noche.

—Bueno, pero supongamos que debe recibir gente a cenar o algo así…

—¿Quieres comportarte exactamente como lo hacían Jeremy y Christopher, Rory?

—Habla en serio, ¿no?

—Claro. Gorman pasará el fin de semana en casa. Si no tienes nada que hacer, te llevaremos a recorrer Dublín.

—Estupendo. Puede decirme que no es asunto mío, Caroline, pero ¿siente algún interés por Llewelyn Brodhead?

—Sí —confirmó ella. Me interesa en serio. Muy en serio.

Capítulo 82

Caroline Hubble nunca bajaba de su dormitorio sin lucir el mejor aspecto que le fuera posible ese día. Se había ataviado con una bata azul claro y llevaba la cabellera suelta. Mientras ella revisaba una pila de documentos comerciales en el solario de la casa, frente a la plaza Merrion, Rory hizo su tardía aparición matutina.

—Buenos días, Príncipe Azul —lo saludó ella.

—No sabía que bailar fuera tan buen ejercicio.

Caroline llamó al mayordomo y sonrió al ver que Rory se preparaba un desayuno de ovejero.

—Y unas tiras de tocino, Adam. Luego se volvió hacia Rory, diciendo: —Es antinatural. Lina se sienta, toca una campanilla, da una orden y ya está.

Rory sintió un cambio muy sutil en la actitud de Caroline, cierta firmeza, un nuevo aspecto en su carácter, por lo demás constante y dulce. Ella se sirvió una taza de té, mordisqueó una tostada y se acomodó los anteojos.

—Creo que, si parece un kiwi, corre como kiwi, grazna como kiwi y pone huevos, es un kiwi.

—Soy un kiwi, de acuerdo. Ahora bien: ¿he puesto un huevo?

Ella sacó a relucir el papel.

—Distrito Canterbury, Isla Sur, entre Oxford y Kowai Bush. La finca de los Landers fue adquirida en 1907 por Liam Larkin, propietario de la Finca Ballyutogue.

«Tranquilo, muchacho», se dijo él. La mujer sentada al otro lado de la mesa podía ser tan peligrosa como un verdugo.

—Si quieres saber cómo me enteré de esto, me lo escribió Jeremy. Lo sé desde el momento en que entraste en Rathweed Hall.

—No es cierto, Caroline. Jeremy no habría faltado a mi confianza.

—¿Eso crees?

—Lo sé —afirmó Rory. Tal vez no le guste lo que voy a decir, pero Jeremy pensaba meterse a republicano.

Eso confirmaba las sospechas de Caroline. Jeremy había nacido con el carácter blando de los irlandeses y Conor Larkin era su dios. El desastre con Molly, el odio por su padre, su incapacidad de sentirse a gusto con los de su propia casta, todo lo señalaban. Sin embargo se sintió conmovida al oírlo.

—¿Qué tiene usted para decir, señor Larkin?

—Era menor de edad, estaba enojado con mi padre y, desde el momento en que supe de la muerte de Conor, sentí desesperación por venir a Irlanda. Por el trayecto me ocurrió algo muy extraño, llamado Gallípoli. En un lugar como ese uno soluciona muy pronto sus problemas. Estuve a punto de cometer la terrible equivocación de no escribir a mi padre para perdonarlo. Gracias a Dios no morí y lo dejé con eso colgado

del cuello. Tal vez Irlanda no era entonces algo que me incumbiera, pero ahora sí.

—Conor se burló de mi padre y tú has hecho lo mismo conmigo.

—Todo depende de cómo se mire, quién se burla de quién. Usted dirige una excelente organización, Caroline. Mucho mejor que la inteligencia británica. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Depende de que me respondas con la verdad o no.

—Considerando que la situación la favorece ampliamente, haré lo posible.

—¿Estás seguro de que Llewelyn Brodhead no está tendiéndote una trampa, para hacerte decir los nombres de todos los miembros de la Hermandad que aún viven en Irlanda, cuando te pongan en el potro de tormento?

—Me cruzó por la mente. Pero tengo que dejarme llevar por el instinto. No lo creo tan inteligente.

—¿Era inteligente al comandar esas siete divisiones de infantería?

—¿Desde el principio?

Ella asintió.

—En Egipto parecía algo menos presumido que la mayoría de los oficiales ingleses. Nosotros éramos sus CANZ y debíamos ser las mejores tropas de la expedición. En numerosas oportunidades demostró que era capaz de jugarse por nosotros. Nos consiguió el equipo y los animales que necesitábamos, enfrentándose al comandante del teatro de operaciones. Pasó por alto muchas… travesuras de las que hicimos en El Cairo, incluida la de Chris en el hotel Aída.

”Aplicaba una disciplina brutal para preparar a las tropas. Algunos médicos decían que su entrenamiento enviaba a un hombre al hospital por cada uno que permanecía de pie. En mi opinión, considerando lo que nos esperaba, hizo lo correcto. De otro modo muchos hombres no hubieran sobrevivido a Gallípoli. Pero eso era sólo buena preparación militar británica. Usted ya sabe lo que hizo con Chris antes de la guerra —aclaró Rory.

—¿Te refieres al contrabando de armas y al motín de Camp Bushy?

—Sí. Chris tuvo que tragarse diez toneladas de mierda para poner en forma a ese cuerpo mulante. Lo que hizo con nuestro batallón fue lograr que funcionara. Sin las mulas todo habría sido un desastre. Brodhead lo sabía. Chris se empeñó a fondo. Para ser justo con el general, reconozco que se enfrentó con el Ministerio de Guerra por toda la expedición de Gallípoli. Sin embargo, una vez asignado al CANZ se desempeñó como buen soldado. Vivía con los hombres y compartía nuestras privaciones. Quizá recibía una bebida algo mejor que la nuestra y mejores raciones, pero su agujero se parecía mucho al mío. Era bastante popular entre los oficiales y las tropas.

—No tienes nada que criticarle —dedujo Caroline.

—No he dicho eso. El resto es lamentable.

—Vuelvo a preguntártelo: ¿hasta qué punto fue inteligente al comandar esas siete divisiones de infantería?

—Teniendo en cuenta que Napoleón o César tampoco habrían podido hacer

nada…

—Hablo de Llewelyn Brodhead —acusó ella.

Rory bajó la voz.

—Como general fue un desastre. El planeamiento de esa campaña aseguraba la catástrofe. En las cosas que caían bajo su autoridad, él era un inútil. Nada funcionó, desde el desembarco hasta las comunicaciones más simples. El cañoneo naval fue un desastre y en seis meses no pudieron rectificarlo. Estábamos muy mal equipados y alimentados. Los planes de evacuación no existían. Las instalaciones médicas eran peor que primitivas. Pero eso no es siquiera la mitad, Caroline.

Rory dejó caer la cabeza y se tomó un momento para dominarse.

—La guerra es la guerra. Cualquier hombre que aspire a ser general debe insensibilizarse a las pérdidas. El parecía salido de siglos pasados —continuó con aspereza. Se creía dueño de los CANZ. Cometió errores garrafales, pero lo peor es que le importaba una mierda. Yo estuve muchas veces con él, después de que sufriéramos bajas terribles, y nunca lo vi parpadear. No tenía conciencia. Las tropas estaban allí para que él las enviara al matadero, ni más ni menos. Sus tácticas eran arcaicas, con frecuencia locas. Nació sin lágrimas que derramar.

Caroline había perdido en parte su acero. Sobre ambos pendía el miedo a la pregunta siguiente.

—Bien —dijo ella, con los ojos lacrimosos—, ya sabes lo que quiero preguntar.

—¿Quiere la versión resumida o la más larga? La carga de los australianos contra el Nek fue una misión suicida sin finalidad táctica. Simplemente, Llewelyn Brodhead perdió la cabeza.

—No leiste el primer informe de la Comisión Investigadora, ¿verdad? —preguntó ella.

—Me lo leyó una de las buenas monjas del hospital.

—¿Y bien?

—Brodhead mintió para salvarse. Como fue sólo un general incompetente entre diez o doce más, pudo soslayar lo peor de la verdad.

—¿Y Chunuk Bair? —preguntó Caroline.

—Llegamos arriba al rayar el día, después de pasar la noche en una marcha muy peligrosa. Poco después desembarcó el Cuerpo Suvla, pero se detuvo en la playa, sin hacer el menor intento de ponerse en contacto con nosotros. Eramos sólo un batallón, sin posibilidades de detener un contraataque turco. Y en la playa había entre cuarenta y cincuenta mil soldados británicos.

”Brodhead habría debido ordenarnos que bajáramos inmediatamente de Chunuk Bair. En cambio hizo lo contrario. Nos envió al coronel Markham, con órdenes de permanecer allí siete horas más. El coronel Malone, que era neozelandés, se negó a permanecer allí un segundo más. El y Markham discutieron. Brodhead, por teléfono, ordenó a Chris que arrestara al coronel Malone. Chris se negó. Brodhead esperaba que nosotros, ochocientos hombres en terreno totalmente expuesto, resistiéramos ante

un ejército de entre treinta y cincuenta mil turcos. El caso es que Malone ordenó evacuar. Cuando iniciábamos el operativo, un cañonazo lo mató junto con Markham.

—¿Dónde estaban mis hijos?

—Los turcos se nos acercaban poco a poco. Chris y Jeremy fueron a nuestro perímetro y cargaron contra varios nidos de ametralladoras, tratando de darnos tiempo para bajar de la colina.

—¿Tú oíste todo lo que dijeron Malone y Markham?

—Sí.

—¿Sabes que, según el testimonio de Brodhead, fue él quien ordenó la evacuación?

—Sí. Mintió… y me ha pedido que mienta también.

Se habían puesto muy pálidos.

—¿Cómo murieron mis hijos?

Rory dejó escapar un sollozo y siguió sacudiendo la cabeza.

—¿Cómo murieron mis hijos?

—¡Por el fuego naval de los británicos! —exclamó él. ¡Y ahora déjeme en paz!

—¿Qué intenciones tienes, hijo?

—Primero dígame las suyas —respondió Rory, secándose las lágrimas y sonándose con fuerza la nariz.

—¿Hermandad?

—Puede ser.

—Querrán que sigas en el Castillo de Dublín. No puedes mantener eso mucho tiempo.

—Lo sabemos.

—¿Hasta dónde llegarás? —preguntó ella.

—¿Hasta dónde llegará usted?

—¿Cuántas aldeas más piensa derribar ese hombre?

—Tantas como haga falta para aplastar el espíritu de los irlandeses. ¿Y su coqueteo con Brodhead?

—No estaba segura. Ahora sí.

—¿Va a ofrecerle el cebo?

—Para matarlo. Parece que estamos juntos en esto, Rory. No tienes más alternativa que confiar en mí.

—Confío en usted.

—Todo este tiempo he estado preguntándome si sería capaz de hacerlo —musitó ella—, aun siendo un general en combate, mató innecesariamente a mis hijos por su incompetencia y su pánico, ¿cierto?

—Sí —dijo Rory.

—Soy hija de Freddie Weed, con todo lo que eso implica. Padre e hija son una paradoja. Freddie ansia morir, pero no puede hacerlo hasta que Brodhead sea asesinado. Yo ansio vivir, pero no puedo hacerlo mientras no ocurra lo mismo. El

mató a mis hijos y ahora planea matar a Irlanda. No soy republicana, Rory, pero las ejecuciones me han demostrado que soy irlandesa… y me encanta decirlo. No puedes liquidar a Brodhead por ti solo, Rory. Las sospechas recaerán inmediatamente sobre su personal y tú no puedes soportar mucho escrutinio. Por otra parte, yo puedo hacerlo, pero necesito un aliado, sea la Hermandad o tú solo.

—Se habla de hacer algo si condenan a muerte a Roger Casement.

—Siempre adoré a Roger Casement —dijo Caroline. ¿Está mal vengarse? Estaría mal, sabiendo lo que Llewelyn Brodhead hará con Irlanda y teniendo medios para detenerlo, dejarlo continuar. A veces un hombre, una mujer, deben asumir la responsabilidad por los millares que no pueden hacerlo. ¿Está mal matar a un asesino para impedirle seguir asesinando? —exclamó ella.

—Vine a Irlanda preguntándome qué podía hacer aquí. Ahora lo sé —afirmó Rory.

Capítulo 83

La estación ferroviaria de la calle Tara fue construida y edificada en el siglo pasado; en ella trabajaron dos equipos de arquitectos. La firma de Londres ideó el túnel y las vías a partir de la estación central, mientras que una firma de Dublín preparaba los planos de la terminal.

El problema fue que las vías y el edificio estaban en lados opuestos de la calle Tara. Después de las debidas discusiones, el arbitraje y el dictamen legal, el resultado neto fueron veintitrés metros de túnel abandonado, cerrado por tablas en ambos extremos.

La Hermandad consiguió acceso secreto a ese tramo abandonado y, utilizándolo como punto de partida, diseñó un laberinto de cuartos cerrados, escalerillas ocultas, secciones movibles de techos y suelos, hasta llegar por los tejados a una buhardilla, tres pisos por encima de la calle Poolbeg, zona comercial próxima al río.

Si uno necesitaba el escondrijo más seguro de Irlanda, no hacía falta buscar más. Había sido preparado por Conor Larkin a lo largo de seis meses; desde el túnel se tardaba media hora en llegar a él y nunca se sospechaba siquiera cuál era el destino final. Más aún: el secreto estaba seguro, porque sólo sabían de él Conor, Dan Sweeney, Seamus O'Neill y Atty. Sólo tras el ataque a Lettershambo, viendo que era la única sobreviviente, lo reveló Atty a Theo.

Su despensa estaba provista de alimentos no perecederos, incluidos los líquidos esenciales. Tenía una pequeña estufa de turba y una línea telefónica segura. El escondrijo fue nuevamente abierto como punto de reunión para Rory, Theo y Atty.

Rory siguió a Theo desde el tejado, comentando lo increíble que le parecía aquello. El joven abogado retiró la escalerilla y cerró la abertura del tejado, utilizando una larga manija.

—Hola, madre.

Atty Fitzpatrick los esperaba en una gastada poltrona.

—Hola, Rory. Aquí nos reuniremos desde ahora en adelante. Seremos sólo nosotros tres. Hay que quitar un poco el polvo y traer más provisiones. Yo me encargo. El teléfono todavía funciona. No atiendan nunca sino después de oír cinco timbrazos completos, una pausa y una nueva llamada.

Rory inspeccionó el lugar. Por la pequeña buharda entraban los ruidos de ruedas con aros de acero contra los adoquines y el omnipresente aroma a cerveza de Dublín, pues no faltaban cantinas en la zona.

Al oscurecerse el cielo, mientras la ciudad encendía oleadas de luces parpadeantes, los tejados bajos crearon una silueta de país encantado. «Hasta tiene cortinas», pensó Rory, dejándolas caer hacia el centro.

—Es algo raro estar aquí —comentó.

El lugar provocaba en Atty una reacción agridulce. Inspeccionó los armarios, deteniéndose aquí y allá por los recuerdos que volvían. Theo la seguía, sacudiendo botellas vacías y arrojándolas a un lado. ¡Por fin alguien que se ocupara!

Atty se puso práctica.

—Theo y yo seremos tus únicos contactos. Nadie más sabe en Irlanda que tenemos información interna del Castillo de Dublín. Tu nombre no existe. Aún tenemos un Consejo Supremo, aunque en estos días, como imaginarás, comunicarse y reunirse es muy dificultoso. Theo y yo asumiremos gran parte de la responsabilidad por los planes y las decisiones, hasta que podamos formar otra vez un grupo cohesivo. ¿Te parece bien?

—Perfecto.

—¿Cómo están las cosas en el Castillo de Dublín? —preguntó Theo.

—Parte de la seguridad es realmente descuidada —comentó Rory. Podría conseguir algunas listas de informantes.

—Estupendo, pero tenemos que andar con mucho cuidado. En primer lugar, no eres el único miembro de la Hermandad que trabaja dentro del Castillo. En segundo término, hay dobles espías en ambos bandos. Tercero, podrían poner una lista con varios nombres falsos para hacer caer en la trampa a alguien como tú. Sospecha de todo —le indicó Atty.

Rory exhaló un suspiro y asintió, reconociendo que ella tenía años de práctica en el juego; por su parte, estaba pisando hielo muy delgado.

—He averiguado una cosa —dijo. Brodhead planea una serie de jugadas sucias. El ejército o la policía van a poner unos cuantos cajones de fusiles o bombas en diversos lugares del país. Luego fingirán una inspección para encontrar las armas y derribar el edificio, como en Clonlicky. El primer caso será Kilorglin, durante la feria de agosto.

—¡Qué hijos de puta! —se quejó Theo. Si avisamos a los de Kilorglin, los británicos sospecharán que alguien filtró el dato desde el Castillo. Descargó el puño contra la palma. —Tendremos que dejarlos arrasar el sitio para no arriesgar a nuestra fuente.

—Mal asunto —dijo Rory.

—Agosto —observó Atty. Más o menos por entonces habrá sentencia contra sir Roger Casement. De ese modo Brodhead ajusta sutilmente las tuercas.

—¿Y bien? —preguntó Rory.

—¿Y bien? —repitió Atty.

—Y bien —dijo Theo—, todo parece reducirse a una sola cosa, ¿no?

—Hay que asesinar a Brodhead —apuntó Rory.

—Es lo que opinamos todos.

—No —dijo Atty. Temo a las represalias británicas.

—Ese hombre va a asesinar a incontables irlandeses, madre, y destrozará en el país lo que le venga a mano. ¿Te parece que las represalias pueden ser mucho peor?

—Por otra parte, la muerte o la desaparición de Brodhead podría hacer que los británicos reflexionaran por uno o dos minutos. Podría tener el efecto opuesto e interrumpir esa destrucción caprichosa —observó Rory.

—Rory tiene razón, mamá. Es un riesgo calculado que debemos aceptar.

—Odio el asesinato —dijo Atty.

—Si existe un asesinato correcto, ése es el de Brodhead —dijo Theo.

—Si matamos a Brodhead, las sospechas recaerán muy pronto sobre ti, Rory. Llevas la sangre de Conor Larkin —apuntó Atty. Fue el hombre más valiente que yo haya conocido, pero tenía un problema sin solución: no podía ejecutar a nadie. Una cosa es matar a los turcos en el combate, pero ¿alguna vez pusiste una pistola contra la cabeza de un hombre para dispararle?

Rory recordó un día caluroso, en un lecho de arroyo seco de Gallípoli. Había apuntado su pistola a la sien del doctor Calvin Norman, que yacía postrado por el calor. En ese momento su tío Conor le había dicho que no hiciera eso.

—Mira, Rory: estando tan cerca de Brodhead como estás, no puedes hacerlo sin que te ahorquen. La única opción es pasarte el resto de la vida huyendo. En realidad, estoy con los nervios de punta sabiéndote dentro del Castillo de Dublín.

Sorbieron el té: Rory y Theo, audiblemente; Atty, como si estuviera en el escenario, bebiendo de una taza vacía.

—Tranquilicémonos —sugirió Rory, levantándose abruptamente. Tenemos una aliada. Sabe quién soy y tiene tantas ganas como nosotros de liquidar a Brodhead… en realidad, más aún. Puede encontrarse a solas con él en cualquier parte. Será ella quien dispare. Necesita un aliado para deshacerse del cadáver. De ese modo Brodhead desaparecerá simplemente de la Tierra, con lo que a los británicos les será mucho más difícil justificar las represalias.

—¿Quién es ella? —preguntó Atty, suponiendo que se trataba de una amante desdeñada. Con una persona así podían fallar muchas cosas.

—Es Caroline Hubble —-dijo Rory.

—¿Te has vuelto loco? —chilló Atty. ¡En ella no se puede confiar!

—Si no se puede confiar en ella, ¿por qué no ha tomado el teléfono para denunciarme? —señaló Rory. Me identificó a primera vista.

—Porque quiere obligarte a denunciar a toda la Hermandad.

—Mamá… Oye, mamá, te estás dejando dominar por las emociones. Eso es ridículo —observó Theo, con suavidad.

—¿Ridículo? ¡Ridículos son Weed y Hubble!

—Ella quiere liquidar a Brodhead por motivos muy obvios, mamá.

—Y por otros no tan obvios, Atty —agregó Rory. Esa mujer no es como su esposo ni como su padre.

—¿Vas a decirme que se ha vuelto republicana?

—Siempre ha tenido opiniones políticas independientes de las del padre y el difunto marido. Hizo un trabajo extraordinario por la educación católica de Derry.

Vive con un picaro irlandés llamado Gorman Galloway. Convirtió sus astilleros en una empresa pública, reconoció al sindicato y ahora está dando grandes parcelas del condado a sus arrendatarios… tal como lo hiciste tú, mamá. Mamá, querida… es posible que hayamos encontrado una veta de oro.

—¿Venganza por lo de sus hijos? —preguntó Atty.

—Eso la está matando —dijo Rory. Puedes creerlo o no, Atty, pero está convencida de que Brodhead devolverá a Irlanda a la Edad Media. Los británicos no pueden enviarnos a nadie peor, pero sí a alguien mejor. Vale la pena correr el riesgo.

—No me decido a establecer una alianza con la hija de Frederick Weed.

—¡Conor nunca le hizo el amor! —tronó Rory, abruptamente.

El efecto fue resonante. Cuando se asentó el silencio en la alfombra raída, las miradas ya no se encontraban.

—Haz esa llamada, mamá —dijo Theo. Llego tarde a mi reunión con lord Cornelius. Quizá tenga noticias de algunos prisioneros.

Trepó por la escalerilla hasta el tejado; no era, por cierto, el más ágil de los hombres. Atty habría debido estar bramando de entusiasmo por los planes, pero estaba casi desanimada.

—¿Qué sabes tú de Conor y Caroline Hubble? —preguntó.

—Conor me contó la primera parte de la historia cuando estaba en Nueva Zelanda. Jeremy me dijo el resto, incluyendo los rumores sobre tus relaciones con Conor.

Rory estaba entre sombras, cerca del marco de la ventana. Era una imagen que ella había ansiado mucho y la sobresaltó. Por un instante fue Conor el que estuvo allí. Ése había sido el lugar de sus encuentros por más de cuatro años. ¡Oh, cuánto amor, cuánto peligro! Y el joven Rory, cuya cabeza funcionaba como la de Conor, un maestro del juego.

Rory miró hacia la calle, con el cerebro a toda marcha; el mismo valor, la misma audacia. Como Conor, estaba ya concentrado en su misión. En ese mundo gris las cosas podían arruinarse de un momento a otro. Hoy estaba en el Castillo de Dublín; mañana era un fugitivo, con todo lo que esa maldita vida entrañaba.

—No lo hagas, Rory —dijo ella. Una vez que entras ya no puedes salir. Después de un tiempo pierdes la cuenta de las bombas, las mutilaciones, los asesinatos y los años que pasaste pudriéndote detrás de las rejas.

—Ustedes dos encontraron un mundo en esta habitación —comentó Rory. ¿Cambiarías algo de eso?

—Este país es nuestro. Tú tienes tu propio país.

—Me iré cuando llegue el momento.

—¡No has escuchado una palabra de lo que te dije, maldición! —le espetó ella, furiosa.

—Necesito estar aquí —dijo Rory. No me pidas que me vaya. No vine desde Nueva Zelanda a este aguantadero para escabullirme sin hacer nada. Pareces olvidar

que Brodhead mató a mi hermano Jeremy por pura estupidez. ¿Crees que puedo llevar una vida rica y plena si huyo con el rabo entre las patas? Tengo que acabar con esto, Atty.

Atty estaba enredando sus frases y sus pensamientos. El verlo allí la había sacado de su duelo y le había encendido una primavera. Ya no la esperaba. Mucho menos de él, por Dios.

Se irguieron a ambos lados de la cama, hasta que el colchón se convirtió en una tercera persona. «No pienses siquiera en eso, cabrona», pensó.

—Al parecer, tenemos mucho talento para irritarnos mutuamente. De la repulsión mutua a la mutua atracción.

—Y por añadidura, un pico de oro —dijo ella. Me he pasado la vida viendo esa mueca lasciva en los hombres. Tú lo haces mejor que la mayoría.

—Por Dios, Atty, ¿me tienes miedo? ¿O tienes miedo de ti misma? No quieras pasar por inocente. Yo también conozco esa mirada.

—Podría ser tu madre.

—Me tienes miedo, Atty. Tienes miedo de que te lo haga disfrutar. No quieres disfrutarlo. Quieres vivir eternamente envuelta en el martirio.

—Eres un verdadero cerdo, Rory. ¿No tengo derecho a dejarme impresionar por tu parecido? ¿Tan arrogante eres?

—¿Arrogante por qué? Provócame una vez más y olvidaré que soy un caballero y un oficial británico.

¿Sí o no, Atty? Él te mira como lo hacía Conor. Es muy improbable que no sepa atender a una mujer.

Atty le disparó las frases siguientes a la garganta:

—No quiero una imitación de Conor Larkin. Tuve al auténtico. Un Conor muerto vale por doce Rory Larkin vivos.

El muchacho la asió reflexivamente del brazo, para sacudirla con incuestionable potencia.

—Bueno —dijo ella. Discúlpame por comparar. La diferencia entre tú y Conor está bien a la vista.

Él la soltó.

—Volveré el domingo a las tres. Tú decides. Si tienes sesos, esconderás las garras y harás una alianza con Caroline Hubble. Puedo salir sin ayuda.

Atty encendió otra vela y esperó. Luego se arrojó a la cama, golpeando las almohadas con los puños y maldiciendo a Rory Larkin por haberla excitado. Oh, era un Larkin de pies a cabeza; la intimidaba por completo. Ella se había pasado la vida fulminando a los hombres con una mirada, pero con algunos de ellos la cosa no daba resultado. Rory y Conor figuraban entre esos hombres.

¿Era tan grave error recibir un aliento más de Conor? ¿Tan sucia se sentiría

después? «¡Qué diablos, no soy una viuda! ¡No me enterraron con él en Ballyutogue! ¿Acaso Conor no volvió a vivir conmigo tras la muerte de Shelley? ¿Y a mí se me prohíbe? ¡Conor, Conor querido! ¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?».

Capítulo 84

Como eran tiempos de guerra, la parte sur de Irlanda había adoptado súbitamente una postura fabril. Necesitaba acelerar considerablemente sus habituales métodos de carros y asnos. Astilleros y Acerías Weed, por ejemplo, tenía diez o doce subcontratistas en Cork, Galway y Dublín.

Había toda una línea de artículos defensivos en preparación, por lo que se había convocado a reunión en la fábrica de Belfast, para que los ingenieros de Weed, junto con los del ejército, elaboraran toda una lista de cosas necesarias para proteger las barracas y las estaciones de policía, como alambrados para ventanas y cosas por el estilo.

El general Brodhead se lanzó sobre esa reunión, que le brindaba una excusa viable para hacer el viaje. Claro que aprovecharía para inspeccionar las tropas de Belfast.

Rory estaba a cargo de la seguridad del viaje. Brodhead disponía de un coche ferroviario blindado, que se guardaba en un cobertizo bajo llave. Las habitaciones del general ocupaban el centro del coche, con puestos de guardia a cada extremo. Los movimientos del vehículo se mantenían en secreto; habitualmente se lo enganchaba a un tren a último momento. Después de inspeccionarse la parte baja, se despachaba una locomotora con quince minutos de anticipación, para verificar que las vías estuvieran despejadas.

En Astilleros y Acerías Weed, el teniente Landers se reunió con el grupo militar y los subcontratistas en una gira de adoctrinamiento. Después de despedirlos, sir Llewelyn acompañó a lady Caroline a su exquisito comedor privado, contiguo a la oficina de su padre.

—No quiero llamadas durante el almuerzo. El general y yo iremos después a reunirnos con los otros en el centro de conferencias.

Cuando ella depositó el auricular en la horquilla, sir Llewelyn le tocó el hombro con toda la suavidad posible, pero con más rudeza de la que habría debido. Caroline se había preparado para disfrutar lo deplorable.

—Espero que no te hayas arrepentido de nuestra última conversación —dijo.

—De lo nuestro no, querido —respondió Caroline. Lo que me asusta es todo lo que debemos hacer para pasar cuarenta minutos almorzando a solas. Empiezo a acobardarme.

—No quiero dejar pasar esto —dijo él. Al repasar mi vida me doy cuenta de que nunca me he acercado a alguien como tú. Nunca fue parte de mi juego. Ahora me descubro absolutamente embobado. No puedo dormir.

—Hace mucho que nos conocemos, Llewelyn. Te diré lo que pienso —propuso ella, provocándole una extraña sensación de susto.

—Por cierto.

—Quizá lo que tratamos de hacer no es posible —dijo ella, y lo vio palidecer. Cuanto menos diez mil personas saben que estás aquí. La verdad es que no debe haber una persona en toda Irlanda que no conozca tu cara o la mía. Siempre hay cinco o seis personas a mi alrededor y Dios sabe cuántas más contigo. Escabullirse para una cita es un enigma para los dioses. Supongo que para ti es peligroso andar sin custodia; para mí, virtualmente imposible. Con Gorman las cosas son distintas, porque se nos acepta como pareja. No podemos arriesgarnos a que alguien nos vea por casualidad.

—Tiene que haber una solución y vamos a encontrarla —dijo. Escucha, por favor. Nací de una raza que desde el principio manejó las cosas. Para pertenecer a la clase alta de Ulster hay que ser superbritánico. Desde la infancia estuve destinado al ejército, sin opciones. Y a una mujer como lady Beatrice. Hace casi siete años que dormimos en alcobas separadas y antes lás cosas no eran ninguna maravilla.

Ella le puso una mano sobre la suya.

—Lo siento mucho.

Brodhead rellenó la pipa y la encendió, con un gruñido consternado.

—¿Te aburro?

—Por supuesto que no.

—Si eres un hombre de Ulster, militar y ambicioso, hay ciertos mandamientos sagrados que te gobiernan la vida. Tu vida es el regimiento. La lujuria no era una opción sensata.

—Sí, el pobre Roger solía decir que, para quien se criaba en clubes de hombres, escuelas para varones y el ejército, el deporte y una ducha fría arreglaban cualquier urgencia.

—Por desgracia, no es chiste —respondió Llewelyn. El otro mandamiento sagrado es la soberanía del imperio. Para gobernar lo que se confió a nuestro gobierno produjimos un tipo de oficiales que aceptan nuestra misión como sacra. Por lo tanto, nunca llegué a ser un hombre pulido, erudito en nada que no fuera el campo de batalla; nunca fui culto, no me interesé por la política, ni siquiera por el jardín. En las colonias hay poco tiempo para entretenerse con amantes o con lo que fuera.

—Y en Ulster no se puede —concordó Caroline. Eres el hombre más importante de Irlanda y no quiero ser culpable de arruinar una carrera brillante. En otros tiempos, cuando era una jovencita alocada, me encantaban este tipo de intrigas. Freddie siempre me descubría porque yo quería ser descubierta, sólo para enfadarlo. Mi situación con Gorman es de un indecoroso decoro. Ya nadie se molesta siquiera en criticarnos.

Lo fastidió esa mención a su constante compañero.

—Cuando yo veía a algún alto oficial arrojar a los vientos una carrera promisoria por una mujer que no estaba a su altura, simplemente no lograba entenderlo. Por Dios, si hasta envidié a Roger Hubble cuando se casó contigo y cada vez que te he

visto.

—Parece que tenemos una mala estrella —comentó Caroline. En esta situación no puedo confiar absolutamente en nadie.

—Los generales estamos todavía más solos —opinó Brodhead. Bueno, ahora ya no es posible fugarnos al continente, como se hacía antes —comentó, con una punzada de humor negro. El comando me tiene tan atado que no puedo siquiera tomarme un fin de semana largo para pescar un poco. Me muero por ir a Donegal y probar suerte con los salmones. Dicen que están bajando a millares.

—Espera un momento. ¿Qué has dicho? —preguntó Caroline.

—Un fin de semana para pescar, sin todo el estado mayor colgado de mi cuello.

Caroline se puso tensa; el descubrimiento ascendía por ella.

—Por supuesto. Qué tonta he sido. Es extraño que se puedan dar vuelta las cosas para hallar una solución que estuvo allí todo el tiempo.

«Por Dios, ¿será cierto?», se preguntó él.

Caroline dejó escapar un gritito de placer. Luego se estiró para darle un beso demorado.

—La cabaña de caza —dijo, limpiándole rápidamente el lápiz de labios. No se la usa desde que abandoné Hubble Manor. Está muy apartada.

—Estuve allí varias veces, con Roger. Él me la mostró cuando la redecoraste. Muy… excitante, pero… ¿el guardabosques y su esposa?

—Se jubilaron hace varios meses y los envié a Norteamérica por un año, a visitar a sus parientes. No he designado reemplazante.

El corazón de Brodhead se aceleraba ante la posibilidad de tener una mujer como Caroline. Hasta entonces ninguna le había dado motivos para jugar con los reglamentos.

—Por mucho que lo planeemos, siempre habrá algún riesgo.

—Tal vez no —advirtió él, concentrándose en los planes de batalla.

—¿Podrás ir solo hasta allá?

—Déjame pensar. Por supuesto, puedo pasar un fin de semana en Brodhead Abbey. Mando al estado mayor volver a Londonderry y digo que voy a pescar. Podría decir que voy al sur, en dirección opuesta, para desorientarlos.

—Bueno —dijo Caroline, mostrándose nerviosa—, ¿lo hacemos?

—Sí.

—Caramba, qué excitante. Yo podría adelantarme para limpiar todo, encender el fuego y llevar algunas cosas necesarias. Aquí tienes el número de mi teléfono privado en Rathweed Hall. Dime cuándo y te estaré esperando.

—¿No nos conviene ir a caballo?

—Hagámoslo del modo más sencillo. Viaja en coche hasta el portón norte del condado. Yo lo dejaré sin llave. Entra y recorre unos quince kilómetros. Hay un sendero inconfundible al pie de la colina grande, con un montecillo de abedules. Allí verás mi coche. La cabaña está a cuatrocientos metros de allí, por el sendero, pero es

demasiado estrecho para subir en auto. Estaciona allí y sube caminando. Llegarás al albergue en quince minutos.

El cerró los ojos para recordar.

—Sí, está completamente escondido.

—No hay nada en un radio de quince kilómetros.

Se estrecharon las manos, húmedas de expectativa.

—Trata de no postergarlo demasiado. Tampoco tiene por qué ser en fin de semana.

—Caroline…

—Hagámoslo.

Al levantarse la reunión sacaron el vagón blindado de Brodhead del cobertizo donde había permanecido bajo custodia. Se había desviado al tren correo de Dublín para que lo recogiera en los astilleros.

Rory Landers había sido uno de los grandes éxitos de la conferencia. Propuso la idea de recubrir con láminas de metal muy finas los vehículos civiles livianos, para que fueran semiblindados.

Llewelyn Brodhead hizo la venia y abordó, despidiéndose de la gente.

—Ya está —dijo Caroline, rozando la mejilla del teniente Landers, que lo seguía.

El general se quitó la pistolera, desabotonó la chaqueta e invitó a Rory a hacer otro tanto. El paisaje que pasaba ante la ventanilla serenó su alta emotividad.

—Yo diría que la gran reunión ha resultado muy bien, señor —comentó el muchacho.

—Tenemos que encerrarnos en nuestras fortalezas de la campiña, pero cuando salgamos no caeremos en emboscadas. Hoy se han presentado muchas ideas buenas. Creo que se impone un trago. Sírvase, hombre. Hoy me han felicitado mucho por usted, Landers. —Salud.

—Salud, señor.

Como Brodhead conservaba esa sonrisa de gato que se ha comido un ratón, Rory se respaldó en el asiento, dándole tiempo a hablar o callar. Llewelyn Brodhead no parecía en condiciones de disimular una conquista como la de Caroline Hubble. Y eso sería el fin de la cita en el albergue de caza y, probablemente, de la participación de la condesa. Era preciso que Brodhead no revelara a nadie la aventura planeada.

Hablaron de distintas cosas, sin que la cara del general perdiera la gran sonrisa.

—Ah, *lady* Caroline me ha pedido una pequeña licencia para usted. Está deseosa de que la visite —dijo Brodhead.

—Me gustaría visitarla pronto.

—Caroline me ha hecho confidencias —dijo el general. Usted le brinda un gran consuelo, Landers. Parece verlo como a un hijo sustituto.

—Le tengo mucho cariño —dijo Rory. Sólo conozco a una mujer como ella, aunque también es muy distinta: mi Georgia. Ojalá vuelva a encontrarla. ¿Sabe qué

hace Caroline, señor? Me llena de confianza en mí mismo, a tal punto que me siento rey. Después de la gran pérdida que ha sufrido, me ha enseñado cómo debe comportarse uno frente a la peor de las tragedias.

—Lástima grande que no conociera a *sir* Frederick en sus buenos tiempos.

—En realidad, disfruto de su compañía. Aunque no pueda moverse, su potencia y su alegría son perceptibles. Debe de haber sido un hombre tremendo, en sus tiempos.

—No se imagina ni la mitad, Landers —dijo Brodhead, riendo para sus adentros. A ese viejo es mejor no fastidiarlo.

—No conozco a ese tal Galloway, pero he visto fotografías y me han hablado bastante de él. No entiendo que una mujer como *lady* Caroline esté tan apegada a él.

Brodhead gruñó, se encogió de hombros y tragó más whisky.

—Caroline tiene su costado artístico. Se siente muy a gusto entre la gente bohemia. Es un grupo raro. En realidad, forma parte de su atractivo. Pero es preciso reconocer que también ha sido la esposa más perfecta y aristocrática que se pueda pedir.

—Señor, ¿me permite el atrevimiento de preguntar… eh…?

—¿Caroline y yo?

—Usted me pidió que le dijera unas palabras.

—Francamente, Landers, es una situación sin salida. Decidí no insistir. Sería un error.

—Lamento saberlo, señor. Es decir… bueno, *lady* Caroline es… una mujer increíble y yo tenía la secreta esperanza, por usted… Si pudiera serle de alguna utilidad… tal vez decirle algo, la semana próxima.

—No, el asunto está terminado. El deber está antes que el placer, ya se sabe.

Rory se sintió bastante seguro de que Brodhead guardaría silencio sobre el asunto. De otro modo se corría demasiado peligro. Había llegado el momento de darle la noticia.

—Debo hablarle de un asunto desagradable, señor. Preferí esperar el viaje de regreso para que estuviéramos solos. Es por mis ojos, general. Han empeorado.

—Oh, querido muchacho.

—Antes de decir nada traté de continuar, pero temo que, de este modo, no podré cumplir con mis deberes por mucho tiempo.

—¡Es un golpe muy duro, Landers!

—Cuando noté que la vista se me hacía más borrosa, consulté con el hospital Wandsworth de Londres. Mi médico dice que el ejército tiene dos institutos médicos, además de un gran cirujano civil en Escocia, que se especializan en lesiones del nervio óptico. Al parecer, la medicina está avanzando a saltos, como suele ocurrir en tiempos de guerra. Debo pedirle que disponga de mi puesto en cuanto le sea conveniente.

—Caramba, jamás podrá ser conveniente, pero no quiero verlo caminando con un bastón blanco.

—Gracias, señor.

—Arregle los papeles con el coronel Hunt y vaya a Inglaterra cuanto antes.

—Dios lo bendiga, general. Pensaba viajar a Inglaterra vía Belfast después de visitar a *lady* Caroline.

—¿Lo sabe ella?

—No, señor. Esta vez no pude decirle nada. Ha sufrido tanto… Espero que pronto encuentre la verdadera felicidad.

—Sí —dijo el general—, también yo.

Capítulo 85

Se abrió la sección corrediza del tejado.

—¿Estás allí abajo? —preguntó Atty.

—Sí. Voy a ponerte la escalerilla —respondió Rory.

Al ponerla en su sitio cayó en la cuenta de que podía mirar con toda claridad por debajo de la falda. Se contentó con un rápido vistazo y apartó la cara, sujetando la escalerilla con la mano sana. Atty captó el gesto y sonrió para sus adentros.

¿Cuántas veces, al descender por aquellos peldaños, Conor le había deslizado la mano por la pierna? ¿Cuántas otras ella había saltado a sus brazos para empujarlo hacia la cama?

—¿Hace mucho que esperas? —preguntó.

—No tiene importancia.

—El problema de vivir en aguantaderos es la espera. Me pareció ver a un par de detectives vigilando la estación de la calle Tara. Me llevó un rato poder entrar en el túnel.

Se midieron mutuamente, con un callado residuo de la entrevista anterior. Sabían que era preciso descartar toda animosidad personal.

—Estamos de acuerdo —dijo Atty.

Rory meneó la cabeza y dejó escapar la ansiedad acumulada.

—Deja que recobre el aliento.

—Sí.

—No nos queda mucho tiempo. Brodhead y su estado mayor empiezan a idear un plan magistral para pacificar a Irlanda… y es feo.

Atty preparó automáticamente el té. Preparar el té en los escondrijos era una manera de volver a la vida. En otros tiempos podía seguir el rastro a Dan Sweeney por las tazas sucias que iba dejando.

—Necesito saber, Atty, si esta decisión corre sólo por tu cuenta y la de Theo o si cuenta con la aprobación de la Hermandad.

—He podido ponerme en contacto con ocho personas, los sobrevivientes de mayor rango después del Alzamiento y los que, con más probabilidad, compondrán al menos una parte del Consejo Supremo. Es lo más oficial que puedo conseguir.

—¿Cómo les planteaste la proposición?

—No mencioné a Brodhead. Dije que teníamos una buena oportunidad de atentar contra un funcionario británico importante. Sí o no. La votación fue de diez a cero, incluidos Theo y yo.

—Anoche vino Caroline a la casa de la plaza Merrion. Estuvo conmigo algunas horas y, después de medianoche, volvió a Belfast. Lo repasamos todo con mucha atención para asegurarnos de que ella hubiera tomado la decisión correcta. Es una

mujer muy dueña de sí, como tú, pero al acercarse la realidad de Brodhead su ira es algo que nunca he visto.

Rory se paseaba, igual que Conor, para aclarar sus pensamientos.

—Desde que comprendió que Brodhead mentía frente a la Comisión Investigadora de Gallípoli, comenzó a tender sus trampas. Cuando él fue a visitarla lo recibió como si no tuviera ninguna culpa, aunque no le resultó fácil. Poco a poco ha estado haciendo movimientos… deliciosos, digamos, contra él. Las estrellas están bien alineadas. El hombre está encaprichado con ella desde hace tiempo. Su propio matrimonio es un naufragio.

—Me cuesta creer que Brodhead no sospeche.

—¿Por qué? Su experiencia en cuestiones de mujeres consiste en haber utilizado a las muchachas asiáticas como concubinas, amantes o prostitutas. No creo que sienta ningún respeto por las mujeres; las considera inferiores, igual que a los irlandeses. Caroline sería el logro definitivo de su vida, su Santo Grial.

—Hablas a dos puntas, Rory.

—Las mujeres han sido objetos adiestrados. Él es vanidoso hasta lo indecible, al punto de tenerse por una figura deslumbrante. Caroline, por su parte, es la mujer inalcanzable. Él ha llegado a ser tan vanidoso que se cree capaz de conquistarla. Lo que trato de decir es que, en realidad, es ingenuo con respecto a las mujeres y nunca se ha medido con ninguna que pueda siquiera compararse con Caroline.

—¿Y tú crees que se reunirá con ella sin custodia?

—Es preciso. Si alguien los ve juntos, ya sea un almacenero, una criada o cualquiera de sus guardias… su carrera se hace humo. Por ende, a la menor sospecha no se presentará. Si se presenta, irá solo. Más aún: podemos estar alertas por si lo siguieran.

—Sí, sí, sí —dijo Atty. ¿Adónde será la cita?

—En una cabaña abandonada de las colinas, en lo más profundo del condado. Hace años ella lo transformó de albergue para cazadores en su escondite y estudio personal.

Atty se puso rígida, al comprender que Caroline había llevado allí a Conor, años antes. Se le enrojecieron las mejillas. Caroline lo había convertido en un exótico rincón para jugar… sola con su esposo, con un poco de suerte.

—¿Y el guardabosques? —preguntó.

—Ella lo jubiló hace un mes; el hombre y su esposa están de viaje por Norteamérica. Creo que ella los jubiló en cuanto Brodhead mintió ante la Comisión Investigadora. Caroline lleva largo tiempo planeando esto.

—Continúa.

—Aún hay que acordar los horarios. Ella va primero, enciende el fuego, lleva un sobre de blanca y mucha bebida. Brodhead no resiste muy bien el whisky; no podría medirse con un australiano.

—Ni con un irlandés.

—Ella va a optar por una fiesta de tres noches.

—Si Caroline trata de evitarlo, él entrará inmediatamente en sospechas.

—Caroline se lo llevará a la cama, Atty; le hará el amor y se ganará su confianza. Cuando lo tenga completamente relajado escogerá el momento debido.

—¿Será ella quien dispare? —preguntó Atty.

Rory asintió.

—Ella.

Atty quedó atónita ante la audacia de Caroline y su sacrificio.

—Me siento muy conmovida, Rory. Así que está dispuesta a acostarse con ese cabrón…

—También yo —dijo él. Tendrá que cansarlo hasta que no le queden fuerzas ni para escupir.

—Bueno, es toda una mujer —reconoció Atty. ¿Y el arma?

—Usará una Lenetti italiana de dos caños. Siete centímetros y medio; cabe en la palma de la mano. Carga dos balas de calibre cuarenta y cuatro, con punta de plomo blando. La probamos en su sótano. A corta distancia podría abrir un agujero en un buque de guerra.

—¿Otra arma, por las dudas? —preguntó Atty.

—Un cuchillo de cocina.

—¿Y las huellas de las cubiertas?

—Demasiada lluvia.

Atty estaba algo inquieta, pero aplicó su capacidad actoral para mostrarse profesional.

—Tenemos a un general muerto en un remoto albergue de caza y, con suerte, nadie en Irlanda tiene idea de adonde fue. ¿Y ahora?

—Caroline abandona el albergue y ata una cinta en el portón, para indicar que la cosa está hecha. Luego vuelve a Hubble Manor en su auto. Dos de nuestros muchachos, que han estado esperando en un recodo del camino, a unos quinientos metros de la casa, ven la cinta, entran, retiran el cuerpo y limpian la cabaña; luego lo ponen en el baúl del auto y lo llevan hacia el sur, cien, ciento cincuenta kilómetros; le ponen un traje de cemento y lo arrojan a un pozo seco o a un lago. El coche también va al lago.

—Encantador —dijo Atty. ¿Qué podría fallar?

—Cualquier cosa —respondió Rory.

—Y tú ya estarás lejos de Irlanda, en Inglaterra o en Escocia.

—Ésa es la idea. El plan todavía es tosco, pero ustedes dos se reunirán en el Teatro de la Abadía. Ella asiste a todos los estrenos; es un buen punto de contacto. Entre las dos tendrán que ir afinando los detalles.

—Me aterroriza pensar que ella acabará por gustarme —dijo Atty.

—No es difícil… Perdona. No hubo mala intención.

—Bueno, me alegro de que abandones Irlanda.

—Claro —susurró él. De ese modo no tendrás que seguir peleando conmigo.

Había presionado deliberadamente el botón.

—En efecto —replicó ella, enfadada.

—Permíteme decirte, Atty, que cuando me vaya lo lamentarás mucho.

—¿Sabes que eres un verdadero cerdo? Te tengo miedo.

—Sí, tienes un miedo terrible de que te haga volar hasta la Luna.

—Es cierto.

—Que sea a tu manera —dijo él, abriendo el tejado.

—Mi manera te encantaría, hijito —retrucó ella.

—Y a ti la mía, tesoro. Subiré primero, para que no tengas miedo de que te mire las piernas.

—¡Sabes que estoy atormentada, Rory! ¿Qué diablos tratas de hacerme? ¡Eres territorio prohibido!

—¿Tan inocente eres, Atty? Me estás trabajando. Me doy cuenta.

—Rory puso la escalerilla en su lugar.

—Buena suerte —susurró ella.

Y retrocedió ante la mirada del muchacho.

—¿Quieres que vaya por ti o no? —interpeló él.

Atty se encontró contra la pared, lacrimosa, enloquecida. ¡Estaba desesperada por él! ¡Y quería que se fuera!

—Está bien —exclamó, abriéndose la blusa y bajándose los breteles para liberar los pechos. ¿Quieres verlos? Anda, echa un vistazo, Rory. ¡Ven aquí, muchacho! ¡Toca! ¡Póntelos en la boca! ¿Quieres que me acueste?

—¡Dios Todopoderoso! —exclamó Rory. ¿Qué estoy haciendo? Oh, Dios, Dios, Dios, qué vergüenza la mía. Cayó de rodillas, con la cara entre las manos, en un estallido de odio contra sí mismo. —No soy digno de vivir. Hizo un gesto con la mano sana, sin mirarla. —Cúbrete, por favor. Y trata de perdonarme.

El río, acumulado contra la represa, estallaba sin control. Se humilló, se cubrió de maldiciones. De pronto sintió algo en la cabeza. Eran los dedos de Atty, que le corrían suavemente entre el pelo.

—¿Me oyes, Rory?

—Qué vergüenza. En mi vida había hecho algo peor.

—Escúchame, Rory. La locura comenzó en cuanto nos vimos por primera vez. Yo quería recrear un momento de algo muerto y perdido. Y tú, demencialmente, querías algo que perteneciera a Conor.

—Sí —sollozó él.

—Tú volverás a enamorarte y yo tendré el consuelo de un buen hombre, pero juntos no podemos.

—Lo sé, lo sé… Tengo tanta vergüenza…

—¿Por qué?

—Por haberte atormentado deliberadamente. Esta lujuria estaba devorándome,

Atty. Cuando me enamoré de Georgia era un muchacho loco que buscaba divertirse. Georgia y yo encontramos un amor verdadero, que fue creciendo con el tiempo. ¡Pero contigo, Atty Fitzpatrick! Estallaron campanas y cañones, me devoró la locura. Tienes razón: quería la mujer de Conor Larkin. Quería sentir una vez lo que Conor sintió. Lo adoro. Después de muerto, su poder me hizo cruzar la mitad del mundo. Pero al vivir bajo la sombra de ese árbol enorme, quise ser tan alto como él por un minuto, siquiera… y terminé cubriéndome de asco.

—Estás completamente perdonado. Y lo cierto es que te pareces mucho a Conor.

—¡Atty! ¿Por qué no nos deja en paz?

—Ah, ¿no lo sabes? No es Conor quien tiene miedo de soltarnos. Siempre hemos sido nosotros los que tuvimos miedo de dejarlo ir.

Capítulo 86

El padre Dary Larkin y Rachael Fitzpatrick caminaban por un muelle del río Liffey, como podía hacerlo un sacerdote con un familiar, envidiando a los soldados, que se enredaban afectuosamente con sus novias.

Ocuparon un banco, probablemente no lejos del sitio en que Molly O'Rafferty se había despedido de Jeremy Hubble. Aún estaban destrozados por el embarazo perdido en sus comienzos.

Pero aquello sirvió para despertarlos de su breve y prohibida excursión al país de los sueños. Vivían en el año medieval de 1916 y se encontraban frente a frente con una tempestad de duras verdades. Lo cierto era que Dary, en un momento de locura, había asido un hierro al rojo que estuvo a punto de quemarlo por completo. Ahora estaba nuevamente en las garras de sus votos, votos tan potentes como los de Conor ante la Hermandad. El haber puesto a Rachael, tan joven, al borde de un desastre, le hacía comprender lo imposible de su situación.

—¿Qué te dijo el obispo Mooney?

—Que el deporte más cruel y sanguinario de Irlanda es destruir a los sacerdotes que abandonan los hábitos.

—Es el mismo tipo de intimidaciones que padeciste toda tu vida: primero, tu madre; ahora, todos los demás. ¿No te das cuenta de que ella te pasó su tormento sexual? Las mujeres no somos imágenes de la Virgen María —dijo Rachael, suavemente.

—Nuestros problemas no se resolverán mandando a la Iglesia al demonio —dijo él. Estamos enamorados, Rachael, como Conor de Shelley. Shelley sabía que él no podía vivir fuera de Irlanda. Yo no estoy seguro de poder o querer vivir como un cobarde fugitivo. Tengo siempre en la mente el precio que ellos pagaron; nos tratarían como a leprosos y a ti te destrozarían.

—¿Y puedes continuar sirviendo a una Iglesia que nos hará algo así?

—No es sólo la Iglesia: es la nación. Si te abandono ahora, te estaré haciendo el gran favor de tu vida.

—¿Te sientes lleno de culpa?

—No, pero sí muy frustrado. He pasado mis días saturado con el pecado del hombre y la mujer. Amaba tantas de las cosas que la Iglesia representa… A nuestro modo, proporcionamos al pueblo irlandés una especie de fe, para que no se entregara. Sin nosotros Irlanda sería una tierra de perros castigados. He creído con todas mis fuerzas en el amor de Jesús, Rachael. Pero desde el principio, en el seminario, los novicios mirábamos a hurtadillas las revistas de mujeres que encontrábamos escondidas en las celdas de los hermanos cristianos. Para algunos sacerdotes la castidad es una adecuada manera de vivir. Sea. Pero yo he visto a los mejores de

nuestra raza caer en el alcoholismo o algo peor. Lo que me ha destrozado es que un sacerdote pueda ser alcohólico y jugar con los varoncitos, pero ¡no permita Dios que toque a una mujer! Ése es nuestro pecado mayor. Y la maldita hipocresía de la Iglesia, que lo disimula todo y hasta se vuelve contra nuestras víctimas.

”—Cuando me tocaste, Rachael, ésa fue la verdad más poderosa de mi vida: me han mentido. No puede ser voluntad de Dios que el hombre sea célibe. Dios me dice que tú y yo tenemos razón. El amor de hombre y mujer es el medio más elevado para alabar a Dios.

”—Cada pregunta que hice fue respondida con un dogma que debí aceptar sin más. Pero Dios seguía importunándome y me decía: «Dary Larkin, están perpetuando una mentira». Nos convirtieron en neutros, para que la Iglesia pudiera poseernos en cuerpo y alma; así no tendríamos familias con las que compartir la vida, porque eso robaría tiempo a la Iglesia.

”Me han robado el don más precioso de Dios: a ti, Rachael, a fin de mantenerme en una servidumbre total. Bueno, al comprender que eso era mentira muchas otras cosas empezaron a desenredarse dentro de mí. Pero aún no acepto el hecho de que haya malgastado mi vida. No puedo creer que mi obra sacerdotal no haya mejorado las cosas. Quiero ser cura, pero para ser el mejor cura posible te necesito como esposa. No podemos permitirnos otro embarazo, Rachael.

—¿Qué quieres decirme?

—Eres joven. Con el tiempo me olvidarás. La otra salida es una ruta que no vale la pena tomar.

—Te estás engañando, Dary. Nunca has cedido del todo a ellos. Ahora has percibido el olor de la libertad y, conmigo o sin mí, tendrás que hacerles frente, enfrentarte a todas sus inquisiciones, a su magia negra, a sus condenaciones y todo lo que quieran arrojarte. Pero no lo hagas por mí. Hazlo por Dary Larkin. Eso es lo que te ha tocado en suerte. Si no puedes ser el cura que ellos quieren, sal de allí antes de que te conviertan en un cura que odies. Yo aceptaré toda la basura que quieran arrojarme, porque sé lo que Dios tiene pensado para nosotros. Por lo demás, quiero caminar contigo bajo el sol. Basta de escondernos y sentir vergüenza.

—No me maldigas tú también, Rachael.

—¿No aprendiste nada de Conor y mi madre? ¿De Conor con esa chica Shelley? ¿No crees que Dios les sonreía?

—Entonces, ¿me esperarás? —preguntó Dary.

Rachael era hija de su madre. Comprendió de inmediato lo que eso significaba. Pero ahora su miedo era algo compartido con todas las mujeres. No se decidió a formular la pregunta.

Él le tomó las manos.

—Mírame, Rachael. Ésa es mi niña. Quiero ir a Francia porque eso es lo mejor que mi Iglesia puede ofrecer. Las trincheras están atestadas de muchachos irlandeses que me necesitan desesperadamente. No trato de jugar con el Señor por ambos

extremos. No me arrepiento de un solo minuto pasado contigo. Sé que Dios aprueba nuestro amor. Pero mi corazón necesita curar y debo ganarme el pasaje en las trincheras.

—Tienes razón, Dary. Debemos presentar nuestro reclamo. Es bastante claro, ¿no? Te estaré esperando.

—Y cuando vuelva aceptaré todo lo que quieran arrojarnos. Te amo tanto, mi Rachael…

—¿Te irás pronto?

—No necesito más preparación para mi trabajo, salvo encallecerme un poco. Viajo a Inglaterra. Me han prometido una unidad irlandesa recién organizada.

—¿Cuándo?

—Dentro de tres días.

—Oh, gracias a Dios. Me aterrorizaba pensar que te irías ahora mismo.

—Fue muy difícil despedirme de Rory. Pero experimento cierta satisfacción, cierta felicidad al saber que soy un Larkin. Me hace feliz que ya nos hayamos unido.

—¿No crees que deberíamos ir a nuestro cuarto?

—En eso estaba pensando. Pero tengo miedo de volver a dejarte embarazada.

Ella se estiró para susurrarle al oído.

—Mamá me dijo que hay muchas maneras de hacerlo sin caer en… ya me entiendes, la fornicación oficial.

Capítulo 87

Agosto de 1916

Roger Casement era un ejemplar raro dentro del movimiento republicano. Su papel en el Alzamiento de Pascua, como su papel en la vida, fue el de un solitario.

Nacido en una familia protestante de Ulster, esta alma brillante y compasiva se incorporó al Servicio Consular Británico, donde su humanitarismo le dio renombre internacional; finalmente lo nombraron Comandante de San Miguel y Caballero del Reino.

Casement luchaba por franquear las murallas burocráticas, a fin de exponer lo que sucedía en el Estado Libre del Congo Belga. En las plantaciones de goma los trabajadores nativos pasaban hambre, los mataban o les cortaban las orejas. A las mujeres y a los niños se los castigaba con la amputación de los miembros.

Casement descubrió más o menos lo mismo en las plantaciones británicas de Brasil, donde era común castigar a hombres y mujeres marcándoles a fuego las aberturas genitales.

Como tantos buenos misioneros irlandeses, que viajaron a sitios donde sólo los misioneros irlandeses se atrevían a ir, Sir Roger acabó por arruinar su salud y retornó a Irlanda para su retiro.

Tras haber dedicado toda su carrera a luchar contra el cruel tratamiento de los pueblos colonizados, se sintió inexorablemente impulsado a protestar contra los siglos de servidumbre en su propio país. Casement se incorporó a una larga lista de angloprotestantes, desde Wolfe Tone a Charles Stewart Parnell, que adoptaron la causa del republicanismo.

La Hermandad sacó ventaja de esos años de hábil diplomático y le asignó varias misiones en el extranjero. Al acercarse el alzamiento, lo despacharon a Norteamérica, para obtener apoyo y dinero de los irlandeses radicados allí. La misión fue un fracaso.

Luego lo enviaron a Alemania en busca de armas. Antes de la guerra, los alemanes habían proporcionado grandes cantidades de armas a los Voluntarios de Ulster; al mismo tiempo mantenían una línea abierta con la Hermandad, con el propósito principal de abochornar a los británicos.

Para probar las aguas, el estado mayor alemán ideó un plan astuto. En el Frente Occidental habían capturado unos cuantos miles de irlandeses. Lo que ofrecieron a Casement fue tratar de organizar una brigada irlandesa dentro del ejército alemán, utilizando a esos prisioneros. Casement sólo pudo enrolar a cincuenta y dos para la lucha contra los británicos, y entre ésos había algunos de antecedentes muy cuestionables.

La rosa se marchitaba desde el pimpollo. En vez de los cien mil rifles que Casement consideraba necesarios para apoyar el Alzamiento en la campiña, los

alemanes aceptaron enviar un cargamento de veinte mil, sólo para participar en el asunto. Estas armas, enviadas en el carguero convertido Aud, terminaron en el fondo de la bahía Tralee, debido a una confusión de señales. Casement, que había vuelto por submarino, fue entregado a la policía por un informante, miembro de los voluntarios «irlando-alemanes».

Mientras se bombardeaba el Alzamiento de Pascua para imponerle la sumisión, la campiña no se incorporó a la lucha. Sir Roger Casement fue llevado subrepticiamente a Londres, a fin de separarlo de los rebeldes católicos comunes. En verdad, en él los británicos embolsaban al traidor de los traidores: uno de los suyos, que podía ser juzgado en Londres y exhibido como nombre a envilecer por todos los tiempos.

Había sido un hombre de un metro ochenta, muy apuesto, barbado y de ojos oscuros, extraordinarios y penetrantes. El encarcelamiento lo marcó para la humillación. Privado de cinturón y perdiendo peso con celeridad, mantener los pantalones en su sitio se convirtió en un gran problema. La Torre de Londres, símbolo de los símbolos, se convirtió en la prisión final. Nadie podía pasar por alto el significado. Lo que le restaba de salud se deterioró aceleradamente.

Los británicos agregaron el ácido de la homofobia. Casement vivía tranquilamente su homosexualidad, sin hacer mal a nadie. No obstante, era perfecto para establecer un vínculo con el caso de otro irlandés homosexual, Oscar Wilde, encarcelado tras una aplastante acusación de Edward Carson, líder de los unionistas de Ulster. ¿No se podía aducir que Wilde y Casement estaban afectados por la misma falla de la raza irlandesa?

A Casement se le negó el derecho a ser juzgado en su propio país; no se le facilitaban comodidades para bañarse, por lo que su cuerpo quebrado quedó cubierto de llagas abiertas. Consumida su energía y en una profunda depresión, Casement se las compuso para utilizar aún la gran arma de los irlandeses: las palabras. Y por cierto, la última palabra fue suya.

A diferencia de los rebeldes de Dublín, cuyos delitos no eran evidentes y que fueron juzgados y ejecutados en secreto, Roger Casement había cometido traición según la ley británica. Su juicio era un espectáculo preparado para reivindicar la justicia de los ingleses. Pero serían las palabras de Roger Casement, brotadas de sus labios y de su pluma, las que inmortalizarían el juicio, resonando en un mundo de gentes pequeñas que escuchaban con atención.

> *La lealtad no es una ley, sino un sentimiento. Reposa en el amor, no en la restricción. El gobierno de Irlanda por parte de Inglaterra reposa en la restricción y no en el amor. Puesto que no exige amor alguno, no puede evocar lealtad.*

Los mártires muertos de Stonebraker, en la prisión de Kilmainham, se levantaban de las tumbas, gritando con claridad que ningún otro ejército, ningún otro líder guerrero, ningún rebelde de toda la historia inglesa había sido detenido y ejecutado.

El asesinato judicial está reservado sólo para la única raza de súbditos del Rey: los irlandeses…

El legado irlandés, pasado de generación en generación, no era mucho más que la gracia de las palabras pronunciadas desde el patíbulo. Pocas fueron más profundas que las de sir Roger Casement.

Sólo en Irlanda, en este siglo XX, se considera que la lealtad es un delito. Si hemos de ser condenados como criminales, fusilados por asesinos, encarcelados como convictos por el delito de amar a Irlanda más que a nuestra propia vida, entonces no sé qué virtud reside en cualquier ofrecimiento de autogobierno otorgado en tales condiciones a los bravos…
El autogobierno es nuestro derecho, algo que se nos ha dado al nacer; no puede sernos dado o quitado por otro pueblo, como no puede serlo el derecho a la vida misma…
Sólo al convicto se le niegan estas cosas por crímenes cometidos o probados… e Irlanda, que no ha hecho mal a hombre alguno, que no ha dañado a país alguno, que no ha buscado el dominio sobre otros… a Irlanda se la trata hoy entre las naciones del mundo como si fuera un criminal convicto…
Si es traición luchar contra un destino tan antinatural como ése, me enorgullezco de ser un rebelde.

Los irlandeses, que el día anterior parecían satisfechos con el *statu quo*, despertaban ahora a la imagen de su personalidad nacional, que iba desde la docilidad a la cobardía. El más legal de todos los juicios por el Alzamiento de Pascua parecía claramente convertido en el instrumento de la venganza británica. Pero los juicios públicos tienen su riesgo. Aunque al final fue sentenciado a la horca, a Casement se le otorgó el «juego limpio» de la última palabra.

Permítaseme pasar de mí y de mi propio destino a otro mucho más urgente; no al destino del irlandés individual, que puede haber intentado y fallado, sino al reclamo y el destino del país que no ha fracasado. Irlanda ha sobrevivido al fracaso de todas sus esperanzas… y aún espera. Irlanda ha visto a sus hijos (sí, y también a sus hijas) sufrir de generación en generación, siempre por la misma causa, encontrándose siempre con el mismo destino, siempre a manos de la misma potencia. Y siempre una nueva generación ha surgido para soportar la misma opresión. Pues, si la autoridad inglesa es un poder tan omnipotente, como lo expresó el señor Gladstone, que llega a los confines mismos de la Tierra, la esperanza irlandesa excede las dimensiones de ese poder, sobrepasa su autoridad y, con cada generación, los reclamos de la anterior. La causa que engendra esta indómita persistencia, la facultad de preservar a través de siglos de miseria el recuerdo de la libertad perdida, es sin duda la causa más noble por la que jamás lucharon los hombres, por la que jamás vivieron, por la que jamás murieron. Si ésa es la causa por la que hoy me encuentro aquí… me encuentro en buena compañía y con derecho a una noble sucesión.

El gabinete británico vacilaba. Si al menos pudieran hacer decir a Casement que su verdadero propósito, al retornar a Irlanda, era detener el Alzamiento, tendrían una salida para reducir la sentencia a muerte a prisión perpetua, sin perder autoridad. Él no quería saber nada de eso. Lo que emergió de la sala de tribunales fue la compasión de Casement por la humanidad, por sobre todas las acusaciones y la sentencia misma. La mancha de la homosexualidad se perdió en su elocuencia.

En la celda, Casement rompió sus anteojos, se cortó la muñeca y trató de frotar en la herida un polvo venenoso que había escondido en la chaqueta. Lo descubrieron y se lo llevó precipitadamente al hospital, donde lo salvaron para otra oportunidad.

Sir Roger Casement fue ahorcado en la prisión de Pentonville, el 3 de agosto de 1916.

En Irlanda se produjo una introspección nacional; todos se enfrentaban a siglos enteros de negación. En verdad, como pueblo no habían mostrado pasta de hombres libres. Había llegado el momento histórico de redimirse como pueblo.

Pronto tendría que surgir una respuesta a la muerte de los mártires del Alzamiento.

Capítulo 88

Brisbane, Queensland, Australia

El terrateniente Liam Larkin salió del hotel Prince of Wales y se encontró frente al lozano verdor semitropical de Albert Park, al otro lado de la calle.

«Cristo», pensó, «este maldito calor podría derretir las piedras». Para un hombre aclimatado a la omnipresente humedad de Irlanda y a la de la Isla Sur, aun mayor, Brisbane era la caldera del infierno. Resultaba fácil imaginar a los convictos exiliados picando roca en ese lugar.

Se acercó a la parada de taxis y mostró al conductor un trozo de papel.

—Eh, veamos… Kangaroo Lane 32… Kangaroo Lane 32. El hombre se rascó la mandíbula. —Ah, el barrio nuevo, cerca del Centro de Rehabilitación del Ejército Real Australiano.

Liam prefirió sentarse adelante; no se sentía del todo a gusto en el asiento trasero de los automóviles.

—¿De dónde es usted, amigo? —preguntó el conductor.

—De Nueva Zelanda. Isla Sur.

—¿Y cómo lo ha tratado la guerra?

—Tenía un hijo en Gallípoli. Salió con algunas heridas.

—Mi chico está en las trincheras de Francia —dijo el taxista.

—Voy a rezar por él.

Más allá del puente Victoria el taxi se desvió hacia el mar y la incipiente Costa de Oro.

En esos tiempos, cualquier conversación de neozelandeses y australianos terminaba preguntándose cómo se habían metido en semejante guerra. Al principio el entusiasmo era por el Rey, el Imperio y todo lo rimbombante. Gallípoli había empañado todas las visiones de la gloria. La larga retirada era un tormento.

Un gran cartel indicaba el hospital. El día era caluroso y soleado. Se percibía el olor del océano cercano. El enorme prado estaba lleno de pacientes, casi todos en piyamas o batas, muchos en sillas de ruedas, atendidos por enfermeras y ordenanzas; otros, mutilados, caminaban con muletas.

—Éstos son los peores casos —comentó el taxista—, los que no pudieron reciclar para combatir en Francia.

Liam le pidió que aminorara la marcha, como si esperara encontrar a Rory entre ellos. Todos esos muchachos así… mala suerte… terrible.

Se desviaron por una coqueta calle de palmeras y casas de madera, todas de dos plantas, donde se albergaban muchos miembros del personal.

—Aquí estamos, amigo: Kangaroo Lane 32. ¿Quiere que lo espere?

Liam reflexionó.

—No sé —dijo.

—Bueno, hay una parada de taxis en la entrada principal del hospital. El número es dos dos dos dos.

—Creo poder recordarlo.

—Buena suerte, kiwi.

El taxi se alejó. Liam se sentía deshidratado, sudoroso y algo trémulo. Llamó a la puerta. No hubo respuesta. Viendo una canilla de riego afuera, bebió de ella y se mojó la cara. En el porche había una hamaca a la sombra que lo tentó; se instaló en ella y la puso en movimiento, adoptando el ritmo del oleaje; dejó que su expresión quedara en blanco, inmóvil como un pastor, hasta que los tacos de una mujer marcaron un rápido paso en la calle.

Liam, inmóvil, fijó la vista en Georgia Norman. Era bastante bonita, pero sus movimientos y el orgullo de su andar eran los de una verdadera mujer.

Georgia subió al porche y se encaminó hacia la puerta, excavando en su bolso sin fondo, como suelen hacerlo las mujeres. De pronto percibió la presencia de otra persona y levantó la vista hacia Liam.

Dio un respingo, pero no dijo nada.

—Vengo en son de paz —dijo Liam, suavemente.

—¡Rory! —exclamó ella. ¡Rory!

Estaba a punto de desmayarse. Se asió del poste y comenzó a resbalar, pero Liam la condujo a una silla de mimbre.

—¿Él está bien?

—Lo hirieron en Gallípoli. No tengo mucha información. Ha perdido en parte el uso de la mano derecha y se le nubla la vista.

Ella dio varias veces las gracias a Dios. Sus mejillas habían recuperado un poco de color.

—Está en Irlanda, bajo el apellido con el cual se enroló, de modo que no es muy fácil establecer contacto. Es capitán, ¿sabes? Lo condecoraron con la Cruz de Victoria.

Georgia se mordió el labio. Luego usó el hombro de Liam para un breve y dulce sollozo.

—Voy a traerle algo fresco —dijo rápidamente. ¿Fuerte o suave?

—Una cerveza sería el mayor de los placeres.

Ella regresó preguntando:

—¿Cómo me encontró?

—Soy criador de ovejas. Tengo mucha experiencia en descubrir corderos extraviados, aunque tú me hiciste andar bastante.

—En realidad, este centro de rehabilitación estaba en proyecto antes de comenzar la guerra —dijo Georgia. Ya en Nueva Zelanda pensaba venir aquí una vez que mi esposo se fuera. Soy jefa de enfermeras de uno de los departamentos. Me encargo de los muchachos que padecen neurosis de guerra.

—Oh, Dios —susurró Liam. ¿De dónde sacas fuerzas?

—No me haga llorar otra vez, Liam. Aquello es bastante difícil.

—Rory siempre escribió a su madre y a sus hermanos hasta que salió de Gallípoli. A partir de entonces, sólo unas pocas cartas, dictadas a las enfermeras. Como siempre supe que llegaría a Irlanda, escribí a mi hermano, el padre Dary. Es cura.

—Lo sé.

—Le escribí hace meses. Quería que Rory encontrara la carta esperándolo allí. No podía seguir viviendo con el recuerdo de lo que le había hecho. Recibió la carta —dijo Liam, trémulo— y me la contestó.

—¿Qué dijo?

—Me perdonó. Y a que no imaginas… él también me pidió perdón.

—Cuánto me alegro.

—Gracias a Dios, echa de menos Nueva Zelanda. Uno de estos días volverá. Ahora nos entenderemos.

—Usted ha sufrido, ¿verdad, hombre? —insinuó ella.

—Sí. Rory me pidió un solo favor: que te buscara. En Gallípoli conoció a tu esposo y le tiene gran estima. También sabe que ustedes dos se divorciaron bastante antes de la guerra y que sólo seguían juntos por la carrera de tu marido.

—Calvin tiene una buena esposa y hay posibilidades de que se recupere, aunque de vez en cuando vuelve a hundirse en la desesperación.

—El padre Dary me escribió diciendo que Rory lo tenía por una gran persona. Georgia: Rory te suplicó desde Gallípoli. Sabe por qué lo dejaste en libertad, para no cargarlo con algo que pudiera lamentar después de la guerra. Te ama más que nunca, hija, como si necesitara media eternidad para olvidarte.

—Rory fue igualmente injusto —dijo Georgia. Los dos sabíamos que se enredaría con lo de Irlanda. Tenía todo el derecho del mundo a pedirme que esperara al final de la guerra. Pero no tenía derecho a pedirme que lo esperara eternamente, sin ningún contacto, sólo para recibir una mañana una carta del padre Dary, diciendo que había sido ahorcado o fusilado por un pelotón. Por eso rompí limpiamente, para no cargarlo conmigo ni cargarme con él.

—Pero tú llevas su carga —objetó Liam. Le diste una hija. Quiero conocer a mi nieta.

Georgia se alejó.

—Quiero conocer a mi nieta —repitió él. Le alcanzó un gran pañuelo para secarse las lágrimas y limpiarse la nariz, una y otra vez.

—¿Tanto lo amabas?

—Ah, terrateniente… Cuando Rory Larkin echa mano de una, ya no se sirve para nadie más. Todo comenzó como una travesura, pero cuando él partió a la guerra comprendí que no volvería a conocer a otro igual. Y quería tener algo suyo, para siempre.

—Tanto lo amas… —repitió Liam.

—La guerra, la muerte, los muchachos enrolados bajo apellidos falsos, esposos divorciados que pueden estar divorciados o no… Lo cierto es que los registros son un desastre; demasiados muertos y muchos, sin identificar. No fue nada difícil presentarme en Brisbane como viuda de guerra embarazada. Aquí me aceptan sin reparos. Y en cuanto a nuestra hija, fue la decisión más bella de mi vida.

Liam divisó una niñera que traía un cochecito por Kangaroo Lane; por la parte superior asomaba una cabecita diminuta. Bajó del porche a tropezones y levantó a la beba con una ternura que a veces hacía falta en su profesión, como si sujetara un cordero perdido.

—Es el abuelo —explicó Georgia a la niñera.

—¿Cómo se llama? —preguntó Liam.

—Rory —respondió Georgia.

—¿Rory? ¡Pero si es nombre de varón!

—Ya no, terrateniente. Los varones tendrán que compartirlo.

—Bueno, ahora que lo pienso, Rory O’Moore fue un gran rey celta, jefe de jefes. Rory. Estupendo… Rory.

Y acercó la mejilla a la de su nieta, conteniendo las lágrimas. La pequeña lo miró con aprobación y Liam respiró el aire de un sitio dulcemente perfumado, más allá de todos los altares, del cielo todo, más allá de todo placer mortal.

Capítulo 89

Sir Llewelyn revisó el equipo cargado en la parte trasera de la camioneta que usaban en Brodhead Abbey para remolque y otros trabajos. Cañas de pescar, botas, sedal, caja de anzuelos, cebos, lámpara, cocinilla, etcétera, etcétera.

—Parece que tengo todo —dijo a su cuidador, el señor Mufflin.

—Mi señora puso el refrigerio en esta caja.

—Muy bien.

—En caso de emergencia, ¿puedo decir adonde ha ido el general?

Sir Llewelyn lo pensó por un momento. Parte del juego consistía en el pequeño riesgo de que no se presentara una emergencia.

—En realidad, voy al sur, cerca de Carrick-on-Shannon —dijo, dando la dirección opuesta a la que llevaba. Tengo un amigo jubilado con una cabaña muy retirada… y necesito desesperadamente una tranquilidad absoluta, Mufflin.

—Comprendo, señor.

—El general Cushman tiene las cosas bien dominadas en el Castillo de Dublín. Si llama alguien, señor Mufflin, estaré en Brodhead Abbey el domingo a última hora de la tarde, a tiempo para asistir al desfile del lunes desde el Castillo de Dublín. Ahora deme manija.

El motor de la camioneta cobró vida con un cloqueo; un momento después el general cruzaba los portones de la abadía rumbo a la ruta principal, donde viró hacia el norte para recorrer el breve trayecto por la península de Inishowen.

Una hora después, ante Carrowkeel, se desvió hacia un camino de tierra, seguro de no haber sido seguido ni visto con sus ropas de pescador en esa vieja camioneta. Se detuvo ante las columnas del gran portón de hierro que marcaba el límite norte del condado de Foyle.

Al emerger del vehículo sir Llewelyn se acercó tímidamente al portón, preparado para la posibilidad de un rechazo. ¡Qué alegría! La cerradura estaba abierta y sin cadena.

Cerró el portón detrás de sí y condujo el vehículo aprovechando la última luz del día; su mente estaba ahora abierta a un delirio de ilusiones carnales. Pisó el acelerador a fondo, echando un vistazo ocasional a su alrededor para ver si había alguien más. Nadie; todo despejado. Tenía el camino libre. ¿Allí? La lomada y el grupo de abedules. ¡Sí, sí, era el automóvil de Caroline!

Brodhead estacionó al lado, en el momento en que el Sol se hundía detrás de la colina, dejando los alrededores en sombras. Caminó enérgicamente por el sendero, siempre alerta a la presencia de un observador indeseable.

—¡Hola!

¡Por San Jorge! Allí estaba, saludándolo con la mano y acercándose a la carrera.

Hubo potentes suspiros de alivio al abrazarse ambos con fuerza. Envueltos por el magnífico olor del humo de turba, subieron por la senda tomados de la cintura.

Dentro de la habitación principal, él dejó su equipo y ambos se besaron.

—Empezaba a ponerme nerviosa —dijo ella. Temía que hubieras decidido no venir.

Salió para ponerse cómoda. El se quedó recorriendo las vigas con la mirada; abrió y cerró velozmente las puertas de los armarios y hurgó detrás de las cortinas, buscando cualquier señal de otra presencia. En el sendero no había visto huellas de zapatos; hasta allí parecían estar solos.

Ella volvió tan transparente y escotada como lo permitía la decencia; parecía sentirse totalmente a gusto con esa bata que iba y venía. Brodhead había espiado en Rathweed Hall algunos de sus famosos desnudos, aunque ahora no estaban exhibidos al público.

Luchando por descorchar el champagne, la bebida cayó sobre él. Caroline le aseguró que había mucho más y le sugirió que él también se pusiera cómodo. El general volvió con una salida de baño de diseño asiático y brocato de seda. Entre sus constantes sospechas y el ejercicio mental de desvestirla, su intranquilidad se tornó visible.

—¿Cómo te las arreglaste para entrar todas las provisiones? —preguntó.

—En el granero hay una carretilla grande, justamente para eso.

—Claro, qué tonto soy.

—No te culpo por sospechar… —empezó ella.

—Caramba, es que todo esto es nuevo para mí. Me siento raro cuando no estoy rodeado de un pelotón de guardias.

—Comprendo. Esto ayudará a arreglar las cosas. Salud.

Cuando sólo quedaba un cuarto de la botella abrieron la segunda. Llewelyn se paseaba ante el fuego, con las manos asidas a la espalda, empinándose en puntas de pies para volver a bajar, una y otra vez. En el sofá cercano, Caroline acomodó a la perfección el escote y una pierna desnuda, hasta atrapar toda su atención.

Si en algo era maestra, era en lograr que su acompañante se sintiera a gusto. Brodhead se relajó. Pronto satisfaría dos décadas y media de curiosidad sobre ella.

La comida era exquisita.

Le echó uno o dos manotazos, que ella contrarrestó con una cualidad etérea, tocándolo de un modo que él nunca había imaginado.

—Soy un tonto, Caroline. No me siento muy seguro de mí mismo.

—No será así cuando hayamos terminado, general. Ahora estamos en mi campo de batalla. Lo que vamos a hacer es detener poco a poco el tiempo.

—Eres magnífica, mujer. ¿Por qué yo? ¿O no debo preguntarlo?

—No habría sido decoroso hacerte conocer mis años de afecto. Siempre me ha

asombrado verte tan fuerte y decidido. Y eres directo, como debe serlo un oficial británico. Eso es lo que siempre me encantó de ti. En realidad, nuestro querido Roger era un ser humano bastante tortuoso, a pesar de su flanco decente. Y Gorman no es muy hombre, comparado contigo.

—¿Por qué lo conservas junto a ti?

—Porque no hay muchos hombres cuya compañía me interese. Y los que me gustan no están a mi alcance. Gorman es suave y entretenido. Conoce a mucha gente divertida.

—Quiero cumplir con esta misión en Irlanda tan definitivamente que el Consejo de Guerra deba darme un puesto de mando en Francia —dijo él, súbitamente. Voy a regresar como mariscal de campo. Contuvo el aliento. —Quiero volver a ti en un pie de igualdad, como el hombre más fuerte y gallardo que hayas conocido.

—Tal vez yo pueda ayudar. Discretamente, por supuesto.

—¿Lo harías?

—¿Qué puedo decirte, Llewelyn? No me entrego con mucha facilidad. Me atrae pensar en el poder que podríamos compartir.

—¿Puedo sentarme a tu lado, Caroline?

—Primero sirve un poco de whisky irlandés. Quiero algo más fuerte que esto.

Gran parte de la sexualidad con Roger dependía de su capacidad de fantasear, sobre todo para sus adentros. Hacia el final de las relaciones, aunque sentía repugnancia por él, fingía disfrutar. No se puede quitar eso a un hombre; es la base de su existencia. Brodhead creía que la base de su existencia era el uniforme. Tonterías: no se diferenciaba de los demás. Todos eran iguales… salvo Conor Larkin.

La medida de whisky irlandés ayudó un poco. Su repulsión por Brodhead se convirtió en odio. «Qué hijo de puta», se dijo, mientras le sonreía con amor y él metía la mano bajo la bata para asir un pecho.

Lo demoró con dulces besos y susurros, asombrándolo con el descubrimiento de que el juego tenía cierto ritmo. Gracias a Dios, Caroline sabía lo que tenía reservado para ese hombre. La idea le permitía traducir en éxtasis los contactos nauseabundos. Le deslizó los dedos por el pelo, repitiendo: «Despacio, querido, despacio», mientras él le buscaba el cuello y los hombros con los labios, como una hiena hambrienta.

Otra buena medida de whisky irlandés. Rory tenía razón: Sir Llewelyn no tenía resistencia para la bebida. Resultaba difícil mantenerlo en una actitud suave cuando su existencia básica se encaminaba hacia la explosión.

«Es mejor no permitirle cometer ningún error», se dijo. Probablemente la humillación lo reduciría a la impotencia. La idea era encantadora, pero esa noche ella debía jugar al pie de la letra. Lo tocó como a un Stradivarius, interrumpiendo en el instante exacto.

—Si me disculpas por un momento, querida… —dijo él, separándose para no vomitar delante de ella.

—¿Por qué no te metes entre las sábanas? —sugirió Caroline. Yo llevaré el

refrigerio.

El alivio se produjo en cuanto sir Llewelyn cerró la puerta del baño. Se reacomodó ya embriagado por la expectativa y mucho más dueño de sí.

Se metió en la cama. Había fuego encendido y… eh… espejos alrededor. El ambiente estaba lleno de incienso. Y allí venía ella.

Se incorporó. Los ojos estuvieron a punto de saltársele al ver que se desnudaba lentamente, a los pies de la cama. No se oía más que la pesadez de su respiración.

—Hola —saludó ella, acercándose a la cama.

El resto fue una magnífica carga de caballería en cámara lenta. Las palabras de Caroline, siempre tranquilizadoras; sus manos, que tocaban a Chopin y Mozart sobre el cuerpo del general, incluyendo uno o dos temas de *La flauta mágica*. La desconfianza había desaparecido.

Caroline lo dominó, dándole la vida una y otra vez, hasta que el derrumbe lo dejó casi inamovible.

—¿Adónde vas? —jadeó.

—Una señora tiene que hacer sus cosas —dijo ella. No tardaré mucho, querido. Y estuviste maravilloso.

Tenía la pistola en el bolso, en un compartimiento escondido. Allí mismo, junto a la cómoda. «¿Ahora? Piensa, Caroline. No lo tomes demasiado a la ligera. Es una bestia adiestrada. Sería demasiado fácil arruinarlo todo». Se sentía nerviosa y maltrecha, violada, pero lo que importaba era no perder la cabeza.

Se sumergió en una bañera que había estado calentándose y vertió unos cuantos baldes de agua para graduarla; allí se remojó, dejando actuar los poderes curativos del agua. Luego salió al porche trasero y vomitó por sobre la barandilla. Por fin se dio una ducha helada.

Al volver al dormitorio hizo ruido suficiente para averiguar cómo estaba Brodhead. Cabía esperarlo: el cabrón no estaba del todo dormido. Se acurrucó a su lado, besándolo y jugando con él hasta que se durmió con un gruñido. «Esta noche no, Caroline, esta noche no». Cada vez que ella se daba vuelta el hombre parecía a punto de despertar, como un lobo que durmiera con un ojo abierto. «Con sagacidad, Caroline, con sagacidad».

Hasta el dormitorio llegaba el olor a tocino. Llewelyn abrió un ojo y, al recordar, gruñó con una súbita felicidad.

—Aquí está mi guerrero.

Él levantó la cabeza de la almohada… con lentitud. Caroline, fresca como la mañana, le sonrió desde el vano de la puerta y entró con una bandeja. La dejó en la mesita de luz para sentarse a su lado. El general se incorporó y ella le dio un beso.

—Caroline —susurró él.

—Toma. Le entregó una gran copa de cognac y amargo. Para la panza revuelta.

El dejó escapar un «Ahhhh». Luego Caroline le entregó el segundo vaso y se acurrucó a su lado.

—Ginebra con agua tónica. Oh, caramba. Menos mal que hoy no tenemos treinta kilómetros de marcha forzada. La estrechó con fuerza con una mano, mientras sostenía el vaso con la otra. —Dime, Caroline, ¿estuve… bien? Ya me entiendes.

—No tienes nada de que preocuparte, Llewelyn —dijo ella.

—Nunca había tenido una experiencia como ésta.

—Eres todo un hombre —susurró ella. Y lo tocó para comprobar que todo estuviera sano y salvo. Así era. —Me gustaría meterme entre las sábanas contigo, pero tengo que ocuparme de la cocina.

—¿Tengo tiempo para darme una ducha y afeitarme?

—Sí. Ya encendí la caldera. Debe haber agua caliente en abundancia. Tómate tu tiempo, querido.

Se puso de pie, pero él le tomó la mano, con los ojos nublados, y le besó los dedos.

—¿Podemos ser amantes? —preguntó.

—Lo he estado pensando. Si vuelves a Inglaterra tendremos mucho más espacio para maniobrar.

Él la siguió con los ojos, embobado. Afirmarse sobre las piernas no fue tarea fácil. Riendo, en estado de euforia, disfrutó de una ducha cantarina. Luego se enjabonó para afeitarse, admirando al tipo apuesto y viril del espejo. Después de tomar un sorbo de ginebra con agua tónica, buscó a tientas los cigarrillos.

Los encontró en el dormitorio. Caramba, no tenía fósforos. El bolso de Caroline. La llamó, pero estaba afuera, tomando un poco de aire.

Oh, qué diablos, ese bolso era el doble de uno normal. Revolvió en él, deslizando los dedos por el fondo. Como atraída por un imán, su mano tocó algo duro a través de la tela. Siguió el contorno con los dedos.

Brodhead se apresuró a cerrar la puerta y dejó caer el contenido del bolso en la cama. El objeto duro aún estaba allí, pero no se lo veía. Puso el bolso de adentro hacia afuera para estudiar ese fondo rígido. Allí había un compartimiento secreto.

Después de resolver rápidamente el acertijo, se quedó mirando la pistola Lenetti.

—Bueno, esto abre el apetito —dijo, devorando un desayuno de cazador.

—Afuera hace un día hermoso —comentó ella.

—¿Quieres que demos un paseo?

—No quiero que te canses demasiado temprano. ¿Sirvo el té?

—Sí, gracias. Coronó su desayuno con un pastel y una segunda taza. Luego golpeó la mesa con un puño impaciente. —¿Sabes, Caroline? Cuando tengamos que separarnos, por desgracia, voy a aclarar las cosas con Londres. Opino que debemos seguir ejecutando a los del Alzamiento. ¿Qué te parece?

—Oh, me parece mejor que no hablemos de política.

—Entre la gente de nuestra clase, ¿no es tradicional compartir opiniones similares?

—Freddie y Roger se entendían muy bien con sus diferencias.

—Entonces piensas que deberíamos suspenderlas.

—Esas ejecuciones no nos están haciendo quedar muy bien ante el resto del mundo. Ten en cuenta que dimos motivos muy nobles para participar en esta guerra.

—¡Qué diablos importa lo que piense el mundo! ¿Nos importó cuando entramos en la India… o en Sudáfrica? En cuanto a los turcos, mis últimos y honorables enemigos, son gente que sabe mantener a los traidores en su sitio. Armenia tuvo motivos para arrepentirse de haberse aliado con Rusia contra los turcos.

Caroline quedó confundida ante ese brusco giro. Comenzaban a llegar noticias de que los turcos habían arrasado a Armenia, prácticamente, matando a todos los hombres en edad de combatir, después de lo cual llevaron a los ancianos, las mujeres y los niños en una marcha mortal hasta Siria, custodiados por los kurdos.

—¿Son ciertos esos rumores sobre la marcha de la muerte? —preguntó.

—Por cierto. Los que llegaron con vida, sobreviviendo al hambre, el calor, las violaciones y las palizas, fueron encerrados en enormes cuevas de la montañas, por cientos de miles. Luego los turcos cerraron herméticamente las entradas.

—¿Por qué te has irritado tanto, Llewelyn?

—Por los traidores —respondió él. Voy a decirte algo, Caroline. En Gallípoli, cuando ordené que las brigadas australianas atacaran el Nek y comenzó la matanza, sólo lamentaba una cosa: no tener tropas irlandesas para enviar. Así quedarían menos que dieran trabajo después de la guerra.

—Eso es horrible.

—Así se liquida a los traidores. Y me atrevo a decir que al mundo le importará un bledo lo que los turcos hagan con los armenios. Claro que nosotros, los británicos, somos demasiado civilizados para eso, ¿no?

—¡Durante la hambruna no nos portamos mucho mejor! —le espetó ella. «Los de tu maldita clase», pensó, «tendrán que acostumbrarse a que los pueblos obtengan su libertad. Es lo que va a pasar en este país».

Y se levantó para retirar los platos, de mal humor.

Él hundió la mano en el bolsillo de su chaqueta y dejó caer en la mesa la pistola y las seis balas.

—¡Siéntate! ¡Allí! —ordenó.

Ella trató de hablar, pero Brodhead repitió la orden con voz iracunda. Caroline se dejó caer en el sofá, mientras él ocupaba el sillón de enfrente. La apuntaba con un pequeño revólver.

—No muevas un pelo. Con esta arma soy un genio.

—Habría sido mucho mejor que me preguntaras por esa pistola, simplemente. Hace veinticinco años que la llevo para mi protección personal. Me la regaló Roger.

—Seis balas para dos cámaras… escondida en un bolsillo secreto… Él rompió en un sollozo, pero sin dejar de apuntarle. —¡Y yo creía que lo de anoche había sido verdad! ¡Estuviste jugando conmigo todo el tiempo! ¡Eres una sucia traidora irlandesa! ¡Una ramera, igual que esas caprichosas eurasianas! Gruñía y jadeaba, a punto de estallar en sudor hirviente, con la cara muy roja. —¡A que no sabes quién tiene un amante en Londres! Te lo diré: la otra ramera, *lady* Beatrice. Y yo que creía… tener… la única mujer del mundo que no era una cerda. ¡Bueno, cerda! Baila, que quiero verte. ¡Baila, vamos!

—Lo siento, general, pero no bailaré para usted.

—Bueno, ya veremos. Veremos cuánto puedo acercarme a esa encantadora cara tuya antes de hacerla volar en pedazos. Notarás que mi pistola también es de las que suelen usar las damas. Después de partirte la cabeza por la mitad, te la pondré en la mano. Y cuando te encuentren… un simple caso de suicidio… el dolor de una madre…

—¡Brodhead! —tronó una voz de hombre.

La sorpresa lo distrajo. El general giró para mirar y, en ese instante, Caroline pudo arrojarse detrás del hogar de piedra.

Resonaron tres disparos desde la escalera que conducía al balcón. Brodhead disparó a su vez contra la silueta que descendía. Rory, alcanzado, cayó hasta el pie.

Brodhead se levantó, tambaleante; luego dio un grito y se deslizó hasta el suelo, manando sangre del pecho. La pistola resbaló hasta quedar fuera de su alcance.

Caroline salió al centro del cuarto. Brodhead alargó la mano hacia la pistola. Ella se apresuró a levantar la de Rory y apuntó, con la mano firme como acero. Cuando los dedos del general tocaron el arma, ella disparó con puntería mortal.

—¡Rory, Rory!

Él se incorporó contra los peldaños.

—Escucha. No hay tiempo para pánico ni discusiones. Haz sólo preguntas fáciles. Muévete deprisa.

—¿Te hirió? ¿Dónde?

—En el hombro… el cuello… Fíjate si la bala pasó…

Ella lo inclinó hacia adelante y le desgarró la camisa para palparle la espalda. Había sangre y un agujero.

—Pasó, sí. Tienes sangre en la espalda.

—¿Él está muerto?

—Por completo.

—Dame su pistola. Después de examinarla, asintió. —Bien. Calibre pequeño. Quería arruinarte la cara desde cerca. Vodka, whisky…

—Aquí está.

Rory se señaló la boca y ella le dio varios tragos.

—Dame algo para morder. Luego vierte vodka en la herida.

Caroline plegó una toalla y le deslizó una esquina en la boca. Él hizo una señal

afirmativa y mordió. Allá fue el vodka. Rory estuvo a punto de desmayarse y puso los ojos en blanco, pero se dominó mordiendo una vez más. Ella virtió en otra toalla los restos del vodka para limpiarle la cara de lágrimas y mocos.

—¿Hielo? —gruñó Rory.

—Sí, hay un poco. Anoche traje.

—Una funda… llénala de hielo. Atrás, adelante… Luego envuélvela… Inmoviliza el brazo.

—¿No te pongo yodo?

—No, con el vodka basta. La bala debe de haber cauterizado la herida.

Mientras él bebía a grandes tragos, Caroline cortó rápidamente unas sábanas, envolvió el hielo y, siguiendo sus indicaciones, le vendó el brazo contra el cuerpo.

—Ciñe más. Dame de beber… Cuidado con la sangre.

Estaba tranquilo, gracias a Dios. La herida comenzaba a aclararse. Bien.

—¿Vas a entrar en shock?

—¡No, qué joder!

—¡Oh, mi bebé, mi bebé! —exclamó ella, perdiendo el dominio. Tienes que salvarte por mí, bebé.

—Sí… Haré lo que pueda. El plan se arruinó. Hay que pensar.

—¿El dolor?

—Mucho. Arriba… en el balcón… botiquín… morfina.

Mientras la recogía, Caroline levantó la vista hacia la viga y descubrió el sitio donde él se había escondido. Tal vez había estado allí días enteros.

—Despacio con la morfina. Un tercio de jeringa. No quiero perder el sentido.

A su debido tiempo la droga hizo efecto. Aunque mareado, Rory estaba cómodo. La hemorragia cedió un poco más. ¿Tendría dislocada la clavícula? Por Dios, ¿qué hacer?

—Ahora puedo hablar mejor.

—¿Cuánto hacía que estabas escondido allí arriba?

—Cuando te dejé, en Belfast, fui a un hospital y visité a un médico particular en Escocia. Después volví a Irlanda. Pasé casi cuatro días en ese rincón.

—¡Oh, querido mío! —exclamó Caroline, estrechándole la cabeza contra el pecho. Cuánto te amo, Rory. Cuando viniste a mi casa y me dijiste que ya encontraría el modo de que mi vida valiera la pena, yo ya lo había encontrado. Tú eres mi camino a la vida, Rory. Pedí a Dios… le pregunté si estaba mal que volviera a sentirme viva, como si mis hijos aún vivieran a través de ti… como si Conor aún estuviera vivo.

—Yo siento lo mismo, Caroline.

—En ese caso no puede estar mal. Veo a Chris perdiendo la soberbia, a Jeremy haciéndose hombre, y tú eres los dos en uno solo. Vas a hacerme abuela, ¿verdad? Sollozaba sin pudor. —Podrías haber muerto tú también.

—De ningún modo podía dejarte sola. ¿Estás mal por lo de anoche?

—No importa —susurró ella. Era el modo de hacerlo y era correcto.

—Oye, sécate las lágrimas… y busquemos el modo de salir de este lío. Veamos si puedo levantarme.

Luchó por ponerse de pie, pero volvió a caer de rodillas.

—¿Puedes traer el auto hasta aquí?

—No; el sendero es demasiado estrecho. Pero tengo una carretilla grande.

—Soy demasiado pesado para ti, querida. He aquí lo que haremos. Tú recoges todo, sales de aquí y atas la cinta en el portón. En el recodo más cercano hay un par de muchachos de la Hermandad. Cuando vean la cinta vendrán a limpiar y a retirar el cuerpo. Ellos se ocuparán de mí.

—No voy a dejarte solo —dijo ella.

—Pero te verán la cara.

—No voy a dejarte.

—Creo que no hay peligro. En Ballyutogue sólo vi a estos dos, Boyd McCracken y su hijo Barry. Boyd estuvo en Lettershambo con Conor.

—Confío en ellos —dijo Caroline, sin vacilar.

—Entonces tráelos.

Diez minutos después Boyd y Barry estaban en el albergue, evaluando la situación. Acomodaron a Rory en una cama improvisada en el asiento trasero. Todos los policías y los soldados conocían a la condesa Hubble y la harían pasar automáticamente.

Ella abrazó a Boyd y a su hijo con una compasión y un afecto que ambos recordarían por el resto de su vida. Luego pusieron en marcha el auto y volvieron a la cabaña, para limpiarlo todo y retirar el cuerpo de Brodhead.

—Voy a decirles lo que haremos —dijo Rory. Toda una jeringa de morfina. Cada veinte minutos te detienes a ver si mi pulso es firme. Si empiezo a perderlo, tengo un par de ampollas con sales de olor para reanimarme. Utiliza rutas apartadas para no entrar en Derry. Luego busca un teléfono. Atty está esperando en Belfast, en un aguantadero. Ella te dará el nombre de un médico que me pueda atender, tan cerca de Derry como se pueda. Hasta Belfast no podría llegar.

Ella le aplicó la inyección, lo arropó y le dio un beso en la mejilla. Al ver que cerraba los ojos dijo:

—No te preocupes, hijo. Yo te sacaré de este embrollo.

Capítulo 90

—Mi queridísima Caroline —dijo Churchill, levantándose de un salto tras el escritorio para besarle la mano. La miró desde la distancia del brazo y sus ojos se empañaron. —Hacía mucho que no venía a Londres. ¿Cómo está *sir* Frederick?

—Más o menos igual. Por desgracia es un gato que ha usado seis vidas y media. Usted, querido Winston, apenas va por el tercer regreso.

—Ser Ministro de Municiones no es, exactamente, ser Primer Lord del Almirantazgo, pero siento que tengo utilidad y hasta futuro.

—Y yo predigo que, ante ese futuro, los fracasos quedarán muy pequeños.

—Querida Caroline, mi leal camarada. Su afecto y su apoyo han sido una base de mi fortaleza. ¿Es que aún me siento en falta ante su presencia?

—Francamente, Clementine me ha contado lo mucho que usted sufrió por nuestras pérdidas en Gallípoli.

—Hizo mal. No me gustan las demostraciones públicas de dolor.

—Usted ha sufrido.

—Estoy haciendo lo posible por convertir mi tormento en la decisión de convertir mi vida en algo, para que esos males resulten digeribles. No puedo calmar mi prodigiosa voluntad de ser líder. Tal vez no pueda aceptar la realidad de que eso implica siempre el poder de vida y de muerte sobre otros.

Cuando estuvieron sentados, Winston notó que Caroline lucía su expresión de gran poder; eso significaba que la conversación requería absoluta franqueza.

—Hablaremos de Gallípoli y de otras cosas desagradables, y seré yo quien diga la mayor parte.

—En ese caso, escucho —dijo él.

—He analizado los informes de la Comisión Investigadora y su propio testimonio, Winston, sílaba por sílaba. Usted fue el principal arquitecto de una gran metida de pata. No necesitamos repasar lo que estuvo mal. Lo cierto es que, aun si hubiéramos contado con los ejércitos de Grecia e Italia, el éxito de la empresa habría sido muy dudoso.

Los ojos del ministro se congelaron contra los de ella.

—Lo adoro por aceptar con gracia y dignidad el papel de chivo expiatorio. Nunca ha señalado con el dedo a nadie más. Ha escuchado en silencio las mentiras y los encubrimientos de generales y almirantes. Sólo usted ha resultado humillado, Winston. La mayor parte se debió a la incompetencia de generales sobre los cuales usted no tenía poder. En un principio usted contó con el apoyo del Consejo de Guerra y de toda la nación. Todos lo abandonaron al ver que las cosas salían mal. Sé que usted ha sufrido por mí y por mi pérdida. Me gustan sus agallas, Winston.

—Recibo sus palabras con mucha humildad, Caroline.

—Sé que Asquith lo está introduciendo secretamente como asesor de la situación irlandesa.

—Está en lo cierto, como de costumbre

—Desde ahora en adelante, permítame hablarle como irlandesa.

Winston Churchill quedó estupefacto.

—Las ejecuciones de Dublín se están convirtiendo rápidamente en uno de los grandes errores políticos de la historia británica. Señalan a Inglaterra como causante de terror e injusticia. Este error ha ennoblecido a la causa irlandesa y, de ese modo, ustedes han hecho lo que los irlandeses no eran incapaces de lograr por sí solos: los han unido.

Bueno, todo eso era una gran verdad, diablos.

—A los anglos siempre les ha encantado Irlanda, pero ahora los van a expulsar por las urnas, hombre.

Churchill recurrió al consuelo del cigarro, pero sus ojos atravesaban el humo.

—El caso de Casement, aunque su juicio y su ejecución fueron legales, constituyó la peor falta de la justicia de nuestra época. Al ahorcar a un gran humanitario no sólo se ha escupido contra el pueblo irlandés: también se ha dicho a las generaciones futuras que no tienen aspiraciones legítimas. Ustedes han dicho, como nunca antes: «Para nosotros, los británicos, los irlandeses son cerdos».

El quiso hablar, pero ella descargó el puño contra el escritorio, de un modo muy extraño a su modo de ser.

—Están en un problema —continuó. Dentro de dos años el pueblo irlandés votará a un partido que reconozca el gobierno provisional del Alzamiento de Pascua y se aparte del Parlamento Británico. En Fronach, Gales, hay dos mil irlandeses prisioneros de guerra, y otras ochenta personas condenadas a muerte que aseguran ser ciudadanos irlandeses, no británicos. Bueno, ¿qué les dará, Winston? ¿El derecho a ser nuevamente británicos?

—Cuando consigamos el sufragio femenino y usted obtenga su banca en Westminster, Caroline, no dudo de que será la representante más revoltosa de nuestra historia.

—Los asusta a muerte sentar a los irlandeses a la mesa de negociaciones, porque cuando obtengan un poco de libertad se provocará una reacción en cadena en todo el Imperio.

El afecto que Churchill sentía por esa mujer era igual a su respeto por la hábil adversaria.

—De todo lo que acaba de decir, hay muy poco con lo que no esté de acuerdo. Claro que sólo lo reconozco en privado. En público lo negaría —dijo.

—Asquith quiere mantener a los irlandeses aparte hasta que obtenga el tratado de paz. Entonces se podrá tratar con la colonia. Usted sabe que, cuando los tenga ante la mesa de conferencias, les sacará hasta la ropa interior a fuerza de negociar.

—Bueno, gracias a Dios no tendré que negociar con usted, señora condesa.

—En Ulster terminaremos siendo británicos. El resto de Irlanda será algo así como el Estado Libre del Congo Belga.

—No es tan malo, Caroline. Bien, usted ha dejado bien sentadas sus bases para algo. ¿De qué se trata?

—Sabiendo que es inevitable dar cierta libertad a los irlandeses, ¿por qué diablos usted y Asquith enviaron a Llewelyn Brodhead, con su política de tierra arrasada?

—El Alzamiento de Pascua fue un rayo caído del cielo. Comprendimos que era necesario ponerle la tapa hasta que estuviéramos listos. Ahora pienso que nos equivocamos al escoger a Brodhead, pero ya está allá y retirarlo sería perder autoridad. Hablando de Roma: hace varios días que no se presenta en el Castillo de Dublín. Tarda en volver de su excursión de pesca.

Caroline había ganado la primera etapa.

—Con Brodhead o sin él, esta vez no habrá más ejecuciones.

—Brodhead se equivocó en Gallípoli, en el Nek y en Chunuk Bair —afirmó Caroline, súbitamente y sin rodeos.

Winston enrojeció, totalmente fuera de equilibrio.

—La muerte de mis hijos fue resultado directo de su incompetencia y de su pánico. ¿Tengo razón o no, Winston?

—¡Por amor a Dios, Caroline!

—Me debes dos, dijo Aladino al genio. ¿Sí o no? Usted me debe dos y voy a cobrarlas, aunque ninguno de los dos pueda volver a pasar una noche tranquila.

—Llewelyn Brodhead mintió a la Comisión Investigadora. Lo del Nek fue una carnicería. Habría debido evacuar Chunuk Bair siete horas antes, pero sólo se evacuó porque el coronel Malone desobedeció sus órdenes. ¿Algo más o puedo retirarme? —preguntó él.

—Apenas hemos llegado a la mitad, Winston.

—¿Qué es lo que quiere? ¡Exijo saber lo que quiere!

—En vísperas de la guerra Brodhead se amotinó, amenazando a la Corona con la pérdida de media oficialidad. Por él nos denunciaron mundialmente en la Guerra de los Bóers. ¿Qué calificación le daría usted, como general británico?

—Jamás en la vida criticaré el magnífico papel que ha desempeñado Inglaterra en la civilización mundial. Este pequeño pueblo nuestro ha sido la luz de la humanidad durante siglos, abriendo el mundo al comercio y divulgando una cultura, un sistema de justicia y de gobierno que no tienen igual. Hemos hecho por el mundo muchas veces lo que el mundo no ha podido hacer por sí mismo. Cuando uno carga con semejante empresa es fácil cometer errores. Al producir hombres capaces de llevar a cabo nuestras nobles obras habrá feas mutaciones, sí. El sistema es tan grande y tan poderoso que, a veces, algún hombre incapaz se encuentra en un puesto de poder. Son cosas de la guerra. Llewelyn Brodhead es un error bestial.

—¿Y no debió haber sido enviado a Irlanda?

—No.

—Pero no se lo puede retirar de allí.

—No.

—Aún me debe una, Winston. ¿Sí o no?

—Caroline…

—Me debe una. ¿Sí o no?

Era tenaz y lo había acorralado astutamente. Churchill temía saber en qué consistía esa deuda.

—Le debo una —reconoció—, pero no estoy seguro de estar dispuesto a pagarla ahora mismo.

—¿Juramos que esto queda en secreto? —preguntó ella.

—Por supuesto.

—Yo maté a Llewelyn Brodhead.

No hubo más conversación posible antes de abrir los conductos con un poco de whisky.

—Le tendí el más antiguo de los cebos y le disparé. Mis camaradas retiraron su cuerpo y lo eliminaron junto con su vehículo, de modo tal que quizá no se lo descubra jamás.

—¿Sus camaradas?

—La Hermandad Republicana Irlandesa. Muy bien, Winston. ¿Me envía a la Torre de Londres o va a pagarme la que me debe?

—¡Esto es horrible!

—Permítame expresarlo así, Winston: estoy en paz y tengo la seguridad de que Dios me dará una justicia mejor que Inglaterra a los irlandeses. Llewelyn Brodhead iba a hacer de Irlanda otra Gallípoli.

Se trataba de tomar una decisión como en el campo de batalla, esclarecida y sin pérdida de tiempo. Un escándalo así sacudiría a Inglaterra hasta las bases. ¡El torrente de simpatía por Caroline Hubble conquistaría al mundo entero! La sola mención del asesinato crearía un furor capaz de sentar a Irlanda ante la mesa de la paz.

Pero ¿y las otras partes del asunto? Destruir al mal conocido, ¿es un mal mayor? «Oh, mi querido Winston», se dijo, «¿cuántos hechos sucios has enterrado por el bien de Inglaterra?». El mismo había ordenado magnicidios. Eso también formaba parte del gobierno. Sólo un secreto más, en una vida que juntaría muchos otros.

Y la parte final. El adoraba a esa mujer desde la niñez. Valía cien veces más que Llewelyn Brodhead. Había tenido que actuar así para detener su propio descenso depresivo hacia la muerte. Y tal vez, tal vez él también dejara de tener pesadillas por lo de Gallípoli.

—Estoy dispuesto a saldar la deuda —dijo.

—Nadie sabe que he hablado de esto con usted. Será un secreto entre los dos hasta la muerte.

Él asintió.

—Fallé tristemente en mi intento de asesinato, dejándolo malherido. Aún tuvo

fuerzas suficientes para atacarme con una pistola. Un joven oficial británico, miembro secreto de la Hermandad, me salvó la vida y al hacerlo resultó gravemente herido.

—Continúe, por favor.

—Este joven, el teniente Landers, fue uno de los héroes de Gallípoli. Él y Jeremy eran como hermanos. Lo condecoraron con la Cruz de Victoria.

—Conozco al capitán Landers —dijo Churchill.

—Concédame su vida.

Winston se levantó, recorrido por muchas cosas.

—También estoy en deuda con Landers —susurró. ¿Qué debo hacer?

—Está en un aguantadero de Belfast. Como usted sabe, ahora los barcos viajan a Nueva Zelanda sin necesidad de escolta. Varios transportes de tropas han sido modificados para incluir instalaciones hospitalarias.

Oh, esa mujer, esa gloriosa mujer. Estaba jugando su partida como un maestro del ajedrez.

—Bien, lo pondremos a bordo de un buque hospital —dijo Winston.

—Primero lo más importante. Hay miles y miles de hombres caídos en acción, desaparecidos y prisioneros cuyos registros se encuentran en un gran desorden, ¿cierto?

—Cierto, como de costumbre.

—Consiga los registros del teniente Rory Landers, de Nueva Zelanda. Se enroló bajo ese nombre. Agregue una anotación en su foja de servicio, estableciendo que murió en el viaje a Nueva Zelanda, después de una cirugía de emergencia, y fue sepultado en el mar con todos los honores.

Winston comprendió perfectamente.

—Pero antes haga un duplicado de esa foja de servicios, cambiando el apellido de Landers por el de Rory Larkin. Dirá que fue evacuado de Gallípoli e internado en el hospital de Alejandría, donde pasó varios meses; luego fue dado de baja y enviado nuevamente a Nueva Zelanda.

—Conque Landers ha muerto.

—Y Rory Larkin nunca estuvo en Inglaterra ni en Irlanda.

Era una verdadera vergüenza que ella no hubiera planeado alguna de las campañas.

—Tiene usted toda la razón, Caroline. Hay miles de registros de guerra que jamás serán desenmarañados. Y si debo participar en algo deplorable, me alegro de que sea por usted.

—Por nosotros —corrigió ella.

—Por nosotros, sí. Dígame, Caroline, ¿es uno de esos Larkin?

—Sí.

—Tengo entendido que es buena persona.

—Sí, hombre, en efecto.

Capítulo 91

El clima parece ser lo único que todo el mundo tiene en común: caliente o frío, bueno o malo, húmedo o seco, es lo primero que surge todas las mañanas y nuestra última preocupación al acostarnos.

En la Isla Sur tenemos un caldero lleno de lluvia, así que los días de sol (y hasta las horas soleadas) son reverenciados como bendiciones de algún santo, aunque no sé si hay un santo dedicado a esparcir el sol por la Isla Sur. Si existe, está haciendo muy mal trabajo.

Hoy hay un poco de todo: neblina, nubes oscuras pasajeras, frío, viento y algunos lindos períodos de calma total, con la todopoderosa sensación del sol. Creo que el tiempo se parece mucho a la vida.

Con cualquier clima, aun me gusta más que nada subir hasta la cumbre de mi colina, junto a mi árbol y al mejor arroyo de truchas de Nueva Zelanda, que también me pertenece. Desde allí arriba el mundo parece comprensible y manejable. En estos días, cuando medito, parezco encontrar respuestas mucho mejores.

Fue allí donde entendí las últimas noticias de Irlanda. Las cosas sucedieron así. Ahorcaron a sir Roger Casement. Pocos días después desapareció el general británico enviado a Irlanda y no ha vuelto a aparecer. Las ejecuciones cesaron y los que estaban bajo sentencia de muerte recibieron conmutaciones por condenas a prisión. Un año después todo el mundo fue amnistiado, incluidos mil setecientos republicanos que estaban en Gales, en los campamentos para prisioneros de guerra.

En 1918 los irlandeses votaron por el Partido Sinn Fein, que reconoció la república declarada en la oficina de Correos durante el Alzamiento de Pascua de 1916. Esto obligó a los británicos a sentarse para discutir las cosas, pero lo hicieron pataleando y chillando desde un principio.

Cualquiera sea el destino de las conferencias de paz, Irlanda se verá burlada. No dudo de que nos espera otra serie de problemas. De cualquier modo, avanzamos en la dirección correcta.

En cuanto a mi familia, las cosas están en orden, relativamente hablando. Hay rencillas familiares, algunas enfermedades, niños incomprendidos y todos los desastres que asolan siempre a cualquier familia. Sin embargo, desde la cumbre de la colina veo que los Larkin hemos triunfado a lo grande. Desde el momento en que Rory y yo nos declaramos nuestro amor comencé a ver a mis hijos de un modo diferente.

Tommy, por ejemplo. Lo tenía escogido como socio menor de la finca, sin detenerme a pensar que Tommy podía tener ciertos planes propios. Un día su maestra

me llamó para mostrarme algunas pinturas hechas por él: eran paisajes, maoríes y animales. «Liam Larkin», me dijo, «este chico es un artista, una joya que llegará adonde su ambición quiera llevarlo. Necesita estudiar».

Bueno, caramba, ¿qué sabe una maestra de la Isla Sur? Pero entonces Mildred me mostró toda una colección escondida de dibujos y pinturas. Había bocetos de mí tan logrados que parecían hablar desde el papel. Y uno de su madre que me arrancó lágrimas. Y él nunca me había mostrado sus obras, temiendo que yo me sintiera desilusionado porque no quería ser agricultor.

Buen Dios, espero que pintando cuadros sea posible ganarse la vida. Mi posición estaba muy clara: tenía que hacer todo lo posible por alentarlo y darle apoyo y estar ahí si fracasaba, que Dios no lo permitiera.

Así que Tommy Larkin está en París. No sé si está aprendiendo mucho de arte, pero sin duda se está haciendo experto en mujeres y en pasarlo bien.

Madge, la mayor de mis chicas, fue la única que cumplió los sueños de su madre. Se casó con Donnie, un buen muchacho que volvió ileso de la guerra. El gobierno repartió tierras entre los veteranos de guerra y a él le va muy bien con su parcela. Ya me han dado un nieto.

Mi gran problema, tratándose de Madge y de Donnie, es tratar de no darles demasiado antes de tiempo. De cualquier modo, Donnie es un muchacho orgulloso, que salió de la nada y está decidido a triunfar solo.

Podría agregar que me mostré muy tolerante al enterarme de que no era de la verdadera fe. Es un buen compañero de caza. Cuando era niño, si no cazaba algún conejo pasaba hambre. Espero que eduquen a sus hijos en la religión católica, pero ahora ya no tiene tanta importancia, ¿verdad?

Si Tommy fue capaz de engañar a este viejo terrateniente, Spring me dejó totalmente estupefacto. Se metió con un grupo de antropólogos que estaban estudiando los orígenes y las costumbres de los maoríes y quedó totalmente encantada con ese tipo de trabajo. Quiere dedicar su vida a estudiar las diversas tribus y pueblos nativos de las islas del Pacífico Sur.

La verdad es que no entiendo de qué sirven esas profesiones. Si dedicara su tiempo a rastrear las raíces irlandesas, eso sería diferente. Pero hay que señalar que mi hija Spring es la primera mujer aceptada en la Facultad de Economía de Londres y la única estudiante de antropología.

Spring no es ninguna belleza, pero tiene una buena dote y sabe tratar a los muchachos. Les cae bien, pero para ella la antropología está primero, según nos escribe. Ella y Tommy se visitan con frecuencia en Londres y en París y, al parecer, saben disfrutar juntos.

Y eso que estos chicos nunca… casi nunca… piden más dinero del que les envío. ¿Saben ustedes lo bien que me siento por poder darles esa vida?

Supongo que el Larkin por excelencia es el padre Dary. Aunque ya no podemos llamarlo «padre», salvo porque va a tener un hijo. Se enamoró desesperadamente de

una muchacha magnífica, según me han dicho. Se llama Rachael y es hija de Atty Fitzpatrick. Rachael es una forma rara de escribir Raquel.

Cuando al volver de la guerra él renunció al sacerdocio, supusimos que las pasaría negras, pero Mooney, su obispo, se puso enérgicamente a su derecha y la condesa Caroline Hubble lo apoyó con igual energía por la izquierda.

Dary había brindado años enteros de devotos servicios al Bogside, trabajando en el fondo del pozo. Tuvo un gran apoyo entre el pueblo.

El apellido Larkin no puede ser subestimado en Derry ni en Donegal, y supongo que esta Rachael es capaz de conquistar a la abuela del diablo misma.

Caroline Hubble ayudó a Dary a fundar un instituto de estudios avanzados y de preparación personal para estudiantes excepcionales de toda Irlanda.

En su última carta, Dary nos contaba que estaba pensando seriamente en presentarse como candidato a la banca del difunto Kevin O'Garvey, fuera en el Parlamento Británico o en un parlamento irlandés.

Brigid… bueno, allí no hay grandes cambios. Sigue siendo la guardiana de las cenizas.

Como he dicho, las cosas están en orden, relativamente hablando. Siento un cariño especial por Georgia. He donado más de cuarenta hectáreas de tierra para que el gobierno, con mi ayuda, construyera un centro de rehabilitación capaz de atender a veinte veteranos de guerra al mismo tiempo.

Claro que ni ella ni su personal pueden devolverles plenamente la salud física o mental, pero saben hacer lo suficiente para que esos muchachos salgan en condiciones de llevar una vida útil e independiente. Tres de sus pacientes son excelentes peones en el rancho. Para un país tan pequeño como el nuestro, de un millón de habitantes, las pérdidas fueron terribles, verdaderamente terribles.

¡Eh, eh, eh! Por Dios, ¡ahí viene el sol! No ese santo perezoso del cielo, sino un sol que sube por la colina, a caballo, atravesando la niebla.

Rory y Georgia. Se quieren tanto que uno de estos días se freirán como tocino en esa cama.

Y allí tienes a la pequeña Rory, sentada en la montura delante de su papá, y a Georgia llevando al nene… mi nieto. Es una maravilla, ese chico. ¿Y saben ustedes qué nombre le pusieron? Lo bautizaron Liam, como yo.

¿Se imaginan una cosa así?



LEON URIS, (Baltimore, 1924 - Nueva York, 2003). Novelista estadounidense, creador de una literatura convencional y ligera, muy seguido por el gran público. Hijo de inmigrantes polacos judíos, estudió en su ciudad natal y en Virginia, pero no obtuvo ningún título superior.

Participó como marine en la Segunda Guerra Mundial. Finalizada la contienda trabajó como chofer pero, a partir de 1950 ya se dedicó por completo a la literatura. Su primera novela publicada, *Battle Cry* (1953), fue muy bien recibida y se utilizó para una película para la que él escribió el guión.

Sus siguientes novelas que, por lo general tenían como tema la guerra, también fueron exitosas. Pero fue con *Éxodo* (1958), novela escrita por encargo y también llevada al cine al cine en 1960 protagonizada por Paul Newman, con la que alcanzó renombre internacional.

Después de la exhibición del film llegaron a venderse veinte millones de ejemplares del libro que, sin duda, contribuyó a la causa sionista, ya que es la historia de los judíos que emigran de todas partes del mundo para ir a fundar el estado de Israel. Otros títulos destacados de su novelística son *Mila 18* (1961), *Armageddon* (1963), *Topaz* (1967) en la que se basó Alfred Hitchcock para realizar la película homónima, *QB VII* (1970) y *Redención* (1995).